

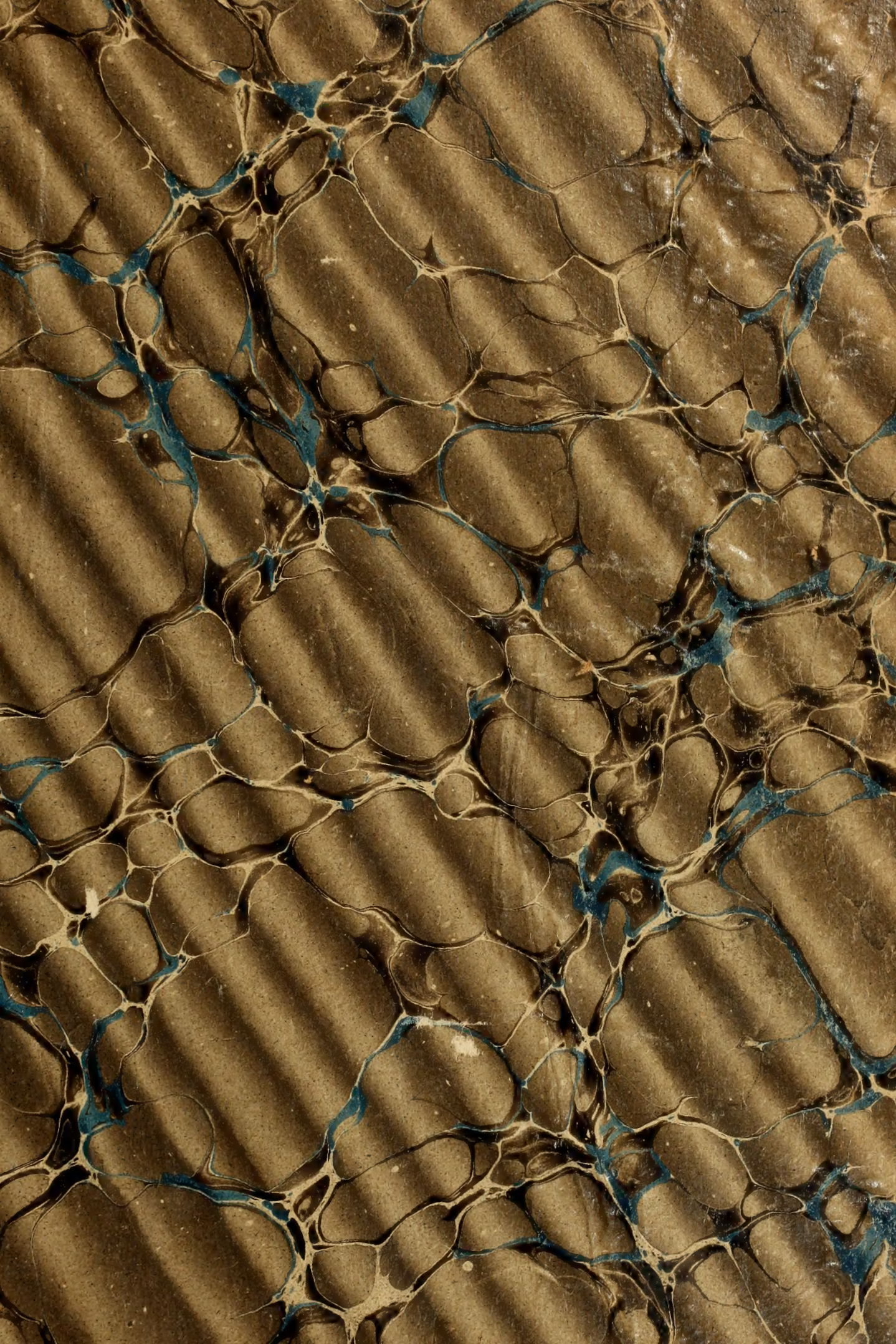


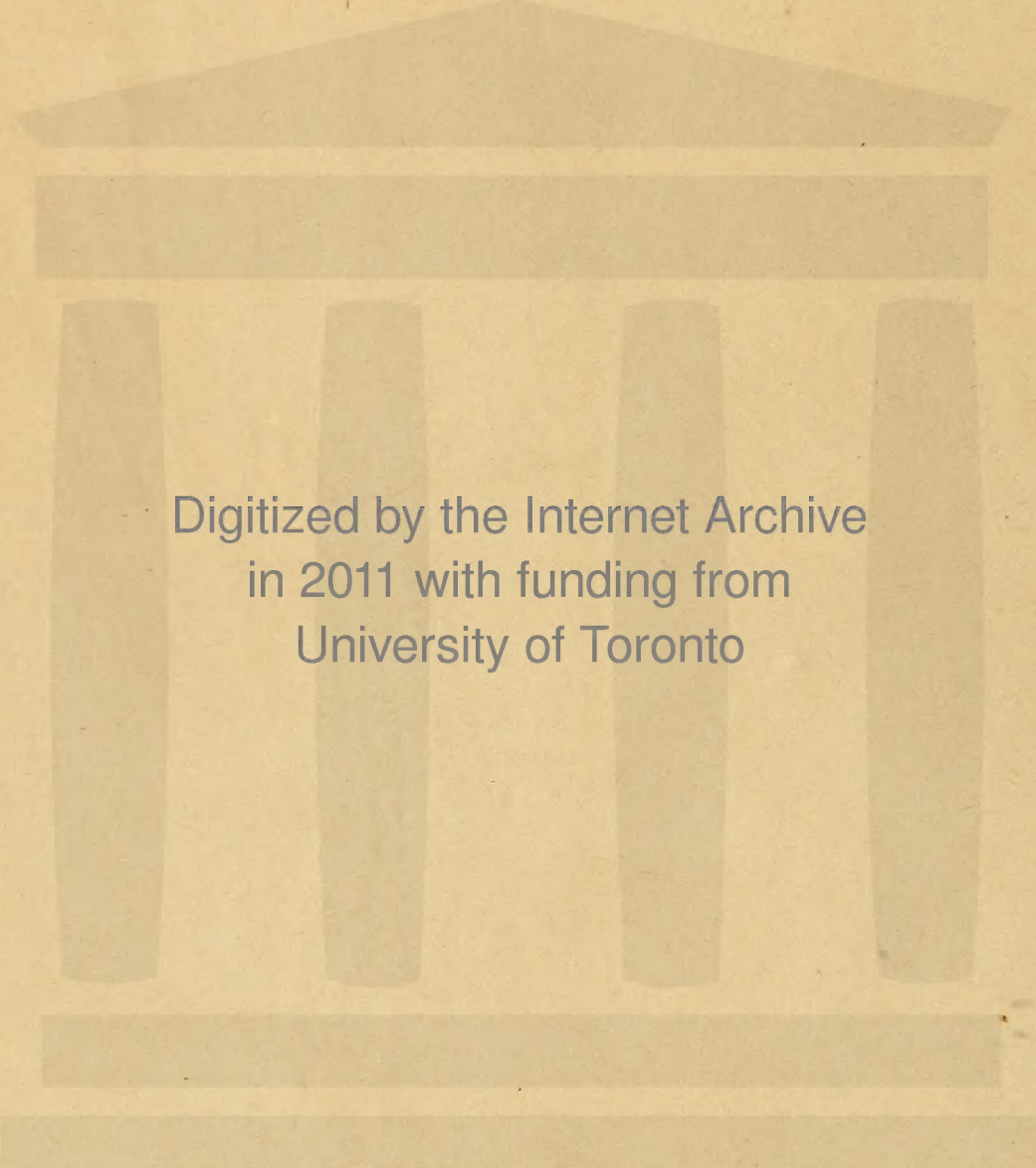


Presented to
The Library
of the
University of Toronto

by
from

the library of
the late Professor M.W. Buchanan





Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto



PRIMERA EDICIÓN
DEL
QUIJOTE
EN JEREZ

I

Q. 11101 E

Es propiedad.

LS
C 419
-yle

Primera Edición del Quijote en Jerez

CERVANTES Y SU ÉPOCA

POR

D. RAMÓN LEÓN MÁINEZ

DIRECTOR DE LA CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS

CON UN PRÓLOGO DEL

EXCMO. SR. D. EDUARDO BENOT

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO I



JEREZ DE LA FRONTERA

TALLER TIPOGRÁFICO DE LA «LITOGRAFÍA JEREZANA» Á CARGO DE IGNACIO VELAZCO AGUILAR

VICARIO, 14, 16 Y 18.

1901

545017
2.7.52





PRÓLOGO

I

Los admiradores de Cervantes, el inmortal, estamos de cumplida enhorabuena. El eruditísimo cervantista Sr. D. Ramón León Máinez, tan conocido en España como en el extranjero, va á publicar una nueva edición de *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, acompañada de la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*. La obra se imprimirá en la ciudad de Jerez de la Frontera, editada por el acreditado Establecimiento andaluz *Litografía Jerezana*, con preciosos caracteres elzeverianos y en excelente papel, para que la ejecución sea cual corresponde á esa obra encantada, que, en su marcha triunfal á través de los siglos, ha llegado á ser patrimonio común de todas las naciones.

* * *

Acontece con los trabajos de erudición que los más nuevos suelen ser copias, con variantes sin importancia, nada acreedoras á la publicidad. Por eso la suspicacia, sin razón las más veces, sugiere á no escaso número de lectores la recelosa pregunta: ¿Será éste un trabajo más cuya publicación pudiera muy bien excusarse? ¿No existen ya obras que tratan de lo mismo?

Y, sin embargo, para formar juicio de las cosas, no bastan sus propiedades comunes: hay necesariamente que atender á sus esenciales diferencias. El teléfono y la bocina son aparatos contruídos para hacer oír los vocablos á distancia. Pero, por esta finalidad común, ¿habrá alguien que se atreva á clasificarlos como del mismo género? Si la posesión de cualidades en común fuera bastante, todos los objetos serían de la misma especie, pues que todos pesan; todos están sujetos á la ley de la gravitación universal, desde el soberbio condor que se eleva sobre las cumbres de los Andes, hasta el funesto microbio, invisible, aunque mata. Y, así también, para quien prescindiese de las diferencias, serían idénticos el *Quijote de Avellaneda* y el *Quijote de Cervantes*: el satélite y el Sol.

II

Hay diferencias de diferencias: unas, cuyo descubrimiento exige aparatos amplificadores de gran aumento, y otras, perceptibles á la simple vista.

Por fortuna no se necesitan microscopios para ver que el Sr. Máinez es, en todo caso, un autor independiente y de criterios propios, y jamás un mero copista de lo por otros escrito acerca de Cervantes. Siempre es fuerza motriz: jamás resistencia movida.

El entusiasmo hace prodigios.

Máinez, con pasión que verdaderamente raya en lo inconcebible, siempre ha admirado y rendido homenaje de veneración amorosa á su Autor predilecto y maestro en el decir. Y, siempre el culto á Cervantes fué el preferido de su corazón, tanto en los bien aprovechados años de su aplicada y laboriosa juventud, cuanto en los más agitados de su edad ma lura; porque constantemente, sin tregua ni interrupción, cual imán potentísimo, ha atraído sus facultades todas el examen crítico de las obras del Manco inmortal, lo mismo cuando Máinez se dedicaba tranquilamente á sus estudios de Filosofía y Letras, que cuando las enconadas luchas de la política absorbían imperiosamente su espíritu batallador.

La pasión nunca duerme. Y sólo así se concibe que hombre tan atosigado por múltiples ocupaciones y enojosas contrariedades en los trabajos del periodismo militante, haya tenido lugar, gusto y energía para ir acumulando hora tras hora, día tras día, y año tras año, el producto de sus laboriosas y felices indagaciones, para ofrecer ahora al público, que ansioso ya lo espera, el importantísimo caudal de sus profundos conocimientos en la inmensa literatura de Cervantes.

El torrente no desgasta la roca de granito. Ni los obstáculos la perseverancia de la voluntad. Por esto Máinez puede dar en su obra perfecta idea de todo cuanto dice relación, no sólo con Cervantes, sino también con su época, grandezas, preocupaciones, costumbres, virtudes y defectos.

III

La constancia en su idea favorita y la veneración al Maestro, impulsaron al Sr. D. Ramón León Máinez á fundar en Cádiz el año de 1871 un periódico *sui generis*, único en su clase, titulado la *Crónica de los Cervantistas*. Dirigió esta publicación durante nueve años, desde 1871 hasta 1879, y lo hizo con tal tino y con tan extraordinario acierto, que la hoy muy buscada colección de esta *Crónica* es ya famosa en la bibliografía cervántica. En ella se encuentran artículos profundos de crítica cervantista y notables curiosidades debidas á las plumas de muy ilustres escritores de España y del extranjero. Esta interesante colección, que para los admiradores de Cervantes es inapreciable por su mérito y objeto, forma tres tomos de grata y amenísima lectura, y es, como ha dicho recientemente un cervantista inglés de gran erudición, individuo correspondiente de la Academia Española, D. Enrique Spencer Ashbee, residente en Londres, "rica mina para los que se dedican al estudio de la literatura de Cervantes." También el malogrado D. Leopoldo Rius, en su *Bibliografía cervántica*, hace de aquel original periódico los merecidos elogios en el segundo tomo póstumo de su monumental obra, recién publicada en Barcelona, revisada y corregida toda ella por el eminente crítico Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Académico de la Española.

No es, por consiguiente, el libro que ahora da á la estampa el Sr. D. Ramón León Máinez obra de mérito dudoso, ni escrita sin gran preparación.

IV

Pero hay más todavía.

El éxito infunde alientos para subir á las alturas, desde donde se ven más ámplios los horizontes. La dirección de la *Crónica* obligó al Sr. Máinez á examinar, más detenidamente que antes lo había hecho, todas las biografías de Miguel de Cervantes Saavedra conocidas hasta entonces, y sobre todo, las más importantes: la del erudito escritor sobre los orígenes del castellano D. Gregorio de Mayans, publicada en 1738; las curiosas noticias que D. J. Antonio Pellicer, Bibliotecario del Rey, dió á la estampa en 1778, y, después en 1798 y 1800 corrigió, aumentó y mejoró considerablemente en su *Vida de Cervantes*; la de D. Vicente de los Rios, Académico de la Española, puesta al frente de las ediciones de 1780 y siguientes, y la mejor de todas, debida á la pluma de D. Martín Fernández Navarrete, costeada por la misma Academia y dada á luz en 1819 con mayor copia de antecedentes que las anteriores. También examinó las biografías dadas á luz por D. Ma-

nuel José Quintana, Aribau y D. Jerónimo Morán, cuya obra mejora en mucho á Navarrete en la parte documental; los importantes trabajos de Viardot, Ticknor y Chasles, discretos cervantistas extranjeros, y los curiosos opúsculos de D. Nicolás Díaz de Benjumea.

Tan minucioso examen se convirtió inmediatamente en prolijo estudio y revisión de los documentos que aquellos notables escritores, honra de la erudición cervántica, habían tenido á la vista; pacientísima tarea que cautivó años enteros la atención del Sr. Máinez, pero que le premió largamente haciéndole poseedor de datos curiosísimos é ignorados, y que le inspiró el feliz pensamiento de publicar (como lo verificó en Cádiz el año de 1877), la *Vida de Cervantes*, que bien pronto fué apreciada en España y en el extranjero como la más completa y fehaciente que se había escrito hasta entonces acerca del Autor inmortal. Este trabajo grangeó al Sr. Máinez el aprecio de todos los cervantistas y las valiosas amistades con que le distinguen eminentes escritores extranjeros.

Tan meritísimo libro, con todo de llevar evidentes ventajas á los que ya eran del dominio público, tuvo, sin embargo, un defecto: el excesivo amor á la verdad. Máinez, durante la revisión, hubo de encontrar desprovistas de fundamento muchas de las ideas más acreditadas acerca de Cervantes, su familia y sus obras, y decidió no admitir en su libro nada que del crisol de una crítica severísima no saliese perfectamente depurado. Nótanse, pues, en la *Vida* publicada en 1877, deficiencias, no defectos.

Hoy el autor de la biografía, que en Jerez de la Frontera va á publicarse con el título de *Cervantes y su Época*, compensa con creces todo lo que entonces omitió, ora por falta de antecedentes á la sazón no bien aquilatados, ora por la demasiada suspicacia que le hizo rechazar cuanto dato no parecía justificado con autoridades fehacientes, ora por sospechas de que pudieran carecer de la validez necesaria algunas aseveraciones en que cabía error de fecha ó equivocación de los que las habían lanzado á la publicidad.

En una palabra, hoy el Sr. Máinez llena aquellos vacíos, y es el primero en censurar cuanto en la primitiva publicación pudo parecerle sospechoso ó deficiente.

Todo tiene límites: hasta el amor á la verdad.

V

Sin razón, pues, el espíritu subterráneo de la suspicacia podrá haber sugerido á algún lector la desconfiada pregunta que con tanta frecuencia suscitan las obras nuevas de erudición: ¿No existen ya otros escritos consagrados á lo mismo que el del Sr. Máinez? ¿Á qué uno más? Pero lo expuesto en el párrafo precedente habrá llevado al ánimo de quienes lo hayan leído la convicción de que la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* que ahora publica en Jerez el Sr. Máinez, es una obra nueva y completamente original, llena de datos desconocidos y de curiosísimas particularidades, cuya adquisición ha costado no pocas vigiliass, viajes y desembolsos. Los archivos son cementerios donde no entra nadie más que los que tienen allí seres muy queridos. Por eso el Sr. Máinez los visita: para exhumar reliquias venerandas de su cariño y predilección.

Verdaderamente, al examinar el último libro del nuevo biógrafo, no sabe la crítica qué admirar más, si las grandes dotes de laboriosidad y paciencia que en el autor sobresalen ó su clarísimo talento y espíritu investigador, ó bien la perseverancia de su férrea voluntad. Una capacidad de gran amplitud puede abarcar relaciones muy distantes y descubrir la ley á que están sujetas; la imaginación puede seducir con atrevidas fulguraciones;... pero sólo la voluntad es erudita.

La nueva biografía de Cervantes es una maravilla de meditación y acierto, y de ningún modo uno de esos libros que se imprimen para acrecentar el número, sin importancia ni valor intrínseco absoluto, sin interés ninguno y desprovistos de toda enseñanza. Es, por el contrario, un trabajo minucioso, lleno de curiosidad, de datos, de observaciones, castizo en la frase, elegante y

atildado en el estilo, juicioso en las reflexiones, sensato en la indagación, y atinado en el modo de ver y de juzgar los hechos y actos de la vida de Cervantes. Máinez ha estudiado tan detenidamente el asunto, le han dado sus estudios tan grande facilidad y dominio para percibir y comprender todo lo que con el Autor del *Quijote* se relaciona, que no sólo despierta constantemente la atención por la multitud de noticias, datos y documentos que cita y transcribe, sino por la amplitud con que habla y el acierto con que examina lo que interesa á la vida íntima del inimitable Creador, á sus vicisitudes domésticas, á sus contrariedades, luchas, desgracias y perturbaciones; y llega así á definir, no sólo el aspecto verdadero de su existencia material, sino que hace profundo análisis de sus dolores morales, de los padecimientos de su espíritu, de las incomparables torturas de aquel Genio, y del abandono é injusticia con que le trataron sus contemporáneos. En este orden, es la obra del Sr. Máinez la más perfecta que se ha dado á la estampa hasta el día de hoy.

Y acaso la única que se dirige al sentimiento. La descripción del estado de ánimo de Cervantes, enviando al Conde de Lemos la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*, es como la pintura de una flor junto á un sepulcro.

VI

Numerosos documentos ignorados ofrece la nueva biografía, que aumentan el mérito y realzan el interés de la publicación.

Pero de entre todos, ninguno como el proceso formado á Cervantes en Valladolid.

La noche del 27 de Junio de 1605 fué gravemente herido, casi á la puerta de la casa en que vivía Cervantes en Valladolid, un caballero navarro que se llamaba D. Gaspar de Ezpeleta. Inmediatamente pidió á gritos socorro, y de la casa de Cervantes bajó un hijo del cronista Garibay, que era sacerdote; y, viendo que D. Gaspar se desangraba, llamó á Miguel de Cervantes (que estaba durmiendo), y entre los dos subieron al herido hasta el cuarto que ocupaba Garibay, en el cual falleció Ezpeleta poco después: el 29 del mismo Junio.

Esto es lo que del examen del proceso claramente resulta; pero.... los jueces están alguna vez muy lejos de la justicia. ¿Qué clase de personajes tuvieron participación en aquel hecho misterioso ocurrido en las sombras de la noche?

O bien, ¿qué poderosas influencias se atravesaron en el asunto?

Nada se sabe: cubre este misterio una noche sin alba. Pero.... allí hubo fango. Ello es que el proceso, por más improcedente é injusto que fuera, sirvió de pretexto para ordenar la prisión de Cervantes, de su hermana D.^a Andrea, de su hija D.^a Isabel, de su sobrina D.^a Constanza, y de otras personas más, todas las cuales quedaron luego (á los dos días) en libertad, por no resultar fundados los cargos contra ellas. ¡Qué horror!! ¡La inocencia encarcelada!! Pero... ¡así fué!

De este proceso se conocía un extracto, publicado en el siglo XVIII por el tercer biógrafo de Cervantes, D. Juan Antonio Pellicer, sacado del original que después se archivó en la Academia Española, donde se conserva aún. Ningún historiador de Cervantes quiso añadir luego algo que hiciese completa luz en medio de las sombras en que había quedado envuelto el glorioso nombre de Cervantes y la honra de su hija, complicada en el asunto. Navarrete observó respecto de esto intencionado silencio. Morán fué más explícito, pero no descubrió tampoco la verdad. Benjumea no profundizó en el asunto, ni tampoco el Marqués de Molins hizo la luz... ¿Por qué esta conspiración del silencio?... Por un prejuicio inconcebible. Efectivamente hubo quienes conocían los autos archivados en la Academia Española; pero nadie quería hablar, por haberse apoderado de todos la preocupación de que en ellos resultaba mal parada la memoria de un Genio!! ¿Cómo pudo cundir tan infundado prejuicio?... ¡Y el afecto á Cervantes sellaba los labios de sus admiradores! Pero ¿y los fueros de la verdad? Aun suponiendo lo peor, ¿no merecía saberse de un modo auténtico que un Genio puede ser criminal? Y, mediando la honra de una hija, ¿no era natural que un padre venga-

se la afrenta inferida? Y, sobre todo, ¿tan raros son los ejemplos de prevaricatos indignos? ¿Nunca se tuerce la vara de la Justicia? Y, si Cervantes fué reo, prevaricación cometían los que quisieron ocultarlo. La verdad debe brillar sobre todo: sin el Sol no podemos vivir.

Máinez, en su deseo de sostener lo cierto, concluir con las incertidumbres y difundir, á ser posible, la reparación necesaria sobre nombres calumniados, fué el primero que demostró el año de 1886 en *El Correo de Cádiz*, después en un luminoso opúsculo, y más tarde en otros periódicos, que era impropio ocultar el proceso como documento lesivo á la honra de Cervantes y al honor de su hija Isabel; y lo demostró del modo y forma en que deben hacerse siempre estas cosas: publicando desde el principio al fin, palabra por palabra, letra por letra, el sin razón secuestrado código.

Valióse Máinez, para ello, de la copia que del original, existente en la Academia Española, hizo el insigne cervantista y bibliógrafo D. Cayetano Alberto de la Barrera, y se guarda en la Biblioteca Nacional.

Al reproducir ahora Máinez el proceso como una de las más curiosas ilustraciones de *Cervantes y su Época*, lo ha adicionado con observaciones de gran significación y enseñanza respecto del absurdo modo de enjuiciar entonces y la iniquidad que cometió con Cervantes y con su familia el Alcalde de casa y corte Cristobal de Villarroel, que á la sazón era lo que hoy llamaríamos juez instructor.

Sí: aquello fué una iniquidad. No hay crimen mayor que esgrimir injustamente la espada de la ley. Al Alcalde de casa y corte constaba, por las declaraciones de varios testigos, quién ó quiénes eran los causantes de la muerte de D. Gaspar, y á conciencia plena de que obraba mal, persiguió y molestó y encarceló á muchos inocentes, sabiendo que lo eran, y dejando en libertad á los probables delincuentes, doblando la vara de la Justicia por recomendaciones é influencias de encumbrados personajes, ó con deliberado propósito de ocultar la verdad por favorecer á individualidad determinada.

Por desgracia, consiguió su fin: despistar.

Todo lo referente á esta lúgubre serie de hechos deplorables, relacionado con las fiestas que poco antes se celebraron en Valladolid, en Mayo de 1605, con motivo del natalicio del príncipe D. Felipe Victor, después Felipe IV, dan ocasión al nuevo biógrafo de Cervantes para varios capítulos hermosos de su obra, en los cuales campea su asombrosa erudición, y donde los tipos, las costumbres, las diversiones públicas, los acontecimientos, están presentados y descritos con grandísima fidelidad, cual si se hubiesen tomado de la fotografía (no inventada aún); de suerte que nos aparece todo cual si lo viéramos y asistiésemos á lo que se nos refiere; y cual si nos comunicáramos y hablásemos con los personajes y tomáramos parte activa en los sucesos como testigos oculares y curiosos espectadores.

VII

¡Qué pinturas tan magistrales resultan las consagradas por el Sr. Máinez al cautiverio de Miguel de Cervantes Saavedra en Argel!

¿Cómo sufrió España la existencia de aquella madriguera de ladrones, ignominia de la Cristiandad? Pero ¿qué digo España? ¡Europa entera!

Toda Europa pagaba rescates en aquella guarida de piratas. Y, mientras tanto, los pueblos cristianos se desangraban mutuamente en guerras insensatas, y jamás pensaron en una acción común para arrasar á Argel, y combatir por la libertad del Mediterráneo.

*
* *

Pero... continuemos.

—¿Cuánto tiempo se necesita para vulgarizar una idea falsa?

—Una hora, ó dos, ó tres; y eso si se anda muy despacio.

—¿Y para vulgarizar una idea verdadera?

—Un siglo, ó dos, ó tres; y eso si se anda muy de prisa.

Esta ingeniosísima ocurrencia de Fontenelle resulta en la práctica más bien real que hiperbólica. Por eso la he citado en otra ocasión, para impresionar hondamente á mis lectores sobre la facilidad con que se acreditan los prejuicios calumniosos.

"Calumnia, que algo queda," dice con gran filosofía una dolorosa experiencia popular. En las sombras se desliza, cunde y se propaga fácilmente la mentira. Así, los mismos que, por exagerado respeto á la memoria de Cervantes, encontraron plausible que no saliese á la luz pública el proceso formado por Villarroel, contribuyeron, acaso sin pensarlo y de cierto sin quererlo, á crear un fantasma de neblinas, acreditado aun entre personas respetables, pero aficionadas á pasarse de listos: fantasma tanto más injurioso y ofensivo, cuanto que nunca aparece con formas definidas. ¿Leerán acaso estos tales el proceso? Tal vez no, para persistir en su malicia sin vacilaciones en la conciencia.

Pero, por fortuna, Cervantes había escrito con mucha anterioridad la defensa de su honra. Lepanto y Argel son sus más preciosos alegatos de bien probado. Quien abandona el lecho, donde la fiebre le tenía postrado, para subir á la cubierta de su galera, y, combatiendo contra los turcos, recibe dos arcabuzazos en el pecho y otro en la mano izquierda, que lo deja manco para toda la vida; quien hace más de lo que le exige el honor militar, ése es un héroe, y su conducta casi raya en lo sublime.

Y quien hace actos que rayan en lo sublime, ése no se encenaga en la bajeza, porque se lo impide su propia dignidad.

Grande fué en Lepanto el Manco Inmortal; pero más lo fué en Argel.

En Argel fué sublime. Cautivo en aquella formidable fortaleza de bandidos de la mar, concibió en su oscuro calabozo el más temerario de todos los intentos, el de apoderarse de aquel baluarte de la piratería, cuyos murallones habían rechazado todo el poderío militar del Emperador Carlos V. Y no sólo concibió Cervantes el proyecto de apoderarse de Argel, sino que fué el alma de tan potente conspiración que, con un nada más de fortuna, hubiera acabado con la piratería del Mediterráneo. Mas, descubierto el complot, él, el Manco, declara ser el único culpable, para salvar con su vida las vidas de todos sus compañeros comprometidos. Y tan firme es su propósito y tan inquebrantable su voluntad, que no logran arrancarle ni un solo nombre las amenazas ni los tormentos.

¡Oh! quien eso hace, ése es más que un héroe, porque su obstinación raya en lo sublime. Y quien raya en lo sublime no es capaz de las indignidades con que quisieron obscurecer su fama los folios de Valladolid.

Quien afronta los arcabuces turcos en Lepanto y ofrece su existencia por salvar á los cristianos en Argel, quien es capaz de tanto sacrificio, ése no se encenaga en la ignominia, porque tiene asco á la indignidad, y porque rinde culto á la virtud.

Pudo arrollado ser: su gloria nunca.

La infamia tramada en Valladolid es, pues, incompatible con el heroísmo en Lepanto y con la abnegación en Argel. Ahora: quien, replegándose en sí propio, se sienta capaz de abnegaciones y sacrificios, dejará indudablemente de mirar al fantasma de neblinas.

Quien se siente capaz del sacrificio
No se siente capaz de la bajeza.

Sí: Lepanto y Argel son los alegatos de bien probado, escritos por el Manco Inmortal muchos años antes de los folios incoados por Villarroel.

VIII

Magistrales son también los cuadros referentes á las comisiones y viajes de Miguel por Andalucía, su peregrinación á Madrid, su triste y penosa existencia en los postreros años, todo ilustrado ó justificado con informaciones interesantísimas acerca de sus adversidades, enfermedad y muerte. La narración resulta siempre sencilla y dramática, patética sin *sensiblerías*, en estilo propio y no imitado, tal vez con dejos de purismos que revelan lectura constante de nuestros clásicos y especialmente del gran Autor á quien Máinez adora como al primero de cuantos ilustraron nuestra lengua en el siglo XVII.

Otro punto notable en la nueva Biografía es el estudio que en ella aparece de los protectores de Cervantes, hecho á conciencia y digno de elogios.

Preciosa es la monografía referente al Conde de Lemos. Favoreció, es verdad, á un escritor desvalido, enfermo y anciano, y por ello merece alabanzas. Hizo lo que dejaron de hacer otros. Pero el favorecido nada quedó á deber. Las escasas limosnas del Virrey de Nápoles fueron pagadas por Cervantes nada menos que con la inmortalidad.

Y, sin embargo, bien está que las cosas pasasen así.

El Quijote es la obra única y sin par en toda la literatura de los siglos; y, si angustia el pensar lo que habría perdido el mundo á haber muerto Cervantes en un calabozo argelino, no acongoja menos la idea de que su genio, paralizado por los grilletes de oro de una ilimitada liberalidad cortesana, hubiese tenido que ajustarse á los cánones de "más de cuatro sotiles y almidonados" (á que alude el prólogo de las *Novelas ejemplares*), y las fulgurantes alas de aquella fantasía hubiesen perdido la dislocada libertad con que vuelan de lo grave á lo ridículo, de lo real á lo fantástico, de lo cuerdo á lo absurdo, esmaltando siempre con su luz los más profundos pensamientos que ha encarnado la elocuencia en la lengua de los Dioses.

Triste es que el Genio sólo produzca en la estrechez; pero ¡feliz miseria la que da á luz obras inmortales!

Hay muertos que no mueren.

IX

Verdaderamente Cervantes fué el rigor de las desdichas.

De mozo, formó parte, en calidad de camarero, de la servidumbre del Cardenal Aquaviva, Legado del Papa Pio V; militar, quedó lisiado en Lepanto; cautivo en Argel, sufrió cinco años en los calabozos de aquella guarida de piratas, toda clase de privaciones y malos tratamientos; rescatado, no pudo vivir en su patria como escritor de comedias y entremeses; alcabalero y comisionista, durante muchos años, fué al fin encarcelado por infundadas presunciones; autor ya de *El Ingenioso Hidalgo*, del que se hicieron seis ediciones en 1605, año de su aparición, es atropellado por el Alcalde de casa y corte en Valladolid; y, ya viejo y achacoso, tiene que vivir de las limosnas de un magnate y de las dádivas de un arzobispo.

¡Y si hubiera sido esto solamente! La falta de medios materiales produce estrecheces y angustias que el hombre de corazón entero puede soportar sin afrenta, porque el hambre no deshonra. Pero la verdadera miseria del espíritu se produce en el ser más esforzado cuando es víctima del menosprecio sin razón ó el escarnio agresivo.

¡Qué no padecería Cervantes al leer los siguientes versos:

Ese tu *Don Quijote* baladí,
De cu... en cu... por el mundo irá
Vendiendo especias y azafrán rumí!

Groseros son estos versos ciertamente; pero más despreciativos considero á los que siguen:

Pues nunca de la Biblia digo lé,
No sé si eres Cervantes, co, ni cu;
Sólo digo que es Lope Apolo, y tú
Frisón de su carroza y puercu en pie.
Para que no escribieses orden fué
Del cielo que mancasses en Corfú,
Hablaste Buey, pero dijiste mú:
¡Oh! ¡mala qui jotada que te dé!

D. Esteban Manuel de Villegas, comparaba á Cervantes con un mozo de mulas; y Lope de Vega escribía lo siguiente:

Don Quijote de la Mancha
(Perdone Dios á Cervantes)
Fué de los extravagantes, etc.

Y en una carta escrita en 1604 á un desconocido, pero que se halla en la famosa colección de epístolas dirigidas por Lope á su Mecenaz el Duque de Sessa, estampa estas palabras en son de profecía, que no llegó á cumplirse: "De poetas no digo; buen siglo es éste: muchos están en cierne para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á *Don Quijote*".

Avellaneda (ó quien quiera que fuese el autor del *Quijote* espurio), no sólo zahirió al hombre que ostenta en sí la gloria mayor de la Literatura española, sino que se atrevió hasta á insultarle, diciendo de él que era viejo y manco y que tenía más lengua que manos, al mismo tiempo que se alababa de quitar al viejo y manco la ganancia que había de producirle la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*.

¡Oh! ¡qué mengua! Cervantes no fué estimado de los literatos de su tiempo; y solamente así puede tener explicación el hecho ¡indudable! de que la memoria del hombre más eminente en nuestra Literatura estuviera casi sepultada en el olvido durante más de un siglo entero, é ignorados, por consiguiente, los principales acontecimientos de su vida, hasta que (según general opinión) Lord Carteret, en obsequio de la Reina Carolina, esposa de Jorge II de Inglaterra, encargó á D. Gregorio de Mayans la biografía de un ingenio admirado en las naciones extranjeras y apenas conocido en su patria. (1)

(1) A pesar de cuanto se ha dicho de que la edición del *Quijote* de Londres en 1738 se había hecho á costa de Lord Carteret para obsequiar á la Reina Carolina con un libro lujosamente impreso y digno de aquella soberana, la crítica empieza á juzgar esta aserción como una fábula sin fundamento.

El erudito cervantista inglés H. S. Ashbee en su precioso opúsculo *Some books about Cervantes* (London, 1900), dice lo siguiente sobre este punto en las páginas 29 y 30:

"Permitidme (el autor leyó su trabajo en una sesión celebrada por la "Sociedad bibliográfica" de Londres) decir algunas palabras referentes al mito ó fábula que va unida al *Don Quijote* en castellano de J. y R. Tonson, llamada generalmente la edición Carteret; mito del que me permito dudar. La leyenda es como sigue: Viendo Lord Carteret que la Reina Carolina no poseía un *Don Quijote*, se ofreció galantemente á proporcionárselo; y no hallando ejemplar digno de ser presentado á su soberana, se decidió á publicar una edición á este propósito.

Sabemos que la *Vida* de Cervantes que acompaña á esta edición, cuya fecha es anterior en un año á la publicación del libro, fué escrita por orden suya; pero esto no prueba que la empresa toda con el retrato y 68 grabados se hiciese por sus indicaciones y á su costa; pues la gran casa editorial de J. y R. Tonson tenía elementos sobrados para llevarla á cabo.

La Reina Carolina murió el 20 de Noviembre de 1737 y la fecha era sólo de algunos meses anteriores á la publicación de la obra. En ella no se hace mención de ninguna clase respecto á la finada; y, si el libro (la edición) hubiera sido

destinado á la Reina, con seguridad se le habría dedicado, ó al ménos se hubieran escrito algunas frases de pena y sentimiento por la prematura muerte de la soberana. Nada de esto ocurrió. La dedicatoria, escrita evidentemente por los editores, y no por Lord Carteret, está hecha á la Condesa de Montijo, esposa del Embajador español.

En la bibliografía cervántica del Sr. Rius, se menciona una orden dada por el Conde de Montijo en 1734, pidiendo un perfecto ejemplar que debería encuadernarse para ser presentado á la Reina de la Gran Bretaña. Si puede darse alguna importancia á esta nota, que debe tenerse presente, es sólo de referencia. La Reina tenía en 1734, ó poco después, el libro que Lord Carteret notó que le faltaba en su biblioteca. Sea de ello lo que se quiera, la Reina Carolina poseyó un *Don Quijote*. Yo he tenido la suerte, hace poco tiempo, de encontrar y adquirir el ejemplar mismo (Amberes, por Henrico y Cornelio Verdussen. M.D.CC.XIX años. 8.º—Dos volúmenes). Se hallaba el ejemplar en un estado deplorable; pero lo hice restaurar, sin que se perdiera ninguna marca original. Se observará que la corona está grabada en la cubierta exterior; y las palabras *Reina Carolina* pintadas en el borde de las hojas. Suplico, pues, á mis compañeros el examen de estos volúmenes, que me parecen muy propios de la *Biblioteca de Merlin* de la Reina Carolina.

Sabemos que Lord Carteret se interesaba por la Literatura española y en particular por las glorias de Cervantes: que H. Briges, editor de las *Novelas*, publicadas en Bristol en 1728, estaba "bajo su protección".

Pero no se ha probado aún que tuviese conexión alguna con la edición de *Don Quijote* de 1738, de Tonson, aparte de la *Vida* del autor que acompañaba á la obra".

Sí. Por no ser estimado en lo que valía, Cervantes, viejo y achacoso, tuvo que vivir de las migajas de un magnate.

Él, el taumaturgo prodigioso que sabía infundir el soplo de la vida en sus creaciones, él no conoció las comodidades de la vida. ¡Qué no sufriría haciendo de sirviente y cobrador de alcabalas quien se sentía con alientos para las empresas más grandiosas! El águila no puede vivir sin volar.

¡Triste potestad la del Genio! El placer que difunden los rasgos de su pluma ha tenido que costarle dolores y angustias increíbles, sin esperanzas siquiera de retribución. El artista no puede esperar de las muchedumbres que le admiran y le aplauden nada de lo que él les da; porque él solamente conoce los secretos de la misteriosa alquimia que transmuta las tristezas del corazón en alegrías del espíritu.

Pero... la pena tiene á veces su compensación. El dolor es poeta, y el poeta posee el don divino del crear. Crea, y goza en su fantasía las fruiciones inefables de contemplar lo que el mundo no ha podido ver aún: la belleza incorpórea de las criaturas nacidas en la mente. ¡Visión beatífica reservada sólo al Genio en las horas de su mayor tribulación! Para la fantasía el deleite supremo es inventar. El condor goza en subir á mayor altura que los Andes.

X

Sí. ¡¡Tristísimo fué el destino de Cervantes!!

En vida, la fortuna le persiguió con los más intensos dolores morales y físicos. Y, después de muerto, le negó el culto debido á sus reliquias y á su imagen. ¿Dónde reposan sus huesos? El libro del Marqués de Molins, titulado *La sepultura de Cervantes* es más desconsolador que el verso del gran Poeta:

Lasciate ogni speranza....

La gloria extiende sus alas sobre un féretro vacío. Pero las generaciones son incensarios inextinguibles de esa gloria inmortal.

¿Qué ha sido de la imagen del héroe de Lepanto y del cautivo de Argel?... Sólo es fidedigna la que él mismo hizo de sí en el prólogo de sus *Novelas Ejemplares*, donde dice:

"Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz corva aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies: éste digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*,... etc."

Capítulo de suma curiosidad es el dedicado por el Sr. Máinez al examen de los cinco retratos que circulan como verdadera representación de la fisonomía de Cervantes: el de Londres; el regalado por el Conde del Águila á la Academia Española; el descubierto en Sevilla por el Sr. D. José María Asensio, Académico de la Historia, atribuido al pintor Pacheco; el existente en un cuadro de Suiza, que se supone de D. Juan de Jáuregui; y otro, asignado también á este esclarecido artista y poeta, de conformidad con un dibujo suyo, al parecer, que encontró en Italia D. Luis Carreras.

Máinez no considera á ninguno de estos cuadros como retrato de Miguel de Cervantes Saavedra, por falta de testimonios que ofrezcan garantías de verosimilitud.

No consta de modo indubitado que Pacheco retratara á Cervantes; en tanto que sabemos por el prólogo de las *Novelas Ejemplares* que lo hizo el pintor D. Juan de Jáuregui; pero el cuadro se ha perdido y es imposible comprobar hoy la autenticidad de los que, atribuidos á tan famoso pintor, puedan contener la supuesta efigie del inmortal Alcalaino.

La estatua en bronce, de tamaño natural, vaciada en Roma y colocada en la plaza de las Cortes de Madrid el año de 1835, es un pobre trasunto ideal de Cervantes, lo mismo que el busto en mármol, colocado hoy encima de la puerta de la casa que ha reemplazado á la en que murió Cervantes en la antigua calle de Francos, que ha cambiado de nombre en memoria del autor del *Quijote* y hoy se llama calle de Cervantes. No tienen tampoco real mérito artístico las estatuas erigidas en Valladolid y Alcalá de Henares.

También existe otro busto ideal, en mármol, ejecutado en Barcelona por el reputado escultor D. Rosendo Nobas; y otro retrato, ideal asimismo, hecho según las indicaciones del afamado cervantista barcelonés D. Leopoldo Rius y Llosellas. Esta notable escultura es hoy propiedad del ilustrado bibliófilo barcelonés D. Isidro Bonsoms.

Estas representaciones ideales son, sin duda, piadosos testimonios de estimación al héroe de Lepanto; pero ¿qué fe cabe poner en ellas?

Todas pretenden ser representación del retrato hecho á pluma en las *Novelas Ejemplares*; y, sin embargo, ¡oh dolor! no se parecen entre sí.

XI

Atinadas son las observaciones que el Sr. Máinez aduce acerca de las *Novelas Ejemplares* y las obras análogas que las habían precedido y las siguieron.

Y muy dignos de atención resultan igualmente los juicios sobre el afán de encontrar siempre en bibliotecas y archivos obras inéditas de Cervantes, afán que casi rayó en manía desde que descubrió el Sr. D. Agustín García Arrieta *La tia fingida* el año de 1814.

Ni sobre estos particulares ni sobre otros muchos habré ya de detenerme, por no dar dimensiones desproporcionadas á este Prólogo; y, únicamente habré de discurrir sobre la crítica que el nuevo biógrafo dedica al *Quijote* espurio, impreso en Tarragona por Felipe Roberto el año de 1614 y publicado bajo el seudónimo de *El Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda*, natural de Tordesillas.

¿Quién fué el escritor que ocultó su nombre tras el de Avellaneda? La opinión general lo atribuyó en un principio á Fray Luis de Aliaga, aragonés, que desde humilde cuna llegó á ser confesor del Rey Felipe III, y además Inquisidor general. Otros, después, creyeron ver en Avellaneda á alguno de nuestros dramáticos, Alarcón ó Tirso de Molina. Y otros á Andrés Perez, el autor de *La Pícara Justina*. Pero todas estas suposiciones se fueron poco á poco desvaneciendo, como conjeturas desprovistas de verosimilitud, hasta que al fin el Sr. Máinez, á quien luego siguió el notable crítico D. Manuel de la Revilla, atribuyó el *Quijote* espurio al portentoso contemporáneo de Cervantes, Frey Lope Félix de Vega Carpio.

En verdad, Lope de Vega dijo en la confianza de una correspondencia epistolar las citadas palabras: "No habrá nadie tan necio que alabe á *Don Quijote*."

Pero esta expansión íntima, en pugna manifiesta con los elogios á Cervantes escritos por Lope en el *Laurel de Apolo* y en otras obras suyas, no es prueba lógica de que Lope escribiese el *Quijote* del Licenciado natural de Tordesillas, ni tampoco de que lo hiciese escribir, ó tuviese complicidad en el asunto.

Pero el Sr. Máinez, fundándose en la profecía falsa del Fénix de los Ingenios, y en la conocida frialdad de relaciones en que Cervantes y Lope estuvieron durante largos años, juzga de mucho peso las razones que le inducen á creer que Lope de Vega y Avellaneda son dos nombres de un mismo personaje; y Revilla hubo de considerarlas valederas en tal grado, que hasta llegó á imprimir palabras tan terminantes como éstas: "si lo indicado por Máinez no es la verdad misma, de seguro es lo que más se acerca á ella".

Siento diferir en esta opinión de lo que pareció tan claro á los Sres. Máinez y Revilla; pero difiero.

Hace años tuve que estudiar, con un especial objeto, que nada tiene que ver con esta controversia el lenguaje de Lope en *La Dorotea*, obra dramática cuyo estilo parece que debiera acercarse más que el de ninguna otra composición de Lope al del *Quijote* de Avellaneda.

Y de aquel estudio he sacado la convicción de que la pluma que escribió una de esas producciones, no fué la misma que escribió la otra.

¿Cómo el Sr. Máinez, tan exigente cuando se trata de los documentos relativos á Cervantes, no es también suspicaz y receloso respecto de los que pueden atribuir á Lope el *Quijote* falso? ¿No sería lo mejor en este asunto contentarse con decir lo que parece ser la verdad?

Hasta el día permanece en el misterio el verdadero nombre del Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas.

En aquella época de pocos miramientos literarios, la obra empezada por un autor solía ser continuada por otro sin escrúpulo ninguno, si este otro consideraba el trabajo de honra ó de provecho.

Así, *La Diana* de Jorge de Montemayor fué continuada con el título de *Diana Segunda*, por Alonso Perez; y al mismo tiempo, apareció la *Diana Enamorada* de Gil Polo.

Con ejemplos de esta clase, no sería improbable que algún escritor, de poco nombre, partidario de Lope de Vega y dotado de no vulgar sentido literario, escribiera, sólo "por quitar á Cervantes la ganancia", el *Quijote* que desde su aparición se llamó de Avellaneda.

Acaso esta probabilidad hubo de influir en el ánimo del Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, para estimularle á una de sus labores más eruditas: la destinada á inquirir la personalidad oculta tras el nombre del "escritor fingido y tordesillesco que se atrevió á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada" las hazañas descritas por "el prudentísimo Cide Hamete". El escrito del Sr. Menéndez tiene dos objetos: uno, refutar las opiniones que atribuyen el *Quijote* tordesillesco á personajes de gran posición social ó literaria; y otro, apoyar la conjetura de que el incógnito autor fuese un aragonés, llamado Alonso Lamberto, á quien parecen referirse las sentencias ó vejámenes que se intimaron á los poetas concurrentes á dos certámenes literarios, celebrados en Zaragoza por los años de 1614. El Sr. Menéndez y Pelayo esfuerza su conjetura con gran copia de datos curiosísimos, pero lo hace con todas las reservas de la más circunspecta investigación científica, tanto, que llega á decir: "Pellicer, Fernández-Guerra, La Barrera, Tubino y otros muchos, han pasado al lado de esta solución; pero no sé que nadie la haya sostenido de propósito; y francamente, en una cuestión de hecho, me agradaría más haber acertado que ser original". Pero, en definitiva, el Sr. Menéndez mismo no considera sus asertos sino como conjeturas de gran probabilidad.

Las glorias de los artistas no son glorias puramente personales: son glorias de la patria. Sin Cervantes no habría existido el *Quijote*. El Autor inmortal puso lo que nadie más que él podía poner: el pensamiento y la fantasía. Pero sin los molinos de viento, sin las ventas, sin Sierra Morena, ... sin los cuadrilleros, los yangüeses, los galeotes y, sobre todo, sin los pundonorosos hidalgos de la época, y sin los ignorantes labriegos de la Mancha, ... no habría sido posible aquella admirable novela con razón llamada "nacional". En el helado país que produjo las *Nibelungen*, no habría jamás venido al mundo el *Don Quijote*; ni, inversamente, las *Nibelungen* habrían nacido en las abrasadas llanuras donde acaecieron las aventuras de la venta. La patria, pues, pone los materiales: ideas, tradiciones, escenario; y el poeta la invención. La cantera da el marmol, y el cincel la estatua.

Si el *Quijote* es una gloria nacional, nada que se refiera á esa gloria puede dejar de interesar á un español verdaderamente patriota. Por eso interesan tanto las nunca interrumpidas indagaciones referentes al "fingido escritor de Tordesillas....

Pero ¿no sabemos ya quién era?

¿Qué busca, pues, la crítica?

¿Un nombre, ó un hombre? Que se llamase Aliaga ó Lamberto no es de esencia. El nombre no hace al autor. Ni tampoco el lugar de su naturaleza, ni su exterior aspecto. ¿Escribió acaso

Cervantes su *Don Quijote* por ser alcalaino, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies: ¿O dependió la inimitable novela de lo que ningún pintor puede retratar: la potencia invisible del pensamiento y de la imaginación?

Eso es lo importante: conocer el pensamiento, porque el pensamiento nunca muere.

Se dice que Stephenson, el inventor de la locomotora, ha muerto hace ya muchos años: no es así. En la tumba se disociaron los músculos, los tejidos y los huesos; esto es, los componentes del organismo: precisamente lo que no inventó nada, porque quien inventó el mónstruo que devora el espacio sobre carriles de hierro, fué el pensamiento del gran Stephenson, y ese pensamiento vive todavía, y sigue construyendo todas las locomotoras del mundo.

El pensamiento no muere. Todavía abre los surcos en nuestros campos el pensamiento del inventor del arado, cuyo nombre es lo que no ha llegado hasta nuestros días; aunque su felicísima idea vive entre nuestros labradores y labriegos. No sabemos el nombre del inventor del antiquísimo pan; pero su pensamiento es quien provee á nuestra alimentación cotidiana.

En el olvido cae lo que no inventa: el nombre, los huesos y la carne; pero perduran los pensamientos de cuantos, al morir lo corruptible y dissociable, dejan en el mundo algo más de lo que encontraron al nacer.

¿Quién era, pues, Avellaneda?

Su falso *Quijote* nos lo dice.

Avellaneda fué un escritor de no común ingenio, pero de aviesos instintos; de cultura literaria, pero dañina y nauseabunda; prosista de elocución fluida, pero á veces chabacana; de facilidad en el diálogo, con frecuencia chocarrero; de mucha fuerza cómica, pero grotesca; soez en los chistes, aunque variados é inagotables; vulgar en el pensamiento y rastrero en la expresión, aunque no siempre; ciego á toda idealidad, por lo que, como cerdo inmundo, suele revolcarse en el fango del más hediondo naturalismo; casi siempre insensible á todo lo que por lo tierno y lo pulcro hace encantadora la vida; y hombre, en fin, á quien la idea de lucro puso la pluma en la mano, para arrebatarse lo que á otro por su invención correspondía.

Ecce homo. Ese es el hombre moral, llamárase Lamberto ó Aliaga. Pues si ese es el ser moral, ¿merece por ventura el ente de carne y hueso que para indagar su nombre, patria y profesión, se tomen tantas molestias los buenos y los doctos?

No hay para qué seguir investigando. Avellaneda fué un prosista de talento y erudición, pero sin sentido moral.

XII

Sin saber cómo, me encuentro bruscamente en el lugar más difícil de mi Prólogo, donde la crítica ha de llamar á juicio los juicios emitidos sobre las obras de Cervantes. Todo el mundo conviene con unanimidad perfecta en que las facultades literarias de este Genio inmortal eran muy superiores á las de todos sus contemporáneos. Nadie de más brillante, rica y fecunda fantasía; nadie tan perspicaz, claro, exacto, distinto y profundo en la observación; ninguno cual él en la finalidad de las obras artísticas; y, sin embargo, ya no hay conformidad en los fallos referentes á las creaciones de su imaginación. Para éstos, las Comedias y los Entremeses son obras de escaso valer, mientras que para aquellos, aun confesando faltas en ellas, resultan ser composiciones de grandes bellezas en el conjunto. Otros (como el Sr. Máinez) juzgan á la *Galatea* una de las fábulas pastoriles más aceptables del período en que se escribió, al paso que otros no la consideran, ni por el estilo, riqueza, lozanía y gracia en el lenguaje, ni tampoco por sus descripciones y copias de lo real, digna de ponerse en parangón con las demás obras de Cervantes. Quién estima las *Novelas* como dechados en su género; quién las juzga así, atendiendo sólo á la época de su aparición y á ser Cervantes el primero que "noveló" en España. Si hay algunos que estiman al *Persiles y Segismun-*

da y alaban la obra como un portento, otros la miran como una contradicción flagrante con *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. En lo que todos están conformes es en juzgar al *Quijote* como la obra maestra de Cervantes. El *Quijote* es la urna de oro de los más alegres pensamientos. Pero ¡cuántas discrepancias resultan en los juicios, especialmente en la época moderna! El estudio de *El Ingenioso Hidalgo* ha infundido en muchos de sus críticos la convicción de que la obra es emblemática y alegóricos sus personajes. La gran obra resulta, por tanto, un puro simbolismo, y no lo que aparece de su sentido literal, que "lleva puesta la mira á derribar la máquina mal fundada de los caballerescos libros".

Esto del oculto sentido del *Quijote* se sostenía ya por un contemporáneo del mismo Cervantes, D. Manuel de Faria y Sousa, traductor de *Los Lusíadas* de Camoens y autor de unos muy notables comentarios, publicados en Madrid el año de 1639; obra de consulta aún en la actualidad. Faria, pues, decía ya á principios del siglo XVII que Cervantes satirizaba en las aventuras del *Ingenioso Hidalgo*, no sólo muchas costumbres de su época, sino también á muchos personajes de los más conspicuos á la sazón. Cervantes mismo había dado motivo para tales sospechas, celebrando en la *Galatea* con el seudónimo de Meliso á D. Diego Hurtado de Mendoza, y haciendo entrar en escena á sus amigos Francisco de Figueroa, Pedro Laínez, Luis Galvez de Montalvo, Luis Barahona de Soto, D. Alonso de Ercilla y micer Andrés Rey de Artieda, bajo los nombres, respectivamente, de Tirsi, Damón, Siralvo, Lauso, Larsileo y Artidoro. Además, los nombres de los dos principales actores, el enamorado Elicio y la discreta Galatea, ocultan los de Miguel de Cervantes y de D.^a Catalina de Palacios, con quien el autor de la fábula contrajo matrimonio en 12 de Diciembre de 1584.

La idea de que el *Quijote* encerraba sentido oculto, fué, sin duda, lo que dió origen á la creencia en un papel anónimo escrito por el mismo Cervantes con el título de *Buscapié*, en el cual se daba la clave de las alusiones contenidas en el *Quijote*. En verdad que nada justifica la aseveración de haber existido este papel. No pudo ser dado á la estampa con el intento de llamar la atención sobre una obra de que, no bien apareció, se habían hecho seis ediciones; ni es de creer que el Autor quisiera exponerse á venganzas terribles, cuando estaba siempre en espera de una pensión otorgada por la Corte.

Campeones esforzados del sentido esotérico del *Quijote* han sido, en la época moderna, Don Nicolás Díaz de Benjumea, D. Benigno Pallol (Polinous), D. Adolfo Saldias (de Buenos Aires) y D. Baldomero Villegas, coronel de Artillería.

Benjumea, en *La Verdad sobre el Quijote*, cree que el Ingenioso Hidalgo es el mismo Cervantes, nacido para grandes empresas, y condenado á cabalgar miserablemente sobre un rocín entre gente soez y desalmada.

Polinous, en su *Interpretación del Quijote*, juzga que Cervantes quiso representar en su fábula el absolutismo monárquico y la opresión inquisitorial sobre las conciencias. El Sr. Saldias en su *Cervantes y el Quijote*, cree que Cervantes fué un demócrata convencido, y que Don Quijote representa la aristocracia conservadora, y Sancho la democracia pura.

El Sr. Villegas en su *Estudio topológico sobre el Don Quijote del sin par Cervantes*, ve, en los últimos capítulos de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo*, claras indicaciones del sentido simbólico de la obra, condensadas allí para que los lectores comprendan el plan positivo y colosal ideado y acariciado constantemente por el Héroe de Lepanto, en su empeño de reformar y corregir la sociedad. Y en los capítulos anteriores halla lo que es necesario hacer para variar las relaciones de la Iglesia y el Estado, el modo de ser del Ejército, el del Clero, el de la Monarquía y el concepto y fines de la Justicia. Para el Sr. Villegas constituyen dos dualidades la grandiosa epopeya de la Humanidad escrita por Cervantes. La primera dualidad, personificada en Don Quijote y Sancho, simboliza el ideal humano que tiende constantemente á las reformas y al progreso; y la segunda dualidad, personificada en el cura Pedro Perez y el barbero que rapa y sangra, sim-

boliza la fuerza retardatriz y reaccionaria que constantemente se opone á las reformas y al progreso. Don Quijote y Sancho son dos emblemas complementarios, no antitéticos. Don Quijote representa el elemento espiritual, lleno de abnegación y dispuesto al sacrificio para lograr el triunfo de sus anhelos; y, en este sentido, es imagen de Cervantes mismo. Sancho representa el elemento material, que va en pos del elemento espiritual, que entra á su servicio y que está á su devoción, mientras no hay peligros para sus satisfacciones personales y su egoísta interés; por lo cual, en este sentido, Sancho es imagen del pueblo. Así, Don Quijote y Sancho quieren lo mismo: el triunfo. Don Quijote lo ansía rayando en lo heróico y lo sublime, para la libertad de los menesterosos y oprimidos; y Sancho lo apetece por deferencias y respetos á su Señor y por sus esperanzas de medro, cifrado en el gobierno de una ínsula. En contraposición de esta dualidad, personificada en Don Quijote y Sancho, que aspiran á lo mejor, el uno abalanzándose á los peligros, y esquivándolos el otro, aparece la otra dualidad del cura Pedro Perez y el barbero que rapa y sangra, emblemas también complementarios, y no antitéticos, de los bien hallados con el usufructo de las temporalidades eclesiásticas y de las rutinas que paga la parte atrasada de la sociedad. He aquí las dos dualidades de esencia en la gran creación cervantina; en conexión con las cuales entran en escena otras muchas personificaciones alegóricas: Dulcinea es la patria: la Tolosa y la Molinera son representación de la prensa de entonces: el Vizcaino simboliza á los jesuitas: los cuadrilleros representan la Inquisición, y así de los otros personajes de la fábula.

No conozco á nadie á quien no hayan causado extrañeza las aseveraciones de ser simbólico el *Ingenioso Hidalgo*, cuando las han oído por primera vez. ¡Simbólico el poema con que más se honra la Literatura nacional! ¡Simbólicos los cuadros en que retrata magistralmente la vida de la España de entonces, y especialmente la de la Mancha, con sus molinos de viento, sus ventas, sus carretas, sus cueros de vino!! Si lo real es simbólico de lo real, entonces todo es simbólico en el mundo, y nada hay que objetar á quienes juzgan emblemático al *Quijote*. Un cuerpo que cae resulta así un emblema de la gravitación universal, por ser un caso concreto de la gran ley á que obedece, no sólo la Luna al circular como satélite á nuestro alrededor, sino también la Tierra circulando á su vez alrededor del Sol, como todos los demás planetas. Así también, un globo terráqueo de cartón simboliza en las clases de geografía á la Tierra que habitamos, y un planetario al sistema solar. Así, igualmente, todo experimento de Física es un trasunto de los grandes fenómenos de su especie en la Naturaleza. Cuando Don Quijote pronuncia el discurso sobre las armas y las letras ó da consejos á Sancho Panza sobre los deberes y responsabilidades de quien gobierna á los demás, no es Don Quijote ciertamente quien habla, sino Cervantes mismo por boca de su héroe; y, en este sentido, bien puede decirse que Don Quijote es el símbolo representativo del Autor en lo más noble de sus siempre grandiosos pensamientos.

Por modo idéntico, al quejarse Don Quijote de los follones y malandrines, ó de las malas artes de los encantadores enemigos, causa de sus descalabros y desventuras, no parece sino que el Autor de *El Ingenioso Hidalgo* se queja de la mala suerte que le persiguió toda la vida. Y he aquí, cómo, aun aquel que no vea alegoría ninguna en *El Ingenioso Hidalgo*, podrá decir que Don Quijote representa las vicisitudes y angustias de quien, con grandes ideales, se vió siempre rodeado de gentes incapaces de comprenderlo. ¿Quién no cree que en la novela del cautivo hay mucho de auto-biografía? Pues supongamos ahora que un crítico repase el final del capítulo LXVII y el principio del LXVIII de la parte primera: admitamos, además, que se fije en los razonamientos con que el canónigo de Toledo encomia la fábula que ya tenía sin duda trazada Cervantes de *Persiles y Segismunda*, ó bien en los argumentos con que se defiende el desarrollo de las obras teatrales como *La Numancia*, eclipsadas por las de Lope de Vega y sus discípulos; ¿podrá resistirse el crítico á creer que quien allí habla no es el Canónigo de Toledo, sino Cervantes mismo? Y ¿cómo resistirá la tentación de pensar que el canónigo es otra representación viva de Cervantes, además de la de Don Quijote? Los autores (sin más excepción tal vez que la de Shakespeare) nunca son

tan impersonales que no se dejen ver en sus encarnaciones; y, si censuran un vicio social ó político, lo hacen siempre de tal modo que se transparenta ó trasluce la escuela á que pertenecen, si ya no es que hacen gala y ostentación de sus creencias. Por esto, las obras literarias resultan símbolos de las doctrinas de sus autores. Pero no se trata de esta clase de simbolismos, sino de los que ven en un personaje imaginado la encarnación de una idea particular y determinada: de ésa, y no de otra ninguna. Por ejemplo: en Dulcinea la patria; en Sancho el pueblo; en Don Quijote el más generoso deseo de la regeneración social; en los cuadrilleros el poder de la Inquisición, etc.

Nadie extraña, pues, que Cervantes hable por boca del canónigo, y en tal sentido sea simbólico este personaje; pero ya lo alegórico se hace muy duro de creer cuando al mismo canónigo se le da la representación de un clero tolerante é ilustrado, contrapuesta á la del cura Pedro Perez, compadre del barbero, emblemas del poder temporal y de las rutinas. Y la extrañeza es tanto más espontánea, cuanto en los días de *Don Quijote* no existían las ideas expresadas por el Triángulo revolucionario francés, Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Existía sin duda el pueblo; pero no con la amplia idea que ahora representa de soberano y artífice de su propia regeneración. Había monarcas; pero la monarquía no significaba, como ahora, poder moderador que reina y no gobierna.

Era un hecho la Teocracia; pero no se había ni conseguido siquiera el deslinde hoy existente entre la doctrina religiosa y el gobierno clerical. Estas ideas son modernas, nuevas enteramente, propias sólo del actual período político-social; y no era posible personificar entonces lo que no había aun en las conciencias. Y he aquí la principal razón de la repugnancia que, en virtud de la filosofía de lo inconsciente, experimentan, más bien por intuición que por raciocinio, todos cuantos por primera vez oyen hablar del sentido esotérico del *Quijote*. Sin duda que á principios del siglo XVII se apetecían mejoras: y ¿cómo no? ¿Cuándo el mundo ha estado bien constituido? ¿Cuándo la redención ha llegado hasta los siervos para decirles: "levantáos; ya teneis libertad"? Sin duda había deseos de reformas: pero ¿cuántas?, ¿cuáles?, ¿en qué grado? Demos que Cervantes fuera un "demócrata convencido"; pero ¿cuál era su democracia?: ¿podría querer la democracia que se deriva de la declaración de los derechos del hombre? Concedamos que no viera con buenos ojos los procedimientos de la Inquisición; pero, ¿quería abolirla?, ¿quería la libertad de cultos? Las Cortes de Cádiz abolieron el Tribunal de la fe, y, sin embargo, no decretaron la libertad de conciencia. Así, pues, no se ha hecho todo con declarar que hay sentido oculto en el *Quijote*, y que los actores de tan vasto escenario son personificaciones de grandes reformas: es preciso, además, definir con precisión esas reformas, tales como eran compatibles con aquella sociedad, poderoso engendro de la tiranía y el fanatismo.

El Sr. Máinez no cree precisamente que en el *Quijote*, á más del sentido literal de las aventuras constituyentes de la fábula, exista rigurosamente un sentido emblemático, encubierto por el otro; pero encuentra en la obra magistral de Cervantes los símbolos de dos grandes tendencias de la Humanidad.

Máinez ve en *Don Quijote* una creación grandiosa, con pensamiento trascendental y filosófico. No es el *Ingenioso Hidalgo*, según él, un libro de mero pasatiempo, sin más fin que derribar la máquina de la andante caballería. Esa resulta ser la apariencia, necesaria é ineludible para tratar en el texto de cosas más esenciales, más grandiosas, más profundas, más pertinentes á la humanidad en general y á la sociedad española de aquel tiempo en particular. Los personajes principales de la obra maestra son representaciones ó símbolos de personalidades y estados humanos. En Don Quijote se personifica el idealismo (es la palabra que emplea el Sr. Máinez, aunque no la creo la más propia).

¿Hay un hombre íntegro y virtuoso que busca siempre la regeneración de las colectividades y los individuos, el bien de todas las clases, la felicidad general, aun á costa de grandes sufrimientos personales? Pues ése es Don Quijote. ¿Hay quien á todo trance defiende la verdad, siendo es-

cudo de la Justicia, sin temor á los peligros, ni contrariedades, ni á la misma muerte? Pues ese ser extraordinario, que expone la vida por desfacer entuertos, es el caballero Don Quijote de la Mancha. ¿Semejan sus actos verdaderas locuras? Pues esas locuras son justamente los hechos de los seres magnánimos que, sin cuidarse de la maledicencia ni de las asechanzas, ni de las calumnias, ni siquiera del ridículo, saben sacrificarse gloriosamente y ser los redentores inmortales de la humanidad descarriada. Desde este punto de vista grandioso no hay figura más sublime que la del hidalgo Don Quijote.

Sancho, para el Sr. Máinez, es otro aspecto de tan magna personificación. ¿Hay quien no entiende de "idealismos", ni abnegaciones, ni de cosas espirituales y abstractas puramente? Pues ése es Sancho Panza. ¿Hay persona para quien no existe más que el medro lucrativo, para quien el ideal no se extiende más allá de la satisfacción plácida de sus necesidades físicas? Pues ése es el fiel escudero del Ingenioso Hidalgo. ¿Come bien, bebe mejor, duerme á sus anchas, no le preocupan atenciones, ni le desvelan escaseces, ni le desasosiegan peligros? Pues ésa es la gloria, la dicha, la felicidad. La quietud suprema es su anhelo, la vida regalada toda su aspiración. ¡Qué le importa á él lo demás, si para él todo lo demás es aire vano!!

Aunque este contraste entre lo sublime y lo prosaico de la existencia es punto de vista en que han coincidido muchos escritores, Máinez le infunde tal novedad, que lo hace agradable y seductor, especialmente en cuanto dice sobre la figura alegórica y encantadora de Dulcinea y sobre el significado que ha de dársele, como propósito de altos empeños y acciones generosas.

Máinez, pues, no es contrario á la interpretación emblemática de la obra que más honra á la Literatura patria; pero se abstiene de todo cuanto pudiera considerarse, *prima facie*, como arbitrario ó paradójico en el sentido esotérico del *Quijote*. El biógrafo se conserva siempre, para la interpretación, en un cauto término medio, sin llegar hasta lo alambicado, que suele quebrarse de "sotil", ni menos á lo especiosamente caprichoso.

Sus comentarios acerca de las varias aventuras del *Quijote* son curiosos algunos, atrevidos otros: ninguno trivial, ni tampoco gratuito.

Por el contrario, son muy de aplaudir su ingeniosidad y el buen sentido, que gallardamente marchan del brazo en la investigación.

XIII

Generoso derroche de ingenio esmalta sin duda los estudios publicados hasta ahora para demostrar que en el *Quijote* reside un sentido oculto, encubierto por el literal. Dignos de loa son los intentos para realzar con la agregación de ese simbolismo la obra de Cervantes; especiosos se ostentan á veces los argumentos, y en ocasiones hasta sorprenden por su agudeza, atisbo y penetración. Pero forzoso será á todos reconocer que la fama de la obra maestra voló por todo el mundo tan sólo por su sentido literal.

En efecto, la popularidad de este libro es cosmopolita. El *Quijote* es verdaderamente intraducible; y, sin embargo, más ó menos infielmente, está traducido á todas las lenguas de la civilización. Y en todas ellas posee el secreto de la risa y del solaz más delicioso. Es el único libro en el mundo que se lee una vez y otra, y otras ciento, y siempre con interés y creciente encanto; ya se le tome desde el principio, ya se le abra á capricho por el medio ó por el fin. ¿Cuál es, pues, el enigma de esa única y universal popularidad? Cuando leemos la obra eterna de Cervantes, percibimos seguramente que sus formas no son la causa de tanta belleza: son el medio: aquel mar de poesías en prosa está todo en las ideas; y no vemos imposibilidad en que concepción tan portentosa hubiese venido al mundo de otro modo y con otras aventuras, que nosotros ciertamente no podemos concebir, porque para concebirlas se necesitaba otro prodigio de invención que igualase á Cervantes, y la Naturaleza es avara de esa clase de prodigios. Los Genios no vienen acompasadamente al mundo. Para ellos no hay ritmo.

El pensamiento es la esencia de las artes, y la obra será lo que el pensamiento fuere; porque, si la forma es consustancial con la idea, la idea es el verbo que se encarna. Las formas son sólo condición constituyente, no esencial. Estudios menos artísticos, pero más profundos, han de interesar el corazón de quien por las artes aspire á la inmortalidad. Se entiende si es un Genio; pues, no siéndolo, es inútil que estudie los hechos de la realidad que dan ocasión para los grandes descubrimientos y las magnas creaciones de la fantasía. Aunque fuera cierto que Newton descubrió la ley de la gravitación universal viendo caer una manzana, siempre sería sandio ponerse á mirar caer manzanas para ser un Newton.

Cervantes estudió lo real con toda la fuerza de su genio, y luego infundió en todo cuanto había observado soplo de humanidad. Su obra es un trasunto palpitante de la realidad viva. Aún existen molinos de viento en el campo de Montiel. Aún hay cueros de vino en las alcobas de las casas de la Mancha. Si no hay ventas, hay paradores. Aún las manadas de carneros levantan nubes de polvo, cual pudieran los ejércitos que alucinaron á Don Quijote. Aún se encuentran allí bacías como el yelmo de Mambrino. Hay curas y barberos como el Licenciado Pedro Perez y su compadre que rapan y sangran.

Existen "hidalgos" de reducida hacienda, sóbrios, dadivosos tal vez, esclavos de su palabra y católicos fervientes. Y subsiste el hombre de campo, que no sabe leer, pero á quien nadie engaña, porque tiene aprendida de memoria toda la filosofía popular de los refranes. Don Quijote y Sancho son tipos que no han muerto. Cervantes vió todo aquello, y muchas cosas más:... la descentralización feudal del Duque y la Duquesa, señores de lugares; la inseguridad de los caminos, á merced de bandidos generosos como Roque Guinart, no enemistado con ciudadanos de viso é influencias.... Conocía á los venteros, á las mozas del partido, á los arrieros, á los mercaderes, á los pastores, los galeotes, los cautivos, los cuadrilleros, los canónigos, los penitentes que sacan las imágenes en rogativa, &c., &c.; y aquel hombre portentoso, por una fulguración extraordinaria de su creador espíritu, vió en la nebulosa de sus meditaciones lo que nadie había visto antes que él: los recónditos misterios de la Locura, indescifrables el siglo XVII, porque su estudio estaba reservado á la gran ciencia del siglo que termina. (1)

"He aquí, dijo, en su visión íntima, ignoradas canteras de tradiciones y recuerdos, restos, vivos aún, de existencias y pensamientos anteriores. He aquí secretos del alma humana, inherentes á su flaca naturaleza, y, por tanto, de infeliz longevidad. ¡Qué abundancia! ¡Qué tesoros!" Y, encarándose con ellos, los conjuró con la resuelta serenidad de quien ha leído ya el triunfo en lo porvenir. Y les dijo: "Dispersos materiales, congregáos para vivir vida eternal: canteras, dadme los mármoles, que aquí tengo yo el cincel."

Y el Genio esculpió el *Quijote*.

El *Quijote* inmortal, que en hora feliz hubo de aparecer cual meteoro deslumbrador, y que hoy, muerto ya el Artífice, es reguero permanente de luz póstuma que no se pone jamás en el espíritu, á diferencia del gran astro central que, todas las tardes, en ocasos deslumbrantes de escarlata y oro derretido, desciende con majestad bajo los magníficos incendios del fastuoso horizonte.

Y ¡nueva maravilla! ¡El Genio suele ni aun concebir siquiera en toda su plenitud la totalidad de la misión reservada á sus hijos predilectos!

Stephenson presintió ciertamente haber engendrado un Titán irresistible que había de vencer á los dos potentísimos déspotas de la Humanidad, el Espacio y el Tiempo. Pero de cierto no pensó que ese Titán, allanando todas las fronteras, había de unir á los pueblos más distantes, convertido en evangelista automático de la fraternidad universal.

Así Cervantes. De cierto que nunca imaginó que la popularidad cosmopolita del *Quijote* ha-

(1) Véase el libro titulado *Primores del Don Quijote en el concepto médico-psicológico*, por el Doctor D Emilio Pi y Molist. (Barcelona, 1886).

¡Admirable estudio sobre la locura de Alonso Quijano, *El Bueno*! Obra apenas leída por los literatos, y hasta no muy conocida entre los mismos Cervantistas.‡

bia de evangelizar á su vez la confraternidad universal de las naciones literarias, enalteciendo seductoramente en todas partes el heroísmo y la virtud.

La base de esta fábula imperecedera es el realismo idealizado, que nunca ha de envejecer, pues para él no se hizo la decrepitud; no los libros de caballerías, que ya estaban mandados recoger. Aquellos dioses se habían ido ya. Los hombres de todas las clases y condiciones sociales están fotografiados en la obra, con dos excepciones solamente; los magnates de la Corte y los altos dignatarios del Tribunal de la fe; pues hasta éstos no llegaron nunca los atrevimientos de aquella pluma sin par, aunque el erudito Puigblanc haya querido demostrarlo. Su culto literario por la verdad y la belleza resultan en toda la obra. El discurso de las armas y las letras, la descripción de los ejércitos, los consejos á Sancho, las novelas incrustadas en el texto, las escenas en casa de los Duques,... lo evidencian, á pesar de las faltas que todo el mundo se ha complacido en advertir, y que prueban que para el Inmortal Artista las ideas eran el todo, y los pormenores cosa no esencial. Hay, sin duda, contradicciones, olvidos que muestran la prisa con qué la novela se escribió, digresiones que en cualquier otro autor degenerarían en cansancio, episodios mal embutidos en el conjunto, faltas contra la gramática;... pero ¿qué significan estos lunares en el libro más gracioso y original existente en la Literatura de todos los siglos? Sin anteojos no se ven las manchas del Sol.

XIV

Cervantes (como he dicho en otra ocasión) es el prodigio de las Letras; es el mayor de los Genios de todas las naciones literarias, porque aquí el Genio carecía de atmósfera para volar, y él voló. Todo se sometió á su pluma: no había filósofos, y él lo fué: él habló siempre de lo real, mientras que, no pudiendo los escritores de valía emitir ideas, emitían palabras. Equívocos, conceptillos, sutilezas, retruécanos, delirios de la cultalatiniparla, gongorismo, en fin, fueron las agonías del período grecolatino de las Letras castellanas. Pero estos avillanamientos no llegaron á Cervantes; porque él se cernía en las alturas. Su ingenio taladraba los nublos, como rayo de Sol.

Pocos son los corazones que adoran el ideal, y él consagró su pluma al ideal de la Justicia. El menesteroso y el oprimido le fueron sagrados. El heroísmo le atraía como su estrella polar. Para él la inacción era un oprobio: su descanso el pelear. El lucro no le hizo doblar nunca la rodilla, porque siempre estimó como sacerdocio lo que otros miraban cual oficio. Ni glorificó, para poder vivir en lo porvenir, las pasiones inmundas de lo presente.

Sí. En lo porvenir tenía constantemente fijas las miradas; y, así, "el prudentísimo Cide-Hamete" pudo decir á su pluma: "Aquí quedarás colgada, péñola mía, á donde vivirás luengos siglos"; pues aquel Genio superior se sentía con fuerzas para ascender á la inmortalidad. El sufrimiento crea lo que no tiene: la belleza. Y Cide-Hamete conocía tanto el valor incomparable de su obra maestra, que también hizo decir á su pluma: "para mí sola nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco"...

Cervantes codició láuros sempiternos, y no el óbolo de un día; y, por eso, jamás pintó á sus héroes aletargados en indigna voluptuosidad por el ópio enervador de las liviandades, ni los llevó á las regiones apestadas del vicio, donde reinan la consunción y las sombras de la muerte; que el Arte es sagrado y es gran sacrilegio su profanación. Para el Rey de la prosa castellana, el Arte es la forma seductora y desinteresada de lo bueno y de lo bello, no fantasma delirante de calentura perniciosa. Así, *Don Quijote* es honesto y comedido, porque el Arte se asusta de las risotadas impuras de las pasiones indecorosas y de las torpes deformidades del naturalismo. El Arte es el amor sacrosanto del ideal, símbolo de lo ultra presente; y Cervantes, fijos los ojos en lo absoluto, no quiso ser artista de una época, para ser el Artista de los siglos. Y se sacrificó por lograr lo que nadie puede repetir: la perfección en la forma; lo grande en lo verdadero; la inmortalidad en la

vida; y, por eso, habló la lengua universal de los sentimientos humanos; por eso se dirigió á la Humanidad, no á los hombres; y por eso, en fin, escribió ese libro cosmopolita que ha vivido más que su Autor, y que seguirá viviendo en las edades venideras, proque el pensamiento allí encarnado es perdurable y nunca ha de morir.

Este gran hombre (como dice admirablemente el Sr. D. Federico Balart), fué "conjunto extraordinario de facultades singulares y de virtudes heroicas. Su Genio literario era superior al de todos sus contemporáneos en España, por la riqueza de la fantasía, por la verdad del colorido, por la exactitud de la observación, por la gallardía del estilo, y, sobre todo, por el alto concepto de la vida. El comportamiento de Cervantes en Lepanto, traspasa los límites del pundonor y frisa en los del heroísmo. Y su conducta en Argel entra de lleno en lo heroico, y alcanza más de una vez á lo sublime".

Cuenta una antigua tradición oriental que, rendido del sueño y del cansancio, después de sangrientísima victoria, el vencedor Monarca dejó caer su coronada frente sobre la humilde hierba de los campos. Una gota de rocío, purísima y vestida de colores, rodó hasta una perla de inestimable valor que adornaba la corona.—Aparta, gota de rocío, dijo la vanidad.—¿Por qué? ¿No son más brillantes mis colores que el oriente de tu nácar?—dijo el rocío temblando, y esparciendo en su temblor luces de rojo y azul.—Aparta, dijo también el déspota al despertar, y la gota de rocío saltó de la regia corona para fecundar una espiga de trigo que fallecía de sed. La perla, enfermando, perdió su orgulloso oriente; al tirano quitó la vida un sobornado acero en las delicias de un festín; y los hijos de la espiga se multiplicaron maravillosamente sobre la haz de la tierra.

¡Brillar y fecundar!, eso es el Arte.

¡Sufrir, brillar y fecundar!, eso es el *Quijote*.

El incansable agricultor, que en sus avaras trojes amontona los trabajosos frutos de la cosecha, no se acuerda, ingratamente, de la gota de rocío que socorrió la sed de la desfalleciente espiga; ni el escritor de ideales redentores recuerda el modelo inmortal en que aprendió el secreto de infundir cada idea en una forma, haciendo que caracteres visibles exterioricen la invisibilidad del pensamiento, y esparzan sobre la faz del mundo las ideas de progreso y civilización. Es un hecho misterioso que las ideas, fuerza de la Humanidad, no cunden ni sojuzgan, si nó encarnan en el Arte; y ningunas tienen energías de vulgarización comparables á la de las creaciones que satisfacen la vida intelectual.

Si los críticos tuviésemos una vista capaz de percibir las relaciones de la Historia, no sería imposible discernir la vitalidad que en el carácter español infunde el libro de Cervantes, y nos inclináramos ante él respetuosamente; porque esa obra inmortal ha sembrado en nuestros corazones los ideales de emancipación, de progreso y libertad que nosotros cosechamos. Jamás una idea filosófica esparció sus luces por la conciencia universal sin la manifestación artística. La filosofía habla sólo al entendimiento, y el hombre no es sólo inteligencia. La Humanidad cree, cuando la creencia ha ganado el corazón. Cervantes cerró el sepulcro del feudalismo; y, por tanto, sus obras aspiran al bien para todos los que sufren vejámenes é injusta persecución: su arte se inspira en nuevos ideales; y, por eso, nunca nos representó triunfante al escándalo ni á la iniquidad; por eso siempre glorificó al mártir y no al martirizador, y por eso nunca arrojó el Arte en los lodazales de la corrupción, ni fraternizó con las abominaciones, ni enconó las llagas de las muchedumbres; porque el gran Artista quería que su creación no pasase pronto como las obras de los hombres.

Su labor es, por tanto, la reservada sólo para el Genio: la hermosura en la virtud. Los arcosiris que á la salida de un encendido sol de primavera irradian sus colores fulgurantes dentro de las gotas del rocío, no son lujos de vanidades infecundas, como resultan serlo cuantos brillan dentro de las piedras mejor talladas. Los diamantes son esterilidad fastuosa de luces intensísimas, sin la prolífica virtud que acompaña á las gotas de colores cuando socorren la sed de las secas espigas, para que luego cubran nuestras mesas con la abundancia del cotidiano pan.

Don Quijote es una maravillosa procesión de realismos que marchan alegremente al compás de una gran sinfonía de ideales; y á su ritmo se allanan las fronteras en el espacio, y en el tiempo se dilatan los horizontes, pues la alborozada comitiva siempre va cantando el himno cosmopolita del sentimiento, inteligible en todas las conciencias.

Cervantes, pues, trabajó constantemente por la gloria y por el bien, aunque cosechando sonrojos y sacando miseria y hambre del crisol de sus tribulaciones. Pero en él se cumplió la profecía de la rehabilitación: "los últimos serán los primeros". La envidia no prevaleció contra él, porque el turbión más tempestuoso nunca puede allanar la cúspide de un monte, ni la tísis tiene fuerzas para ascender hasta la cumbre de la inmortalidad.

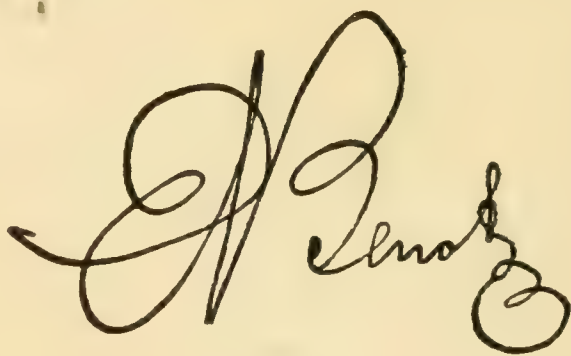
En una palabra; Cervantes amó el bien y afrontó el mal, que es el mayor sacrificio de que tienen tradición las gentes.

XV

Tal es el hombre que nos retrata el Sr. D. Ramón León Máinez en su nueva Biografía, titulada *Cervantes y su Época*. Téngola (como dije al principio) por el análisis más amplio, completo y erudito que, desde el siglo XVIII hasta nuestros días, se ha publicado acerca del Príncipe de nuestros Ingenios, y la considero de mérito indiscutible.

El trabajo del Sr. Máinez ofrece siempre novedad en la expresión y originalidad en los juicios. Que el más próspero éxito corone los patrióticos estudios de tantos y tantos años, y que el homenaje de veneración que constituye la obra, asocie para siempre, al nombre adorado del Maestro inmortal, el hoy tan modesto cuanto bien estimado nombre de su más entusiasta admirador.

Tales son mis más vehementes y afectuosos deseos.



26 Noviembre 1900,
en Madrid.

DISCURSO PRELIMINAR

I

Originalidad literaria de Cervantes.

Su gran mérito inventivo. Cervantes y Shakespeare.

Cuando nació Cervantes, á mediados del siglo décimosexto, la Literatura española alcanzaba un período de hermoso vigor y lozanía, que después, al comenzar el décimoséptimo, cuando publicó el inmortal *Ingenio* la mayor y mejor parte de sus obras, llegó á la cumbre de su grandeza, perfección y majestuosidad. Nunca, ántes ni después, se escribió con más pureza de frase, galanura de estilo, ni belleza de conceptos la lengua castellana. Todas las formas y todos los géneros literarios fueron cultivados con maravillosa fecundidad, acierto exquisito y alteza de elocuencia insuperable.

Había adquirido la poesía en la musa de Garcilaso la más esplendente magnificencia de las formas. Para los trabajos de crítica y erudición habían dejado asombrosos ejemplos que imitar, aunque escritos en latin, los sabios Luis Vives y Arias Montano. Los grandes humanistas Nebrija, Sánchez Brocense, Venegas, Simón Abril y Jiménez Patón, difundieron los preceptos del buen gusto para los estudios de investigación filológica.

Mendoza y Mariana revestían sus obras históricas de la austera gravedad de lo clásico, y creaban con sus narraciones bellísimas un nuevo modo artístico y seductor para referir y recordar los sucesos y vicisitudes de los pueblos y monarquías, sin la árida enojosa uniformidad de los pasados cronistas y compiladores. Brillaba la elocuencia sagrada con resplandores gloriosos,

no superados después, en las incomparables oraciones sagradas de Luis de Granada y de Juan de Avila, espejos del bien decir y modelos de fervorosa unción y celo evangélico. En las regaladas canciones de Luis de León y en las altisonantes odas de Fernando de Herrera, se elevaba la lírica nacional hasta los portentosos términos de lo sublime. Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, se inspiraban en los más preciados monumentos de la Literatura latina para la composición de sus excelsas producciones y la más acabada imitación en romance de la sátira horaciana.

Subían al alma hasta la pura contemplación de lo Divino, con sus arrebatados transportes intelectuales ó su grandilocuencia de expresión, nuestros más eminentes escritores místicos y ascéticos, en tratados inmortales, que siempre seducirán por el ornato superior que los avalora, aunque sus opiniones y juicios no conformen muchas veces con los nuestros.

Ercilla y Hojeda mostraban sus grandes aptitudes y profunda inspiración para el cultivo de la Épica. Enriquecían con sus notables pastorales Gil Polo y Gálvez de Montalvo un género literario muy estimado entonces desde la publicación de la *Diana* de Jorge de Montemayor, célebre ingenio lusitano. Francisco de Figueroa, Jáuregui, Vicente Espinel, Mira de Amescua, Aldana y otros, perfeccionaban su numen poético con el asídúo estudio de los vates italianos, y embellecían el Parnaso español con primorosas y espléndidas joyas.

Descollaban con singulares ventajas sobre sus contemporáneos, los felices ingenios de Góngora y Lope de Vega, creador el primero de un estilo nuevo que corrompió el puro hablar caste-

llano, y perfeccionador el segundo del Teatro nacional con los peregrinos rumbos que le trazó su prodigiosa inventiva, y merced á los cuales tantos y tan preclaros talentos resplandecieron durante un siglo, haciendo patentes, con su do-naire, su originalidad y fecundidad asombrosas.

En la emisión artística de lo bello, mediante la forma encantadora de la poesía, más de dos-cientos autores rivalizaban en todos los géneros y daban gallardas pruebas de su estro, gracia, disposiciones y dotes especiales. La prosa había alcanzado tal punto de grandeza y majestad, que era menester el inmejorable acierto y juicio de los admiradores de lo perfecto para no desfigurarla, so pretexto de embellecerla, con adornos de todo punto innecesarios y perjudiciales. ¿Qué añadir ni reformar en la admirable elocuencia de Granada, la castiza austeridad de Luis de León, la fogosidad de Juan de la Cruz, la concisión de Hurtado de Mendoza, la limpia precisión de Valdés, la facilidad de Rivadeneira, la elegancia de Sigüenza, la pulida frase de Márquez, la pura elocución de Mateo Alemán, la clara expresión filosófica de Huarte, la verbosidad de Guevara, la sencillez epistolar de Teresa de Jesús, la vehemencia de Malón de Chaide, la severidad de Mariana, ó la florida compostura de Argensola?

Hubo un hombre, sin embargo, de condición humilde, pero de superior penetración y soberana inteligencia, que á todos los escritores más insignes de su tiempo y de los pasados excedió en maravillosas proporciones; descollando como el mejor, como el único, como el incomparable, como el verdaderamente sublime. Hubo un hombre modesto, nacido de pobre aunque de hidalga familia, no educado en las renombradas escuelas y famosas Universidades, sino por su propia inclinación y amor al saber; con experiencia práctica del mundo, luchando incesantemente con las adversidades de la fortuna, ora soldado, ora cautivo, ora comisionista, ora alcabalero; dechado de abnegaciones, espejo clarísimo de virtudes domésticas, humillado, perseguido, en situación lastimosa de abandono y necesidad, que sin premios, sin esperanzas, sin otro incentivo que el de la inmortalidad de su nombre, pensando y componiendo entre amarguras y reveses, prevaleció sobre todos sus contemporáneos y escribió el idioma castellano con mayores excelencias que todos, y dejó á la posteridad riquísimo legado para la glorificación de España y esplendor eterno de la Literatura universal. Ese hombre prodigioso, admiración de los siglos, fué MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Su espíritu creador superaba al del mismo Lope de Vega, si nó en fecundidad, en inventi-

va profunda y bien dirigida. Él contribuyó á la formación del Teatro nacional con producciones dramáticas notables. Fué el felicísimo inventor de la Novela española, que no existía, por más que en géneros determinados, el pastoril y el picaresco, por ejemplo, se hubiesen estampado y alcanzaran gran crédito en la opinión diferentes composiciones. Nadie le igualó ni aventajó después en novelar fiel y gráficamente las costumbres. Antes que Quevedo, enseñó á escribir la sátira social con intención, interés y altos fines morales, sin degenerar en las impurezas de la forma ni en las repugnancias de la procacidad y la licencia. Ejercitó la crítica literaria, si nó con perfección, con mejor y más sano sentido y método que hasta su tiempo se había hecho, y si pecó muchas veces de generoso, acertó muchísimas más por su recta percepción de lo bello.

Opúsose resueltamente á la perniciosa invasión del culteranismo, no incurriendo como otros que pretendieron hacerlo, en los mismos defectos que censuraban, sino conformando los hechos con las palabras, escribiendo de modo que siempre luce en su frase la belleza de la expresión al mismo tiempo que una naturalidad y elegancia no afectada que pasma y aplace. Dejó, en fin, en su obra maestra, en esa verdadera epopeya de la Humanidad que se llama el *Quijote*, no sólo el texto más genuino y clásico de la hermosa dicción castellana, sino el libro más profundamente original y encantador de nuestra Literatura y de las extranjeras, acerca de cuya significación, artificio, variedad, simbolismo y alcance se han impreso multitud de volúmenes y se continuarán publicando, porque nunca se dirá la última palabra respecto de los misteriosos caracteres que surgieron del cerebro de Cervantes para enseñar á la Humanidad con las seducciones de su potentísimo genio y las festivas ocurrencias de su graciosísimo decir.

Ingrata España con su hijo más ilustre, dejó-le morir en el olvido más completo, y quien enalteció á su patria en la esfera intelectual hasta donde ningún autor de los siglos XVI y XVII logró elevarla, vivió de las limosnas de dos almas compasivas, cuando debiera haber sido regalado, encumbrado y protegido como la más pura y grandiosa gloria nacional de su época.

El único autor que puede competir con Cervantes en universal fama y respeto, el sublime dramático inglés Shakespeare, contemporáneo suyo, gloria del Reino Unido, fué más afortunado que el inmortal Genio español. La nación británica supo apreciar sus obras y recompensar, aun viviendo, con largueza el mérito que sus admirables producciones atesoraban. Nobles

y príncipes le protegieron y premiaron. La Reina Isabel y el Rey Jacobo I le respetaban y favorecían.

Y en tanto que el pobre y desvalido Cervantes, menospreciado siempre de los monarcas Felipe II y Felipe III, terminaba en Madrid sus tristes días, entre humillaciones y penas que desgarraban su alma magnánima y generosa, Shakespeare concluía su existencia en medio de comodidades y plácida tranquilidad, rodeado de sus admiradores y amigos, como un filósofo entre sus discípulos, en su apacible retiro de Stratford.

Y mientras en España fué Cervantes enterrado el 24 de Abril de 1616, casi de limosna, en las Trinitarias de Madrid, sin que una mano cariñosa colocase sobre su tumba digno epitafio, Shakespeare recibía sepultura en la iglesia parroquial de Stratford, en el mismo mes y año, con diferencia próximamente de once días, con notable suntuosidad; y en la losa que cubrió su sepulcro, se tributaba justo homenaje de admiración al maravilloso creador del *Rey Lear*, *Macbeth* y *Hamlet*, gloria universal como el Autor de *Don Quijote de la Mancha*, á quien dejaron perecer en la miseria sus desconsiderados contemporáneos.

II

Indiferencia é ingratitud, de sus protectores.

Tan desgraciado Cervantes en su muerte, como en todo el discurso de su triste vida, no encontró ningún preconizador de sus méritos que trasmitiese á la posteridad, con el afecto rendido de la admiración, lo extraordinario y sublime de sus acciones y virtudes. Olvido injusto en unos, prueba odiosa de ingratitud en otros, indiferencia manifiesta en la mayor parte de sus contemporáneos; tal proceder no admite disculpa ni perdón, y debe ser con toda severidad execrado.

No hubo siquiera un amigo suyo, ni aun de los elogiados por él con harta generosidad, ni un escritor independiente, ni un poeta de los renombrados y puestos por el favor en la cumbre de la ventura, que cumpliesen como buenos y tributasen homenaje de respeto á la verdad y de veneración al talento soberano que entre desdichas y humillaciones desaparecía de este mundo miserable. Sólo algunos, muy contados, ó humildes ó de poco crédito en la opinión, fueron los que se decidieron á alabarle; porque hasta aquellos mismos Señores que mitigaron el hambre de sus pos-

treros días ó estaban á él obligados por las atenciones y encomios públicos que les había tributado, olvidaron en tan críticos momentos sus más ineludibles deberes como buenos y como agradecidos.

Aunque el Cardenal Arzobispo de Toledo se creyese dispensado de hacer nada por la gloria literaria de Cervantes, juzgando quizás tal intento como tentación pecaminosa ó vanidosa ostentación mundana que desdecía de la respetabilidad de su alto cargo pastoral, satisfecho de haber realizado cuanto dependió de su espíritu caritativo en bien del pobre muerto, ¿qué disculpa hay que pueda justificar el abandono incalificable con que se portaron después de la gran desgracia el Conde de Saldaña y, sobre todo, el de Lemos?

Sus nombres, sus hechos, sus merecimientos, sus aficiones literarias y la alteza de su progenie habían sido enaltecidos por Cervantes hasta lo indecible, hasta lo hiperbólico, hasta lo inverosímil, llamándoles repetidamente protectores, amparo, escudo, consuelo, salvación en sus infortunios.... ¡Y tales manifestaciones de nobleza de corazón y grandeza de ánimo se pagaban por aquellos magnates con desdenes incomprensibles cuando hasta eran deudores á Cervantes de que sus prestigiosos nombres no feneciesen con la caduca vida!

Es triste, pero verdad, y precisa decirlo á fin de que concluya por siempre esa leyenda que supone haber sido para Cervantes el Conde de Lemos solícita Providencia, cuando, en hecho de verdad, su protección se redujo á bien poco, y aun eso, más en clase de limosna, cosa que rebaja y deprime al socorrido, que en concepto de estímulo al extraordinario saber y excelsa virtud, lo cual honra y enaltece al galardonado. La protección del Conde de Lemos á Cervantes fué impulsada por motivos de compasión, no se inspiró en los puros afectos de premiar méritos ni servicios. Obedeció más á lástima de sus desgracias que á recompensa de las tareas de su ingenio. Por eso vemos que siempre le trató como á pordiosero, como á necesitado que inspira conmiseración; nunca como á hombre insigne, como escritor excepcional que infunde reverencia y merece largas remuneraciones y magnánimas prodigalidades.

Ningún poderoso hallóse nunca en situación tan superiormente favorable como el Conde de Lemos para poder alentar y premiar á un escritor desatendido y poco apreciado: ninguno, sin embargo, hubo más indiferente que él para cumplir con lo que le exigían su propio buen nombre y la gratitud que debía á Cervantes por repeti-

dos elogios. Ya era el Conde uno de los primeros personajes de la Corte del tercer Felipe, cuando Cervantes llegó á Valladolid por el año de mil seiscientos tres, pobre, perseguido, necesitado, cargado de familia, cansado de luchar con la adversa suerte, deseoso de hallar buena acogida y protección que le compensasen de las pasadas amarguras y reveses y abriesen para su vida, tan conturbada, un período de calma, tregua á sus escaseces diarias, y de dulce quietud de ánimo, felicidad suprema de él siempre deseada, pero no lograda jamás, para dedicarse por completo á la grata labor de la inteligencia.

Desempeñaba el de Lemos un cargo de gran importancia; presidía el Consejo de Indias; era extraordinaria su influencia; no había indicación ó deseo suyo que no se viera inmediatamente atendida ó realizado. Cervantes, á quien prometió por entonces el hermano político del Conde, el de Saldaña, ser su protector, nada consiguió, sin embargo, si es que éste se tomó alguna vez la molestia de hablar á su padre, el Duque de Lerma, ó á su cuñado el de Lemos, interesándose por Cervantes como persona hábil y de mérito para ser atendido y premiado. Hay que sospechar en sentido negativo, según demostró la experiencia. Ni el Duque de Lerma se acordó para nada de Cervantes, ni tuvo que agradecer éste nada al Conde de Lemos hasta que, años después, le consideró como uno de los mendigos ilustres de su casa. Y eso que pudo aquel procer, mejor que nadie, haber hecho en beneficio de Cervantes cuanto hubiese querido con regocijo cierto del interesado, quien pudiera ver así conseguido uno de sus más antiguos deseos, el de que se premiaran sus méritos y servicios con el desempeño de un cargo de alguna importancia en Indias. Cuando expuso respetuosamente Cervantes su pretensión en tiempo de Felipe II, se le contestó secamente, y como para salir del paso, que buscara por acá en qué se le hiciera merced. No se le hizo nunca, pues las comisiones que luego desempeñó en Andalucía, ora para el proveimiento de flotas, ora como recaudador de alcabalas, si bien demostraron su celo, actividad y diligencia, no eran empleos dignos de su talento y excepcionales aptitudes; antes le rebajaban en el concepto público.

Si el Conde de Lemos hubiese sido tan decidido protector de Cervantes, como se supone, él hubiera reparado la injusticia cometida; jefe era del mismo centro administrativo que rechazó antes la petición del soldado manco y desvalido. Pudo entonces nombrársele, á propuesta del mismo presidente de Indias, para ejercer un cargo de confianza conforme á la suficiencia del

agraciado, ya fuese en el Nuevo Mundo, ya en las mismas oficinas del Consejo.

De que Cervantes no obtuvo ninguna recompensa ni favor del yerno omnipotente del Duque de Lerma, hasta 1604, por lo menos, tenemos un tácito testimonio en la dedicatoria que hizo aquel escritor de la *Primera parte del Ingenioso Hidalgo* al Duque de Béjar, pues no es posible que hubiese dejado de hacer tan honrosa distinción al Conde, si éste hubiese ocupado en su ánimo el puesto preferente de su gratitud; como explica también el silencio que guardó entonces respecto del Conde de Saldaña, á quien colmó de elogios en 1603, el desengaño cruel que recibió al notar que salieron falsas cuantas fastuosas promesas de protección le hizo vanidosamente el hijo segundo del soberbio valido de Felipe III.

Y lo más lamentable fué que, ya que el Conde de Lemos dejó pasar las propicias ocasiones que tuvo en su mano para atender y recompensar á Cervantes, siendo jefe y árbitro en el Consejo de Indias, siguióle desatendiendo cuando, años después, en 1610, fué nombrado Virrey y Capitán general del reino de Nápoles, de cuyo cargo tomó posesión inmediatamente, yendo rodeado de inmenso séquito de poetas y eruditos, todos inferiores al autor del *Quijote* en exquisito gusto literario y maravillosas dotes inventivas. Demuestra así amargamente la experiencia que el Conde nada hizo verdadera y realmente en pro de Cervantes desde el año de 1604 al de 1613, en cuyo período de tiempo hubiera podido el gran Autor haber gozado de atenciones, comodidades, tranquilidad y medios holgados de subsistencia si la protección de aquel magnate no fuera más aparente que efectiva, más de nombre que verdadera.

III

Paralelo entre el proceder del Conde de Lemos con Cervantes, y lo que hicieron con Lope de Vega, Quevedo y Calderón sus favorecedores.

Contrasta lo poco ó nada que hizo el Conde de Lemos por Cervantes, con lo que hicieron los protectores y Mecenas de los tres grandes escritores españoles del siglo XVII que con él comparten hoy, por decisión universal de la Crítica, el dictado de incomparables y la gloria inmarcesible de la inmortalidad. Lope de Vega, Quevedo y Calderón de la Barca, fueron más dichosos: gozaron de los favores de un público que los ad-

miraba y de las bondadosas larguezas de egregios personajes que los veneraban y desvelábanse por atenderlos y beneficiarlos. El Duque de Alba premió los méritos del insigne autor de *Dorotea* con dádivas y muestras de respetuosa consideración. Estimóle mucho el Conde de Saldaña, á quien dedicó el poeta su *Jerusalén conquistada*, y de quien obtuvo siempre, como del Conde de Lemos y del Duque de Lerma, finezas y pruebas de singular cariño. Y respecto del Duque de Sessa no hay que encarecer nada, pues dejaba de ser protector literario suyo, para convertirse en íntimo amigo, en compañero inseparable, confidente de sus amores, depositario de sus secretos, consolador de sus cuitas, remedador de sus apuros, amparo y socorro perpetuo del poeta en las más amargas realidades de la vida.

Á la muerte de Lope, aquel magnate se portó con generosidad verdaderamente regia. Él costeó todos los gastos del suntuoso entierro. Estuvo abierta su bolsa para cuanto necesitóse. Hizo á su vate adorado honras y exequias dignas de su portentosa fama. El amor que le profesó cuando vivo, trocóse en santa admiración después de muerto. Probó así que su respeto al escritor no consistía en meras promesas ni vanas exterioridades, sino en hechos y actos positivos, inspirados en el culto de su alma á la inteligencia del gran Dramático, á quien adoraba.

De igual manera procedió el ilustre Duque de Osuna con su protegido el inmortal Quevedo. El afecto que le profesaba no se contenía en los límites de un platonismo ineficaz: se demostraba en obras, que favorecían al amigo y patentizaban el cariño acendrado del dispensador de mercedes. El Duque estimaba á Quevedo por su talento y bellas prendas de poeta y como hombre de conciencia y rectitud; pero no le dejaba abandonado, sin acordarse de sus méritos, cuando se le presentaba ocasión de recompensarlos, valiéndose de sus notables servicios. No le dejaba desatendido, olvidado y quejoso, como hizo el Conde de Lemos con Cervantes, en 1610. Por el contrario, llevóle á su lado al ser nombrado Virrey de Nápoles, distinguíalo con el puesto de confianza de secretario suyo, y en él depositaba las confidencias más importantes de la política. Considerábase capaz de las comisiones más delicadas como embajador extraordinario á Roma, y procuraba su acrecentamiento por premio debido á su sagacidad, acierto y honradez; y como á hombre íntegro, duro al halago y al cohecho, enemigo de la inmoralidad, recomendábalo al Rey con eficacia de palabras y afectuosas ponderaciones de cariño y estimación. Sabía el Du-

que ser protector y admirador del hombre á quien favorecía. Eran el uno digno del otro.

También el Duque de Medinaceli supo honrar á Quevedo, según era de esperar de su grandeza. Fué su amigo; defendióle de las calumnias de sus enemigos; procuró su libertad cuando por asechanzas é injusticias estuvo preso; ofrecióle recursos cuando de todos era perseguido; salvóle de muchas maquinaciones que tramaban contra él la maldad ó la envidia. El procer se desveló en servir á Quevedo, porque como á literato ilustre le veneraba, y el poeta correspondió á las cariñosas demostraciones de su Mecenas con perpetuos y rendidos agradecimientos. Eran también el uno digno del otro.

Y ¿qué alabanzas serán bastantes para apreciar lo mucho que hicieron por favorecer á Calderón de la Barca, el Conde-duque de Olivares, el Duque de Medina de las Torres, el del Infantado y otros señores de la Corte, que parece que rivalizaban en atenderle y mirar por su próspero adelantamiento? Ellos hicieron grata, dulce, reposada, feliz la existencia de aquel gran Poeta, y se desvelaron por su situación como por la propia, para que su ingenio prodigioso no tuviese que luchar, como el de Cervantes, con el desamparo y la miseria, sino que disfrutase de aquella plácida quietud, de aquella tan venturosa tranquilidad de espíritu porque suspiran siempre los hombres de talento, las inteligencias privilegiadas, para sentir y componer sus obras inmortales.

Si el Conde de Lemos hubiese intentado por Cervantes la tercera parte siquiera de lo que supieron practicar por sus predilectos autores el Duque de Sessa, el de Osuna y el favorito de Felipe IV, Cervantes no hubiera quedado oscurecido al morir en medio de su grandioso mérito literario, ni su vida hubiese sido un angustioso agonizar en los últimos años de su existencia infelicitísima. No habrían las limosnas humillantes herido la dignidad del caballero; sino que viérase elevado al puesto que por su valer intelectual merecía, con satisfacción suya y gloria de su protector, sin que el amor propio padeciera, ni la pobreza del sabio tuviera que abatirse al óbolo del potentado. Y cuando, poco después de muerto Cervantes, volvió el Conde, lisonjeado y gozoso, de su virreinato de Nápoles con esperanzas de suceder á su suegro en la dirección de los negocios públicos de la Monarquía española; si menos atento á las vanidades de su posición oficial y menos engreído con lo ambicioso de sus cálculos políticos, dando pruebas de reconocido, hubiera querido ser justo, todavía pudo pagar de modo adecuado y de acuerdo con sus aficiones

literarias, como Mecenas tan ensalzado, la deuda inmensa de gratitud que tenía desde tantos años contraída con aquel desvalido escritor que, por haberle dedicado algunas de sus obras, le haría más eternamente famoso en la memoria de las gentes que todos sus títulos, riquezas, cargos, señoríos, preeminencias y ostentaciones, embajadas y virreinos.

Ah! sí; el Conde de Lemos no dió la importancia debida á Cervantes en vida; pero le olvidó completamente después de muerto. Nótese cierto menosprecio en el Conde hacia todo cuanto le pertenecía. Parece que le interesaba poco tan glorioso nombre. ¿Cómo se comprende si nó aquella censurable indiferencia con que miró todo lo referente á las alabanzas de su vida y apoteosis de su buena memoria? Declaróle Cervantes cuatro días antes de morir, con santa efusión de cariño, en la dedicatoria del *Persiles y Segismunda*, que "tuvo en él un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar más allá de la muerte mostrando su intención;" y, sin embargo, el magnate no tuvo grandeza suficiente, después de muerto Cervantes, para mostrar su magnanimidad y alteza de ánimo. Él pudo, y no lo hizo, ni lo intentó siquiera, dedicar á la memoria del gran Escritor un homenaje que correspondiera á su fama.

El Conde de Lemos pudo escribir, con datos ciertos, adquiridos de la misma familia, la primera obra biográfica de Cervantes; pudo, en unión de los mejores ingenios de España, componer una corona fúnebre á sus literarios merecimientos; pudo dejar á la posteridad una relación extensa y circunstanciada de las proezas del soldado y de las virtudes del escritor; pudo haber salvado sus restos del olvido en que yacen, consintiendo en las Trinitarias sepulcro digno de su celebridad, donde se conservasen, con lápida que recordara á los venideros el sitio fijo y exacto donde había sido sepultado el más peregrino Ingenio español, el Manco sano, el Regocijo de las Musas. Desprendimiento y trabajo, por lo demás, que sobre reparar injusticias cometidas con Cervantes por el mismo Conde y sus contemporáneos, hubieran sido de verdadera gloria para el buen concepto de que gozaba como aficionado á las Artes y Buenas Letras.

Más aplauso y más justa consideración hubiera ganado así, de seguro, ante propios y extraños, que con los elogios que obtuvo de la complaciente amistad ó de la ciega lisonja, que subieron hasta los cielos el mérito de sus composiciones en prosa y verso, cuando las mejores de ellas no pasan de insignificantes futilidades ó afectadas medianías.

IV

Desidia, si nó menosprecio,
de los escritores coetáneos y de sus amigos.

Tan infortunado fué Cervantes con sus protectores como con sus amigos, algunos de los cuales merecieron de su bondad juicios lisonjeros muy exagerados. Costumbre generalizada fué en España, durante los siglos XVI y XVII, que los admiradores de los varones insignes en Letras, recogiesen y publicasen las obras que habían dejado manuscritas, y pusiesen al frente de las ediciones, ya con el retrato, ya sin él, un elogio de los grandes méritos del difunto; tributo de veneración tan oportuno como patriótico.

Notabilísimo fué en esta clase de estudios, tan interesantes para la historia literaria de la Nación, el que estampó el divino Fernando de Herrera, el sublime cantor de Lepanto y de Don Juan de Austria, en su comentario y alabanza de Garcilaso, el primer feliz cultivador de nuestra lírica. El renombrado pintor Francisco de Pacheco, hizo después el mismo piadoso oficio, dando á la luz pública las poesías más hermosas de Herrera con un prólogo que escribió el dulce y clásico vate sevillano Francisco de Rioja. Baltasar Elisio de Medinilla, puso al frente de *La Jerusalem Conquistada* de Lope, viviendo éste, un encomio de su maestro, que demuestra el acendrado cariño que le profesaba; y añadió el elogio escrito por el citado pintor Pacheco al retrato que había hecho de aquel varón esclarecido. Pagó luego Lope Félix la deuda de su gratitud á Medinilla, haciéndole más famoso por la tierna elegía que dedicó á su memoria, cuando murió villanamente asesinado, que por sus mismos versos, dignos ciertamente de aplausos por la inspiración y la galanura. Como generoso crítico dictaminó Fray Luis de León al aprobar y enaltecer como libros de celestial doctrina y modelos de lenguaje castellano, los que dejó escritos Teresa de Jesús. El editor del *Templo militante* de Cairasco de Figueroa, no encontraba frases bastante hiperbólicas para realzar el mérito poético de su admirado autor. El Licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa publicaba un juicio crítico de Ercilla y su magnífico poema, que ha servido de mucho para conocimiento de los hechos y escritos de aquel inmortal poeta. El Licenciado Luis Tribaldos sacaba de la oscuridad, en que la suspicacia política había dejado, la clásica *Historia de la Guerra de Granada*, preciado monumento de nuestro romance, que dejó inédita.

el sabio D. Diego Hurtado de Mendoza; y daba así, á la vez que esplendor á las Letras patrias, pormenores preciosos sobre sus actos y escritos que hoy son inapreciables por su importancia y valía; y hubieran quedado ignorados sin la diligencia y afecto de aquel ilustre erudito al imitador más feliz de Salustio y Tácito en lengua castellana, perito consumado también en los idiomas griego, árabe y hebreo. Al mismo Tribaldos se debe la publicación de las pocas poesías que se conservan del gran amigo de Cervantes y paisano suyo, Francisco de Figueroa, á quien sus contemporáneos, no sin justo motivo, llamaron el Divino, igualmente que á Herrera, el maravilloso lírico andaluz.

Empleó su viril elocuencia Luis de Granada en encomio de la humildad, santidad y unción evangélica del gran siervo de Dios y apóstol de Andalucía Juan de Avila, varón en letras y virtudes admirable. Leonardo y Albiñón coleccionó, con las muestras de veneración consiguientes, las poesías que dejaron escritas su padre y tío, los famosos Argensolas; con que no sólo salvó tan hermosas producciones del olvido, mas reveló su exquisito juicio y su noble y agradecido corazón. Grande de Tena y Pellicer hicieron ampulosas apoteosis del Dr. Juan Pérez de Montalván, como si quisieran desagraviarle de las injustas sátiras y sangrientas burlas que contra el amado predilecto discípulo de Lope de Vega, fulminó la cáustica y terrible pluma de Quevedo. Hasta Góngora, á quien si debe mucho nuestra Literatura por las bellísimas poesías de su buen tiempo, también hay no poco que censurarle por las extravagancias y delirios con que más tarde deslució sus valiosos méritos y corrompió el buen decir castellano; hasta Góngora, creador de los desvaríos poéticos y de la perversión del gusto discreto y sencillo, tuvo infinidad de preconizadores y comentaristas, que enaltecieron sus errores y santificaron sus más horrorosos dislates; entre los que se señalaron, por sus alambicadas ó extravagantes explicaciones, los Salcedo Coronel y los Baltasar Gracián.

Tuvieron también entusiastas difundidores de su gran fama y extraordinarios prestigios, los tres autores inmortales que compitieron con Cervantes, durante el siglo XVII, en inusitada popularidad, y consiguen hoy en la estimación común homenajes de universales respetos, aunque no en grado tan superior como el conseguido unánimemente por el Autor del *Quijote*.

Juan Pérez de Montalván trazó con mano amorosa la primera biografía del Fénix de los Ingenios. Su *Fama póstuma de Lope*, no es tanto un monumento levantado por varios inge-

nios á la memoria del gran autor dramático, cuanto un homenaje de admiración rendido por la veneración particular de Montalván al amigo, al maestro, al compañero, al hombre superior, á la eminencia literaria, á quien idolatraba con todas sus potencias y á quien consideraba como el coloso insustituible en nuestro Teatro nacional. El cariño del discípulo se difunde apaciblemente en todos los rasgos de su pluma y comunica el fervor á cuantos leen sus alabanzas, aun juzgándolas exageradas algunas veces. Defiende al Maestro, aplaude sus obras, elogia su talento, enaltece su fecundidad, admira sus aciertos, sublima su enseñanza, disculpa sus extravíos. En la prodigiosa facilidad y admirable presteza con que concebía Lope los planes de sus comedias y dábales formas de ricas perfecciones con galas brillantísimas, interesantes, magníficas, encantadoras, hallaba la disculpa de los defectos, siempre inferiores á las peregrinas gracias y á las bellezas incomparables que realzaban el mérito estético del conjunto. Sus enemigos, según opinaba, habían sido vencidos con sus mismas armas. Más por pasión que con justicia le censuraron. No comprendieron la alteza de su labor, ni vieron la belleza de sus obras, ofuscados por la envidia, ciegos del entendimiento, incapaces de comprender lo que no podían discurrir, de donde surgieron juicios temerarios sancionados del engaño, del odio, de la injusticia. No pudieron imitar su inventiva y pretendieron amenguar su renombre.

El espléndido triunfo que España concedió á Lope en esta contienda singular y empeñadísima del ingenio privilegiado contra sus impugnadores ó enemigos, abrigó más la pureza soberana de su nombradía. Llegóse por este juicio contradictorio á la depuración y divulgación de sus infinitas excelencias de gusto y dotes creadoras, quedando, sin género de duda demostrado, que nadie pudo competir con él en idear con rapidez, escribir con sentimiento, pintar con perfección, seducir con naturalidad, dominar al ánimo y subyugarlo con los dulces encantos de su musa. Nadie le superó en espontaneidad, grandeza y variedad de asuntos, ni en describir costumbres y delinear caracteres con fidelidad y sencillez; y fué tan afortunado, que sin molestia adoptaba todos los tonos y formas de la más bella inspiración y de la más seductora poesía para expresar todas las situaciones y todos los efectos de las pasiones, de los padecimientos, de las felicidades y estados humanos; del contraste permanente de la vida en sus manifestaciones infinitas y múltiples.

Pudo equivocarse; se equivocó, de hecho,

Montalván al formar ese concepto sumamente optimista que tenía, según deducimos de la interpretación de sus opiniones, respecto de la perfección literaria en las obras de Lope de Vega; pues si, en términos generales, la celebridad de su nombre corresponde á su inmensa labor artística, ha demostrado y seguirá demostrando la Crítica que hay mucho también que censurar en la dirección seguida por el insuperable Genio de la poesía respecto de muchos trabajos suyos, que ni pueden ser ofrecidos como modelos, ni han merecido la sanción de la posteridad, no obstante los favorables y lisonjeros informes de sus contemporáneos. Pero, á pesar de las deficiencias que, como estudio crítico, contiene el elogio de Montalván, es menester apreciarlo como expresión de sus sentimientos propios y del pensamiento general que predominaba entonces acerca de las obras del maravilloso Autor dramático; y sirvió poderosamente la afectuosa tarea que llevó á cabo Montalván, en glorificación de su gran amigo y maestro, para que los venideros comprendieran con exactitud hasta qué grado estimaban y adoraron sus coetáneos el nombre de Lope, sin distinción de clases, estados ni gerarquías, unánimes todos en la manifestación del más acendrado cariño.

La primera biografía que de Lope de Vega escribió su más amante y reconocido discípulo, es aún de mayor valía por lo que respecta á la semblanza moral que hace del hombre ilustre. Es, en dicho concepto, un trabajo de precio inestimable por los datos y pormenores que ofrece para conocer los secretos é intimidades de su vida, los impulsos de sus actos, las luchas de su corazón, las peripecias de su juventud, su condición galante, las aventuras novelescas de su existencia, sus amores, sus cariños, aficiones, cualidades, triunfos y contrariedades, virtudes y defectos. Montalván consigue con su minuciosa narración un como bosquejo del aspecto psicológico del gran Poeta; y sus indicaciones respecto de todas las complacencias ó amarguras de su borrascosa vida, constituyen un seductor medio de investigación en orden á su alma y sentimientos, que despertarán siempre la curiosidad de las personas estudiosas, por ser los primeros rasgos que se delinearon, ante el original que arrebató la muerte, para transmitir á los futuros el retrato intelectual y moral del varón esclarecido, aun viviendo inmortalizado.

Muy bien salieron con su intento en obras parecidas á la de Montalván los escritores D. Pablo Antonio de Tarsia y D. Juan de Vera Tassis, historiador el primero de Quevedo y el segundo de Calderón. Disfrutando ambos de la intimidad

de aquellos celebrados ingenios, á quienes admiraban de todo corazón como amigos y discípulos, trataron con la oportunidad y extensión debidas cuanto se refería á sus escritos y fama. Esto, unido á la señalada confianza de que disfrutaron en las familias de los dos eminentes literatos, proporcionáronles noticias muy curiosas que dieron excepcional interés á sus trabajos.

Participó al primero preciosos documentos acerca del gran satírico su sobrino y heredero de su sagacidad y virtudes, D. Pedro Aldrete y Quevedo, sin ocultarle notas y papeles inéditos para el mayor perfeccionamiento de su estudio, á lo que contribuyeron también muchos de sus amigos con importantes novedades sobre sus hechos, estudios, escritos, sucesos, pasatiempos, persecuciones, dichos, y hasta los menores incidentes de su vida. Gozó el segundo de los mismos beneficios respecto de la existencia pública y de familia de Calderón, ya facilitados los antecedentes por la misma hermana del poeta, la religiosa D.^a Dorotea, ya por sus protectores ó conocidos, lo cual esparce sobre el relato de Vera Tassis una gran seducción de veracidad y sencillez.

No dejaron, pues, uno y otro de presentar con fidelísimo colorido la fisonomía moral característica de sus autores predilectos y la historia de sus acontecimientos públicos ó particulares. Sus trabajos biográficos, escritos á poco de muertos Quevedo y Calderón, participaban del sentimiento que en la nación española produjo la pérdida de aquellos varones gloriosos; y nunca han perdido su especial importancia como los primeros, aunque se hayan descubierto después documentos que corroboren ó desvirtúen sus juicios.

Léense por eso todavía con gusto, á pesar de los magníficos discursos y obras que, acerca de Lope, Quevedo y Calderón, han publicado en este siglo algunos literatos extranjeros y los críticos españoles La Barrera, Fernández-Guerra, Escosura, Hartzenbusch y otros.

¡Dichosos los escritores que, como Montalván, Tarsia y Vera Tassis, supieron cumplir con su deber, poniendo su pluma al servicio de las causas nobles! ¡Dichosos ellos que pudieron disfrutar del señalado privilegio de examinar, hasta en sus más insignificantes pormenores, las interioridades de la vida de aquellos portentos de sabiduría y maestros del bien decir! ¡Dichosos ellos que no dejaron perder ocasión alguna para rendir el tributo de su amor á los autores preclaros, y gozaron de su trato, y conocieron el sagrado de su hogar, y oyeron sus lecciones, y aprovecharon sus orales enseñanzas, y repasaron sus borradores, y sorprendieron sus íntimos pensamientos en

el manuscrito recién trazado, en los apuntes ligeros, en las notas para nuevas obras, en las mismas enmiendas ó aditamentos hechos en otras para variar ó mejorar la idea primeramente concebida y expresada!

V

Semblanza moral de Cervantes.

¡Cuánto es de sentir que Cervantes careciera de tan magnánimos y dignos enaltecedores! ¡Qué caudal riquísimo de observaciones, de noticias, de curiosidades, de sucesos y de advertencias no hubiera reunido para su trabajo de investigación quien se hubiese propuesto escribir un compendio siquiera de su *Vida*! Todo el interés dramático que pudieran ofrecer las de Lope, Quevedo y Calderón, aparecería pequeño, con ser muy grande, comparado con el que la de Cervantes encierra. ¡Qué tesoro de hechos é incidentes podía haber manifestado á la perspicacia del biógrafo la misma familia del inmortal Autor! ¡Cuántas circunstancias de su existencia, que permanecerán siempre oscurecidas, se habrían referido con toda claridad y exactitud! ¡Qué de datos nuevos, hoy completamente ignorados, pudo comunicar la viuda D.^a Catalina de Palacios, tan amada de Miguel y tan virtuosa! ¡Cuántos hubieran también aportado su sobrina D.^a Constanza y su hija D.^a Isabel sobre los secretos más íntimos de familia y los disgustos que ocasionó á su buen padre el segundo matrimonio de aquella con el escribano Luis de Molina! Una relación, aunque sencilla, bien hecha, con los datos diligentemente reunidos, sobre los que el mismo Cervantes consigna en sus obras, habría resultado trabajo de gran interés, en que hubiera quedado esbozada la semblanza moral é intelectual del Maestro para ejemplo y enseñanza de todos. Ninguna vida como la del soberano Ingenio complutense para ejercitar la pluma con esperanzas de elocuentes aciertos. La existencia de un guerrero, de un príncipe, de un hombre de Estado, de un noble, de un grande, no presentaban tantas ventajas á la inteligencia, para mostrar sus más espléndidas dotes, como el relato de lo que hizo, padeció, emprendió, escribió, llevó á efecto ó se propuso el hijo de Rodrigo de Cervantes Saavedra y de D.^a Leonor de Cortinas.

¡Varón verdaderamente grande, en hechos y Letras esclarecido! Su vida entera fué insigne testimonio y clarísimo espejo de heroicidad, de talento, de nobleza y de resignación! Desde su

niñez dió señales aventajadas de su penetración y suficiencia. La juventud ejercitó en acciones altas y hazañas memorables. Ni los trabajos crueles del cautiverio amilanaron su espíritu, ni fueron parte para que dejase de acometer proezas maravillosas. Contra todos los obstáculos suscitados por la maldad supo luchar con entereza. La verdad fué su enseña; la rectitud su guía; la magnanimidad su consejera; la elevación de pensamientos, la norma de todos sus actos. La perfidia y la falsedad, el engaño y el vicio, hallaron en él sus perseguidores más severos. Las virtudes más excelsas le sublimaron sobre los grandiosos méritos de su Genio. Brillaron en él, como cualidades inseparables, la fidelidad, la exactitud, la sinceridad y un proceder íntegro y sano en todo. Detestó siempre la ostentación y fausto, amó la llaneza y practicó la sencillez. No conoció la envidia, ni ninguna de esas pasiones nefandas que engendran en los ánimos la presunción y la soberbia. Sólo la noble emulación del renombre y el deseo de gloria le alentaron toda su vida. La lisonja, la mentira y la vil adulación nunca se albergaron en sus labios. Constantemente lució en ellos la verdad, aun en los mismos momentos en que su vida peligraba. Antes que todo su dignidad, su pundonor, su rectitud de sentimientos. Demostró con los envidiosos benignidad; con sus detractores, mansedumbre; humildad con los presuntuosos; con los enemigos, generosidad; con cuantos le suplicaban, amor y desinterés. Ni los celajes de los remordimientos, ni las nubes y sombras de los delitos, empañaron jamás el cielo de su conciencia. Diáfano y puro se vió siempre.

Contra las perversidades del mundo no peleó sino con las armas de su propio valer y merecimientos. A la calumnia opuso la limpieza de su conducta; á las maquinaciones del mal, la resignación; á la amistad fingida, lo digno de su proceder; á la vileza y á la abyección, su alteza de ánimo y su magnificencia de ideas. Enseñó con la palabra y el ejemplo, esparciendo en los libros la semilla del bien y derramando su sangre por defender la causa de la justicia, siendo así de dos modos beneficioso para la patria. La dulzura de sus máximas compitió con la severidad de sus principios y con lo intachable de sus actos. Su familia encontró en él un dechado de buen hijo, buen esposo y buen padre; sus amigos, un modelo de constancia y de lealtad; sus bienhechores, un ejemplo de agradecidos; España, un talento que perennemente la enalteciera; el mundo todo, una gloria singularísima suya por su ingenio y sabiduría.

Murió en la oscuridad, la pobreza y el olvido;

mas sus obras y su nombre serán eternamente famosos en la memoria de los pueblos.

¡Y varón tan admirable no tuvo en su tiempo un biógrafo!...

VI

Honrosas excepciones. Elogio de Nicolás Antonio.

Sólo dos escritores del siglo XVII, (1) que tenían justa fama de críticos y bibliógrafos, Don Tomás Tamayo de Vargas y D. Nicolás Antonio, citaron á Cervantes, como ingenio distinguido y digno del aprecio general, en sus trabajos de erudición acerca de la Literatura patria. El primero, en un precioso Catálogo de autores españoles, hizo mención del Creador del *Quijote* con el respeto debido, aunque se equivocó en varios datos biográficos, desconoció los más, y cometió la injusticia de llamarle *ingenio lego*, por no poseer título universitario, como si en esos vanos diplomas, muchas veces conseguidos por el favor ó por las dádivas, radicase el fundamento del saber, cuando antes bien es éste siempre producto del estudio asiduo y modesto, hecho de propia inspiración, por entusiasmo, amor y deseo de doctrinar la mente con rica variedad de enseñanza. Pero las pocas noticias biográficas que Tamayo dió en el apunte bibliográfico de su artículo *Cervantes*, sobre ser inexactas y redu-

cidas en extremo, en nada podían servir para divulgar el buen crédito literario del incomparable Autor y el conocimiento de los actos de su vida; pues, aunque escrita la obra en el primer tercio del siglo XVII, quedó inédita, y sólo fué leída entonces, como pasa todavía hoy, de exiguuo número de personas eruditas.

Mayor y más importante resultado habrían obtenido, respecto de esto, las laboriosas disquisiciones del sabio D. Nicolás Antonio, á no mediar circunstancias especiales que lo dificultaron. Un año después de muerto Cervantes, en 1617, nació en Sevilla aquel talento, que había de ser prodigio de erudición, asombro de su siglo. No escribió Nicolás Antonio, porque ni esto entró en sus planes, ni le dejaron tiempo para efectuarlo sus múltiples ocupaciones y trabajos, una Historia de nuestra Literatura en los siglos XVI y XVII; pero reunió materiales muy copiosos para llevar á cabo empresa tan gloriosa y patriótica; y su *Bibliotheca nova*, tesoro de apuntamientos y noticias, puede competir en extensión y perfección relativa con las mejores obras del mismo género escritas en extranjeros países, y no ha tenido igual en España en la general apreciación bibliográfica y en la parte biográfica de muchos escritores, acerca de los cuales se encuentran siempre en su libro indicios originales, que llevan el sello de la más verídica información.

Reunía Nicolás Antonio, á sus excepcionales conocimientos en materia de libros, una perspicacia superior en los juicios, cualidad de sumo

(1) Sólo dos escritores decimos, y así es lo cierto, por más que parezca lo contrario, si se quieren citar los elogios que de Cervantes se encuentran en varias obras de sus contemporáneos. Esos encomios, hechos, casi siempre, por compromisos de amistad ó por complacer á los que iban á publicar alguna obra, eran de uso muy corriente entonces; y nunca se procuraba otra cosa sino lisonjear con ellos al favorecido con alabanzas excesivas. Los mismos sonetos y otros versos que pusieron los amigos de Cervantes al frente de algunos de sus libros, demuestran su escaso ó nulo mérito crítico, por más que puedan tener alguno en lo que se refiere á la parte biográfica. Ni en los ampulosos ó ambiguos ditirambos de otros, Lope de Vega, Quevedo y Espinel, por ejemplo, hay que considerar el verdadero aprecio en que tenían á Cervantes. Aquellas ponderaciones eran el tributo que pagaban á la moda; generalidades, lugares comunes de la musa complaciente, para ocultar tal vez las emulaciones, los juicios privados, las enemistades, la envidia, quizás el tardío arrepentimiento de pasadas omisiones é injusticias. Tales muestras de apoteosis no pueden adquirir nunca un valor absoluto.

Cervantes tuvo la desgracia de ser poco comprendido por sus méritos literarios, aunque otra cosa se crea, por dar más crédito del que se debe á las apariencias. Tratóle con poco miramiento Góngora; denigróle en secreto, haciendo poca estima de su talento inventor, su émulo Lope de Vega;

miróle con indiferencia Lupercio Leonardo; olvidó sus elogios y méritos Bartolomé, su hermano; ultrajóle villanamente Villegas; le zahirió con mordacidad, sin respetar siquiera sus cenizas, Suarez de Figueroa; no le citó Montalván en su *Para todos*; desconoció Saavedra Fajardo hasta tal punto el sublime predominio de Cervantes en las Letras patrias, que ni aun le consideró digno de mención en su *República literaria*; nada hizo por conservar lo glorioso de su memoria el famoso D. Juan de Jáuregui; ni el historiador Cabrera de Córdoba hace la menor indicación de la influencia inusitada que ejercían en el público las obras de Cervantes, en sus curiosas *Relaciones*, á pesar de lo afectuosamente que le trató el gran Autor en su *Viaje del Parnaso*. Los contemporáneos que tomaron de sus obras argumentos ó títulos para algunas composiciones dramáticas, no supieron tributar tampoco á su originalidad los homenajes debidos.

No diremos por esto que sean poco merecedores de aprecio los que con verdad, é inspirados en la rectitud, encarecieron á Cervantes, entre los cuales pueden citarse á Gálvez de Montalvo, Tirso de Molina, Salas Barbadillo, el Licenciado Marquez, Faria y Sousa, Rojas y Villandrando, y otros; pero en ninguno de ellos se pueden encontrar noticias algo atendibles respecto de la labor literaria de Cervantes, ú observaciones críticas, sino en los trabajos de Tamayo y Nicolás Antonio, en todo el siglo décimoséptimo.

precio para ejercitar autorizadamente el magisterio de la Crítica, de que dejó muestras bien excelentes en la refutación de las historias fabulosas que compusieron, en el siglo XVI, algunos osados propagadores de embelecos con los falsos cronicones. Como patentiza esta notable producción, lo mismo que sus cartas en castellano, Nicolás Antonio se expresaba en el idioma patrio con sencillez, concisión y natural gravedad, sin afeár sus frases con los ridículos adornos que solían emplearse en su tiempo por la mayor parte de los prosistas y los poetas, contagiados de la fatal epidemia del culteranismo.

Hubiera sido de desear que su *Bibliotheca nova* la compusiera en la lengua nativa, que tan á conciencia manejaba; pero, habiéndolo hecho en el idioma latino, perjudicó con esto la circulación, que hubiera generalizado sus opiniones y su saber escribiendo en castellano. Fué esto, en otro sentido, un inconveniente tan grande, para que su bello trabajo acerca de Cervantes fuese del dominio de todos, como si su obra hubiese quedado inédita, cual pasó con la *Junta de libros* de Tamayo de Vargas.

Sus valiosos estudios y prudentes observaciones sólo fueron conocidos de las personas más eruditas, de las que adquirieron los dos volúmenes en folio, dados á la luz pública en Roma, año de 1672.

No pudieron, por consiguiente, contribuir sus investigaciones para dar al vulgo de los lectores mejor idea, y más claras nociones de Cervantes, que las que formaron ú obtuvieron sus propios coetáneos y particulares amigos, los cuales todo lo olvidaron ó trataron con la más deplorable indiferencia ó inexactitud, como si fuese aquel grande hombre el ser más despreciable de este mundo.

El inmenso caudal de la selecta doctrina del sabio sevillano quedó así, desgraciadamente, por larguísimo tiempo, oculto á las miradas profanas de la generalidad. Los infinitos lectores que el *Quijote* tenía en tiempo de Nicolás Antonio, se vieron por tal motivo privados de percibir las luminosas enseñanzas de aquel insigne bibliógrafo, quien superó con inimitable ventaja á su grande émulo Tamayo, como le llama Mayáns, en emitir juicios acertados acerca del mérito literario de Cervantes, y le rindió el homenaje de su veneración con entusiasmo altamente patriótico.

Tantos y tantos miles de lectores hubieran acogido indudablemente, con cariñoso afecto, cualquier resumen que comunicase referencias ciertas y curiosas acerca del autor que les regocijaba con el encanto de su lenguaje, la gracia de los chistes, el interés de las aventuras, el do-

naire de los diálogos y la moral enseñanza de sus transparentes verdades.

Lamentable fué que ningún erudito (tan poca importancia se daba todavía á Cervantes como autor clásico de nuestra nación) se acordase de traducir al castellano, para que apareciera al frente de las reimpresiones que se hicieron del *Quijote*, á fines del siglo XVII y principios del XVIII, el elogio que dejó escrito aquel esclarecido investigador, gloria legítima de España.

Es ciertamente un compendio de la labor literaria de Cervantes el que compuso; un epítome imperfecto de los hechos de su vida. Pero está trazado con talento y vigor, que revelan admiración profunda por Cervantes, en tiempos que todavía procuraban rebajar el mérito de sus divinas producciones algunos censores, entre ellos Gracián, tan antipatrióticos como de pésimo gusto, corruptores de nuestro hermoso idioma y de nuestra gloriosa y castiza Literatura. Su trabajo es el más juicioso y completo que se había publicado hasta entonces por un español en alabanza de Cervantes. En la crítica de sus obras y en las indicaciones sobre su vida, se notan deficiencias; pero en lo general de las apreciaciones respecto de su ingenio, gracia, agudeza, estilo y originalidad, tuvo frases muy felices para tributarle la justicia que sus grandes merecimientos demandaban.

Nadie como él supo comprender hasta entonces, con tan alto espíritu, su gran talento creador: nadie juzgarle con tanto acierto ni preconizar su nombre con tan patriótico amor. Supo adelantarse á su siglo, y pensar como los críticos modernos, al sostener por vez primera, con resolución gallarda, que quizás podría tener imitadores Cervantes; pero superarle, nadie. SUPERIOREM NEMINEN. Aseveración acertada, que honra y enaltece á aquel eruditísimo historiador de nuestras celebridades literarias, y hará por siempre venerada su memoria.

VII

Imprudencias de algunos escritores extranjeros y nacionales.

Mientras permanecían en la oscuridad, ó eran poco conocidos los juicios autorizados de varones tan eminentes en Letras como el español Nicolás Antonio, escritores extranjeros, desconocedores del verdadero valer de las producciones de Cervantes, con audacia sólo comparable á su insuficiencia para juzgar sobre la Literatura

española, blasonando de muy sabios, cuando en realidad pecaban de ignorantes, procuraban desdeñar y deprimir el buen concepto de que el autor del *Quijote* disfrutaba, no ya como escritor ingenioso y de gran discreción dotado, sino hasta tratando de arrebatárle la palma no disputada de su excepcional inventiva. Fué no sólo injusto, mas también arbitrario, el apasionado crítico que en el *Diario de los sabios* de 1704, quiso anteponer Avellaneda á Cervantes, negando á éste el mérito de la originalidad y tratando de presentar á su menguado antagonista como superior á él en las gracias de la festiva narración.

Tal parecer se fundaba en una apreciación destituida de todo racional fundamento. Había publicado Le Sage aquel mismo año una traducción en francés; mejor dicho, un arreglo caprichoso del *Quijote* llamado de Avellaneda, en el que suprimió los pasajes más obscenos de la obra y añadió varios episodios, que dieron cierto interés y trazas de seducción á la novela reformada. Las variaciones hechas por Le Sage en el texto primitivo, le mejoraron de suerte, que desaparecieron las antiguas fealdades y hacían formar de la obra un juicio favorable. Por eso le formó erróneo el crítico francés, pues se empeñó en dictar un fallo decisivo en pro de Avellaneda, teniendo presente, no la producción de éste, sino un arreglo que difería por completo del imperfectísimo y grosero original.

Para proceder con acierto, era preciso que el soberbio censor hubiese empezado por leer en castellano el texto de Cervantes y el texto de su imitador, único modo de llegar, por medio de un riguroso examen analítico, á un convencimiento ilustrado, con imparcialidad severa, acerca de los verdaderos méritos ó defectos de las respectivas obras, ya aisladas, ya con relación de una á otra consideradas en las dotes de inventiva y en la superioridad de la forma. Como no lo hizo así el crítico francés, su dictamen resulta un monstruoso absurdo, sin rectitud ni justificación. Cervantes, á pesar de tan estrambótico criterio, sigue siendo el más celebrado talento creador de la Literatura europea en los tiempos modernos, en tanto que Avellaneda, en cuanto novelista é imitador, no pasa de una medianía, y su arreglador Le Sage, feliz en confeccionar bonitos trabajos de mosaico literario con retazos de libros ajenos, no está considerado sino como diestro zurcidor de composiciones de otros, sin talento original para producirlas.

No es, después de todo, extraño que Le Sage prefiriese para su traducción y arreglo el *Quijote* de Avellaneda, ni que hubiese críticos en su

país que, guiándose de un texto desfigurado en forma mejorada, pretendiesen subir á Avellaneda y rebajar á Cervantes. Le Sage escogió la obra del enemigo de Cervantes por poco conocida y más á propósito para sus osados intentos de variar y transformar á su capricho, sin que la generalidad de los lectores pudiese darse cuenta de la mixtificación; y el crítico francés del *Diario de los sabios* procedió con la habitual ligereza que han procedido muchas veces después los escritores de su nación, al hablar de asuntos y hombres españoles.

Lo que extraña, é indigna juntamente, es que hubiese españoles, que se llamasen doctos, capaces de transcribir tan aventurados juicios, y los sancionasen con su aprobación para que prevalecieran y se difundiesen con menoscabo de la verdad y detrimento de todo recto sentir. Cuando, como hemos lamentado antes, nadie se acordaba en España de poner un resumen histórico de la *Vida de Cervantes* al frente de las ediciones del *Quijote* que cada lustro, y hasta cada año, se repetían, como testimonio claro de su popularidad é influencia en la opinión; cuando nadie se tomaba el trabajo de propagar en castellano las nobles y justas alabanzas que á la memoria del maravilloso Inventor había dedicado la sabia pluma de Nicolás Antonio, era precisamente cuando algunos españoles ponían todo su empeño en oponerse á aquella sana manifestación de justicia y adoptaban como válida la censura apasionada, inspirada en la emulación más repugnante, por móviles mezquinos de antagonismos particulares y odios antiguos, que se quería renovar y fortalecer con imprudentes auspicios, para que la opinión que prevaleciera fuese favorable á Avellaneda contra el nombre prestigioso de Cervantes.

No tuvieron otro alcance ni objeto, por más que los resultados no correspondiesen á los propósitos, los intentos de D. Blas de Nasarre al reimprimir, con encomios exagerados, el casi olvidado ya *Quijote* espurio. Era Nasarre escritor de poca importancia por su talento. Persona de vulgar ilustración, erudito petulante, sin estilo ni renombre que le hiciera descollar sobre el nivel común del vulgo letrado, dábale, sin embargo, cierto brillo su cargo de bibliotecario del Rey. Juntado á esto su presunción pedantesca, cayó en la mala tentación de rehabilitar la maltrecha reputación del enemigo obcecado de Cervantes; y, dejándose guiar de los erróneos juicios que en Francia se habían emitido acerca de la superioridad del *Quijote* tordesillesco respecto del cervantino en naturalidad y gracia, procuró elevar, á la categoría de verdad demostrada, algunas aisladas pretensiones, llevado de la vani-

dad ó de un espíritu de imitación harto censurable por la ligereza que le impulsaba.

Ó poco penetrado de la rectitud de su empresa, ó temeroso de que su proceder fuese feamente reprobado, no ya sólo de los buenos españoles, sino de todos los amantes del buen gusto literario, ocultó su nombre y se sirvió de subterfugios pueriles para llevar á cabo su proyecto, como si fuese á cometer un crimen de lesa Majestad, en que peligrase la vida. Desde 1730 había obtenido licencia para la reimpresión del falso *Quijote*, á nombre de D. Isidro Perales, clérigo amigo suyo, á quien hizo decir cuanto se le antojó, detrás de cortina, en el juicio destartado que precede á la reproducción del texto de la obra reimpresa, donde ya llega verdaderamente á desbarrar; pues, queriendo exceder en los encomios de ella á los preconizadores de Avellaneda, según el arreglo de Le Sage, llega á decir que “la gloria de la imitación de Avellaneda, no es inferior á la de la invención de Cervantes”; y que (lo cual revela crasa ignorancia ó malísima intención) “la Segunda parte del *Quijote* de Cervantes, imita y casi copia la de Avellaneda”. El vanidoso bibliotecario del Rey no se contentó con esto.

Bajo el nombre y apellido de otro clérigo, familiar suyo, que se llamaba Francisco Domingo, tuvo también la osadía de escribir una aprobación ridícula de la reimpresión, en la que sostiene que, si se propusiera hacer un cotejo entre el *Quijote* de Cervantes y el de Avellaneda, saldría victorioso el segundo, trayendo para el caso las reglas de la Historia y la Novela con las calidades que debe tener el estilo, y probando que todas concurren en la obra de Avellaneda “con la última perfección, sin olvidar el problema sobre la utilidad y perjuicio de los libros de caballerías”.

Lo peor de todo fué que, por compañerismo y respetos particulares, un escritor docto y de bastante discreción, aunque dominado por el rigorismo clásico francés, se adhirió, demasiado precipitadamente, al dictamen de Nasarre. Llamábase D. Agustín de Montiano y Luyando, secretario de Su Majestad, uno de los más considerados académicos de la Historia y su Presidente, crítico de cierta autoridad por sus juicios sobre las Tragedias españolas. Este distinguido literato, inspirándose en los aplausos de los extranjeros, sin meditar bien lo que exponía la reputación de su rectitud con lo parcial de sus elogios, hizo muchos del *Quijote* de Avellaneda, que, si lisonjearon el amor propio del editor, pusieron de manifiesto su poco acierto en demostrarlos.

No sólo incurrió en la importuna aseveración

de que el *Quijote* de Avellaneda era modelo de chiste y pasatiempo, con más naturalidad que el del mismo Cervantes, sino que llegó á tachar á este escritor de apasionado en las censuras que del libro de aquel dejó escritas, como descargo de agravios y defensa de sinrazones y ultrajes. Llegó á decir que “ningún hombre juicioso” sentenciaría á favor de lo que Cervantes alega, si formase el cotejo de las dos Segundas partes. El Sancho de Avellaneda le parece más propio y consecuente con su caracter que el de Cervantes, pues en el delineado por éste no ve conciliada la suma simpleza que descubre algunas veces con la delicada picardía que usa en otras. Y, aun insistiendo en su aprecio hacia la obra del desdichado imitador de la creación incomparable, concluyó por sostener que, si nó faltaban todavía en su tiempo parciales del dictamen de Cervantes, era “porque andaba muy desvalido el buen gusto y por la ignorancia del bando mayor”; acto de soberbia; arrogancia del discurso propio con que ofendía el criterio de los extraños, queriendo ser el único autorizado para fallar en favor de Avellaneda, teniendo por ineptos y estultos á los infinitos miles de lectores y admiradores de la producción inmortal cervantina, no sólo en España, mas en toda Europa y en todo el mundo.

En su sentir, “debían dar poco cuidado tales contrarios, por ser gentes que celebran sólo lo que les hace reir, y no conocen donde peca la demasiada graciosidad”; irreflexivo alarde de desprecio que, habría que reprobar con frases muy duras, sino nos contuviese la respetabilidad de un nombre ilustre, que, por acceder á los ruegos de la amistad, faltó á los dictados de la justicia; y, aun cometió la imperdonable ligereza de añadir, que no había descubierto cosa contraria á las buenas costumbres en la obra del fingido Avellaneda, cuando bastan y sobran los dos cuentos de la priora y del soldado, para rechazarla como semillero de hechos repugnantes, imagen de lascivia, ejemplo de corrupción é incentivo de asquerosas liviandades.

VIII

Recto juicio de un admirador inglés de Cervantes.

Tan desvalida y poco respetada estaba la buena memoria de Cervantes por algunos escritores de su nación, cuando un ilustrado caballero inglés despertó de su indiferencia á los españoles, con tan puro afecto de rendimiento á su nombre, cuanto había sido inconsiderado el despego con

que se expresaron, pocos años antes de él, los Nasarre y los Luyando.

Lord Carteret, que así se llamaba el cervantista británico, era muy admirador de la Literatura española y había patrocinado, en 1728, una reimpresión de las *Novelas ejemplares*, editada en Bristol. Notando Lord Carteret que no se había escrito hasta entonces ninguna *Vida de Cervantes*, lamentóse de esto con el sabio escritor español D. Gregorio Mayáns y Siscar, y le rogó fuese él el primero á quien debiese ese obsequio patriótico la fama universal del Príncipe de los Ingenios. Se ha supuesto que Lord Carteret costeó la edición del *Quijote*, hecha con gran lujo tipográfico y artístico, por J. y R. Tonson, el año de 1738 en Londres, donde se publicó por vez primera la *Vida de Cervantes*, escrita por Mayáns, con el preferente objeto de regalar un ejemplar á la Reina Carolina, esposa de Jorge II de Inglaterra, á fin de que no faltase en su escogida biblioteca de libros caballerescos una edición de la obra maestra de Cervantes, pues había notado que no tenía en ella el lugar que le era debido en justicia.

Sin embargo, hoy ese donativo parece pura leyenda. La edición de Tonson está dedicada por ellos al Conde de Montijo, Embajador entonces de España en Londres, quien indudablemente acogería la obra con aplauso y benevolencia, y quizás sería uno de sus principales favorecedores, por más que la casa Tonson era bastante rica para llevar adelante su empresa sin auxilio ajeno. Consta que el Conde, ya en 1734, había dado orden para adquirir un ejemplar del *Quijote* y donarlo á la Reina Carolina, lo cual comprueba cuán aventurado es que Lord Carteret costeara la edición de 1738, para que no careciese la biblioteca de la Reina de un ejemplar del *Quijote* en castellano con todo el lujo correspondiente á la egregia dama.

Un insigne escritor y cervantista inglés de nuestros días, Mr. H. S. Ashbee, ha presentado recientemente datos que ponen las cosas en su verdadero lugar, y echan por tierra la inexactitud propagada sobre esto. La Reina Carolina poseía en su biblioteca un ejemplar del *Quijote*, con las armas reales en la cubierta, de la edición hecha por Verdussen en Amberes, año de 1719. Ni la edición de Tonson pudo intentarse para regalar un ejemplar á la Reina Carolina, pues esta señora había fallecido en 1737; y no era posible que se hubiesen dejado de dedicar con tal motivo algunas frases de sentimiento á su memoria; lo cual pone de manifiesto que obraron por impulsos diferentes Lord Carteret y los editores J. y R. Tonson, por más que éstos, aprove-

chando la oportunidad, sin duda con beneplácito del primero, colocaron al frente de su excelente reimpresión la *Vida de Cervantes*, que trabajó Mayáns por complacer al docto admirador inglés del Regocijo de las Musas. Fué, pues, hecha la edición de 1738 por indicaciones quizás del Conde de Montijo, pero con capitales y artistas ingleses, por lo cual pertenece á Inglaterra, sin contradicción, el singular mérito de haber publicado la mejor y más lujosa edición que, hasta entonces, produjeron las prensas españolas y de toda Europa.

Pero la gloria de haber movido el cielo y excitado el amor patrio de un español, para que escribiese la primera biografía del más celebrado de los autores patrios, ésa pertenece, toda por completo, al nunca bastante elogiado Lord Carteret.

IX

Primera "Vida de Cervantes", por Mayáns.

Con su exquisito conocimiento de la Literatura española, supo acudir Lord Carteret, para lograr su deseo, al escritor castellano que á la sazón gozaba de más merecido y general renombre. Nadie tan autorizado, en efecto, como D. Gregorio de Mayáns y Siscar, para componer una *Vida de Cervantes*. Su profunda, varia y riquísima erudición no tenía igual en lo sagrado y profano, en leyes y en historia, en las buenas Letras y en los estudios críticos, tan abandonados en España. El crédito, justamente adquirido desde los albores de su juventud por las investigaciones filológicas, y los trabajos de depuración histórica y propagación de escritores clásicos, le dieron superioridad indisputable entre los más eminentes contemporáneos.

Nacido al concluir el siglo XVII, y educado cuando los malos modelos de la más desenfrenada perversión imperaban en las inclinaciones generales del público, tuvo talento tan claro, que desde su adolescencia supo evitar el contagio del gusto depravado; y, su constante estudio de los clásicos, dió tal forma de castiza severidad á sus escritos, que tuvieron siempre un sello de sencillez elegante. Ninguno le aventajó en expresar los pensamientos con más agradable naturalidad. Fué el más esclarecido restaurador de la buena dicción castellana, el Maestro indiscutido del bien hablar español en el siglo XVIII, el que con más arte y mayor discreción supo enseñar el camino del acierto á la juventud

estudiosa de su tiempo. Sobre todo escribió, y sobre todo lo hizo con una perfección que hechiza. En la propiedad, uso, aceptación, empleo y aplicación de palabras y conceptos, nadie aventajó tampoco á Mayáns en su siglo, por más que se le compare con los mejores literatos del glorioso reinado de Carlos III, cuando se empezó á recoger el fruto de la semilla del buen gusto sembrada en el campo intelectual por los asiduos desvelos del gran polígrafo.

No había pensado nunca en escribir una obra dedicada por completo á la glorificación de Cervantes, aun cuando la admiración que le profesaba era tan vehemente como la manifestada antes por Nicolás Antonio; y la prosa del Autor del *Quijote* fué siempre para su espíritu la más hermosa y regalada delectación. Así es que, cuando recibió el grato encargo del noble caballero inglés para que extendiese la primera biografía de Cervantes, su obediencia fué tanto más pronta y propicia, cuanto que la tarea conformaba exactamente con sus propias apreciaciones, y se dispuso gustoso á satisfacer los deseos del barón de Carteret porque á la vez le brindaban ocasión de tributar la justicia debida á un español de universal fama, cuya vida era casi desconocida en su patria.

Mayáns compuso, antes y después, otros trabajos análogos, en los que encomió con las alabanzas debidas la memoria gloriosa de Fray Luis de León, de Luis Vives, de Sánchez de las Brozas, de Nicolás Antonio, y otros; pero para la *Vida de Cervantes* faltábanle los verídicos datos, documentos, indicios y referencias que, para las biografías de aquellos, disfrutó en abundancia. El único libro que pudiera haberle dado mucha luz respecto de la ciudad natal de Cervantes y de sus heroicos hechos, cuando el cautiverio, *La Topografía é Historia de Argel*, del benedictino Diego de Haedo, no llegó á leerlo, á pesar de su prodigiosa erudición y afición á la lectura. De suerte que tuvo que recurrir, para decir algo con fundamento, á los mismos escritos del gran Autor, en los que ciertamente hay muchos curiosos apuntes autobiográficos, pero mezclados con ficciones, que ocultan no pocas veces la rigurosa expresión de la verdad.

Bastóle, sin embargo, una nueva meditada lectura de las obras de Cervantes para ofrecer á los estudiosos un libro lleno de interés y novedad. Reconstruyó de manera tan ingeniosa el contexto de los hechos de la existencia del peregrino Autor, que asombra su penetración discreta, aun en los sucesos oscuros de su vida. Sólo en dos años se equivocó en la fecha del nacimiento; y sobre el cautiverio, sin haberse descubierto

todavía documento alguno, indicó lo bastante para despertar la curiosidad.

Acerca de otros puntos, así como en lo relativo á sus desgracias y vida intranquila, proezas militares, envidia de sus contemporáneos y negra ingratitud con que fueron pagados sus servicios, no puede añadirse nada de consideración á lo que él, primero que nadie, dijo. Acerca de la protección que le dispensaron el Conde de Lemos y el Cardenal Sandoval y Rojas, y de la gratitud que Cervantes les demostró, dejó escritas muy notables observaciones. Puso en duda, con su buen juicio, el parentesco que le atribuyó Nicolás Antonio con familias de la nobleza de Sevilla, pues el mismo silencio que sobre esto guardó el interesado, parecíale poderoso argumento negativo. Fué el primero que fijó el día exacto en que falleció Cervantes en Madrid.

Y, cuando sus conjeturas no le llevaban á la aclaración de lo cierto, entretenía la curiosidad del lector con indicaciones atinadas ó noticias recónditas, que le seducían y enseñaban juntamente.

En la parte puramente literaria, sus *Apuntes*, como él llamó modestamente á sus laboriosas investigaciones, resultaron, como no podía por menos de suceder, un maravilloso derroche de crítica y erudición. ¡Qué hombre aquel de más depurado gusto y de penetración más certera! ¡Con cuánta maestría habló de la influencia de los libros de caballerías y de los moralistas que escribieron contra ellos, antes que Cervantes compusiera su inmortal é incomparable sátira! ¡Con cuánta oportunidad ofrece datos inapreciables sobre las costumbres y los hombres del siglo XVII! ¡Con cuánta naturalidad enlaza los hechos de la vida del gran Inventor con los pormenores más interesantes relativos á los literatos de su época! ¡Qué acierto en los juicios! ¡Qué prudencia en las censuras! El análisis que hace, con minucioso método, de cada obra de Cervantes, es superior y está expresado con una imparcialidad que encanta, mayormente cuando fué el primero que lo efectuó de propósito! ¡Qué diferencia tan grande entre el breve y fervoroso encomio de Nicolás Antonio y el extenso y gravemente razonado de Mayáns y Sisear! Nadie como él supo demostrar y persuadir el entusiasmo por Cervantes. Hasta entonces, muchos miles de lectores le admiraban sin saber por qué, seducidos de la magia soberana de sus gracias.

Mayáns profundizó sobre ello y acertó á descifrar el enigma de aquella seducción tan general y portentosa. La explicación de tan inmensa popularidad y de tan universal aceptación con-

sistía en el singular dominio ejercido por el talento del escritor, para doctrinar á todos con el atractivo de sus felices donaires. No era con los aparentes dislates de aventuras y lances ridículos con los que lograba Cervantes su objeto primordial. Era lo grandioso de su plan, sabiamente expuesto, lo que seducía á los espíritus y pasmaba á la mente, enseñándola y solazándola con relatos graciosísimos. Es que la obra de Cervantes no era sólo una invectiva de las ficciones caballerescas, sino un libro de profunda doctrina social para todas las clases y toda suerte de personas. Por primera vez, á consecuencia de un examen reposado, presagiaba Mayáns el sentido transcendental y filosófico del *Quijote*, de lo cual se ha escrito tanto y tan sutilmente después. Detenidamente descubrió los defectos de la labor de Cervantes, en especial los anacronismos que abundan en la fábula, al pie de la letra y con rigor interpretados sus afirmaciones y conceptos; pero, tan justo como entendido, supo disculparlos contra las presunciones vanidosas de ciertos dómines. "Don Quijote es hombre de todos tiempos (dice) y verdadera idea de los que ha habido, hay y habrá; y así se acomoda bien á todos tiempos y lugares. Y, cuando los más severos críticos no admitan esta disculpa, á lo menos no me negarán que estos descuidos y los demás, que fuera facil añadir, de falsas alusiones y equivocaciones, que suelen ser muy frecuentes en una mente algo abstraída por la demasiada atención al principal asunto, por otra parte se recompensan con mil perfecciones; pudiéndose decir con verdad que toda la obra es una sátira, la más feliz, que hasta hoy se ha escrito contra todo género de gentes". Y en orden al estilo "ojalá, dijo, que el que hoy se usa en los asuntos más graves, fuese tal. En él se ven bien distinguidos y apropiados los géneros de hablar. Sólo se valió Cervantes de voces antiguas para representar mejor las cosas antiguas. Son muy pocas las que introdujo nuevamente, pidiéndolo la necesidad. Hizo ver que la lengua española no necesitaba de mendigar voces extranjeras para explicarse cualquiera en el trato común. En suma, el estilo de Cervantes en la *Historia de Don Quijote* es puro, natural, bien colocado, suave y tan enmendado, que en poquísimos escritores castellanos se hallará tan exacto. De suerte que es uno de los mejores textos de la lengua española". Nada se había dicho sobre el particular tan concreto y acertado hasta entonces.

Cinco años antes de que Mayáns escribiera su *Vida de Cervantes* había aparecido, con juicios apasionados, la reimpresión del *Quijote* de Avellaneda que hizo Nasarre, como hemos visto.

Indignóle la rudeza de los ataques y la manifiesta mala fe con que se había llevado á cabo el intento. Quiso consignar su protesta, y lo hizo de modo que confundió y redujo al silencio á los irreflexivos preconizadores del fingido escritor tordesillesco. Sabido es que Nasarre y sus parciales juzgaban mayor originalidad, gracia é inventiva en Avellaneda que en Cervantes.

Mayáns desmiente con valentía semejante impertinente afirmación. "D. Nicolás Antonio (dice) juzgó que aquel autor no tenía genio para continuar tal obra. Esto es poco. Ni tenía genio ni ingenio para tan difícil empresa. No tenía genio porque éste supone ingenio, pues como decía la Duquesa, que tanto honró á Don Quijote, *las gracias y los donaires no asientan sobre ingenios torpes*. Y tal era el del autor aragonés, cuya leyenda es indigna de cualquier lector que se tenga por honesto. Escribir, pues, con gracia pide un natural muy agudo y muy discreto, de que estaba muy ajeno el dicho aragonés. Ni aun le tenía para inventar con alguna apariencia de verosimilitud; pues, habiendo intentado continuar la *Historia de Don Quijote*, debía haber imitado el caracter de las personas, que fingió Cervantes, guardando siempre el decoro, que es la mayor perfección del Arte. Ultimamente, su doctrina es pedantesca, y su estilo lleno de impropiedades, solecismos y barbarismos, duro y desapacible, y, en suma, digno del desprecio que ha tenido, pues se ha consumido en usos viles; y únicamente el haber llegado á ser raro, pudo darle estimación; porque, habiéndose reimpresso en Madrid, después de ciento y diez y ocho años, esto es, en el de 1732, NO HAY HOMBRE DE BUEN GUSTO QUE HAGA APRECIO DE ÉL. El año 1704 se imprimió en París una que se llama traducción de esta obra en lengua francesa; pero se observa el orden invertido, muchas cosas quitadas, y muchas más añadidas; y éstas han podido granjear algún crédito á su primitivo autor". Magnífico juicio, que será siempre un título de gloria para Mayáns, pues en pocos renglones dejó expresado el más fiel dictamen que se merece el *Quijote* falsificado, á quien han querido sublimar todavía en el siglo XIX, por novedad ó extravío de criterio, algunos escritores extranjeros de pésimo gusto, Lavigne, por ejemplo.

Había sostenido con su natural desenfado Nasarre, que casi toda la segunda parte del *Don Quijote* de Cervantes era copia del engendro del imitador atrevido; y Mayáns, sin mentarle siquiera, dejó destruidos sus sofismas y mentiras en éstas tan nobles alabanzas del talento creador calumniado: "Cervantes tenía ingenio para la invención, no sólo de uno, sino de cien *Quijotes*.

La del segundo tomo no es menos agradable que la del primero, y la enseñanza es mucho mayor. Fuera de esto, en la narración principal no entremetió novela alguna totalmente separada del asunto; lo cual es muy contra el arte de fabular, sino que diestramente ingirió episodios muy bien enlazados con el principal asunto; cosa que pide gran ingenio y singular habilidad". Y con la misma fortuna defendió la superioridad de los primeros caracteres ó símbolos, en la novela de Cervantes, adulterados ó ruinmente desfigurados en la de Avellaneda, especialmente Don Quijote, su dama ideal y el buen escudero.

Las *Novelas ejemplares* le merecieron elogios muy justos. Razonó el mérito de cada una, señaló las más notables, ponderó su originalidad y enumeró sus atractivos. En su sentir, que después han seguido todos los críticos de sano criterio, nacionales y extranjeros, las novelas de Cervantes "son las mejores que se han escrito en España, así por la agudeza de su invención y honestidad de costumbres, como por el arte con que se dispusieron y la propiedad y dulzura de estilo con que están escritas". Haciendo el examen del *Coloquio de los perros*, le consideró como sátira admirable, digna de compararse, por lo intencionada y bien hecha, con las mejores que pudiera idear el cáustico ingenio de Luciano. Su opinión respecto de *La Galatea* pecó de severa, y las que emitió de *Persiles y Segismunda*, las *Comedias y entremeses* y el *Viaje del Parnaso*, no convienen con lo que piensa y dice acerca de estas producciones la crítica moderna; pero, en medio de las deficiencias de que adolezcan sus pareceres, hay que admirar siempre su exquisita perspicacia y su manera delicada de raciocinar en los asuntos más difíciles, por la diversidad de criterios. Lo que en felicidad de apreciación pueda echarse de menos en esta parte de su trabajo, está abundantemente compensado con la rica erudición de que hace gala sobre autores y obras de nuestro Siglo de oro, y atinadas indicaciones respecto de los motivos que dieron vida á las producciones citadas de Cervantes, propósitos, tendencias, fin y alcance de ellas.

Mayáns fué el primero, sin embargo, que con el más generoso intento, pero sin la meditación con que solía proceder de ordinario, divulgó una infundada anécdota, que luego se ha llegado á tener como verdad indiscutible, cuando es realmente manifiesta falsedad. Hablando del gran favor y estima que Cervantes y su obra magistral alcanzaban en todo el mundo, hizo notar que se había visto confirmado el pronóstico del Autor, cuando dijo que llegaría tiempo en que no

habría bodegón, venta ni mesón, donde no anduviese pintada la historia del caballero andante y de su escudero; pues "no sólo en los mesones y casas particulares (son sus palabras) se hallan los libros de *Don Quijote*, sino en las más escogidas librerías, haciendo sus dueños una grande ostentación de esta historia si por ventura logran tenerla de las primeras ediciones". Mencionó después, que los más diestros burilistas, pintores, tapiceros y escultores se empleaban en representar esta historia, para adornar con sus figuras las casas y palacios de los grandes señores y mayores príncipes; y añadió luego, como último argumento para patentizar la celebridad de Cervantes, este párrafo: "Aun viviendo, consiguió la gloria de que su obra obtuviese la aceptación real. Estaba el Rey D. Felipe; tercero de este nombre, en un balcón de su palacio de Madrid, y, espaciando la vista, observó que un estudiante, junto al río Manzanares, leía un libro, y de cuando en cuando interrumpía la lección y se daba en la frente grandes palmadas, acompañadas de extraordinarios movimientos de placer y alegría; y dijo el Rey: *aquel estudiante, ó está fuera de sí, ó lee la historia de Don Quijote*. Y luego se supo que la leía, porque los palaciegos suelen interesarse mucho en ganar las albricias de los aciertos de sus amos en lo que poco importa. Mas ninguno de ellos solicitó una pensión para que con ella pudiese entretener su vida Cervantes. Y por eso no sé yo cómo entienda aquella parábola del Emperador de la China. Lo cierto es, que mientras vivió, debió mucho á los extranjeros y muy poco á los españoles. Aquellos le alabaron y honraron sin tasa ni medida. Éstos le despreciaron y aun le ajaron con sátiras privadas y públicas".

Esta es la única y amarga verdad; y Mayáns no debió hacerse cargo siquiera de suposiciones ó fábulas que no se basaban sino en rumores caprichosos. No sabemos de dónde tomó la anécdota el severo crítico; pero no hizo mención de ella el autor, á quien desde Rios, se viene atribuyendo. El Licenciado Baltasar Porreño, en sus *Hechos y dichos de Felipe III*, no dice una palabra siquiera de semejante incidente; y cierto que no lo hubiese dejado pasar en silencio de haber sucedido, pues bien pobre fué el capítulo que pudo dedicar á referir dichos de aquel monarca por falta de capacidad ingeniosa en el sujeto, y harto menos interesantes son los que cita que el que se ha fingido acerca del estudiante que leía el *Quijote*. Ni aun verosímil es tampoco que Felipe III pronunciase nunca tales palabras, porque su inteligencia era muy limitada y sus aficiones á los libros puramente devotos le impedirían

del gusto de la sabrosa lectura del *Quijote*, y mucho más del placer de percibir, apreciar y comprender sus soberanas bellezas. Es fingido cuanto se diga sobre todo esto, como demostramos en nuestra obra. Dejamos destruida la falsedad para siempre. Ni aun como hipótesis aceptable, puede admitirse.

Pero ni éste, ni otros más insignificantes errores de apreciación, provenientes de opiniones comunes engañosas, pueden rebajar en lo más mínimo el alto concepto en que se ha de tener siempre la bella labor de Mayáns. Sin precedentes en qué apoyarse, sin otros testimonios más auténticos que los que recordaba su memoria, caminando muchas veces á ciegas en un laberinto de hechos contradictorios, su talento suplió todas las omisiones, obvió todas las dificultades, cubrió todas las faltas, adivinó lo oculto y difundió hermosa claridad en las nebulosidades de lo incierto. Puso término al período de las vaguedades y las sombras, é inauguró el de la razón y la crítica, con espíritu elevado de investigación que constituye un timbre preclaro de su gloria. Fué el primer escritor español que supo comprender y hacer comprender el *Quijote*; el primero que puso á los ojos de todos el tesoro de perfecciones que encerraba; el que enseñó á amar á Cervantes como hombre virtuoso y admirarle como escritor privilegiado y sin segundo.

No es, por consiguiente, extraño que la *Vida* de Cervantes por Mayáns fuese acogida por el público, tanto en España como en el extranjero, con inusitada aceptación. Era justicia que así sucediera, en atención á sus méritos innegables, demás de los nacionales impulsos que en todas sus páginas resplandecían. Críticos miopes de nuestra época han aventurado la especie de que, la obra de Mayáns está mal escrita; desatinada opinión, porque aquel sabio erudito es uno de los autores españoles que han manejado el idioma castellano con más esmero y pureza.

Su ensayo despertó una veneración profunda para la apoteosis del gran Autor hispano. Concluyó con la glacial indiferencia antigua; vivificó los ánimos nacionales con el fuego santo de su entusiasmo; sepultó para siempre las malas artes de los soberbios y detractores antipatrióticos; y subió sobre el pedestal de la universal estimación aquella majestuosa figura, que pretendían rebajar todavía en su ingrata patria, algunos pobres de inteligencia ó de espíritu. ¡Felíz hora en la que Lord Carteret suplicó á Mayáns que escribiese la primera *Vida* de Cervantes, pues tan preciosa obra produjo y tan notable movimiento de simpatía reparadora despertó en los pechos españoles!

X

Nuevos proyectos Cervánticos.

Notables tareas de Rios y Pellicer.

Magníficas ediciones de la Real Academia Española.

Poderosa influencia que ejercieron en la opinión pública.

Si la obra de Mayáns, á excitación de un caballero inglés, dió á los españoles las primitivas noticias coordinadas para conocer, en cierto modo, lo que se refería al mérito y escritos, hechos y vicisitudes de la vida del mayor y más olvidado de sus ingenios; ya fué debido lo más completo que acerca de él se publicó, en todo el siglo XVIII, á la diligencia y propias iniciativas de personajes, corporaciones, literatos y artistas nacionales, sin que tuviésemos que pasar por la humillación, como antes, de recibir de los extraños, para celebrar nuestras glorias, lecciones mortificantes de patriotismo. Quiso el Marqués de la Ensenada, ministro de Fernando VI, que se hiciese en España una edición monumental del *Ingenioso Hidalgo*, que no sólo compitese, sino que sobrepujara con grandes ventajas, en lujo, hermosura, corrección, caracteres y mérito artístico, á la estampada en Londres el año de 1738 y algunas otras notables del extranjero.

Encomendóse al insigne D. Gregorio de Mayáns y Siscar la composición de una nueva *Vida de Cervantes*, más extensa y completa que la anterior, que correspondiera á la importancia de la gran obra patriótica proyectada. El pensamiento, sin embargo, no llegó á realizarse, pues el Marqués de la Ensenada dejó de ser ministro, y ningún gobernante le sucedió que participase de sus nobilísimos propósitos. Mayáns no hizo nueva edición mejorada de la *Vida*, á pesar de que se reimprimió cuatro veces hasta 1750, y de que, por encargo suyo, trabajaron mucho sus amigos en busca de datos y documentos para aumentar y perfeccionar su trabajo; el cual quedó, desgraciadamente reducido á la primitiva y defectuosa confección de sus apuntamientos. Fray Alonso Cano, D. Miguel Josef de Flores, D. Juan de Iriarte, Martinez Pingarrón y el padre F. Martín Sarmiento, trabajaron mucho por averiguar y depurar los hechos de la vida de Cervantes, y sus nombres merecen gratos recuerdos de todos los admiradores del gran Escritor, pues noblemente compitieron en celo y desinterés por contribuir á disipar las sombras que envolvían su buena memoria.

Pero ningunos son tan dignos de elogios, por el cariño y perfección con que desempeñaron sus tareas investigadoras, como los beneméritos escritores D. Vicente de los Rios y D. Juan Antonio Pellicer, honra de los que cultivaban la Literatura patria en la segunda mitad del siglo XVIII. De diversos gustos y tendencias, pues el primero cultivaba las formas más elegantes, y el segundo pecaba por excesivo abandono y sencillez en el estilo; el uno ponía todo su esmero en la composición de períodos bien contruidos con artificio, y el otro cifraba todo su orgullo en hacer alarde de su copiosa erudición, aunque, á veces, molesta por lo minuciosa; sin embargo, en la admiración á Cervantes eran semejantes, en los juicios tan acertados, en las defensas tan felices, y, en acendrado patriotismo, iguales. Fueron ambos los primeros historiadores que más documentos y datos ofrecieron á sus contemporáneos, en el penúltimo siglo, referentes al Autor de *Don Quijote*, para que se pudiera formar exacta idea de sus proezas y desgracias. Entrambos dejaron á la posteridad testimonios duraderos de su labor literaria, abundante reunión de recónditas noticias, gran número de antecedentes y observaciones que han merecido y merecerán siempre, el aprecio de las personas estudiosas y de los amantes de la selecta erudición.

La obra de Rios fué debida al encargo que le hizo la Real Academia Española para que escribiese una *Vida* de Cervantes, que había de acompañar á la gran edición de lujo que proyectaba de *Don Quijote*, y se publicó el año de 1780, al siguiente de muerto el discreto y malogrado Rios. Como labor literaria, resulta una preciosidad su biografía, si bien en la parte documental no llega á la extendida por Pellicer, aunque á aquel se debieron las primeras auténticas noticias acerca del rescate. Al proponerse la Real Academia Española la magnífica y apreciada edición de 1780, realizó con creces lo intentado por el Marqués de la Ensenada, y consiguió aplausos generales por resolución tan patriótica. Las hermosas láminas que ilustraban el texto, demostraron el mérito de los dibujantes y grabadores españoles y lo feliz de la ejecución. La belleza de la parte artística, lo esmeradísimo de la impresión, la pureza del texto, la novedad de los trabajos históricos y críticos de Rios, constituyen un soberbio monumento que enaltece á España y al inmortal Escritor á cuya gloriosa memoria se dedicaba. El buen acogimiento que hizo el público á la excelsa reimpresión de la Academia, motivó dos nuevas ediciones económicas, al alcance de todas las personas ilustradas. Lograron favorable despacho, y difundieron así la ri-

queza de datos y noticias contenidos en los excelentes escritos de Rios, popularizándolos. Las ediciones hechas por la Real Academia Española en 1780, 82 y 87, serán siempre timbres de gloria para tan respetable Corporación.

Y tanto más digna de aplauso fué la Real Academia Española, que ya en su notable Diccionario de autoridades, había incluido á Cervantes entre ellas, cuanto que sus patrióticas tareas tuvieron el fin práctico de confirmar los dictámenes del sabio Mayáns, respecto del supremo mérito inventivo y literario de Cervantes, y el de desmentir, al mismo tiempo, las falsedades propaladas por espíritus adocenados y fatuos, para rebajar la universal nombradía de su producción más amena. Nasarre, aquel escritor presumido que quiso deprimir á Cervantes el año de 1732 en el concepto público, sublimando á su antiguo enemigo Avellaneda, queriendo persuadir que era más original y de más sencillez y verosimilitud su obra infeliz, que el *Don Quijote* del primero, cometió en 1749 otra imprudencia, que revela lo osado de sus extravagantes intentos. Propúsose antes perjudicar el nombre venerado de Cervantes; quiso después, no sabemos si avergonzado ó con propósito de enmienda, encarecerle y realzarlo con hiperbólicos encomios, en un prólogo pesadísimo que antepuso á la reimpresión que hizo de las *Comedias y entremeses* de Cervantes, que por vez primera dió á la publicidad el editor Villarreal en Madrid, año de 1615.

Nasarre trató con un rigor exagerado á Lope de Vega y Calderón de la Barca, calificándolos de corruptores de nuestro Teatro, y empleando palabras duras y mal sonantes, que fueron motivo de gran escándalo entre los partidarios de nuestra gloriosa y fecunda Dramática, y enemigos declarados, por consiguiente, del clasicismo francés que pretendía echar por tierra el bien cimentado renombre de nuestros ilustres autores dramáticos. Nasarre, que tenía el triste don de errar siempre, llegó á sostener, como rasgo de ingenio, cuando no era más que paradoja ridícula, que Cervantes escribió adrede contra las reglas del arte sus *Comedias*, para ridiculizar de este modo las de Lope de Vega y Calderón; lo cual produjo vehementes defensas de los dos colosos de nuestra escena, entre las que se hizo notar, por sus destemplados ataques á Cervantes, el discurso, mal llamado crítico, que compuso sobre el origen, calidad y estado presente de las comedias, en 1750, un ingenio de la corte, que se llamaba D. Juan de Erauso y Zavaleta, aunque no era el verdadero nombre suyo. Censurando la desvariada aserción de Nasarre en orden á las *Comedias* de Cervantes, hubo de inspirarse,

sin embargo, en su mismo criterio acerca del *Quijote* famoso, pues coincidieron ambos en decir que "más es *borrón* que *lustre* tal obra, y que no es fortuna ni honroso título de la nación, como creen muchos que á bulto aplauden á Cervantes en calidad de ingenio sublime y merecedor de fama"; y no contento con tan absurdo discurrir, añadió todavía, para colmo de su despreciable insensatez, que "en su lección no se halla amenidad, erudición, enseñanza, ejemplo, ni otras partes que hacen deleitoso un libro". A cuyos disparatados juicios se unieron, con nuevas groserías, dos aprobantes del trabajo de Zavaleta, F. Agustín Sánchez y D. Alejandro Aguado, dignos compinches del descarado infamador de Cervantes. Formó también en el coro de tales desdichados, aquel mal coplero del siglo XVIII, D. Juan Maruján, quien, en un pedestre romance, dijo que Cervantes había sido, como autor del *Quijote*, "cuchillo y verdugo del honor de España".

La Real Academia Española, pues, sancionando el superior concepto de que Cervantes disfrutaba, en sentir de propios y extraños, confundió con sus alabanzas y ediciones las procacidades de la maledicencia, y concluyó con aquellos juicios apasionados y antipatrióticos, últimos aullidos de una parcialidad envidiosa, encaminando la opinión pública por la recta vía del acierto y de la justicia.

XI

Examen de la obra de D. Vicente de los Rios, segundo biógrafo de Cervantes.

Volviendo al examen de la obra de Rios, diremos, que su análisis del *Quijote* es un hermoso y extenso discurso, que obtendrá siempre elogios por su excelente lenguaje y galano estilo; aunque no está exento de grandes defectos. Su propósito de hacer patente una imposible semejanza entre la *Iliada* y el *Quijote*, idea que le sugirió Mayáns en cuanto al carácter colérico de Aquiles, queriéndolo demostrar con sutiles argumentos y comparaciones gratuitas, no puede llevar nunca al ánimo del lector el convencimiento de lo que se propone. La ingeniosidad con que descubre Rios afinidades donde no existen; imitaciones donde no las hay; similitud exacta donde ni siquiera se trasluce, demuestra su fino modo de interpretación; pero la duda sobre tales deducciones permanece constante, sin que el buen juicio pueda suscribir ni aceptar sus explicacio-

nes. Entre el poema épico del divino Homero y la maravillosa novela del incomparable Cervantes, no hay otra real y verdadera analogía, sino la de su universal renombre. En esto sólo son iguales. En lo demás, no hay medio de encontrarles parecido, ni aun con lejana apariencia.

¿Qué punto de comparación cabe, en efecto, entre la obra de Homero y la obra de Cervantes? ¿Hay semejanza, ni aun remota siquiera, en las tendencias de una y otra? ¿Entraña la producción del poeta griego ese grandioso y general fin social que encarna la del vate castellano? ¿Hay identidad entre los personajes, parecido entre los acaecimientos que entrambos autores relatan? ¿Cómo ha de ser el protagonista de la composición de Cervantes imitación del protagonista del poema de Homero? ¿Y en qué podrán parecerse los demás caracteres secundarios de los dos libros? Cada cual es sublime, producto de Genios incomparables, esa es la verdad; y no hay que buscar otras conexiones, que no las tienen, las dos obras maestras de las Literaturas griega y española. La de Homero, aun en medio de su sorprendente disposición y mérito, no es tan fiel, tan completa y perfectísima pintura de la humanidad y de todos los caballeros magnánimos y de todas las épocas degeneradas, como la concepción de Cervantes. Explícate por tal motivo la universal fama que ésta ha logrado, obtiene y conseguirá siempre, en tanto que la otra jamás alcanzó aplausos tan generales y aceptación tan dilatada; sólo es buscada y leída hoy por los eruditos, y acaso en lo futuro pierda todo atractivo y sea limitadísimo el número de sus lectores.

Dos obras completamente distintas en el argumento, los episodios, la trama, el sujeto, los medios y los fines, los tiempos y los personajes, no admiten, por consiguiente, parangón posible. Querer deducir, de los hechos heroicos de la primera las escenas serias ó festivas de la segunda, es ocasionado á manifiestas equivocaciones ó errores lamentables. Es divagar y sostener sueños imposibles.

Basta recordar algunas de las peregrinas novedades que aduce el Sr. Rios, para que juzguemos de lo infundado de sus pretensiones. Cree buenamente que los juegos fúnebres de Patroclo y los combates en que ganó Telémaco el cetro de Creta, los tuvo presentes Cervantes al describir las bodas de Camacho. Ve en ellas un equivalente á los juegos y certámenes de las fábulas griegas. La morada de Don Quijote en casa de los Duques, tráele á la memoria la detención de Eneas en Cartago; el extraño suceso de la Trifaldi, seméjale un espectáculo divertido, como la

relación del saco de Troya; la aparición de Clavileño no la juzga menos oportuna y agradable que la descripción del Paladión troyano; los fingidos amores de Altisidora compáralos con la afectuosa y profunda pasión de Dido; el descenso de Don Quijote á la cueva de Montesinos, antójasele copia de la bajada de Ulises al Infierno; las armas de Tetis sospecha que pudieron servir á Cervantes para inventar lo del yelmo de Mambrino; juzga precedentes, en cierto modo, de los soliloquios de Sancho Panza, los monólogos de Juno; y en los interlocutores del *Quijote*, para confirmar al héroe en su locura ó preparar los medios para retirarle de ella y reducirle á su juicio, ve nada menos que personajes excepcionales, que representan en la obra del gran Autor español, idénticos papeles á los que desempeñaban los dioses en la fábula épica de Homero ó en otras análogas de autores griegos y latinos.

Compréndese bien claro que, con tal sistema de examen, las cosas más naturales y sencillas se desfiguraban por necesidad, y las interpretaciones habían de ser producto exclusivo de la fantasía sin base alguna de verosimilitud ó certeza. Y por eso sucede que, á pesar de todos los esfuerzos que hace Rios para demostrar la exactitud y oportunidad de sus juicios y comparaciones, á nadie convence ni satisface; antes bien, todos permanecen incrédulos é indiferentes, pues no es posible encontrar puntos de contacto, ni lejana sombra siquiera, entre Aquiles y Don Quijote, Dulcinea y Dido, Hector y Sansón Carrasco, Nestor y el cura Pedro Pérez, Diómedes y Sancho, Telamón y maese Nicolás, sin mentar otros; que todos los ejemplos resultarían contrarios á los intentos del erudito escritor.

Aparte de estos lunares, que tanto hacen desmerecer el notable discurso del Sr. Rios; aparte también de las equivocaciones inevitables de su plan cronológico, no puede negarse que, en lo demás, especialmente en la parte que trata de la propiedad del estilo de la fábula, lo ingenioso de la invención, la originalidad de la idea, el desarrollo del argumento, la perfección de las pinturas, lo gráfico de los caracteres, la abundante gracia de los episodios, la naturalidad de la expresión, el donaire de los chistes y la enseñanza moralizadora que cada aventura contiene, se muestra Rios crítico muy discreto y perspicaz. Y, en este orden de apreciaciones, lo mismo que en cuanto escribe acerca de la Literatura caballeresca, su nociva influencia, extravagancias, aceptación y popularidad, emitió juicios muy acertados, merecedores del aprecio de los doctos y con enseñanza para todos; expresados los pensamientos de manera tan persuasiva, dul-

ce y galana que, aun disintiendo de sus razones, no se puede por menos de reconocer y admirar su talento. Por eso, es justo decir que el análisis del *Quijote*, hecho por Rios, á pesar de los progresos de la crítica literaria en el siglo XIX, resulta todavía uno de los juicios más hermosos, extensos y razonados que se han escrito acerca del *Quijote*, exceptuadas sus alambicadas indagaciones por encontrar semejanzas entre personajes, hechos y obras que no podrían ofrecerlas en modo alguno. Rios tuvo asimismo el mérito de ser el primer crítico español que descubrió y demostró el profundo y filosófico modo de pensar de Cervantes, ponderando como se debía sus aciertos, no ya en la mera invectiva de los libros de caballerías, mas también en la impugnación de todos los vicios, preocupaciones, injusticias y fealdades de su época.

XII

"Vida de Cervantes", por D. Juan Antonio Pellicer.
Su examen y alabanza.

Carecía del gusto depurado de Rios, como hemos indicado antes, su contemporáneo Don Juan Antonio Pellicer, que trabajaba, al mismo tiempo que el primero, otra *Vida de Cervantes*. Resultó ésta más completa, sin embargo, que la de Rios. Sus indagaciones, anteriores á las de éste, de que ya había dado pruebas muy curiosas desde 1778 en su *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*, ampliolas después de modo, que nada dejó que desear en novedad é interés su biografía de Cervantes, la cual publicó al frente de una edición del *Quijote* en 1797, y luego reimprimió en el último tomo de la nueva, que hizo el año de 1800. El ilustre académico de la Española, D. Vicente de los Rios, dejó un elogio de Cervantes y un análisis de su inmortal producción, superiores á cuanto sobre ambos particulares se había dicho antes. Pero Pellicer, el insigne académico de la Historia, puede afirmarse que dijo la última palabra acerca de Cervantes al concluir el siglo XVIII, pues su diligencia y buena suerte le hicieron poseedor de noticias y documentos, que dilucidaron muchos puntos no bien sabidos de la vida del eminente Autor, y rectificaron juicios que habían circulado sin fundada base.

El documento que se descubrió en el Registro de escrituras públicas de Esquivias, debido á sus pesquisas é indicaciones, dió inestimables datos acerca de la carta dotal otorgada por Miguel de

Cervantes á D.^a Catalina de Salazar Vozmediano, su mujer, comunicando curiosos pormenores sobre los secretos del hogar y de la familia, de mucho interés por más que se haya censurado la minuciosidad con que refiere Pellicer estas particularidades domésticas. Él fué también el primero que hizo público, aunque no de manera completa, el proceso que se siguió á Cervantes y los suyos en Valladolid, año de 1605, á causa de la muerte del caballero santiaguista D. Gaspar de Ezpeleta; documento de grandísima importancia por darse cuenta en él de muchísimas noticias referentes á Cervantes y su familia, personas de que constaba, sus comisiones y medios de subsistencia. Aunque Pellicer ocultó la parte más sensacional del proceso, por escrúpulo infundado, ó sea lo que toca á la calumnia levantada contra la hija de Cervantes por Isabel Ayala, suponiendo que estaba amancebada con el amigo de su padre, el asentista Simón Méndez; con todo, resultó el extracto muy interesante para determinar con fijeza hechos y antecedentes, que de otra manera hubiese sido imposible puntualizar ni saber. Fué asimismo de inapreciable mérito el descubrimiento que hizo de las partidas de ingreso de Cervantes, de su esposa y de su hermana D.^a Andrea en la venerable Orden Tercera de San Francisco, así como de las de su muerte, que ofrecen curiosidades preciosas acerca de la vida íntima de aquella respetable familia.

Todos estos atractivos, unidos á los que encierran tantas exquisitas novedades como presenta respecto á hechos, personajes, literatos y sucesos de aquella época, hacen la *Vida de Cervantes*, de Pellicer, completísima y amena para el tiempo en que apareció; pues todavía, al cabo de un siglo, se lee con gusto y se admira el profundo tesoro de su erudición. La edición de Pellicer salió al público bajo los auspicios y protección del famoso valido de Carlos IV, el príncipe de la Paz, á quien hay que tributar elogios por este rasgo de esplendidez, que produjo una de las más bellas reimpresiones que se han hecho del *Quijote*, ya en la corrección del texto y hermosura tipográfica, como todo lo que salía de la famosa imprenta de Sancha, ya en las lindas láminas que la acompañan y demuestran la maestría de los dibujantes y grabadores en la expresión y fidelidad de las figuras, típicamente españolas.

El discurso preliminar que antecede á la *Vida* es notable, aunque difuso en algunos puntos y deficiente en otros, por más que en determinadas materias, acerca de los libros caballerescos y de los probables autores del *Amadis*, sobre todo, ofrece Pellicer gran número de observaciones y

juicios que despiertan poderosamente la atención y seducen por la ingeniosidad ó el buen criterio con que expone sus argumentos.

Incurrió, sin embargo, como Rios, en la tentación de encontrar parecido entre la obra maestra de Cervantes y otras de la Literatura antigua; antojo de los eruditos, sueño de su mente, tenacidad de su capricho, en contradicción evidente con todo razonamiento discreto. Rios comparó el *Quijote* con la *Iliada*, sin olvidar en algunos pasajes la *Odisea* y la *Eneida*. Pellicer no creyó acertada la conexión y analogía notada por Rios entre el *Quijote* y la *Iliada*, porque “la fábula del poeta griego es elevada, grave, sublime y siempre seria; y la del poeta complutense es, por lo común, jocosa, popular, cómica y entremesada”, en frases suyas. Pero luego cae en los mismos deslices que advierte en otros. Para él, es casi seguro que la obra que pudo servir de norma á Cervantes para la creación de su *Quijote*, fué el *Asno de oro* de Lucio Apuleyo; opinión que trata de persuadir con ejemplos de entrambas producciones, que no consiguen probarlo, y casos y sucesos de la vida de los dos escritores, que no aciertan á convencer; ni es posible, siendo tan diametralmente opuestos los libros del autor latino y del español en su plan, tendencias y fines. Es cierto que, bajo el aparato de una obra festiva, censuró Apuleyo muchos vicios, prácticas supersticiosas, costumbres depravadas, preocupaciones, excesiva credulidad en las artes mágicas, hipocresía religiosa, adulterios, rapiñas, impunidad de los criminales; sátira social de sus tiempos, con narraciones que tienen mucho de lo maravilloso y extravagante. Es cierto que en el *Asno de oro* hay transformaciones por arte de magia ó encantamiento; pero por eso no puede razonablemente decirse que existe semejanza en la invención general y los episodios de las referidas obras.

Para el aparato mágico, para las metamorfosis de personas por virtud de encantadores, para todo lo más extraordinario de la teurgia andantesca, ofrecían en abundancia ejemplos á Cervantes los libros de caballerías, llenos de fábulas, patrañas, desvaríos, inverosimilitudes, visiones, fantasmas, hechiceros, trastos, duendes, monstruos, gigantes, enanos y endriagos. Cervantes no necesitaba copiar, ni tener siquiera presente, lo que decía Apuleyo en su *Asno de oro* para componer el *Quijote*. La mitología caballeresca, por decirlo así, facilitaba sus intentos para cuantos sucesos extraordinarios tuviese que referir en su libro. Si algún modelo tuvo que seguir Cervantes para desenvolver y explicar su pensamiento, fué indudablemente en los libros

que volvieron loco al noble caballero de la Mancha. En ellos únicamente se inspiró para describir algunas escenas, batallas, desafíos y lances de amor, ofreciendo la enseñanza que se proponía en la forma que juzgó más adecuada al designio de corregir y reformar las costumbres.

Para los fines que á Cervantes movían, bastóle con recordar la maquinaria de las novelas andantescas; y, si copió de algunas, si parodió otras, si ridiculizó muchas, fué porque entraba en sus propósitos para lograr un objeto moralizador con oportunidad, gracia y delicadeza, sobre toda ponderación encantadoras. Consiguió así, como dijo Valdivieso, la universal demostración que deseaba, "disimulando en el cebo del donaire el anzuelo de la reprensión".

No puede, pues, en forma ni manera alguna aceptarse como buena la interpretación hecha por Pellicer y que algunos, irreflexivamente, han seguido, hasta el punto de querer demostrar que, algunas aventuras del libro español, están calçadas en sucesos referidos en el de Lucio Apuleyo.

¿Qué tienen que ver, en efecto, las lujurias, los actos inmoralísimos del protagonista de la obra de Apuleyo que, convertido en asno, corre por todos los caminos de la más desenfrenada y estúpida concupiscencia, con los actos nobilísimos del Hidalgo manchego, en los que predominaba el espíritu sobre la vil materia, el sentimiento del bien y de la castidad sobre todas las fealdades y groserías de la sensualidad y de la carne?

No es posible que en ese libro, modelo de lascivia, de desvergüenza, de escenas licenciosamente eróticas é inverecundamente nocivas, de brujerías, de sortilegios, de transformaciones tan groseras como inverosímiles, de los cuadros al natural, asquerosamente pornográficos, de Fotis y Lucio y del afortunado Asno y la bella matrona de Corinto; no es posible, no, que en ese libro pueda encontrarse nunca el germen, la causa, el motivo, la inspiración del *Ingenioso Hidalgo*.

¡Una obra eminentemente inmoral queriendo cotejarla, (¿qué decimos cotejarla?); queriendo anteponerla á la obra moral, circumspecta, finamente satírica del escritor alcalaino! ¡Como si pudiese haber término posible de comparación entre el pintor de lascivias de un joven y el enaltecedor de las virtudes de un magnánimo caballero!

¡Como si Fotis, la impúdica, fuera para su Lucio, materialista, lo que la ideada Dulcinea para su platónico Don Quijote!

XIII

Otros trabajos acerca de Cervantes.

La "Vida" escrita por Navarrete, la mejor de todas hasta 1819.

Encómiase su perfección. Nótanse sus excelencias.

Muchos años pasaron antes que pudieran presentar la erudición ó la crítica trabajos que se pareciesen siquiera á los publicados por Rios y Pellicer. Ni Bowle (1781), cuyo comentario gramatical es, por otra parte, tan digno de ser apreciado; ni Quintana, que escribió una biografía de Cervantes, en los albores de su juventud, para una edición del *Quijote*, en 1797, trabajo defectuoso y declamatorio; ni la que insertó el caballero Florián al principio de su desventurada imitación de *La Galatea* (1783); ni Capmany en el tomo IV de su *Teatro histórico crítico de la elocuencia española* (1788), al dar breves noticias de la vida de Cervantes; ni el notable elogio hecho por Cerdá y Rico (1781) en sus apéndices á la *Retórica* de Gerardo Vosio; ni otros escritos de menos circulación, y no tan importantes, lograron aumentar en nada el interés que supieron comunicar á sus producciones, con exquisita erudición y buen gusto, los dos ilustres académicos citados.

Diez y nueve años habían transcurrido del siglo XIX cuando apareció una obra que hizo caer en olvido á todas las que anteriormente se publicaron acerca de Cervantes, y despertó poderosamente la atención general. Era su autor D. Martín Fernández de Navarrete, persona de excelente gusto literario y de singular ilustración. Admiraba á Cervantes con toda su alma, y quiso dedicarle un nuevo monumento de patriótica veneración, más completo y excelso y digno de su gran fama que los pasados. Convirtió á tan laudable propósito todos sus desvelos. Con intento de que su obra correspondiera á los nobles fines que se proponía, trabajó incesantemente, durante diez y seis años, en buscar datos, investigar antecedentes, adquirir noticias, examinar documentos, reunir y clasificar materiales, depurar hechos, restablecer la verdad, rechazar paradojas, destruir tradiciones, aclarar lo dudoso, y poder llegar á escribir una historia crítica, cabal y exacta, de Miguel de Cervantes Saavedra.

En aquella labor de constancia y amor patrio, tuvo muchos amigos y compañeros que le ayudaron poderosamente para la investigación de los sucesos, descubrimiento de manuscritos va-

liosos y depuración de todo lo incierto ó improbable. Merecen muchas alabanzas por eso los señores Lardizábal, Sans de Barutell, González (D. Tomás), Ceán Bermúdez, Sánchez Liaño, Pérez Villamil, y otros; pero el mérito de las observaciones ó hallazgos de éstos, fué verdaderamente debido á la eficaz dirección, á las oportunas indicaciones de Navarrete en aquellas tareas indagadoras; pues no teniendo ninguno de ellos, plan formado para tales averiguaciones, ni determinada idea de dirigirlas á un fin concreto que con Cervantes se relacionara, claro es que los mismos datos y curiosidades que comunicaron á Navarrete, y fueron de alto precio para la perfección de su obra, los hubieran mirado, sin la ajena recomendación, con indiferencia, ó dejándolos sin examen, por no convenir quizás á la dirección preferente de sus estudios. Gracias, pues, á la persistencia y laboriosidad de su carácter, Navarrete llegó á poseer un caudal inestimable de noticias y documentos para extender la nueva biografía de Cervantes.

No perdonó medio ni ocasión para perfeccionar sus tareas, ni dejó pasar año sin que acrecentase y enriqueciera el tesoro precioso de sus conocimientos. Con una fuerza de voluntad que asombra, nada fué parte á distraerle de la laudable labor emprendida. Ni las ocupaciones de sus cargos oficiales, ni las tareas académicas, ni las luchas de los bandos políticos, tan encarnizadas á fines del siglo XVIII y principios del XIX, ni el gran trastorno que produjeron en las costumbres españolas las ideas de la Revolución francesa, ni la guerra de la independencia, ni el fragor de los combates, ni las conturbaciones que agitaban los ánimos en aquellos momentos críticos de zozobras, de conmoción, de esperanzas, de bajezas de príncipes y enaltecimiento y heroicos hechos de los pueblos, desamparada la nación de sus Reyes, invadida y ultrajada del extranjero; nada, en fin, logró retraerle en absoluto, sin olvido de los deberes para con la patria, de sus proyectos literarios; nada amilanarle en su empresa de pacífica glorificación; nada hacerle desistir, ni abandonar su nobilísima obra.

Pudo así realizar su intento de manera acabada y felicísima. Las doscientas páginas que contienen la *Vida* de Cervantes, constituyen un magnífico relato de sus proezas y de todos los sucesos de su desventurada existencia pública y particular, con las más interesantes novedades, bellamente presentadas con orden y método riguroso. Extenso cuadro que, si demuestra muchas veces la minuciosidad escrupulosa de la composición, falta de colorido y movimiento, en cambio, se distingue por la fidelidad de los inci-

denes y la exactitud del parecido; obra admirable de paciencia y comprobación que no deja pasar, sin advertencia adecuada, ningún caso por insignificante que parezca, ni olvida, sin explicarlo, ningún antecedente que pudiera contribuir, si estuviera confirmado, al esclarecimiento de los hechos del maravilloso Escritor.

Hasta su tiempo no hubo nadie que historiase de manera tan magistral como Navarrete la *Vida* de Cervantes, ni se ocupara en descubrir con amplitud y severidad de juicio, las causas de su desgraciado desamparo por la indiferencia de los soberbios y la envidiosa condición de sus enemigos. Sobre los sucesos oscuros de su existencia, difundió hermosa luz con atinadas disquisiciones, de tal suerte, que es imposible añadir hoy nada nuevo sobre algunos, á pesar de los ochenta años transcurridos desde que se publicó su obra, lo cual hace el más cumplido elogio de sus aciertos y talento práctico.

Con los apuntes que le envió desde Simancas el docto marino Sans de Barutell, escribió bellas páginas referentes á la vida militar de Cervantes en Italia, en Lepanto, y en otras acciones de guerra.

Aprovechando los documentos que descubrió en el Archivo de Indias de Sevilla, el notable crítico é historiador de nuestros pintores, Ceán Bermúdez, dió los más circunstanciados y verídicos pormenores de las muchas vicisitudes y peligros que rodearon á Cervantes en el cautiverio de Argel; y, llegó á tal grado su esmero en hacernos conocer las más pequeñas incidencias de aquellos sucesos extraordinarios, que dejó bien poco que añadir á lo esencial de los hechos que constituyen la gloriosa epopeya de la existencia de Cervantes; la lucha heroica por su libertad y por la libertad de todos los cristianos presos; los actos repetidos en que expuso la vida por concluir con los piratas del Mediterráneo; su abnegación y entereza de carácter, la elevación de sus pensamientos y la magnanimidad de su alma.

Navarrete fué el primero que describió con verdadero colorido, gracias á los códigos cuyas copias aprovechó, las patéticas peripecias de su penoso cautiverio con el aliciente maravilloso de la certeza histórica, corroborada con irrecusables testimonios y valiosísimos comprobantes que arrojan viva claridad sobre puntos envueltos antes en las sombras más completas; como para, por ejemplo, en lo relativo á la odiosidad que le profesó el dominico Juan Blanco de Paz, lo que obligó á Cervantes, después de rescatado, á solicitar la reivindicación justísima de sus actos, por medio de documento público legalizado, para que las calumnias del malvado enemigo queda-

sen destruídas y su nombre honrado no estuviese, en volviendo á España, bajo el peso de miserables imputaciones.

No hay período alguno en la vida de Cervantes, tan depurado y aclarado, como el de su prisión en Argel, donde fué siempre muy alto el aprecio en que le tuvieron las personas virtuosas, los caballeros más principales, los hombres de sentimientos nobles y bien nacidos; y todo esto se llegó á saber mediante la sagacidad, penetración y recto criterio del sabio Navarrete. Son también merecedores de todo aplauso los esfuerzos que hizo por aclarar lo que se relacionaba con la permanencia de Cervantes en Andalucía, ora como comisario humilde de los proveedores de flotas, ora en el desempeño del cargo de recaudador de alcabalas, que después tuvo. Sirviéronle de mucho para el examen y depuración de estas particularidades, los apuntes, notas y copias de papeles importantísimos que le remitió D. Tomás González, antiguo catedrático de la Universidad de Salamanca, de buena memoria para todos los admiradores del Autor del *Quijote*.

No es tan completa la biografía de Cervantes por Navarrete en la parte de crítica, como en la mera narración de los hechos. Temeroso quizás de incurrir en idénticos desvaríos de semejanzas imposibles, como intentaron Rios y Pelli- cer comparando *El Quijote*, ya con *La Iliada*, ya con el *Asno de oro*, fué sumamente parco en sus dictámenes acerca de la obra de Cervantes, no saliendo de los límites generales de apreciación respecto al mérito de su originalidad y las galas de su lenguaje y estilo. No resplandece, pues, su obra por la novedad de los pensamientos ni lo profundo de la observación; es más bien erudita que artística; más de vaguedades y lugares comunes, que de altos vuelos é intuiciones estéticas. De iguales deficiencias adolece el juicio crítico que pretende hacer sobre las demás obras literarias de Cervantes. Ni de las *Comedias*, ni de los *Entremeses*, ni de las *Novelas*, ni de la *Galatea*, ni del *Persiles y Segismunda*, habla con la extensión y acierto que exigían dichas producciones; sin que por eso dejemos de confesar que cautiva y agrada la escogida serie de noticias, observaciones y curiosidades literarias acerca de autores y obras del tiempo de Cervantes, que intercala en todas las páginas de su libro; las cuales despiertan vivamente la atención y ponen de relieve lo vario y rico de sus conocimientos.

Las cuatrocientas páginas de las ilustraciones, citas y adiciones que escribió á continuación de la *Vida*, como pruebas y complemento de su

interesantísimo estudio, forman un tratado ameno de novedades y recónditas advertencias que enseñan y deleitan al mismo tiempo. Todo el producto de su laboriosidad de muchos años, los datos más peregrinos, sus extensos estudios en materia cervántica, sus reflexiones sobre la literatura caballeresca y acerca de autores contemporáneos de Cervantes, amigos ó enemigos suyos, escritores que por su gloria se desvelaron y notas bibliográficas de muchas ediciones y traducciones del *Quijote*; todo, decimos, hállese expuesto y tratado con extensión, oportunidad, notable criterio y belleza de forma, sin vanidosa ostentación ni afectado alarde de sabiduría, aunque como sabio magnánimo procedió, abriendo á todos, para que participasen de sus preciadísimas perfecciones, el tesoro maravilloso de su saber, de su delicado talento, de su bien doctrinada inteligencia. Algunos de sus trabajos resultan bellas y casi completas monografías, que hay que tener siempre presentes; aun cuando la moderna erudición aclare ó aumente en algo las noticias que llegaron á su conocimiento. Esto pasa principalmente en cuanto se refiere al nacimiento de nuestro Teatro é iniciativas escénicas de Lope de Rueda; datos biográficos de López de Hoyos y Estudio público de la villa de Madrid; mérito poético de Cervantes y academias literarias de su tiempo; y sobre todo, en el examen que hizo de los autores que le habían precedido en las tareas biográficas ó analizadoras respecto de Cervantes y sus obras; crítica muy bien hecha, donde resplandecen la rectitud y la imparcialidad; la más perfecta labor en su género que se escribió hasta sus días.

XIV

Equivocaciones ó errores de Navarrete. Leyendas desmentidas.

El deseo de dar el mayor interés posible á su obra, hizo incurrir á Navarrete en algunas sutilezas y equivocaciones, que, en lugar de acrecentar, disminuyeron en cierto modo el mérito de su libro. Fundándose en hipótesis aventuradas, procuró demostrar el origen supuesto de nobleza de los ascendientes de Cervantes, queriendo testificarlo con datos alambicados, inadmisibles ó inciertos, sacados del arsenal de sus conveniencias ó presunciones por el cronista Méndez de Silva; y, tan de propósito tomó el asunto Navarrete, que nada creyó tan lleno de validez y verdad, para patentizar el abolengo nobiliario de la familia de

Cervantes, como las ligeras indicaciones de aquel escritor tocado de la manía de crear árboles genealógicos á merced de su beneplácito y capricho.

Navarrete quiso justificar con nuevas observaciones lo sospechado vagamente por Méndez de Silva, y citó autores y tratados de nobleza, con cuyo auxilio y el de su imaginación, formó entronques y relaciones convencionales de familia que llegaban á demostrar, infundadamente, que Cervantes, no sólo estaba emparentado con muchas casas de la más antigua nobleza española, sino que, por sus más remotos antepasados, era pariente también, nada menos que de Carlos V, Felipe II y el príncipe D. Juan de Austria; sueño generoso de la mente sin consistencia ni verosimilitud, que la severidad de la crítica tiene que rechazar por precisión, no por mero prurito de oponerse á lo que Navarrete pretende y quiere, pues para todos sería tan digno de veneración Cervantes escritor, si fuese descendiente de estirpe regia ó noble, como siendo hidalgo pobre ó plebeyo humilde; sino porque no hay base cierta en que se apoye la presunción; y no puede ni debe aceptarse nada en la *Vida* de Cervantes, ni en la de ningún otro escritor, que no estribe en la pura certidumbre histórica y en la crítica más correcta y razonada.

Fué Navarrete también autor de dos conjeturas, que los escritores sucesivos convirtieron más tarde ordinariamente en hechos verdaderos y dieron motivo á leyendas que alcanzaron gran ascendiente en la opinión. Una de ellas se forjó respecto de los imaginarios amoríos que se juzgaba había sostenido Cervantes, cuando su estada en Portugal, con una dama lusitana, de cuyas relaciones nació una hija natural, que luego vivió, ya joven, con su señor padre, tías y prima. Y la otra leyenda, deducción de la primera, daba por seguro que la misma doncella había después entrado religiosa en el convento de Trinitarias descalzas de Madrid, donde profesó; y por eso creíase que Cervantes en su testamento mandó que le diesen sepultura en aquel asilo de monjas, pues quiso estar enterrado allí donde estaba dedicada á Dios su hija Isabel, prenda querida de los deslices juveniles.

Tanto crédito tuvieron las vagas indicaciones de D. Martín Fernandez Navarrete, aunque él verdaderamente en esto no sostuvo como cierta su opinión, que todavía en el año de 1870, trató de justificar el Marqués de Molins lo insinuado por Navarrete, como probable, cual verdad claramente demostrada, á pesar de que de los documentos que revisó y de las noticias que llegó á reunir no resultaba probado, ni indicado

en manera alguna, que D.^a Isabel de Saavedra hubiese sido nunca monja en las Trinitarias.

Las leyendas creadas sobre el texto de Navarrete, han terminado para siempre. Documentos fehacientes, y de gran importancia, han esclarecido con luz meridiana cuanto concierne á este punto, del que hablamos con la extensión debida en los lugares correspondientes. Nada más averiguado hoy en la vida de Cervantes, que lo tocante al nacimiento de su hija y á sus estados de soltera, casada y viuda. Ni fué hija de portuguesa, ni entró monja en las Trinitarias. Fué casada dos veces, tuvo hijos y bienes de fortuna, y ya, de edad avanzada, viuda y malogrados sus hijos, falleció en Madrid en la feligresía de San Andrés.

XV

Inútil defensa de Lope de Vega. La pura verdad.

Llevado de su bondadoso deseo, quiso Navarrete refutar cuanto se había dicho hasta su tiempo sobre los disgustos y malquerencias que hubo entre Lope de Vega y Cervantes; pero, aunque amontonó en su trabajo muchas citas de los elogios que mutuamente se tributaron, como muestras de excelente recíproca correspondencia, no llegó á convencer á nadie del fundamento acertado de sus ratiocinios, pues los testimonios que aducía, son muy falibles para robustecer la opinión optimista que deseaba. Los ditirambos que en público se prodigan muchas veces los literatos, y, sobre todo, los poetas, quedan desmentidos generalmente en la vida íntima de esos supuestos admiradores de sus amigos. Inspirados tales encomios en accidentes momentáneos, en motivos sin razón, en apariencias cortesanas, en exageraciones de la bondad ó de la lisonja, en simpatías ó antipatías no siempre justificadas, desaparecen luego por completo en la lucha y comercio de la vida por causas no menos fútiles y caprichosas. Dáse así el caso de que, las alabanzas dirigidas en los escritos á aquel á quien se reputaba como cariñoso amigo, conviértense después, en la correspondencia privada, donde se deja hablar al corazón sin el velo del fingimiento, en acres invectivas de enemigo encarnizado. ¿Qué importan, pues, todos los argumentos que se quieran presentar para hacer creer en la buena y entrañable amistad que se profesaron los dos grandes artistas de la prosa y del verso en España, cuando hay datos terminantes que enseñan y persuaden lo contrario?

Todas las palabras y todos los recuerdos que se encuentren en algunas obras de Lope en loor de Cervantes, no podrán borrar la injusticia con que de él, de sus méritos literarios y de su producción más acabada y hermosa, se expresó en el secreto de sus cartas y en el trato íntimo de sus aficionados predilectos. El desdén injurioso con que hablaba de Cervantes en la epístola de Lope, que se conserva entre las coleccionadas en el Archivo ducal de Sessa, cediendo eternamente en vituperio de quien con tan inaudita imprudencia procedía, es un terrible argumento contra los que á todo trance quieren pintar á Lope como dechado de rectitud, generosidad y alteza de pensamientos. Allí está retratado, y perfectamente sorprendido, su verdadero modo de pensar acerca de Cervantes y su labor literaria. De nada sirve que, después de muerto el autor del *Quijote* y cada vez más viva y acrecentada su fama de inimitable escritor, quisiese subirle al cielo de la celebridad con versos fastuosos y exagerados en su *Laurel de Apolo*. Aquello era lo que decía la boca, no lo que sentía el corazón. Todo el artificio de las palabras resultaba falso ante la expresión real y exacta de su pensamiento. Y éste lo había manifestado, con vehemente odiosidad, con repulsiva envidiosa injusticia, cuando dijo, para rebajar por ruin y cobarde modo á Cervantes, que nadie era tan mal poeta como él, ni habría persona tan necia que alabase á *Don Quijote*!

Tratamos en nuestra obra, con la amplitud que merece su transcendencia, de todo lo que se refiere á la comunicación y trato literario y particular que hubo entre Cervantes y Lope de Vega; y allí quedará acabadamente puesto en claro, con innumerables razones, no sólo la evidente equivocación con que escribieron sobre este punto Navarrete y otros críticos, sino los muchos argumentos nuevos que existen para afirmar el poco grato comportamiento del segundo hacia el primero; porque, para gloria de Cervantes hay que decirlo, éste se portó siempre como era de esperar de su natural caballeroso y elevado, en tanto que su adversario, ciego de la soberbia, desvanecido de presunción, sin rectitud en el proceder, llegaba hasta la injusticia y la difamación por mezquindades de pasiones que no tenían base, ni de sospechas siquiera, para obrar de manera tan desatentada. En esta guerra rencorosa de odios á Cervantes, él quedó, contra lo que creía su perseguidor, enaltecido y admirado, como espíritu generoso y sin doblez, en tanto que á Lope alcanzó solamente mengua y rebajamiento, premio merecido de su avilantez y falsedad.

XVI

Exactitud de la fisonomía moral de Cervantes.

La semblanza moral de Cervantes está hecha por Navarrete de mano maestra. Antes que él nadie había escrito tan sentidamente su biografía intelectual y cuanto se refiere á las intimidades de su vida doméstica. Cervantes aparece siempre fidelísimamente dibujado con su propia y peculiar fisonomía, de modo tan natural, por tan apacible sencillez y manera, que siempre se transparentan en el bien acabado retrato los rasgos característicos de su condición generosa y de la hermosura de su alma. Siempre se ofrece á Cervantes tal como fué: cumplido caballero, valentísimo soldado, modelo de buenos patricios, amigo cariñosísimo, denodado en los peligros, fuerte ante los contratiempos, sublime en las desgracias, intrépido en las resoluciones, amante de la verdad, abnegado defensor de lo justo, enemigo de toda ruindad, campeón heroico de todo lo recto y grandioso.

Con mucho acierto reprendió desde la introducción de su libro la desidia de los contemporáneos de Cervantes. Con indignación valerosa por tanta iniquidad, propúsose rehabilitar su buen nombre. No fué ya, desde entonces, explicable la repetición de los juicios arbitrarios. Pudo haber, los hubo, por desgracia, escritores que todavía emitiesen después opiniones adversas al gran Poeta, por comezón de singularizarse, ó por pobreza ó extravagancia de su sentir; pero tales desentonos, en la general armonía de glorificación hacia el Genio complutense, se perdieron en la inmensidad del universal menosprecio; y á este resultado de gloriosa reparación, ningún trabajo cooperó tan positivamente como el realizado por el esclarecido Académico y enaltecido de las proezas de nuestra Marina, pues con su obra dejó para siempre depurado el incomparable mérito intelectual de Cervantes, y sancionó su especialísima y única influencia en la Literatura española y en las literaturas de todas las naciones modernas.

¡Con qué amor tan profundo se lamentó de la incuria é injusticia con que sus coetáneos le miraron! "Causa admiración ciertamente, (dice) que Cervantes, el mayor ingenio de su siglo, cuyos servicios militares en las campañas más gloriosas de su tiempo, fueron sellados con honrosas heridas y cicatrices, y recomendados por los más ilustres caudillos; cuyos trabajos y arriesgadas empresas en el cautiverio, le hicieron res-

petar aun de los mismos bárbaros; cuyas obras y producciones literarias en la paz y en el retiro, han sido y serán la gloria de su nación y las delicias del género humano; Cervantes, valiente é intrépido militar en las batallas, arrestado y generoso entre prisiones y cadenas, ameno, sabio y útil como literato, no pudiese despertar la atención de sus contemporáneos, viviendo en medio de ellos pobre y necesitado, y muriendo oscura y miserablemente, tal vez zaherido de los mismos á quienes había tratado con excesiva indulgencia; y acaso llegando la malignidad á criticar hasta la noble liberalidad y beneficencia con que le sustentaban y socorrían sus Mecenas y protectores. Tal fué la negra ingratitud que oscureció la memoria de Cervantes aun más allá del siglo en que falleció; en el cual se ignoró su verdadera patria, hasta por los mismos que le trataron y conocieron, y parece que se desdeñaron también de transmitir sus noticias á la posteridad, como si ésta, más justa é imparcial, no hubiese de acriminar algún día su negligencia y abandono, procurando vindicarlo y consagrar á su mérito los monumentos más durables y permanentes de estimación y acatamiento”.

Y, como cifra y compendio de su vehemente veneración hacia el Autor del *Quijote*, sintetizó sus juicios en éste tan gallardo epílogo de su producción, que será siempre recordado y leído con aplauso: “Aquél esclarecido español, después de haber derramado su sangre sirviendo á su patria con ardimiento y valor en la guerra, de haberla ilustrado en la paz con obras tan sabias como útiles y agradables, y de haber dejado á los demás hombres tantos ejemplos de virtud en su conducta privada, terminó su vida con la tranquilidad que inspiran la religion y la cristiana filosofía: semejante al Sol, que después de fecundar y consolar con su luz al Universo, desciende majestuoso hacia el ocaso, y parece mayor al declinar la tarde de un hermoso día. Si las pasiones mezquinas de sus contemporáneos estorbaron por algún tiempo que se tributase el honor debido á su elevado mérito, desaparecieron con ellos estas densas nieblas de la ignorancia y de la envidia; y la posteridad, incorruptible é imparcial, ha llevado en alas de la fama el nombre de Cervantes por do quiera que reina la civilidad y el amor á las Letras, para que, siendo en todas partes acatado y aplaudido, se le contemple como uno de aquellos ingenios privilegiados que el Cielo concede de cuando en cuando á los mortales, para consolarlos de su miseria y pequeñez, y á quienes reserva exclusivamente la prerrogativa de ilustrar al mundo, y de influir en la reforma de las opiniones y costumbres de sus semejantes”.

La obra de Navarrete, no sólo tuvo gran significación por lo que representaba su respetable nombre como autor diligente y concienzudo, sino también, muy especialmente, por haber sido publicada por la Real Academia Española con la cuarta edición del *Quijote*, tan correcta y notable como las anteriores, que hizo el año de 1819. Habíase propuesto la sabia Corporación reimprimir las obras de nuestros clásicos en ediciones cómodas y decentes, al alcance de todas las personas estudiosas; y se eligió el inmortal libro de Cervantes para inaugurar el proyecto, con lo cual se declaró, de manera oficial y definitiva, que en esa obra se contenía el texto más puro de nuestro idioma y se consideraba á su Autor como el primero y mejor de nuestros hablistas. Creía muy acertadamente la Academia, que la reproducción de las obras clásicas de la Literatura castellana, “era el medio más eficaz de mantener la pureza del habla común y precaver los daños de los resabios extranjeros que iban desfigurando más cada día nuestro idioma”. Propósitos altamente patrióticos que tuvieron evidente buen éxito, por la mucha circulación que lograron, así la preciosa reimpresión del *Quijote* como la *Vida* de Cervantes que la acompañaba.

XVII

Estudios Cervánticos después de Navarrete.
Nueva “Vida de Cervantes”,
por D. Buenaventura Carlos Aribau.

Nada comparable á la *Vida*, de Navarrete, ni aun de lejos, pudieron presentar en muchísimos años los peritos en los estudios sobre Cervantes. Por espacio de más de veinte, limitáronse los editores de nuevas reimpresiones, tanto en España como en el extranjero, á copiar, extractar ó compendiar lo dicho por el benemérito escritor. Los trabajos de Viardot, Arrieta, Bastús, Mor de Fuentes, Clemencin, y otros, nada añadieron de verdadera novedad á lo que por aquel biógrafo quedó aclarado y sostenido.

Hasta veintisiete años después, en 1846, no se ofreció en lengua castellana otro trabajo original que historiase la vida de Cervantes. El nunca bastante encomiado D. Manuel de Rivadeneyra, el editor español á quien más deben nuestras glorias literarias del gran Siglo de Oro, había concebido una idea feliz, que puso luego por obra en honor de las Letras patrias y con eterno agradecimiento de todos los hombres ilustrados.

Su magnífica empresa nacional ha inmortalizado su nombre. La *Biblioteca de Autores españoles* que emprendió, quiso Rivadeneyra empezarla con la reimpresión de las obras de Cervantes, prerrogativa especial otorgada al soberano Artífice del *Quijote*, en lo que siguió el camino iniciado por la Real Academia Española desde 1819, aunque ampliando extraordinariamente el pensamiento con la entusiasta cooperación de los muchos literatos de nombradía que entonces brillaban por el talento y la erudición.

Encargóse de la biografía de Cervantes, para la nueva edición de todas sus obras, á excepción de las *Comedias* y los *Entremeses*, D. Buenaventura Carlos Aribau, literato de exquisito gusto, muy conocedor de los escritos del celebrado ingenio y muy admirador de sus virtudes y prodigiosa inteligencia. El trabajo de Aribau es un resumen, pero bien hecho y briosamente escrito, de la minuciosa labor de Navarrete. Los pensamientos están expresados con gallardía y concisión; las observaciones son, en su mayor parte, acertadas; juiciosos los dictámenes; razonables los reparos; atendibles las indicaciones. El todo resulta un elogio crítico digno de Cervantes con toques originales en la exposición y forma.

Aribau tuvo presente, además de los trabajos biográficos anteriores á él, en especial el de Navarrete, un manuscrito inédito de D. Agustín García Arrieta, que le proporcionó el eminente Hartzenbusch, del que aprovechó noticias ó indicaciones. También le facilitó el gran poeta Don Manuel José Quintana, el original de la nueva biografía de Cervantes, que tenía escrita, y había de formar parte de su estimadísima colección *Vidas de Españoles célebres*. Aribau tomó algunas ideas de ella, sin que perdiera en modo alguno su composición un caracter especial de independencia y de propio criterio. Allí donde nada nuevo pudo presentar, esparció brillantez sobre el relato con lo acertado de los juicios y la sobriedad galana de su lenguaje.

Tiene su obra muchos trozos elocuentes, que son dignos de la gran personalidad á cuyo ensalzamiento se encaminaba. La descripción de los trabajos, angustias, heroicos actos y vicisitudes del cautiverio, está hecha con gran maestría y vigorosa entonación; y al señalado interés dramático de los hechos, júntanse una tersura de expresión tan adecuada y un modo tan sentido de referir sus infortunios y realzar la majestuosidad de la figura, que agradan sobre manera por el buen gusto y la perfección. Al ocuparse en los sucesos más culminantes de la existencia del gran Escritor, siempre lo efectúa con acierto, siempre interesa al lector, siempre tiene rasgos

felices. Bastante deficiente en la crítica de las obras literarias de Cervantes, es notable, sin embargo, en sus apreciaciones sobre el *Quijote*. Acerca del proceso que se formó á Cervantes en Valladolid, dijo muy poco, como si intentara seguir el plan, adoptado por Navarrete, de dejar envuelto en las nebulosidades del misterio cuanto á la aclaración de tan importante asunto pertenecía.

Aribau fué el segundo que, por indicaciones del sabio propagador de los libros más excelentes de los pensadores protestantes españoles, Usoz del Rio, restituyó su primitiva pureza al texto del *Quijote*, en aquel pasaje, suprimido por la Inquisición en 1615, donde se decía que "las obras de caridad que se hacen floja y tibiamente, no tienen mérito ni valen nada". Él hizo notar también el engaño en que todos estaban respecto de haber fallecido Cervantes y Shakespeare en el mismo día; error de la opinión común que quedó para siempre desvanecido, con sólo recordar que, en Inglaterra era 12 de Abril de 1616, cuando en España 23, por haber adoptado nuestra patria la corrección de los tiempos, hecha en 1582, por el papa Gregorio XIII, en tanto que Inglaterra y los países protestantes y cismáticos no la siguieron, por terquedad, hasta muchísimos años después.

Las treinta y cuatro páginas que componen el bosquejo biográfico de Aribau, son, finalmente, de un mérito superior y no se puede prescindir de su lectura, ni escatimarle elogios, en un trabajo crítico, como el presente, donde se examinan con imparcialidad todas las *Vidas de Cervantes*, merecedoras de cita, escritas en castellano.

D. Buenaventura Carlos Aribau coronó su excelente opúsculo publicando una poesía inédita de Cervantes, dirigida al Conde de Saldaña, de bastante curiosidad y no pequeño realce, para darnos á conocer las relaciones que existieron, al comenzar el siglo XVII, entre aquel magnate y el humilde y desatendido Escritor. Esa poesía estaba en poder del ilustrado literato catalán D. Juan Cortada, y era copia, al parecer, del original del mismo Cervantes, aunque ésto no se halla del todo confirmado.

Á Rivadeneyra y Aribau se debió, con su edición de 1846, la primera colección de todas las obras de Cervantes en un solo tomo, á excepción de las *Comedias* y *Entremeses*, lo cual sirvió de mucho para divulgar, de manera para entonces muy económica, los prodigiosos escritos del creador de *Don Quijote*.

Sensible ha sido para todos los amantes de los buenos estudios que, como prometía Aribau, no

se reimprimiesen en ninguno de los tomos sucesivos de la *Biblioteca*, las composiciones dramáticas de Cervantes, algunas tan preciosas.

XVIII

"Vida de Cervantes" por D. Manuel José Quintana.
Publicóla Rivadeneyra
en un tomo de su "Biblioteca".

A los pocos años de circular la *Vida de Cervantes*, por Aribau, publicó la suya Quintana. Desde su primera juventud había emprendido la tarea, altamente patriótica, de historiar la vida de muchos españoles célebres. Puede decirse que fué de sus primeros ensayos en este género, el trabajo que escribió en 1797, y se puso al frente de la edición del *Quijote*, hecha aquel año en la Imprenta real, en alabanza de Miguel de Cervantes. Aunque escrito con gallardía, contenía multitud de defectos, cosa natural si se atiende á los pocos años del autor. El cual, con desenfado igual á su inexperiencia, emitió varias veces los juicios más atrevidos, aparte del boato declamatorio que campeaba en la mayor parte de los párrafos, y le daban un tono de presunción empalagosa.

Habiéndose publicado después las notables producciones de Pellicer y Navarrete, el ensayo de Quintana quedó olvidado, pues era de escasa significación si se comparaba con las obras de los dos cervantistas mencionados. Quintana no abandonó, sin embargo, nunca su propósito de mejorar la primitiva composición, para que fuese digna del preclaro hijo de Alcalá, á quien adoraba; y siempre pensó en incluir su nueva biografía de Cervantes entre las *Vidas de españoles célebres*.

Las alteraciones y vicisitudes que agitaron su existencia por espacio de más de treinticinco años, impidieron la publicación. Afiliado en las huestes que defendían las ideas progresivas desde los tiempos de Carlos IV, la Revolución francesa le fué grata en cuanto tenía de grandiosa y justiciara; y, cuando invadió el ensoberbecido Napoleón con sus ejércitos á España, sin dejar de comprender que la influencia de las nuevas doctrinas serían fundamento de reformas y mejoramientos sociales para los pueblos, llevado del amor santo de la patria que enfervorizaba su alma, con aquella potentísima y célica inspiración que Dios le había concedido, se convirtió en el gran poeta nacional, y sus *Odas* inmortales, que renovaron, y algunas veces excedieron,

las más esplendorosas galas de nuestra Lírca, obraron tales prodigiosos entusiasmos en los pechos de sus compatriotas, que ellas por sí solas contribuyeron tanto con la sublimidad de sus incomparables estrofas, como pudieron influir las arengas populares, las alocuciones de los generales, las creencias religiosas, ó las pasiones desbordadas y los odios á muerte de las muchedumbres, en aquellos momentos de profunda conmoción de los espíritus, en que cada español se trocaba en un héroe para salvar la adorada patria de las garras de los opresores. Llamóse á Quintana el Tirteo de España, y no sin razón, pues su musa produjo casi milagros para conseguir la victoria decisiva en aquella contienda titánica.

Las ideas liberales que profesaba con gran sinceridad el majestuoso poeta, le atraieron muchas enemistades. Especialmente, en los períodos de reacción, después del sistema absoluto implantado por Fernando VII desde 1814, su vida estuvo expuesta á multitud de malvadas persecuciones, que no le dejaban un momento de sosiego. Después del triunfo de la tiranía sobre la democracia, en 1823, fueron también años de amargura y mortificación los que se siguieron para Quintana hasta la muerte de Fernando. Cuando el déspota falleció, el ilustre poeta nacional por excelencia, estaba rodeado de una aureola de gloria, que esclarecía, no sólo á España, sino que dilataba sus fulgores, con universal admiración, por todos los pueblos cultos.

Quintana pudo desde entonces dedicarse, con la tranquilidad necesaria, á sus estudios preferentes. En el reinado de Isabel II, de la que había sido preceptor, llegó á un punto increíble la veneración con que se le miraba. Unánime la opinión en reconocer sus imponderables merecimientos, ya como gran patriota, ya como insigne crítico, ya como hombre de intachable vida, ya como maravilloso poeta, los políticos respetábanle, honrábanle las Academias, amábanle los pueblos, celebrábale la prensa, rendíanle homenaje de sumisión los doctos; y la admiración nacional coronaba al Poeta, por mano de su regia discípula, como premio único y excepcional, debido á la realeza soberana de su patriotismo y de su inspiración.

Fué pocos años después de esta glorificación magnífica, cuando apareció la *Vida de Cervantes*, aumentada y corregida por él. Queriendo Rivadeneyra contribuir á las generales muestras de afectuosa consideración que el gran nombre de Quintana despertaba universalmente, se propuso publicar, en un tomo de su ya famosa *Biblioteca*, todos sus escritos en prosa y verso, coleccionados, como tributo de su veneración al

varón esclarecido, y para enseñanza de todas las personas amantes al estudio. Este homenaje á Quintana, era tanto más digno de perpetua alabanza y recordación, cuanto que constituía una novedad en la marcha trazada, pues la *Biblioteca de Autores españoles*, sólo había reimpresso, y se proponía reimprimir, cuantas obras clásicas se publicaron desde la formación del lenguaje castellano hasta el siglo XVIII, y nunca de autores contemporáneos, por mucha que fuese su nombradía.

XIX

Superioridad literaria de la "Vida de Cervantes" por Quintana.

Pocas páginas forman la biografía de Quintana; no llegan más que á quince en el tomo de la *Biblioteca*, que contiene todos sus escritos; pero son páginas de oro acendrado y purísimo, que, entre todos los trabajos dedicados al estudio y alabanza de Cervantes, se distingue por su preciado realce literario, agudeza de juicios y excepcional dominio para percibir y patentizar bellezas. Es un estudio sintético, hecho con mucho esmero y primor. D. Antonio Ferrer del Rio, el insigne historiador y crítico, en el elogio que hizo de las producciones del egregio vate, y antecede á la colección, dijo que la *Vida de Cervan-*

tes, "es superior á cuantas se han escrito de aquel grande hombre". La afirmación es cierta, aunque sólo relativamente; pues si bien resulta deficientísima, comparada con las de Pellicer y Navarrete, en cuanto á noticias y pruebas documentales, en orden á su mérito literario, fué hasta su tiempo la más excelentemente escrita.

Quintana, grandioso é inimitable poeta, componía en prosa de manera gallarda, concisa y enérgica, que llegaba á las formas más elocuentes y majestuosas cuando el sujeto lo requería. Su privilegiadísima imaginación creadora, fecunda en imágenes, producía nuevos seductores giros, nuevos modos de expresar las ideas sobre asuntos ya tratados por otros autores, nuevos caminos de acierto para juzgar y admirar al gran varón y sus libros. Mirada á esta luz, la labor de Quintana es insuperable. Nadie supo sentir tan profundamente como él cuanto dijo para enaltecer al primer Escritor patrio, á quien tenía levantado altar de adoración en su alma. Nadie con mayor autoridad que él, para comprender y abarcar en todo su conjunto y en toda la sublimidad de su hermosura y perfección, las magnas prendas inventivas del inmortal Autor del *Quijote*. El gran Poeta de la prosa fué dignamente juzgado por el gran Artista de la Poesía. Ambos inmortales, ambos Genios, ambos glorias de España. Cervantes, admiración del siglo XVII; Quintana, prodigioso asombro del siglo XIX. (1)

(1) He aquí el magnífico trozo de elocuencia con que termina Quintana su *Vida de Cervantes*:

"La indiferencia de su siglo, que pudo envolverle en esta triste oscuridad, no podía del mismo modo sepultarle en el olvido, y la posteridad, mucho más justa, ha sabido desquitarse con ilimitada profusión de aquellos indignos desaires. Nosotros vemos ahora, con igual satisfacción que maravilla, reunidas en él las prendas más honoríficas de la especie humana, así como, en el conjunto de los acontecimientos de su vida, contemplamos un espectáculo, el más propio para excitar la curiosidad y para ocupar la observación.

Los infortunios de su juventud son llevados á colmo por su cautiverio en Argel. Allí, puesto en franquía, por su misma desventura, de toda traba y respeto social, y considerándose, á despecho de sus cadenas, libre y dueño de sí mismo, se pone en guerra abierta con los bárbaros que le oprimen, y no cesa un momento de conspirar denodadamente para dar libertad, no sólo á sí propio, sino también á sus amigos y compañeros. Al paso que los proyectos atrevidos de evasión se repiten por él con más arrojo, los peligros se amontonan sobre su cabeza, y los sacrificios que su misma actividad le prescribe, le hacen cada vez mayores, y ni su audacia se abate, ni su generosidad se cansa, aunque la flaqueza y perfidia de sus cómplices le venda, aunque la ferocidad de los piratas mortalmente le amenace, aunque una desgracia fatal rompa y desbarate todos sus designios. Cinco años pasan así, luchando sin cesar con su mala suerte, conservando, en medio de tantos afanes y cuidados, sereni-

dad bastante para hacer oír la dulce voz de las musas en aquella inculta región, distrayendo y consolando con ella á sus compañeros de servidumbre, y siendo un modelo de amistad y cortesanía con ellos, como de ardiente entusiasmo para su patria.

Vuelve, en fin, á España, y su alma, echada otra vez en el molde estrecho de la sociedad antigua, y comprimida por las leyes, por las costumbres y por la etiqueta, parece que pierde aquel resorte de actividad y osadía que tan señalado le hizo en África. Pero, lo que fué allá entre los bárbaros por su arrojo, lo será aquí entre los españoles por su talento. Él se alzará entre los demás como un gigante, y dará á la lengua y Literatura castellana su más inestimable joya. El Estado desatenderá sus servicios; los hombres de letras, no sólo desconocerán su preeminencia, mas ni aun querrán tratarle como á igual; la pobreza y la estrechez le hostigarán toda su vida, y, en medio de una vejez menesterosa, la muerte le asaltará con una enfermedad larga y mortal desde su principio. Mas el temple enérgico de su alma no se desmentirá en estas pruebas, y Cervantes será siempre Cervantes. El mundo ideal creado por su imaginación brillante y risueña, le consolará de los amargos desabrimientos del mundo real en que vive: el genio de la gracia y del donaire le cubrirá con sus alas hasta en los últimos momentos, y, dándole á beber el presentimiento delicioso de la inmortalidad, le hará más rico y feliz que jamás lo fueron sus ingratos y altaneros contemporáneos.

Hubo, sin duda, entonces, y las memorias del tiempo nos

Quintana, con franqueza que le honra, fué el primero en confesar los defectos de sus primitivos bocetos acerca de Cervantes. Advirtió que su opúsculo de 1797 era una noticia demasiado sucinta, y, por su tono de declamación y la considerada ligereza de sus censuras, daba á entender bien claro los pocos años que entonces tenía su autor. Su antiguo trabajo salió, pues, en la colección de Rivadeneyra, como él mismo hizo constar, ampliado, rectificado y casi refundido del todo. Quintana, sin embargo, no quiso componer una obra extensa; sólo se propuso hacer un compendio de todo lo dicho y averiguado hasta sus días. Con la sinceridad que solía proceder siempre, ya indicó él que "la noticia presente" (su excelente *Vida*, aumentada y corregida) no era más que un resumen de lo que habían escrito Mayáns, Rios, Pellicer y Navarrete, especialmente los dos últimos; por más que "en lo demás (son sus mismas palabras) hay la diversidad indispensable y necesaria entre quienes se ocupan de un mismo objeto, pero con diferente gusto y diferentes principios".

Quintana no era partidario de que se rebuscasen más noticias para ilustrar con ellas los trabajos biográficos de Cervantes, y con toda claridad censuró, sin mentarlo, á Pellicer, por su afán noticiero, cuando dijo que más valdría poder averiguar un dato ó un indicio que nos diese idea de la semblanza moral y del carácter íntimo del Escritor, que haber sabido las gallinas que le llevó en dote su mujer. La opinión de Quintana, en este punto, era más arbitraria que justa, como lo fué también la de su antagonista, el gran filólogo Capmani, cuando, como disgustado de las muchas indagaciones y estudios que se hacían acerca de Cervantes en el último tercio del siglo XVIII, dijo que no sabía qué había que saber más sobre un autor de comedias y novelas. Capmany y Quintana se equivocaban lastimosamente. Pellicer fué muy digno de aplauso por

sus tareas, igualmente que Navarrete. Sin ellos, la vida de Cervantes estaría aun reducida al imperfectísimo conocimiento que de ella se tenía hasta que escribió Mayáns. Ningún documento, ningún indicio, ningún apunte, ningún rastro, por insignificante que sea, puede echarse á un lado ni ser mirado con menosprecio, al hablar de los varones insignes. Todos sirven, todos valen y representan mucho para conocer perfectamente sus actos y penetrar en las profundidades de su vida particular y pública. Sin estas indagaciones, sin estos recursos, sin estos auxilios de la erudición, no se podría nunca formar exacto juicio de las perturbaciones y desgracias que siempre agitaron su existencia, y les hacen más sublimemente gloriosos por la entereza con que supieron luchar en medio de todos los contratiempos, y llegar á la cúspide del renombre salvando tantos obstáculos como les oponía su adversa suerte.

Tan enemigo era Quintana de hacer nuevas indagaciones sobre la vida de Cervantes, que le parece poco oportuno que Pellicer se detuviese algún tanto en extractar el famoso proceso de Valladolid, del que poseyó una copia. En opinión del célebre poeta, "nada hay en aquella causa que nos le haga conocer más bien; y siendo este triste incidente de tan corta importancia para su vida civil, de ninguna para su carrera literaria, excusado era, por cierto, extenderse en ella tanto, y bastaba indicarla ligeramente". "Yo no sé (añade) si él agradeciera mucho que saliesen á la plaza del mundo semejantes pobreza".

Quintana padecía en esto evidente error. En nada puede, ni ha podido ni podrá nunca, amenazar la hermosa personalidad de Cervantes, cuanto en contra de su honra y la de su hija aparezca en las páginas del proceso. Si algo resulta en ellas, con perfecta claridad evidenciado, es la malvada conducta de una viuda, beata, de lengua de escorpión, que quizás por odio personal hacia D.^a Isabel de Saavedra, calumniábala

lo dicen, vanos pedantes, doctores desdeñosos, que le calificaban de *ingenio lego*, para denotar la grande diferencia que había de ellos á él; considerándole así como un romancista vulgar, propio, á lo más, para entretener ociosos y hacer reír en un libro. Esto en el mundo literario; porque en el civil, sin que documento ninguno del tiempo nos lo diga, necesariamente era peor. ¡Qué de veces, presentándose en las casas de los próceres del mundo ó de los opulentos publicanos, se le haría esperar largo tiempo en la antesala y se le recibiría como un importuno! ¡Cuántos no serían los que le negaban su lado en la plaza, los que esquivaban su saludo en la calle! Y, si preguntamos ahora por estos hombres nulos y soberbios, si vamos á saber cuándo existieron, ó si existieron, por ventura, alguna vez, no hallaremos más que el profundo olvido en que yacen, y del que no se levantarán

jamás, como si nacidos no fueran; mientras que aquel soldado pobre y desvalido, aquel escritor desairado, vive y vivirá en la memoria y admiración de las gentes con una gloria resplandeciente y sin fin.

Para conocer sus facciones se multiplican las estampas, las medallas, las estatuas; para ilustrar su vida, las investigaciones, los discursos, los elogios; las ediciones del *Quijote* se suceden á las ediciones, y la magnificencia de las nuevas eclipsa el lujo brillante de las antiguas. El libro presenta cada día nuevas fuentes de agrado y placer, y cada día los hombres, más reconocidos y justos, añaden nuevas palmas y coronas á su incomparable Autor. Rara, honorífica porfía y, al mismo tiempo, lección sublime, donde debemos aprender que, si el tiempo presente le disfrutaban la fortuna y el poder, la posteridad es toda para el ingenio y para la virtud."

miserablemente y hasta daba á entender la muy taimada que su padre era encubridor, tercero y consentidor y confidente del amancebamiento de su hija. Querer ocultar esto, por hipócrita temor de herir los castos oídos, sí que era peligroso y ocasionado á formar los más temerarios juicios. Estudiar detenidamente dicha pieza judicial, hacerla pública al pie de la letra, examinar minuciosamente y con imparcialidad su contenido, ver quién hizo la acusación difamatoria, y la manera y forma de efectuar y tramitar las actuaciones, penetrar los misterios del sumario, y fijarse en el orden y marcha de la indagación de la Justicia; eso era lo que precisaba hacer, y eso hemos hecho nosotros por vez primera, publicando íntegro el proceso, notando sus deficiencias, poniendo de relieve sus errores, censurando lo apasionado de los fallos, la arbitrariedad de las sentencias, la maldad ó torpeza de los alcal-des de casa y corte, quienes procedieron movi-dos del interés, del favor, de un espíritu de ini-quidad odioso y repulsivo, ageno por completo á la integridad augusta de la Ley.

XX

Nada hay ofensivo para Cervantes en el
"Proceso de Valladolid".

Ha sido contraproducente ocultarlo.

Nada existe, absolutamente nada, que sea ofensivo para la dignidad y acrisolada honradez de Cervantes, en el proceso. Muchos cargos pueden hacerse, sí, á los alcaldes de casa y corte por la ligereza y hasta mala fe con que proce-dieron. Porque la verdad de todo fué, que por influencias de personajes de alto rango, por no perseguir ni molestar al probable matador de D. Gaspar de Ezpeleta, cosa que el instructor del sumario, Cristobal de Villarroel sabía casi con certeza, se torció la investigación judicial, y se le dió nuevo sesgo, con infamia escandalosa, valiéndose del pretexto de los supuestos amores ilícitos de D.^a Isabel de Saavedra con el asentis-ta Simón Méndez. Es decir, que con aquel pro-ceder tan inícuo, se salvó á un homicida y se quiso manchar la limpia reputación de una fami-lia honrada.

Si Cervantes viviera, no vería con desagra-do, como indica Quintana, que se sacasen á la luz del mundo tales pobreza. Al contrario, lo hubiera aprobado con su más cumplido asenti-miento; como que sólo con la íntegra y fidelísima publicación de aquel documento judicial, según

hemos efectuado nosotros, podía patentizarse lo villano del propósito, y quedar el nombre respec-table de Cervantes, y el honor amancillado de su hija, limpios y resplandecientes en la opinión pú-blica, confundida la calumnia y triunfante para siempre la verdad.

Las pobreza, y hasta miserias, que se tras-lucen en cada folio del proceso, no revisado ni estudiado por Quintana, palabra por palabra y punto por punto, como nosotros hemos hecho, en nada logran denigrar á Cervantes: su pundonor queda á salvo; su honra de caballero, incólume. Esas pobreza y esas miserias caen todas, para envolverlos en el cieno de sus bajezas, sobre aquellos alcaldes de casa y corte, cuya prosopo-peya y amor á la justicia no llegaban á más que á perseguir inocentes y dejar sueltos é impunes á los verdaderos criminales. Todo esto ha de ser tratado más largamente en los lugares corres-pondientes de nuestra obra, y allí remitimos al lector. Nos basta con dar aquí una somera noti-cia de estos particulares, para defensa de nues-tro intento y determinación, opuestos á lo que pensaba sobre ellos Quintana.

La ocultación sistemática del proceso de Va-lladolid, fué siempre de contraproducentes resul-tados; dió margen á suposiciones absurdas; es-parció falsedades, que todavía tienen arraigo aun en personas ilustradas, las cuales, al pare-cer, debieran sobreponerse á las equivocaciones sancionadas ó á los juicios dictados por la lige-reza, la imprudencia y la ignorancia. Hasta se ha tomado como arma de hostilidad lo que en el proceso se dice, para realzar al Cervantes de la Mancha contra el Cervantes de Alcalá. En esa contienda apasionada, hoy fallada en definitiva y sin apelación, hasta se ha querido menospreciar al gran Autor del *Quijote*, como persona de poca nobleza y generosidad de ánimo, aduciendo la causa que se le formó en Valladolid, como dato que desdora su memoria, por considerársele cual asesino de Ezpeleta porque galanteaba á su hija. Es hasta donde puede llevarse, no ya la ligereza ni la irreflexión, sino la más desatinada manera de raciocinar.

Aun suponiendo, pues no puede pasar de me-ra sospecha lo que se dice de haber sido Cervan-tes el matador del caballero Ezpeleta; todavía, en este nuevo aspecto que se dá al proceso, no resultaría lo más mínimo contra Cervantes. Por-que si llegó á su conocimiento que D. Gaspar galanteaba á su hija, con menoscabo de su buen nombre, y trató de impedir que siguiese en sus vanos pensamientos, no fué él verdaderamente el responsable de lo que sucedió, sino quien pro-vocó con su obstinación el lance, y, amonestado

del ofendido, quiso á todo trance continuar en su imprudencia.

Era punto de honra para Cervantes defender á su hija de las asechanzas de un aventurero de amores. Es decir, que si se probara que Cervantes fué el que acometió é hirió mortalmente á Ezpeleta, porque no se quiso ir de donde estaba, en espera de alguna aventura, y más si creyó que se trataba de su hija, antes que censuras, merece el respeto de todas las personas bien nacidas; pues á obrar así, le autorizaban de consuno las leyes del honor, la reputación de una doncella desvalida, la tranquilidad del hogar y las mismas costumbres de su tiempo. No por tan nobles causas, eran muy frecuentes entonces los casos trágicos en calles y plazas, entre pretendientes y ofendidos de solteras y casadas, entre hermanos y galanes, ya instigados de los celos, ya quejosos de desdenes, ya propuestos á impedir las relaciones amorosas, aunque lícitas, entre los cortejantes y las prendas amadas de su corazón.

XXI

El proceso sirve de mucho para aclarar hechos y noticias acerca de Cervantes.

Es muy de extrañar, por otra parte, que Quintana mirase con cierta indiferencia despectiva el proceso, juzgando que carecía de real importancia para la vida civil de Cervantes, y no tenía ninguna en lo relativo á su carrera literaria. Quintana no estudió este asunto con su circunspección acostumbrada, y por eso emitió parecer tan mal fundado. Precisamente, el proceso de Valladolid es uno de los documentos más valiosos que se han descubierto, para el exactísimo conocimiento de la vida del inmortal Escritor en un período determinado de su existencia azarosa.

Por el proceso se nos abren las puertas de su cuarto en Valladolid, penetramos en los secretos del hogar, sabemos cuáles eran sus medios de vida, qué personas formaban en 1605 su familia, quiénes eran sus amigos, sus clientes y sus visitantes. Por el proceso supimos las primeras noticias acerca de la hija natural de Cervantes. Por el proceso conocemos, como si lo viésemos hoy mismo, el cuadro doméstico de Cervantes, la unión de todos, después de su vuelta de Andalucía, esposo, mujer, hija, hermanas y sobrina bajo el mismo techo, y bajo la protectora égida del jefe, todo generosidad, todo grandeza de ánimo, todo cariño sublime.

¿Qué más? Hasta nos constan por el proceso los hábitos y costumbres de aquella familia, en qué se ocupaban, sus distracciones, sus relaciones con los vecinos, la estrechez en que vivían, y hasta sus visitas á los templos, horas en que las efectuaban y si solían salir las mujeres acompañadas ó solas.

Sin el proceso hubiéramos ignorado la existencia de aquella hermana de Cervantes, de profesión beata, llamada D.^a Magdalena Pacheco de Sotomayor, hija legítima de los mismos padres de Miguel, á pesar de llevar apellidos distintos, quizás por recuerdos sagrados de familia, que hasta ahora se ignoran; aunque, en todo lo demás referente á esta señora, se han publicado los años pasados curiosísimos pormenores, lo mismo que acerca de D.^a Isabel de Saavedra, en el tomo primero de *Documentos inéditos* que descubrió la clarísima laboriosidad del ilustre cervantista D. Cristobal Pérez Pastor.

Y si para la vida civil y doméstica de Cervantes existen en aquella pieza judicial tan preciosos materiales, tampoco faltan algunos datos de gran valor en orden á su carrera literaria y en relación con escritores y amigos suyos. Gracias al proceso, podemos asegurar, sin duda ni vacilación, que Cervantes concluyó, revisó y perfeccionó en Valladolid el manuscrito de la primera parte de su *Don Quijote*, quizás comenzado cuando estuvo preso en la carcel de Sevilla. Gracias al proceso, logramos la fiel noticia de la casa donde vivía Cervantes en la capital de Castilla la Vieja, cuando salió á la luz del mundo el más famoso y celebrado de sus libros. Gracias al proceso, podemos afirmar algunos datos relativos al notable poeta Pedro Laínez y á la familia del cronista Esteban de Garibay, y la mutua estimación con que se correspondían la de éste y la de Cervantes. Gracias al proceso, por último, adquirimos la firme y triste convicción de que Cervantes atravesaba una situación angustiosa en Valladolid, y que, además de sus tareas literarias, precisábale recurrir, para encontrar medios con que atender al sostenimiento de su numerosa familia, á comisiones ajenas de sus grandes méritos, desconocidos por completo en la plenitud de la privanza de Lerma.

XXII

La crítica moderna se opone al criterio de Quintana.
Un ejemplo notabilísimo.

La erudición y crítica modernas, adoptando moldes más amplios y generales para las biogra-

fías de los claros varones, no se circunscriben con rigurosa uniformidad de método, como quería Quintana, á referir sólo lo que puede realzar su gloria, con exclusión de cuanto en lo más insignificante empañase su buen nombre. Y no por eso quedan rebajadas las majestuosas figuras de los hombres esclarecidos en hechos y Letras, aunque se saquen al público algunos actos de su vida que desdigan del superior concepto que de ellosuviésemos formado con anterioridad. Porque si, como talentos descollaron sobre sus contemporáneos, como hombres estuvieron expuestos á las mismas pasiones y flaquezas, defectos y vicios que todos los humanos en general.

Hoy no se considera nada ocioso ó de poco momento en la vida de los grandes escritores, siempre que sirva para darnos á percibir, comprender y profundizar los más nimios incidentes de su existencia, aunque revelen casos y particularidades que parezcan, ó sean realmente, ofensivos para su buena opinión. La indagación en este sentido, se ha difundido de modo sorprendente; y ya no nos contentamos con saber lo mismo que supieron de cada autor sus coetáneos ó la más cercana posteridad. Queremos descubrir cuanto con él se relaciona, no sólo como literato, sino como hombre; no sólo en su vida pública, sino, con preferencia, en su vida particular é íntima. Queremos analizar sus acciones, adivinar sus pensamientos, examinar sus móviles, fiscalizar sus actos, descifrar los enigmas de sus impulsos, conocer con toda exactitud hasta las más ocultas causas de sus amores, odios, felicidades ó tristuras en sus agitaciones domésticas. Queremos, en suma, fotografiar, digámoslo así, la fisonomía moral, intelectual y física de la personalidad inmortalizada, á fin de que se vea su acabadísimo retrato, no sólo en lo aparente, no sólo en un aspecto especial de sus determinaciones, sino con toda la perfección posible en todas las fases de su vida, como análisis psicológico de su ser, como explicación vivísima de sus inclinaciones y afectos.

Un ejemplo notabilísimo de esta clase de trabajos, es la biografía de Lope de Vega, escrita por el sabio bibliógrafo D. Cayetano Alberto de La Barrera. Con profundísimo conocimiento de cuanto se refería al incomparable Dramático, no sólo historió con lujo minucioso de pormenores todo lo concerniente á su inmensa labor literaria, sino que ahondó en las intimidades de su vida hasta un punto incomprensible. La colección de cartas, dirigidas por Lope á su protector el Duque de Sessa, examinadas y anotadas por él con muy sagaces observaciones, diéronle motivo para rehacer y llevar á lo más exacto y gráfico

los relatos biográficos antes conocidos acerca de Frey Lope Félix de Vega Carpio. Los lances amorosos de su turbulenta y loca juventud, quedaron fidelísimamente descritos y demostrados con testimonios irrecusabilísimos de sus propias obras, tan ricas en datos autobiográficos de palpitante interés. La Barrera no cejó en su empresa, á pesar de los escrúpulos que habían de tener algunas personas de que se hiciesen públicas ciertas interioridades de su vida de galanteador, favorecido de damas y comediantas.

Hay un período en la existencia de Lope que era desconocido del todo. La Barrera lo pintó con suma viveza de colorido. Ya ordenado Lope de sacerdote, y anciano, le llevaron al delirio de los amores impuros su espíritu soñador y la belleza sobrehumana de una mujer casada, que se llamaba D.^a Marta Nevares Santoyo.

De las relaciones adúlteras entre ambos, nació una hija, á quien Lope adoraba con todas sus potencias.

El marido se divorció de su esposa y murió cruelmente abandonado de ella. Lope siguió viviendo sacrílega é ilícitamente con la viuda. Hay infinidad de cartas de Lope, donde descubre á su confidente y Mecenas las cosas más delicadas de aquel trato tan íntimo y de tan larga duración entre dos almas que se amaban con pasión avasalladora. Lope conservó siempre en su corazón odio inextinguible al pobre hombre á quien deshonró con sus procederres indisculpables, y menos en un sacerdote, que todos los días celebraba el santo sacrificio de la Misa. Hasta escribió, en la dedicatoria de una comedia suya á su manceba, un ultrajante recuerdo á la memoria del muerto, alegrándose de su presto fin.

Todas las peripecias de esta historia amorosa, que exceden á las situaciones más extraordinarias que pudiera fingir la fecunda imaginación de un novelista, formaban un conjunto tan repugnante, lascivo y licencioso, que se juzgó conveniente suprimirlo en la magnífica obra de La Barrera. Había sido ésta premiada en uno de los concursos abiertos por la Biblioteca Nacional, año de 1864; mas se suplicó al autor que suprimiese todo lo referente á los amores de Lope con D.^a Marta, si quería que se le otorgase el premio. Pero, con mejor acuerdo, al publicar la citada biografía la Real Academia Española, en su colección de obras de Lope de Vega, que emprendió, y continúa patrióticamente, desde 1890, ha impreso el precioso y completísimo trabajo, sin suprimir nada, con gran discreción y acierto; pues tarde ó temprano todo se habría de saber, y ya adelantó desde el año de 1876 noticias muy interesantes sobre el mismo particular un distin-

guido escritor, bajo el anagrama de D. José Ibero Ribas y Canfranc.

Hemos recordado todo esto, para justificar nuestro criterio y procedimiento en lo relativo al proceso que se siguió á Cervantes en Valladolid, y Quintana deseaba que no se hubiese publicado nunca.

XXIII

Pequeños lunares y grandes bellezas de la obra de Quintana.

Llegó á verdadera manía el prurito de Quintana por no conceder importancia á la mayor parte de los nuevos datos que, para ilustración de la vida de Cervantes, aportaba la investigación de los eruditos. En su dictamen, "la Información sobre el cautiverio de Argel, es el único documento que merecía conocerse de cuantos la curiosidad diligente de los aficionados á Cervantes ha logrado desenterrar en estos últimos tiempos".

Cuando estas prevenciones contra los laudables esfuerzos de los eruditos, no animaban á Quintana, su obra resulta siempre dechado de cordura, de acierto y delicadísima observación. Acerca del carácter de Cervantes, emitió consideraciones muy sensatas y achacó á la noble franqueza con que escribió lo desgraciado de su vivir, su desamparo y enemigos que tuvo. Disertó con mucha rectitud sobre la supuesta benévola correspondencia amistosa entre Lope y Cervantes, y patentizó, con razones irrefutables, que hasta en los elogios del primero al segundo siempre se oculta la indiferencia ó se habla sin verdadera estimación, sino por decir algo, como de cumplimiento. Tenía esto tanto mayor mérito, cuanto que aún no se habían publicado los importantes papeles, cartas y documentos, que han revelado después, con toda claridad, lo poco afecto que fué siempre Lope de Vega á Cervantes.

En el juicio crítico que hace Quintana del *Quijote*, resplandece su penetración y buen gusto, y debe tenerse muy en cuenta por la profunda intuición con que expone el pensamiento generador de la maravillosa obra de Cervantes.

Respecto de su originalidad, escribió hermosos párrafos, para mostrar que á nadie imitó el gran Autor y de nadie ha sido imitado. Hizo patente asimismo cuán improba y aventurada tentativa se propusieron varios eruditos, queriendo probar semejanzas imposibles entre el *Don*

Quijote y otras obras de las literaturas antigua y moderna.

Es demasiado severo, sin embargo, cuando analiza otras de sus producciones, llegando á ser inexorable al tratar de las poesías, las cuales todas son desdichadísimas, en su opinión. Emitió sobre las *Novelas ejemplares* dictamen muy favorable y muy justo, estimándolas como las mejores que se publicaron en su siglo, y aún no han perdido su seducción, y se continuarán apreciando siempre como fidelísimos cuadros de costumbres. El juicio acertadísimo de Quintana, es la más concluyente refutación del desatinado sentir del infatuado Mor de Fuentes, acerca de tan preciosas obras. Respecto del mérito inventivo del *Viaje del Parnaso*, sostuvo con acierto que supera á la de su modelo, la obrita de Cesar Caporali. Es de mayor alcance é intención crítica y literaria.

Cargando la consideración Quintana sobre algunos actos de la vida de Cervantes, deduce que éstos no están de acuerdo, en determinadas ocasiones, con lo que expresan sus escritos. Cree que, si Cervantes se hizo esclavo del Santísimo Sacramento y hermano Tercero de San Francisco, en sus postreros años, no fué por predilección á las exterioridades devotas, sino tal vez por seguir las corrientes establecidas ó por no darse á notar con su retraimiento, cuando predominaba la afición á aquellas prácticas piadosas. Quintana hace constar que, no obstante el ingreso de Cervantes en aquellas congregaciones, siguió pensando y escribiendo, con el mismo desenfado y libertad que siempre, acerca de delicadísimos asuntos religiosos, lo cual es muy digno de estudio; y corrobora su opinión con ejemplos fehacientes, sacados de algunas de sus obras, y especialmente de sus *Comedias y entremeses*, impresos y revisados por el autor un año antes de morir.

XXIV

Palabras textuales de Quintana sobre este punto.

"Al culto y penetrante Rios (dice Quintana), no era fácil se ocultase la disonancia en que iban á estar con su elegante y esmerado retrato de Cervantes el sayal franciscano de la Orden Tercera y los ejercicios de cofrade. Dejólos, pues, en silencio, y con tanta mayor razón, cuanto pudo también creerlos poco esenciales á la idea que se propuso dar de aquel insigne escritor. No así los dos posteriores biógrafos, que han insis-

tido en estos pormenores, el uno por curiosar, y el otro por condescendencia. Los hechos son ciertos, y Cervantes fué sin duda alguna individuo de la Congregación religiosa del Oratorio de la calle del Olivar, y también de la Orden Tercera de San Francisco. Reducidos, como estamos, á probabilidades en casi todas las cosas personales de Cervantes, no se puede asignar la verdadera causa de esta inclinación ascética, que no deja de ser notable en el autor de *Don Quijote*. Si en esto no hizo más que seguir la corriente de su siglo, muy dado á semejantes prácticas, sin que por ello hubiese más virtudes, no había para qué hacer más caso de esta circunstancia indiferente, que del ferreruelo con que se cubría y de la valona con que se adornaba. Respetemos sus motivos si, con alistarse en las congregaciones religiosas, quiso de buena fe dar aquel alimento á su piedad, avivada con la edad y con las desgracias. Si allí, en fin, buscó por política ó por precaución, un asilo indispensable y necesario en el tiempo y país en que vivía, es preciso encogerse de hombros y tenerle compasión.

“Sea de esto lo que fuere, lo que no admite duda es, que estas atenciones minuciosas, ni apocaron su fantasía, ni le hicieron mudar de rumbo, ni alteraron su juicio, que se conservó entero é independiente aun respecto de cosas que, teniendo más relación con sus nuevas obligaciones, parecía que debían inspirarle mayor cuidado y reserva. Nunca habló de ellas con más desahogo que entonces. Arropado ya con el sayal de la Orden Tercera, publicaba en el *Viaje del Parnaso* que había entrado vestido de romero en Madrid, porque era granjería la apariencia de la santidad. No son de místico ni de devoto las libertades que se permitía en sus *Entremeses*, publicados siete meses antes de morir, y mucho menos las escenas en la comedia de *Pedro de Urdemalas*, dada á luz también entonces, en que se mofa y zahiere con un atrevimiento que espanta las socaliñas de los embaidores con motivo del Purgatorio.

“En medio, tal vez, de una función solemne de cofradía, se le ocurrió el misterioso episodio de Altisidora en el *Quijote*; y, saliendo por ventura de alguna conferencia mística, marcaba en el *Persiles* con el sello del desprecio la vocación interesada de los menesterosos á la vida solitaria, y la ociosidad libre y vagabunda de los peregrinos de profesión. ¿Qué nos hace, pues, á nosotros que Cervantes fuese ó no congregante del Oratorio de la calle del Olivar, ni tercero francisco? Sus escritos ciertamente no lo son: la lozanía de su ingenio no recibe menoscabo algu-

no por ello, y la amenidad de su imaginación, ni se seca ni se marchita. El mismo mundo ideal de bellezas, de amores y de lances caballerescos le ocupa cuando viejo y cofrade, que cuando mozo y mundano; y la pluma que supo trazar con tanto halagó y primor las figuras hermosas de Lucinda, de Zoraida y Dorotea, conserva toda su bizarría y su viveza para retratar con igual vivacidad á la desenvuelta y alegre Preciosa, á la interesante Leocadia, á la arrojada y débil Ruperta y á la amable endemoniada Isabela Castucho”.

Después copia Quintana el pasaje relativo al Purgatorio de la comedia *Pedro de Urdemalas*, donde el protagonista, disfrazado de ermitaño, se aparece á una viuda simple y devota; y, suponiendo que es un alma comisionada para recaudar las cantidades que necesitan las almas parientas de la viuda, para poder salir del lugar expiatorio en que se encuentran, le dice que su marido pide sesenta ducados, su hijo cuarenta y seis, su hija cincuenta y dos, su sobrino diez doblones, y su tío catorce ducados en plata, de cuño nuevo.

Con razón comenta oportunamente Quintana aquellas sangrientas mofas, por estas palabras:

“No plegue á Dios que pretendamos poner la menor duda en la ortodoxia de Cervantes; pero la burla es hartó fuerte, y prueba, sin disputa, que el espíritu del escritor conservaba siempre su jovialidad y su independencia”.

XXV

Gran movimiento cervántico.

Nueva “Vida de Miguel de Cervantes Saavedra”,
por D. Jerónimo Morán.

La hermosa biografía de Quintana, cuyo estudio acabamos de hacer, fué precursora de un movimiento grandísimo de veneración á Cervantes. Fernández Guerra, Hartzenbusch, Valera, La Barrera, Rosell, Segovia, Pardo de Figueroa (Dr. Thebussem), Asensio, Benjumea, Tubino, y otros insignes escritores, gloria de las Letras patrias en el siglo XIX, publicaron estudios interesantísimos, que despertaron el deseo de emprender nuevos trabajos para dar la mayor ampliación á todo cuanto con Cervantes se relacionara.

Merece preferente lugar entre ellos la *Vida de Cervantes*, que escribió el tan modesto cuanto docto literato D. Jerónimo Morán. El editor Do-

rregaray quiso reimprimir de manera monumental el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, allá por el año de 1863, y salió gallardamente con su intento. Su edición es una de las más lujosas que han salido de las imprentas españolas. Su tamaño en folio, su gran papel avitelado, el esmero de la corrección, la limpieza tipográfica, y hasta la novedad de no llevar ninguna de sus páginas un signo de división al concluir los renglones, la hicieron justamente renombrada desde su aparición. Fué una muestra espléndida y hermosa del arte tipográfico español de aquel tiempo.

Encargóse Morán de componer la nueva biografía del gran Ingenio, y la experiencia demostró que le sobraban alientos y competencia para desempeñar con gloria su cometido. Ayudáronle mucho, con advertencias ó datos, distinguidos escritores. Pero ninguno cooperó tanto al feliz éxito de sus estudios, como el docto D. Eustaquio Fernández Navarrete. Después de publicada por D. Martín su excelente *Vida de Cervantes*, en 1819, siguió recogiendo antecedentes y acopiando materiales para una nueva edición de su libro. Habían quedado aquellos apuntamientos, copias de códices, notas bibliográficas, observaciones ó nuevas indicaciones sobre sucesos y hombres del siglo XVII, en poder de D. Eustaquio; y con generosidad nobilísima los comunicó todos á Morán, para que se aprovechara de ellos en su patriótica empresa, con desprendimiento merecedor de aplauso. Dió Morán con estos tan inestimables recursos, un interés notabilísimo á muchos capítulos de su obra, especialmente en lo que se refiere al período agitado de la vida del inmortal Escritor, mientras estuvo desempeñando sus penosas comisiones en Andalucía como ayudante de los proveedores de flotas. Gracias á los extractos, hechos por Navarrete, de los nuevos documentos que se descubrieron en Simancas, pudo revestir de grata novedad su narración, dejó rectificadas varias fechas, y añadió curiosas noticias para completo conocimiento de lo que se sabía, que siempre serán tenidas en mucho aprecio. En el primer capítulo de su obra trata con bastante extensión y mucho pulso cuanto concierne á la apasionada contienda, que se entabló por los partidarios del Cervantes de Alcazar de San Juan contra los sostenedores de lo cierto, los defensores de ser el verdadero, y celebrado justamente por su talento y heroicidad, el nacido en Alcalá de Henares.

Todo lo examina con mucho tino, rectitud y perspicacia, y dejó para siempre cerrado el camino á nuevas conjeturas aventuradas.

XXVI

Un documento descubierto por Morán.

No está comprobado que se refiera á Miguel de Cervantes Saavedra.

Morán ofrece otra novedad en su obra al tratar de los estudios de Cervantes con el Maestro López de Hoyos, y de su marcha á Italia con el Cardenal Aquaviva. Había descubierto en el Archivo de Simancas un documento, que excitó su curiosidad por la coincidencia del nombre y apellido de la persona á quien se refería. Llamábase, como el célebre hijo de Alcalá, Miguel de Cervantes. El documento era un mandamiento de prisión contra el citado individuo, á causa de una pendencia que había sostenido con otro, hirién-dole. Ordenábase su captura por rebeldía, y había sido condenado, demás de la confiscación de bienes, á que le cortase el verdugo la mano derecha, y destierro de los reinos de España por diez años. Esta pena severísima, era impuesta por las leyes á toda persona que desenvainase la espada en donde estuviese el Rey.

No aseguró terminantemente Morán, que el Miguel de Cervantes del proceso de Madrid, fuese el mismo Cervantes, estudiante con López de Hoyos, y fámulo de Aquaviva; pero, sutilizando sobre ciertas aparentes coincidencias, dió como probable sospecha la posibilidad de que hubiese sido el Miguel de Cervantes, hijo de D. Rodrigo, el mismo á quien perseguía la Justicia. Para huir de la persecución, quizás se fué en la comitiva del Cardenal. Nada está probado, sin embargo; pues, no habiendo parecido, y tal vez perdiéndose para siempre, aquella causa criminal, ha de persistir constantemente la duda acerca de la verdadera persona de quien se habla, y más siendo de uso muy general entonces el apellido de Cervantes.

Por razones que exponemos en nuestra obra, no podemos aceptar la hipótesis sostenida por el diligente biógrafo citado. Al contrario, creemos que el sujeto condenado en rebeldía, que el homónimo del proceso, no tiene nada que ver con Miguel de Cervantes, de Alcalá, por circunstancias especiales de tiempo y ocupación.

Es anómalo creer, que en 1567, cuando sucedió el lance, se hubiese estado tranquilo Cervantes, en Madrid, y después, en 1568, pudiese figurar en público, y ser leídas y encomiadas sus composiciones á la memoria de D.^a Isabel de Valois, en la misma corte y ante la flor y nata de los palaciegos. Cuando buscaban por Sevilla al Miguel

de Cervantes, mandado á prender, que quizás huyó á Indias, estaba ya nuestro Miguel, desde meses antes, desempeñando su humilde cargo al lado de Aquaviva con toda tranquilidad. No podían, pues, ser una misma y sola persona los dos Migueles de Cervantes. Se ha querido cohonestar la suposición de que, sería el perseguido el natural de Alcalá de Henares, diciendo que más tarde pudo ser perdonado al volver á la amada patria, en atención á sus eminentes servicios en la milicia, y á sus grandes proezas en el cautiverio de Argel. Pero, ¿á qué buscar especiosos motivos para acreditar una vaga presunción sin base cierta?

XXVII

Equivocación seguida por él.

Aceptó Morán, también, como válidas, las curiosas observaciones que hizo Fernández Guerra sobre una carta descriptiva de una fiesta en San Juan de Alfarache, año de 1606, que copió de un códice de La Colombina, y cuyo autor supuso que fué Cervantes. Por esta epístola se ha querido probar que Cérvantes estuvo en Sevilla de nuevo, después de haberse trasladado la corte de Valladolid á Madrid. No creemos que tal afirmación se hace con fundamento. Nada podría seducir ni mover á Cervantes para volver á Andalucía, y mucho menos para asistir á una reunión de regocijados amigos, donde cada cual procuró distinguirse por las más sorprendentes extravagancias, ridiculeces y burlas. Ni es posible siquiera que Miguel de Cervantes fuese el secretario y cronista de aquella gira campestre, cuando estaría entonces en Madrid ó en Esquivias al lado de su familia y entregado á las tareas literarias, con las que alternarían las ingratas comisiones particulares que le encargaban.

D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe era doctísimo literato, talento esclarecido, modelo de castizos hablistas; pero tenía la obsesión de encontrar en todas las bibliotecas, manuscritos, que contenían obras de Cervantes. Claro es que tal predisposición investigadora, no podía por menos de producir manifiestas equivocaciones. Por muchas veces que se lea la deliciosa carta á D. Diego de Astudillo, no se llega nunca á un pleno y reflexivo convencimiento de haber acertado el ingenioso crítico. Ni aquel es el peculiar lenguaje que Cervantes usaba, ni aquel su estilo terso y gallardo, ni aquella su propia fraseología, tan seductora siempre y tan pintoresca, ni

aquella su forma de decir gracias, ni aquel su donaire, ni aquel su espíritu festivo. Hay en esa carta mucha hojarasca, muchos giros que no son cervantinos, muchos modos de expresión extraños á la índole de los escritos del incomparable Artífice de la prosa castellana. Queriendo demostrar Fernandez Guerra que aquel juguetillo festivo era de Cervantes, derrochó prodigiosamente erudición y sutileza, filigranas de estilo y peregrinos realces; pero no pudo llevar el convencimiento al ánimo de las personas que no participaban de sus ilusiones. Por eso, si hubo un tiempo en que, por las benevolencias de los amigos, los dictámenes del crítico se tuvieron como testimonio indiscutible, favorable á la autenticidad, son pocos, escasísimos los escritores que hoy siguen aquella opinión; y ni la carta á Astudillo, ni los entremeses de la *Carcel de Sevilla*, y *Hospital de los podridos*, se estiman como verdaderas obras de Cervantes.

Ha caído, pues, completamente por su base cuanto aducía Morán para sostener que Cervantes había permanecido en la capital de Andalucía, durante los años de 1606 y 1607.

XXVIII

Lo que hizo D. Jerónimo Morán al hablar del proceso de Valladolid.

Morán dedica más espacio y atención al proceso de Valladolid que los que le habían concedido los biógrafos anteriores. Se conoce que lo estudió y revisó, y por eso hay en su narración indicaciones, aunque muy veladas, respecto de los amores de D. Gaspar de Ezpeleta con la mujer del escribano Galván, origen casi seguro de la muerte del caballero navarro, por venganza del esposo ofendido, ó de algún pariente de la adúltera. Morán, sin embargo, no quiso decir con toda franqueza la verdad acerca de las supuestas relaciones ilícitas entre la hija de Cervantes y el amigo de éste, Simón Méndez, miserable calumnia de la malvada Isabel de Ayala. Indudablemente influyeron en esta determinación de Morán los temores, que se abrigaban entonces respecto del desdoro que podría caer sobre el venerado nombre de Cervantes, si se divulgase la ruín especie calumniosa en el proceso contenida. La opinión de los más conspicuos Académicos era contraria en absoluto á la publicidad del incidente. Completa reserva, terminante silencio era lo que dictaba, según ellos, la más correcta discreción. Esa discreción, sin em-

bargo, degeneraba en todo lo contrario, como hemos notado párrafos antes.

XXIX

Obstáculos que nosotros encontramos para sacar una copia del proceso.

Fecha en que la obtuvimos, y publicación, por vez primera, íntegra y completa, del documento.

Podemos atestiguar nosotros las dificultades con que había que luchar, no sólo entonces, sino mucho tiempo después, para poder sacar una copia del proceso, y más si se traslucía el propósito de hacerlo público por completo, sin quitar ni encubrir nada. Es muy cierto que por el mismo tiempo que escribía Morán, La Barrera sacaba un traslado del proceso para que se conservase en la Biblioteca Nacional, del que se enviaron también copias á determinados cervantistas. El mismo ilustre bibliógrafo, á quien debimos muchos favores y atenciones, que nos honraban sobre manera, nos prometió en 1872 enviarnos un nuevo traslado del original, deseoso de servirnos; pero su muerte impidió que se realizase la promesa.

Fué más difícil después el conseguir nuestro deseo. No pudimos obtener en la Biblioteca la copia que anhelábamos. En la Real Academia Española no era posible tampoco sacarla, pues se oponían algunos dignísimos individuos suyos á que se publicase el documento íntegramente. Cuando trabajábamos la *Vida de Cervantes*, que se estampó en Cádiz el año de 1877, insistimos en nuestras súplicas, á fin de insertar y examinar en ella detenidamente el tan guardado código. Lo mismo el Sr. Hartzenbusch que D. Aureliano Fernández Guerra, fueron contrarios á ello, por razones que estimaban de alta conveniencia para el buen nombre de Cervantes.

Hasta el año de 1884, no obtuvimos una copia exacta del proceso, para la que nos sirvió el hermoso traslado, hecho por La Barrera, que existe en la Biblioteca Nacional. Nuestro buen amigo, el inspirado poeta sevillano y castizo hablista D. Narciso Campillo, cuya muerte ha sido tan sentida por todos los amantes de la literatura patria, nos favoreció con su generoso concurso para hacer mas cómoda nuestra tarea, ayudándonos en ella, copiando en parte y comprobando, no sólo el texto fiel del documento, sino la causa que se siguió á D. Diego de Miranda, y el razonado trabajo que dejó inédito La Barrera sobre el proceso famoso. Leímoslo, y lo dimos á cono-

cer por completo, en una velada cervántica, celebrada en Cádiz en 1886, y allí vió la luz pública por vez primera aquel mismo año.

XXX

Lo único que adelantó Morán acerca del proceso.

Compréndense así los reparos que hubo de tener, muchos años antes Morán, para no dar á luz el proceso, y hasta los consejos que mediarían para que no se extendiese mucho sobre el asunto. Así es que, aun cuando levanta algo el velo del misterio que ocultaba la causa, sólo se limitó á dar una aproximada idea de lo sustancial de ella, dejando de mencionar el punto más importante, y citando algunos hechos consignados en sus folios como referencias y tradiciones que se conservaban.

Lo más curioso de su relato se concretó á lo siguiente, después de referir la muerte de Ezpeleta: "Como suele acontecer entre nosotros, en casos semejantes, luego que acudieron el juez, con el escribano y los corchetes, las primeras providencias se tomaron contra quien prestó los primeros socorros al herido; y si bien se libertó Garibay de la prisión, acaso por su investidura sacerdotal, no sucedió lo propio con el desgraciado Cervantes, que fué puesto en la cárcel de corte, con su hija D.^a Isabel, su hermana Doña Andrea y la jóven hija de ésta, D.^a Constanza, con otras cinco mujeres más de las que habitaban los diferentes cuartos de aquella casa. Comprobada, empero, bien pronto la inocencia de todos, salieron en libertad en los primeros días de Julio. El proceso original, instruído en averiguación del hecho, se encontró, á fines del siglo pasado, en el archivo de la cárcel de corte y de él publicó un extracto D. Juan Antonio Pellicer en su *Vida de Miguel de Cervantes. Personas inclinadas á pensar siempre lo peor, han deducido de estas averiguaciones, con más atrevimiento que buen juicio, que nuestro célebre Autor, ejerciendo un tráfico vergonzoso, incompatible con la grandeza de su espíritu y la elevación de sus pensamientos, y las mujeres de su familia que en su compañía habitaban, tuvieron tal vez alguna complicidad, ó fueron causa del desastroso fin de Ezpeleta*; pero la importantísima declaración de éste, que parece ponía mucha atención en dejar en buen predicamento á su adversario, y la de su paje mayor, Francisco de Camporredondo, que por alguna razón dejó de extractar Pellicer,

ofrecen grandes indicios en apoyo de la versión del galanteo de Ezpeleta, ya que no á la hermosa escribana del barrio de la Mantería; á cierta dama, por lo menos, esposa de un empleado en Palacio, que moraba en aquel extraviado cuartel de la población, dado que el galanteador no requebrase á la vez á una y á otra. Á persona muy autorizada, que por cierto no tenía noticia alguna de la tradición valisoletana, hemos oído conjeturar que, tal vez los instructores de la causa, convencidos de que aquel trágico lance encerraba un misterio de honra amenazada, si nó ofendida, cuyo descubrimiento podría ser materia de escándalo que alcanzase quizás á personas palaciegas; torcieron el rumbo del procedimiento, dirigiendo las pesquisas de tal modo, que no pudiese llegar á ser quebrantado el secreto de los verdaderos motivos de aquella muerte. Si se añade ahora, á lo expuesto, que el escándalo temido, podía afectar á ministros inferiores de justicia, la sospecha apuntada adquiere doble viso de verosimilitud".

Morán fué el primero que dió noticias interesantes sobre la casa en que habitó Cervantes en el campillo del Rastro en Valladolid, siguiendo las disquisiciones que había hecho poco antes el ilustrado profesor de aquel Instituto, D. José de Santa María é Hita.

XXXI

La fábula de Argamasilla y prisión verdadera de Cervantes en Castro del Rio.

La leyenda de la permanencia y persecución de Cervantes en Argamasilla de Alba, ocupó la atenta reflexión de Morán; y, del examen detenido que hizo de esta cuestión, se deduce que es inadmisibile la tradicion que la sirviera de apoyo. No se puede negar que Cervantes viajó por la Mancha y le eran bien conocidas las costumbres, preocupaciones y vida de las clases pobres y de los que blasonaban allí de rancios hidalgos, y por eso resaltan, en las inimitables escenas que presenta de aquella comarca, tanta expresiva fidelidad y tanta vivacidad en el conjunto y los pormenores. Pero, de ésto á dar por cierto y averiguado que Cervantes estuvo allí desempeñando comisiones, y fué vejado, molestado y preso en Argamasilla de Alba, por odio contra el funcionario público ó por malquerencia personal contra él de parte de algún resentido hidalgo; de ésto á lo verdaderamente comprobado, decimos, hay enormísima diferencia.

Rios y Pellicer no se fundaron sino en sospechas, vagas conjeturas, cartas fingidas, sucesos no exactos, para sostener sus afirmaciones y juicios. ¿Es posible que no se haya encontrado en ningún archivo manchego rastro, ni papel alguno, que dé cuenta de esas comisiones especiales que se dice que desempeñó allí Cervantes, ni se conserve ningún antecedente acerca de sus persecuciones y encarcelamiento, cuando tanto darían que hablar y preocuparían generalmente los ánimos?

Estuvo, pues, muy acertado Morán al poner en duda en su obra la fábula argamasillesca, y declarar su incredulidad respecto de los errores en este punto seguidos. Y tanto más oportuno era esto, cuanto que en aquellos mismos días se procuraba sancionar, como buena y válida, la tradición, imprimiendo en la misma supuesta cárcel, llamada *Casa de Medrano*, dos notables ediciones del *Quijote*, costeadas por el inteligentísimo Rivadeneyra, y bajo la sabia dirección del gran Hartzenbusch, aunque el texto se varió, por perfeccionarlo, con mayor sutileza que acierto, lo cual demostró, en una serie de luminosos artículos, el muy distinguido literato D. Zacarías Acosta.

Sobre una prisión verdadera y documentalmente probada, la que sufrió Cervantes en Castro del Rio, habló Morán con mucha exactitud de incidentes, que ponen de manifiesto cuántos disgustos proporcionó á Cervantes la rígida puntualidad con que cumplía las comisiones que se le encomendaban.

XXXII

Notable capítulo de la "Vida" escrita por Morán.

No se sabe quién fué Avellaneda.

Observaciones.

Uno de los capítulos más interesantes de la *Vida de Cervantes* por Morán, es el que dedica á la aparición de la segunda parte del *Quijote*, de Cervantes, y apreciaciones que hace sobre el engendro del supuesto licenciado Avellaneda, que se decía natural de Tordesillas, sin serlo, ni tener tal apellido. El descifrar ese recóndito misterio, fué, desde que Pellicer escribió su biografía de Cervantes, objeto preferente de los admiradores del sublime autor alcalaino. Creíase que había sido fraile, y hasta se suponía que dominico; pero no se pudo decir con puntualidad ni razonable fijeza su verdadero nombre.

Cavalery y Pazos y Adolfo de Castro, La Ba-

rrera, Fernández Guerra, Rosell, y otros literatos de gran valía, por deducciones que tenían más de lo sofístico que de lo cierto, llegaron á propagar, como la única válida aclaración del enigma, que el autor del falso *Quijote* no podía ser otro sino el confesor de Felipe III, el padre dominico Fray Luis de Aliaga; suposición equivocada á todas luces. No existe la semejanza que se quiere encontrar entre el estilo de dicha obra y otra que se juzga escribió, también bajo seudónimo, contra Quevedo. Y mucho menos ha de darse crédito á que un pueril resentimiento indujese á aquel religioso por venganza. Por la imaginación de Cervantes no pasó siquiera, con seguridad, la idea de ofenderlo, sacándole al ludibrio de todos, puesto que le llamaban Sancho Panza en la corte, bajo la figura grotesca de un zafio y positivista escudero. No consta que antes de la publicación del *Quijote*, sino después, fuese cuando se le aplicó el mote depresivo al confesor del Rey; de modo que, no es ni verosímil que quisiera Aliaga insultar personalmente á Cervantes y hacerle todo el daño posible, cuando sabía que, no la voluntad ni el propósito deliberado del escritor, sino la maleante condición del vulgo era la que le ponía motes y procuraba ridiculizarle. No es probable que Aliaga ni Cervantes se hubiesen hablado ni tratado nunca; menos pudo darse por resentido el primero contra el segundo por motivos de esos que encienden el odio en los corazones con arrebatados impulsos.

Morán siguió, sin embargo, la opinión más prevaleciente cuando escribía. Creyó también que Aliaga había sido el autor del *Quijote* tordesillesco. Hoy, esta opinión ha sido desechada, y otras nuevas han venido á sustituirle en las indagaciones de los eruditos, aunque ninguna puede, naturalmente, darse como verdad indiscutible, por más que algunas sean muy curiosas y sorprendentes.

Adolfo de Castro varió tres veces de parecer acerca de esto, achacando el engendro la primera á Aliaga, la segunda á un fraile del mismo supuesto apellido del falsificador, y la última, nada menos que al insigne dramático D. Juan Ruiz de Alarcón. Benjumea atribuyó, cuando empezó á escribir acerca de Cervantes, el falso *Quijote*, á Juan Blanco de Paz, siguiendo las indicaciones de Ceán Bermúdez, dictamen que nosotros tuvimos por razonado, aunque posteriores estudios lo modificaron; y últimamente sostuvo que el autor había sido el mismo que el de la *Pícarra Justina*; sentir tampoco aceptado por la disparidad de estilo entre esta obra y el *Quijote* de Avellaneda. El Sr. Menéndez Pelayo ha querido patentizar recientemente, sin conseguirlo,

que el autor de dicho libro pudo ser Alonso Lambert. Son poco atendibles las razones y anagramas en que se funda. Lo mismo sucede con el trabajo de D.^a Blanca de los Rios, intentando probar que lo escribió Tirso de Molina. Todas éstas no pasan de más ó menos ingeniosas conjeturas; pero que no convencen, ni sirven para la pura é irrefutable demostración de la verdad.

XXXIII

Nuestra opinión sobre el asunto.

Juicio favorable de Revilla. Lo que dice Menéndez Pelayo. Se refuta.

Sostuvimos nosotros, año de 1877, que el único escritor á quien se podía atribuir el *Quijote* falsificado, sin incurrir en notoria arbitrariedad, era á su émulo en nombradía y á su enemigo personal, durante muchos años, Frey Lope Félix de Vega Carpio. Para emitir esta idea, completamente original nuestra, hicimos profundos estudios, que en extracto publicamos entonces en nuestra *Vida de Cervantes*, y ahora explanamos con toda perfección en nuestra nueva obra *Cervantes y su Época*, donde quedará, casi con toda evidencia, confirmado, que no pudo ser otro sino Lope quien se aventuró á tal empresa. El sabio crítico Revilla, examinando las distintas opiniones que se sustentaban sobre el particular, dijo terminantemente, que lo sostenido por nosotros, era lo que más se aproximaba á la verdad, si nó era la verdad misma.

El favorable asenso que prestó á nuestro juicio aquel esclarecido literato, fué como la aprobación de las investigaciones que habíamos hecho; y, á la vez que dieron autoridad á nuestra manifestación, nos alentaron á seguir en nuestro propósito, estudiando y fijándonos con mayor detenimiento y fervor en la aclaración de este punto importantísimo. El cual, si no dejamos para siempre dilucidado por completo, pues esto nunca podrá conseguirse, resultará tratado con toda la extensión necesaria; y, no por nuestro capricho, sino por un convencimiento que persuadirán los datos, indicios, cartas, apuntes y citas que ofrecemos, se llegará á comprender con cuánta razón creemos que fué Lope de Vega el ficticio Avellaneda, ó la obra patrocinada por él.

El Sr. Menéndez Pelayo rechaza la suposición de que pueda ser Lope el escritor argamasillesco, porque entiende que se han equivocado los que siguen la hipótesis sostenida por nosotros; pero el Sr. Menéndez procede llevado del cariño

especial que tiene á Lope, cuyos actos disculpa, ó los ve siempre con el poderoso amor que da tonos de perfección á todo lo que se relaciona con aquel milagro de inspiración fecunda. Condensando las ideas del ilustre polígrafo, diremos que juzga no se puede llegar á ese convencimiento, sino teniendo disposiciones especiales para penetrar en los arcanos de la vida del inmortal Autor, y hacer un análisis profundo de sus actos y relaciones sociales.

Pero sus argumentos en contra, no llevan consigo pruebas de convicción, en tanto que los que juzgamos en otro sentido y sustentamos que fué Lope el autor del *Quijote* de Tarragona, no nos valemos tanto de la superioridad con que él habla al diferir de los juicios que están en oposición con los suyos, cuanto de datos y observaciones que él mismo, por innecesarios, mira tal vez con indiferencia.

Se pudo negar en absoluto que tal opinión se diese como probable ó poco fundada, cuando no se habían descubierto las cartas inéditas de Lope, ó fueron sólo conocidas de algunos extranjeros. Pero desde que se tuvo conocimiento de algunas, y, más tarde, de todas, no es explicable dictar un fallo condenatorio contra los que atribuyen á Lope la paternidad del *Quijote* desfigurado, sin fijarse antes, y desmenuzar una por una las razones opuestas presentadas.

Y como esto, ni se ha hecho ni podrá hacerse, pues hay, de sobra, antecedentes y datos fidedignos, y materiales dispuestos en los escritos y cartas de Lope en apoyo de nuestras afirmaciones ó conjeturas, el resultado siempre nos será propicio y satisfactorio.

Nunca fué Cervantes para Lope persona grata, aunque se encuentren en sus obras elogios al gran Escritor. Se preocupó siempre de su celebridad; no tuvo en el debido aprecio sus escritos; parece que tenía celillos de sus trabajos; desprecióle en el secreto de la correspondencia, y en la misma forma, ó peor, hablaría de él en las íntimas tertulias de sus amigos. Era Lope, en medio de sus bellas cualidades, hombre de doble trato, recelosó, poco leal, tan extremoso con sus admiradores y lisonjeros, como irascible y vengativo con los que suponía enemigos ó censuraban las faltas de sus comedias, aunque ensalzasen al mismo tiempo su gran talento y fecundidad.

Era terrible en sus odios. No perdonaba nunca al émulo á quien él juzgaba inferior en condiciones sociales, ó por sus méritos de escritor. Hubo un tiempo en que estuvieron muy vivas y enconadas las malquerencias entre ambos, período que, puede decirse, empezó desde 1604 y no concluyó, al menos por parte de Lope, hasta

después de la muerte de Cervantes. En todo aquel tiempo, es indudable que Lope miró siempre con poco aprecio al primero, y hasta sus encomios salen forzosamente y con poco cariño de sus labios.

Desde lo que dijo en 1852 Quintana, hasta lo escrito recientemente en *La Ilustración Española y Americana*, por el docto Académico de la Historia, Sr. Asensio, hay abundancia de datos para confirmar los anteriores asertos. Creía Lope que las comedias suyas eran odiosas á Cervantes, y por eso se ensañó con él en 1604, menospreciando su más perfecta obra y rebajándole como poeta en la opinión.

¿Cómo no ha de explicar todo esto, junto con el engreimiento de su justa popularidad y su resuelto ánimo contra todos los que podían en alguna forma molestarle, el deseo de Lope por deprimir á quien creía su encarnizado enemigo, imitando y prosiguiendo la idea por el primero desarrollada con tanta galanura, gracia y discreción? ¿No es todo esto más natural, más posible, más humano que otras deducciones ó conjeturas que se suelen quebrar de sotiles?...

Poniendo fin á esta digresión, que nos era indispensable al hablar de los juicios emitidos sobre el *Quijote* de Avellaneda, para defender nuestro propio dictamen, diremos que Morán juzga con mucha imparcialidad cuanto respecta á la crítica literaria de esta obra, la cual se quiere realzar sobre lo que verdaderamente merece, más por sostener novedades que por el real y absoluto mérito que la avalora.

XXXIV

Otros méritos de la obra de Morán.

También estuvo muy acertado Morán al emitir opinión sobre *El Buscapié*, ingeniosa composición de D. Adolfo de Castro, que éste quiso dar como original de Cervantes, aunque bien pronto quedó demostrado que ni lo era, ni podía serlo, no ya por ser un remedo del estilo verdadero de Cervantes, sin su propia frescura, lozanía, sencillez y naturalidad, sino también por la absoluta imposibilidad de que el Autor del *Quijote* hubiera tenido nunca que escribir un opúsculo para llamar la atención sobre su libro, cuando consta que, desde que vió la pública luz, fué acogido con extraordinario favor y aplauso, y se repitieron las ediciones, con profusión asombrosa, desde el mismo año de 1605, en que todos como que se hacían necios leyendo á *Don Quijote*, para des-

mentir el apasionado juicio del soberbio Lope de Vega contra la prodigiosa invención de Cervantes.

Aunque Morán no se extiende mucho en la crítica de las obras de Cervantes, son atinadas las observaciones que sobre ellas hace. Su juicio acerca del *Quijote* nada añade de nuevo. Morán dedicó la atención que se merecían á los trabajos de D. Nicolás Díaz de Benjumea, que tanto dieron que hablar y escribir, desde el año de 1859 al 66, acerca del sentido oculto del *Quijote*. Respecto de las *Novelas ejemplares* y del *Viaje del Parnaso*, poco añadió á lo que se sabía.

En la parte bibliográfica fué más extenso. Hizo una descripción minuciosa de gran número de ediciones, examinando sus méritos y sus mejoras, lo mismo en lo que decía relación á la importancia tipográfica ó artística, que acerca del interés documental ó la perfección literaria. Fué tan modesto, que, teniendo talento claro y gran erudición, pudiendo haber formado un amplio juicio de la obra maestra de Cervantes, se limitó á copiar, como introducción á su excelente biografía, el *Análisis* que dejó escrito D. Vicente de los Rios, y se publicó en las primeras ediciones hechas por la Real Academia Española, si notabilísimo literariamente considerado, bastante defectuoso en cuanto á la crítica.

El verdadero indiscutible mérito de la *Vida de Cervantes*, escrita por Morán, consiste principalmente en la sencillez de la narración y en el buen método con que expuso todo lo que antes de él se dijo, y en sus mismos días se llegó á descubrir ó se publicó, en materia cervántica, que fué mucho y de reconocida utilidad, para aclarar hechos y dar verídica confirmación á sucesos imperfectamente conocidos. Hizo una obra muy completa, llena de novedad, que se lee siempre con gusto, y donde se enseña á admirar á Cervantes como varón excepcional en Letras y virtudes.

El relato del cautiverio está trazado, sobre todo, con cariño y vigor. No hay incidente ni caso alguno que no se encuentre allí descrito con viveza de colorido, sentidas observaciones, altura de pensamiento y delicadeza de frases. Lo mismo puede decirse de las páginas que dedica á los infortunios del heroico soldado, las escaseces del hogar, la indigencia de su familia, el desamparo en sus postreros días, las luchas y agitaciones que amargaron siempre su existencia.

Fué, en suma, la *Vida de Cervantes*, por Morán, la mejor de todas las publicadas hasta 1863. Escrita sin grandes pretensiones, con llaneza y naturalidad, sin que por eso deje de ser el estilo primoroso y galano cuando el asunto lo exige,

dejó un precioso testimonio de su veneración á Cervantes, que será siempre apreciado por las personas eruditas.

XXXV

Nuevas obras biográficas acerca de Cervantes. D. Nicolás Díaz de Benjumea.

El nombre de este gran cervantista es justamente famoso. Literato distinguido, dedicó la mayor parte de su vida al estudio de las obras de Cervantes, á quien profesaba una admiración sin límites. Dióle esto profundísimo conocimiento de todas sus perfecciones, y mucha competencia para la crítica y el comentario de la portentosa labor literaria del gran Maestro. Con lo que ha dejado escrito Benjumea acerca de Cervantes, contando desde sus primeros artículos en 1859, hasta sus últimos hermosísimos trabajos de 1880, se formaría un grueso volumen, si se llegara á coleccionarlos todos. Cuando estampó en Londres su opúsculo titulado *Estafeta de Urganda*, se despertó una curiosidad inusitada entre los literatos españoles y extranjeros, en vista de los nuevos aspectos que ofrecía para el estudio del *Quijote*, no en su forma aparente, sino en lo más hondo de su sentido considerado.

Publicó más tarde, en 1866, un nuevo folleto sobre el mismo tema, que fué muy bien acogido de la opinión, con el título de *Correo de Alquife*, aunque se censuró la gran sutileza con que comentaba algunas aventuras para darles significación esotérica. Fuimos nosotros admiradores sinceros de Benjumèa, y aun defendimos en nuestra primera juventud sus bizarrías de interpretación con cariño y entusiasmo, contra algunos literatos de renombre que refutaron sus opiniones. Posteriores estudios, hechos en edad más reflexiva, han modificado las que entonces sosteníamos acerca de varios puntos de sus ingeniosos trabajos; pero los leemos siempre con delicia, por la singular penetración que revelan y la forma hechicera de su estilo. El año de 1876 dió á la estampa en Londres otro folleto sobre la misma materia, que llevaba el título del *Mensaje de Merlín*. Eran éstas como muestras de una gran obra que tenía proyectada, en que se proponía tratar extensísimamente la biografía de Cervantes y la crítica filosófica de sus libros. Por desgracia no pudo realizar tal propósito. Su agitada vida lo impidió, según cartas originales que de él conservamos, como recuerdos inestimables de su cariñosa deferencia, y sólo dejó dos nue-

vas obras, en parte biográficas, pero más propiamente de explicación, sugerida por virtud de sus ideas alambicadas ó sus bizarrías imaginativas, todo ataviado con las gracias de una elocución brillante.

Una de ellas, *La verdad sobre el Quijote*, fué publicada en Madrid por Gaspar y Roig, en 1878, un año después de haber aparecido la *Vida de Cervantes*, escrita por nosotros y publicada en Cádiz por nuestro antiguo amigo D. José Rodríguez y Rodríguez, para la edición económica que allí se hizo del *Quijote*. La otra, fué una *Vida de Cervantes*, que se insertó al frente de la lujosísima reimpresión del *Quijote* que llevó á cabo la casa de Montaner y Simón, de Barcelona, año de 1880.

XXXVI

Imperfecciones y mérito de las dos biografías de Benjumea.

Entrambas biografías son incompletas y deficientísimas, como obras históricas, aunque ricas en interpretaciones peregrinas, algunas de ellas de todo punto inadmisibles. Benjumea, llevado de su espíritu sutil y de su imaginación fecundísima, con un talento analizador sorprendente, quería aclarar todo lo dudoso, ó llenar los vacíos que se notan sobre ciertos asuntos y años de la vida del Autor complutense, recurriendo á la caprichosa aplicación de muchos pasajes de sus obras, para deducir consecuencias de ellas, y demostrar semejanzas, y hasta identidad de hechos personales y autobiográficos.

Ejemplo de esto, bien notable en verdad, es el que se refiere á la precipitación con que marchó Cervantes á Italia, donde le encontramos de paje del Cardenal Aquaviva, desde principios del año de 1569, por lo menos. El documento que descubrió Morán, y se refiere sin duda á otro Miguel de Cervantes, sirvió á Benjumea para idear una nueva leyenda, que no puede aceptarse, detenidamente examinada. Benjumea cree que Cervantes alude á casos reales de su vida en la comedia *El Gallardo español* y la novela *La Gitanilla*, casos que adapta á la explicación que se acomoda á sus propósitos, pero sin fundada base.

“Aceptando, (dice) como no es posible dejar de hacerlo, que Cervantes nos dió en esta novela (*La Gitanilla*) una breve ojeada sobre el período más oscuro de su vida, tenemos cuatro versiones sobre el hecho que motivó su fuga de Madrid. Dos de ellas las da el mismo Cervantes, una en la comedia *El Gallardo español*, y otra

en la novela que acabamos de examinar. Las otras dos versiones, se encuentran, una en la *Real provisión* ya mencionada, y otra en un libro intitulado *Un paseo á la patria de Don Quijote*, escrito por D. J. Jiménez Serrano, versado en las tradiciones de la Mancha respecto á Cervantes, en donde refiere que, cuando éste trató de su boda con D.^a Catalina, se opuso al enlace, con el mayor encarnizamiento, un *primo* de dicha señora, hidalgo presumido y ridículo que no conceptuaba á Cervantes par con la alteza de su familia. El fondo, en todas ellas, pudiera ser una pendencia con armas y un herido, ó, lo que es lo mismo, conflicto de nuestro héroe con la justicia humana. Naturalmente, de estas cuatro versiones, parece que debemos preferir las dos de Cervantes, y entre estas dos, la que se halla en la novela *La Gitanilla*. En la comedia de *El Gallardo español*, hay mezcla de invención y de verdad; y tal vez las verdades queden reducidas al hecho de la pendencia con espadas. En *La Gitanilla*, todo parece relato histórico, sin mezcla de ficción alguna, y, sobre todo, abona ese testimonio el que no sólo explica el suceso principal, sino que todos sus detalles son útiles y fijan puntos referentes á su estancia y salida de Madrid”.

Interpretando Benjumea ficciones de la imaginación por sucesos efectivos, había de equivocarse por precisión. Ciertamente que en la comedia *El Gallardo español* hay un personaje, soldado valiente, joven discreto é ingenioso, apuesto, decidido para todo trance de honor, que se llama Saavedra, y cuyos altos intentos y recto carácter semejan los del propio Cervantes Saavedra, de Alcalá; pero no por eso ha de darse como seguro que Margarita Vozmediano representa á su mujer D.^a Catalina, cuando la pretendía y cortejaba en su adolescencia. El Saavedra de la comedia, por oponerse un hermano de su adorada á que Cervantes se despose con ella, riñe con él y le hiere, y se ve en la necesidad de ausentarse de España y huir á Italia, donde se alista como soldado y sigue las vicisitudes de la existencia militar, hasta parar en las mazmorras argelinas.

Dando todo esto como exacto, ya juzga Benjumea que no hay que pensar ni averiguar nada respecto á la precipitada marcha de Cervantes á Roma. Fué, indudablemente, por aquel lance amoroso y desgraciado. Ahora, tenía que buscar los medios de conducirlo á Italia, y hasta señalar el itinerario. Entonces se fija en aquel Alonso Hurtado, de *La Gitanilla*, y da por seguro que no puede ser otro sino el mismo Cervantes, quien, desfigurando hechos, cuenta las peripecias de su fuga, temeroso de caer en manos de la Justicia.

En la novela, Alonso Hurtado, acompañando de noche á un joven de ilustre familia, con la que estaba emparentado, por galanteos y celos, sostiene contienda con los rivales de su amigo. Sacan las espadas ambos y dejan muertos á su contrario y al criado que con él iba. Por haber indicios ciertos de que ellos habían sido los matadores, después de las precauciones necesarias y de haber estado ocultos en un monasterio de jerónimos durante algunos días, huyen de Madrid, el joven principal, vestido de fraile, para Aragón, y el paje, en traje de mozo de otro fraile, con propósito de ir por tierra hasta Sevilla ó Cartagena y embarcarse para Italia. Benjumea quiere que se tenga por verídico el itinerario de esta huída, y dice que no hay ya cosa más clara y bien sabida en la juventud de Cervantes.

Pero esta leyenda, ideada sobre supuestos falsos, concluye por ser completamente imposible desde que se la quiere dar viso de certeza, y hasta garantía de plena autenticidad, autorizándola con el vago documento que descubrió y publicó Morán. No se sabe, ni aun por semejas, que el Miguel de Cervantes, de la Real provisión, sea el Miguel de Cervantes, de Alcalá de Henares. Y ¿se ha de querer confirmar su contenido, y aplicarlo, por medio de ingeniosas explicaciones, exacta y rigurosamente, á Cervantes Saavedra, como verdad aquilatada é indiscutible? ¿No se ve lo infundado del prejuicio, la imposibilidad del acierto, lo gratuito de la afirmación?

Si este modo novelesco, y no pocas veces arbitrario, de interpretación se generalizara, no habría incidente amoroso, ni suceso alguno en las composiciones de la imaginación, que no pudieran estimarse como datos certísimos para el conocimiento profundo de los respectivos autores, en sus aspectos psicológico y autobiográfico. El modo de escribir *Vidas* de varones ilustres, por el estilo que adoptó Benjumea en su última

obra, es ocasionado á muchos errores, y se presta á juicios poco seguros, como todo lo que estriba principalmente en las suposiciones y las conjeturas. Una historia anecdótica, de impresiones, donde se procure fascinar con las galas del estilo, con muchas explicaciones alambicadas de hechos y sucesos no probados, demostrará mucha ingeniosidad, mucho talento, muy fina percepción, mucho deseo por presentar los asuntos á nueva risueña luz; pero no será un trabajo biográfico, en la rigurosa acepción de la palabra. Llegará á ser, como el hermoso boceto de Benjumea, admirable obra de sentimiento y belleza artística; pero no podrá dar idea, rígidamente cierta, de la vida de un escritor, porque mezclado lo fingido con lo evidente ó lo inverosímil, más bien será novela histórica que historia crítica.

Cuando Benjumea abandonaba su predilecto sistema de explicación conjetural, su libro es una preciosidad de buen criterio y escogido decir. Cuando se limitaba á ocuparse en los hechos demostrados, realmente históricos, conservando la estricta verdad, aunque revistiendo los pensamientos con el brillante atavío de su dicción, siempre fácil y seductora, entonces sí que puede decirse que nadie ha escrito páginas más perfectas acerca de Cervantes. Su pluma parece pincel de divino artista, que en todos sus rasgos revela la grandeza de su veneración y la intensidad de sus fervorosos sentimientos. Parece que es su corazón, lleno de santo cariño á Cervantes, el que le dicta y escribe aquellas alabanzas en que expresa, con verdadera magnificencia de conceptos, su admiración. En medio de tanto y tan notable como se ha publicado acerca del cautiverio, entendemos que poco ó nada puede exceder á la prodigiosa forma con que él ha narrado en su *Vida* la epopeya del inmortal milite de Lepanto y heroico caballero en Argel. Son trozos de viril elocuencia todos sus párrafos. (1)

(1) Véase, como muestra del gallardo y espléndido estilo de Benjumea, este párrafo en que habla de la permanencia de Cervantes en Sevilla, y el beneficioso influjo que en su inteligencia ejerció para el perfeccionamiento de sus facultades creadoras:

“Roma triunfante en ánimo y riquezas, “como la llama en su famoso soneto, era Sevilla una de las capitales más dignas de estudio por la diversidad de gentes que encerraba, por su morería y judería, la Macarena y Triana, la Cava y el Matadero, su muelle famoso y Atarazanas, su Torre del Oro, Alcázar y Basílica, sus mercados é industrias, paseos y monumentos; y tanto por esto como por el humor festivo de sus naturales, que tanto se avenía con el de nuestro festivo Escritor, debió ser su predilecta ciudad, según lo testifican varios pasajes de sus obras. Era también Sevilla una de las capitales donde más se cultivaban las Bellas Artes, y de

donde salían más notables poetas y pintores, y bajo este aspecto, Cervantes no debió echar mucho de menos la vida en Madrid ni las relaciones con gente de valer. Allí hizo conocimiento con el célebre pintor y poeta Francisco Pacheco, uno de los hombres más eminentes de aquel tiempo y que más honraba á la ciudad del Bétis, donde tuvo su cuna. Esto fué hacerlo con todas las personas principales ó de valía que en la dicha ciudad moraban ó iban á visitarla, especialmente de las que se dedican al estudio de las Ciencias, las Artes, y demás profesiones liberales. El estudio de Pacheco, al modo que lo fué el de su tío, era como especie de Academia ó Ateneo abierto á todo hombre de ingenio y virtudes, en el cual recibían del pincel y de la pluma del pintor poeta, el diploma de inmortales, incluyendo sus retratos y alabanzas en unas descripciones que desde joven comenzó á hacer de varones ilustres á quienes conocía. Por entonces

XXXVII

Benjumea como crítico.

Acerca de su crítica literaria, no hay que decir sino que siempre está superiormente hecha y es de muy altos vuelos. Quizás, por las mismas vehementes dotes de su imaginación y las elevadas intuiciones de su inteligencia, llega hasta la exageración algunas veces; pero ¡qué profundo es siempre y con qué facilidad tan admirable, novedad y seducción, lo dice y persuade todo!

Véase, si nó, este juicio original que emite acerca de la verdadera significación é importancia de los libros de caballerías, tan contrario á lo que generalmente se ha dicho y aún se dice de ellos:

“Hay razones que persuaden, sin ser posible otra cosa, de la viva afición de Cervantes á los libros caballerescos en los primeros años de su vida. Dígase lo que se quiera en contra de estas producciones, es lo cierto que representaban un mundo fascinador de princesas y doncellas hermosísimas, sabios de misteriosa ciencia que cambiaban á su antojo las leyes de la Naturaleza, y héroes de gallarda apostura, extremados en valor, aventureros, enamorados, que vivían por la belleza, despreciando peligros y odiando el mal y los malvados. No hay duda de que la ciencia milagrosa del mago, el influjo incontrastable de la belleza de la dama y la virtud del caballero, debieron ganar muy luego el corazón y la voluntad de un joven poeta. Los que creen que estos libros eran vanos y perjudiciales á la república, no dejarán de confesar que, por lo menos, ese pintar el mundo con tan bellos co-

lores, dando tanto poderío al valor, al amor y á la hermosura, debió influir poderosa y favorablemente en la imaginación de los lectores, como se verificó en Cervantes, predisponiendo su natural expansivo y noble á correr en pos de un ideal, á confiar mucho en la virtud, á acometer peligros grandes y á esperarlo todo como justa recompensa del sacrificio, del heroísmo y de la abnegación. Todos los hechos de Cervantes, ya adulto, nos dan á conocer que, desde muy temprano, vivió en un mundo artificial, en una atmósfera poética, en un laberinto de quimeras bellísimas, forjadas por una fantasía ardiente y un corazón bien nacido; y esta región fantástica debió gran parte de su sér á la lectura de los libros de caballerías. Coincidencia extraña es, pero innegable, que desde que empezó la cruzada de exterminio contra estos inocentes, como nuestro Autor los llama, empezó la decadencia de nuestra patria. Y no se culpe á Cervantes de haberles dado el golpe de gracia, pues cabalmente el *Quijote* fué su tabla de salvación de un completo olvido. En este poema, de un modo reflejo, porque directamente hubiera sido empresa vana, se conserva y consagra lo bueno y aceptable de la andantesca literatura, y se condenan sus defectos; pero nunca, indirectamente, se condena al fuego lo verde y lo seco, á los justos y á los pecadores”.

Benjumea trata con mucho interés la crítica del *Quijote*, siempre en el sentido simbólico y alegórico, que era su fuerte y su principal recurso para escribir hermosos juicios acerca de la insuperable obra del Maestro. El *génesis* del *Quijote* lo encuentra en las mismas adversidades con que luchó Cervantes en todo el discurso de su vida, siempre puesta su espada y su pluma al servicio de todo lo elevado, justo y magnáni-

era tal la afición á la poesía entre los sevillanos, que apenas había profesión de que no saliesen versificadores; consecuencia natural del gran movimiento y cultivo que se daba á las Letras por un no corto número de hombres esclarecidos, cuyas obras corrían de mano en mano y eran celebradas por todos. Poco era menester para propagar el contagio en un suelo donde el ingenio es tan vivaz y la Naturaleza tan fascinadora con la brillantez de sus colores, y así no es de extrañar que hubiese poetas, ó por lo menos llamados tales, en los claustros como en las oficinas, en las escuelas como en los mercados. Cervantes no dejó de notar y satirizar este asalto que la población en masa pretendía hacer del Parnaso, cuando hace decir á Monipodio que “todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá á hacer dos millares de coplas en daga las pajas, y cuando no saliesen, como deben, añade, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos henchirá las medidas á todas horas”. En efecto, canónigos, beneficiados, jueces, abogados, procuradores, médicos, escribanos, regidores, veinticuatro, comerciantes, mercaderes,

militares, músicos, barberos, peluqueros, batihojas, carpinteros, sacristanes, alguaciles, en suma, de todo menester, profesión y oficio, se daban á este pasatiempo, según la relación y cuenta detallada que se lee en una carta satírica de aquel tiempo, escrita por un sobrino del mismo Pacheco. Ni se diga, por esto, que muchos de los tales ingenios legos no llegasen á alcanzar cierto grado de perfección, aunque no han tenido la fama que otros, pues en la colección de retratos de Pacheco se celebran muchos, como Sancho Fernández, artífice de oro y plata; Antonio de Vera Bustos, dentista y oculista; Diego Girón, Juan Márquez de Aroche y Pedro de Mesa, maestros de esgrima y discípulos del famoso Jerónimo Carranza; Manuel Rodríguez, insigne maestro en la música de arpa, y Pedro de Madrid, no menos notable en la de vihuela. Ello es lo cierto, que la ciudad de Sevilla parecía una nueva Atenas de la poesía y que el estudio de Pacheco era como el Areópago donde se juntaban y comunicaban los más calificados maestros en la elocuencia, en la poesía, en las ciencias y en las artes liberales”.

mo, y siempre perseguido, escarnecido y humillado, porque no se llegaba á comprender la sublimidad de sus intentos. La más amarga experiencia había hecho sentir á Cervantes toda la deformidad de los egoismos y las maldades.

Mientras más noble, más recto, más generoso, desinteresado, sabio y puro en sus actos era un hombre, con más encarnizamiento le perseguían los fátuos, los ignorantes, los positivistas, los viciosos, los perversos. El varón heroico y de altos pensamientos animado, siempre quedaba ridiculizado ó vencido en la guerra titánica que él solo quería sostener contra los viles esclavos de sus pasiones, devaneos, codicia, lujo, ambiciones é instintos criminales. El varón justo, el modelo de virtudes, el patricio integérrimo, el apóstol de las enseñanzas generosas, ése era constantemente objeto del ludibrio, del desagradecimiento ó de la ruindad. Derribado en tierra, herido de la persecución y de la calumnia, de la burla y de la risa, terminaba la existencia en el abandono y la más mísera escasez, crucificado como el Cristo, por haber querido, á imitación de él, una nueva regeneración de la sociedad.

Para crear, pues, su tipo ideal, ese hidalgo de soberanas iniciativas, que, por lo sublimes, parecen delirios de loco rematado, no necesitaba Cervantes sino penetrar en sí mismo, copiar el conjunto fiel de su propia vida, exteriorizar sus mismas soñadoras empresas, identificar, en una palabra, lo que era él, en su misma conciencia y esencia, con lo que había de significar su heroico caballero en el pensamiento y las realidades de la existencia en la Humanidad.

Benjumea entiende, no sin razón, que sin haber estado dedicado Cervantes por tantos años á la vida prosáica de sus comisiones y molestas tareas de comisionista y recaudador de alcabalas en Andalucía, no hubiera podido nunca adquirir y completar su enseñanza para la creación de los incomparables tipos simbólicos de su original epopeya.

"Cervantes vivió (dice) hasta la edad de cuarenta años en la región de Don Quijote, levantados los pies del polvo y la cabeza en las nubes. Faltábale vivir en la región de Sancho, sentado el pie sobre la tierra, para pintar, como pintó luego, los dos polos de nuestras inclinaciones, los grandes contrastes de la vida. El Genio es como el Sol, dice Cervantes; pasa por lo más inmundo y no se mancha, y así como el hombre vulgar se envilece en humilde estado y ocupación, el hombre superior saca partido de todo, y desde cualquier punto sabe extender su mirada observadora y enriquecer su noble inteligencia. Esto sucedió á nuestro ingenio en su nuevo empleo. Dió-

le ocasión de estudiar á los hombres de estatura mediana y pequeña en su trato ordinario, de ver muchedumbre de pueblos, observar sus costumbres, notar sus vicios, penetrar en el laberinto de sus intereses mezquinos, luchas pequeñas, bajas ambiciones y resortes miserables de odios y de afectos. Necesitó esta escuela nuestro ingenio para completar su mundo cervántico, para conocer á fondo el corazón humano, como fué necesario al gran dramático inglés su contacto con los negocios y especulaciones para crear su gran mundo shakesperiano. Los grande genios tienen en sí el elemento divino y sólo necesitan concentrarse, hacer un movimiento introspectivo, para hallar figuras ideales y sublimes".

XXXVIII

Algunas deficiencias del último libro de Benjumea.

Benjumea no se extendió en su última obra sobre algunos casos importantes en la vida de Cervantes, y su trabajo se resiente de cierta precipitación, á que le obligarían seguramente los límites á que tendría que reducirlo. Por eso, en lo respectivo al período de tiempo que estuvo Cervantes en Valladolid, y contrariedades que allí sufrió por la muerte del caballero Ezpeleta, es más extenso, aunque sin decir tampoco toda la verdad acerca del proceso, en su biografía de 1878, que en la *Vida* de 1880. En pocos renglones trata en ésta el asunto, como de pasada y por decir algo. Por inadvertencia de Benjumea, llegó hasta dar crédito á una anécdota, propalada respecto de una fingida entrevista de Cervantes y Lope de Vega en el locutorio del convento, donde se creía que estuvieron de monjas, las^a hijas naturales de ambos, D.^a Isabel de Saavedra y D.^a Marcela de Vega y Luján.

Esa anécdota fué copiada por Morán en su *Vida*, en la que se recuerdan varios discreteos ingeniosos que, sobre sus deslices juveniles, mediaron entre los dos grandes autores. Pero, cuando escribió Benjumea en 1880, ya no se podía sostener como válida ni aceptable la profesión de D.^a Isabel, pues el Marqués de Molins no logró encontrar en el archivo del monasterio de las Trinitarias, ni un indicio, ni una prueba afirmativa; y por tal razón, ya sostuvimos nosotros en 1876 que la hija natural de Cervantes no fué nunca monja, como se ha demostrado después plenamente.

Sensible es que Benjumea pasase con tanta ligereza sobre otros puntos de la vida de Cer-

vantes, en sus últimos años, y dedicara más espacio del merecido para defender á todo trance sus primeras impresiones acerca de un retrato que, como representando á Cervantes, en traje de marinero, se suponía existir entre las figuras de un cuadro de Pacheco, hecho por encargo de la Orden de la Merced de Sevilla. Ninguna de las ingeniosas observaciones y sutilezas con que procura Benjumea invalidar las razones y argumentos en contrario, aciertan á dejar en claro el comprobante indispensable sobre la verdadera autenticidad del retrato. Puede serlo, ó no. Hasta ahora, la duda subsiste y subsistirá. Ha de ser siempre cosa inexplicable por qué había de pintar Pacheco en traje de mercenario al Padre trinitario Fray Juan Gil, su benéfico y único salvador del cautiverio, y á su favorecido y libertado, Miguel de Cervantes Saavedra, vestido de marinero. Esto, sin entrar en otros reparos, que á su debido tiempo haremos, y demostrarán la equivocación manifiesta de haber aceptado como verdadera efigie de Cervantes la fisonomía, aunque expresiva, de otra persona, real ó inventada por el artista.

El juicio crítico que hace Benjumea del *Perfiles y Segismunda*, es muy notable, especialmente por el carácter autobiográfico que pretende darle, adaptando á sucesos de su propia vida los pasajes que cree conducentes á su propósito; aunque ya hemos dicho ántes que este sistema de crítica induce muchas veces á deplorables extravíos, que tuercen el curso de la narración, ó lo desfiguran por necesidad imprescindible. Lo mismo sucede con su crítica, demasiado sutil, acerca de *El Licenciado Vidriera*, donde podrá existir todo lo que Benjumea adivina; pero, en hecho de verdad, no se ve con claridad por ninguna parte lo que se le ocurre, por más que, en varias ocasiones, la extrema bizarría de la explicación seduzca poderosamente con las apariencias, aunque no lleve la convicción al entendimiento. Es muy curiosa la relación que establece entre el capitán Diego de Valdivia, (que saca de cascos al estudiante en leyes, Tomás Rodaja, para marchar á Italia como soldado á sus órdenes, aunque no se ponga su nombre en la lista de la milicia) y el alcalde del mismo nombre y apellido, á quien probablemente debió Cervantes sus primeras comisiones en Sevilla y su comarca. Pero por las meras analogías de nombres y apellidos, no es posible ni acertado deducir consecuencias tan rigurosas, que lleguen á probar lo que procura, sin que asalte al más complaciente alguna duda. Tal similitud puede al cabo resultar improcedente, si con el mayor detenimiento se examina.

Está más acertado Benjumea cuando censura la apatía de los contemporáneos de Cervantes en estimar sus merecimientos y premiar sus servicios. Con frases que salen del alma, execra la maldad é injusticia de sus enemigos. Y con profunda indignación se lamenta de que, no ya los extraños, no ya los émulos, sino hasta su misma familia olvidasen los más sagrados deberes que le imponían la buena memoria del difunto y el propio cariño y agradecimiento. Realmente, es bien extraño, que señora tan amante de su marido, tan buena y tan conocedora de las prendas relevantes de inteligencia de su esposo, dejara sin publicar las últimas obras que produjo su delicioso numen y quedaron inéditas entre sus cartapacios y manuscritos. La segunda parte de *La Galatea*, *El Famoso Bernardo*, *Las Semanas del Jardín*, muchas de sus composiciones dramáticas más antiguas, todo ese riquísimo tesoro de gracias, primores y maduros frutos de la vejez, quedó perdido para siempre con irreparable perjuicio de la Literatura patria.

¡Desgraciado Cervantes, hasta después de su muerte, ni aun su misma familia, ni aun su misma esposa, la adorada de su corazón, supieron tributar el debido homenaje á su gran talento!

Si Benjumea hubiera podido realizar el propósito de toda su vida, la publicación de sus *Comentarios filosóficos sobre el Quijote*, sería una completísima y admirable obra la que de él poseeríamos; mas no vió cumplida su aspiración. Sorprendióle la muerte á poco tiempo de impresa la edición de Barcelona; quizás quedaron en Londres, quizás se han extraviado, muchos de sus apuntamientos y manuscritos.

Pero lo que dejó publicado, basta para el enaltecimiento de su memoria; y en la Literatura española del siglo XIX, y entre los cervantistas nacionales y extranjeros, ocupará siempre sitio preferente por sus eximias prendas de crítico y pensador.

XXXIX

Algunas palabras sobre nuestra "Vida de Cervantes".

Favorable acogida que obtuvo.

Juicio crítico de D. Francisco Miquel y Badía.
Biografías más notables escritas por extranjeros.

Elogio de D. Leopoldo Rius y Llosellas.

Terminado el análisis de las biografías de Cervantes, que se han escrito y publicado en castellano, que era lo que nos proponíamos en

este Discurso preliminar, hemos de añadir ahora algunos párrafos para dar breve idea de nuestros propios humildes trabajos é investigaciones.

El examen de las *Vidas de Cervantes*, escritas por extranjeros, aunque estén algunas traducidas al castellano, como las de Ticknor y Viardot, y entre las cuales se hallan trabajos tan concienzudos y magistrales como los de Chasles, Duffiel, Wast y Fitzmaurice-Kelly, se hará en el capítulo que dedicamos en nuestra obra á la *Bibliografía cervántica en los tiempos modernos*, materia de mucha curiosidad y para la que ha dejado reunidos inestimables tesoros de asombrosa erudición el ilustre cervantista D. Leopoldo Rius y Llosellas. (1)

La *Vida de Cervantes*, escrita por nosotros, en 1876, la penúltima entre las estampadas en español, fué bien acogida de la opinión pública y favorablemente juzgada en España y en el extranjero. Mejor que hablar nosotros acerca de su contenido, entendemos que ha de ser, y más oportuno, reproducir uno de los juicios más imparciales que se publicaron sobre nuestro trabajo, y es debido á uno de los literatos que gozan de mayor autoridad en nuestra patria, D. Francisco Miquel y Badía, el docto crítico del *Diario de Barcelona*:

“Somos entusiastas de Cervantes (dijo) y sentimos admiración por el *Quijote*, y acaso por estas mismas razones tenemos inclinación á mirar de reojo á los críticos y comentaristas, y muy especialmente á los correctores de una obra, cuyo mejor comentario se funda en sus mismas palabras; en sus mismas aventuras, regocijadas al parecer, dolorosas muchísimas veces; en el caudal de pensamientos, llenos de alteza en unas páginas, de asombroso criterio práctico en otras, y siempre tan bien medidos, tan acordadamente expresados, que bien pudiera decirse de ellos lo que de la buena música escribe su autor: “que compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu”.

(1) Este admirador entusiasta de Cervantes, no será nunca bastantemente elogiado. Puede decirse que consagró por entero su vida al culto de su autor predilecto. Desde su niñez se dedicó á reunir ediciones del *Quijote* y toda clase de libros y folletos relativos á Cervantes y sus obras. Era Rius catalán, persona de gran ilustración y fino trato. Llegó con su constancia, y á costa de inmensos sacrificios, á ver satisfecho su deseo de poseer la mayor parte, cuando no todas, de las ediciones hechas del *Quijote* y de las demás obras de Cervantes, en diversos idiomas.

Su colección, que hoy es propiedad del distinguido bibliófilo de Barcelona, D. Isidro Bonsoms, es única y sola en su clase. Es la mayor riqueza bibliográfica cervantina que se conoce, no sólo en España, sino en toda Europa y América. El *Catálogo* que ha dejado escrito Rius, de su biblioteca, con el título de *Bibliografía crítica de las obras de Cervantes*, será siempre un testimonio de su laboriosidad y un título al aprecio de sus compatriotas. Rius es más conocido entre los bibliógrafos y personas estudiosas del extranjero que en España, donde el hombre modesto, que trabaja sin otro anhelo que el de obedecer á sus inclinaciones estudiosas, ajeno á la

Pero no porque nos causen espanto las críticas y comentarios de Clemencín, pongamos por caso, llevamos nuestra aversión á los trabajos de la clase indicada hasta el punto de apartarlos del alcance de nuestras manos, como cosa pecaminosa, y de no quererlos hojear para ver si en sus páginas encierran materia aprovechable. Confesamos con gusto que nos ha proporcionado deleitosos ratos la lectura de estudios sobre Cervantes y el *Quijote*, hechos por Díaz de Benjumea, Valera, Tubino, Hartzenbusch y otros insignes escritores contemporáneos, de los cuales es de aplaudir la crítica feliz en unos y la investigación minuciosa y disquisición sutil sobre puntos oscuros en los otros. En este grupo colocamos al infatigable cervantista D. Ramón León Máinez, que acaba de publicar en Cádiz una completísima *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, y que está dando á luz con notas y comentarios una edición de su obra maestra *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Títulos tenía el Sr. Máinez al aprecio de los apasionados de Cervantes, por los trabajos que llevaba impresos sobre temas cervantinos y por la constancia y desinterés con que, á fuerza de penosos sacrificios, ha sostenido y sigue sosteniendo en la ciudad de Cádiz el periódico *La Crónica de los Cervantistas*; pero los habrá adquirido mayores todavía á la gratitud de los aficionados á las Letras con la publicación de la biografía mencionada, de la cual apuntaremos lo más granado y digno de llamar la atención de las personas medianamente ilustradas, aun cuando no se llamen cervantistas ó cervantófilos, ni por tales se tengan.

Hemos dicho que la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, escrita por D. Ramón León Máinez, era completísima, y no titubeamos en afirmarlo nuevamente. Reseña su autor de un modo cumplido los sucesos de la trabajosa existencia de Cervantes, haciendo resaltar los más culminantes, y poniendo muy de relieve las virtudes, el valor y el levantado ánimo del Príncipe de los Ingenios españoles, así como los actos de heroica abnegación que llevó á cabo, en particular durante su cautiverio en Argel.

El Sr. Máinez, que escribe en estilo fácil y gallardo y con vigorosa elocuencia, encuentra frases conmovedoras para pintar los momentos tristes de la vida del Autor del *Quijote*, así como arranques de indignación para anatematizar á los que, llevados del desprecio ó de la envidia, eran causa directa ó indirecta de las pesadumbres que sufría y de la miseria que arrastraba. Pobre vivió Cervantes, porque

vanidad y sin curarse de aplausos, pasa generalmente desconocido y mal estimado. Al poco tiempo de publicado por Rius el primer tomo de su obra monumental, bibliográfica y crítica, labor de toda su vida, falleció en Barcelona el año de 1898.

Dejó concluido su trabajo, del que ha salido á luz un segundo tomo, y aún hay material dispuesto para un tercero, según nos comunican.

Es muy sensible que una obra tan útil y de reconocida importancia, no haya sido casi citada ni elogiada por la prensa española, cuando tanto ingenio se suele derrochar en el periodismo de nuestra patria para describir las bárbaras corridas de toros y dar cuenta de las más insignificantes menudencias de nuestra mezquina política.

Llegará un día en que se comprenderá todo el valor del minucioso trabajo de Rius, y su nombre será entonces ensalzado á la medida de sus verdaderos méritos. ¡Pobre, tardía y única recompensa que otorgará España á aquel eminente bibliógrafo, que sacrificó hacienda, salud, reposo, posición y hasta su vida por la gloria de Cervantes! ¡Bendita sea para siempre su memoria!

fueron escasísimos los rendimientos que sus obras le produjeron. Mas ¿debióse este resultado á indiferencia, ó llamémosla estupidez, de sus contemporáneos? ¿Pasó inadvertido el *Quijote* á su aparición y en los años próximos á la misma? No por cierto. En Valladolid, corte á la sazón, residía Cervantes cuando salió á luz en 1605 en Madrid, la Primera parte de su obra prodigiosa. Estampóla, como es sabido, Juan de la Cuesta, y en el mismo año se repitió la edición de Madrid y se hicieron dos en Lisboa y dos en Valencia. En 1607, se publicó otra en Bruselas; en 1608 dió su tercera edición, y en Milán y Bruselas se imprimieron otras en 1610 y 1611 respectivamente. Dedúcese de ahí que *El Ingenioso Hidalgo* fué muy leído y saboreado desde su nacimiento, y que no todo el mundo compartiría la errada opinión de Lope de Vega, cuando escribía: "De poetas no digo; muchos en cierne para el año que viene, pero ninguno tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á *Don Quijote*".

No se debieron, pues, á nuestro entender, al desdén de sus coetáneos las amarguras del Manco de Lepanto; otras serían las causas, y tal vez una de ellas, no despreciable, el género de Literatura á que se dedicó. Si hoy día, con leyes de propiedad literaria que lo regulan todo, con facilidades de comunicación y de publicación verdaderamente portentosas, andan en España los novelistas sacando á duras penas de las obras que escriben un jornal modestísimo, ¿qué había de acontecer allá por los años de 1600, en que carecían de tales ventajosas condiciones? Se dirá que Lope y Calderón vivieron holgadamente, y hasta con rumbo, á lo cual opondremos nosotros que el Teatro ha sido siempre en nuestra tierra la sola mina que lleva filones de oro para sus cultivadores, y de muy especial manera para quienes, como Lope y Calderón, fueron y son estrellas de primera magnitud en el horizonte literario.

* *

Encariñado con su héroe, muéstrase por lo tanto algo duro, por no decir apasionado el Sr. León Máinez, en las invectivas que dirige á personas, elevadísimas algunas de ellas, que dejaron de socorrer á Miguel de Cervantes Saavedra en sus cuitas y necesidades. Entre las mayores porque pasó este inspirado Ingenio, se encuentra la de su prisión por achaque de cuentas, en las que no le cabía mínima culpa. "¿Qué podía engendrar, (dice) el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitación?" Esta cárcel supuso la tradición, y así se ha venido creyendo, que fué la casa de Medrano en Argamasilla de Alba, en donde el inteligente editor D. Manuel de Rivadeneyra llevó á cabo en 1865 la edición del *Quijote*, lindo ejemplar de la tipografía española. "Bajo aquella bóveda—escribe el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, en el elegantísimo prólogo que va en la edición—que se alza poco más de dos metros sobre tres de anchura, y cuya longitud se acorta con la escalera de descanso al piso más bajo; en aquel tenebroso encierro, en aquel angustiado cofre de cal y canto, concibió la fecunda mente de Cervantes la idea vastísima, triste alguna vez, regocijada casi siempre, de su *Don Quijote*".

Lástima grande que no sea verdad tanta belleza, viene á decir D. Ramón León Máinez al sostener, con citas repetidas, con fechas y con numerosas observaciones, que no hay tal prisión de Argamasilla ni tales carneros; que son verosímilmente falsos y forjados á capricho los supuestos sucesos ocurridos en aquella aldea al infeliz comisionado de apremios del Rey Felipe II; y que, la cárcel á que aludió en

el prólogo del *Don Quijote*, es la de Sevilla, en cuya opinión concuerda con la apuntada por Fernandez Guerra, y algún otro crítico. Cuestión es ésta muy controvertida y muy controvertible, que no nos toca fallar á nosotros, y que ha dado y dará tema de larga discusión á los escritores cervantistas.

* *

Los más conspicuos entre éstos han discutido también no poco, sobre quién fuese el autor del llamado *Quijote* de Avellaneda. Atribuyóse al Padre Aliaga, confesor de Su Majestad, aserto que negó con fundadas razones el Sr. Tubino. De Fr. Juan Blanco de Paz, primero, y después del dominico Francisco López de Úbeda, autor de la *Picara Justina*, lo juzgó el Sr. D. Nicolás Díaz de Benjumea. Á otro religioso dominico, Fr. Alonso Fernández, se lo endosó el Sr. D. Adolfo de Castro, para traspasarlo luego á D. Juan Ruiz de Alarcón, alegando para ello razones por extremo sutiles é ingeniosas; y, por fin, aparece en el palenque el Sr. D. Ramón León Máinez, y dice tener por cierto que el autor del falso *Quijote* fué Frey Lope Félix de Vega Carpio, aun cuando en la página anterior á la en que tal cosa afirma, manifiesta que no pretenderá descifrar el enigma del apellido de Avellaneda. Mucho tememos que, como enigma permanezca por ahora, y no creemos pecar de aventurados vaticinando que las observaciones aducidas por el Sr. Máinez—dignas empero de ser tenidas muy en cuenta—para probar en favor de Lope la paternidad de la continuación del *Quijote*, vengan á aumentar el caudal de ingenio, empleado en este punto por los investigadores cervantinos, sin resultado positivo é irrefutable á la fecha en que escribimos estas líneas.

Nos hemos detenido con exceso en los dos extremos anteriores, y esto nos obliga á consignar por manera más sucinta, si cabe, cuanto deseábamos, y nos falta exponer, acerca de la nueva publicación del erudito cervantista gaditano. Hemos dicho que la biografía estaba trazada con mano firme y con noble entusiasmo, y nos toca añadir que, al par de la narración de los hechos en que intervino Cervantes, coloca el Sr. Máinez el examen y juicio de sus obras, en lo cual se muestra crítico perspicaz y levantado, huyendo por lo mismo de las pequeñeces á que tan inclinados han sido no pocos de los biógrafos y comentadores que le han precedido. Este criterio holgado, que tiene al *Quijote* por obra de una grandeza y de un interés humano, que no menguarán al través de los siglos; este criterio, que atiende á las bellezas, así de fondo como de forma, de aquella preciosísima creación, y que las celebra y ensalza sin que se apure por descuidos, incorrecciones y defectos de más bulto todavía, que no alteran la maravillosa contextura de la novela entera y de cada uno de sus capítulos; este criterio, que ve en el héroe manchego, algo más, mucho más que una simple figura de tapiz adrede inventada, para poner en aborrecimiento á los condenados libros de caballerías, y que, en el propio hidalgo loco, contempla la sublimidad de quien persigue generosa idea, sin temor á follones ni malandrines, sin que le asusten palos, puñadas, heridas y reveses de toda suerte; este criterio, que causa espanto á los gramáticos y retóricos quisquillosos, lo emplea el Sr. D. Ramón León Máinez al juzgar la obra capital de Cervantes y al dar á luz su texto en la edición que sigue á la *Vida*, en que nos hemos especialmente ocupado.

* *

No vendría á cuento ahora, ni tendríamos lugar y tiempo para ello, desmenuzar las correcciones que en alguna edición del *Quijote* se han hecho, y que, por fortuna, no han sido admitidas en las sucesivas que hemos hojeado, y entre

ellas en la de Cádiz que está publicando el Sr. Máinez. De esa crítica minuciosa, y equivocada por añadidura, dice con singular acierto el Sr. D. Juan Valera: "Es lo mismo que ponerse á considerar la Venus de Milo con un vidrio de aumento, deplorando las asperezas y sinuosidades del mármol, y prefiriendo el barniz, la lisura y el pulimento de una muñequita de porcelana".

Por no haberla seguido, felicitamos al autor de la excelente *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, objeto de este artículo, y que recomendamos á los entusiastas de este ingenio, lamentando que la índole de nuestro periódico, no nos consienta dedicarle mayor espacio, ni nos permita hablar de los comentarios y notas que el Sr. Máinez ha puesto al *Quijote*, y que, por muchas razones, algunas de ellas ya indicadas, hubiéramos preferido ver impresas separadamente del admirable y admirado libro, gloria imperecedera de las Letras españolas".

XL

Defectos de nuestra "Vida de Cervantes".

Continuación de nuestros estudios para corregirlos.

Nuestra nueva obra.

Estos encomios de nuestra obra, como los que agradecemos á nuestro Maestro en cervantismo y amigo muy estimado, el sabio escritor D. Mariano Pardo de Figueroa, que tan famoso ha hecho su nombre bajo el seudónimo de *Doctor Thebussem*; al severo crítico Revilla; al distinguido literato Sr. Vidart; al gran bibliógrafo español D. Leopoldo Rius y Llosellas; al célebre escritor hispanófilo D. Juan Fastenrath, y otros de no menor cuenta y valía; estos benévolos juicios, decimos, con que fué favorecido nuestro trabajo, ni nos envanecieron, ni menos llegaron á disipar nuestros temores acerca de las deficiencias de nuestra obra. Escrita hace veintisiete años, con el entusiasmo propio de la edad juvenil, cuando las impresiones y los no bien meditados juicios ocupan el lugar que más tarde conquistan la reflexión y el maduro examen, tenía por precisión que adolecer de muchas faltas é imperfecciones.

El mismo celo que nos guiaba para rechazar en nuestra narración todo lo que juzgábamos poco fundado ó sin certeza indudable, nos hizo incurrir en errores lamentables por obcecación.

Confesamos ingenuamente que sentimos haber rechazado entonces documentos, ó negado hechos, ya por meras suspicacias, ya por simples sospechas de equivocación de fecha ó visos de inverosimilitud; hechos y documentos que después hemos visto y comprobado en nuevos estudios é indagaciones. Otras veces, nuestro afán de perfección, nos hizo adelantar afirmaciones que hoy no seguimos, y noblemente manifesta-

mos nuestras inevitables faltas. El deseo de mejorar, reformar y complementar, hasta donde nos fuera dable, nuestras tareas cervánticas, nos alentaron á continuarlas con preferencia de nuestra voluntad y para solaz gratísimo de la inteligencia.

Y el producto de esta incesante revisión de datos, lectura de libros, estudio de manuscritos, examen de documentos, depuración de indicios, aclaración de antecedentes y fijación inequívoca de hechos y sucesos, es la nueva obra que acerca de Cervantes ofrecemos á la consideración pública, tan deseosos del acierto como desconfiados de haberlo conseguido. Si la labor literaria que emprendemos saliera á medida de nuestro intento, sería una manifestación perfecta de nuestra profunda admiración á Cervantes. Haremos, sin embargo, cuanto podamos, ya que nos sea imposible hacer cuanto queremos.

Nuestro propósito es escribir, con más extensión y riqueza de datos, observaciones y documentos que se ha hecho hasta ahora, una nueva *Vida de Cervantes*, porque, aun cuando son muchas las que conocemos y son leídas, en ninguna de ellas se hace un acabado retrato del Autor del *Quijote*, ni mucho menos se da cuenta del verdadero medio ambiente en que vivió y de las desfavorables circunstancias que le rodearon.

XLI

Gran copia de documentos y datos descubiertos por insignes eruditos contemporáneos.

Su trascendental importancia para perfeccionar las biografías sucesivas de Cervantes.

D. José M.^a Asensio. D. Cristóbal Pérez Pastor.

Los muchos documentos curiosos que en el último medio siglo pasado se dieron á luz acerca de Cervantes, entre los cuales merecen especial atención los estampados por el docto Académico de la Historia, D. José M.^a Asensio y Toledo, se han acrecentado últimamente con los recién descubiertos, y en parte publicados, por los señores D. Cristóbal Pérez Pastor, D. Francisco Rodríguez Marín, D. Ramón Santa María, y otros eminentes eruditos y admiradores de nuestro adorado Cervantes. Todos esos documentos son de exquisita significación biográfica y de excepcional valía, para conocer en toda su verdad y alcance la vida del escritor y las intimidades más dramáticas de su hogar, de sus luchas y zozobras, de sus propósitos y desgracias. Muchos de esos datos fehacientes, ignorados por comple-

to, ó mal conocidos, explican ó aclaran muchos puntos que estaban oscurecidos ó por averiguar y se referían sin la precision y puntualidad debidas. Son riquísimos materiales que ha aportado la erudición, para poder erigir un excelso monumento histórico y literario á Miguel de Cervantes Saavedra.

La colección de documentos hecha por el señor Pérez Pastor, y publicada bajo la protección del ilustrado Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros, es, sobre todo, de un valor inmenso. Hállanse allí noticias que exceden al mayor interés, completamente nuevas, y sirven para fijar fechas, rectificar errores, enmendar equivocaciones, referir sucesos que se ignoraban ó adquirir pormenores é indicios peregrinos, no ya sólo respecto de Cervantes, sino de personas y hechos de que habla él con encomio y aprecio en sus obras; como pasa, por ejemplo, con los originales pormenores que ofrecen los documentos acerca de Lope de Rueda, el famoso farsante sevillano.

¡Qué luz esparcen más hermosa sobre la vida doméstica de Cervantes y su familia los que ha logrado reunir el sabio erudito, ora acerca de D.^a Magdalena Pacheco de Sotomayor, la hermana beata de Miguel; ora referentes á su cautiverio y hechos militares; ya relativos á D.^a Catalina de Palacios, sus medios de fortuna, sus disposiciones testamentarias y la exacta lista de sus bienes muebles y raíces; ya sobre la cantidad mezquina que recibió Cervantes por sus *Novelas ejemplares*, y el contrato que estipuló en favor de Francisco de Robles!

El testamento del padre de Cervantes, Don Rodrigo, deja dilucidado, sin duda de ninguna clase, la fecha exacta de su muerte, y ha concluído para siempre con las noticias infundadas que sobre esto se sostenían, además de ofrecer informes fidelísimos acerca de todos sus hijos. Los datos que publica tocantes al fallecimiento de D.^a Leonor de Cortinas y las casas en que habitó los postreros días de su vida, son de un interés señalado, que nos ponen á la vista los secretos de aquel honradísimo hogar. También lo tienen muy grande las copias de escrituras que presenta Pérez Pastor, y se relacionan con D.^a Andrea, la hermana mayor de Cervantes, y con la hija de ésta, D.^a Constanza de Ovando.

Pero lo que supera á todo, es cuanto se saca á la luz pública relativo á la hija natural de Cervantes. En este particular se ha llegado á saber, gracias á los laudables desvelos del laborioso erudito, cuanto puede desear la curiosidad más exigente. Lo que se dió á conocer el año de 1876 en la *Revista de Archivos y Bibliotecas*, y que

al principio se creyó aplicable á otra D.^a Isabel de Saavedra, se ha visto ahora con la mayor claridad que se refería verdaderamente á la hija natural de Miguel. Aquellas capitulaciones matrimoniales, que parecían tratar de D.^a Isabel, hay que aceptarlas ahora como documento irrecusable, que testifica su desposorio con el escribano Luis Molina. Algunos de los pormenores que dió sobre este asunto en 1887 D. Julio de Sigüenza, se han confirmado, hasta un punto de convicción indubitable, por los novísimos datos que Pérez Pastor comunica.

Los testamentos de D.^a Isabel y de su segundo esposo, añaden infinidad de referencias, que hacen conocida en sus más mínimos incidentes la vida de los cónyuges y hasta las prendas morales y el carácter de ambos. Nada tan puntualizado, ni que haya quedado tan esclarecido en la existencia de Cervantes, como lo que respecta á su hija, casamiento, hijos, dote, bienes de fortuna y accidentes de su vida. Con entera certeza se puede afirmar quién fué su madre, cómo ingresó después en el seno de la familia, cuándo contrajo matrimonio por vez primera, cuándo la segunda, y hasta llegamos á informarnos, con la misma precisión que si hubiésemos tratado y visitado aquella casa, si los esposos fueron desgraciados ó felices.

Por el atento examen de tan valiosos originales, nos es dable asegurar que el matrimonio de su hija con Luis de Molina, resultó para Cervantes una contrariedad penosa y una mortificación continua. Las relaciones entre suegro y yerno fueron muy tirantes en los últimos años de la vida del gran Escritor, por cuestión mezquina de intereses por parte del segundo. No generoso como el yerno de Lope, que nunca molestó á su padre político pidiéndole la dote de su hija, á pesar de su posición modesta, Luis de Molina exigió á Cervantes la suma que representaba la dote de su mujer, y hasta llevó el asunto á los tribunales para que se le pagase en la fecha estipulada, como lo verificó el fiador, Juan de Urbina, secretario de los Príncipes de Saboya, por no ser á Cervantes posible efectuarlo. Esta enojosa desatención, este proceder tan riguroso, esta falta imperdonable de consideración hacia su suegro, explican perfectamente por qué consintió Cervantes, en los postreros años de su existencia, vivir de las limosnas de dos extraños, antes que de los socorros que su hija y su yerno hubieran podido darle, pues medios y recursos tenían para proporcionárselos.

El Sr. Pérez Pastor, incansable en sus averiguaciones, ha logrado reunir nuevos documentos, que amplían lo antes comunicado por él,

acerca de D.^a Isabel de Saavedra, y, según las noticias que ha tenido la bondad de adelantarnos, se sabe con exactitud la fecha de su fallecimiento, en edad bastante avanzada. Los nuevos documentos que va á publicar muy pronto el señor Pérez Pastor, serán tan importantes para la validez histórica de la vida de Miguel, como cuantos insertó en el primer tomo, que salió á luz el pasado año de 1897. Esperamos su aparición para hablar de ellos en nuestra obra con toda la extensión que su mérito reclame.

No se puede negar que Pérez Pastor ha contribuido más que ningún erudito, con los inestimables documentos que ha estampado, á la deseada perfección de las sucesivas biografías que se escriban de Cervantes. Por su acierto, por el feliz resultado de sus tareas, por los inteligentes cuidados con que todo lo nota y examina, por el precioso tesoro que ha puesto á disposición de todas las personas estudiosas, y por las observaciones atinadas, en la mayor parte de los casos, con que ilustra el texto de los trabajos que publica; será siempre con justicia celebrado el nombre de tan erudito escritor y consultados y citados sus libros con el aprecio especial que se merecen.

XLII

Documentos descubiertos por D. Francisco
Rodríguez Marín.
Sus importantes disquisiciones.

Cuando se está imprimiendo este Discurso preliminar, otro distinguido literato, D. Francisco Rodríguez Marín, ha ofrecido nuevos documentos, que dan completamente distinto aspecto á determinado período de la vida de Cervantes. El Sr. Rodríguez Marín había publicado ya algunas interesantes noticias acerca del abuelo del Autor del *Quijote*, y descubierto doce escrituras inéditas en el Archivo general de protocolos de Sevilla, otorgadas por el inmortal Cervantes desde el año de 1585 hasta el de 1599. Las copias de esas escrituras las cedió el Sr. Rodríguez Marín á Pérez Pastor, quien las publicará en el segundo tomo de sus *Documentos inéditos*. Pero las que ahora acaba de comunicar al público, en su conferencia dada en el Ateneo de Sevilla, son en sumo grado preciosas por los desconocidos antecedentes que exhibe al hablar de la permanencia de la familia de Cervantes en la hermosa capital de Andalucía, en época que se juzgaba residía en Alcalá de Henares ó Madrid.

El tema tratado por Rodríguez Marín es el de que Cervantes estudió en Sevilla, presunción fundada, según los documentos que le sirven de apoyo y garantía. De ellos se desprende que, Rodrigo de Cervantes, padre de nuestro Miguel, era vecino de Sevilla por los años de 1562 al 65, y hasta resulta que era propietario ó subarrendador, por lo menos, de unas casas en que moraba Juan Mateo de Urueña. La firma de D. Rodrigo, puesta al pie de una carta de pago en pleito ejecutivo por deudas que siguió contra el Urueña, tiene verdadera autenticidad por ser idéntica á la que se conoce ya por facsímile y consta en documento irrecusable. Corrobora también que es el padre de Cervantes el firmante del arreglo, el poder que otorgó en el mismo día á su esposa D.^a Leonor de Cortinas y á su sobrino Juan, asistiendo como testigo su hermano Andrés. Otro dato confirmatorio es un instrumento público, en el que D.^a Andrea de Cervantes, hija mayor de D. Rodrigo, interviene como tercera opositora contra un embargo que hicieron á su señor padre.

Por las noticias conocidas acerca de éste, se sabía últimamente que se le llamaba licenciado en documento hace poco dado á luz, y se suponía por tal razón que hubo de ser abogado; pero, con fehacientes testimonios, patentiza el docto escritor hispalense, que fué médico cirujano, según se lee en dos escrituras que otorgó en Sevilla.

Cree, pues, el Sr. Rodríguez Marín, que la familia de Cervantes residió en Sevilla hasta poco después de 1565, en que se trasladaría á Madrid. De su estada en aquella capital no puede ya dudarse, y juzga posible y explicable que allí fuese donde viera representar, cuando tenía 17 años, al celebrado Lope de Rueda, aunque también pudo conocerle y oírle en Madrid algunos antes, siendo muchacho, cuando la familia residió allí al dejar la antigua Cómpluto. Las deducciones que hace el Sr. Rodríguez Marín, en vista de sus descubrimientos, son muy atendibles en orden á haber estudiado Cervantes en Sevilla y nutrido allí su entendimiento en Gramática y Humanidades. Era muy natural que así se efectuara, teniendo en cuenta su edad y las predilectas inclinaciones que tuvo desde su niñez á la maravillosa ciencia de la poesía, en frase felicísima suya. El Sr. Rodríguez Marín está muy afortunado al tratar este curioso asunto, y lleva el convencimiento al ánimo acerca de los acertados juicios sobre que basa la nueva opinión, que aclara de manera terminante las oscuridades que se notaban en lo relativo á las tareas escolares de su adolescencia.

En Sevilla, fué, indudablemente, y no en Alcalá de Henares ni en Madrid, como creíamos hasta ahora, donde se dedicó Cervantes á doctri-
nar su inteligencia con enseñanzas adecuadas á sus tendencias y gustos. "Allí se abrió, como dice con galana y pintoresca frase el Sr. Rodríguez Marín, á la fecunda simiente del saber el feracísimo campo de aquel poderoso entendimiento; allí, bajo un cielo azul y diáfano cual no otro ninguno, al apacible arrullo de suaves brisas, aromadas por el azahar y por la bienoliente flor-
recilla del olivo, símbolo de Minerva, viendo asomadas á las mansas ondas del caudaloso Bétis, rey de rios, cantado por tantos poetas, la famosa Torre del Oro, misterioso archivo de interesantes tradiciones, contemplando cómo sobresa-
le, con majestad y pompa, á guisa de gentil sultana, entre cien maravillosos alardes de la arquitectura, la otra gallarda torre, gigantesca y sin igual, del templo musulámico, el alma de Cervantes, apenas despierta á la contemplación de lo bello, se inundó en la mágica luz que había de verter en sus cuadros, y sazónóse con la gentil gracia que sus narraciones rebosan, y ¡quién sabe si no fué también allí donde el punzante dardo del amor primero lacerase deleitosamente aquel corazón generoso, inagotable manantial de todas las ternuras y de todos los nobles impulsos!"

La traslación de la familia de Cervantes á Andalucía, fíjala el Sr. Rodríguez Marín por los años del 1548 al 55; aunque nosotros creemos que sería después de este último; pues, por la auténtica partida bautismal de Rodrigo, hijo, que por vez primera publicamos, y que lleva la fecha de 23 de Junio de 1550, se comprueba que hasta 1551, por lo menos, siguió viviendo la familia de Cervantes en Alcalá.

Habiendo sido el abuelo de Cervantes, Don Juan, juez de la Audiencia del Conde de Ureña, y gobernador de sus tierras de Andalucía, con residencia en Osuna, durante los años de 1545 y 46, parece que más tarde se trasladó á Córdoba, de donde consta que era vecino en 1555, y probablemente ejerció allí la abogacía. Estando su hijo Rodrigo en Madrid en situación poco desahogada, era muy natural que quisiese tener cerca de sí á sus hijos y á sus nietos para favorecerlos y ampararlos.

Por eso entiende el Sr. Rodríguez Marín, que la familia vivía en Córdoba "bajo la protección del sexagenario exgobernador del estado de Osuna". Acaso falleció D. Juan, por el año 56, y entonces su hijo Rodrigo con la familia, se trasladó á Sevilla, donde hubo de residir hasta después del 65, pues el 67 ya había vuelto á Madrid,

según documento que existe en poder de D. Cristóbal Pérez Pastor.

En suma, los desvelos del Sr. Rodríguez Marín han tenido un indiscutible resultado práctico. El de dilucidar cuanto vagamente se sabía acerca del abuelo y del padre de Cervantes, en un período de su vida, y ha dado motivo para fijar hechos y sacar consecuencias muy verosímiles respecto de los estudios que nuestro Miguel hizo en Sevilla, y probable establecimiento en que los efectuó. Lo que ha hecho público el Sr. Rodríguez Marín, es de gran significación para poder afirmar dónde adquirió el despierto joven aquel buen gusto en el cultivo de la poesía que, más tarde ensalzó su nuevo profesor en Madrid, López de Hoyos, llamándole caro y amado discípulo, y de que tan notables, aunque imperfectas muestras dió en sus composiciones á la muerte de la tercera esposa de Felipe II, D.^a Isabel de Valois.

XLIII

Visita que hicimos á Alcalá de Henares.

Nuevos datos que adquirimos respecto de Rodrigo de Cervantes, hijo. Su partida bautismal.

Cooperación valiosísima que nos dispensó el ilustre alcalaino D. Lucas del Campo.

Señaladísima importancia

de los novísimos descubrimientos hechos por

D. Ramón Santa María.

Su generosidad y desinterés. Deferencias que le hemos merecido.

Cuando en el verano de 1900 visitamos la hermosa ciudad que baña el Henares, y estuvimos en el Archivo general central con el fin de copiar, como hicimos, varios documentos que allí existen referentes á Rodrigo de Cervantes, hermano de Miguel, despertóse nuestra curiosidad deseosos de saber si habría nacido Rodrigo también en Alcalá, como Andrés, Andrea, Miguel y Luisa. No siéndonos posible detenernos lo que hubiéramos querido, hicimos el encargo de la investigación á un alcalaino distinguidísimo, que, á su carácter bondadoso, reúne mucha ilustración, y es fervoroso admirador de Cisneros y de Cervantes.

D. Lucas del Campo, diputado provincial por Alcalá-Chinchón, que es el caballero á quien nos referimos, con su proverbial cortesía, se ofreció á coadyuvar á nuestros deseos con palabras afectuosas que agradecemos de lo más íntimo de nuestra alma. Al despedirnos del discreto cer-

vantista, cuyo gabinete es un inestimable museo de curiosidades artísticas y literarias complutenses, le encarecimos la conveniencia de que nos facilitase toda noticia y pormenor que le fuese posible, no sólo para perfeccionar nuestro libro *Cervantes y su Época* en la parte histórica, sino en lo referente á la artística, con el fin de dar idea exacta en nuestra obra, por medio del fotograbado, de cuanto conserva aquella ciudad, cuna de Cervantes, antigua Atenas española, la preferida del gran Cisneros, respecto á antigüedades y monumentos arquitectónicos.

No contento nuestro ilustrado amigo con enviarnos apuntes, indicaciones y datos en abundancia, que constarán con el debido aprecio en la obra, quiso dilucidar también el punto dudoso del nacimiento de Rodrigo de Cervantes, hijo; y, poniendo su deseo y el nuestro en conocimiento del ilustre archivero y bibliotecario D. Ramón Santa María, dedicóse este bondadoso señor con tal cariño y complacencia á la averiguación de lo que se solicitaba, que ni la enfermedad que ha padecido en los últimos meses del pasado año, ni la penosa molestia que se imponía, aun no restablecido de su dolencia, fueron parte para retraerle de su generosa investigación por depurar lo cierto acerca del nacimiento de Rodrigo de Cervantes, hijo.

Como hemos dicho antes, copiamos en el Archivo general central de Alcalá de Henares, algunos documentos importantísimos relativos á Rodrigo, de los que adelantamos algunos datos en el artículo que publicó en el pasado Septiembre de 1900, la *España Moderna*, y, en parte, ampliamos más tarde en *El Mensajero*, de Jerez, el 30 de Diciembre.

Gracias al descubrimiento hecho por el señor Santa María, en los libros parroquiales de Alcalá, de la partida bautismal de Rodrigo, puede hoy historiarse con bastante precisión lo más curioso y de real importancia que se relaciona con

el hermano, no de más edad, como se creía, sino menor que Miguel de Cervantes Saavedra.

Merced á las laboriosas tareas, inteligencia y actividad del Sr. Santa María, pues le ha sido indispensable repasar folio por folio los primeros libros parroquiales de San Pedro y de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares, hemos podido publicar (y daremos el facsímile en el lugar oportuno), la siguiente partida, que pone término para siempre á todas las dudas y cavilaciones:

"En veinte y tres del dicho mes (Junio de 1550), bautizó el susodicho un hijo de Rodrigo de Cervantes é de su mujer Doña Leonor, al que puse por nombre Rodrigo. Fué padrino de pila el Dr. Gil Verte; é por testigos Francisco Díaz é Pedro Vallejo. É firmólo de su nombre. —El bachiller Juan García".

Esta partida se encuentra en el folio 233 recto del libro primero de bautismos de la iglesia parroquial de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares. (1)

Si la fe de bautismo que acaba de leerse, aclara la fecha exacta en que todavía estaban avecindados en la ciudad del Henares los padres de nuestro Miguel, los documentos copiados por nosotros ofrecen verídicos y notables informes respecto á la vida militar y al año fijo del fallecimiento de Rodrigo, y sirven para dar un bosquejo interesantísimo de aquel valiente milite, tan celebrado por su bizarro comportamiento en las Islas Terceras. Después de aquellos hechos, nada se podía añadir de él con puntualidad. Por el testimonio de su hermano Miguel, lo único que constaba tocante á aquellos años, era que en 1590 servía Rodrigo en Flandes de alférez.

Hoy, según los documentos existentes en el

(1) El sabio anticuario y bibliógrafo que nos comunicó copia y fotografía del citado documento, desconocido hasta ahora, explica el por qué había pasado inadvertido, á pesar de las anteriores investigaciones, por las siguientes palabras: "La sucesión cronológica de las partidas contenidas ó inscritas en este libro no es exacta: hállanse intercaladas algunas en los huecos ó blancos del libro (folios 195 recto y vuelto y 196 recto: en éste se registra una sola partida de 23 de Noviembre de 1559); y también se ven mezcladas y confundidas otras, por haberse mezclado y confundido diversos folios correspondientes á los años 1549-50-51, sin duda alguna al ser encuadernados por persona poco experta ó entendida." De la autenticidad indubitable de la partida, nos dijo asimismo el Sr. Santa María, lo siguiente: "Examiné en el Archivo parroquial de San Pedro, el libro 1.º de bautismos (1536-47) y el 2.º; y no encontrando rastro, impúseme la ta-

rea de leer, partida por partida también, en el Archivo parroquial de Santa María, el tan conocido y examinado libro 1.º de bautismos; y allí, al folio 233, hallé la partida (que para tantos y tantos investigadores ha pasado inadvertida); prueba indudable de que Rodrigo fué el hermano menor de los nacidos en Alcalá, y evidente testimonio del error con que se dió origen á la confusión de que Rodrigo y Andrés fueran una misma persona. En el original de la partida, la acción del tiempo ha impreso grandes huellas, carcomiendo en la parte inferior el papel y decolorando la tinta, hasta el punto de dificultar la lectura de algunas palabras. De su autenticidad no cabe dudar bajo el punto de vista paleográfico, y combinan perfectamente y se armonizan los datos que arroja con los que conocemos de Rodrigo y su familia: así, pues, cuando quedó cautivo de los argelinos contaba 25 años y unos tres meses".

Archivo general central de Alcalá de Henares, (legajos 460, 478, 485, 560 y 563) y que más adelante reproducimos fiel é íntegramente, podemos afirmar que, desde el año de 1584 ú 85, hasta el 2 de Febrero del 86, estuvo de alférez en la compañía de hombres de armas de D. Jusepe de Acuña; y hasta dicho día se le adeudaban por su sueldo ciento once mil quinientos cuarenta y tres maravedís, según certificación de los contadores Diego López de Goyenaga y Diego d' Olmos, fecha 8 de Marzo de 1609.

Después de 1586 formó parte, con la misma distinción de alférez, de la compañía del capitán Sebastián de Otaula, perteneciente al Tercio del Maestre de Campo D. Luis del Villar, en la que sirvió hasta el 2 de Julio del año 1600, en que murió, según certificado de Asensio de Eguiguren, contador del ejército de los Estados de Flandes.

Desde 1605 reclamaban D.^a Andrea y Doña Magdalena, hermanas de Rodrigo, lo que se le quedó debiendo como soldado y alférez en España, Italia y Flandes, según documento que obra en poder del distinguido escritor D. Cristóbal Pérez Pastor, quien ha tenido la bondad de comunicarnos la noticia. Las certificaciones, pues, de 1608 y 1609, que hemos citado, sirvieron indudablemente para renovar las peticiones y motivaron, en 1612 y 1613, el pago de ochenta mil maravedís á cuenta de los ciento once mil que se quedaron adeudando á Rodrigo por su sueldo en la compañía de hombres de armas del capitán Don Jusepe de Acuña.

No sabemos quiénes serían los herederos de Rodrigo que percibieron los muchos miles de maravedís que le restaban al morir, por sus sueldos servidos como alférez en la compañía del capitán Otaula, del Tercio del Maestre de Campo D. Luis del Villar. Cuatro son las copias de estas cédulas de pago que hemos examinado en el Archivo de Alcalá. Por la primera, fecha de 27 de Septiembre de 1640, se manda abonar á los herederos de Rodrigo 24.000 maravedís; por la segunda, á 27 de Agosto de 1649, se les libra á cuenta 13.600; por la tercera, igual suma el día 4 de Septiembre de 1651, y por la cuarta, á 26 de Noviembre de 1654, se ordena la entrega de 17 mil maravedís á cuenta de ciento cincuenta y tres mil que se estaban debiendo todavía por los sueldos del difunto Rodrigo.

De modo que, al cabo de más de medio siglo transcurrido desde que Rodrigo de Cervantes murió en Flandes, sus herederos llegaron á cobrar en cuatro partidas 68.000 maravedís; y se les quedó adeudando, y no cobraron quizás nunca, más de 140.000. Esto, sin contar los 31.543

que se dejaron de abonar por el resto de su crédito durante estuvo de alférez en la compañía de hombres de armas de D. Jusepe de Acuña.

XLIV

Más documentos inéditos y datos de gran interés
que ha tenido la bondad de poner
á nuestra disposición
el ilustre bibliógrafo D. Ramón Santa María.

Copia de un nuevo documento
referente á Rodrigo de Cervantes, hijo, y á un tal
Alonso de Cervantes, quizás primo hermano suyo.

Finezas que hemos merecido
al digno Jefe del Archivo de Alcalá, el distinguido
escritor D. Julio Melgares Marín.

Es D. Ramón Santa María honrosísima excepción de la regla. Son los anticuarios y los bibliófilos, los bibliógrafos y los eruditos, generalmente enemigos de comunicar á sus compañeros las curiosidades ó papeles varios que han llegado á adquirir; y, como avaros codiciosos, suelen contar y regalar su vista diariamente, en las soledades de su egoismo, con las preciosidades atesoradas. En su deseo de ser los exclusivos poseedores de aquellas riquezas de erudición, jamás quieren ni aun participar que las retienen y conservan, satisfechos de poderse llamar únicos y solos señores de semejantes maravillas. No sucede esto ciertamente con el Sr. Santa María, á quien ha bastado una respetuosa súplica nuestra para que, desde luego, con franqueza y generosidad, pusiera á nuestra disposición un riquísimo caudal de datos, documentos y propias disquisiciones y escritos, que con el debido agradecimiento hemos recibido, y tanto nos han de servir para la mayor perfección de nuestra obra.

No sólo somos deudores á él del inestimable traslado y fotografía de la partida bautismal de Rodrigo de Cervantes, hijo, sino de un trabajo especial, sumamente curioso, de observaciones suyas acerca de dicho documento y de las demás partidas de los otros hijos de D. Rodrigo y de D.^a Leonor, que siempre han sido publicadas con erratas, como nos dice el Sr. Santa María.

La fidelísima copia de la fe de bautismo de Rodrigo de Cervantes, hermano de Miguel, ha sido una adquisición de singularísima importancia, y siempre será acreedor al aprecio de los cervantistas el nombre del docto archivero y bibliógrafo; pues, aparte de la solución terminante que se ha logrado dar con su descubrimiento á un asunto siempre dudoso, se ha conseguido tam-

bién salvar del olvido esa partida inútilmente buscada, y despertar las iniciativas de las personas estudiosas para hacer investigaciones semejantes, en bien de las Letras, sin que les arredren la molestia del trabajo ni lo penosísimo de la indagación en libros parroquiales, donde existan, como en el de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares, muchas anomalías, por haber intercalado asientos bautismales en distintos folios de los correspondientes á los años fijos en que se debieron poner.

El Sr. Santa María hace notar, al enviarnos la fotografía de la citada partida, que en aquella resulta ésta más clara y detallada que en el original, donde la acción del tiempo ha impreso grandes huellas. De su indubitada autenticidad, ya hemos dicho lo bastante en el parágrafo anterior. El fotograbado que ofrecemos de ella en el primer capítulo de esta obra, dará idea fiel de su aspecto paleográfico.

El Sr. Santa María no se ha dado por satisfecho con el descubrimiento de la nueva partida y la copia esmeradísima de las demás referentes á los cinco hijos de Rodrigo de Cervantes que, en Alcalá fueron bautizados, desde el año de 1543 hasta el de 1550. Al examinar de nuevo el libro primero de bautismos de la parroquia de Santa María la Mayor, se impuso también el cuidado de ir anotando los folios en que se inscriben algún *Cervantes* ó *Caravantes*; y, gracias á tan detenida revisión, que asombra por la paciente inteligencia con que se dispuso á ella, nos ha remitido una extensa descripción del dicho libro é indicación de los folios donde aparecen los apellidos citados.

Aunque en el lugar correspondiente insertaremos íntegra dicha nota, que da mucha luz para conocer datos hasta ahora ignorados acerca de las varias familias que llevaban en Alcalá los apellidos Cervantes ó Caravantes, hemos de

adelantar aquí que, al folio 110 vuelto, del libro primero de bautismos de la dicha parroquia de Santa María, existe una partida baptismal, referente á cierto Alonso, hijo de Juan de Caravantes y de Ana Herráez, su mujer. Alonso fué bautizado, el 14 de Abril de 1542, por el Reverendo Sr. Martín Garcés, clérigo; por padrino hubo á Diego de Medina, y por testigos á Luis de León y Francisco Señor.

Tiene para nosotros cierto interés esta fe de bautismo, por haber copiado en el Archivo general central de aquella población un documento, notable y curioso, relativo á un Alonso de Cervantes, que fué soldado en tiempo del rey Felipe II, y á quien se satisficieron sus atrasos en el reinado del sucesor, con prendas y joyas de la almoneda del monarca difunto. Creimos en un principio, que podría ser el citado Alonso pariente de nuestro Miguel; pero el no constar en los libros parroquiales ningún dato que lo confirme, y el haberse hallado solamente la partida de que hemos dado noticia, nos hacen inclinar á la, quizás no inverosímil, suposición, de que tal vez, el Alonso de Cervantes á quien se alude en el documento mencionado, sea ese mismo Alonso Caravantes, cosa no imposible entonces, por el descuido con que se escribían los apellidos en los libros parroquiales, en los registros de la milicia, y hasta en las escrituras y documentos autorizados por escribanos.

Sin embargo, algunas relaciones de parentesco hubieron de existir entre el Alonso de Cervantes y Rodrigo de Cervantes (quizás eran primos hermanos), cuando en la petición que se hizo al Negociado de Hacienda por sus herederos, reclamando los atrasos que se les debían, van incluidos y juntos los dos nombres y el primer apellido de ambos, lo cual no se hubiera hecho, seguramente, si Alonso y Rodrigo no tuvieran grado alguno de parentesco ni afinidad. (1)

(1) El nuevo documento que á tal inducción inclina, nos ha sido facilitado últimamente por nuestro buen amigo Don Lucas del Campo, y está revisado y autorizado por el digno jefe del Archivo de Alcalá de Henares, D. Julio Melgares Marín, á quien de tantas consideraciones somos deudores. Enviámosle públicamente el testimonio más expresivo de nuestra gratitud.

He aquí la citada copia:

“Archivo General Central.

(Ministerio de Hacienda.—Remesa de 1878.—Legajo 561).

Señor.—Alonso Zerbantes y Rodrigo Çerbantes, hombres de armas de la compañía de D. Antonio de Toledo, dicen: que á ellos se les deben cantidad de maravedises de el tiempo que sirvieron en la dicha compañía; á Vuestra Magestad suplican informen los contadores de el sueldo, que en ello recibirían merçed.

Informen los contadores del sueldo.—Rúbrica.

Por los libros del sueldo de Su Magestad parece que á Rodrigo de Ceruantes y Alonso de Ceruantes se les deuen duçientos y veinte y seis mill ochocientos y sesenta y vn marauedises de sus sueldos seruidos en la compañía de Don Jusepe de Acuña, en esta manera: Los c xj 0 d xliij mrs. de ellos al dicho Rodrigo de Ceruantes del tiempo que siruió de alferez en la dicha compañía hasta ij de Febrero de d lxxx vj y los c xv 0 ccc xvij restantes al dicho Alonso de Ceruantes del tiempo que siruió de hombre de armas hasta xij de Octubre de d lxxx, la paga de los quales dichos marauedises es á cargo del Rey nuestro señor, que santa gloria aya, de que se da esta certificación en Madrid á viij de Março de d c ix.—Diego López de Goyenaga.—Rúbrica.—Diego d' Olmos.—Rúbrica.

Librense á este Alonso Ceruantes los dichos ciento quin-

Acerca del desposorio del padre de Cervantes con D.^a Leonor de Cortinas, no se ha descubierto aun la fecha, pues en la parroquia de San Pedro no empiezan los libros de matrimonios hasta el año de 1600, y en la de Santa María, aunque más antiguos, no hay datos. Nuestro cariñoso amigo D. Ramón, al comunicarnos estas indicaciones, nos favorece con el envío de muchos inapreciables materiales, que entrañan preciadísimo atractivo y ocuparán el lugar correspondiente en los capítulos de *Cervantes y su Época*.

Uno de esos documentos es nueva copia literal del testimonio de las diligencias de rescate en Argel el 5 de Marzo, año de 1581. Diólo á conocer el Sr. Santa María desde el año de 1892. El Sr. Foronda lo citó en su precioso opúsculo *Cervantes en la Exposición histórico nacional*. El Sr. Santa María divulgó su cabal noticia en la conferencia que dió en el salón de actos públicos del Ayuntamiento de Alcalá de Henares el 23 de Abril de 1894, al solemnizar allí el aniversario de la muerte de Cervantes; acto brillantísimo al que asistieron el Sr. Vincenti, Director entonces de Instrucción pública; el gran poeta Núñez de Arce en representación de la Academia Española; Fernández Shaw, Álvarez Sereix, Tegeiro, y otros distinguidos escritores.

Dicho testimonio fué publicado en el primer tomo de los *Documentos inéditos*, por D. Cristóbal Pérez Pastor; pero, comparando la copia

que hemos recibido con la impresa, notamos que salió con algunas erratas, por lo cual la reproduciremos con toda exactitud.

El Sr. Santa María se ha tomado asimismo la molestia de sacar una nueva copia literal de la partida del casamiento de Cervantes en Esquivias, la cual nos ha de servir para reinsertarla con la mayor fidelidad; así como de la partida del registro ó Índice de matrimonios de aquella villa. Al mismo tiempo se ha dignado enviarnos copias, también literales, de las partidas de rescate de Miguel de Cervantes, que existen á los folios 17 y 157 del *Libro de Redenciones*, del Archivo Histórico; de la carta dotal de Esquivias, y de las partidas referentes á Cervantes, tomadas del *Libro de Redenciones*, propiedad de D. Angel Castellanos, en las que todavía se quiere hacer hincapié por algunos para sostener que Cervantes fué natural de Madrid.

También acompaña á estos presentes, otra copia de una *Provisión* del Cardenal Cisneros, dirigida al Vicario de Alcalá de Henares y al Corregidor D. Pedro Cervantes.

Y como remate y corona de tanta laboriosidad y cariñoso afecto, nos acaba de comunicar originales pormenores acerca del gran poeta complutense, Francisco de Figueroa, el *Divino*, el Tirsi de *La Galatea*, de Cervantes, á quien tanto estimaba y distinguía el inmortal Miguel de Saavedra. (1)

ze mil trescientos diez y ocho, en bienes del Almoneda á los precios en que están tasados.—Á 14 Março 1609.—Fecho.—Gran.^e

Librense quarenta mil maravedises al dicho Rodrigo de Cerbantes á cuenta de su partida en el pagador D. Pedro Messia.—7 de Nouiembre 1612.—Fecho.—Rúbrica.

Librense al dicho Rodrigo de Cerbantes otros quarenta mil maravedises á cuenta de su partida.—Á 12 Nouiembre 1613.—Fecho.—Rúbrica.

Alcalá de Henares, 13 de Enero de 1901.

Es copia.

J. Melgares Marín.^a

(1) Siendo tan escasas las noticias que se han conservado de Francisco de Figueroa, quisimos saber si constaban en los archivos de Alcalá de Henares las partidas de su nacimiento, matrimonio y muerte. El Sr. Santa María, deseoso de complacernos, ha dedicado su diligente bondad á la averiguación de dichos datos; y si bien no ha podido aclararse todavía la fecha del natalicio ni la del fallecimiento, ha logrado encontrar la partida de desposorio, mediante la cual hemos llegado á saber el verdadero nombre y apellido de aquella hermosísima dama de sus pensamientos, disfrazada y gentil pastora *Filis*, á quien tanto amó el poeta, y de la que hizo tan tiernos encomios en delicadísimas composiciones suyas.

El documento referido es del tenor siguiente:

“Iglesia parroquial de Santa María la Mayor, en Alcalá de Henares.

Archivo.

Libro 1.^o de desposorios.

(Partida desconocida, de D. Fran.^{co} de Figueroa con D.^a M.^a de Vargas.—14 Febrero 1575).

Folio 46 vuelto “En quatorze de Hebr.^o de 1575 des-
“pose y vele a los SS.^e fran.^{co} de figue-
“roa y doña maría de vargas su muger
“echas las diligen.^{as} nece.^{as} conforme a
“lo decretado por el Sto. Conci.^o tridenti-
“no siendo ts.^o los SS.^e Lic.^{do} gabriel
“Ramirez y gra. de guzman y miguel de
“medoça y por la vdad. ell.^e fho. ut supra.

(firmado) El Dottor
Muguia.^a

El Sr. Santa María nos comunica las siguientes curiosas noticias sobre este particular: “Vistos el libro 1.^o de bautismos de San Pedro (1536-47) y el 1.^o de la parroquia de Santa María (1533-51), no aparece ningún Francisco de Figueroa. He sacado nota de todos los Franciscos, por si alguna vez conozco los nombres de los padres del Divino. En el libro 1.^o de matrimonios de la parroquia de Santa María, hallé la partida (desconocida hasta la fecha) del desposorio de Figueroa. Incluyo á Vd. copia literal de ella. Vistos el libro 1.^o de defunciones de San Pedro (años 1619-20 y 21), no encontré datos acerca de él, ni en el de la parroquia de Santa María, correspondiente á dichos años“.

XLV

Documentos notabilísimos

que se conservan en el Archivo de Simancas.

D. Cláudio Pérez y Gredilla y D. Julián Paz.

Distinciones y favores que les hemos merecido.

Notables descubrimientos de D. Julián Apraiz.

Por nuestra parte, en el deseo de mejorar la obra que ofrecemos al público, no hemos omitido gasto ni sacrificio con tal de que todo lo que narramos y decimos vaya confirmado con documentos merecedores de entero crédito.

Son muchos los que acerca de Cervantes se custodian en el Archivo de Simancas. De ellos, algunos muy importantes, fueron publicados por D. Martín Fernández Navarrete; de ellos se conocían otros por los extractos que dejó dispuestos para una nueva edición de su *Vida*, y de los que se valió Morán después en la suya. Pero siendo los últimos de gran interés para ilustrar períodos y sucesos de la existencia del gran Escritor, nos hemos procurado ó sacado copia extensa de tan valiosos é indispensables comprobantes, por los que quedan con la mayor claridad enumerados muchos actos de su penosa vida de funcionario público, se puntualizan fechas, se destruyen equivocaciones y se llega á saber con suma exactitud el tiempo fijo en que estuvo desempeñando el cargo de comisario con los proveedores de flotas.

Somos deudores de señaladas benevolencias al ilustre jefe de aquel Archivo, su arreglador y alma de tan importante Centro de riqueza documental, D. Cláudio Pérez y Gredilla. Con un celo, actividad y cariño, que superan á todo encomio, nos ha allanado el camino de nuestras investigaciones, ayudándonos con sus advertencias y favoreciéndonos con su sabia cooperación. Es sensible que el Sr. Gredilla haya sido jubila-

Como que nuestro estimado amigo está ahora visitando los archivos de Italia, es muy posible que se obtengan nuevos datos, notas y referencias concernientes á aquel tan celebrado ingenio, una de las muchas glorias literarias de la ciudad del Henares. Consta que en la flor de su juventud estuvo en Italia, donde adquirió el delicado gusto que resplandece en todas sus poesías, y fué allí tan estimado, que se le juzgó digno de los honores de la coronación como inspiradísimo vate. Este solemne galardón, sólo tributado en Roma á los poetas esclarecidos, da indubitable testimonio del prestigio que tenía su nombre entre sus admiradores italianos, tan peritos para juzgar sus méritos. Muchas poesías se conservarán, seguramente, de aquel brillantísimo ingenio en los archivos y bibliotecas de Italia, pues formó parte activa de todas aquellas Academias, entonces tan ge-

do en el año anterior, por favorecer á algún ahijado de ministro ó personaje de influencia. Al Sr. Gredilla debió conservársele en su puesto, porque sus prestigios, sus prendas excepcionales, la gloria adquirida por haber ordenado aquel Archivo con loable inteligencia, al que fué enviado por disposición superior; todo, en fin, le hacían digno de extraordinarios premios, antes que valerse de pretextos injustos para perjudicarle, y perjudicar al mismo tiempo al público, privándole de sus consejos y de su ilustración.

Muchas atenciones hemos merecido también al digno oficial del referido Archivo, D. Julián Paz, cuyas relevantes dotes intelectuales compiten con su caracter bondadoso y cortesanía de su trato.

Mediante esta tan generosa cooperación, con que ambos señores han satisfecho nuestros deseos y completado el alcance de nuestras indagaciones, podemos insertar íntegros en la presente obra gran número de documentos que allí se conservan, y facsímiles de otros, escritos de letra y puño del mismo Cervantes. Sirva esta sincera manifestación de nuestra gratitud como testimonio de la afectuosa estimación que les profesamos. Han sido fervorosos favorecedores de nuestros patrióticos intentos.

No debemos dejar sin mención tampoco los laudables trabajos de indagación efectuados por el docto Director del Instituto de Álava, Ilustrísimo Sr. D. Julián Apraiz. Los nuevos documentos que ha publicado en sus preciosos libros *Los Isunzas de Vitoria* y *Cervantes Vascófilo*, han difundido mucha luz sobre un período determinado de la vida de nuestro Miguel, poco conocido y no bien tratado antes. Á tan benemérito cervantista hay que estimar los datos nuevos obtenidos acerca del lugar exacto donde fué asaltado por los turcos la galera *Sol*, en la que cayó cautivo Cervantes cuando volvía á España.

Al Sr. Apraiz agradecemos muchas finezas y distinciones, que no podremos olvidar nunca.

neralizadas en dicho país, y eran, á pesar de los extravíos en que incurrían, como los torneos donde las personas estudiosas hacían gallardo alarde de sus dotes inventivas, de sus disposiciones ingeniosas, de su exquisito esmero en el cultivo de las Letras.

¡Ojalá que el Sr. D. Ramón Santa María, auxiliado de su perspicacia é inteligencia, consiga reunir en Italia, como confiadamente esperamos, los materiales y noticias necesarios para poder darnos á conocer, con toda la perfección posible, la vida militar y literaria del secretario del Duque de Terranova!

Sería un bien para las Letras patrias que la primera documentada y extensa biografía de Francisco de Figueroa, fuese escrita por su paisano y admirador el ilustre archivero y literato D. Ramón Santa María.

XLVI

Conclusión.

Es, como se ve, grandísimo el caudal de materiales con que contamos para llevar á cabo nuestra obra. Son de inestimable valor muchos de los nuevos que ofrecemos por disquisiciones propias. Dejamos bien dilucidado cuanto concierne á la niñez, adolescencia y juventud de Cervantes. Historiamos su vida militar y su terrible cautiverio, con mayor detención y exactitud que hasta ahora se había efectuado. De sus trabajos en Andalucía, como comisario de flotas y cobrador de alcabalas, se añaden nuevas noticias de interés. De sus contratiempos con la Justicia, tratamos con la atenta medida que es indispensable, para justificación de sus actos y demostración de su inocencia. No dejan nada que desear los antecedentes que presentamos respecto á su vida durante el período de tiempo que habitó en Valladolid, y vicisitudes y tristezas que le persiguieron. Analizamos, hasta en sus más ignorados pormenores, la vida íntima de su hogar, y somos los primeros que adoptamos este importante orden de consideraciones sociales y morales, para poder apreciar así con perfección su carácter y sus costumbres.

Examinamos al hombre y al escritor, al jefe de familia y al ciudadano, al soldado y al varón esclarecido de poderosas iniciativas, al víctima de su pundonor y al patriota desgraciado, al empleado humildísimo y al magnánimo y heroico caballero. Destruímos muchas falsedades; rectificamos muchos errores; desechemos fábulas; confutamos aseveraciones caprichosas; no admitimos ninguna anécdota. No aceptamos sino lo que está documentalmente probado con irrecusables testimonios de veracidad. Ni las ingeniosidades ni las conjeturas, en orden á los hechos, tienen cabida en nuestra obra. Nos inspiramos en la verdad; rendimos culto á la prudencia; la rectitud más severa nos guiará en todo nuestro trabajo. Ni la pasión ni el odio moverán nunca nuestra pluma. La más estricta imparcialidad será nuestra norma para juzgar personas y hechos.

Enlazamos con los sucesos de la vida de Cervantes los recuerdos gloriosos ó tristes de su época, con lo que procuramos dar señalado aliciente á nuestra obra, y hacemos un estudio amplísimo de las vicisitudes y de los grandes hombres de aquel tiempo. Habiendo adoptado, lo mismo para la narración histórica que para el exa-

men crítico de los hechos, un método riguroso de análisis y comprobación, rechazamos en absoluto el sistema, seguido por algunos escritores, de adornar con atavíos anecdóticos las biografías de los claros varones; porque de ese modo no se tratan con certidumbre sus actos, antes bien se desfiguran, dando por ciertos muchos hechos que sólo son producto de agudezas de la imaginación; y no es justo que, á las fantasías novelescas, se quiera dar el mismo crédito que á la verdad razonada por testimonios irrecusables.

Somos muy severos en admitir como de Cervantes, producciones que se le han prohibido sin racional fundamento. Consignamos así nuestra protesta contra tentativas tan aventuradas, pues el gran Escritor no necesita ninguno de esos flamantes trabajos que se le atribuyen para mayor acrecentamiento de su gloria.

Creemos que nuestra obra ofrece cierta novedad en la exposición de los hechos y en los juicios que formulamos. Á pesar de tanto como se ha escrito y publicado hasta ahora acerca de Cervantes, entendemos que hacía falta un nuevo libro, más completo y más extenso que, á la vez que historiase minuciosamente la vida del maravilloso Escritor, presentara un cuadro fiel de sus tiempos y costumbres. Sobre algunos puntos, especialmente respecto al protector de Cervantes, el Conde de Lemos, emitimos apreciaciones de distinta índole que las hasta aquí hechas, que servirán para conocer sin exageración y apreciar en toda su verdad lo que realmente hizo aquel magnate, y lo que dejó de hacer, pudiendo hacerlo, en beneficio del desatendido Ingenio.

Hemos consultado, y nos detendremos oportunamente en el examen de casi todos los trabajos que se han impreso, acerca de Cervantes y sus obras, por escritores contemporáneos, con el propósito de discutir ó rechazar, según creamos justo, las opiniones que sustentan.

Revilla, Asensio, Pardo de Figueroa, Benjumea, Valera, Castro (D. Adolfo), Hartzenbusch, La Barrera, Rosell, Castro (D. Federico), Gayangos, León y Domínguez, Barbieri, Torres, Castro y Serrano, López Fabra, Morés, Fernández Duro, Campillo (D. Narciso), Carreras, Sigüenza, Pérez Pastor, Menéndez Pelayo, Rodríguez Marín, Santa María (D. Ramón), Apraiz, Rius, Montemayor (D. Joaquín), Villegas, Caro, Saldías, Eguílaz y Yanguas, Ferrari, Cotarelo, Balart, Moreno Castelló, Álvarez Espino, Moreno Espinosa, Sánchez Ocaña, Pí y Molist, el Dr. del Toro, Tubino, Sbarbi, Cano y Cueto, y otros innumerables, han dejado escritas bellas páginas para el conocimiento y estudio más profundo de las producciones de Cervantes.

Antes de concluir este discurso preliminar, hemos de tributar público homenaje de consideración á cuantos insignes cervantistas españoles nos han favorecido, y citaremos oportunamente, con noticias, datos, documentos ó apuntes inéditos suyos, para el mejor perfeccionamiento de nuestro trabajo; á los escritores extranjeros Schott, Dierks, Fastenrath, Lidforss, Meltzl, Werneke, Ashbee, Fitzmaurice-Kelly, y otros muchos que nos honraron desde hace años con sus advertencias ó nos han ilustrado con recientes observaciones; y, sobre todo, enviamos el más afectuoso recuerdo de nuestra alma, al sabio literato, gloria de España, D. Eduardo Benot, que con cariño paternal ha sido protector

generoso de nuestro libro, alentador de nuestros propósitos, é intérprete magnánimo de nuestro pensamiento.

Grande es la empresa que acometemos, débiles nuestras fuerzas, pobre nuestro talento, escasa nuestra erudición. Confiamos, sin embargo, que el patriotismo que nos impulsa y la veneración que á Cervantes profesamos, nos inspirarán siempre para salir airosos en nuestro intento. Queremos dejar un recuerdo, aunque humilde, de profunda admiración á la gloriosa memoria del Príncipe de los Ingenios y Regocijo de las Musas. El deseo del acierto nos anima. Hasta donde no alcance nuestra suficiencia, suplirá nuestro fervoroso entusiasmo.

CERVANTES Y SU ÉPOCA

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I.

Nacimiento y familia de Miguel de Cervantes Saavedra.

Inutilidad de fingir orígenes extraordinarios para enaltecer á los hombres esclarecidos.—Sus mismos hechos y virtudes los realzan y glorifican.—Esto pasa especialmente con Cervantes.—Todas las leyendas forjadas á cerca de su origen nobiliario deben rechazarse.—Sólo la verdad comprobada ha de decirse.—Conjeturas ó datos inciertos del padre Sarmiento, Pellicer, Navarrete, Méndez de Silva y Marqués de Mondejar.—Refutación de sus dichos ó argumentos.—Única opinión que puede aceptar la crítica.—Datos ciertos sobre la verdadera ascendencia de Cervantes.—Su abuelo paterno: su nombre; cargo público que desempeñó.—Documentos curiosos que se han publicado de otro licenciado Juan de Cervantes.—D. Julio Sigüenza y D. Cristóbal Pérez Pastor.—Testimonio del alférez Luis de Pedrosa.—Supónese que la familia de Cervantes emparentó con la del Duque del Infantado.—Rodrigo de Cervantes Saavedra fué el padre de Miguel.—Nació éste probablemente el 29 de Septiembre ó en los primeros días de Octubre de 1547 en Alcalá de Henares.—Fué bautizado en su parroquia de Santa María la Mayor el 9 de este último mes, por el bachiller Serrano.—Llamábase la madre de Miguel D.^a Leonor de Cortinas.—Los hijos que tuvieron D. Rodrigo y D.^a Leonor, fueron: Andrés, Andrea, Luisa, MIGUEL, Rodrigo, Magdalena y Juan.—Publicase por vez primera la partida bautismal auténtica referente á Rodrigo de Cervantes, hijo.—D. Ramón Santa María.—Es incuestionable que Alcalá de Henares tuvo la gloria de ser la cuna de Cervantes.—Documentos fidedignos é irrecusables que lo patentizan.—Indicios y recuerdos de los libros de Cervantes que también lo comprueban.—Nuevo documento que pone término á toda duda, por ser autógrafo.—Errores propagados por Lope de Vega, Tamayo de Vargas, Claramonte y Corroy, Nicolás Antonio, Ortíz de Zúñiga y Mayáns.—Sutilezas que se han sostenido y aún pretenden sustentar respecto del Cervantes de Alcázar de San Juan.—Quiéresele dar como el verdadero Cervantes, autor del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.—El Cervantes de Consuegra.—Refutación extensa y completa de tan absurdas pretensiones.—El apellido Saavedra.—Equivocaciones ó datos infundados aducidos por Rios y Navarrete.—Inexactitudes divulgadas: se refutan.—El padre de Cervantes usaba el apellido Saavedra.—Por eso lo usó también Miguel.—Verdadera profesión del padre de Cervantes.—No es probable ni está averiguado que la familia de Cervantes Saavedra de Alcalá de Henares, estuviese emparentada con los Saavedras descendientes de los Señores de Castellar y del Viso.—No debe aceptarse nada que no se base en lo cierto.—Con tal objeto se escribe la presente obra.

Vano empeño y manifiesto error querer sublimar con glorias fingidas ó prestigios extraños la vida de los ilustres varones. En sus propios méritos, no en los ajenos, consiste lo excelso de su grandeza. No son abonadores de su fama y nombre las acciones de sus antepasados: réalzanlos y enaltécenlos sus propios hechos y virtudes, Inútil vanidad pretender encumbrarlos si sus mismos actos no los sacan del nivel común elevándolos sobre la generalidad con altas distinciones de gloria.

Con mayor motivo ha de procederse así al hablar de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, prodigio único en todo el universo mundo, por sus heroicidades y talento. No necesita su esclarecido nombre de supuestos realces para su ensal-

zamiento y loa, teniendo tantos merecimientos indiscutibles por sí solo para la más espléndida glorificación.

Han querido algunos de sus biógrafos atribuirle origen nobiliario, casi regio, buscando progenies y entroncamientos de familia para demostrarlo, sin conseguirlo; y se ha puesto tanto empeño en ello, que se ha tratado de autorizar la suposición con árboles genealógicos al efecto ideados, con tanta ligereza como indiscreción, sin considerar que llevan la negativa de sus afirmaciones envuelta en la misma debilidad de sus fundamentos. Pero esta leyenda debe ya desaparecer; debe ser rechazada por inconveniente y forjada á capricho.

No hacen falta á Cervantes, ni prestigios

prestados ni nobleza heredada, habiéndose creado tantos él por sí en virtud de su soberano ingenio, y dado tan gallardas muestras de su alteza de ideas y magnanimidad de sentimientos en todos los trances y ocasiones de su conturbada vida. (1)

Dejando, pues, á un lado cuantas sutilezas, cavilosasidades ó inverosimilitudes se han esparcido respecto de la procedencia de la familia de Cervantes y acerca de lo encumbrado de su abuelo, suposiciones innecesarias para su buen crédito y esplendor, empezamos nuestra obra rechazando en absoluto todo lo que en sus biografías se ha dado hasta ahora como verdadero, siendo falso; como comprobado, siendo supuesto; como labor de la investigación y de la crítica, siendo mera invención de vaguedades ó inexactitudes.

Queden relegadas al olvido, como ofensivas á la certidumbre de los hechos, las afirmaciones del padre Sarmiento, las suspicacias de Pellicer, las divagaciones de Navarrete, las disparatadas alusiones de Méndez de Silva. En nada se fundó el primero, si con detenimiento se examina, al suponer originaria de la provincia de Lugo á la familia de Cervantes. (2) En nada se apoyó el segundo para sustentar su opinión de que fuesen provenientes de aquella las familias del mismo apellido que se establecieron más tarde en los reinos de Toledo y Sevilla, en la Mancha y en tierra de Alcarria. (3) En nada se apoyó el tercero para pretender dar por indubitable que Cervantes descendía de los antiguos caballeros que vinieron de Galicia y Castilla la Nueva con Fernando el Santo á la conquista de Sevilla, donde se quedaron en heredamiento desde entonces con gloria y acrecentamiento de su estirpe. (4) En nada admisible se había fundamentado antes el desatinado cronista Méndez de Silva, autor, aunque inocente, de toda esa leyenda nobiliaria, para incluir el nombre de nuestro Cervantes en un tratado genealógico, por completo ajeno á él; (5) como nada demostró tampoco el Marqués de Mondejar (6) con dar cuenta del escudo de armas de los Cervantes, de Yepes, ú otras poblaciones, pues nada tenía esto que ver con los Cervantes de Alcalá de Henares, padres de Miguel.

Compréndese bien que el deseo de dar como cierto un punto demasiado dudoso y aun oscuro en la vida del primero de los escritores patrios, fué el principal motivo de todas esas ficciones de que se ha querido rodear su nacimiento y su pretendida ascendencia de nobleza; compréndese que la intención ha sido la mejor: subir al elogiado hasta donde deseaba el rendimiento de una admiración inmensa. Pero es infructuosa tarea

llegar hasta la exageración con ofensa de lo verdadero, desvirtuando la belleza de la sencillez con los adornos feos de la ampulosidad.

No comprendieron esos entusiastas preconizadores de Cervantes que era grande y manifiesta equivocación querer hacer descendiente á los de Alcalá de Henares del árbol originario de Galicia, cuando podía ser éste quizá de otra región ó comarca, y desconocerse con precisión las ramas secundarias, las afinidades, los grados de parentesco más ó menos próximos y los enlaces de las diversas familias que llevaban el apellido de Cervantes en las distintas provincias de España y en el Nuevo Mundo; sin cuyos imprescindibles requisitos era de todo punto imposible llegar al acierto, ni proceder siquiera con discreción y cordura. ¿Cómo era posible fijar con exactitud la filiación antigua, la rama verdadera á que pertenecía, por sus entronques, con la familia de Cervantes Saavedra, de Alcalá de Henares? ¿Por dónde, por qué documento, por qué pergamino, por qué indicios siquiera, podía sostenerse sin error que descendía directamente de los Cervantes de Galicia, de la Alcarria, de la Mancha ó de Andalucía? ¿Se sabía quiénes eran verdaderos parientes y deudos suyos y quiénes formaban nuevas y hasta extrañas familias, aunque todas llevasen el mismo apellido de Cervantes, por más que no procediesen de idéntico origen? (7)

Á las conjeturas antiguas hay que añadir la que últimamente hizo el erudito escritor D. Julio Sigüenza el año de 1887, con tanta ingeniosidad presentada, que muchos la juzgaron basada en datos incontestables; pero, bien examinada, no reviste menos vaguedad que todas las anteriores. Creyó Sigüenza que el abuelo paterno de Miguel de Cervantes, Juan de Cervantes, fué natural de Talavera de la Reina, hijo de D. Nicolás, fundador de la rama del mismo apellido en aquella villa. Tuvo por cierto que nació en el último tercio del siglo XV, y que, concluidos sus estudios de derecho, fué á principios del XVI corregidor de Alcalá de Henares, donde contrajo matrimonio. El tercer Duque del Infantado, D. Diego Hurtado de Mendoza, de quien debió ser su amigo, nombró después al licenciado Juan de Cervantes, presidente del Consejo de sus estados, cuyo cargo desempeñó hasta la muerte de aquel prócer, acaecida en 1531. En Guadalajara, capital de los dominios ducales, nacieron dos hijos del licenciado, D.^a María de Cervantes y D. Rodrigo, padre de nuestro Miguel, según parecer del mencionado escritor. D.^a María, pretendida tía paterna del inmortal autor del *Don Quijote*, casó con un hijo natural del Duque, fruto de sus

amores con D.^a María Ruiz de Leguizamo, llamado D. Martín de Mendoza, los cuales tuvieron de su matrimonio una hija de nombre D.^a Martina. Habiendo quedado viudo en 1559 D. Martín, se hizo sacerdote, y llegó á ser arcediano de Guadalajara y de Talavera, dignidades eclesiásticas largamente retribuidas del Cabildo de Toledo.

Todos estos antecedentes, aunque curiosos, no se refieren á la familia de Cervantes Saavedra de Alcalá, según Sigüenza opina, de lo que extensamente hablamos más adelante con argumentos que no admiten réplica. (8) El Juan de Cervantes de que se ocupó Sigüenza no era, no podía ser el mismo caballero de idéntico nombre que, por aquellos tiempos, fué luego corregidor de Osuna, según creencia. Estuvo el error de Sigüenza en haber querido aplicar á un solo personaje lo que se refería á dos diferentes, y quizá de diversas familias también, por más que llevaran uno y otro el apellido Cervantes; indicios muy inciertos para fijar la verdadera ascendencia de la de nuestro Autor, pues ese apellido, como ya notó Sarmiento, "es comunísimo y aun es más común el de Saavedra".

No necesitamos, pues, insistir en las genealogías fingidas, ni atribuir á Cervantes parentescos extraños, ni idear nuevos relatos ficticios, ni mentar siquiera aquellos supuestos disparatados que le hacían deudo de príncipes, primo de reyes, pariente de potentados. (9)

Si no sabemos la verdad sobre el origen de su prosapia, confesémoslo con noble franqueza; pero no inventemos hechos ni genealogías que no tienen otra base sino meros caprichos. (10)

Hasta hoy el dato único, irrecusable y serio que poseemos acerca de la ascendencia del incomparable Escritor, se limita á saber que su abuelo paterno se llamó Juan de Cervantes, el cual desempeñó un importante cargo público en Osuna, antes de mediar el siglo XVI, por nombramiento del Conde de Ureña. Nada hubiéramos sabido de aquel respetable personaje, el único antecesor de Cervantes de quien nos han quedado noticias, sin el testimonio de un compañero de Miguel, cuando se hizo en Argel, á petición suya, una información de sus actos para que le sirviera á su vuelta á España, concluido el penoso cautiverio, de méritos para la recompensa debida y que confiadamente esperaba.

Luis de Pedrosa, que era alférez, natural de Osuna, vecino de Marbella, aporta datos en su declaración que tienen señales indubitables de autenticidad. El padre de Luis había sido muy amigo del licenciado Juan de Cervantes, y por lo mismo sabía que el Conde de Ureña le había

nombrado para el importante cargo de Corregidor, en atención á sus grandes méritos. El abuelo de Cervantes correspondió á la confianza en él depositada, y fué modelo de gobernadores prudentes. Muy estimado como principal y honrado caballero, granjeóse la general aceptación por sus actos de rectitud y justicia. (11)

Estos indicios han sido explanados, añadidos y confirmados en nuestros días, con alguna diferencia en los pormenores, por indagaciones recientes afortunadas de un distinguido escritor sevillano, D. Francisco Rodríguez Marín, quien á su gran inspiración como poeta, reúne perspicacia suma y paciente laboriosidad para los trabajos de erudición. Hijo de Osuna, ha examinado sus archivos, y con los materiales que de ellos ha sacado, ha compuesto escritos muy curiosos para comprobación de hechos que sólo se conocían vagamente, ó defendido prestigios literarios que habían sido sin razón ninguna rebajados, como pasó, por ejemplo, con la Universidad de Osuna.

Al Sr. Rodríguez Marín hay que agradecer las noticias más circunstanciadas y ciertas acerca del abuelo de nuestro Miguel. Por su mediación sabemos que el alférez Luis de Pedrosa dijo la verdad en su declaración, aunque hubo de equivocarse respecto á las funciones que desempeñó D. Juan. No fué Corregidor, como se supuso; fué sí uno de los funcionarios de la Audiencia que tenía establecida la casa de Ureña en Osuna, con atribuciones superiores para administrar justicia en sus estados de Andalucía.

"Los Girones (dice Rodríguez Marín), luego Duques de Osuna, tenían en esta población una Audiencia, compuesta de tres magistrados, para conocer en segunda instancia de las causas y pleitos encomendados en la primera á los corregidores de los cinco pueblos (Osuna, el Arahal, Morón, Olvera y Archidona) de que constaba su estado en Andalucía".

Llamábanse tales funcionarios, "jueces del Audiencia del Conde, y gobernadores de sus tierras y estados". Siendo gobernadores del estado andaluz del cuarto Conde de Ureña, fundador de la Universidad (continúa diciendo Rodríguez Marín), en la última mitad del año 1545, el bachiller Alonso de Villanueva y los licenciados Bustamante y Tebar, poco después fué nombrado gobernador y juez de la Audiencia el abuelo de Cervantes, cuya firma, puesta cinco veces en las actas, se asemeja de todo en todo á la calcada por D. Cristóbal Pérez Pastor. Como tal gobernador y juez, y con el tratamiento de *Magnífico Señor*, concurrió á los cabildos que celebraban el Concejo, justicia y regimiento de la villa en

1.º y 9 de Diciembre de 1545, en el último de los cuales se recibió por corregidor de ella al licenciado Alonso de Tebar, gobernador hasta entonces, bien claro indicio de que el licenciado Cervantes estaba recién nombrado. Asiste además en los cabildos de 1.º y 13 de Marzo de 1546, en el último de los cuales pareció el licenciado Hernando de Angulo, vecino de Granada, presentando una provisión del Conde, por la cual lo hacía juez de residencia de la villa de Osuna "é de las otras del estado de su Señoría de las Andalucías". Presta el ritual juramento, firman el acta los tres gobernadores, y el nuevo juez, y á los cabildos siguientes no concurren ninguno de aquellos; pero á todos Angulo, hasta el del 10 de Abril en que asiste Bustamante y hasta el de 30 del propio mes, á que también concurre Villanueva. El licenciado Angulo, firma por última vez, el acta de 10 de Mayo, y ya, en la siguiente del 14, aparece firmando de nuevo el corregidor Tebar. Todavía, de vez en cuando, suelen concurrir á los cabildos Villanueva y Bustamante; quien no vuelve á parecer en las actas es el abuelo del Autor del *Quijote*".

Consta, pues, de manera indubitada, que el licenciado Juan de Cervantes ejerció un cargo público de significación, durante los años de 1545 y 46 en la villa de Osuna, cabeza del estado del Conde de Ureña en Andalucía. No deja de llamar la atención que, después de la residencia tomada por Hernando de Angulo, habiendo seguido ejerciendo su cargo Bustamante hasta 11 de Agosto del año 47, Tebar hasta 28 de Enero del 49, y vuelto á ser gobernador y juez Villanueva en 1555; no deja de llamar la atención, decimos, que no se vea figurar más al abuelo de Cervantes en ninguno de esos años. Este completo silencio induce á sospechar si tal vez saldría malparado D. Juan, como Rodríguez Marín apunta, de la residencia especial y amplísima encomendada á Hernando de Angulo. Quizás la suspicacia del juez Angulo, encontrando faltas en actos del licenciado Cervantes, ofendió su delicadeza, escudado como estaba con lo digno de sus procedimientos, y renunció á un puesto donde no se sabían estimar sus eximias cualidades de pureza y rectitud, no reñidas con los nobles impulsos de la generosidad y la misericordia. Que en sus acciones fué intachable y que cumplió como bueno en su importantísimo y delicado cometido, afirmalo el alférez Luis de Pedrosa, que tanto le conoció por ser D. Juan muy amigo de su señor padre, y su testimonio hay que tenerlo siempre en cuenta.

El Sr. D. Julio Sigüenza había creído que el licenciado Cervantes murió por el año de 1547; pero los nuevos datos hallados por el Sr. Rodrí-

guez Marín, se oponen á semejante equivocación. El abuelo de Miguel de Cervantes hubo de trasladar su residencia á Córdoba poco después de terminar su gobernación y magistratura en Osuna. Consta por documento público, que el año de 1555 era el licenciado vecino de Córdoba "en la colación de Santo Domingo é Santiago". Contaba entonces 65 años y ejercitaba allí su profesión de abogado. El documento donde existen estas informaciones, es garantía cierta de que aquel Juan de Cervantes era el antiguo juez de Osuna. Un bachiller, de apellido Cárdenas, quiso ser opositor para pretender una beca en el insigne Colegio Mayor de la Purísima Concepción de Osuna.

Entre las pruebas presentadas en el expediente que se instruyó, está la del testigo "licenciado Juan de Cervantes, abogado de Córdoba", solicitado indudablemente por el Dr. Martínez, colegial de Osuna, amigo del licenciado indudablemente desde que estuvo de magistrado en aquella villa. El Dr. Martínez era apoderado así del Colegio como del opositor. La información fué practicada ante el corregidor de Córdoba Pedro de Rojas Osorio. Las pruebas se reprobaron. En el testimonio del documento original se encuentra la firma del abuelo de Cervantes en la misma forma y con la propia abreviatura que él usaba y se ve en las actas capitulares de Osuna, lo que demuestra la exactísima identidad de una misma persona. Hasta ahora no se han descubierto más indicios acerca del licenciado Juan de Cervantes; aunque se conocen de él tres hijos, uno llamado Andrés, otro Rodrigo, el padre de Miguel, y el tercero D.^a María, sobre la que ha publicado un notable documento el Sr. Pérez Pastor. Ignórase la fecha en que falleció el abuelo de Cervantes. (12)

De Rodrigo de Cervantes, padre de nuestro Miguel, hijo del magistrado y gobernador de los estados de Osuna, no se habían adquirido tampoco, hasta los mismos momentos en que se imprime nuestra obra, datos fidedignos y merecedores de todo asenso; debidos también al mismo feliz investigador sevillano. Alteran por completo dichos antecedentes cuanto se daba por aceptado sobre el padre de Cervantes.

Créese que casó D. Rodrigo con D.^a Leonor de Cortinas, por el año de 1540, aunque la partida de desposorio no ha parecido. Ignóranse datos acerca de la naturaleza y familia originaria de D.^a Leonor, si bien sabemos, por el propio testimonio de D. Rodrigo, que su esposa aportó algunos bienes dotales al matrimonio. Es posible que el desposorio se efectuara en Alcalá de Henares, pues allí estuvo avecindado el licenciado

Juan de Cervantes, padre de D. Rodrigo, y allí vivían en 1533 los hermanos de éste, D.^a María y Andres.

El primer hijo de D. Rodrigo y D.^a Leonor, llevó el mismo nombre de su tío, Andrés. Fué bautizado el día 12 de Diciembre de 1543 en la parroquia de Santa María la Mayor. Debió de morir á los pocos meses; y esto explica por qué pusieron también el nombre de Andrea al segundo hijo, como respeto y cariño al tío paterno. Recibió Andrea el bautismo el 24 de Noviembre de 1544. Nació después, y fué bautizada el 25 de Agosto de 1546, otra hija, á la que pusieron por nombre Luisa. (13) Al año siguiente nació Miguel, cuya biografía escribimos ahora de nuevo. El 23 de Junio de 1550 tuvo otro hijo el matrimonio. Llamósele Rodrigo, como su padre.

Todo lo que se había dicho sobre ser este Rodrigo hermano mayor de Miguel, y acerca de las equivocaciones divulgadas de que era quizás el mismo que llevó el nombre de Andrés, ha quedado destruído para siempre desde el descubrimiento de la partida auténtica, que somos los primeros en haberla hecho pública. (14) Siguiéronse otros dos hijos, cuya fecha exacta de nacimiento se ignora, uno llamado Juan, del cual no se sabe nada todavía, y el otro, á quien se conoce por D.^a Magdalena Pimentel y Sotomayor, tenida antes por hermana natural, cuñada ó simple parienta de Cervantes; pero fué hermana legítima suya, de padre y madre, nacida en Madrid por los años de 1554 ó 55, aunque llevara dos apellidos extraños por completo al paterno y materno, por alguna de esas anomalías tan frecuentes en la época que historiamos, y cuyo secreto sólo podían saberlo y penetrarlo las propias familias; y que D.^a Magdalena era hija legítima de Rodrigo de Cervantes y de D.^a Leonor de Cortinas, consta, de manera irrecusable, por la misma afirmación del padre de nuestro autor, en su testamento. (15)

Feliz fué para aquel matrimonio el natalicio del segundo varón que tuvieron. Para siempre serían gloriosos sus nombres por haber tenido la dicha incomparable de procrear hijo tan insigne, por el que no sólo su familia, no sólo su pueblo, no sólo su patria, sino todos los pueblos y todas las naciones y todo el mundo, serían engrandecidos y glorificados. No se sabe el día fijo en que nació Cervantes, aunque sospechan unos escritores que sería el 29 de Septiembre, y por eso se le pondría el nombre de Miguel, y presumen otros, y nos contamos entre ellos, que el mismo día en que fué bautizado, conjetura verosímil, por ser muy generalizada costumbre en Castilla la Nueva y Castilla la Vieja en aquellos tiempos

llevar á los niños á que los bautizasen el mismo día en que venían al mundo.

Lo cierto é indiscutible es que Miguel de Cervantes Saavedra recibió el primer sacramento el día 9 de Octubre de 1547 de manos del reverendo bachiller Serrano, cura de la iglesia de Santa María. (16)

Gloria indisputable é inmarcesible será siempre la de Alcalá de Henares, por haber sido la ciudad natal de Cervantes, título de mayor fama para ella que todas sus pasadas grandezas, merecimientos y renombre, monumentos y celebridades. Hubo un tiempo en que la desidia de los contemporáneos y la propia desgracia de Cervantes dejaron en la oscuridad todo lo referente á su nacimiento y familia, por más que pudo rastrearse con esperanzas de acierto cuanto á su ciudad natal se refería, sólo con fijarse en su primera obra literaria de verdadero empeño, *La Galatea*, donde con ingeniosos rasgos y felices indicaciones delinea su figura, expresa su patria, decanta á su amada, revela su discreción y narra los sucesos de su malograda juventud aquel enamorado pastor Elicio, cuya sencilla figura encubría tan delicadamente al hijo inmortal de Rodrigo de Cervantes, al adorador de D.^a Catalina de Palacios, al soldado heroico y desatendido.

Pudo haber dudas respecto á la verdadera cuna del varón gloria de España, cuando era sombras todo en la vida de Cervantes; mientras no se examinaron con toda detención sus escritos; mientras no se descubrieron documentos y datos que disiparan todo error é hicieran imposible toda vacilación para lo futuro; pero insistir, como se hizo luego, y aún se hace por algunos, en las mismas ligerezas antiguas, sin prestar oído á las voces de la razón, disipadoras de las falsedades forjadas por la sutileza, propagadas por la ignorancia, sustentadas en pasiones ó injusticias, es ya, más que extraño, terquedad incomprensible, imprudencia incalificable.

Porque la Crítica no es un juego de palabras que para nada sirve, ni indagación y apreciación de sucesos que nada vale ni significa; por el contrario, es examen reposado de lo dudoso que averigua la verdad para general enseñanza; labor bendita de la inteligencia que lleva puesta la mira en la depuración de los hechos para triunfo de lo justo, luz del juicio, guía de la prudencia, satisfacción de la rectitud, premio del trabajo, corona del acierto. Sólo un exagerado orgullo de amor local ó una falta de consideración á los dictámenes de la Crítica, han podido eternizar polémicas enojosas respecto de asuntos ya pasados en autoridad de cosa juzgada. Solamente por obcecación, por vanidosa petulancia ó por teme-

ridad ridícula se puede ya sostener, ó sospechar siquiera, que no fué Alcalá de Henares la ciudad donde nació Cervantes.

Aparte de la fe de bautismo, documento fehaciente, hay cinco testimonios más, incontestables, que lo comprueban, desde la mitad y fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. El primero de ellos es la *Relación* de los cautivos rescatados en 1580, que encontró en la Biblioteca real el erudito D. Juan de Iriarte; el segundo, los documentos de limosna y rescate descubiertos en el archivo de la redención de cautivos por Fr. Alonso Cano, á excitación del docto D. Vicente de los Rios; el tercero, la información sobre méritos y servicios de sus hijos Miguel y Rodrigo pedida por su señor padre; el cuarto, la información hecha en Argel á instancias del mismo Miguel de Cervantes, después de rescatado, descubierta en Sevilla por indicaciones de D. Martín Fernández de Navarrete; y el quinto, el libro del contemporáneo y amigo de Cervantes Fr. Diego de Haedo, titulado *Topografía y Historia de la ciudad de Argel*. (17)

En todos esos inestimables é insustituíbles documentos, cuya fidelidad y rigurosa exactitud no es posible poner en duda, se expresa con toda claridad que Miguel de Cervantes Saavedra, era un hijodalgo principal, muy pobre, natural de Alcalá de Henares. (18) Ahora, recientemente, se ha descubierto y publicado uno nuevo, que viene á corroborar la verdad de las anteriores afirmaciones y á echar el sello para siempre, como demostración de su indiscutible certeza, á la vez que cierra el camino á novísimos atrevimientos y falsas é indiscretas presunciones. Es una información del cautiverio de Miguel de Cervantes, pedida por él mismo, escrita toda de su puño y letra, recién llegado á España desde Argel. En dicho autógrafo, firmado en Madrid el 18 de Diciembre de 1580, dice terminantemente Cervantes que es "NATURAL DE ALCALÁ DE HENARES". (19) El dato es concluyentísimo; no admite subterfugios; y si vamos á dedicar todavía á este punto algunas líneas, es porque juzgamos conveniente dejarlo suficientemente esclarecido, para evitar sucesivas caprichosas interpretaciones, y queden destruídas hasta las más insignificantes sospechas que quieran darse aún, como comprobantes atendibles ó justificados, en perjuicio de la verdad y para sostenimiento de errores ó imposturas.

Los datos evidentemente inciertos, que respecto del pueblo donde nació Cervantes forjaron los escritores sus contemporáneos ó los de tiempos posteriores, han quedado desmentidos ó rectificados por el trabajo de la Crítica. Dijo, por

ejemplo, Lope de Vega, que Cervantes tuvo por patria á Madrid; en lo que le siguió más tarde D. Gregorio Mayáns. Hízole de Esquivias Tamayo de Vargas; creyóle hijo de Toledo Claromonte y Corroy; juzgáronle sevillano Nicolás Antonio y Ortíz de Zúñiga; divulgó el mismo Mayáns la sospecha de que pudiera haber sido natural de Lucena. (20) Pero, unas tras otras, quedaron anuladas tales aseveraciones en vista de los documentos que aparecían. Hubiera sido pueril y nunca vista tenacidad pretender que la mentira prevaleciese, estando la verdad tan de manifiesto.

Ha habido, sin embargo, una lamentable excepción, por la que se quiere aún rechazar toda documentación y todo buen juicio, á fin de que se reconozca y confiese una cosa totalmente imposible, cual es que se tenga por patria de Miguel de Cervantes Saavedra, no á Alcalá de Henares, como datos históricos irrecusables persuaden, sino Alcázar de San Juan, según procuran con apasionamiento innegable algunos escritores.

Tuvo esto su razón de ser, su explicación, su tiempo. Hoy es el colmo de la insensatez el sustentarlo. Es querer cerrar los ojos á la luz para vivir perpétuamente en las tinieblas. Basta con hacer un cómputo cronológico para llegar al firme convencimiento de la certeza. El homónimo del inmortal alcalaíno es verdad que se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra, según reza su partida bautismal. (21)

Es cierto también que esa identidad de los dos apellidos en el Cervantes de Alcalá y el Cervantes de Alcázar de San Juan, motivó en los primeros momentos dudas y desconfianzas, ofuscados los partidarios del manchego por la exactitud rigurosa de la filiación paterna y materna; y se quiso sostener que éste era el autor del *Quijote*, por no constar en la partida de bautismo del Miguel de Cervantes de Alcalá, el segundo apellido *Saavedra*, aunque siempre lo empleó en las portadas de sus libros, dedicatorias, correspondencia particular, instrumentos y actos públicos. Pero esa sorprendente identidad de apellidos que producía tanta confusión, era más que real, aparente, en fijando la atención sobre el asunto. Sería grosero anacronismo atribuir al Cervantes de Alcázar de San Juan los hechos y méritos que sólo pueden referirse y tener debida aplicación y explicación en el Cervantes de Alcalá de Henares, aunque entrambos tuviesen el nombre de Miguel y ambos usasen idénticos apellidos de Cervantes y Saavedra. El Cervantes de Alcázar fué bautizado el 10 de Noviembre de 1558, es decir, once años y treinta y tres días

después que recibió el primer sacramento el Cervantes que nació en Alcalá de Henares.

Pues bien; ajústense todos los sucesos, ó los más principales de la vida del gran Escritor, á las fechas conocidas é indubitables de su bautismo y muerte, y se verán todos fidelísimamente comprobados con testimonios tan eficaces y claros, que harán plenísima y acabada prueba.

¿Quién otro pudo ser el valiente soldado Miguel de Cervantes, que perdió la mano izquierda en la batalla naval de Lepanto en 1571, sino el gallardo joven de 24 años nacido en Alcalá en 1547? ¿Quién sino ese mismo milite distinguido pudo ser aquel heroico cautivo que estuvo en prisiones y aherrojado en Argel durante más de cinco años, y tenía más de treinta, como consta en oficiales documentos, cuando recuperó en 1580 la suspirada libertad y logró el dulce consuelo de regresar á la amada patria? ¿Quién sino el despierto é ilustrado mozo de 21 años, que vió la luz por primera vez en Alcalá en 1547, pudo ser el autor de los notables, aunque incorrectos versos escritos á la temprana muerte de la malograda reina D.^a Isabel de Valois? ¿Quién sino el bautizado en Alcalá en 1547 pudo ser el preso en Valladolid en 1605, teniendo, como él declaró entonces, más de 50 años? ¿Con quién va á confundirse el nacido en Alcalá, contando en 1612 sesenta y cinco años cumplidos, como confiesa con donosa ocurrencia en el prólogo precioso de sus *Novelas ejemplares*? ¿Y quién otro ha de ser sino el hijo de Rodrigo de Cervantes y de Doña Leonor de Cortinas el Autor de *El Quijote*; de *La Galatea*; del *Viaje del Parnaso*; de las *Comedias y entremeses*; del *Persiles y Sigismunda*; el desvalido comisionista de Sevilla y de Madrid; el ayudante estimado de Guevara, de Isunza, y Oviedo; el recaudador de alcabalas; el socorrido con la limosna de algunos poderosos; el que concluyó la triste tragedia de su vida el 23 de Abril de 1616?

¿Qué resultaría, en cambio, si se quisiera atribuir, ciegamente, como se pretende, todos esos hechos y datos indiscutibles al Cervantes Saavedra, de Alcázar de San Juan? Solamente absurdos nos daría el concordar ó el relacionar siquiera las fechas con los sucesos; meras conjeturas; disparatadas é inadmisibles deducciones. El discípulo aventajadísimo y tan querido del maestro Hoyos, autor de unas poesías que manifiestan bien á las claras su gran despejo y excelentes aficiones literarias, sólo tendría diez años; poco más de trece, el soldado que al frente de otros doce peleó con inimitable denuedo y nunca vista bizarría en el combate de Lepanto; unos veintidos, concluído su penoso cautiverio; únicamente

cuarenta y seis, cuando le prendieron en Valladolid; cincuenta y cuatro en 1612; y, finalmente, no hubiera muerto á los sesenta y nueve cumplidos de su edad, sino á los cincuenta y ocho. ¡Qué alteración más espantosa! ¡Qué confusión de datos, de hechos, de fechas, de pormenores, de antecedentes, de puntos históricos depurados sólo para poder acceder á las caprichosas indiscreciones de una temeridad sin racional apoyo, sin documentos que la justifiquen, ni argumentos que la autoricen y la hagan respetable para ser seguida! No; la Crítica tiene que rechazar sin contemplación de ninguna clase las pretensiones absurdas de los obcecados partidarios alcazareños, porque, de admitirlas, siquiera en principio, seguiríase la negación de la verdad, la falsificación evidente de la historia. (22)

Tampoco es posible aceptar la consecuencia de que sólo el Cervantes de Alcázar puede ser el verdadero por tener el segundo apellido explícito, que en la fe de bautismo del de Alcalá de Henares no consta. Ese apellido era y es bastante usual en España, y pretender que sólo habría que asignarlo á los Cervantes de Alcázar, sería pensar en lo absurdo, sostener vanos supuestos dictados por el amor propio ó la irreflexión. Rios, para apoyar sus razonamientos acerca de llevar Cervantes, el de Alcalá, el apellido Saavedra, llamándose su señora madre D.^a Leonor de Cortinas, achacó esto á la costumbre, en tiempo de Cervantes prevaleciente, de adoptarse en lugar de los maternos, y hasta de los paternos, muchas veces, los apellidos de los ascendientes ilustres, de los bienhechores ó deudos cercanos, como recuerdos cariñosos de familia. Navarrete, fundándose en los falsos ó exagerados indicios de los imaginados árboles genealógicos de Méndez de Silva, dió por cierto y averiguado que Cervantes tomó el apellido Saavedra por haberse llamado así su bisabuela; afirmación desprovista de base, sin ningún viso de certeza ni aun de verosimilitud, pero que ha corrido con cierta autoridad por el crédito de quien inadvertidamente la sostuvo y propagó.

La verdad es que no hay que apelar á las ingeniosidades de Rios, ni á las afirmaciones de Navarrete, para explicar que Cervantes llevara por segundo apellido el de Saavedra. Por un documento recientemente descubierto, sabemos que el padre de Cervantes, Rodrigo, usaba también el mismo apellido; de modo que lo que hacía nuestro Miguel era emplear los dos de su progenitor, sin necesidad de adoptar ninguno de sus deudos antepasados, esclarecidos, ya en armas, ya en letras. Es aventurado afirmar, mientras nuevos datos no vengán á demostrarlo, á qué

familia de los Saavedras pertenecería la de los Cervantes de Alcalá, por sus enlaces y parentescos. Lo que sí es casi probable que no lo tenía con los Saavedras descendientes de los señores de Castellar y del Viso. (23)

Justo es, por consiguiente, reducir las cosas

á la fidelidad estricta de sus términos y fundamentos, sin ampulósidades ni exageraciones, que para nada necesita el nombre inmortal de Cervantes. Y para averiguar verdades y deshacer fábulas, es precisamente por lo que hemos emprendido y escribimos esta obra.

ILUSTRACIONES AL CAPITULO I

1.^a—Opinión de Cervantes sobre los orígenes nobiliarios de las familias. (1)

Nunca se preocupó para nada Cervantes, como hombre prudente y de suma discreción, de su supuesta procedencia encumbrada. En los virtuosos hechos cifraba el orgullo de su nombre. La nobleza de sus procederes era la que más ambicionaba, la que estimaba sobre manera, la única que llenaba su alma de satisfacción y fortalecía en las amarguras de su vida, en los tristes días de sus pobres desamparos. Maravillosamente expresa sobre este punto su opinión en el capítulo VI de la Segunda parte de *Don Quijote*.

“No todos los que se llaman caballeros (dice) lo son de todo en todo; que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros; pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros; y caballeros altos hay que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos. Aquellos se levantan ó con la ambición ó con la virtud; éstos se bajan ó con la flojedad ó con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto, para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distantes en las acciones”

Y, como pone en boca de la sobrina de Don Quijote la donosa réplica de que “aunque puedan ser caballeros los hijosdalgos, *no lo son los pobres*” (como si á él mismo aludiera), la contesta con las siguientes razones, llenas de verdad y

sensatez: “Es grande la confusión que hay entre los linajes, y solos aquellos parecen grandes é ilustres que lo muestran en la virtud (lo primero para él, ante todo y sobre todo), riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas; y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre se mostrará tan liberal como el que á campana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que, aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta; y el no serlo sería milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados”.

Y, abundando en las mismas ideas, dijo en el prólogo de la citada *Segunda parte*, que “la honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no oscurecerla del todo; y como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechez, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y, por el consiguiente, favorecida”. ¡Fidelísimo y peregrino retrato moral del propio Cervantes!

(1) Á continuación de cada capítulo ponemos las ilustraciones correspondientes, donde se comprueban y dilucidan los puntos que son necesarios, según el orden de numeración que lleva el texto. Creemos conveniente y cómodo

para el lector el método que seguimos; pues la experiencia ha demostrado la gran molestia que ocasiona tener que consultar con frecuencia, al fin del libro, las citas y datos que se refieren á todos los capítulos en general.

2.^a—Opinión del P. Sarmiento sobre los apellidos Cervantes y Saavedra.

El padre benedictino Fr. Martín Sarmiento, á quien se debe en primer lugar el escrito más razonado que se redactó en el siglo XVIII para dejar demostrado, con testimonios irrecusables, que Miguel de Cervantes Saavedra fué natural de Alcalá de Henares, quiso puntualizar también, pero no con tanto acierto, la verdadera genealogía de su familia. Al hablar en su obrita *Noticia de la patria (Alcalá) de él, Miguel de Cervantes*, acerca de la *Topografía é Historia de Argel* del P. Haedo, (1) dice textualmente en el párrafo 68: "El cautivo, en nombre de Cervantes, dice que su linaje venía de un lugar de las montañas de León y de gente militar. Da á entender que nació en ese lugar: eso ha sido para disimular su patria. Pero siendo Cervantes y Saavedra, no pudo ser su linaje primitivo del reino de León, sino de Galicia. En Galicia, y en el obispado de Lugo, está el famoso país de Cervantes, muy nombrado por el conocido valor, fuerzas, estatura y robustez de sus naturales, á los que allí llaman *cervanteños*. Y, así éstos, como los del país de la *Carnota*, que allí llaman *carnotaus*, y yo llamaría carnotenses, son celebrados en Galicia". Y en el párrafo 69 añade: "El país de Cervantes, que es del señorío de los Condes del Grajal, es lo más oriental de Galicia, que confina con las montañas de Asturias y del Bierzo, que pertenecen al reino de León. Así, el decir el cautivo que era originario de las montañas de León, ha sido para ocultar su origen". Concluye sosteniendo, párrafo 73, que el autor de *Don Quijote* era oriundo de Galicia por los dos apellidos Saavedra y Cervantes".

Respecto de este último, debe observarse que son muy débiles razones en las que apoya su presunción el R. P. Sarmiento. Que haya y hubiese en Galicia pueblos ó distritos que lleven el nombre de Cervantes, como le tienen y conser-

van países y términos de otras comarcas españolas, nada dice para probar que sólo determinada provincia pudiera ser la única originaria del linaje de nuestro inmortal Escritor. La verdad es que se alteran las palabras de la novela histórica del Cautivo para explicaciones acomodadas al propósito del P. Sarmiento, que era el de hacer deliberadamente á Cervantes oriundo de Galicia, achacando á omisión y silencio del autor, con el fin de ocultar su origen, lo que no podía atribuirse en aquel ingenioso relato sino á motivos naturales de pura imaginación en los momentos de componerlo. El origen de la voz Cervantes, tan común y divulgada en nombres de pueblos y apellidos de familias, es posible que fuese coetánea y casi semejante en su formación, en diferentes partes de España, no por derivarse exclusivamente de Galicia, donde hubiese habitantes que del título de su comarca se llamasen cervanteños, sino por corrupción y alteración del nombre propio de que tomaron principio y propagación, como veremos en otra nota.

Y en cuanto al apellido Saavedra, tampoco puede limitarse la formación del vocablo á los naturales de Galicia. Como el de Cervantes, pudo crearse, aunque con diversas modificaciones, simultáneamente, en distintas provincias de las mismas palabras latinas que él cita, *sata-vetera*, sin necesidad de ceñirse á un punto exclusivo, ni hacer caso siquiera, por lo disparatado, de las explicaciones de algunos genealogistas, que el mismo P. Sarmiento rechaza.

Con los propios derechos que algunos críticos sostienen que Cervantes era descendiente de un linaje de Galicia, pudiéramos nosotros pasearnos por el campo de las imaginarias suposiciones, para sacar en consecuencia que sus ascendientes habían vivido en otras comarcas de España; que para tales opiniones hay documentos, identidad de patronímicos y nombres de pueblos, muy curiosos y atendibles; pero eso sería incurrir en los mismos defectos y aventurados juicios que procuramos y procuraremos evitar

(1) Esta obra del distinguido literato, amigo y defensor del P. Feijóo, permanecía inédita, como otras muchas que dejó escritas. Pero ha sido publicada el pasado año de 1898 en Barcelona, á expensas del insigne cervantista D. Isidro Bonsoms en la imprenta *L' Avenç*, de Massó, Casas, Capo et C.^a, con beneplácito de los coleccionistas y bibliófilos. El Sr. Bonsoms es merecedor de alabanzas por haber estampado esa curiosidad cervántica, tan digna de estima, y que ahora pueden disfrutar los aficionados á esta clase de estudios merced á su generoso desprendimiento.

La portada del libro es la siguiente: *Noticia de la verdadera patria (Alcalá) de él, Miguel de Cervantes, estropeado en Lepanto, cautivo en Argel y Autor de la Historia de Don Qui-*

jote, y conjetura sobre la Ínsula barataria de Sancho Panza. Por el Rvmo. Padre M. Fr. Martín Sarmiento, benedictino. 1761. Edición cotejada con los manuscritos de la colección del Sr. Duque de Medina-Sidonia, y de la *Biblioteca Arús*, de Barcelona. 1898. Librería de Álvaro Verdaguer. Barcelona.—VIII páginas de preliminares y 170 de texto, más una de colofón, que dice así: "Esta primera edición del manuscrito del P. Sarmiento, hecha á expensas del Sr. D. Isidro Bonsoms, acabóse de imprimir en la ciudad de Barcelona el día 14 de Mayo del año MDCCCXCVIII, en la imprenta y librería *L' Avenç*, de Massó, Casas, Capo et C.^a," Edición especial de 100 ejemplares, 75 en papel común; 25 en papel de hilo superior.

en nuestro libro; y, por tanto, dejámoslo de hacer. Sólo si recordaremos que jamás Cervantes trató con mucha blandura á los naturales de Galicia. En la novela *La Tía fingida*, enumerando las condiciones de los estudiantes de cada provincia que cursaban en Salamanca, se expresa así textualmente: "Los vizcainos es gente corta de razones; pero si se pican de una mujer, son largos de bolsa. Los manchegos son gente avallentona, de los de Cristo me lleve, y llevan ellos el amor á mogicones... Aragoneses, valencianos y catalanes, ténlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada... Á LOS CASTELLANOS NUEVOS TÉNLOS POR NOBLES DE PENSAMIENTOS, Y QUE SI TIENEN, DAN, Y, POR LO MENOS, SI NO DAN, NO PIDEN. Los extremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la alquimia, que si llega á plata, lo es, y si á cobre, cobre se queda. Para los andaluces hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco, porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces y no nada miserables. LOS GALLEGOS NO SE COLOCAN EN PREDICAMENTO, PORQUE NO SON ÁLGUEN. Los asturianos son buenos para el sábado, porque siempre traen á casa grosura y mugre. Pues ya los portugueses es cosa larga de pintarse sus condiciones y propiedades, porque como son gente enjuta de cerebro, cada loco con su tema; mas la de casi todos es que puedes hacer cuenta que el mismo amor vive en ellos envuelto en lacería". Y en *La Señora Cornelia*, después de elogiar á los vizcainos, se dice de los gallegos, que "es otra nación, según es fama, algo menos puntual y bien mirada que la vizcaina".

De aquí deduciríamos nosotros, si en el terreno de las suposiciones penetrásemos, que Cervantes no había tenido su ascendencia en Galicia, ó al menos él no lo creía así, sino en Castilla la Nueva. Lo cual resulta, ciertamente, por hechos comprobados.

3.^a—Vaguedad de las opiniones de D. Juan Antonio Pellicer.

En nada pudo fundar su creencia Pellicer, ni otros que como él piensan. Está por saber si el apellido Cervantes es exclusivamente originario de Galicia, como acabamos de indicar, ó si se formaron otros semejantes al mismo tiempo, ó después, en las distintas comarcas de la península. Esto parece lo más probable; por donde se ve cuán aventurado es sostener como única respetable verdad que las familias del dicho apellido que vivieron en Sevilla, Toledo, la Alcarria

y la Mancha, descendían del tronco de Galicia, cuando pudo resultar todo lo contrario.

Pellicer no decide, sin embargo, en definitiva. Concluye por decir únicamente que "es verosímil que Rodrigo de Cervantes, avecindado en Alcalá, procediese de alguna de las ramas de Castilla la Nueva". (*Vida de Cervantes*, 1800: página 4).

4.^a—El parecer de D. Martín Fernández de Navarrete refutado.

Dos motivos tuvo Navarrete para sostener su opinión de que Cervantes procedía de los caballeros que acompañaron al rey D. Fernando el Santo á la conquista de Sevilla. Uno, el haber seguido ciegamente las indicaciones absurdas del cronista Méndez de Silva; otro, el suponer que se marchó á Andalucía para estar al amparo de sus parientes. El primer antecedente es falso. Méndez de Silva no merece crédito alguno por sus inexactitudes y ficciones respecto de asuntos genealógicos. El segundo extremo, es solamente una presunción particular del docto biógrafo de Cervantes, desmentida en absoluto por los hechos. Á poco que se fije la atención en éstos, quedan destruídos los paralogismos de Navarrete. Cervantes no fué á Andalucía porque confiara en su problemático parentesco con sus homónimos de Sevilla. Es posible que las familias que habían llevado ó llevaban allí ese patronímico, no fueran ni en grado lejano parientes del gran Escritor. Si él estuvo en Andalucía, fué para desempeñar, por méritos propios, humildes cargos en que libraba su subsistencia, y con lo que atendía á las necesidades de su familia.

Nada tenía que esperar de deudos que no existían; que ni aun como particulares se conocían tal vez. Para nada contó con ellos; nada obtuvo de ellos tampoco. Siendo algunos de gran posición, según se dice, nunca vemos que recurriera á ellos. Aun para sus fiadores, siempre le sirvieron personas extrañas. Sus protectores Guevara, Isunza y Oviedo, le buscaban empleos y le protegían por su exacto comportamiento y acrisolada honradez. Esa fué la única protección á que se acogió; á la rectitud de algunos funcionarios dignos, confiado sólo en el estricto cumplimiento de su deber.

Cuando estuvo preso en la cárcel de Sevilla, por alcance no justificado de cuentas, no por el favor de esos deudos supuestos, sino por las propias razones con que defendió la pureza de sus actos, logró que se le pusiera en libertad. Sus únicos parientes en Sevilla fueron su diligencia

y perspicacia, su talento é integridad. Los descendientes del Cardenal Cervantes acaso ignoraron siempre que estuvo de comisario de la Armada en Sevilla el Cervantes de Alcalá de Henares.

5.^a y 6.^a—El cronista Méndez de Silva y el Marqués de Mondéjar.

Decimos que fué autor, aunque inocente, de esta leyenda, el cronista D. Rodrigo Méndez de Silva, porque él, verdaderamente, aunque propagó en su obra infinidad de absurdos respecto á las familias de Cervantes de España, de Europa y del Nuevo Mundo, no incluye al Autor de *El Quijote* como descendiente directo de ninguna rama determinada, aunque insinúa la posibilidad de que pudiera ser pariente de alguna. Navarrete, por extremada sutileza, es quien dió importancia y vida á una mera hipótesis sin racional apoyo. *La Ascendencia ilustre del famoso Nuño Alfonso* en nada tenía por objeto glorificar á Miguel de Cervantes Saavedra, sino el de inventar hechos y proezas para lisonjear á determinados personajes, con quienes nuestro Autor no tenía que ver nada.

El Marqués de Mondéjar, en su *Discurso breve del apellido de Cervantes*, hace notar lo glorioso que ha llegado á ser éste, y cita el escudo de los Cervantes de Yepes y de otras familias homónimas ilustres. Es curioso el trabajo; pero nada tiene que ver con nuestro Autor, que no se preocupaba de títulos nobiliarios ni de escudos de armas, ni nunca los tuvo, ni los solicitó, ni los quiso.

7.^a—Orígen probable del apellido Cervantes.

El orígen que los genealogistas de príncipes y señores de privilegio han asignado al apellido Cervantes, parece que ha dejado fuera de duda que directamente procede del sustantivo latino *cervus* ó sus derivados. Pero si de esta manera sólo creerse respecto de las familias nobles que lo entendieron, dando por razón de sus afirmaciones el testimonio, no siempre veraz, de los escudos heráldicos, inventados las más de las veces por sutilezas de la adulación y autorizados por el orgullo, la vanidad y la rutina en las familias; no es posible aceptar el argumento como demostración decisiva y concluyente, en términos generales hablando, ni pretender esto, lo mismo cuanto á la nobleza titulada que refiriéndose dicho vocablo á todas las clases sociales.

Porque la verdad es, que no todas las familias que en las diversas comarcas y antiguos reinos de España usaron el apellido Cervantes, ó lo emplearon para dar nombre á sus pueblos, tuvieron el mismo orígen por la adopción de la palabra latina, ni á ella se contrajeron exclusivamente para definiciones rigurosas. En la corrupción del idioma latino, al formarse los dialectos y el lenguaje castellano, era natural que la pronunciación convirtiera en idénticos, nombres y apellidos que, en un principio, se formaron de vocablos diferentes y aun de acepciones distintas también. No concurrían las mismas circunstancias al adoptar, ó seguir usando el vocablo ya formado, en la variedad de familias y de pueblos. Los que juzgaban que sus apellidos Ciervo, Cervato, Cervacio, tenían respectivamente por palabra raíz la latina *cervus*, *cervatus*, *cervatius*, procedían lógicamente poniendo en sus escudos de armas dos ciervos ó dos ciervas, ya en campo azul, ya en campo rojo. Pero ¿cuántas familias plebeyas adoptarían y transmitirían el patronímico Servante, Çervantes, Cervante, Zervantes, Cervandez ó Ceruante (que de todas esas formas se encuentra escrito en documentos privados, carta-pueblas, códigos y obras impresas), sin tener para nada en cuenta la acepción tan admitida, y á la vez tan vaga, de cervical, cervino, cervario, cervateño, lo relativo ó perteneciente al ciervo, ingeniosa ficción heráldica después de todo? ¿Cuántas familias plebeyas, que llegaron luego á ser hidalgas por méritos y hazañas de algunos esclarecidos descendientes, no negarían á sus patronímicos esa misma supuesta filiación?

Orígen más natural y sencillo tenía en efecto el apellido Cervantes, Çervantes, Zervante ó Servantes, según nuestro humilde parecer. Los nombres de pueblos, que luego el uso vulgar convirtió en apellidos de familia por honrar á sus fundadores, y los patronímicos, que desde luego revelaban el nombre de los progenitores y llevaban consigo el sello de su abolengo, se formaron, generalmente, ora en atención á las cualidades particulares que distinguían á sus habitantes, ora por la veneración y deseo de conservar el nombre de los padres y abuelos, gloriosa tradición de las familias que ha constituido, en todos los países y todos los tiempos, el santo culto de las virtudes domésticas por el respeto, por los recuerdos sagrados del hogar, por el puro homenaje de los filiales afectos. No es dudoso, por consiguiente, que el patronímico Cervantes trae su orígen más genuíno del nombre propio *Servandus*, tan vulgarizado en distintas comarcas hispanas por el santo así llamado, á quien se tributó culto desde muy antiguo en España como

mártir. La corrupción del lenguaje hizo de Servandus, Servantius y Cervantius, de donde sale evidentemente el patronímico Cervandez, Servandez, Cervantes, Çervantes y Servantes, hijo de Servando. ¿No fué así como se formaron de Amando, Améndez, Melendez de Melendo, Fernández de Fernando, Méndez de Mendo?

Casos se pueden citar que confirman nuestras no descaminadas apreciaciones. El Maestro Venegas y el erudito Covarrubias hablan del Castillo de San Cervantes en el reino de Toledo, monasterio de templarios, según el primero, (*Breve declaración de las sentencias y vocablos oscuros del castellano*) con la advocación de Sancto Servando, y monasterio de frailes benitos, según el segundo (*Tesoro de la lengua castellana*), con título de San Servando y San Germán. Fuera fundación el citado castillo del rey D. Alonso, que ganó á Toledo, fuera este monarca solamente el reparador y amplificador, pues la fábrica antigua se atribuía al tiempo de los godos, ó fuese, en fin, como algunos pretenden, obra de algún personaje del reino de Toledo en honor del mártir San Servando; lo cierto y comprobado es que la generalidad hizo con el nombre del santo idénticamente que solía hacer con los apellidos procedentes del mismo; esto es, pronunciar Cervantes ó Servantes en vez de Servando, y aun incurriendo en la ligereza de aplicar el adjetivo *santo* al patronímico originario. Anomalías y falta de reflexión, seguramente; pero que sirven de mucho para explicar la formación más verosímil del apellido Cervantes y nos descubre su más probable origen y fundamento.

Si en la formación de las lenguas y dialectos, tan gran parte tuvieron siempre el uso y el vulgo, su influjo ha sido especialmente poderoso y decisivo en adoptar y conservar nombres y apellidos en las familias.

Dice muy bien Godoy Alcántara (*Ensayo sobre apellidos castellanos*) que la desinencia *ante* y *antes* la han conservado no sólo los patronímicos que tienen su primitivo en *antius*, sino los que terminan en *andus*. Pero esta manifiesta verdad destruye la equivocación, admitida por él, de ser la palabra *cervus* y sus derivadas las primitivas del patronímico Cervantes, pues ni *cervus*, ni *cervatus*, ni *cervarius*, tuvieron en modo alguno posible terminación en *antius* ni en *andus*. Lo cual no pasa en los vocablos Servandus, Cervantius, Servans, Servantis, Servantes, Servantium, cuyas desinencias están bien expresas, y acusan con claridad evidente, á pesar de las variantes ortográficas, la misma filiación del apellido que se discute. Servandez ó Cer-

vantes, pues, se llamaron, no sólo los descendientes de familias cuyos antepasados llevaron el nombre *Servandus*, ó contribuyeron á la formación de los pueblos que lo adoptaron así, sino probablemente, y en términos más ámplios, los procedentes de aquellos que, por observadores y guardadores fieles, rectos, cumplidores de su deber, celosos, exactos, amantes de la verdad, defensores de ella y de las libertades y derechos de todos, se cognominaron vulgarmente *servantes*, como título de distinción gloriosa entre sus conciudadanos.

Y ¿cómo es posible, aceptadas estas naturales explicaciones de la formación de un apellido en el transcurso de los tiempos; cómo se puede pretender, ni afirmar, ni dar por cierto, averiguado é indiscutible que todos los Cervantes se derivan de una misma, sola, idéntica familia? ¿Cómo han de ser todos originarios de Galicia? ¿Cómo se ha de poder fijar ni deslindar con verdad los grados exactos, los lazos legítimos, la identidad legal, las relaciones siquiera más ó menos próximas que coincidieran, uniesen ó distinguieran á las distintas familias que llevaban el muy usual y propagado patronímico Cervantes, lo mismo en las plebeyas que en las hidalgas y nobles clases?

Imposible. Caprichoso en extremo determinarlo: difícil y aventurado decidirlo.

8.^a—Refútase lo sostenido por D. Julio de Sigüenza.

No por mero espíritu de contradicción, sino fundándonos en razones que estimamos atendibles, hemos rechazado la afirmación que hizo el erudito escritor D. Julio de Sigüenza el año de 1887, (*Ilustración Española y Americana*) respecto de haber sido el abuelo de Cervantes, natural de Talavera de la Reina, corregidor de Alcalá de Henares y presidente del Consejo de los estados del tercer Duque del Infantado, D. Diego Hurtado de Mendoza, con quien más tarde emparentó por casamiento de su hija D.^a María con un hijo natural de aquel, D. Martín de Mendoza, habido de sus relaciones amorosas con D.^a María Ruiz de Leguizamo.

El Sr. Sigüenza fué muy afortunado en descubrir algunos documentos acerca de la hija de Cervantes, D.^a Isabel de Saavedra, que alteran por completo cuanto se sabía sobre su vida, y difunden clarísima luz sobre las oscuridades que la envolvían. Pero en lo que aseveró respecto del Licdo. Juan de Cervantes y su hija D.^a María, quiso sutilizar tanto sobre bases delezna-

bles, que el edificio de sus pretensiones se destruye por sí solo á causa de la debilidad de su consistencia.

Ni en 1882 ni en 1883, con haberse ocupado tan extensamente de la hija de Cervantes, llegó á sostener Sigüenza que dicho Licenciado fuese abuelo de Cervantes, ni D.^a María tía suya, hermana de su padre. Como dudando de ello, se limitaba á preguntar si serían sus próximos parientes. (1) Ya el año 87 se decidió á afirmarlo; pero con tan escasas pruebas, que no aciertan á convencer sus razonamientos ni sus conjeturas. Sigüenza asegura que tenía escrito un libro sobre este particular; y es lamentable que muriese sin publicarlo, porque en él se podrían leer datos, noticias, afirmaciones, ó breves indicaciones siquiera, referentes al esclarecimiento de su opinión, sin mentar los documentos que insertara, como ilustración, para justificar lo por él sostenido ó demostrado. Pero, no pudiéndose hacer esa comprobación por haber quedado dicha obra, según creemos, sin concluir é inédita, hay que atenernos solamente á su mencionado artículo, bastante deficiente en la exposición y en las pruebas que ofrece; aunque desde luego puede asegurarse, por ese ligero diseño, imperfectísimo esbozo, que el Sr. Sigüenza procedía en esto con manifiesta equivocación, obcecado con la idea preconcebida de patentizar una verdad, que él juzgaba haber descubierto, para aclaración de hechos en la vida de Cervantes y de sus antepasados.

El error de Sigüenza consistió, hay que decirlo, en querer relacionar y concertar lo que había adelantado Navarrete sobre un Licdo. Pedro de Cervantes y una D.^a María de Cervantes, que vivieron en el siglo XVII, con lo que él tenía averiguado de un Licdo. Juan de Cervantes y su hija D.^a María, que habían existido un siglo antes, y á quienes el Sr. Sigüenza pretendió hacer, respectivamente, á todo trance, abuelo y tía paterna del Autor de *Don Quijote*.

Para que se note y vea con toda claridad lo imposible que sería aceptar tamaña anomalía, hemos de discurrir brevemente. El Sr. Sigüenza quiere que el Licdo. Juan de Cervantes, natural de Talavera de la Reina, hijo de D. Nicolás Cervantes, fuese el mismo Juan de Cervantes que decíase era corregidor de Osuna, por el Conde de Ureña, después de 1531, probablemente, según testimonio verídico de una persona que conoció á Miguel y por su padre tenía noti-

cias de su digno abuelo. Pero el Sr. Sigüenza no se fijó, para desechar su parecer, en que con su mismo escrito negaba la validez de sus presunciones. Si tantos testigos abonados y sin tacha certifican, en los papeles revisados por él, que el Licdo. Juan de Cervantes fué corregidor de Alcalá de Henares, y ponderan sus méritos y bellas prendas, y sus antecedentes nobiliarios, y hablan de su presidencia en la gobernación de los estados de D. Diego Hurtado de Mendoza, y hasta de su parentesco con la casa ducal del Infantado, por haberse casado un hijo natural del D. Diego con una hija legítima del Licenciado, llamada D.^a María; ¿cómo ninguno dice una palabra siquiera de aquel cargo que desempeñó luego, tan importante, tan á satisfacción de todos, con tanta suficiencia, celo y rectitud, de corregidor de la villa de Osuna? ¿Tan poco habrían de significar en su vida hechos tan gloriosos para su nombre y fama, que habían de pasarlos en silencio, como cosa insignificante, sus preconizadores? ¿Puede explicarse semejante omisión sino por ser diversos los dos Juanes de Cervantes, á quienes se quiere hacer simultáneamente abuelo de Miguel; el Juan de Cervantes de que habló el alférez Luis de Pedrosa y el Juan de Cervantes, á quien se refirió Sigüenza?

No es siquiera discreto suponer entre ellos la menor paridad. No hay identidad entre uno y otro. Son dos personas distintas, sin relaciones de afinidad, dos Cervantes que ni aun en el trato social pudieron conocerse, porque, sobre proceder de diferentes familias, les separaba también la distancia enorme de las edades: ¡como que el uno había vivido cien años antes que el otro! El Juan de Cervantes, Licenciado, natural de Talavera, hijo de D. Nicolás, debió de nacer en el último tercio del siglo XV, puesto que concluidos sus estudios de derecho, fué nombrado á principios del XVI para ejercer el cargo de corregidor y justicia mayor en Alcalá de Henares á nombre del Cardenal Cisneros; pudiendo ser este Juan que presenta Sigüenza aquel Pedro de Cervantes, que según Navarrete, desempeñó puesto tan elevado y de confianza en 1509. Pero ese Pedro ó Juan no ha de confundirse nunca con el otro Pedro (y aquí no puede alegarse equivocación de nombre) que consta fué también corregidor de Alcalá en 1640, ni es posible que la hija del Licenciado de 1509 sea también la hija del otro corregidor de 1640, á los cuales parece referirse con preferencia Sigüenza en sus deduc-

(1) "¿Serían éstos D.^a María y D. Pedro (todavía no le llamaba Juan) de Cervantes (los citados por Navarrete) pa-

rientes muy cercanos del Autor de *El Quijote*?", preguntaba en la *Ilustración* el año de 1883.

ciones, para concordar lo que él supone, con lo que indica y refiere Navarrete.

Éste, en su *Vida de Cervantes*, habla, (página 557) de un pleito que sostuvo la dicha D.^a María sobre evicción y saneamiento de un censo, existente en el archivo de una cofradía de Alcalá de Henares, donde constaban otros pormenores respecto de su dote y pertenencias; pero esa D.^a María no puede ser en modo alguno la de que habla Sigüenza. Porque la que quiere dar este escritor como tía de Cervantes, casada con un hijo natural del tercer Duque del Infantado, no puede ser la D.^a María de Cervantes mentada por Navarrete, no sólo por lo absurdo del anacronismo de juntar en una misma persona hechos de diversas procedencias y tiempos, sino también por la imposibilidad de aplicar á una misma señora distintos casamientos y condiciones sociales y de familia. La hija del Licenciado Juan de Cervantes (aunque ese Licenciado sea el D. Pedro, corregidor en 1509, natural de Talavera), casó en 1532 ó 33 con D. Martín de Mendoza, hijo del Duque del Infantado; en tanto que la hija del corregidor de Alcalá en 1640, también D.^a María, la del pleito, se sabe con datos certísimos, por su partida matrimonial, que casó en 1634 con D. Pedro de Castro. ¿Cómo puede hacerse de entrambas una sola y única persona?

Las informaciones hechas, pues, ante el corregidor D. Pedro de Cervantes, el año de 1640, con las declaraciones de testigos para demostrar sus méritos y origen nobiliario, insertas en el protocolo del escribano Juan de Montoya, se relacionan con el padre de la segunda D.^a María, la que se casó un siglo después que la otra, que, según Sigüenza, se desposó con un hijo natural del tercer Duque del Infantado; sin que las razones expuestas por él sirvan en lo más mínimo para probar el parentesco cercano de la primera con el inmortal Escritor, ni pueda aventurarse tampoco la especie absurda de que lo fuese la segunda, la esposa de D. Pedro de Castro.

Ha hecho confusión tan espantosa el Sr. Sigüenza de estos lejanos sucesos y desemejantes personalidades, sólo por el prurito de sustentar paradojas, que ha sido menester esta sucinta relación de fundados motivos, para el restablecimiento de lo cierto y aceptable.

El árbol genealógico que de la ascendencia y descendencia de la familia de Cervantes pone Sigüenza en su citado artículo, y da como irrecusable, adolece de los mismos defectos é inexactitudes que los ideados y dados antes como ciertos é indubitables por Méndez de Silva y Fernández de Navarrete. Se contradicen, se confutan, se destruyen unos á otros. El árbol genealógico

de Navarrete, por ejemplo, hace bisabuelo de Cervantes á un D. Diego; Sigüenza dice que se llamaba D. Nicolás. Méndez de Silva, aunque habla de los Cervantes de Talavera, no los considera progenitores de la familia de nuestro escritor, por más que los hace descendientes del tronco originario de todos, según se dice; del famoso Nuño Alfonso, hijo del conquistador de Toledo.

Sigüenza describe así la progenie de la familia de los Cervantes de Talavera, á quien sin fundamento atribuye el origen de la de Cervantes Saavedra, avecindada más tarde en Alcalá. El fundador de la casa de Talavera, fué D. Nicolás de Cervantes, que murió antes de 1538. Su hijo el Licdo. Juan de Cervantes, procreó á D.^a María de Cervantes, que casó con D. Martín de Mendoza, y á Rodrigo de Cervantes que casó con D.^a Leonor de Cortinas. Miguel de Cervantes, uno de sus hijos (de los otros no se hace mención en el árbol genealógico de Sigüenza), casado con D.^a Catalina de Palacios, tuvo una hija llamada D.^a Isabel de Saavedra, de quien el Sr. Sigüenza supone fué madre la dicha D.^a Catalina (falsedad evidente del árbol). Doña Isabel de Saavedra contrajo dos veces matrimonio; primero con Diego Sanz, de quien tuvo una niña, de nombre Isabel, como su madre, y ya viuda, en 1608, con Luis de Molina, de quien tuvo otra hembra, también llamada Isabel. D.^a María de Cervantes, la pretendida tía paterna de Miguel, tuvo una hija de su matrimonio con Don Martín de Mendoza, que llevó por nombre Doña Martina. D.^a María falleció en 1559. Su esposo se hizo sacerdote al quedar viudo, y llegó á desempeñar pingües cargos eclesiásticos.

Aparte de los errores en que incurre Sigüenza al involucrar sucesos y fechas de tiempos apartados, como ya hemos visto, hay otras razones que echan para siempre por tierra el castillo de sus argucias. ¿De dónde tomó el árbol genealógico que presenta como lo más perfecto de la verdad? ¿Por dónde consta que es auténtico? ¿Dónde están sus indisputables comprobantes? Si ese árbol estaba ya formado, á la vista de antecedentes directos de familia desde tiempos antiguos, ¿cómo no lo copió Méndez de Silva en sus apuntes nobiliarios al hablar de los Cervantes de Talavera, llegando á decir que habían emparentado con los Duques de Osuna, cuando lo efectuaron, al parecer, con los del Infantado? ¿Cómo no encontró Navarrete ningún dato claro sobre esto en los tratados nobiliarios que siguió? ¿Por qué fué para todo el mundo un secreto ese flamante nuevo árbol de la rama de Talavera, inclusive para el mismo Sr. Sigüenza, hasta que

en 1887 lo dió él como la última palabra de lo cierto, cuando en 1882 todavía dudaba si el corregidor *D. Pedro* y *D.^a María de Cervantes* serían parientes próximos ó lejanos de Miguel?...

Lo más probable es que, después de haberse descubierto en el extinguido Consejo de Castilla los documentos que determinan y fijan con señales inequívocas la verdadera personalidad de *D.^a Isabel de Cervantes Saavedra*, destruyendo las inexactitudes y vagos indicios que de ella se conservaban, nació el deseo de formar un árbol genealógico de la familia de Cervantes de Talavera, y se incluyeron en él, más por capricho que con fundamento, las personas que se creyó oportuno para autorizarlo con apariencias sorprendentes. Hízose así á *D. Nicolás Cervantes*, fundador de los de Talavera, padre del abuelo de Cervantes, Juan, atribuyendo á éste la historia amorosa de su hija *D.^a María*, casada con Don Martín de Mendoza; y, ya puesto en este camino para inventar el nuevo árbol, lo completó añadiendo, desde 1531, lo que se decía del otro Juan de Cervantes, el verdadero abuelo de Miguel, (aunque se ignora su naturaleza) y lo que se refería de él desde aquel año hasta el de su muerte, que lo fijó en fecha equivocada. Resultó de aquí, como era natural, una serie de suposiciones, alteraciones y confusión de hechos y fechas que causa espanto.

9.^a—Nuevos argumentos contra las leyendas de linaje.

Se ha querido hacer á Cervantes, como hemos visto en anteriores páginas, descendiente de familias nobles y hasta de estirpe regia, siguiendo las vagas indicaciones que en uno de sus trabajos genealógicos dejó expresadas el cronista Rodrigo Méndez de Silva, escritor poco digno de crédito en el reinado de Felipe IV. Navarrete (*Vida de Miguel de Cervantes*, pág. 134 y siguientes), quiso sacar de su obra *Ascendencia ilustre del famoso Nuño Alfonso*, pruebas que lo demostrasen; pero no logró conseguirlo. Por el contrario, las mismas sutilezas de que se vale para autorizar tales pretensiones, destruyen por

completo todo fundamento serio, no ya de probanza, pero ni aun siquiera de verosimilitud. Navarrete no consideró la falsedad con que procedía aceptando hechos y datos no comprobados, y cuán ligeramente se exponía á sustentar opiniones del todo erróneas y hasta de discreto apoyo desprovistas.

Méndez de Silva fué autor muy dado á formar progenies y árboles nobiliarios á medida de su capricho, por halagar ó enaltecer á personas ó familias determinadas. Sin ser de los escritores más malos, en cuanto al estilo, del tiempo de la decadencia, su crítica es del más pésimo gusto, y á veces no se encuentra nunca en sus obras, más pretenciosas y plagadas de falsa erudición que adornadas de sobrios y positivos méritos.

Ejemplo notable de lo que decimos es la genealogía que hace del Dr. D. Francisco Marín de Rodezno, á quien dedicó en 1656 su *Catálogo real y genealógico de España, ascendencias y descendencias de nuestros católicos príncipes y monarcas supremos*. (1) Era Rodezno señor de la villa del mismo título, colegial mayor del Arzobispo en la Universidad de Salamanca, canónigo de Toledo, del Supremo Consejo de la santa y general Inquisición, y (cuando se publicó la obra) presidente en la Real Chancillería de Granada. Pretendía Silva demostrar que era el Dr. descendiente de la antiquísima familia Salazar, de alta alcurnia; y tomó tan de atrás el origen de sus esclarecidos hechos, que supone fueron sus ascendientes defensores nada menos que de la ciudad de Numancia, por la facción cartaginense el año 131 antes del nacimiento de Cristo, y sirvió también á las órdenes de Julio César contra su competidor Pompeyo.

De los apellidos de Salazar y Rodezno hace luego peregrinos enlaces y relaciones, entroncándolos y depurándolos, hasta llegar á deducir su cierta y comprobada afinidad y semejanza. Todo por supuesto sin demostración alguna satisfactoria ni convincente, en medio de un fárrago de citas y testimonios empalagosos. ¡Qué de proezas relata, qué de casos cuenta, qué de maravillosos hechos refiere! Sus ascendientes habían sido todos ricos hombres, mayordomos regios, caudillos célebres, caballeros de gran nom-

(1) El título completo de este estafalario é impertinente libro es el siguiente, que pone bien de relieve el pésimo gusto del autor.

"Catálogo real y genealógico de España, ascendencias y descendencias de nuestros católicos príncipes y monarcas supremos. Reformado y añadido en esta última impresión con singulares noticias, curiosos orígenes de familias, consejos, dignidades eclesiásticas y seglares; gloriosos hechos,

varios sucesos y novedades antiguas, dignas de perpetua memoria. Por Rodrigo Méndez de Silva, cronista general de España y ministro del Real Consejo de Castilla. Que dedica al doctor D. Francisco Marín de Rodezno, presidente de Granada. Con privilegio real. En Madrid: en la imprenta de D.^a Mariana del Valle. Año MDCLVI. Á costa de Antonio del Ribero Rodríguez, mercader de libros. Véndese en la calle de Toledo y en Palacio".

bre y valía. Estuvieron al servicio de los reyes en las guerras de la Reconquista, derramaron su sangre, halláronse en Clavijo, en las Navas, en Roncesvalles; inmortalizaron los nombres con las heroicidades. Un conjunto, en fin, de lo histórico y lo fabuloso para barajar nombres y apellidos y buscar filiaciones, parentescos y ramas transversales á gusto y beneplácito del genealogista.

Tenía Méndez de Silva la monomanía de los tratados nobiliarios; y cuando quería buscar nobleza ó ascendencia ilustre á un sujeto ó á una casa, convertía los más inverosímiles sucesos, merced á los recursos prodigiosos de su inventiva, en datos verdaderos que sirviesen de documentos irrecusables para la más completa demostración. Claro es que, la mayor parte de las veces, las genealogías degeneraban en relatos de disparates imposibles; los antecedentes estaban traídos contra todo principio de sensatez; los vínculos de parentesco y familia, no parecían; eran falsas ó mal fundadas las citas, inciertas las alianzas, dudosos los servicios, fingidos los hechos, supuestos los nombres, desautorizadas las referencias, vanas las presunciones, nulos los méritos; pero la lisonja del escritor y la vanidad halagada del enaltecido, canonizaban el cuento imprudentemente ideado, y la costumbre sancionaba después la obra malvada de la mentira.

Méndez de Silva fué, en orden á los trabajos nobiliarios, lo que el falsario Román de la Higuera respecto de la historia eclesiástica de España, un falsificador de la verdad, un inventor de patrañas genealógicas. No podía buscar Navarrete peor y menos abonado testigo para comprobar la ascendencia nobiliaria de Cervantes, que al disparatado cronista citado. (1) El cual llegaba, cuando se proponía mentir para sus fines particulares, hasta lo inconcebiblemente absurdo. De los reyes de España contó cosas inauditas. Á las familias á quienes procuró ensalzar, rodeólas de prodigiosas circunstancias. Hizo de los plebeyos grandes señores, y á éstos los colocó en las cumbres del principado y la realeza. Y cuando, agotado ya todo su ingenio en la ponderación del sugeto, quería sublimarle más en la estimación general por motivos especiales, dejaba entonces lo humano para enaltecer á su favorecido con los atributos de lo divino. Entonces

contaba, por ejemplo, que un caballero llamado Quiñones, natural del reino de León, teniendo noticia de las predicaciones de Cristo en Palestina, había vendido toda su hacienda, que era mucha, y puéstose en camino hasta llegar á verle, y comunicarse con él, oyéndole y siguiéndole, siendo uno de los que se hallaron en el banquete de los cinco panes y dos peces, y acompañó á Jesús el día que entró triunfalmente en Jerusalem. Entonces sostenía con toda formalidad que el Centurión que confesó á Cristo en la cruz, era de un pueblo de la provincia de Málaga.

¿Qué crédito ha de merecer quien de tan desatinada manera discurría, cuando quiere dar á Cervantes por uno de los descendientes del famoso Nuño Alfonso, alcaide de Toledo en el reinado de Alfonso VII? Verdad es que los datos que aduce son muy vagos, y él mismo no tiene certeza de que dice la verdad en este asunto por falta de documentos comprobatorios; pero Navarrete, completando la labor fantástica iniciada por Méndez de Silva, añadiendo algunos indicios sugeridos ó por suspicacia ó por inadvertencia, concluyó dando por cierto lo que sólo era producto del capricho y la arbitrariedad. Los árboles genealógicos de Méndez de Silva, nada prueban; pero tampoco lo consigue el nuevo que ofreció Navarrete con las adiciones que introdujo. Él creyó que con poner en él á Juan de Cervantes, abuelo de Cervantes, corregidor que fué de Osuna, por los años de 1545, ya estaba con toda claridad demostrado que nuestro autor procedía, por línea recta de varón, del célebre alcaide de Toledo en el siglo XII, sin comprender que Juan de Cervantes podía ser pariente muy lejano, y quizás ni aun pariente siquiera, de tan antigua estirpe, cuando es dudoso hasta que estuviese enlazado con los Cervantes que residían en Sevilla en el siglo XVI, entre cuyos antepasados hubo cardenales y otros personajes famosos; y aún no consta circunstanciadamente á qué familia de este apellido, de las entonces existentes, pertenecía nuestro Escritor. Es aventurado y caprichoso cuanto acerca de esto se diga.

Caen, pues, por su misma base, todas las argucias de que se vale Navarrete para robustecer y dar importancia á lo que no pudo pasar nunca de hipotética deducción. Cuanto trae acerca (2) de los Cervatos y los Cervantes, con los en-

(1) Las indicaciones hechas por Méndez de Silva en su *Ascendencia de Nuño Alfonso*, al copiar unas palabras de Haedo, referentes á Cervantes en su *Topografía de Argel*, no pasaron de tales ni aun en su mismo criterio; y lo comprueba, que habiendo también publicado una obra titulada *Población general de España*, no hizo mención para nada del nombre del inmortal Escritor en el artículo *Alcalá de Henares*, cuando pudo haberse extendido sobre esto, con copiosa

erudición, si tuviera pruebas indubitables acerca del origen noble de la familia de Cervantes, de Alcalá de Henares, uno de cuyos hijos llenaba ya el mundo con la fama de su portentoso talento.

(2) Navarrete quiere que se crea, sin más comprobación que su buen deseo, haber tomado un Gonzalo de Cervantes,

truncamientos y parentescos subsiguientes que les asigna, ya según Juan de Mena, ya refiriéndose á Méndez de Silva, ya según sus propias sospechas, es divagar sin un comprobante siquiera atendible y cierto. Como no está comprobado tampoco lo que escribe respecto de que la familia Saavedra emparentó con la de nuestro Cervantes, por haber casado un D. Diego de Cervantes con D.^a Juana Avellaneda, hija de D. Juan Arias de Saavedra, llamado el famoso, segundo señor de Castellar y del Viso.

En la genealogía de esta casa que hizo Don Alonso López de Haro en su *Nobiliario*, no se comprueba tal aserto; y eso que aquél autor escribió, con datos fidedignos á la vista, de todas las principales casas y caballeros de la nobleza española. El mal de todo ha estado en mezclar sucesos y nombres de otras familias de la más encumbrada aristocracia, queriendo confundir hechos, circunstancias y apellidos ajenos á los sucesos y vida del Autor del *Quijote* y de sus padres y abuelos. (1)

No es preciso, después de todo, buscar antecedentes ni ejecutorias de nobleza á Cervantes, ni llegar hasta la puerilidad de quererle hacer, por méritos de sus antepasados, pariente de Carlos V, de Felipe II, y del príncipe D. Juan de Austria. Todo eso de nada sirve; para nada lo necesita el nombre de Cervantes. Todo eso, propiamente hablando, es puro sueño.

Fué descendiente de una familia de hidalgos, muy pobre, sin títulos ni prerrogativas más señalados que los de su honra y alteza de pensamientos, excelsa por sus virtudes y merecimientos propios. Nunca cifró él su orgullo en ser noble, ni de alcurnia poderosa descendiente, sino en sus propios heroicos actos y en lo intachable de sus procederes de persona honrada, con perenne culto en su corazón á todo lo justo, lo recto y lo inspirado en los sentimientos puros y pundonorosos. Ni su condición caballerosamente humilde, ni su pobreza, le dolían tanto, que no las estimase en más que todos los títulos y riquezas, si éstos no iban acompañados de las más nobles cualidades de perfección. Nunca mencionó para nada

lo excelso de su linaje, aunque se preciaba de honrados y bien nacidos padres.

Baste esto para su gloria de caballero por sus hechos, sin necesidad de atribuirle soñadas grandezas, que nunca ambicionó, ni pretendidos orígenes nobiliarios que no tuvo, y que él mismo hubiera rechazado con dignidad si hubiese llegado á vislumbrar siquiera la tarea acometida por algunos escritores para desvirtuar la humilde historia de su nacimiento con inútiles y vanidosas ostentaciones.

10.^a—Hay que decir la verdad y rechazar siempre lo infundado.

Nos hemos extendido en el texto al hablar de las supuestas genealogías que se han atribuído á Cervantes, con el fin de que no se continúe por el camino de las sutilezas para propagar nuevos desvaríos. Tanto más indispensable era esto, cuanto que la respetabilidad del Sr. Navarrete había logrado sancionar manifiestos errores y equivocaciones inaceptables de todo punto.

11.^a—Declaración del alférez Luis de Pedrosa.

Las palabras textuales del dicho alférez, que constan en la colección de documentos sobre el cautiverio de Cervantes, que publicó Navarrete, y se conserva en el Archivo de Indias de Sevilla, son las que siguen: "Este testigo tiene noticia y sabe que pasó por realidad de verdad que en la villa de Osuna, de donde este dicho testigo tiene declarado ser natural, donde tuvo en ella á sus padres; sabe este testigo que en ella fué corregidor Juan de Cervantes, al cual tenían y tuvieron por un principal y honrado caballero; y así, teniendo estos méritos, trajo y le dieron la vara de corregidor por orden y merced del Conde de Ureña, padre del Duque de Osuna, cuya es ahora la dicha villa; y que el padre de este dicho testigo tuvo estrecha y ordinaria amistad con el dicho Juan de Cervantes, el cual, este testigo ha

tos el apellido *Cervantes* con variación de algunos pormenores en el escudo, no sólo para diferenciarse del linaje de su hermano, sino en memoria también del castillo de San Cervantes, á cuya edificación asistió su bisabuelo con D. Alfonso el séptimo, refiriendo lo mismo que dicen vagamente Venegas y Covarrubias respecto de su primitivo nombre de San Servando, convertido después, por alteración vulgar, en San Cervantes; y "de aquí tomó (dice) el apellido esta familia". De todos modos, la suposición de Navarrete acerca de ese pretendido antepasado de Cervantes Saavedra, viene á robustecer nuestra firme creencia de que la mayor parte de

los que adoptaron ese patronímico, lo tomaron siempre del nombre *Servandus* y de sus derivados y parecidos; pero nunca de Cervatos, ni de las demás palabras procedentes de *Cervus*.

(1) Aunque esos nombres se refieran á la rama de los Condes del Castillo, falta demostrar lo que no ha hecho Navarrete, ni podrá razonablemente hacer nadie: que ese Don Diego Gómez de Cervantes fuese real y verdaderamente ascendiente, ó deudo siquiera lejano, de Miguel de Cervantes Saavedra. Todos los datos que se ofrecen son inciertos y caprichosos.

sabido que el dicho Miguel de Cervantes es nieto del susodicho".

Es muy verosímil que lo supiese por el mismo Miguel en sus conversaciones íntimas acerca de sus respectivos pueblos y familias, lo cual da un valor inestimable á las palabras de Pedrosa.

12.^a—Felices descubrimientos del Sr. Rodríguez Marín.

Son de singular interés los trabajos de tan docto escritor, pues han proporcionado noticias curiosísimas y desconocidas acerca del abuelo y del padre de Cervantes. Las personas estudiosas agradecerán siempre al Sr. Rodríguez Marín los valiosos datos que ha ofrecido en sus interesantes estudios titulados: *Cervantes y la Universidad de Osuna*, y *Cervantes estudió en Sevilla*.

El primero se publicó en 1899 en el *Homenaje á Menéndez Pelayo*, tomo segundo, páginas 757-820; y el segundo forma el Discurso que leyó el autor, como presidente del Ateneo de Sevilla, en la solemne inauguración del Curso de 1900 á 1901. (Sevilla: imp. de Francisco de P. Díaz. Gavidia, 6.—1901.—36 páginas en 8.^o)

13.^a—Cinco partidas bautismales, copiadas fidelísimamente, con testimonio del docto bibliógrafo D. Ramón Santa María.

"Libro primero de bautismos
de la Iglesia parroquial de Santa María la Mayor
en Alcalá de Henares.

I

Folio 137^r "En doze dias del mes de diz.^e de "j 0 d xliij años fue babtyzado andres hijo// "de R.^o çervantes e su mujer leonor de cor- "tynas fueron padrinos Ju.^o de // medina sa- "crystan ts.^o la de baReda e la del lic.^{do} frias "babtyzo // le El señor bller. SeRano Cura//

(firmado) El bachillr.
SeRano "

II

Folio 154^r "En xxiv dias del dho. mes (no- "bienbre) año suso dho. (de j 0 d xliiiij) fue "bautiz.^{da} // vna hija de R.^o de carbantes y "de doña leonor su muger // q. se llamo An- "drea y fue compadre mayor mel//chor men- "dez y luysa de contrera su muger y ba//vti- "zola El señor bachiller seRano cura e sta// "yglia. de santa m.^a//

(firmado) El bachillr.
SeRano "

III

Folio 177^r "en veynte y çinco de agosto año "de mjll e qs.^o y quarenta // y seis años este "dia el señor bachiller SeRano bautizo//vna "hija de Rodrigo de çervantes e de leonor de "Cor//tinas su muger la qual se llamo loi- "sa (1) que fue su padrjno // que le tubo e la "pila el lic.^{do} x^oval bermudez ts.^o p.^o//mjnz. "del aRoyo e fran.^{co} sanchez clerigo de huen- "tesaz.//

(firmado) El bachillr.
SeRano "

IV

Folio 192^v "domjngo nueve dias del mes de "otubre Año del señor de mill // e qnjs. e "quarenta e siete años fue baptizado mi- "guel (2) // hijo de Rodrigo de çervantes e "su muger doña leonor fue//ron sus conpa- "dres Ju.^o pardo baptizole El R.^{do} señor "br.^e // seRano Cura de nra. señora ts.^o bal- "tasar vazqz. sacrista // e yo q. le baptize e "firme de mj nōbre.//

(firmado) El bachillr.
SeRano "

V

Folio 233^r "En vej.^e y tres del dho. mes (de "Junio año de j 0 d 1) bavitizo El suso dho. vn "hijo de R.^o de // çervantes e de su muger "doña leonor al q.¹ puso por non//bre R.^o "(3) fue padrino de pjla El dotor gil verte E "por testigos // fra.^{co} diaz e pedro vallex[o e "firm]olo de su nonbre.//

(firmado) el b[achillr.
Ju.^o garçia] "

Alcalá de Henares, 10 de Enero de 1901.—*Es copia*: Ra-
món Santa María.

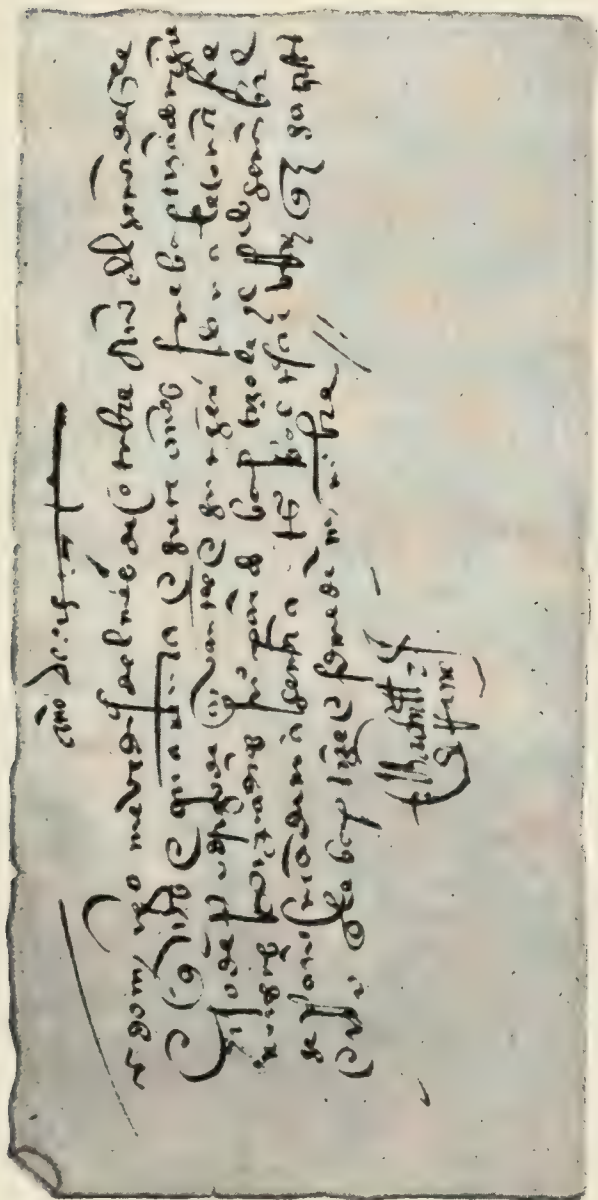
14.^a y 15.^a—Rodrigo de Cervantes, hermano menor de Miguel. Sus otros hermanos Juan y Magdalena.

Habíase creído hasta ahora que Rodrigo fué hermano mayor de Miguel; pero no estando esto demostrado, no podía hacerse tal afirmación sin exponerse á sostener errores. Se había creído lo anterior por haberse juzgado, según indica- ciones de D. Nicolás Antonio Heredero, que pu- diera haberse llamado luego Rodrigo el niño bautizado en Alcalá el año de 1543, con el nombre de Andrés. Pero tal suposición no podía acep- tarse, pues en nada probable ni fundado se basa- ba. Es verdad que, no encontrando el Sr. Here- dero la partida de bautismo de Rodrigo en el li- bro que contenía las de otros cuatro hermanos

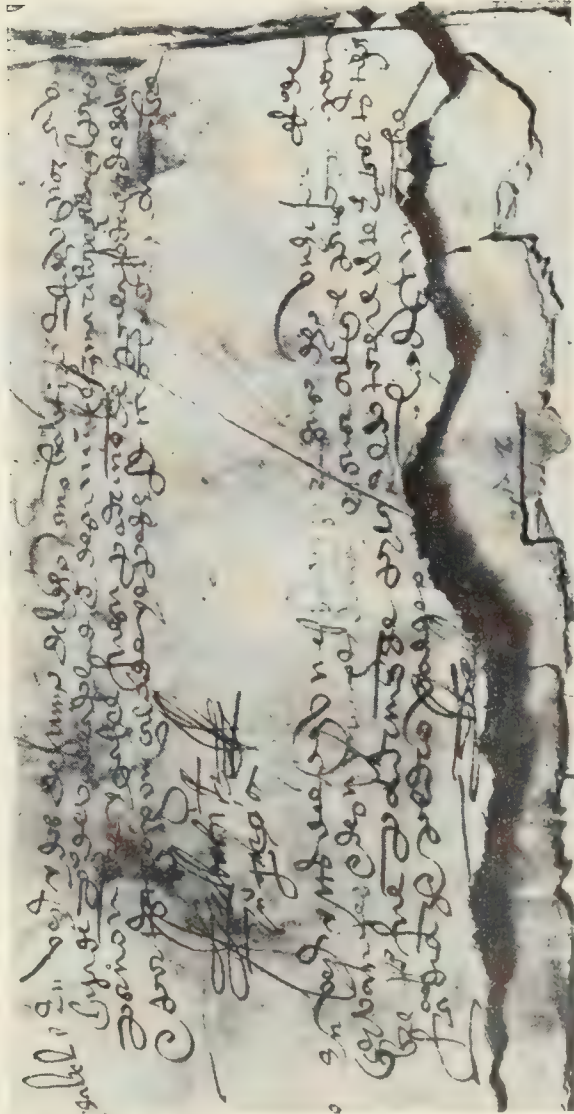
(1) Al márgen "luisa" de letra de la época.

(2) Al márgen "miguel" de letra posterior ó moderna.

(3) Al márgen "R.^o" de letra coetánea.



Facsimile de la partida bautismal de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



Facsimile de la partida bautismal de Rodrigo de Cervantes, hijo, según una fotografía de D. Vic. Fernz.



SANTA MARÍA LA MAYOR.

Capilla bautismal donde se encuentra la pila en que fué bautizado CERVANTES.

suyos, sospechó si podría ser la de éste la que llevaba el nombre de Andrés por cierta cifra embrollada que notaba en las letras; pero bien pronto él mismo negó la posibilidad de interpretarlo así, pues concluye diciendo "que no queda duda de que no es Rodrigo por la confrontación de caracteres de padre é hijo; ni parece leerse sino Andrés".

Ignorábase, pues, si Rodrigo de Cervantes Saavedra había nacido antes ó después de Miguel; ni dónde, aunque por el orden que nombró Rodrigo Cervantes (padre) á sus hijos en su testamento, resulta el primero en segundo lugar.

El Sr. Apraiz había indicado su creencia de que Rodrigo fué hermano menor de Miguel.

Afortunadamente ha quedado ya todo esclarecido por haberse hallado la partida bautismal de Rodrigo en el libro primero de bautismos de la parroquia de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares. Se ha debido esto á la feliz investigación del sabio archivero D. Ramón Santa María, como hemos dicho en nuestro discurso preliminar con el encarecimiento que es justo.

No sabemos dónde ni en qué año nació Juan de Cervantes, á quien cita el padre en su testamento como el tercero de sus varones. De Doña Magdalena Pimentel de Sotomayor sábese, por su partida de defunción, que era natural de Madrid, y, á pesar de la variedad de sus dos apellidos, Rodrigo de Cervantes, en el ya citado documento, la pone como segunda de sus hembras, legítimas ambas, D.^a Magdalena y D.^a Andrea, y procreadas de su matrimonio con Doña Leonor de Cortinas. Han venido á dilucidar estos puntos, de manera terminante, varios interesantes documentos inéditos publicados por Don Cristóbal Pérez Pastor, y de los que hablaremos oportunamente, y con la detención debida, según lo vayan exigiendo los asuntos de que tratemos.

16.^a—Observaciones sobre la partida bautismal de Cervantes.

Se habrá notado en el facsímile de la partida de Miguel, que damos en fotograbado á la página 104, que se dice en ella ser hijo de Rodrigo de *Carvantes* y de su mujer D.^a Leonor.

Los defensores de la opinión que hace al Cervantes de Alcázar autor de *Don Quijote*, han intentado valerse (y la sostienen como último argumento de su triunfo) de la circunstancia de estar en la partida bautismal de Alcalá equivocando el apellido Cervantes, pues dice CARVANTES. Pero ese es un reparo hartó pueril que no necesita refutación. En Alcalá de Henares había fa-

miliás que llevaban los apellidos Cervantes, Carvantes y Çarvantes, y, al hacer los asientos parroquiales, el amanuense los confundiría algunas veces; lo cual en nada podía perjudicar á la veracidad de la filiación, cuando se conservaban, como en el caso presente, los del padre y de la madre en otros registros de hijos suyos. Carvantes dice también la fe de bautismo de D.^a Andrea, y nadie la rechaza como distinta de ella.

Para comprobación de que Miguel de Carvantes ó Çarvantes, por defecto de pronunciación, disimulada la cedilla, como sucede muchas ocasiones en los manuscritos de aquel tiempo, es el mismo que estuvo en Lepanto y Argel y escribió el *Quijote*, basta saber que era hijo de Rodrigo de Cervantes y de su mujer D.^a Leonor, como los otros, Andrés, Luisa y Rodrigo, en cuyas partidas está escrito con toda claridad RODRIGO DE CERVANTES.

La partida bautismal de Cervantes la publicó por vez primera D. Agustín de Montiano y Luyando, año de 1753.

17.^a—Los más ilustres cervantistas del siglo décimo octavo.

Debe recordarse, para encomio de los literatos que con sus diligencias contribuyeron á la indagación y publicación de noticias referentes á la ciudad natal de Cervantes, que el erudito bibliotecario D. Juan Iriarte fué el primero que en 1748 indicó que el Autor de *Don Quijote* era de Alcalá de Henares, por haberlo leído así en una *Relación* de 185 cautivos rescatados el año de 1580, impresa en Granada el 81, existente en la Biblioteca Real, donde se expresaba que Miguel de Cervantes era "de edad de 30 años, natural de Alcalá de Henares". El benedictino Fray Martín Sarmiento, á quien participó la nueva el señor Iriarte, comprobóla después leyendo la *Topografía é Historia de Argel*, del padre Fray Diego de Haedo, y confirmó la opinión con observaciones propias y datos sacados de las obras de Cervantes. Coadyuvaron á dilucidar el asunto, obteniendo ó publicando copias de la partida de bautismo, los eruditos Martínez Pingarrón, Montiano y Luyando, D. Josef Miguel de Florez y D. Juan Antonio Pellicer.

Las dudas que se suscitaron sobre la verdadera patria de Cervantes por haber parecido la partida de nacimiento del Miguel de Cervantes Saavedra, de Alcazar de San Juan, retardaron por algún tiempo el triunfo de la verdad, y más estando perplejo el Padre Sarmiento, en un principio, y obstinado el trinitario Fr. Alonso Cano

en que el de Alcázar era el Cervantes, Autor de *Don Quijote*. El descubrimiento de las partidas del rescate de Cervantes en el archivo de la Orden de la Redención, por indicaciones del señor D. Vicente de los Rios, resolvió definitivamente el asunto en favor de Alcalá y puso término á las incertidumbres y los reparos. Este sabio escritor y docto historiador de Cervantes concluyó con todos los escrúpulos, que aun pudieran abrigarse, en las *Pruebas* de la *Vida* que publicó la Real Academia Española en 1780. Á Rios, siguiendo lo dicho por el P. Sarmiento, toca la gloria de haber dicho la última palabra en esta cuestión. Todo lo que se ha escrito y sostenido después, para negar que Alcalá de Henares es la patria del Autor del *Ingenioso Hidalgo*, ó se ha fundado en divagaciones, ó no ha respondido sino al capricho de sostener inexactitudes, por exagerado espíritu de pueblo ó comarca.

18.^a y 19.^a—Comprobación de datos. Nuevo documento decisivo que demuestra que Cervantes nació en Alcalá.

Para comprobación de los datos referentes á ser Alcalá la ciudad en que nació Cervantes, puede consultarse á Navarrete, que copia ó extracta todo cuanto antes de él se había publicado sobre el particular. El nuevo importantísimo documento á que nos referimos en el texto, es el que lleva el número 19 en la colección de los recogidos y anotados por D. Cristóbal Pérez Pastor (Madrid, 1897, pág. 65). Dice al pié de la letra así: "Ilustre señor: Miguel de Cervantes, NATURAL DE ALCALÁ DE HENARES, residente en esta corte, digo: que á mi derecho conviene probar y averiguar con información de testigos de como yo he estado cautivo en la ciudad de Argel, y como soy rescatado y lo que costó mi rescate y lo (que) quedé á deber de él, y como yo salí á pagarlo á cierto tiempo. Á vuestra merced (el corregidor de Madrid) pido y suplico mande que los testigos que presentare, se examinen al tenor de este pedimento; y lo que dijeren y depusieren, escrito en limpio, en pública forma, en manera que haga fé, me lo mande dar para en guarda de mi derecho. Pido justicia, y para lo cual, etcétera.—Miguel de Cervantes. Madrid, 18 de Diciembre de 1580".

De las deposiciones de los testigos, Rodrigo de Chaves y Francisco de Aguilar, de que se dió traslado á Cervantes, hablaremos al historiar los sucesos de su cautiverio.

Dichas declaraciones son muy curiosas y merecen atención.

20.^a—Comprobaciones de algunas citas.

Véase: *Laurel de Apolo*, de Lope de Vega, silvas 5.^a y 8.^a; la obra inédita de Tamayo de Vargas, que se conserva en la Biblioteca Nacional, titulada *Junta de libros, la mayor que jamás ha visto España*, artículo Miguel de Cervantes; *La Letanía moral* de Claramonte y Corroy, pág. 482 y al fin, donde llama á Cervantes "el dignísimo poeta español, Autor de *Don Quijote*"; Nicolás Antonio, *Bibliotheca hispana nova*, artículo *Michael de Cervantes*; Ortiz de Zúñiga, *Anales de Sevilla*, año 1598.

La versión recogida por Mayáns sobre ser natural de Lucena Cervantes, quedó completamente desmentida en vista de las indagaciones hechas de orden de D. Martín Fernández de Navarrete. Resultó de ellas, según afirmó la persona á quien dió el encargo D. Martín, el caballero D. Miguel Álvarez de Sotomayor, que, "reconocidos los libros de desposorios desde el año 1564 en que principian hasta el 1610, y los de bautismo desde 1510 hasta el 1600, no se halla en ninguno el apellido Cervantes, y sólo en los últimos, dos partidas de los años 1556 y 1563, en que aparece el de *Saavedra*". (*Vida de Cervantes*, página 554).

21.^a—El Cervantes de Alcázar de San Juan. El Cervantes de Consuegra.

La partida del Cervantes Saavedra, de Alcázar de San Juan, conocida desde 1758, se publicó por vez primera en 1766, con certificación de D. Pedro de Córdoba, teniente cura, Prior de la Iglesia parroquial y mayor de la villa de Alcázar de San Juan, y es del tenor siguiente:

"En 9 días del mes de Noviembre de 1558 bautizó el licenciado Sr. Alfonso Díaz Pajares un hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de Catalina López, que le puso por nombre Miguel. Fué su padrino de pila Melchor de Ortega, acompañado (de) Juan de Quirós y Francisco Almen-dros, y sus mujeres de los dichos. El licenciado Alfonso Díaz".

La referida partida se encuentra en uno de los libros bautismales de dicha iglesia, que principió el día 10 de Septiembre de 1506, y concluyó el 18 de Febrero de 1635, al folio 20. El cura D. Pedro de Córdoba, hizo constar en su certificado, que "al margen de dicha partida se halla escrito por nota lo siguiente: *Este fué el autor de la Historia de Don Quijote*." La anotación se atribuye á D. Blas Nasarre, bibliotecario, per-

sona de bien escasos méritos en Literatura y editor, con nombre supuesto, como hemos visto, de una reimpresión de *Don Quijote* de Avellaneda en 1732 y de *Las Comedias* de Cervantes en 1749. Su gratuita aseveración quedó muy pronto destruída para siempre con la publicación de documentos irrecusables.

El Sr. Nasarre había ido á la Mancha con cierta comisión del Duque de Híjar, y habiendo visto la partida de Alcázar, falló desde luego con su presunción y ligereza habituales en pro de la Mancha; inadvertencia tanto mayor, cuanto ya desde 1752 se sabía la existencia de la fe de bautismo de Alcalá y la opinión favorable á ella de muchos literatos distinguidos, cuando él quiso resolver la cuestión en sentido propicio á Alcázar.

Las polémicas sostenidas por la rivalidad entre los dos pueblos, para conseguir la palma del vencimiento, acerca del gran título de gloria, respectivamente ambicionado, de ser la cuna del *Regocijo de las Musas*, han sido muchas, apasionadas y prolongadísimas. No han cesado desde los tiempos de Sarmiento, Fray Alonso Cano y D. Vicente de los Rios. (1) Las tradiciones de pueblo; el afán de defender á todo trance lo que halaga el amor propio, aunque sea rechazado por la razón; cierta complacencia que hay siem-

pre en las colectividades y los individuos por contar entre sus compatriotas á los varones insignes en armas y Letras; todo se ha juntado para hacer enojosas é interminables semejantes disputas.

En 1837 se publicó en el *Observatorio pintoresco*, una serie de artículos encaminados á sostener dicha opinión. La famosa edición duplicada del *Quijote* en Argamasilla, impresa el año 1863 en la misma casa donde se suponía que estuvo preso Cervantes, dió nueva consistencia á la tradición mencionada, aunque después se entibiaran los pasajeros entusiasmos, y aun se llegó á comprender la inconveniencia de haber estampado allí una lujosísima y especial edición de la obra maestra del Cervantes de Alcalá, por seguir supuestos y jamás averiguados rumores manchegos.

Por aquel mismo tiempo publicó D. Ramón de Antequera, vecino de Argamasilla, un libro titulado *Espíritu analítico del Quijote* (Madrid, 1863), en que, entre otros temas que trató medianamente, quiso probar, sin lograrlo, que el inmortal Escritor era hijo de Alcázar de San Juan; obra pesada, aunque algo curiosa, pero sin crítica.

Fué después, incansable sostenedor de tal creencia, el alcazareño D. Juan Álvarez Guerra,

(1) Aunque Rios presentó un trabajo acabadísimo demostrando que el Cervantes de Alcalá era el único á quien se podía llamar Autor de *Don Quijote*, no puede echarse en olvido que muchísimos años antes, desde 1761, lo tenía patentizado, con multitud de discretas observaciones, el erudito benedictino Fr. Martín Sarmiento.

En su opúsculo sobre la verdadera patria de Cervantes, analiza con inmejorable criterio todo lo que atañe á este particular, copiando y examinando las partidas bautismales del Cervantes de Alcalá y el de Alcázar, y hace notar la gran diferencia en la fecha de los respectivos nacimientos y la imposibilidad razonable y cronológica de aplicar al segundo los hechos y documentos que se refieren al primero, sin género alguno de duda. Su disertación, escrita con mucha sencillez é incomparable lógica, agrada y convence en medio de su misma naturalidad. Fué el primero que ejerció la crítica para asignar á Alcalá de Henares la gloria de haber sido la cuna del inmortal Cervantes. Como dice acertadamente el Sr. D. Isidro Bonsoms, que ha publicado recientemente á sus expensas el manuscrito del Padre Sarmiento, "la obra del famoso benedictino tiene el mérito de ser el primer estudio crítico biográfico dedicado á fijar la verdadera patria de Cervantes".

Nada puede añadirse, en efecto, para rechazar las pretensiones de los alcazareños, á estos argumentos suyos, tan indestructibles y bien expresados: "Doy por cierta esa fe de bautismo; pero ni aun duda me queda de que no viene al caso de la patria del famoso Cervantes. Atiéndase á las fechas—1547 y 1558,—y á los once años de diferencia entre los dos. ¿Á quién persuadirá ninguno que el Miguel de Cervantes, de Alcázar de San Juan, era soldado en edad de

nueve años? ¿Que de diez ú once era camarero del Cardenal Aquaviva en Roma? ¿Que de trece era ya soldado en la escuadra de Marco Antonio Colona, en el Mar Mediterráneo?...

"La fe de bautismo del de Alcázar de San Juan, aunque en sí cierta, tiene contra sí, para el asunto, la cronología. No hay autor que tal haya dicho. Y es despreciable la nota por lo dicho (la nota que puso D. Blas Nasarre al margen de la partida diciendo que el Cervantes de Alcázar era el autor de *Don Quijote*). Al contrario, la fe de bautismo de Alcalá se conforma con la cronología en todo. Hay autor docto y coetáneo, y familiar de Cervantes, que lo confirma (El Padre Diego de Haedo). No me opongo á que los dos Migueles hayan sido parientes, á la corta ó á la larga. Pero eso no es del caso.

"Así, lo que Cervantes dijo de los *Quijotes*, yo lo aplico á los dos Cervantes. El verdadero y famoso de Alcalá de Henares: y el que quiso contrahacerle en el Alcázar de San Juan por unas razones vagas que nada prueban contra la información que el Cervantes de Alcalá presenta en este papel. No digo que el otro Cervantes sea supuesto, sino que es de *subjecto non supponente*. Esto es, que ni ha sido, ni es, ni jamás podrá ser, EL MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, estropeado en Lepanto el año 1571, cautivo en Argel el año 1577 y autor de la inmortal *Historia de Don Quijote de la Mancha*, el año de 1605. Del Cervantes de estas circunstancias se ha inquirido aquí la verdadera patria y se ha hecho patente que ha sido de Alcalá de Henares". (*Noticia de la verdadera patria (Alcalá) de Él, Miguel de Cervantes, etc.*, por el P. M. Fr. Martín Sarmiento.—Barcelona, 1898.—Páginas 62, 63 y 73.

hombre de singular constancia, que en artículos publicados en periódicos de la Mancha, de Madrid, y de toda España, en conferencias, folletos y libros, ha estado defendiendo tenazmente sus opiniones con encantadora buena fe por espacio de más de 25 años; siendo resúmen de sus trabajos la obra: *Sol de Cervantes Saavedra: su verdadera patria Alcázar de San Juan*. (Madrid, imp. de Nozal, 1878).

De los escritos coleccionados en este libro, debemos repetir lo mismo que ya dijimos en 1876 al hablar en la *Crónica de los Cervantistas*, (tomo 2.º pág. 248), de una hoja y varios artículos que, sobre el mismo tema estampó aquel año en Madrid; y era lo siguiente: "Increíble parece que después de tantas polémicas como sobre el particular se han sostenido, quedando siempre triunfante la causa de la verdad, que es la de Alcalá de Henares, se persista ahora en los mismos paralogismos de antes, queriendo demostrar que el autor del *Quijote* no nació en Alcalá de Henares, sino en Alcázar de San Juan. Este es un pleito sentenciado y concluído ya en tribunal superior, y es inútil, y hasta indiscreto y ocioso, querer remover la cuestión tan suficientemente discutida y con tanto conocimiento de causa fallada. Muy disculpable es el deseo del Sr. Álvarez Guerra, que al fin trabaja por su pueblo; pero de disculpable no pasa, pues ninguna razón abona su pretensión, ni argumento ninguno nuevo ofrece para persuadir ese derecho que pretende. Todos los sofismas que presenta los ha desmenuzado y rechazado la crítica más imparcial desde hace más de un siglo".

Todavía se quiere sostener la inexactitud. En 1892 publicó en Madrid una obra D. Francisco Lizcano y Alaminos, con semejantes pretensiones. Titúlase *Historia de la verdadera cuna de Miguel Cervantes Saavedra y López, autor del Don Quijote de la Mancha, con las metamorfosis bucólicas y geórgicas de dicha obra. Vida y hechos del Príncipe de los Ingenios españoles, con una refutación analítica de las biografías que de este autor se han impreso hasta el día*. (Imprenta de Gil y Navarro, Madrid, 1892); obra de pesado análisis, que convence aun menos que las de Antequera y Álvarez Guerra, donde se quiere suplir los argumentos con divagaciones, explicación caprichosa de varios pasajes del *Quijote*, especialmente de la historia del Cautivo, relatos novelescos y muchas sutilezas inadmisibles sobre las metamorfosis bucólicas y geórgicas del *Quijote*; materia de pasatiempo más bien que de estudio; de entretenimiento más que de seriedad.

La cuestión de Alcázar ha tomado últimamen-

te un aspecto nuevo, que vamos á examinar, deseosos del acierto.

Con motivo de haber sido llevado á la "Exposición histórico-europea", celebrada en Madrid en 1892, el libro parroquial de Alcázar que contiene la partida del Miguel de Cervantes Saavedra, natural de aquella población, algunas personas llegaron á dudar sobre su autenticidad al examinarla. Las sospechas de algunos se divulgaron mediante la publicidad por la prensa. Un cervantista que firmaba con el seudónimo de doctor Póstumo, pretendió probar en el *Heraldo* que la partida bautismal de Alcázar es de todo punto apócrifa, y que se fraguó la falsificación poco antes de que Nasarre pusiese al margen aquella tan campanuda nota de "este es el autor del *Quijote*".

D. Manuel de Foronda confirmó y amplió en un folleto, año de 1894, lo indicado por el doctor Póstumo en el anterior. Algunos escritores manchegos han contestado mezclando las razones con las intemperancias de lenguaje.

Imparciales nosotros en esto, como en todo, lo mismo nos apartamos de las evidentes exageraciones de Foronda y del doctor Póstumo, que de los apasionamientos de algunos de sus refutadores manchegos. Pecaron de suspicaces en extremo los que han puesto en tela de juicio y negado la autenticidad de la partida. No se han fundado en motivos justos y admisibles. Se dice que la partida es "no sólo apócrifa en su contexto, sino que los caracteres extrínsecos que la informan dejan de ver bien á las claras la mixtificación más palmaria, la falsificación más tosca que jamás se dió en casos semejantes".

Si la partida es apócrifa, no pudo ser mixtificación solamente la fraguada sobre Cervantes Saavedra, sino que pasaría lo mismo con otras muchas. El tomo no está formado ni encuadernado por pliegos sueltos de dos en dos hojas, de modo que fuera fácil sacar uno poniendo otro, sin que se hiciese visible el engaño. El libro está formado de cuadernillos de á cinco pliegos, en que unas hojas corresponden á otras, de suerte que no era posible esa suplantación sin que la página estuviese arrancada y el cuadernillo con dos folios de menos. La numeración de éstos es rigurosamente correlativa; no hay alteración ni enmienda de ninguna clase, y por consiguiente toda idea de falsificación se desvanece. No es posible que Nasarre fuese el fraguador del embuste por sólo el gusto de poner su anotación al margen. No siendo explicable que hubiese espacios en blanco en los folios donde se asienta la partida, ¿cómo se comprende que se encuentre en ellos? ¿Puede suponerse que mucho tiempo

antes (dos siglos justos: 1558-1758) se había dejado allí un sitio reservado previsoramente para la futura falsificación?...

Aparte de la dureza con que se ha expresado D. Antonio Castellanos en su opúsculo *Apuntes sobre la verdadera cuna de Miguel de Cervantes Saavedra*, (Alcázar de San Juan, 1896), la verdad es que son muy atendibles las siguientes líneas: "No es cierto que el libro parroquial esté cosido á lomo, ni que tengan sus hojas independencia entre si al ser desencuadradas. Por eso resulta que en el cuadernillo que nos ocupa, encuadrado con los demás del libro, la hoja folio 20 en donde se halla la partida de Cervantes, forma pliego, guardada relación entre si, con la 23, y la folio 21 ó sea la siguiente á la hoja folio 20, guarda relación entre si, forma pliego con la 22. Por lo tanto, al afirmar que es falsa la partida conservada en Alcázar y al asegurar la existencia de esa misma falsedad en dos hojas del tantas veces repetido libro bautismal, ese libro contiene VEINTIOCHO INSCRIPCIONES BAUTISMALLES FALSAS, descontando las cuatro á la cara en blanco del folio 22, marcada con la palabra *Inutilizada*".

Juzgamos y entendemos, después de examinados los antecedentes y dictámenes de las partes contrarias, que no hay superchería en la partida de Alcázar, pues las razones que se presentan no pueden destruir su validez; y hay que aceptarla como verdadera y auténtica.

*
*
*

No puede ser sospechosa tampoco la partida de bautismo de otro Miguel de Cervantes, natural de Consuegra, que se hizo pública á principios del siglo XIX, y á quien habría que atribuir, según las tradiciones de que se hizo cargo Pelli- cer y han repetido otros biógrafos, esas persecuciones que se ha creído que padeció Cervantes el de Alcalá en los pueblos de la Mancha, por diversas y nunca averiguadas causas.

La partida de ese Cervantes, legalizada en 1805 por D. Francisco Fabuel Caballero, vecino de Consuegra y notario público apostólico por la curia romana, y mayor de la Vicaría general eclesiástica ordinaria de la sagrada y militar religión y su gran dignidad prioral, dice textualmente lo que sigue: "En primero del mes de setiembre de 1556 años, yo Diego Abad de Arabe, clérigo, bapticé á Miguel, hijo de Miguel López de Cervantes y de su mujer María de Figueroa. Fué su compadre Rodrigo del Álamo y comadre su mujer Lucía Alonso. En fe de lo cual lo firmé de mi nombre.—Diego Abad, clérigo".

El citado documento existe en el archivo de la iglesia parroquial de Santa María la Mayor de la villa de Consuegra, en un libro de bautismos que empezó el 6 de Enero de 1553, y terminó á fines de Diciembre de 1564, folio 62: hay una nota al margen, de letra más moderna, que dice: *El autor de los Quijotes*. Esta partida la publicó por vez primera D. Martín Fernández de Navarrete. (*Vida de Cervantes*, páginas 555 y 56).

La nota marginal es mero capricho de alguna persona ignorante, que no reflexionó cuán absurdas resultaban sus palabras, denunciadoras de su estolidez. Eso del *autor de los Quijotes* y el no haberse fijado en el patronímico López, que precede al segundo apellido Cervantes, demuestran bien á las claras su inadvertencia y ningún gusto literario.

El Cervantes de Consuegra tiene dos años más que el de Alcázar de San Juan; y, con la diferencia de ese tiempo, todas las pruebas negativas que hemos aducido respecto del segundo, son también aplicables al primero. No pueden referirse los actos y hechos de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra, de Alcalá, al Miguel López de Cervantes, de Consuegra, por absoluta imposibilidad cronológica.

22.^a—Tenacidad en el error. Defensa de lo imposible.

Es sorprendente la tenacidad con que los alcazareños siguen todavía sustentando y defendiendo, después de refutados uno por uno sus sofismas y arbitrariedades. Ahora se acogen á la alegoría, á la interpretación ingeniosa, á explicaciones acomodaticias que nada resuelven ni aclaran, á pesar de sus esfuerzos. La obra de Lizcano, ya citada, con sus 468 páginas en 8.^o, lo demuestra hasta la saciedad, pues no presenta una razón siquiera que abone sus presunciones. Creer que Cervantes está retratado fidelísimamente por si mismo, con cabal exactitud, en la historia del Cautivo; creer que allí se encuentra su más auténtica autobiografía, es aventurado y ocasionado á equivocaciones.

En la mezcla que allí se nota de recuerdos de sucesos propios y extraños, sólo el autor del escrito pudo saber la parte que de ellos eran fingidos y la parte que verdaderos; y, pensar que la interpretación ajena ha de llegar á ser únicamente la fidedigna, es pensar en lo excusado. El Sr. Lizcano desmenuza, más bien que examina, la novelesca relación del cautivo, adaptando personajes, hechos, circunstancias y palabras á

sus predispuestas combinaciones de sujetos, lugar y tiempo, y saca de ellas, como es natural, consecuencias descabelladas muchas veces; todo para hacer creer que allí se habla de D. Blas de Cervantes Saavedra y de D.^a Catalina López de Ortega, padres del Miguel de Cervantes Saavedra de Alcázar, de su padrino de pila y pariente Melchor de Ortega, y de los hermanos de Miguel, con sus nombres y cargos, y otros pormenores de su vida.

No se presenta un documento comprobatorio, ni un argumento atendible; y abundan, en cambio, las noticias vagas, las tradiciones, los episodios novelescos, los diálogos ideados por el autor del libro, como si fuesen los testimonios más veraces de su imaginada narración.

Cuando intenta persuadir que el Cervantes de Alcázar estuvo en Lepanto, lo quiere lograr mediante un diálogo que inventa entre D. Melchor Ortega y Miguel de Cervantes Saavedra, que vuelve á su patria al cabo de 22 años de ausencia. ¿Y son por esos datos, dictados á capricho, por los que hemos de creer que el Cervantes de Alcázar es el que combatió en Lepanto, estuvo cautivo en Argel y escribió el *Quijote*?... Imposible. Tanto valdría creer en consejas y sueños.

23.^a—El apellido Saavedra. Cuestión resuelta y terminada.

El documento citado es el 37 de los recogidos y publicados por D. Cristóbal Pérez Pastor (páginas 135-37), y es decisivo para resolver definitivamente que el segundo apellido de Cervantes, *Saavedra*, no lo tomó por adopción ni porque su bisabuela, descendiente de familia noble, lo hubiese llevado. Eran los dos apellidos que tenía su señor padre.

La declaración de ser así, sin duda de ninguna clase, hállase en textuales palabras de un instrumento público: un asiento de servicio de Isabel de Saavedra (la hija natural de Cervantes, de quien se hablará en sucesivos capítulos con toda la extensión debida), en casa de D.^a Magdalena de Sotomayor, la hermana menor de Cervantes. Este documento está otorgado ante el

escribano Martín de Urraca, con fecha 11 de Agosto de 1599. Bartolomé de Torres, procurador de número de los de la corte, en nombre y como curador *ad litem* que era de Isabel Saavedra, pone á su menor á servicio con D.^a Magdalena de Sotomayor "HIJA DEL LICENCIADO CERVANTES DE SAAVEDRA, SU PADRE, DIFUNTO"; palabras que, como dictadas de la misma D.^a Magdalena, llevan consigo toda la validez necesaria para dejar cerrado el camino á nuevas conjeturas y suposiciones. Hora es ya de que no se insista en ellas nunca.

Ni los Cervantes, ni los Saavedras, originarios ó vecinos de Sevilla, cuando vivió nuestro Autor, conocieron, ni trataron, ni tuvieron seguramente al de Alcalá por deudo. Ni su bisabuela fué de la rama de los Condes de Castiello, ni los descendientes directos de la casa de Castellar y del Viso se relacionarían siquiera con nuestro Cervantes, ni aun les pasaría á unos y otros por la imaginación que llegarían á ser parientes por cavilaciones de algunos genealogistas.

Una D.^a Teresa de Saavedra casó con Don Juan Gaspar de Ulloa, primer Conde de Villalongso, mayordomo del rey Felipe III, cuyo hijo fué D. Diego Ulloa Sarmiento, segundo Conde de Villalongso, caballero del Hábito de Alcántara. D. Fernando Arias de Saavedra, cuarto Conde de Castellar y señor del Viso, que en su edad floreciente dió muestras de gran valor, estuvo en la batalla naval de Lepanto, con el señor D. Juan de Austria, "por cuyos servicios (dice López de Haro) le hizo merced el católico rey D. Felipe el II del Hábito de Santiago y mayordomo del Serenísimo Príncipe su hijo. Casó en Madrid con D.^a Beatriz Ramírez de Mendoza, hija de Garci-Ramírez de Cárdenas y de D.^a Ana Mendoza. Entre sus hijos está D. Gaspar Juan Arias de Saavedra, quinto Conde de Castellar, señor del Viso y otros vasallos, caballero de la Orden de Santiago, que este año de 1618 posee esta casa y estados".

¿Habrían oído acaso, todos estos señores, hablar siquiera del famoso Escritor Miguel de Cervantes Saavedra, á pesar de su tan decantado y ficticio parentesco?...

Con seguridad puede decirse que nó.

CAPÍTULO II.

Educación y adolescencia de Miguel de Cervantes Saavedra.

Estado de su familia al nacer él.—Sus padres permanecieron viviendo en Alcalá hasta el año de 1551.—Nacimiento de Rodrigo de Cervantes, hijo.—Nuevas noticias, auténticas é irrecusables, acerca de él.—Traslación de la familia á Madrid.—Probablemente en qué año.—Con seguridad residía en aquella villa por los años de 1554 ó 55.—Allí nació D.^a Magdalena, la hija menor, y quizás también el más pequeño de todos, llamado Juan.—Datos acerca del abuelo de Cervantes y estada de sus padres en Sevilla.—Semblanza de Rodrigo de Cervantes, padre de Miguel.—Elogio de su madre D.^a Leonor de Cortinas.—Datos y antecedentes sobre su vida.—Falta de bienes de fortuna.—La Universidad de Alcalá de Henares en tiempos de Cervantes.—Elogio del Cardenal Jiménez de Cisneros.—Los primeros estudios de Gramática y Humanidades los hizo Cervantes en Sevilla.—Su gran ingenio y perspicacia.—Muerte del abuelo de Cervantes.—Vuelve su familia á Madrid.—Perfecciona sus estudios con el Maestro Juan López de Hoyos, célebre humanista, director del Colegio público de la Villa.—Lectura de poetas clásicos y castellanos bajo el cuidado del mismo preceptor.—Justos motivos por qué le llamó éste su caro y amado discípulo.—Quizás asistió algunos meses á la Universidad de Salamanca á expensas de algún estudiante rico en clase de compañero ó criado.—Refútase lo dicho por D.^a Blanca de los Rios.—Fué beneficioso para Cervantes el no haber recibido enseñanza universitaria.—Las Universidades españolas en su tiempo.—El sistema escolástico: sus daños é inconvenientes.—La Teología.—Los trabajos críticos.—Los ergotistas, corruptores de la moral y del buen método literario.—Cervantes fué el creador de su propia educación estética.—Sucesos notables y de gran trascendencia para España.—Felipe II y sus proyectos sobre Inglaterra.—Fracaso de su política y enemistad personal contra la Reina Isabel.—Muerte de su tercera esposa D.^a Isabel de Valois, dicha de la Paz.—Esta desgracia sacó á Cervantes de la oscuridad de los estudios escolares.—Sus primeros trabajos literarios.—Exequias celebradas en las Descalzas reales de Madrid, costeadas por la Villa.—Encargo que se dió con tal objeto al Maestro López de Hoyos.—Lo que era su Estudio.—Su señalada importancia.—Libro que compuso el Maestro Hoyos de aquella fúnebre solemnidad.—Juicio crítico de las poesías de Cervantes.—Notables pasajes de ellas.—Triste situación de los ánimos.—La muerte del Príncipe D. Carlos.—Rumores que se divulgaron.—Las guerras de Flandes.—Sentimiento general por el fallecimiento de la Reina.—Venida á España del legado de Pio V, Julio Aquaviva.—Motivo de su viaje.—Error de Navarrete, refutado.—La elegía de Cervantes dedicada al Cardenal D. Diego de Espinosa.—Cómo pudo conocer el legado Aquaviva á Cervantes.—Orígen probable de su afecto y protección.—Motivos que pudieron impulsar á Cervantes para abandonar á España como criado de Aquaviva.—Fué su camarero en Roma.—Estuvo poco más de un año á su servicio.—No convenía aquel humilde oficio á la alteza de sus pensamientos.—Alistóse en la milicia.—Suposiciones de D. Nicolás Díaz de Benjumea, de Don Jerónimo Morán y otros escritores, acerca de la marcha de Cervantes á Italia.—Causa á que lo atribuyen.—Refútanse estos argumentos.—Examínanse tales opiniones.—Un nuevo Miguel de Cervantes.—Documento publicado por Morán.—Cópiase y se analiza.—Palabras de Cervantes sobre su corta fortuna.—Verdaderos móviles de Cervantes al ir á Italia.—Datos interesantísimos acerca de la situación de su familia en 1569. Su hermana Luisa, monja.—Donación en dinero, muebles, joyas y vestidos.—Lo hace á D.^a Andrea de Cervantes el amigo y huésped de su padre Juan Francisco Locadelo.—Cópiase lo esencial de la escritura de cesión.—Trescientos escudos de oro, en oro.—Elogio de D.^a Andrea de Cervantes.—Su casamiento.

Reconstituyendo, por los documentos y datos que juzgamos dignos de entero crédito, el honrado hogar de los padres de Cervantes, parece indudable que su familia atravesaba por el tiempo en que nació Miguel, un período de profunda perturbación. Ausente el abuelo desde 1544 para el desempeño de su cargo de magistrado en la villa de Osuna; casada desde 1533 su hija Doña María; casado también Andrés y lejos de Alcalá ambos, sólo quedó en la antigua residencia de todos el otro hijo de D. Juan, Rodrigo, padre de Miguel de Cervantes.

Creemos que el Lcdo. D. Juan ejerció la abogacía en Alcalá. Rodrigo se dedicó al estudio de medicina y cirugía, para lo cual había muchas facilidades en aquella Universidad famosa. En Alcalá empezó á ejercer indudablemente su profesión. Casado, como sabemos, por el año de 1540 con D.^a Leonor de Cortinas, tuvo cuatro

hijos el matrimonio desde el 43 al 47, en que vino al mundo Miguel.

Como que no se habían hallado nuevas partidas de otros hijos en los libros parroquiales de la ciudad del Henares, suponíase que Rodrigo se ausentó con su familia de allí, después del natalicio de Miguel. Pero hoy puede afirmarse, con toda certeza, que continuó viviendo en Alcalá, por lo ménos, hasta 1551, pues el 23 de Junio de 1550 fué bautizado en la misma parroquia que todos los otros, su hijo Rodrigo, acerca del que tantas inexactitudes se han propagado. (1) Hemos tenido nosotros la buena suerte de fijar los sucesos y aclarar para siempre la verdad en este punto, por lo que se hará imposible en lo sucesivo la creación de nuevas leyendas.

Es un hecho casi probado, que Rodrigo de Cervantes trasladó su residencia á Madrid en un período de tiempo que no pasa de 1551 al 56. Los

motivos que habrían de decidirle á ello, fueron, indudablemente, el de mejorar de situación económica y el creer que favorecería á sus propósitos el aumento de clientela. Que residía en Madrid aún por los años de 1554 ó 55, consta por el nacimiento en aquella capital de su hija Magdalena, y allí también, probablemente, vió la primera luz el más pequeño de los varones, que llevó el nombre de Juan por respeto cariñoso al del amado abuelo. (2)

Desde el año 47 había dejado de desempeñar aquel respetable caballero su importante cargo en Osuna. Hubo de trasladar luego su vecindad á la ciudad de Córdoba, donde ejerció la abogacía, por lo menos hasta el año 56 ó 57, y puede sospecharse que falleció poco después.

Es natural que Rodrigo de Cervantes no estaría en holgada situación en Madrid, y, cargado de hijos y obligaciones, querría pasar á Andalucía para conseguir su bienestar y mejoramiento. Quizás el Lcdo. D. Juan aconsejó á su hijo su marcha de Madrid, deseoso de tenerle á su lado, lo mismo que á sus nietos, para que le fuera más posible el protegerlos. Quizás con su influencia juzgaría fácil el poder buscar mayores ventajas á Rodrigo en Córdoba para el ejercicio de su profesión. Á la muerte de D. Juan, hubo de transferir el hijo su residencia á Sevilla, donde consta, por datos irrecusables, que estaba vecindado desde antes de 1564, y allí vivió hasta el de 67, en cuyo año se sabe que volvió á habitar con su familia en Madrid.

Era Rodrigo de Cervantes Saavedra, persona de gran integridad, licenciado en medicina y cirugía; pero sin la disposición y prestigio que su progenitor para desempeñar cargos públicos de importancia. Su defecto físico de la sordera debió perjudicarle para esto en mucho, así como para ejercer su profesión en Alcalá, Madrid y Sevilla. (3)

Reglamentario, rígido, cumplidor exacto de sus obligaciones, fué amoroso y solícito educador de sus hijos, consorte modelo, custodio de cuantos se hallaban bajo su protectora dirección. No correspondió la suerte á sus merecimientos. Educó á sus hijos en el santo culto del pundonor y de la honradez: enseñóles, con el ejemplo vivo de sus actos, el camino hermoso de los dignos deberes sociales, y los hizo fuertes para la lucha de la vida. De su ternura paternal dan muestras acabadas sus afanes y desvelos cuando el cautiverio de sus hijos. Todo le pareció poco para conseguir su libertad, para que se les reconocieran los méritos contraídos, para que se les galardonase, según procedía.

Él ruega, pide, solicita; importuna, dirígese

á príncipes, magnates y autoridades, ofrece dádivas, demanda y suplica, se empobrece, sacrifica hasta el último real de sus exíguos bienes por ver lograda la redención de aquellos seres tan queridos, alma de su alma, vida de su vida. Y, cuando pocos años después, conseguidos los deseos más fervientes de su corazón paterno, rodeado de los suyos, postrado en el lecho por las dolencias y próximo á rendir á Dios su espíritu, vémosle dictar con tan entero ánimo su postrera voluntad, con efusión de santo cariño, sin olvidar lo más insignificante que pudiera interesar á su esposa y á su familia; parécenos presenciar la muerte del varón justo que, orgulloso del deber cumplido, deja á sus hijos rico legado de sublimes enseñanzas. (4)

Digna compañera de hombre tan virtuoso fué D.^a Leonor de Cortinas, esposa modelo, madre ejemplar. Parecían nacidos el uno para el otro. Dos cuerpos y un alma. Dos corazones y una sola voluntad, concertados los intentos á un mismo fin, que era el de hacer virtuosos y felices á sus hijos.

La crianza y cuidado de los siete que tuvieron, ocasionarían á la madre los consiguientes trabajos y desvelos, aumentados con la escasez de hacienda y los naturales desasosiegos del ánimo, por más que tuviera á soldada alguna joven sirvienta, como era entonces costumbre, en las familias de mediano pasar, para que le ayudase en los quehaceres domésticos. (5) Jamás quebrantaron su corazón las contrariedades ni los pesares, con haber sido tantos y tan graves los que experimentó en su vida. La entereza de su natural quedó bien patente en aquellas amargas circunstancias del cautiverio de sus hijos. Su cariño acendrado la fortalecía en medio de tantas aflicciones, encontrando siempre medios para salvar las situaciones más difíciles. (6) Tesoro de abnegación, anulaba los impulsos de su alma en tratándose de su marido y de sus hijos, pronta siempre á la obediencia y resignada al mandato, aunque la contrariasen ó molestaran.

Ocho años sobrevivió al llorado esposo, y dejó en su muerte, como en toda su vida, insignes ejemplos de virtudes que seguir y admirar. Dechado fidelísimo fué de la mujer fuerte de las Escrituras. (7)

Nació y creció Cervantes al calor de los puros afectos del bendito hogar, y dió indicios desde su niñez de la precocidad de su entendimiento. Faltos sus padres de bienes, no era posible que pensaran en enviarle á las famosas Universidades de Alcalá de Henares ó de Salamanca. Sus estudios se limitarían á los de Gramática y Letras humanas, hechos privadamente, quizás

en Córdoba, al lado del abuelo, y seguidos después, durante la residencia de sus padres, en Sevilla.

Habíase creído antes, y nosotros participamos algún tiempo de semejante error, que Cervantes hizo sus estudios en Alcalá como discípulo del Maestro Juan López de Hoyos; pero no comprobada la permanencia allí de aquel preceptor, ni como catedrático de dicha Universidad, ni como profesor privado, es más verosímil creer que fuese en Sevilla donde recibiese Cervantes las lecciones primordiales de los buenos estudios, donde con seguridad estuvo desde 1558 al 66, cuando contaba de once á diecinueve años de edad, el período más apto y hermoso de la vida para despertar las inclinaciones al estudio en los ingenios bien dispuestos y amantes del saber, como era el suyo, con predilección tan especial para conseguirlo que, desde muchacho, leía con avidez los papeles rotos que se encontraba por las calles y se extasiaba viendo representar al famoso Lope de Rueda. (8)

Al volver la familia de Cervantes á Madrid, completaría sus estudios bajo la dirección del célebre humanista Juan López de Hoyos, que estuvo, desde 1568, al frente del Estudio público de la Villa, por rigurosa oposición.

Habiendo terminado ya Miguel en Sevilla su

educación escolar, dedicárase en Madrid, por su propia vocación y bajo el bondadoso patrocinio del Maestro citado, á la lectura de los más famosos poetas castellanos y al perfeccionamiento de las labores intelectuales. (9) Esta fundada hipótesis sirve para explicar razonablemente cómo, sin haber hecho su educación en el Estudio de la Villa, hubo de llamarle aquel pedagogo "su caro y amado discípulo". Conociendo López de Hoyos sus felices disposiciones para la poesía y la viveza de su talento, encomendó á Cervantes la composición de algunos versos, donde demostró gran despejo é ingeniosidad.

En los fervorosos encomios de aquel pedagogo, se trasluce el vehemente cariño que le profesaba, como si se ufanase del perfeccionamiento de sus estudios en Humanidades y quisiese recabar la gloria de sus aciertos en el cultivo de la poesía.

No excluye esto que, llevado de su deseo de saber, visitase quizás, por algún tiempo, las cátedras universitarias, ya en Alcalá de Henares, su patria, ya en la famosa Salamanca, si no como alumno matriculado, como simple oyente, sirviendo tal vez de criado á algún caballero rico, de quien fuera sustentado y favorecido, como ha indicado recientemente el docto cervantista D. Julián Apráiz. (*)

(*) El sabio Director del Instituto de Álava, Dr. D. Julián Apráiz, es autor de las notables obras *Cervantes vascófilo*, *Los Isunzas de Vitoria*, y otros muchos interesantes estudios, dignos de todo aprecio.

Cree el Sr. Apráiz que "cuando tendría Cervantes sobre tres años, debió de ser llevado por sus padres á Madrid y que, en una edad que puede fluctuar de los catorce á los diecisiete, debió de marchar á la Universidad de Salamanca, probablemente de criado ó paje de algún estudiante rico, permaneciendo allí por lo menos dos cursos".

D. Tomás González, que tantos documentos extractó ó copió en Simancas para que sirviesen á Navarrete en su *Vida de Cervantes*, publicada en 1819, fué el primero que comunicó la noticia de que el autor del *Quijote* había estudiado dos años seguidos Filosofía en la Universidad de Salamanca; y que habitó en la calle de Moros. D. Tomás desempeñó la clase de Retórica en aquel Centro de enseñanza antes de ser nombrado para un canonicato en Plasencia, y después para el arreglo y ordenación del archivo de Simancas. Las pruebas, sin embargo, no han parecido, por más que se han revisado los libros de matrícula para conseguirlo. El Sr. Apráiz ha tenido ocasión de ver y examinar el tomo manuscrito que dejó Navarrete, (y se conserva en el archivo de dicha familia en Ávalos) con antecedentes, datos y observaciones suyas sobre los documentos que le remitió D. Tomás, antes y después de 1819, y, por ese libro interesantísimo, sábase que el concienzudo historiador de Cervantes, para apurar la verdad con testimonios irrecusables, escribió al Sr. González demandándolos como justificantes de sus anteriores asertos.

Escribió éste á su compañero, y catedrático de Economía

política en Salamanca, D. Francisco Cantero; el cual contestó con fecha 23 de Agosto de 1817, diciendo que todavía no había encontrado los registros indicados.

El Sr. Apráiz, después de copiar la carta del Sr. Cantero y lo dicho por el Sr. González, resume en las siguientes líneas su valioso parecer: "Cuando á principios del siglo regentó González la cátedra de Retórica de la renombrada Universidad, vió, entre los apuntamientos de sus antiguas matrículas, el asiento de Miguel de Cervantes para el curso de Filosofía durante dos años consecutivos, con expresión de que vivía en la calle de Moros. Pero, habiendo de ausentarse definitivamente de Salamanca, cuando, años después, (en 1815, según carta original de D. Tomás) reclamó el veracísimo D. Martín un documento fehaciente que diese autoridad incuestionable á las palabras de González, ó por haber desglosado y traspapelado en su día las tan buscadas hojas de matrícula, ó por haber quedado desprendidas y expuestas á extravío, no pudo dar con ellas el bueno del Sr. Cantero (a) *Holofernes*, personaje que no había figurado hasta ahora en las crónicas cervantescas. González, sin embargo, volvió á asegurar á Navarrete lo de la matrícula en una entrevista que ambos tuvieron en Madrid en Junio de 1819". (*Curiosidades cervantinas*, Madrid, 1898, páginas 15 y 16).

La Sra. D.^a Blanca de los Ríos ha publicado un curioso trabajo en la *España Moderna* (números 124 y 25) con el título de *¿Estudió Cervantes en Salamanca?*; y, á pesar de la ingeniosidad con que pretende deducir que sí estudió, por palabras y datos que le parecen indudables, lo cierto es que no lo consigue probar en modo alguno, como demostramos más adelante, ni es posible aceptar sus argumentos, pues, de efectuarlo, habría que admitir que nuestro Miguel estaba

La ciudad natal de Cervantes era, cuando él comenzaba á cultivar su inteligencia, magnífico emporio del saber. Su renombrado Colegio Mayor con los colegios menores, todo debido al amoroso celo de Fray Francisco Jimenez de Cisneros, llegó pronto á competir con las más famosas Escuelas y Universidades nacionales y extranjeras. Aquel grandioso plantel de enseñanza, donde doctrinaron á la juventud estudiosa varones sabios y virtuosos, alcanzó en el primer siglo de su fundación un grado esplendente de universal cultura.

Artes, Filosofía, Teología, Cánones, Medicina, Anatomía, Lenguas, Matemáticas, Música, Retórica, Decretales, todas las formas del saber de la época se leían y explicaban en las cátedras de la Universidad complutense, que eclipsó en cierto modo el prestigio de la salmantina, ó fué su única y principal émula por la diversidad de los estudios, número de sus alumnos y respetabilidad y buen concepto de los profesores. Desde 1513, en que se puede decir que el gran Cisneros dejó ultimado su pensamiento y en práctica su idea, hasta que Cervantes visitó sus cátedras algún curso, quizás en 1567 ó 68, la Universidad de Alcalá había producido ilustres escritores y teólogos, que contribuyeron á acrecentar la fama de la villa tan ardientemente querida por el confesor de Isabel la Católica, por el humilde franciscano, por el intrépido conquistador de Orán.

Alcalá de Henares, que guarda en monumental sepulcro los restos del insigne fundador de su Universidad, ama con intensísimo cariño la memoria del gran Arzobispo de Toledo, porque él fué el creador de su nueva vida, el que acrecentó su importancia y dióle nombre eterno en la esfera intelectual con puros destellos de gloria. La impresión de la *Políglota*, hecha en Alcalá bajo sus auspicios y protección, con inteligente examen y cuidado de teólogos y críticos esclarecidos, es otro título de honor que forma la hermosa diadema de sus merecimientos. Cisneros dedicó toda su alma, toda su predilección, toda su

vida al enaltecimiento y prosperidad de su población adorada, para la que todo le parecía pequeño y escaso con relación al fervoroso afecto que le tenía y á su vehemente deseo de favorecerla y elevarla en la consideración de propios y extraños como ciudad hermosa y como asilo sagrado de la inteligencia, como gran centro de ciudadanos dignos y como magnífico albergue de las Ciencias y de las Letras. Por eso la Atenas española, como se ha llamado á Alcalá por sus preeminencias intelectuales, debidas al Cardenal Cisneros, celebra con delirio, entre sus mismos ilustres hijos, el nombre de aquel hombre extraordinario, natural de Torrelaguna, que subió por sus propios méritos desde humilde condición á la alta cumbre del poderío y del mando y fué el verdadero creador de la soberana grandeza de Alcalá de Henares, que vino á completar más tarde con sublimes aumentos el humilde Autor de *Don Quijote*. (10)

La visita de Cervantes á alguna de las dos más famosas Universidades españolas de su tiempo, debió de ser en los más floridos años de su adolescencia, cuando el amor á los estudios embargaba todas sus potencias, cuando no presumía siquiera cuán erizado de espinas estaba el camino de sus generosas inclinaciones.

Si en la práctica de la vida llegó á saber con profunda amargura que, por la escasez de recursos, le estaba vedado ascender por la enseñanza en las famosas escuelas á los puestos gloriosos que ambicionaba su ilusión, sino á trueque de resignarse al humilde servicio de criado, mortificación harto humillante para su dignidad; es casi seguro que este convencimiento amargo le disuadió de sus primeros propósitos, que serían los de cultivar las Letras, y se decidió á seguir la peligrosa profesión de las armas. Datos abundan en sus obras para persuadir que hizo profundos estudios sobre las costumbres y prácticas de los estudiantes en la Universidad de Salamanca; y no ciertamente por referencias, sino por propia persona, por lo que él mismo había visto, notado y tocado, como lo demuestra la encanta-

ocupado á los 34 años de edad en tareas escolares é iniciándose en estudios que tendría olvidados de puro sabidos. El Sr. Asensio ha refutado muy discretamente lo dicho por la distinguida escritora, en un artículo de la *Ilustración Española y Americana*, que debe leerse.

No hemos querido cerrar esta nota aclaratoria, sin apurar todos los medios de averiguación. Nos hemos dirigido al digno Ilmo. Sr. Rector de la Universidad salmantina, Don Manuel Esperabé Lozano, quien tuvo la bondad, que le agradecemos de todo corazón, de contestarnos inmediatamente comunicándonos las dos siguientes observaciones hechas por el respetable archivero universitario, D. José M.^a de Onís:

1.^a Que no figura Cervantes en los libros de matrícula, pruebas de cursos, grados, etc., que se conservan en dicho archivo; y

2.^a Que en estos libros no se expresan los nombres de los padres, sino sólo el del estudiante y su naturaleza. (Salamanca, 21 de Noviembre de 1899).

Con seguridad, pues, puede afirmarse que Cervantes no estuvo matriculado en aquella Universidad, como tampoco en la de Alcalá de Henares, según ya dejó probado D. Martín Fernández de Navarrete por datos que le comunicó á principios del siglo XIX el secretario de la Real Academia de la Historia, D. Manuel de Lardizábal.

dora natural fidelidad de los cuadros y caracteres que bosqueja, tan llenos de verdad y sencillez, tan persuasivos, tan movidos, tan humanos. (11)

Pero pasase ó no Cervantes algún tiempo en las aulas universitarias, sin temor de ser desmentidos, podemos decir que de nada realmente importante podría haberle servido el estudio constante y metódico para depurar su buen gusto literario. El sistema de educación dominante entonces no le seduciría de seguro.

Luis Vives hizo guerra sin cuartel al sistema escolástico, como corruptor del buen gusto. Pero aquel se entronizó con circunstancias fatales para la Ciencia. Los estudios de verdadera crítica no existían; y en medio del inmenso número de obras teológicas que se publicaron, rarísimas son las que se distinguen en excelente método y profundo pensar.

Cervantes demostró siempre aversión á las arideces escolásticas tan en boga, á la enseñanza de las facultades y artes en idioma latino, á la multitud de reglas inútiles con que se abrumaba la memoria de los estudiantes sin dejar su puesto natural á los impulsos del entendimiento, esclavizado por las fórmulas rutinarias y por las interminables disputas de escuela.

Eran las Universidades planteles del saber, más teológicas que científicas; pero también albergues de la pedantería y del ergotismo. Salían de ellas, por los mismos defectos de los estudios, por cada sabio, literato ó poeta de renombre, infinidad de soberbios dómines, comentadores impertinentes, eruditos presuntuosos, áridos narradores, doctores sin ciencia, latinos desdichados, enemigos del castellano y de sus hermosos y castizos atavíos. Bien los censuró Cervantes luego en sus obras inmortales. Fortuna fué para él, después de todo, que no estuviese sometido á los rigorismos de la educación académica, de la que hubiese sacado más daños que beneficios en orden al desenvolvimiento de sus facultades intelectuales.

Libre y desembarazado de las sutilezas y prejuicios de un método imperfecto, pudo su inteligencia elevarse y descollar, adquirir y asimilarse un caudal precioso de enseñanza puramente literaria, depurada de toda fealdad y escoria, preparándose y disponiéndose, por la percepción misma de sus aptitudes espontáneas, para la comprensión y producción de las grandes bellezas. Fué, pues, él solo, por sus propios esfuerzos, por su gran amor á la lectura, en virtud de sus especiales disposiciones como adorador desde sus más tiernos años de la maravillosa ciencia de la poesía, quien se creó su propio gusto,

desarrolló sus intuiciones estéticas, fijó su inclinación y despertó y aquilató su ingenio con soberana alteza de inspiraciones. Ni los catedráticos en las Universidades, ni su último preceptor López de Hoyos, pudieran nunca haberle inculcado aquellas incomparables perfecciones que brillan en sus escritos.

Por el tiempo en que Cervantes hacía sus estudios en Sevilla, desarrollábanse sucesos públicos de gran trascendencia para España. Había muerto la Reina María de Inglaterra, segunda esposa de Felipe II, quien se propuso contraer matrimonio con la hermana de la difunta, Isabel; pero ésta no accedió á los deseos del monarca español, que no tanto por amor, cuanto por miras políticas de dominio sobre Inglaterra, solicitaba la mano de aquella Princesa.

Isabel declaróse desde 1559 enemiga encarnizada de Felipe II, y al gran talento de aquella varonil mujer debió más tarde el Rey español el fracaso de su inconsiderada política en Inglaterra y en los Países Bajos, así como la destrucción de nuestra poderosa marina, como detenidamente veremos más adelante en otro capítulo de nuestra obra.

Un acontecimiento tristísimo, que preocupó la atención general de España y de Europa, la muerte impensada de D.^a Isabel de Valois, hija de Enrique II, rey de Francia, tercera esposa de Felipe II, en 1568, sacó por vez primera el nombre de Cervantes de la oscuridad de los estudios escolares para iniciarlo (12) en los esplendores de la vida de escritor, y dió á revelar los méritos que su talento atesoraba, poniendo de manifiesto sus felices disposiciones para el cultivo de las Letras. El Maestro Juan López de Hoyos fué encargado por la Villa, como director de su Estudio público, de preparar y componer los epitafios, letras, hieroglíficos, alegorías é inscripciones que servirían para el ostentoso túmulo que había de levantarse en la iglesia de las Descalzas reales con objeto de celebrar las honras fúnebres por el alma de la difunta reina.

Actos eran éstos en que la vanidad sobrepujaba á todo, sin que la memoria del muerto fuese venerada como la verdadera piedad y el puro afecto cristiano exigían, degenerando en fiestas profanas aquellos recuerdos luctuosos de la religión y de las corporaciones, mezclado lo humano con lo divino con aspecto y trazas teatrales más que de templo.

El Maestro López de Hoyos publicó en 1569 un libro descriptivo de las exequias celebradas, á expensas de la Villa, (13) donde se incluyen todos los versos latinos y castellanos que adornaban el túmulo. Allí se hallan insertas en diferen-

tes páginas, y siempre con cariñosas frases de encarecimiento, las primeras composiciones literarias que escribió Cervantes, un soneto, cinco redondillas y una elegía, todas notables por sus ingeniosas alusiones al caso, no faltas de inspiración ni gusto, aunque con los naturales defectos en un principiante que conservaba aún ciertos resabios de escuela.

El soneto está bien hecho, las antiguas redondillas demuestran facilidad en la versificación, y aun la elegía, aparte de sus excesivas alabanzas y amplificaciones y reminiscencias mitológicas, tiene tercetos hermosos con pensamientos altos y bien expresados. No es una composición pesada, á pesar de su extensión, ni plagada de lugares comunes y afectadas lamentaciones. Ya demuestra en ella Cervantes sus cualidades investigadoras y críticas con referencias sucintas á los sucesos lúgubres que movían su pluma y daban materia á su inspiración.

El Maestro López de Hoyos había encargado á su amado y excelente discípulo la composición de la Elegía en nombre del Estudio público de la Villa, y estaba dedicada al Cardenal D. Diego de Espinosa, (14) puesto entonces en la cumbre del poder, de donde le arrojó luego, siendo causa de su muerte, la displicente severidad de su amo.

Cervantes colmó los deseos de su preceptor. Su trabajo era digno de mucho aprecio; respondía á la pública expectación; conformaba con el estado general de tristeza en los ánimos. López de Hoyos elogió á su discípulo predilecto con toda la efusión de su inmenso cariño. Sus menores bellezas, le parecieron excelencias sobrehumanas; sus medianos aciertos, preciadas perfecciones. Toda alabanza juzgóla pequeña. Aquella poesía honraba ciertamente á todo el Estudio público.

El sujeto de la composición era sumamente delicado y Cervantes lo trató con singular discreción. Una tragedia horrible de familia, representada en las habitaciones de palacio, había trascendido al público, á pesar de todas las precauciones adoptadas, apasionando los ánimos, dividiendo los pareceres, haciendo aventurar los juicios, sin atinar con la verdad, velada por las conveniencias. Dos meses antes que la reina D.^a Isabel de Valois, (24 de Julio de 1568), había fallecido el hijo mayor de Felipe II, el príncipe D. Carlos, nacido de su primer matrimonio con la infanta D.^a María, hija del Rey de Portugal, D. Juan III. Hablábase misteriosamente de la muerte del príncipe; decíase que había perecido por excesiva crueldad del padre como castigo de su desobediencia, según unos; de sus rendidos

galanteos á la reina, según otros. Cada cual disminuía ó abultaba las causas según sus afectos ó inclinaciones.

La circunstancia de haber estado concertado, antes que con Felipe II, el matrimonio de la infanta francesa, con el príncipe D. Carlos, servía de pábulo á la murmuración y daba cuerpo y vida á suposiciones y lances amorosos que quizás sólo existieron en la imaginación de sus inventores, y luego han dado materia para las creaciones de poetas y novelistas, más bien basadas en la pasión política ó diversidad de opiniones religiosas que conformes á la razón y verdad. La desgracia, corrección, prisión y desventurado fin del príncipe, hay que atribuirlo, con más sensatez, á su natural independiente, franca benevolencia hácia los protestantes flamencos y abierta censura al sistema de inhumanidad y tiranía que se practicaba contra los rebeldes; delito de lesa religión que Felipe II no podía perdonar en su hijo, parte porque le parecía peligroso el consentirlo, parte por la ceguera con que le hacía proceder su exagerado celo religioso, muy creído de ser el único defensor de la verdad, cuando era sólo el sostenedor de la causa romana, de las ambiciones papales, de sus intereses mundanos.

Pudo parecer abominable la noble actitud del príncipe; pero los hechos concluyeron por darle la razón, habiendo sido estériles cuantos tesoros y sangre se consumieron y derramaron durante setenta años por subyugar á un pueblo que defendió con heroísmo la libertad de conciencia, por cuyo camino buscaba, como logró, su engrandecimiento y prosperidad. Habremos de hablar más detenidamente de esto en otro lugar de nuestra obra.

Si la muerte del príncipe fué sentida hondamente por cuantas personas no estaban dominadas del fanatismo y veían claro á cuántos sacrificios inútiles nos llevaba la imprudencia de las guerras de Flandes, el repentino fin de la reina (3 de Octubre de 1568) por dolencia nacida y agravada á un mismo punto, aumentó el pesar, siendo verdadero duelo nacional su pérdida, con recuerdos de extremo cariño á su memoria. España no podía olvidar que su casamiento con Felipe II puso término á aquellas guerras tan prolongadas, sangrientas y costosas sostenidas con Francia por espacio de medio siglo, fomentadas y agravadas impiamente por los mismos soberanos pontífices, movidos de intereses de familia, por favorecer pretensiones repugnantes de nepotismo. (15)

España no podía olvidar que aquella dama había sido iris de paz, mensajera del bien, repa-

radora de los daños pasados, fianza de futuras prosperidades, concierto santo de voluntades, esperanza de colmadas dichas. Ensalzábase su divinal belleza, su virtud, su discreción, su caridad, todas las excelsas prendas de su alma. Al desaparecer del mundo aquel "claro lucero de Occidente", como la llamó Cervantes, todos los corazones agradecidos la bendecían. Era general y fundado el temor de que con su muerte volverían á desatarse las calamidades de la guerra.

Vino por entonces á España, como legado especial del papa Pio V, Julio Aquaviva, hijo de Juan Jerónimo, Duque de Atri, camarero y refrendario suyo, para dar el pésame á Felipe II por la muerte del Príncipe D. Carlos. Encontrólo todo más agravado de desdichas con el fallecimiento de la Reina. Según comunicó el entonces embajador de España en Roma, D. Juan de Zúñiga, á Felipe II, el Papa enviaba á su legado "á condolerse con S. M. de la muerte del Príncipe nuestro señor", y encarecía sus virtudes, muchas letras y suficiencia. (16) Pero Aquaviva fué recibido con notoria frialdad é indiferencia, como si molestase la comisión afectuosa que traía.

La verdad es que el momento de su llegada no podía ser más importuno, estando el ánimo del Rey tan agobiado por la pena y habiendo dado terminantes órdenes de que nadie le diese pésame por la desgracia de su primogénito. Hay que achacar á esta causa el poco tiempo que estuvo en la corte y la brevedad con que emprendió su viaje de regreso. No creemos que trajera Aquaviva instrucciones reservadas del Papa, como pretende Navarrete, para suplicar al Rey un arreglo favorable sobre las disensiones surgidas en Milán, Nápoles y Sicilia, entre los gobernadores de aquellos estados y las autoridades eclesiásticas, codiciosas de su aumento y predominio de jurisdicción. Fueron otros embajadores los que mediaron en esas negociaciones, como más adelante veremos.

El silencio guardado por los historiadores contemporáneos Herrera y Cabrera de Córdoba respecto del viaje de Aquaviva y la expresa confesión de D. Juan de Zúñiga sobre el objeto de él, confirman esta creencia. (17)

Habiendo presenciado, sin duda, Aquaviva las solemnísimas exequias de las Descalzas reales el 24 de Octubre de 1568, y teniendo conocimiento de las composiciones poéticas escritas con dicha ocasión, y especialmente de la elegía de Cervantes, dedicada al Cardenal Espinosa, á quien visitaría varias veces como presidente del Consejo que era, no es aventurado decir que, como persona tan perita y entendida en estudios

de buen gusto, apreciara cual merecían las notables primicias del aventajado joven. El buen concepto que de sus méritos habría de oír de labios del mismo López de Hoyos, le interesaría seguramente. Quizás le informaron sobre la pobreza de sus padres é imposibilidad de proseguir mayores estudios en famosas Universidades. Nació de aquí un afecto generoso de estima y protección al talento de aquel mozo desvalido; siguió la oferta de llevárselo á Italia para que perfeccionase allí sus bellas disposiciones. Hubo de aceptar Cervantes el favor y merced con que se le brindaba, y su viaje á Roma quedó acordado como criado de Monseñor.

La familia accedería con beneplácito á la ausencia del ser querido con deseo de su mejora. Cervantes mismo, contento y agradecido, tal vez concibió ilusiones hermosas respecto de un porvenir venturoso. Llevaríanle á Italia, tanto su amor al estudio y la depuración de su instinto poético, cuanto sus aficiones á la milicia, decidido á alistarse en ella si los sucesos no respondiesen á sus esperanzas. Doblegábase así á la necesidad, y se proponía obrar conforme aconsejasen las circunstancias. No era cálculo, ni propósitos mezquinos los que le impelían. Si en el servicio del legado, después Cardenal, (18) hubiera encontrado medios para alcanzar sus predilecciones literarias con tranquilidad de espíritu y sin menoscabo de su dignidad é independencia, con seguridad que habría dado nueva dirección á sus inclinaciones, contribuyendo á su reposo. Pero el oficio de criado ó camarero de un Cardenal no era posible que pudiera seducirle, aunque fuese distinguido entre los primeros por consideración á sus méritos. No podía avenirse á aquella vida de antesala, de humillaciones, de molestias, de pequeñas atenciones, de ceremoniosos formulismos con la alteza de sus intentos. Explica esto el poco tiempo que estuvo Cervantes como sirviente del Cardenal; no pasaría seguramente de un año. La realidad le mostró cuánto se había equivocado, y le hizo volver la vista, como remedio supremo, al ejercicio penoso de las armas, que incitaba entonces á la juventud española con alicientes de gloria.

D. Jerónimo Morán en su *Vida de Cervantes*, refiriéndose á un documento que descubrió en el archivo de Simancas, pretende atribuir á muy distinta causa la ida de Cervantes á Italia. Habiéndose dado una provisión real, fecha en Madrid á 15 de Setiembre de 1569 para que se prendiera á un Miguel de Cervantes, condenado en rebeldía, por ciertas heridas que causó en la corte á Antonio de Sigura, andante en ella, Morán cree que ese Cervantes, en la suposición de

que fuera el mismo nacido en Alcalá, quiso esquivar la acción de la Justicia huyendo á Roma bajo la salvaguardia del legado Julio Aquaviva; pero los argumentos que ofrece dicho escritor no pasan de conjeturas y no pueden aceptarse. Los alcaldes de corte habían impuesto al Miguel de Cervantes, condenado en rebeldía, la pena de que "con vergüenza pública le fuese cortada la mano derecha y destierro de los reinos españoles por tiempo de diez años". La provisión da indicios de que ese Cervantes había sido visto, poco antes de aquella fecha, en la ciudad de Sevilla y en otras partes, por lo que se mandaba al alguacil Juan de Medina que fuera con vara alta de justicia á aquella capital y á todas las otras partes, villas y lugares de estos reinos y señoríos donde hubiese precisión hasta que lo prendiese, embargándole sus bienes y conduciéndole á la cárcel real de la corte para que se viese su causa y se proveyera en justicia.

Hay un dato irrecusable para tener la certeza de que no es del discípulo de Juan López de Hoyos de quien hablaba el documento referido; y es que Miguel de Cervantes Saavedra marcharía con Julio Aquaviva á Roma en Enero ó Febrero de 1569, y al que se mandaba prender, como condenado en rebeldía, quizás en 1567, sabíase que permanecía en España en el mes de Setiembre (siete meses después) y aun se fijaba como punto exacto donde se le había visto la ciudad de Sevilla. ¿Es posible relacionar semejantes discrepancias?

Ni es más atendible la sospecha de Morán de que Cervantes adoptaría por astucia desde entonces, ó después, cuando su alistamiento como soldado, el sobrenombre Saavedra, "para descaminar á sus perseguidores, en el caso de que efectivamente fuese él aquel á quien se mandaba prender por los alcaldes de casa y corte, ó para estorbar que sus camaradas descubriesen en su persona aquel mismo Cervantes que la Justicia andaba buscando". Y no es atendible, ni aun probable ni verosímil tal suposición, pues, no el sobrenombre, sino su apellido legítimo Saavedra, hemos ya visto que lo llevó y usó Cervantes porque era el segundo de su señor padre, y por tanto originario de la propia familia; ni era posible tampoco que tal ardid, aun en la hipótesis de que fuese lo que quiere Morán, hubiese servido para librarle de las persecuciones de la Justicia; antes por el contrario, exponía más su situación en la milicia para que pudiese quedar la verdad oculta y el delito sin castigo; máxime cuando había de por medio parte ofendida y agraviada que á todo trance procuraría su captura y daño, en venganza de las heridas que re-

cibió. Y estas razones suben de punto si el herido en la pendencia fué, como quiere Morán, un alguacil. (19)

D. Nicolás Díaz de Benjumea, apoyó la opinión de Morán; pero con tan vagas conjeturas, que es imposible aceptarlas como válidas.

No es menester, por consiguiente, recurrir á tales sutilezas y sofismas para explicar, como intenta hacerlo D.^a Blanca de los Rios, la repentina marcha de Cervantes á Roma, con el legado Julio Aquaviva, cuando se le presentó ocasión propicia, estando ya explicados los motivos que á ello hubieron de inducirle, y teniendo en cuenta los ejemplos de otros muchos ingenios de aquel tiempo que, bajo la protección de Cardenales, Príncipes, caballeros ó personas bien acomodadas, iban á Italia, madre y maestra de todas las ciencias, en frase del docto Novoa, para perfeccionar sus estudios ó mejorar de fortuna, dedicándose al ejercicio de las armas con estímulo de alcanzar famoso nombre.

Cuatro años antes de marchar Cervantes á Italia, había tomado el hábito de religiosa carmelita descalza su hermana Luisa. Según los datos que ofrece en su *Historia de Alcalá de Henares* el Sr. D. Estéban Azaña, refiriéndose á informes auténticos que le comunicó, en 1882, la señora priora del convento donde ingresó la joven Luisa, verificóse el acto el día 11 del mes de Febrero de 1565.

Son curiosas las noticias que acerca de ella se conocen. La vida de Luisa, como carmelita descalza en el convento de la Concepción de Alcalá, vulgarmente dicho de la Imágen, fué tan ejemplar como de larga duración. Consta en el libro de entradas, según la priora, que Luisa de Cervantes, hija de D. Rodrigo y de su mujer Doña Leonor, fué conocida en el claustro por Sor Luisa de Belén y Cervantes. Asistió como religiosa á la santa visita del año de 1572, á los ocho de su entrada en la comunidad. Contaba entonces veinticinco de edad. En 1575 era sacristana. Estuvo enferma en 1580. Fué clavaria en 1585: tornera el 86. Del 96 al 99 ejerció el cargo de subpriora. Volvió á ser clavaria desde 1600 á 1602. En dicho año fué elegida priora, puesto que ocupó hasta 1605, por reelección. Clavaria de nuevo en 1608, figura otra vez como subpriora en 1611. Tres años después, en 1614, es nombrada clavaria, cuyo cargo desempeñó durante seis. En 1620 es reelegida priora.

Con razón dice el Sr. Azaña en vista de los importantes puestos que desempeñó, que "al figurar Luisa de Cervantes por tres veces como priora, *maximum* de las que puede obtenerse tan honroso cargo, aparte de los otros que consiguió,

fué una de las de mayor nombradía en el monasterio, y seguramente su inteligencia femenil participaría de la luminosa suficiencia de su ilustre hermano''. (20)

En el mismo año, en que Miguel se alejaba de su familia para entrar de lleno en los contratiempos de la vida, su hermana mayor, D.^a Andrea, joven entonces de veinticinco años, en la flor de su juventud, contrajo matrimonio con Nicolás de Ovando, persona de algunos bienes de fortuna y de plebeyo estado, según parece. Documentos descubiertos y publicados hace tres años, nos han facilitado pormenores muy curiosos respecto de la dote de la novia y de la vida de familia, que nos abren el santuario del hogar y nos participan secretos muy interesantes. Vivió con la familia de Rodrigo de Cervantes durante algunos años en Madrid, en clase de huésped ó agregado, un señor, viudo según creemos, y quizás italiano de origen, conocido y amigo de antiguo, llamado Juan Francisco Locadelo. Este señor estuvo enfermo varias veces, y tanto Rodrigo de Cervantes como su hija D.^a Andrea, le asistieron y cuidaron con todo cariño, regalo y puntualidad.

Era agradecido Locadelo, y obligado de tan señalado esmero y celosa solicitud, quiso pagarlo en la forma que más pudiese servirles. Constándole la estrechez con que pasaba la vida la familia con quien moraba, y que presto contraería matrimonio D.^a Andrea, hizo donación á la joven de dineros, muebles, vestidos y joyas, de cuanto era necesario para un hogar de mediana posición. (21) Es notable el cariño con que lo dispone y señala todo el buen Locadelo, no olvidando particularidad por insignificante que pareciera, enumerando ante escribano minuciosamente los objetos que regalaba y entregó á Doña Andrea, "para que tuviese mejor con qué se poder casar y honrar y para ayuda al dicho su casamiento".

Previsor el donante, por impedir que lo que graciosamente cedía para comodidad y bien de D.^a Andrea, pudiera aplicarse á distinto objeto, hizo constar por palabras textuales que "ni sus padres, ni hermanos, ni algunos de ellos, ni ninguna otra persona" tuviesen ni hubieran cosa de dichos bienes contra la voluntad de D.^a Andrea. Ella exclusivamente había de tenerlos y poseer-

los, gozarlos y emplearlos como quisiese y á bien tuviera, gastándolos y distribuyéndolos á su voluntad; y en el caso de que sus padres, hermanos ó cualquiera otra persona intentare tomárselos ó quitárselos, ó la molestasen ó vejaran en lo más mínimo, por el mismo caso, desde luego la donación hecha quedaba anulada, sin ningún valor ni efecto, y obligada D.^a Andrea á restituírle sin detenimiento alguno todos los bienes entregados, salvo aquellos que hasta dicho día hubiere ella consumido y gustado de su libre voluntad. Recibió D.^a Andrea ante el escribano Francisco Ortíz el donativo que se le hacía en Madrid, el 9 de Junio de 1568, y aceptó la merced con palabras de respeto y gratitud como persona bien nacida.

La cantidad en dinero que le regaló con el ajuar de casa Locadelo, ascendió á trescientos escudos de oro en oro (más de 3.000 pesetas de nuestra actual moneda), con lo que D.^a Andrea remediaría muchas necesidades de presente y podría desprenderse de algunas sumas en lo sucesivo para bien y ayuda de sus desvalidos hermanos.

Fué D.^a Andrea hermana cariñosa, hija amantísima, de ejemplares virtudes domésticas, digna imitadora de su santa madre y de su rectísimo padre. Educada en un ambiente de sublime abnegación, donde todo era de todos, donde el sacrificio constituía el primero y más sagrado de los deberes, donde el amor á los suyos se confundía con la adoración, D.^a Andrea, á pesar de sus tres matrimonios, con el gran cariño de una hija única, nunca dejó de ser, viviendo sus maridos ó viuda; aun rodeada de los mayores cuidados y afectos de su nuevo estado, el dulce consuelo de sus padres, la vigilante bienhechora del viejo hogar, la varonil fortalecedora de los ánimos abatidos, el escudo salvador de sus hermanos en desgracia.

Difundíase maravillosamente el cariño de su alma para que á todos los amados de su corazón comprendiera, lo mismo á los antiguos que á los nuevos, para que todos por igual de él participasen, sin esas preferencias egoístas que suele crear el interés y sostiene y fomenta la soberbia; bendita confraternidad de puros amores que sólo pueden comprender y practicar los espíritus superiores, las almas grandes.

ILUSTRACIONES AL CAPITULO II

1.^a—Documentos inéditos acerca de Rodrigo de Cervantes, hijo.

Como hemos visto en el Discurso preliminar, todo lo referente á Rodrigo de Cervantes, hijo, estaba envuelto en la incertidumbre, á excepción de algunos hechos, muy pocos, que se hallaban bien probados.

Reproducimos ahora íntegros los nuevos documentos que copiamos en el Archivo general Central de Alcalá de Henares, de los que hemos hablado en anteriores páginas. Dichos documentos, como la partida bautismal, son preciosos materiales para rehacer la biografía del hermano menor de Cervantes, que tan deficiente y desfigurada se ofrecía.

Hélos aquí, por orden de fechas:

Legajo 563.—Traslado de la cédula que se dió para que se paguen á Rodrigo de Cerbantes treinta mil maravedises á cuenta de mayor suma que se le resta deuiendo de su sueldo seruido de Alferez de la Compañía de hombres de armas de D. Josephe de Acuña en tiempo de Su Magestad.—El Rey.—D. Pedro Messia de Touar, Cauallero de la horden de Santiago, de mi Consejo de Hazienda y Contador de la contaduría mayor della y de la dicha horden de Santiago, pagador de los descargos del Rey mi señor, que está en el cielo, yo os mando que de qualesquier maravedises que han entrado, ó entraren en la arca de tres llaues que teneis en vuestro poder junto con una llave della donde se recoge el dinero para la paga de los dichos descargos, deis y pagueis luego á Rodrigo de Ceruantes ó á quien su poder tuuiere, treinta mil maravedises que, con acuerdo de los testamentarios de Su Magestad, le mando librar en vos á buena cuenta de setenta y un mil quinientos cuarenta y tres maravedises que se le deuen de su sueldo seruido de alferez de la compañía de hombres de armas de D. Jusepe de Acuña, hasta dos de Febrero de quinientos ochenta y seis, como constó por certificación que dieron dello por mi mandado, mis Contadores del sueldo, en siete de Marzo del año pasado de seiscientos nueve, y los dichos treinta mil maravedises sacareis de la dicha arca é contaduría de D. Diego de Guzmán, mi capellán y limosnero mayor, y de Francisco González de

Heredia mi secretario y de los dichos descargos, que tienen las otras dos llaves della y del scriuano que de fee dello, y tomad su carta de pago del dicho Rodrigo de Ceruantes ó de quien el dicho su poder tuuiere, con lo qual y esta mi cédula, tomando la razón della el dicho mi secretario y los dichos mis contadores de el sueldo, doy por bien dados y pagados los dichos treinta mil maravedises, y mando se os recian y pasen en cuenta sin otro recaudo alguno. Fecha en Madrid á treze de Diciembre de mil é seiscientos y treze años.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro señor,—Francisco Gonzalez de Heredia.—Señalada del marqués de Valle, Presidente de los Consejos Reales y Cámara, y de D. Luis de Velasco, Marqués de Salinas, Presidente del Consejo de las Indias y de D. Fernando Carrillo, Presidente del de la Hazienda, testamentarios de Su Magestad.—Toma la razón,—Francisco González de Heredia.

Legajo 478.—Traslado de la cédula que se dió para que al dicho Rodrigo de Cerbantes, Alferez en Flandes, se le paguen veinte mil cuatrocientos maravedises á cuenta de mayor suma que se le deue hasta el año de mil seiscientos.—El Rey.—D. Antonio Messia y Paz, cauallero de la orden de Calatraua, que por nombramiento de los testamentarios de Sus Magestades Serenísimas y cathólicas, que ayan gloria, y de las demás personas Reales, seruí el oficio de thesoroero de sus descargos, yo os mando que de qualesquier maravedises de que os está echo ó hiziere cargo para la paga dellos, guardando la ynterbención que por auto de cinco de Henero de seiscientos treinta y siete, está mandado, deis y pagueis luego al Alferez Rodrigo de Zerbantes, veinte mil y quatrocientos maravedises á cuenta de ducientos y treinta y ocho mil maravedises que se le deuen de su sueldo seruido de soldado en la compañía de infantería española del capitán Seuastián de Otaula, del tercio del Maestre de Campo Luis del Billar, hasta dos de Jullio de mil seyscientos que murió, como parece por certificación de Asensio de Eguiguren, Contador del exercito de mis estados de Flandes, de veintiseis de Hebrero de mill seiscientos ocho.—Y tomad carta de pago del dicho Rodrigo de Cerbantes ó de quien por él los hubiere de hauer ante escriuano que dé fe de la paga, con la cual y esta mi cédula, tomando la razón della, en mi Cámara de descargos, y en un traslado firmado de Juan de Olazaua, mi criado y oficial mayor en la secretaría de descargos, mi Veedor general y Contador del sueldo de Flandes, doy por uien dados y pagados los dichos veinte mil cuatrocientos maravedises, y mando se

os reciuan y pasen la quenta sin otro recaudo alguno. Fecha en Madrid á ventisiete de Septiembre de mill y seiscientos y quarenta años.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro señor,—D. Francisco de Prado.—Señalada del Obispo governador de los Consejos Reales y Cámara, y del Arzobispo de Damasco, Inquisidor general, confesor de Su Magestad, y del Patriarca de las Indias, Capellán y limosnero mayor, y de D. Antonio Campo-Redondo, governador del de Hazienda, testamentarios de Sus Magestades, que ayan gloria.—Tomóse la razón en la Secretaría de descargos.—Juan de Olazaua.

Legajo 460.—Sello quarto, año de mil y seiscientos y quarenta y nueve.—Rodrigo de Zerbantes.—El Rey.—Don Antonio Messia y Paz, cauallero de la orden de Calatrua, que por nombramiento de los thestamentarios de sus Magestades Serenísimas y cathólicas, que ayan gloria, y de las demás personas reales, seruís el officio de thesorero de sus descargos, guardando la yntervención que por auto de once de Enero de seiscientos treinta y siete, está mandado, deis y pagueis luego al Alférez Rodrigo de Zerbantes, ó á quien su poder tubiere, trece mill y seiscientos maravedises, que con acuerdo de los dichos thestamentarios le mando librar á quenta de ciento ochenta mill doscientos maravedises que se le restan deuiendo de los setecientos escudos de á diez reales y cuarenta y siete plaças y dos tercios de otra que hubo de haber de su sueldo, seruido en el exercito de los estados de Flandes, en la Compañía del Capitán Sebastián de Otaula, del tercio del Maestre del Campo Luis del Villar, hasta 2 de Jullio del año de mil seiscientos, como constó por certificación de Asensio de Eguiguren, contador del dicho exercito, fecha á veintiseis de Hebrero de mil seiscientos ocho: que tomada carta de pago del dicho Alférez ó de quien el dicho su poder tubiere, con la qual y esta mi zedula, tomando la razón della en mi Secretaría de los dichos descargos, y en vn traslado de esta, firmado de Juan de Olazaua mi secretario y ofizial mayor en ella, el dicho mi Contador de los exercitos de Flandes ó quien sirbiese su ofizio, al qual mando que en la parte donde estubiese acreedor el dicho Alférez, teeste esta partida y ponga por pagada por entero, porque se dará satisfacció por esta vía sin dar más auisso, con que serán bien pagados los dichos treze mill seiscientos maravedises. Fecha en Madrid á ventisiete de Agosto de mill seiscientos cuarenta y nueve.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro señor,—Francisco Mançano.—Señalada de D. Diego de Riaño y Gamboa, Pressidente del Consejo Real y cámara, y del Patriarcha de las Indias, Capellán y limosnero mayor, y del Padre Maestro Fr. Juan Martinez, confessor de S. M. y del su Consejo de la general Inquisición.—Thomó la razón en la Secretaría de Descargos,—Thomás de Robles.

Legajo 560.—Sello quarto, año de mil y seiscientos y cinquenta y vno.—Alférez Rodrigo de Zerbantes.—El Rey.—D. Antonio Messia y Paz, cauallero de la orden de Calatrua, que por nombramiento de los testamentarios de Sus Magestades Serenísimas y cathólicas, que ayan gloria, y de las demás personas reales, seruís el officio de Thesorero de sus descargos, yo os mando que de qualesquier maravedises de que os está hecho ó hiciere cargo para la paga de ellos, guardando la ynterbención que por decreto de cinco de Henero de seiscientos treinta y siete, está mandado, deis y pagueis luego al Alférez Rodrigo de Zerbantes, soldado que fué de la Compañía de infantería española del Capitán Sebastian de Otaula, del tercio del Maestre de Campo Luis del Villar, en mis estados de Flandes, treze mill y seiscientos maravedises, que con acuerdo de los dichos testamentarios se mandó librar á quenta de diez y seis mill y seiscien-

tos que se le restan deuiendo de su sueldo seruido hasta dos de Julio de mill y seiscientos que murió, como constó por la certificación de Asensio de Eguiguren, mi Contador de los exercitos de los dichos estados, y tomad carta de pago del dicho Alférez ó de quien el dicho su poder tubiere, con la qual y esta mi cédula, tomando la razón della en mi Secretaría de los dichos descargos y en vn traslado firmado de Juan de Olazaua mi Secretario y Offizial mayor en ella, el dicho mi Contador de los exercitos de Flandes ó quien siruiere su ofizio, al qual mando que en la parte donde estubiere acreedor el dicho Alférez, teeste esta partida y ponga por pagada por entero, porque se dará satisfacció por esta vía sin dar más auiso, con quien serán bien pagados los dichos treze mill seiscientos maravedises. Fecha en Madrid, á quatro de Septiembre de seiscientos cinquenta y vno.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro señor,—D. Hernando Docón.—Señalada de D. Diego Riaño y Gamboa, Presidente de los Consejos Reales y Cámara, y de D. Alonso Pérez de Guzmán, Patriarcha de las Indias, Capellán y limosnero mayor, y del padre Fray Juan Martinez, confesor del Rey nuestro señor y del Conssejo de Inquisición, testamentarios de Sus Magestades, que ayan gloria.—Tomóse la razon en la Secretaría de Descargos.—Rubricado.

Legajo 485.—Sello quarto, año de mil y seiscientos y cinquenta y qvatro.—Rodrigo de Zerbantes.—El Rey.—D. Antonio Messia y Paz, cauallero de la orden de calatrua, que por nombramiento de los testamentarios de Sus Magestades Serenísimas y cathólicas, que ayan gloria, y de las demás personas Reales, seruís el offizio de thesorero de sus descargos, yo os mando que de cualesquier maravedises de que os está hecho ó hiciere cargo para la paga de ellos, guardando la yntervención que por decreto de cinco de Henero de seiscientos treinta y siete, está mandado, deis y pagueis luego á los herederos del Alférez Rodrigo de Zerbantes diez i siete mill maravedises que, con acuerdo de los dichos testamentarios, le mando librar á quenta de ciento cinquenta y tres mill maravedises que se le restan deuiendo de su sueldo seruido en Flandes de soldado, en la compañía de infantería española del capitán Sebastián de Otaula, del terzio del Maestre de Campo Luis del Villar, hasta dos de Julio del año mil seiscientos, que falleció, como parece por zertificación de Asensio de Eguiguren, Contador del sueldo de la gente de guerra de los estados de Flandes, y tomad carta de pago de los dichos herederos ó de quien su poder tubiere ante escribano, que dé fee de la paga, con la cual y esta mi cédula, tomando la Raçon della en mi Secretaría de descargos, serán bien pagados los dichos diez y siete mill maravedises, y mando se os reciuan y pasen en quenta sin otro recaudo alguno. Fecha en Madrid, á veintiseis de Nouiembre de seiscientos cinquenta y quatro años.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro señor,—D. Hernando Docón.—Señalada de D. Diego de Riaño y Gamboa, Presidente de los Consejos Real y Cámara, y de D. Alonso Pérez de Guzmán, Patriarcha de las Indias, Capellán y limosnero mayor, testamentarios de Sus Magestades, que ayan gloria.—Tomóse la razón en la Secretaría de Descargos.—Rubricado.

2.^a—Datos ciertos acerca de D.^a Magdalena de Cervantes.

Que D.^a Magdalena era natural de Madrid, consta por su partida de defunción, que existe en los libros de la parroquia de San Sebastián,

y dice así: "En 28 de Enero de 1611 años murió D.^a Magdalena de Jesús, hermana de Cervantes. Recibió los santos sacramentos de manos del Licenciado Francisco López. No testó. Era NATURAL DE AQUÍ, y era pobre, y tanto, que la hicieron enterrar los hermanos tercerones de San Francisco en 12 reales". (*Crónica de los Cervantistas*, Cádiz, 1872.—Tomo I, pág. 105).

Que D.^a Magdalena nació en 1555 ó 56 se deduce de lo que ella misma afirma respecto á su edad en documentos fidedignos, extendidos el año de 1575. En el primero (7 de Mayo), dice "ser menor de veinticinco años y mayor de diez y seis"; y en el segundo (1.^o de Agosto), menor de veinticinco y mayor de dieciocho". Si, pues, D.^a Magdalena tenía, á pesar de sus contradicciones, de diecinueve á veinte años en 1575, había nacido en los de 1555 ó 56 seguramente. (*Documentos*, páginas 23 y 27).

Acerca de D.^a Magdalena se insertan en los coleccionados por el Sr. Pérez Pastor muchos, y de gran interés todos, que ofrecen multitud de pormenores ignorados sobre la vida de esta hermana de Cervantes en su juventud y edad madura, que la dan á conocer con toda exactitud y perfección. Puédese ya muy bien rehacer su biografía, como efectuaremos más adelante, tan alterada hasta aquí por impremeditadas lijerezas y vanos juicios.

3.^a—Comprobaciones respecto á Rodrigo de Cervantes. Fué médico cirujano.

Acerca de la profesión del padre de Miguel no se sabía nada antes. Cuando el Sr. Pérez Pastor publicó su *Colección de documentos inéditos*, hace cuatro años, se tuvo la primera noticia de que había sido Licenciado, aunque no de cuál facultad. En el asiento de servicio de Isabel de Saavedra en casa de D.^a Magdalena de Sotomayor, año de 1599, dijo el curador de la primera que, "de la dicha curaduría usando, ponía é puso á servicio á la dicha Isabel de Saavedra, su menor, con D.^a Magdalena de Sotomayor, hija del LICDO. CERVANTES DE SAAVEDRA, su padre, difunto".

Pérez Pastor creyó que sería licenciado en Derecho, y así pensábamos también nosotros. Pero los documentos recientemente descubiertos en el Archivo de protocolos de Sevilla, por Don Francisco Rodríguez Marín, que dejamos ya extractados, evidencian con toda certeza que fué médico cirujano, y que ejercía dicha profesión, ya fuese con título, ya con sólo autorización del protomédico para curar. Cree el señor

Rodríguez Marín que el padre de Cervantes sería entre curandero y médico de Universidad.

En dos escrituras, que D. Rodrigo de Cervantes otorgó en Sevilla, se dice que era *médico zurujano*, y no se mienta para nada el título de Licenciado; pero podía tenerlo y no hacer alarde de él, porque, aunque la mayor parte de quienes los tenían los ostentaban por vanidad á cada momento, también habría algunos que, por modestia ó natural costumbre, no los emplearan.

Al decir el curador de D.^a Isabel, sabiéndolo por la tía de ésta, D.^a Magdalena, que Rodrigo de Cervantes era Licenciado, puede creerse con alguna seguridad que poseía el título, y así lo entendemos; si bien es verosímil que tal palabra pudiera tener también la significación vulgar de autorizado, habilitado, gozar de licencia para curar, con las limitaciones que prescribían las leyes respecto de aquellas personas que no disfrutaban de títulos universitarios.

Los documentos publicados por el Sr. Rodríguez Marín en el *Apéndice* de su precioso folleto *Cervantes estudió en Sevilla*, páginas 29 á 31, existen en el Archivo general de protocolos de aquella capital. (Oficio 21, libro 3.^o de 1564, folios 295 y 296).

El dato acerca de la sordera del padre de Cervantes, consta con toda claridad en uno de los documentos coleccionados por el Sr. Pérez Pastor, (pág. 52). Es un poder de D.^a Magdalena y de su señor padre, otorgado en 11 de Mayo de 1578, en Madrid, á Alonso de Córdoba, para cobrar 500 ducados de D. Alonso Pacheco, ante el escribano Francisco de Yepes. Las palabras comprobatorias son éstas: "Y el dicho Rodrigo de Cervantes, POR SER SORDO, tomó esta escritura y la leyó y entendió el efecto de ella, y dijo que así lo otorgaba y otorgó, y firmólo".

4.^a—Datos fehacientes sobre el padre de Cervantes. Su testamento. Interesante y nueva enumeración de homónimos de Cervantes.

Navarrete en su *Vida de Cervantes* (páginas 246-47), con motivo de hablar de Rodrigo, su padre, cita varios otros Cervantes que llevaron el mismo nombre, entre los que menciona á Rodrigo de Cervantes, contador de la Goleta desde 1535 á 1557, en cuyo año consta que falleció, según carta del gobernador de dicha fortaleza, D. Antonio de la Cueva, al secretario de la Guerra Francisco de Ledesma. También recuerda á un Rodrigo de Cervantes, que renunció su oficio de jurado en Sevilla el año de 1644, y otro que fué alférez de la compañía de hombres de armas

del prior D. Antonio de Toledo en 1570, á cuya compañía también perteneció, aunque como soldado, el hermano de Cervantes.

Era muy natural que coexistiesen muchos Cervantes, cuando vivió Miguel, pues el apellido estaba muy generalizado en España, y serían infinitas las personas que lo tendrían, lo mismo que los nombres Rodrigo ó Miguel.

Si se examinaran los libros parroquiales de todas las poblaciones de nuestra patria en los siglos XVI y XVII, se vería cuán innumerables y frecuentes eran esos homónimos, así como los de Saavedras. (1)

Desvanecida por Navarrete la equivocación de los que pretendían ser el padre de Cervantes el Rodrigo contador de la Goleta, dejó, sin embargo, en duda la fecha de su muerte. Navarrete vió la partida de defunción de Rodrigo de Cervantes, que existe en Madrid en la iglesia parroquial de San Miguel y San Justo; pero creyó que había error en el año, pues constaba haber sido el óbito en 1585, y en 1579 ya se llamaba Doña

Leonor de Cortinas, viuda, mujer que fué de Rodrigo de Cervantes. Siendo sus albaceas su esposa D.^a Leonor y D.^a Catalina de Palacios, suegra de su hijo Miguel, estaba convencido de que la partida correspondía al padre de éste, aunque fué infructuosa su diligencia con el fin de encontrar el testamento ó alguna nota del entierro en el convento de la Merced, para cerciorarse de la verdad de todo.

Afortunadamente, el testamento se ha descubierto y lo ha publicado en su excelente colección el Sr. Pérez Pastor. Ha concluido, por consiguiente, toda sospecha de error en la fecha de esa partida de difunto. Coincide el instrumento notarial en todas sus partes con las indicaciones que en aquella se hacen; y aunque exista la anomalía de llamarse viuda D.^a Leonor seis años antes de que muriese su marido, la verdad es que cuando falleció fué el 13 de Junio del año de 85, cinco días después de otorgada su última voluntad ante el escribano Diego Hernández.

El testamento de D. Rodrigo lo inserta ínte-

(1) Como oportuna confirmación de lo que decimos, léase el siguiente trabajo, hecho por nuestro estimado amigo D. Ramón Santa María, donde se da cuenta, folio por folio, de todos los apellidos Cervantes ó Saavedra, con sus modificaciones ó variantes, que contiene el libro primero de bautismos de la parroquia de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares.

Esta minuciosa enumeración de homónimos presenta, sólo en el espacio de 16 años, veintiocho anotaciones de individuos que llevaban los apellidos Cervantes, Caravantes, Saavedra ó Sayavedra, contemporáneos y paisanos todos de Miguel.

Copiamos íntegra la especificada investigación del señor Santa María, que es nueva y de sumo interés:

"Iglesia parroquial de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares.

Archivo.

Libro 1.º de bautismos.

En el lomo: "✠ Baptis // mos // I. //

Portada: "[Li]bro del bautisterio de la yglesia [de] sancta maria. Del Año de M // D. xxxiiij. Seyendo cura el R.º // señor bachiller Alonso de Rane // ra. // De alcalá de henares. // "

1 vol. fol. de 311mm X 217mm encuad. en perg. forma cartera.

Comienza al folio 1 recto: "año de mill y quinientos y treinta y tres años. // en quatro dias del mes de hen.º del "dicho año....." y termina al folio 243 vuelto con la partida: "en veynte y seys dias del mes de março, año suso dicho (1549) //"

La sucesión cronológica de las partidas contenidas ó inscritas en este libro no es exacta; hállanse intercaladas algunas en los huecos ó blancos del libro (fol.º 195 recto y vuelto

y 196 recto (1)), y también se ven mezcladas y confundidas otras, por haber mezclado y confundido diversos folios correspondientes á los años 1549-50-51, sin duda alguna al ser encuadernados por persona poco experta ó entendida.

1.—Al folio 6 recto (Agosto 1533).—..... compadre *Diego de Zerbantes*.

2.—Al folio 9 recto (Diciembre 1533).—Juan, hijo de Juan de *Carabantes* y María.

3.—Al folio 69 recto (18 Septiembre 1538).—....comadre *doña María de Cervantes*.

4.—Al folio 71 vuelto (24 Noviembre 1538).—Eugenio (?) hijo de *Juan de Caravantes*.... compadre *Rodrigo de [roto]* (2) *es....* y comadre [*leonor?*] de *Córdova*.....

5.—Al folio 96 vuelto (12 Julio 1541). — Cristoval, hijo de *Juan de Carabantes* y de Ana....

6.—Al folio 110 vuelto.—"En alcalá, catorze días del mes de "abril, año de mill é qs.º é quarenta é dos "años, este día el R.º señor min. garçes, "clérigo, baptizo un hijo de *Ju.º de Caravan-* "tes é de ana hrrs. su mujer, el qual ovo ALONSO "nobre al.º fué su padrino di.º de medina, "ts.º luy de leon e fran.º señor.

(firmado) min.
garçes (3) "

7.—Al folio 111 recto (1.º Mayo 1542).—Juan, hijo de *Juan de Cervantes* y de su muger *doña María de Córdova*.

8.—Al folio 116 vuelto (31 Agosto 1542).—Fran.º hijo de *Juan de Caravantes* y de María su muger.

(1) Al folio 196 recto se registra una sola partida de *veyntytres dias del mes de novyembre año de myl é qs.º y cynquenta y nueve años*.

(2) Interpretándose el final *es*, puede suponerse fundadamente que

dijera *Rodrigo de Cervantes*, teniendo en cuenta también el espacio que está roto, equivalente al que ocuparan las letras *cervant*, que faltan.

(3) Por Martín Garçes: (Mín. GARÇES firma siempre).

gro Pérez Pastor en sus *Documentos* desde la página 83 á 86, y hace sobre él atinadas observaciones en las páginas 255 y siguiente.

5.^a—Oscuras é inexactas noticias sobre la madre de Cervantes.—Algunos datos ciertos.

Vagas y muy cortas eran las noticias que se tenían acerca de la madre de Cervantes, Doña Leonor de Cortinas.

El segundo biógrafo del inmortal Escritor, D. Juan Antonio Pellicer, aventuró la especie de que podía haber sido parienta de Lope de Vega, por constar que estuvo casado en primeras nupcias el *Fénix* de los ingenios con D.^a Isabel de Urbina, hija de D. Diego y de D.^a Magdalena de Cortinas, natural de Barajas.

La suposición de Pellicer no iba descaminada. Llamándose también la madre de Cervantes, *Cortinas*, era posible que fuese natural de Barajas y hermana ó prima de la suegra de Lope de Vega. Pudiera asimismo dar cierta validez á la presunción la proximidad de Barajas á Alcalá de Henares, y las probables relaciones entre las familias de los Cervantes y los Cortinas. Pero estas razones aparentes no bastan para decidir sin apelación. La identidad de esos apellidos puede ser por parentesco, ó por semejanza solamente; y no por ese dato incierto habría de sostenerse que entrambas señoras eran de un mismo pueblo, y menos de una misma familia. No debe,

pues, afirmarse nada respecto de este particular mientras no haya documentos ó antecedentes que, sin género de duda, lo demuestren y persuadan.

Incurrimos nosotros en los errores propalados, cuando en 1877 publicamos en Cádiz la *Vida de Cervantes* para la edición popular del *Quijote* que allí hizo nuestro querido amigo D. José Rodríguez y Rodríguez. No ya seguíamos la opinión de Pellicer, sino que dábamos por indiscutible la de otro admirador de Cervantes, el célebre Maestro D. Francisco Asenjo Barbieri, de gloriosa memoria artística.

El Sr. Asenjo había descubierto en los libros de la parroquia de San Sebastián (Madrid) la partida de defunción referente á D.^a Magdalena de Jesús, la hermana beata; documento de que hemos hablado ya. Allí mismo examinó y copió la correspondiente á D.^a Magdalena de Cortinas, á quien creyó hermana del mismo Cervantes, y por eso nosotros dijimos equivocadamente que el Francisco de Urbina que elogió á Cervantes cuando se publicó el *Persiles y Segismunda*, era sobrino del mismo Miguel, como hijo de una hermana suya. (*Vida de Cervantes*, pág. 235).

Inexactitud manifiesta, que desde luego rectificamos. Esa partida, ya descubierta desde fines del siglo pasado por Pellicer, se reprodujo en el primer tomo de la *Crónica de los Cervantistas* (página 105), y dice así textualmente: "En 8 de Octubre de 1612 años, murió D.^a Ma.^{na} (sic) de Cortinas, casada con el Regidor Diego de Ur-

- 9.—Al folio 126 vuelto (1.º Mayo 1543). testigo *Juan de Caravantes*.
- 10.—Al folio 142 vuelto (28 Abril 1544). — María, hija del *lic.º Saavedra* y M.^a de la Daga.
- 11.—Al folio 150 vuelto (21 Septiembre 1544). — testigo *Juan de Caravantes*.
- 12.—Al folio 158 recto (28 Febrero 1545). — testigos el doctor Ximénez y el *lic.º Saavedra*.
- 13.—Al folio 160 recto (28 Abril 1545). — compadre el *lic.º Saavedra*.
- 14.—Al folio 161 vuelto (20 Junio 1545).—..... Antonia, hija del *lic.º Saavedra*.
- 15.—Al folio 173 vuelto (28 Marzo 1546). — padrino el *lic.º Saavedra* é su muger *María de la Daga*.
- 16.—Al folio 179 vuelto (18 Octubre 1546).—Fran.^{ca} hija del *lic.º Sayabedra* é de M.^a de la Daga su muger.
- 17.—Al folio 181 recto (22 Noviembre 1546).—Eugenio, hijo de *Juan de Caravantes* y Ana su muger.
- 18.—Al folio 182 recto (2 Diciembre 1546).—..... testigo *Antón de Carabante*.
- 19.—Al folio 188 recto (2 Junio 1547).—..... padrino *di.º de Sayabedra*.

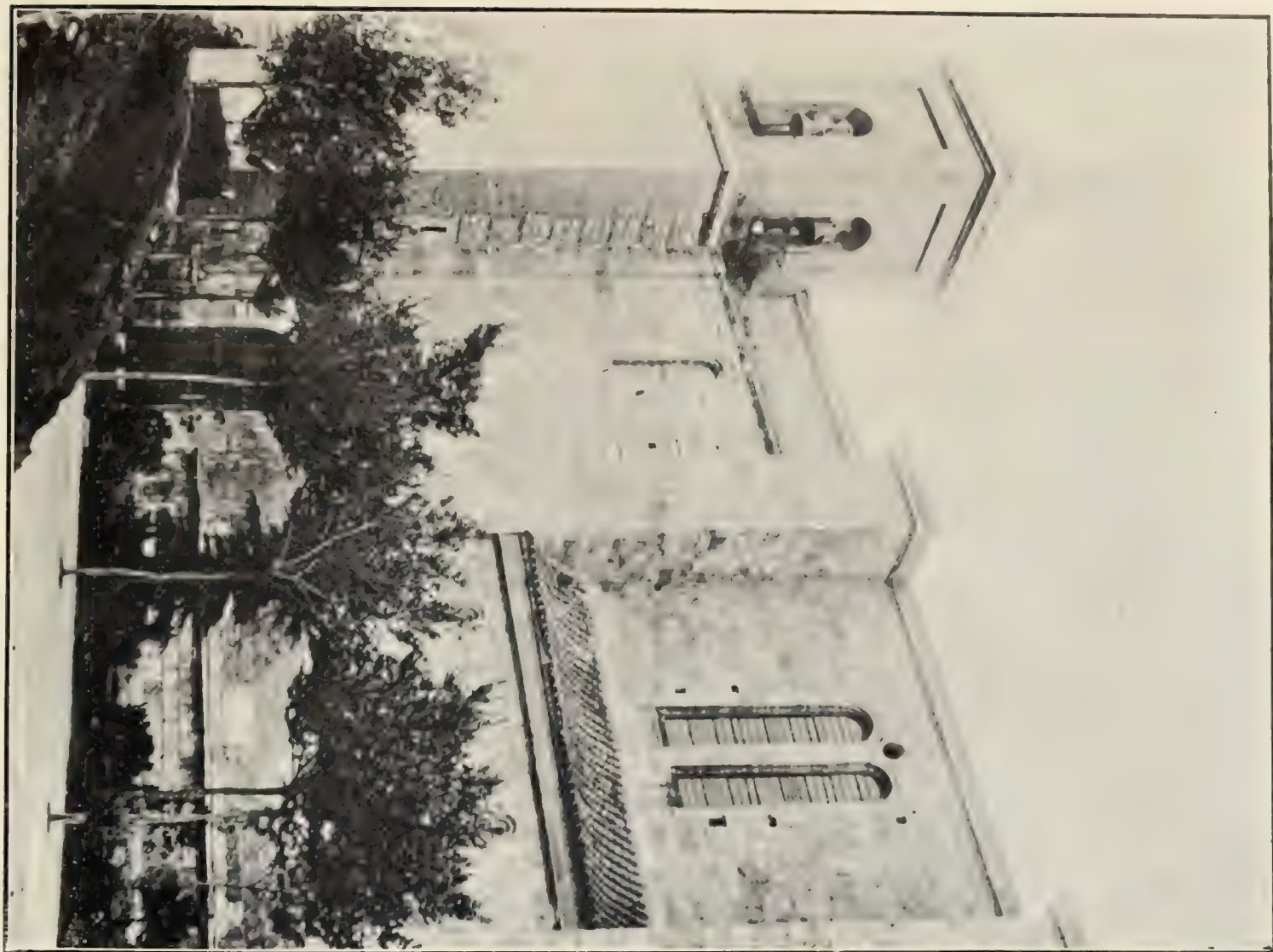
- 20.—Al folio 189 recto (10 Julio 1547).—Juan, hijo de *Garçes capatero* y de su muger *María de Caravantes*.
- 21.—Al folio 190 vuelto (7 Agosto 1547).—..... testigo *Sayabedra, criado de Vañares*.
- 22.—Al folio 192 recto (3 Octubre 1547). — Fran.^{co} hijo de *Antón de Carabantes* y de su muger *In.^a*
- 23.—Al folio 194 recto (27 Noviembre 1547).—.... compadre *A.º de Sayabedra, ESECUTOR*.
- 24.—Al folio 198 recto (21 Enero 1548). — Martín, hijo del *lic.º Sayabedra* y de su muger *María de la Daga*.
- 25.—Al folio 224 vuelto (9 Septiembre 1549).—.... compadre el *lic.º Sayabedra*.
- 26.—Al folio 230 vuelto (8 Febrero 1550). — Fran.^{ca} hija de *Juan Garçes* y de *María de Caravantes*.
- 27.—Al folio 237 vuelto (30 Octubre 1550). — Pascuala, hija de *Antón de Carabantes* y de *María*.
- 28.—Al folio 239 recto (2 Junio 1549 [sic]). — testigo el *lic.º Saavedra*. "

Alcalá de Henares, 10 de Enero de 1901.

Es copia:

Ramón Santa María.

Fachada de SANTA MARÍA LA MAYOR en Alcalá de Henares.



Fachada principal de la UNIVERSIDAD de Alcalá de Henares.



El Cardenal JIMÉNEZ DE CISNEROS.

bina, de postema. Calle del Príncipe. Recibió los Santos Sacramentos de mano del licenciado Mendiola. Testó ante Pedro González de la Vega. Todo lo dejó á disposición de sus testamentarios, que son su marido y D. Francisco de Urbina, su hijo. Mandóse llevar á Barajas''. Que esta señora no era hermana de Cervantes, como se había dicho, ni su hijo sobrino del gran Autor, se patentiza con una razón concluyente. El padre de Miguel en su testamento (1585) no habla más que de una hija llamada Magdalena, la beata, y no de otra ninguna del mismo nombre. D.^a Magdalena de Cortinas, fallecida en 1612, no era, pues, seguramente, hija de Rodrigo de Cervantes y de D.^a Leonor de Cortinas. Ni con certeza puede seguir sosteniéndose que era hermana, prima ó parienta de la madre de Cervantes, cuando no consta que ésta fuese del mismo pueblo. No se ha descubierto todavía un indicio que revele que D.^a Leonor de Cortinas fué de Barajas. Por eso, mientras no poseamos tal prueba, no se puede decir tampoco si el Francisco de Urbina, que escribió el epitafio á Cervantes al frente de la edición primera del *Persiles*, sería ó no su pariente. El erudito señor Pérez Pastor dice que "no ha podido comprobar de una manera evidente la suposición" del parentesco entre la familia de Urbina y la de Cervantes. Los hijos de D.^a Magdalena de Cortinas y D. Diego Ampuero de Urbina, rey de armas de Felipe II, regidor y vecino de Madrid, persona muy ilustrada, según Baena en sus *Hijos ilustres de Madrid*, fueron D. Diego, Don Francisco, D. Martín, D. Juan, D.^a Isabel, (la primera mujer de Lope de Vega), D.^a María, D.^a Magdalena y D.^a Ana María, que estuvo casada con D. Fernando de Lodeña, quien escribió un soneto en elogio de las *Novelas ejemplares* de Cervantes.

Pero si no se puede admitir, como cierto, que D.^a Leonor de Cortinas fuese natural de Barajas ni parienta, próxima ó lejana, de la familia Urbina, hay algunas nuevas noticias verídicas respecto á la madre de Cervantes; y en ésta y otras notas, vamos á hacer mención de ellas, extractándolas de los *Documentos* publicados por el Sr. Pérez Pastor.

D.^a Leonor aportó algunos bienes al matrimonio; pero con tal desinterés como si no hubiese llevado ningunos, con la abnegación de toda buena esposa y madre de familia. Enaltecen mucho á tan virtuosa señora estas palabras de su marido en el testamento: "Digo y declaro que al tiempo y cuando yo casé y velé con D.^a Leonor de Cortinas, mi mujer, la susodicha trajo á mi poder *ciertos bienes dotales suyos*, que no me

acuerdo qué cantidad, ni los que fueron. La declaración de esto dejo en que la dicha D.^a Leonor de Cortinas, mi mujer, lo diga y declare; lo cual sea válido, porque no dirá en esto más que la verdad, lo cual quiero y es mi voluntad que se le dé y pague de mis bienes sin que se le ponga impedimento alguno''. (Documento núm. 53, página 84).

6.^a—¿Por qué se llamaba viuda la madre de Cervantes no siéndolo?

D.^a Leonor, en varios documentos, dijo *ser viuda, mujer que fué de Rodrigo de Cervantes*, cuando su esposo no había fallecido aún. En 1579, en la partida de adyutorio así lo dice. El mismo año lo repite al solicitar permiso para enviar á Argel dos mil ducados de mercaderías lícitas para ayuda del rescate de su hijo Miguel. Viuda se siguió llamando en los sucesivos documentos sobre el mismo asunto, por no haber tenido efecto el envío de géneros solicitado. Es una confusión tal la que se nota acerca de esto, que se creería tratarse de otra D.^a Leonor de Cortinas, si no evidenciaran los mismos documentos que es la madre de Cervantes la que se decía viuda cuando no lo era. Ya vemos que como tal firmaba y rogaba en 1579. Sin embargo, en 1580 su esposo, vivo y sano, pide con fecha de 1.^o de Diciembre, información sobre el cautiverio de Cervantes, ya rescatado, ante el licenciado Prieto, teniente corregidor en Madrid y su tierra. (Doc. 18, pág. 60). Pues en 28 de Agosto de 1582 otorga, á pesar de esto, poder D.^a Leonor de Cortinas, como *viuda*, á Juan Fortunio, para sacar de Valencia y llevar á Argel dos mil ducados de mercaderías lícitas, cuyo beneficio había de servir para lo que se quedó debiendo del rescate de Miguel. Repítese lo mismo en 1584, y, no obstante, Rodrigo de Cervantes no murió hasta el año siguiente.

¿Á qué obedecería esa persistencia en llamarse viuda D.^a Leonor en documentos públicos varios años antes de que falleciese su esposo? Indudablemente á un deseo santo, aunque se viese obligada á faltar á la verdad: al deseo de mover á compasión con más eficacia, para el buen éxito de lo solicitado, llamándose viuda que no siéndolo. Creemos que esto fué aconsejado á D.^a Leonor por personas extrañas, peritas en tales cosas, y ella se avino á todo, inocente de su falta, por tratarse del bien de su hijo, sin consultar el caso con su esposo, pues no se comprenden de otra suerte la petición de información hecha por éste á su mismo nombre, en 1580, y la solicitud

de licencia, para enviar mercancías firmada por ella, como viuda, en 1579, 82 y 84.

7.^a—Año en que falleció la madre de Miguel de Cervantes.

El día fijo en que murió D.^a Leonor de Cortinas se ignora; pero, según documentos publicados por el Sr. Pérez Pastor (28, 29 y 30 de su colección), sábese que falleció, año 1593, en una casa de la calle de Leganitos, propiedad de un pellejero llamado Diego de Medina, á quien había arrendado D.^a Leonor dicha habitación por dos años. La madre de Cervantes, vecina de Madrid, según sus mismas palabras, vivía por entonces sola con su hija D.^a Magdalena. El 9 de Noviembre de 1593, hizo ésta ante escribano un traspaso de arrendamiento á favor de Alonso de Paredes, quien se obligó á cumplir todo lo pactado por D.^a Leonor. D.^a Magdalena hace constar el motivo del traspaso, que era el “no tener necesidad de la dicha casa por haber muerto su madre”. Esta hubo de morir después del 15 de Septiembre y antes del 9 de Noviembre.

El Sr. Pastor habla de sus gestiones para encontrar en el archivo de la parroquia de San Martín la partida de defunción de D.^a Leonor de Cortinas, por pertenecer en aquel tiempo á la citada iglesia la calle de Leganitos; pero no consiguió su deseo, porque el tomo referente á los sepelios del año 93 no existe en el archivo parroquial. En una nota del índice de los libros del mismo, se advierte que el que falta *se perdió en el Consejo de Ordenes*. El Sr. Pastor confía que ese libro, llevado al Consejo y no devuelto, aparecerá el día en que se haga un recuento general en el archivo de las Órdenes militares. De desear es que así sea, pues quizás en la partida de difunto se anotaría el lugar de su nacimiento, ó se daría noticia del escribano ante quien testó, si llegó á efectuarlo. Tal vez entonces se podrían esclarecer muchos puntos de la vida de D.^a Leonor de Cortinas, que hasta ahora se ignoran por completo.

8.^a—Lo que dice Cervantes sobre su gran afición á la lectura. ¿Dónde vió Cervantes representar á Lope de Rueda?

En el capítulo IX de la Primera parte de su *Don Quijote*, con motivo de aquellos cartapacios y papeles viejos que llegó á venderle un muchacho en el Alcana de Toledo, escribe lo siguiente Cervantes: “y como soy aficionado á leer

aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía”, etc.

Y de su entrañable amor á la poesía, es buena prueba lo que dice en aquel famoso terceto del canto IV de su *Viaje del Parnaso*:

Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poësia,
Y en ella procuré siempre agradarte.

* * *

Acerca de dónde vió representar Cervantes al famoso Lope de Rueda, se han sostenido y sostienen distintas opiniones.

Interpretando Nicolás Antonio el prólogo de las comedias de Cervantes, creyó que había sido en Sevilla, y confundiendo las palabras, hizo á nuestro Miguel sevillano, cuando él sólo afirmó que fué natural de Sevilla Lope de Rueda.

Navarrete opinó que pudo haberle visto y oído Cervantes en Segovia, año de 1558, cuando estuvo allí representando con su compañía con motivo de las solemnes fiestas que se celebraron para la inauguración y traslación del culto á la nueva catedral, desde el 15 al 22 de Agosto; en lo que se ocupa el historiador de aquella ciudad Diego de Colmenares. Dice Navarrete que, “no sería extraño que residiendo los padres de Cervantes en Alcalá, hubiesen ido con sus hijos á ver unas funciones que de tal modo atraieron gente de toda Castilla. En vista de esto (añade) es de inferir que Lope continuase sus representaciones por las principales ciudades comarcanas, como Toledo, Alcalá y especialmente Madrid, donde se fijó la corte el año 1560”.

D. Emilio Cotarelo, en un estudio acerca del celebrado autor y representante, indica que en Madrid (Octubre de 1561) fué donde asistió á sus funciones Miguel de Cervantes, muchacho entonces de catorce años. Tal parecer creíase muy probable por un documento dado á la luz pública en 1897 por el Sr. Pérez Pastor. (*Doc*, página 268). Lope de Rueda, representante, residente en la corte de Su Magestad, firma una carta de obligación, fecha 24 de Septiembre de 1561 años, ante el escribano Diego de Medina Flórez, prometiendo pagar para 1.^o de Enero del siguiente, á Bernardino de Milán, vecino de Valladolid, ó á quien su poder hubiere, veinte y dos ducados que le restaba por deuda de mayor cuantía. Miércoles 29 de Octubre dispuso Lope de Rueda su marcha á Valencia para el día siguiente. Francisco de Torres, en nombre de Bernardino de Milán, enterado de ello, le denunció ante el teniente de corregidor de la villa de Madrid, Gago de Castro, para que presentase

fianzas, atento que en la corte no tenía Lope bienes raíces ni muebles. Dos testigos, uno Pedro de Godoy y otro Juan Baptista, platero, confiesan haber oído que el deudor se iba á Valencia con su mujer el jueves 30 de Octubre por la mañana y que el acreedor no podría cobrar la deuda. El señor teniente, vista la información, ordenó que los alguaciles requirieran á Lope, estando en la corte, para que dé fianzas de estar á derecho y pagar á Benardino de Milán, vecino de Valladolid, los veinte y dos ducados; y si luego no los diere, lo pusieran en la cárcel pública. El alguacil mayor Juan de Soto fué á requerir á Lope para cumplimiento de lo ordenado, el cual presentó desde luego por su fiador y pagador en su ausencia, á Diego de Grijota, ropero, quedando terminado el asunto á gusto del acreedor Milán.

Este interesante documento extractado, demuestra que más de un mes estuvo representando en Madrid el inimitable Lope de Rueda, y allí pudiera haberle visto y oído Cervantes cuando niño, en Octubre de 1561, avivando sus aficiones á la farándula é iniciando en él su amor á las composiciones dramáticas, en las que luego había de dar gallardas muestras de su talento. La feliz memoria de Cervantes conservó hasta sus postreros años los menores incidentes de aquellas deliciosas representaciones, de los que hizo tan especial mención en el prólogo de sus *Comedias*, con el cariño de todos los viejos á los dulces recuerdos de la niñez. (1)

Sin embargo de lo dicho por el Sr. Cotarelo, no es posible que Cervantes viera representar á Lope de Rueda en Madrid en la fecha citada, pues entonces estaba probablemente en Córdoba

al lado de su abuelo, como han demostrado nuevos documentos descubiertos recientemente. El Sr. Rodríguez Marín, (*Cervantes estudió en Sevilla*, páginas 17, 18 y 19), cree que donde “pudo ver y admirar Cervantes la rara habilidad del celeberrimo batihoja hispalense”, fué en Sevilla, año de 1564 ó 65; pero hay que tener en cuenta que entonces contaba ya Cervantes 17 de edad, y no era ya un muchacho, que fué cuando él dijo que había visto á Lope de Rueda, y por eso no pudo hacer entonces “juicio firme de la bondad de sus versos”. Lo cual no es aplicable al tiempo en que entiende el Sr. Rodríguez Marín que le vería representar, pues á los 17 años cumplidos podía Cervantes formar juicio cabal y firmísimo de los méritos sobresalientes de Lope de Rueda como representante.

Constando, por datos indiscutibles, que el abuelo de Cervantes vivía en Córdoba desde 1556, por lo menos, y que allí estaría Miguel con sus padres hasta 1561 ó 62, en que trasladaron éstos su residencia á Sevilla, parece más natural y explicable que fuese en Córdoba donde el inimitable escritor viese al gran Lope de Rueda, famoso en la representación y el entendimiento, en propias palabras suyas.

Por el año 56, en que Cervantes llegaría á Andalucía con sus padres, bajo la protección del abuelo, contaría más de ocho. Y en los que mediaron desde entonces al 61 ó 62, pudo muy bien verle y oírle allí, cuando todavía era muchacho, de 9 á 13 de edad.

Por el testamento de Lope de Rueda, descubierto por el distinguido erudito D. Rafael Ramírez Arellano, y publicado recientemente (*Revista Española*, número 1.º, pág. 9 y siguientes;

(1) Véanse las textuales palabras de Cervantes: “Los días pasados me hallé en una conversación de amigos, donde se trató de comedias y de las cosas á ellas concernientes; y de tal manera las sutilizaron y atildaron, que, á mi parecer, vinieron á quedar en punto de toda perfección. Tratóse también de quién fué el primero que en España las sacó de mantillas y las puso en toldo y vistió de gala y apariencia. Yo, como el más viejo que allí estaba, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento. Fué natural de Sevilla y de oficio batihoja, que quiere decir, de los que hacen panes de oro. Fué admirable en la poesía pastoril; y en este modo, ni entonces, ni después acá, ninguno le ha llevado ventaja. Aunque por ser muchacho yo entonces, no podía hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, vistos ahora, en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho; y, si no fuera por no salir del propósito del prólogo, pusiera aquí algunos que acreditaran esta verdad.

En el tiempo de este célebre español, todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal y se cifraban en cuatro pellicos blancos, guarnecidos de guadame-

cí dorado; y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados, poco más ó menos. Las comedias eran unos coloquios, como églogas, entre dos ó tres pastores y alguna pastora. Aderezábanlas y dilatábanlas con dos ó tres entremeses, ya de negra, ya de rufián, ya de bobo, y ya de vizcaíno: todas estas cuatro figuras y otras muchas hacía el tal Lope con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse. No había en aquel tiempo tramoyas ni desafíos de moros y cristianos, á pie ni á caballo. No había figura que saliese ó pareciese salir del centro de la tierra por lo hueco del teatro y menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó con almas. Cuatro bancos en cuadro y cuatro ó seis tablas encima, componían el teatro, con lo que éste se levantaba del suelo cuatro palmos. Su adorno era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacía lo que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músicos cantando, sin guitarra, algún romance antiguo.

Murió Lope de Rueda; y por hombre excelente y famoso lo enterraron en la Iglesia Mayor de Córdoba (donde murió entre los dos coros, donde también está enterrado aquel famoso loco Luis López”. (Prólogo de las *Comedias y entremeses* de Cervantes).

Madrid, Enero de 1901), se prueba que Córdoba fué la ciudad predilecta de Lope, donde tenía su familia y vecindad, donde descansarí de sus fatigosos viajes á otras ciudades para ejercer su oficio.

Cervantes conservaba recuerdos gratos de aquellas representaciones que presenciaria en Córdoba siendo niño.

9.^a—Alabanzas del Maestro Juan López de Hoyos.

Como de todos los protectores y personas que favorecieron de cualquier modo á Cervantes, hemos de hacer ahora el merecido elogio del Maestro Juan López de Hoyos, varón esclarecido en virtud y Letras, quien supo conocer antes que nadie sus excepcionales dotes de inteligencia, alentó sus aficiones, estimuló su inclinación á los buenos estudios, é hizo justicia á sus méritos.

Fué natural de Madrid, hijo de Alonso López y de Juana de Santiago. Dedicóse á la carrera eclesiástica. Su vida deslizóse tranquilamente en los ejercicios de su ministerio, en la predicción y la enseñanza de la Gramática y Humanidades, primero como preceptor privado, después como profesor oficial en el Estudio público de la Villa, cuya cátedra obtuvo por unanimidad en las oposiciones al efecto celebradas, en las que tuvo por contrincante á Fernando de Arce. Desde Enero de 1568 hasta 1583, en que se cree que ocurrió su muerte, desempeñó tan importante cargo, dando pruebas innegables de sus aptitudes, acierto y celo. Desempeñó durante algunos años el curato de San Andrés. La Villa, estimando sus méritos en lo que valían, le subió cinco mil maravedises al sueldo asignado á la cátedra, á los pocos meses de obtenerla, y le encomendó la composición de trabajos conmemorativos de las fiestas ó recuerdos fúnebres por el Ayuntamiento costeados, con motivo de sucesos públicos de notoria expectación.

Además de su *Relación* de las honras celebradas por el fallecimiento de D.^a Isabel de Valois, publicó en 1572 otra sobre el recibimiento que se hizo á la reina D.^a Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II, dirigida al cardenal Espinosa, á quien tuvo particular afición López de Hoyos. Por sus propias palabras en las dedicatorias de sus libros impresos, sábese que dejó inéditas otras varias obras, entre ellas una defensa de la Nobleza española, tachada de ignorante por algunos extranjeros con manifiesta pasión y sobrada injusticia, pues desde los tiempos de D. Juan II hasta los en que él escribía,

eran muchos los nobles que habían sobresalido con gloria como prosistas y poetas de fama; trabajo apologético que ofrecía materia grata y ancho campo para lucimiento de la verdad, y que es sensible no se publicase. Tampoco sabemos que vieran la luz en las prensas sus *Relaciones* sobre el nacimiento del príncipe D. Fernando, primer fruto del matrimonio de D. Felipe II con D.^a Ana de Austria, y la que escribió para referir la solemnidad con que se celebró en toda España la gran victoria naval de Lepanto. Por comisión del Consejo de Castilla censuró varios libros.

Los trabajos del Maestro López de Hoyos, contienen suma erudición, pero indigesta, tan recargada de citas, con tan poco acierto crítico, con juicios tan aventurados y divagaciones tan extravagantes muchas veces, que el interés de las narraciones queda ofuscado y destruido en medio de un fárrago interminable de absurdos y lugares comunes.

Pero con todos sus defectos literarios, la memoria de López de Hoyos será siempre venerada por los admiradores de Cervantes. Aquel virtuoso sacerdote, aquel hijo ilustre de Madrid, adivinó con generosa intuición el alto puesto intelectual que á su querido discípulo estaba reservado. Y, como justa compensación, su humilde nombre, por virtud de su magnánima benevolencia, quedó unido para siempre al de su inmortal protegido.

10.^a—Terminante demostración de cariño del Cardenal Cisneros á su villa de Alcalá.

La provisión que copiamos, en la que el Cardenal Cisneros ordenó á los señores Vicario y Corregidor de Alcalá y á sus lugartenientes que guardasen é hicieran cumplir las leyes del fuero que disfrutaban, demuestra el gran cariño con que amaba á los vecinos de Alcalá aquel insigne varón.

El traslado que hacemos de tan importante documento, es idéntico al que conserva en su *Colección* (inédita) de documentos para la *Historia de Alcalá de Henares* (desde el siglo XIII al XVIII), nuestro sabio amigo D. Ramón Santa María.

“ UNA PROVISIÓN DEL CARDENAL.

(Archivo del Exmo. Ayunt. de Alcalá de Henares).

Don Fray Francisco Gimenez, por la diuina myseracion Cardenal despaña, Arçobispo de Toledo, Primado de las Españas, Chanciller mayor de Castilla, etcetera. a vos el venerable vicario de la nuestra villa de Alcala o nuestro

lugar theniente, e a vos el honrrado comendador PEDRO DE CERUANES, nuestro corregidor de la dicha nuestra villa, o a vuestro lugar theniente, que agora soys o fueredes de aquí adelante, salud e bendición. sepades que por parte del concejo, justicia, rregidores, diputados, procurador de la dicha nuestra villa de Alcala, nos fue dicho y fecha relacion, que ya bien sabyamos como ellos tienen un fuero de leyes, por el qual los vecynós de la dicha villa e su tierra e comun an de ser juzgados en las cosas conthenidas en las leyes de dicho fuero, e diz que vos los dichos vicario e corregidor e vuestros lugares thenientes no quereys guardar el dicho fuero ny juzgar ny determynar por las leyes del, de lo qual los bezinos de la dicha nuestra villa de Alcala rreciben daño e agrauyo, fuenos suplicado que pues las leyes del dicho fuero fueron por nos declaradas, las mandasemos cumplir, guardar e executar; e nos acatando el bien, pro e vtilidad que de guardarse el dicho fuero e leyes del bien an nuestros vasallos, mandamos dar e dymos esta nuestra prouysyon para vos e cada vno de vos, en la forma en ella conthenyda por se ebitar como se ebitan por el dicho fuero muchos pleytos e calupnias, por la qual vos mandamos veays el dicho fuero e las leyes en el conthenidas, e quellas e cada vna dellas hagays cumplir e guardar e executar por la uya e forma que en ellas se contiene, por manera que todas las cosas que pasaren entre los vezinos de la dicha nuestra villa de Alcala e su tierra e comun sean juzgadas e determynadas conforme á las leyes de dicho fuero en las cosas en que las dichas leyes hablan, e non fagades ende al por alguna manera, en testimonio de lo qual mandamos dar la presente firmada de nuestro nombre e sellada con nuestro sello e rrefrendada de nuestro Secretario. Dada en Madrid á treynta días del mes de abryl año del nascimiento de nuestro Saluador Yesucristo de myll e quiniento e diez años.

(firmado) F. Cardinalis.

Por mandado del Cardenal my Señor

(firmado) Juan Diez
Su Secretario.

Al vicario y corregidor de Alcala que guarden las leyes de fuero. “

11.^a—Recuerdos de Cervantes acerca de Salamanca y de las costumbres estudiantiles.

Que Cervantes estuvo en Salamanca y estudió los usos y costumbres de los escolares, ya fuera como uno de ellos en la forma que dejamos indicada, ya en sus viajes por tierra de Castilla en sus frecuentes excursiones á Andalucía, es cosa tan verosímil, que frisa con lo cierto. Hay dos novelas de Cervantes que lo persuaden así con clarísimos indicios. *El Licenciado Vidriera* y *La tía fingida*, son dos cuadros al natural que rebosan verdad en todos sus rasgos y matices, hechos en presencia de los personajes con maravillosa fidelidad de tono y parecido. Las figuras hablan, se mueven, se presentan con idéntica perfección y con el mismo interés que si las viéramos agitándose en el realismo de la vida. Cervantes, con su espíritu sagaz de observación, describía siempre las escenas que presenciaba,

sin perder incidente, sin olvidar pormenores, haciendo de una pincelada la perfección de un retrato, realzado el cuadro con lo mágico del colorido.

Observó que iban á Salamanca muchachos pobres y despiertos para servir de criados á los estudiantes ricos “por sólo que les diesen estudios”. Notó que algunos eran de tan raro ingenio, que servían á sus amos con mucha fidelidad, puntualidad y diligencia, sin faltar un punto á las cátedras. Vió á otros de esos criados protegidos subir por sus propios méritos á la cumbre de la general estimación en virtud de su talento y notable habilidad, y concluir la carrera de Leyes en ocho años, mostrando gran conocimiento en Letras humanas, ilustrando su feliz memoria con su buen entendimiento, no siendo menos famosos por él que por ella. Agradóle sobremanera su estada en Salamanca, y aseguró que enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado. Tuvo conocimiento allí de la famosa desgracia de aquel licenciado, á quien llama Tomás Rodaja, Vidriera de apodo, vuelto loco por maleficios de una mujer enamorada y no correspondida, furiosamente vengativa por los desdenes. El relato de sus *cuerdos* desvaríos con censuras de los diversos oficios y profesiones, crítica social inimitable, tiene cierto delicioso incentivo, como cuando, se refiere, por ejemplo, al lance con un corro de genoveses en la acera de San Francisco; al recuerdo de sucesos salmantinos los años pasados con motivo de lo que se dice de los mozos de mulas, y á la curación del licenciado Vidriera, gracias á la singular que tenía y ciencia particular de que gozaba aquel religioso de San Jerónimo, que hacía que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen y en curar dementes, en quien aludió sin duda á Fr. Pedro Ponce de León, de tan gloriosa memoria entre los sabios, é inmortalizó su nombre con su famoso invento de enseñanza á los sordomudos.

Todavía es más rica y completa la pintura en *La tía fingida*. No queda allí nada por desear. Todo lo vió Cervantes, todo lo notó y puso en su punto. Allí están encantadoramente presentados los estudiantes con sus peculiares aspectos, maneras y significación, siendo lo más fidelísimo que hay escrito sobre las costumbres escolares de la Universidad de Salamanca. Aquellos diez ó doce mil estudiantes que de ordinario cursaban en la Atenas española, en la madre de las ciencias, eran por su mayor parte gente moza, antojadiza, arrojada, libre, aficionada, gastadora, discreta, diabólica y de humor. Y Cervantes describe con divino pincel sus travesuras, galan-

teos, atrevimientos, aventuras, serenatas, desprecio de las leyes, emboscadas á la justicia, propósitos dominadores, trazas que ponían por obra, diabluras que ejecutaban, libertades que cometían, abusando de los privilegios que disfrutaban y que dieron, en muchas ocasiones, lugar á las quejas del vecindario. Y al lado de esa juventud revoltosa, apasionada, bullanguera, alegre, decidora y maleante, veíanse mover las figuras odiosas de las viejas taimadas, de las Celestinas codiciosas, corruptoras de la moral, poniendo á la pública venta, con precauciones engañosas, las gracias de jóvenes desgraciadas, como Esperanza, con quienes traficaban de la manera más infame; ó bien caballeros que, rebajando su dignidad, ayudaban á los estudiantes para el logro de sus lascivos apetitos, no tanto por favorecer á los extraños, cuanto por satisfacer, por aquellos medios, sus propios gustos é inclinaciones á la práctica del vicio; cuadro de corrupción viviente que dejó Cervantes para enseñanza manifiesta de las costumbres de su tiempo.

Recuerdo de las preocupaciones del vulgo de Salamanca, que él conocía tan bien y sacaba á la vergüenza para burlarse de ellas, es su lindo entremés *La Cueva de Salamanca*, relato quizás de un caso verdadero, del que hablaremos extensamente en el lugar oportuno, y del cual diremos aquí breves palabras. Creíase que en aquella cueva, cercana á la docta Salamanca, se reunían los demonios para hacer sus maleficios, celebrábanse juntas de brujas y se efectuaban otras cosas parecidas. Cervantes introduce en su entremés un estudiante; el cual, para mostrar á un marido engañado su gran virtud científica, su especial sabiduría, adquirida en la renombrada cueva, salva á dos amigos suyos, un barbero y un sacristán, de cierto apuro terrible en que se hallaban. Habían ido á holgarse con la mujer y la criada del pobre hombre, y se le aguaron sus contentos. Ha vuelto el marido impensadamente; surge el consiguiente temor; se han ocultado los dos violadores del hogar con una canasta de cosas de comer y beber que llevaban bien repleta; el estudiante los conjura como si fuesen demonios; salen ellos, cuales son, en figura humana; el esposo queda asombrado y contento, el lío arreglado, y la ciencia del conjurador patente y calificada. Todos cenan juntos en paz y en gracia de Dios. Cervantes enseñaba así qué crédito debían merecer á las personas discretas las necedades con nombre de prodigios, que se referían de la famosa cueva de Salamanca: historieta vulgar que dió materia, entonces y después, para algunas composiciones dramáticas y estudios curiosos de erudición.

12.^a—La Musa del dolor inspiró á Cervantes sus primeras poesías.

Él mismo lo dice así en el siguiente terceto de su Elegía á la muerte de D.^a Isabel de Valois:

¡Ay muerte! ¿Contra quién tu amarga ira
Quisiste ejecutar, para templarme
Con profundo pesar mi triste lira?

13.^a—La obra del Maestro López de Hoyos, donde se insertan las primeras composiciones de Cervantes.

El título de ella es el siguiente: *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y suntuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España D.^a Isabel de Valois, nuestra señora, con los sermones, letras y epitafios á su túmulo; dilatado con costumbres y ceremonias varias de diferentes naciones en enterrar sus difuntos, como parece por la tabla de este libro.*—En 8.^o; Madrid, 1569, en casa de Pierres Cosin, á las espaldas de la Victoria.

La obra del Maestro Hoyos es un inmenso fárrago de noticias, donde predomina el mal gusto y no se ejercita para nada la crítica. Llega á sostener el autor manifiestos dislates acerca de las antigüedades de Madrid y de las fúnebres ceremonias en los diferentes pueblos.

Al folio 145 se inserta "el primer epitafio en soneto, con una copla castellana que hizo mi amado discípulo".

El soneto dice así:

Aquí el valor de la española tierra;
Aquí la flor de la francesa gente;
Aquí quien concordó lo diferente,
De oliva coronando aquella guerra.
Aquí en pequeño espacio veis se encierra
Nuestro claro lucero de Occidente;
Aquí yace enterrada la excelente
Causa que nuestro bien todo destierra.
Mirad quién es el mundo y su pujanza,
Y cómo de la más alegre vida
La muerte siempre lleva la victoria.
También mirad la bienaventuranza
Que goza nuestra Reina esclarecida
En el eterno reino de la gloria.

Las redondillas castellanas, como las titula el Maestro López de Hoyos, son quintillas, formando décima de dos en dos, no introducidas todavía las variantes que hizo Espinel en este género de composiciones métricas, por lo que se les llamó también *espinelas*. Las redondillas de Cervantes son muy fáciles y revelan su ejercicio

constante en la composición poética. Su preceptor hizo notar, con justicia, cuán bien estaba representada la velocidad y presteza con que la muerte arrebató á la Reina en la siguiente:

Cuando dejaba la guerra
Libre nuestro hispano suelo,
Con un repentino vuelo
La mejor flor de la tierra
Fué transplantada en el Cielo;
Y, al cortarla de su rama
El mortífero accidente,
Fué tan oculto á la gente
Como el que no ve la llama
Hasta que quemar se siente.

Á pesar de sus defectos, tienen verdadero mérito las otras cuatro redondillas castellanas á la muerte de Su Magestad, (folio 147) en las cuales "se usa de colores retóricos", al decir del Maestro Hoyos, para encarecerlas, aunque en la prodigalidad de esos adornos consisten precisamente sus faltas.

La elegía, (folio 157) "en la cual—en frases del preceptor—se ponen cosas dignas de memoria con bien elegante estilo"; elogio que todavía amplió, pareciéndole corto, añadiendo en otro lugar que "tratábanse en ella cosas harto curiosas con delicados conceptos", contiene trozos inspirados y de mucho aprecio, como se puede ver en los tercetos que copiamos:

Aquí verás que el bien no tiene parte: (1)
Todo es dolor, tristeza y desconsuelo
Lo que en mi triste canto se reparte.
¿Quién dijera, señor, que un solo vuelo
De una ánima beata á la alta cumbre
Pusiera en confusión el bajo suelo?
Mas ¡ay! que yace muerta nuestra lumbré:
El alma goza de perpétua gloria,
Y el cuerpo de terrena pesadumbre.
No se pase, señor, de tu memoria
Cómo en un punto la invencible muerte
Lleva de nuestras vidas la victoria.
Al tiempo que esperaba nuestra suerte
Poderse mejorar, la santa mano
Mostró por nuestro mal su furia fuerte.
Entristeció á la tierra su verano,
Secó su paraíso fresco y tierno,
El ornato nubló del ser cristiano.
Volvió la primavera en frío invierno,
Trocó en pesar su gusto y su alegría,
Tornó de arriba abajo su gobierno.

También es muy aceptable, por la naturalidad, el pasaje siguiente:

El vano confiar y la hermosura
¿De qué nos sirven cuando en un instante
Damos en manos de la sepultura?
Aquel firme esperar, santo y constante,
Que concede á la fe su cierto asiento

(1) La elegía está dedicada, como se sabe, al Ilustrísimo y Reverendísimo Cardenal Espinosa.

Y á la querida hermana ir adelante,
Adonde mora Dios, en su aposento,
Nos puede dar lugar dulce y sabroso,
Libre de tempestad y humano viento.
Aquí, señor, el último reposo
No puede perturbarse, ni la vida
Tener más otro trance doloroso.
Aquí con nuevo ser es conducida
Entre las almas del inmenso coro
Nuestra Isabela, Reina esclarecida.

14.^a—Desde cuándo era Cardenal D. Diego de Espinosa.

Poco tiempo hacía, cuando murió la Reina D.^a Isabel, que era Cardenal D. Diego de Espinosa. Fué elegido para tan alta dignidad por el Papa San Pio V, en la segunda promoción que hizo de Cardenales el año de 1568, en veinticuatro de Marzo. (2) Era D. Diego obispo de Sigüenza, presidente del Consejo real de Castilla y general inquisidor, feroz en los procederes.

Alude á su puesto episcopal Cervantes en este pésimo terceto de su elegía:

Á tí, fiel pastor de la manada
Segontina, es justo y te conviene
Aligerarnos carga tan pesada.

15.^a—Testimonio irrecusable y autorizado.

"Paulo IV (dice Fuenmayor (*Vida y hechos de Pio V*, lib. I), más celoso que prudente, engañado de ambiciosos sobrinos, resucitó las casi sepultadas discordias de España y Francia; hinchó sus estados y lo mejor de Europa de tumultos; hasta que, con mejor acuerdo, reducido á la amistad del Rey católico de las Españas D. Felipe el II, se hicieron el año de 1559 las paces no violadas hasta hoy, entre él y Enrique II, Rey de Francia, cuando casó con la Reina D.^a Isabel, que de allí alcanzó renombre de la Paz".

16.^a y 17.^a—Importante carta de D. Juan de Zúñiga.

La carta íntegra del embajador de España en Roma, D. Juan de Zúñiga, anunciando á Felipe II el viaje de Aquaviva para darle el pésame por la muerte de su hijo Carlos, descubierta en Simancas por D. Juan Sans de Barutell, y publicada por Navarrete en su *Vida de Cervantes*,

(2) Fuenmayor. *De la Vida y hechos de Pio V*, obra de corte clásico, libro VI.

(pág. 283) dice así: "Á la S. C. R. M. del Rey nuestro señor. Sacra, Cesárea, Real Magestad: Su Santidad envía á Julio Aquaviva, camarero y referendario suyo, á condolerse con V. M. de la muerte del Príncipe nuestro señor, que haya gloria. No podía nombrar su B. persona que de mejor gana fuese á besar las manos de V. Magestad, ni más afición tuviese á su servicio: cabrá muy bien en él toda la merced y favor que V. M. fuere servido hacerle, porque demás de que cumple como debe con la obligación de vasallo de V. M., es mozo muy virtuoso y de muchas letras, y de quien se puede esperar mucho servicio, porque pasará adelante en esta corte. Y pues él dará cuenta á V. M. de la salud de Su Santidad y de las particularidades que fuere servido saber, no tendré yo para qué alargarme en ésta. Nuestro Señor la muy real persona de V. M. guarde por muy largos años, y sus reinos prospere como la Cristiandad lo ha menester y los criados y vasallos de V. M. deseamos. De Roma á 19 de Setiembre de 1568. De V. M. hechura, vasallo y criado que sus muy reales piés y manos besa.—D. Juan de Zúñiga".

Vése claramente que Aquaviva no traía otra misión sino la de condolerse con el Rey por el fallecimiento de su hijo. Su embajada no se refería para nada á negocios políticos, ni traía por objeto el arreglo de competencias de jurisdicción de ninguna clase. Motivos puramente de cortesía palaciega eran los que mediaban.

18.^a—Regreso de Aquaviva. Cuándo fué nombrado Cardenal.

La cédula de paso, expedida en Aranjuez á 2 de Diciembre de 1568, demuestra también que Aquaviva no había venido más que como enviado del Pontífice para expresarle su profundo sentimiento. Por eso se habla sólo, con marcada indiferencia, de cierta embajada que había traído sobre lo que no era gustoso el Rey que se le tratara, pues tenía prohibido en absoluto que se le diese pésame por la muerte de su hijo. Así hay que explicar sencillamente la concisión y sequedad de ese documento, sin necesidad de recurrir á otras causas, que no existieron.

Es muy curioso, y lo reproducimos á continuación: "Cédula de paso, en Aranjuez, á 2 de Diciembre de 1568.—Á Monseñor de Aquaviva, que *los días pasados vino de Roma con cierta embajada, vuelva allá*; y lleva cinco docenas de guantes adobados de ámbar y flores, una cueira adobada de ámbar, una docena de calcetas de seda, y ropa blanca de servicio y algunos frute-

ros y tobajas de ella labradas de oro, dos candeleros y una toca salva de plata que trajo de Roma, y otros vestidos y aderezos de su persona y criados, y mil ducados en dinero de oro y plata. Término de sesenta días por Aragón y Valencia". (Descubierto por D. Juan Sans de Barutell, publicado por Navarrete en su *Vida de Cervantes*, pág. 284).

Julio Aquaviva, hijo del Duque de Atri, fué nombrado Cardenal en la tercera promoción de ellos que hizo el Papa Pio V, en 17 de Mayo de 1570. Entonces lo fué también elegido el arzobispo de Tarragona, D. Gaspar Cervantes (que no era pariente de su homónimo el camarero de Aquaviva). Dice Fuenmayor (*Vida y hechos de Pio V*, libro VI), que aquel Papa "conocióle (al arzobispo Cervantes) juez de la causa de Carranza, y sin pretenderlo, antes con graves contradicciones, le honró, aficionado á su virtud".

19.^a—Documentos que publicó Morán sobre otro Miguel de Cervantes. Refutación de lo dicho por D.^a Blanca de los Rios.

El texto del documento descubierto por Don Jerónimo Morán, es el siguiente: "Archivo general de Simancas.—Registro general del sello.—Legajo del mes de Setiembre de 1569.—Para que un alguacil vaya á prender á Miguel de Zervantes.—Sin derechos: de oficio.—Secretario, Pradela.—Crímen.

D. Felipe, &c., á vos Juan de Medina, nuestro alguacil: salud y gracia. Sepades que por los alcaldes de nuestra casa y corte se ha procedido y procedió en rebeldía contra un Miguel de Zervantes, ausente, sobre razón de haber dado ciertas heridas en esta corte á Antonio de Sigura, andante en esta corte, sobre lo cual, el dicho Miguel de Zervantes por los dichos nuestros alcaldes fué condenado á que con vergüenza pública le fuese cortada la mano derecha y en destierro de nuestros reinos por tiempo de diez años y en otras penas contenidas en la dicha sentencia. Y para que lo en ella contenido haya efecto, y el dicho Miguel de Cervantes sea castigado del dicho delito por lo que toca á la ejecución de nuestra justicia, habiendo sido informado de los dichos nuestros alcaldes que el dicho Miguel de Zervantes se andaba por estos nuestros reinos y que estaba en la ciudad de Sevilla y en otras partes; y por ellos visto, fué acordado que debíamos de mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razón; y nos tuvimoslo por bien. Por lo que vos mandamos que luego que os fuere entregada, con vara de la nuestra justicia,

vais á la dicha ciudad de Sevilla y á todas las otras partes, villas y lugares de estos nuestros reinos y señoríos que fuere necesario, y prendais el cuerpo del dicho Miguel de Zervantes; y, preso con los bienes que tuviere, y á buen recaudo, le traed á la cárcel real de esta nuestra corte, para que, estando en ella, vista por los dichos nuestros alcaldes su causa, se provea lo que sea justicia. Y si para hacer y cumplir lo susodicho ó cualquier cosa ó parte de ello, favor y ayuda hubiéredes menester, mandamos á todos y cualesquier jueces y justicias y á otras cualesquier personas, de cualquier estado y condición que sean, de estos nuestros reinos y señoríos, que vos lo den y fagan dar so las penas que de nuestra parte las pusiéredes, en las cuales y en cada una de ellas los habemos por condenados, lo contrario haciendo: dándoos y haciéndoos dar posadas que no sean mesones y los bastimentos necesarios á precios justos y moderados, sin los encarecer más de como entre ellos valen. Que para todo ello, y para llevar y traer vara de la nuestra justicia, os damos poder cumplido, según que en tal caso se requiere. Y non fagades ni fagan ende al por alguna manera, so pena de la nuestra merced y de cada diez mil maravedís para la nuestra cámara. Fecho en Madrid, á quince de Setiembre de mil quinientos sesenta y nueve años.—El Licenciado Salazar.—El Licenciado Hortiz.—El Licenciado Hernán Vázquez.—El Licenciado Alvar García de Toledo.—Juan de Elorregui“.

Hemos copiado el anterior documento por mera curiosidad, no porque lo estimamos como referente al Miguel de Cervantes Saavedra, autor de *El Ingenioso Hidalgo*, según dejamos demostrado en anteriores páginas.

Pero para más corroboración de nuestros argumentos, vamos á destruir dos nuevas argucias presentadas por Morán para dar visos de verdad á sus sospechas:

Es la primera querer sacar consecuencias favorables á su opinión de ciertas palabras de *Don Quijote* y de aquellos versos del *Viaje al Parnaso*, (capítulo IV), que dicen:

Vienen las malas suertes atrasadas,
Y toman tan de lejos la corriente,
Que son temidas, pero no excusadas.

El bien les viene á algunos de repente;
Á otros, poco á poco y sin pensallo,
Y el mal no gasta estilo diferente.

El bien que está adquirido, conservallo
Con maña, diligencia y con cordura,
Es no menor virtud que granjeallo.

Tú mismo te has forjado tu ventura.
Y yo te he visto alguna vez con ella:
Pero en el imprudente poco dura.

Se quiere pretender que esa imprudencia, que de tan lejos tomaba la corriente, pudo ser la de haber herido en la corte á un individuo llamado Antonio de Sigura, particular ó alguacil, quizás por causas amorosas; imprudencia que cerró para siempre el camino de su buena fortuna, haciéndole desgraciado toda su vida, teniendo que huir de su patria.

“Porque en la piedra que en mis hombros veo,
Que la fortuna me cargó pesada,
Mis mal logradas esperanzas leo“.

Pero es manifiesta obcecación particularizar en un hecho concreto quejas y palabras que deben tomarse en sentido amplio y general, y convienen á todos los actos de su vida. Al decir Cervantes, en persona de Apolo, que él mismo se había forjado su ventura, y alguna vez se vió en ella, pero siempre le duró poco por *imprudente*, no se refiere con seguridad á ligerezas ni amoríos de su juventud, pendencias ni heridas. Alude á sus condiciones naturales, pundonor, heroísmo, carácter delicado, desinterés, odio á la lisonja y amor á decir siempre la verdad; virtudes que el mundo reputa imprudencias, por lo que perjudica para una vida tranquila y reglada á quienes las poseen y practican en alto grado. Esa falta de *prudencia*, ó mejor dicho, esa sobra de dignidad en el proceder y el vivir con pobreza y rectitud, constituye precisamente el título máspreciado de gloria para Cervantes. Terminantemente dijo, por boca del licenciado Vidriera, que no servía para palacio, porque tenía vergüenza y no sabía lisonjear.

Su gran afición al estudio con su constante adoración á la poesía y su eterna abstracción en la esfera de lo intelectual, fué otra de las santas *imprudencias* que podía echársele en cara; pero también esto le realza, siempre olvidado de los acrecentamientos de sus particulares intereses por tributar ferviente culto á los sublimes impulsos de su inteligencia.

Bien conocía él esto, cuando se censura á si propio en estos donosos tercetos del capítulo primero de su *Viaje al Parnaso*:

El poeta más cuerdo se gobierna
Por su antojo baldío y regalado,
De trazas lleno y de ignorancia eterna.

Absorto en sus quimeras, y admirado
De sus mismas acciones, *no procura*
Llegar á rico, como á honroso estado.

Vayan, pues, los leyentes con lectura,
Cual dice el vulgo mal limado y bronco,
Que yo soy un poeta de esta hechura.

Cisne en las canas, y en la voz un ronco
Y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbistar de mi ingenio el duro tronco.

Y que en la cumbre de la varia rueda,

*Jamás me puedo ver sólo un momento.
Pues cuando subir quiero, se está queda.*

Explican estos versos, más perfectamente que los citados por Morán, el origen y causa verdaderos de los rigores que persiguieron á nuestro Escritor en las realidades de la vida, sin necesidad de recurrir á suposiciones alambicadas.

Replicando Morán á las personas que le objetaban que, habiendo sido Cervantes condenado en rebeldía á penas de tan grave naturaleza, mal hubiera podido regresar á su patria sin quedar sujeto á las consecuencias; trató de eludir la dificultad con un paralogismo inadmisibile. "Hubiera parecido (dice) inaudito resucitar una causa de heridas tan añeja, para perseguir al hombre que volvía rodeado de una doble aureola de gloria y de virtud". (1) Las razones de sentimentalismo que aducen Morán y otros escritores, para explicar por qué no fué perseguido ni molestado Cervantes al volver á España del cautiverio, á pesar de su fuga y mandamiento de prisión, nada prueban ni resuelven. Es más natural suponer que á Cervantes no se le prendió ni castigó, porque no era el autor de las heridas á Antonio de Sigura en 1567 ó 68. Si él hubiera sido, y más, si el herido fué un alguacil, Cervantes no habría vivido en España tan seguro y tranquilo

(1) En el *Diccionario enciclopédico hispano americano*, (Montaner y Simón, editores, 1889, Barcelona), tomo IV, artículo Cervantes, pág. 1242, primera columna, se cita como admisible la presunción de Morán y aun se la refuerza en las siguientes palabras: "Si Morán acierta, habrá que creer que Cervantes salió de España huyendo de la justicia y que ésta, á su regreso, no le persiguió porque le precedía la fama de sus gloriosos hechos, porque protegieran al escritor altas influencias, ó, acaso, á la vez por ambas causas".

En lugar de esta ampliación á una conjetura insostenible, pudiera haberse razonado mejor en contra. El Miguel de Cervantes de que habla Morán, no pudo ser el autor de *Don Quijote*, sino otro individuo que llevó su mismo nombre y primer apellido, cosa tan natural. La precipitación en propagar noticias inverosímiles sólo sirve para sacrificar la verdad y animar á otros en la difusión de errores ó puntos mal averiguados. Cervantes no tuvo que huir, porque no había delinquido en nada, ni la justicia tuvo que perdonarle ni olvidar su delito supuesto, ni hubo protectores para que le eximiesen de ninguna pena.

Morán quiso buscar la causa ó proceso formado por los alcaldes de casa y corte, para ver en ella si el Miguel Cervantes á quien se mandaba prender por la real provisión citada, era nuestro Miguel de Cervantes Saavedra, y el mismo que hirió en la corte á Antonio de Sigura, aunque todas las indagaciones fueron infructuosas. Morán temía que dicho proceso, igual que otros, hubiese desaparecido por haberlos vendido al peso como papeles inservibles. También lo creemos así nosotros, después de lo que hemos leído en un magnífico trabajo del erudito escritor D. Juan Pérez de Guzmán, inserto en la *España Moderna*, número 124, correspondiente al mes de Abril de 1899. Dicho trabajo es un

desde su regreso en 1580, y hasta desempeñando cargos públicos de confianza, aunque humildes y mal retribuidos.

Si Cervantes hubiera sido el condenado y desterrado, no era posible que sus émulos y enemigos dejasen de arrojarle al rostro su delito y su condena, cuando se ensañaron villanamente contra él, hasta sacando á relucir sus defectos físicos y su misma gloriosa manquedad en Lepanto. Ni aun el supuesto Avellaneda se atrevió á hacerlo, por más que Morán quiera interpretar ciertos pasajes de su obra en ese sentido para apoyar sus presunciones, tan destituidas de fundamento, que no merecen que nos detengamos más en refutarlas.

* *

D.^a Blanca de los Rios, en un notable artículo publicado en la *España Moderna*, rechazando la opinión que algunos escritores sostienen respecto á que Cervantes hubo de estudiar algún tiempo en Salamanca, antes de marchar á Italia, quiere demostrar, aunque no lo consigue, que fué muchísimos años después. La distinguida escritora parte de un principio falso, cual es la supuesta huída de Cervantes á Italia, para librarse de la persecución judicial por heridas á Sigura.

estudio de la criminalidad en Castilla durante el reinado de Felipe II. En él hace observar el autor, que los procesos criminales originales instruidos entonces por los alcaldes de casa y corte no existen ya, y lo corrobora con el testimonio de un alcalde de aquella Sala, D. José María de Zuaznávar y Francia, quien, en folleto publicado el año de 1834, en San Sebastián, asegura que, á mediados del siglo XVIII, fueron vendidos al peso por papel viejo todos los procesos anteriores al año de 1700, desde el de 1542 en que empezó á formarse el archivo de sus causas criminales. Siendo gobernador de dicha sala D. Andrés de Valcárcel Dato, del Real y Supremo Consejo de Castilla, mandó hacer de ellas un *Inventario general* y un *Índice* de los libros de acuerdos y autos de dicha Sala, que es lo único que se conserva en nuestro Archivo Histórico Nacional. Pero la omisión de los procesos incoados, entre otros años, desde el de 1558 al 68 inclusive, en los cuales debían encontrarse de seguro datos sobre la causa formada y fallada en rebeldía contra el Miguel de Cervantes que hirió en la corte en 1567 ó 68 á Antonio de Sigura.

Solamente si se conservaran todos los procesos de aquellos años en los archivos de los respectivos escribanos del crimen, podría suceder que apareciera el en que nos ocupamos entre las causas en que intervino el recretario Pradela, según se deduce de la real provisión. Tenemos la esperanza de que, si esto se lograra, veríase con cuánta razón rechazamos la suposición de ser nuestro Cervantes el perseguido y buscado por la justicia en Setiembre de 1569. El único proceso que se registra este año, en el *Inventario de las causas criminales*, fué contra los cereros Baltasar Donaire, Pedro García y otros, "por vender cera con mal pábilo y de mala calidad".

La misma escritora reconoce que "del contexto del documento, que indica como realizados varios trámites, procedimientos y pesquisas judiciales á largas distancias, se infiere que del hecho de autos, y por lo tanto de la huída de Cervantes á Madrid, debía haber transcurrido no poco tiempo".

Esos mismos reparos que D.^a Blanca de los Rios confiesa, son razones que invalidan con verdadera fuerza sus afirmaciones. Si al Cervantes que hirió á Antonio de Sigura, le habían visto poco antes de Setiembre del 69 en la ciudad de Sevilla y en otras poblaciones; si mandaban un alguacil para que le prendiera y condujese á la cárcel de la corte, claro es que no se refería esto á Miguel de Cervantes Saavedra, pues desde ocho meses antes, en Febrero ó Marzo del mismo año, había salido tranquilamente para Italia, como dejamos dicho, no como perseguido de la justicia, temeroso y huyendo, sino como criado y favorecido del Cardenal Julio de Aquaviva, tranquilo el ánimo, por voluntario impulso, lleno de ilusiones, con esperanzas de prósperos sucesos. Nosotros también creemos que el proceso criminal que dió lugar á la real provisión de Setiembre de 1569, se habría incoado, por lo menos, en 1567, y es natural que, declarada la rebeldía, se seguirían en esos dos años los procedimientos y trámites inexcusables para la persecución y captura del delincuente.

Y no sabemos entonces, cómo Cervantes, desafiando todas las iras de la parte agraviada, todos los rigores de la ley y todas las severidades de los señores alcaldes de casa y corte, se atrevía á permanecer en Madrid en Octubre de 1568, se daba á notar por su nombre y apellidos en actos tan públicos como los de las exequias de D.^a Isabel de Valois, era presentado en todas partes con orgullo por su Maestro López de Hoyos como su discípulo predilecto, y escribía, y leía ante el mismo Cardenal Espinosa, jefe del Gobierno, presidente del Consejo de Castilla, inquisidor general, aquella Elegía en nombre de todo el Estudio, donde tanto le favorecía y encumbraba.

No es posible, pues, no es siquiera probable que sean uno mismo el discípulo de López de Hoyos y el Zervantes perseguido por la justicia de la corte el año de 1569. Son distintas las personas, discordes los sucesos, contrarios los indicios. Por eso el mismo Morán, descubridor del documento, no se decidió por la afirmativa obrando con cautela. Era preciso que una alambicada crítica quisiese á todo trance sacar consecuencias favorables á sus propias inventivas, para que se diese á un documento ajeno á Cervantes

Saavedra, alcance é interpretación que no tiene ni puede dársele respecto á hechos de su propia vida.

Otro error en que incurre la señora doña Blanca de los Rios, es querer deducir la estada de Cervantes en Salamanca, como estudiante, en clase de ayo, preceptor ó mayordomo de algunos escolares nobles y pudientes, por los elogios que hace en el Canto de Caliope, inserto en su *Galatea*, de Pedro de Liñán, Bartolomé Leonardo de Argensola, Luis de Góngora y algún otro poeta, que fueron estudiantes en las célebres escuelas salmantinas durante los años de 1581, 82 y 83, en cuyos dos últimos supone la escritora, como hemos indicado, que estudió también Cervantes en aquellas aulas. Es absolutamente imposible que éste pudiera dedicarse entonces á la vida escolar en ninguna forma, ni aprovecharse de sus beneficios para acrecentamiento de su saber y cultivar con predilección sus grandes aficiones literarias.

Á los treinta y cinco años cumplidos, es insostenible y hasta inverosímil que, ni aun de mero oyente ó aficionado, asaltase á Cervantes el peregrino capricho de estudiar filosofía como cualquier mozuelo de 14 ó 16, después de tantos padecimientos y penalidades, viajes, fatigas, reveses de la fortuna, heridas y pérdida de la siniestra mano, amarguras de cautiverio, infelicitades domésticas, desengaños y experiencias propias, bien amargas, en la práctica de la vida. Podía él poner cátedra de toda suerte de filosofía antes que decidirse á oír lecciones de la que entonces se enseñaba en Salamanca, rica en distingos y nebulosidades metafísicas, pobre de pensamientos, ajena de todo buen raciocinio, extraña en el idioma, indigesta en la forma, estéril en los resultados.

Las opiniones sostenidas respecto de haber estudiado Cervantes en Salamanca, antes de marchar á Italia, cuando en la flor de su adolescencia quería satisfacer su ardiente deseo de saber en la forma y manera que le fuese posible, son desde luego aceptables, se explican sin esfuerzo, son naturalmente sencillas. Podrán ser equivocadas; pero, no consignarlas, sería temeridad. Las hipótesis de la señora D.^a Blanca de los Rios, hay que rechazarlas en absoluto. Cervantes no necesitaba ir á Salamanca como ayo, camarero ó mayordomo para hablar de Góngora, de Liñán, ni de Bartolomé Leonardo de Argensola, ni de otros vates que entonces empezaban á ser conocidos por sus felices ingenios, ni era menester que Cervantes los comunicara y tratase en aquellos estudios para que pudiera haber leído algunas de sus poesías y juzgase el

mérito de sus talentos por las muestras de sus juveniles producciones. (1)

Salamanca no tenía que ser para Cervantes como pretende la distinguida literata, su mentora, la despertadora de sus facultades en reposo, la inspiradora de su talento, la que fecundara con sublimes cariños los gérmenes de su preclara inteligencia, la que determinara con profundo amor y para siempre su vocación literaria. Esta fué como innata en Cervantes. Se inició desde su niñez espontáneamente, por dulce afecto natural; estimulóse con asíduas lecturas y el estudio de las Humanidades en Sevilla; completó su educación escolar con López de Hoyos, y dió sus primeros frutos cuando la muerte de D.^a Isabel de Valois.

El gusto literario de Cervantes se aumentó y perfeccionó después durante su permanencia en Italia, con la continua lectura y la comunicación frecuente de los mejores ingenios, ya españoles, ya italianos. No dejó de cultivar nunca las Letras, ni cuando estuvo en Italia, ni cuando prisionero en Argel, de lo cual son indudables pruebas algunas de sus novelas y composiciones dramáticas, llenas de escenas locales, bosquejadas ante los originales mismos, con sabor característico de tiempo y lugar, felices en las descripciones, fidelísimas en la delineación de los personajes, tomados del natural con exactitud prodigiosa.

Más bien que suponer á Cervantes necesitado de ir á buscar inspiración en Salamanca para desenvolver sus aptitudes estéticas, para desarrollar sus gérmenes creadores, para perfeccionar sus gustos, para tener conocimiento del estado de la Literatura de sus días, hay que sostener que nada podía allí saber de nuevo, ni decidirle á la publicación de su *Galatea* y de su

Canto de Caliope, cuando el propósito de éste, concebido quizás desde su residencia en Italia, se encaminaba resueltamente, por virtud de sus incesantes estudios y lecturas particulares, á defender á su patria de la injusta nota que le ponían algunas naciones extranjeras, diciendo que era escasa en escritores y poetas de verdadero mérito y fama.

Hablando en persona del venerable Telesio, hace saber cuán gustoso le es mencionar en el Canto de Caliope el grande número de los divinos ingenios que vivían entonces en España; "porque siempre (dice) ha estado, y está en opinión de todas las naciones extranjeras, que no son muchos, sino pocos los espíritus que en la ciencia de la poesía en ella muestran que le tienen levantado; siendo tan al revés como se parece, pues cada uno de los nombrados, al más agudo extranjero se aventaja; y darían claras muestras de ello, si en esta nuestra España se estimase en tanto la poesía como en otras provincias se estima. Y así, por esta causa, los insignes y claros ingenios que en ella se aventajan, con la poca estimación que de ella los príncipes y el vulgo hacen, con sólo sus entendimientos comunican sus altos y extraños conceptos, sin osar publicarlos al mundo; y tengo para mí que el Cielo debe de ordenarlo de esta manera, porque no merece el mundo ni el mal considerado siglo nuestro gozar de manjares al alma tan gustosos".

¿Cómo podrá creerse, después de leer las mismas palabras de Cervantes, que tuviera que ir á estudiar á Salamanca, precisamente los años 82 y 83 para desarrollar allí los gérmenes de su fecundo talento, sin cuyo medio ambiente, sin cuya saludable influencia, según se infiere de las divagaciones de la señora de los Rios, no podría ha-

(1) Es inútil el empeño que pone la señora de los Rios para que se crea que, en el ayo ó mayordomo que acompaña á Salamanca á los estudiantes Carriazo y Avendaño, protagonistas de *La Ilustre Fregona*, se retrata Cervantes á sí mismo y hace mención de sucesos que le pasaron con algunos escolares, cuya tutela y cuidado le fueran confiados.

Querer relacionar directa y justamente con el propio Cervantes cuanto se dice en sus novelas, es muy ocasionado á formar equivocados juicios. Claro es que, siendo espíritu tan observador Cervantes, ha de haber mucho en sus escritos de subjetivo y que recuerde hechos de su vida, aspiraciones de su voluntad, afectos de su corazón; pero de esto á dar por resuelto que siempre se puede recurrir con acierto y oportunidad á semejantes explicaciones con ingeniosas referencias, hay enorme distancia. Pensar que ese es un modo general de interpretación adecuada, es pensar en lo excusado.

Con ese sistema crítico, tan destituido de fundamento, habría que sostener y decir también que, si Cervantes des-

cribe con fidelidad encantadora las maneras, artimañas, faenas, hurtos, trapisondas, embelecios y acciones *non sanctas* de los que acudían todos los años á las famosas almadras de Zahara, era porque había ido expreso, para tomar parte personalmente en la pesca de los atunes, al *finibusterre de la picaresca*. No; no fué con tal fin á Zahara solo ni acompañado. Estaría allí de mero observador en sus viajes, como comisario oficial de los proveedores de flotas, por la provincia de Cádiz. Hirió su imaginación aquel abigarrado é interesante espectáculo, y recordólo después con fruición y fidelidad para perfeccionamiento de uno de sus deliciosos cuadros de costumbres andaluzas. Lo mismo le sucedió en Salamanca, á otro respecto, en las diversas ocasiones que allí residió. Fuese en clase de estudiante ó compañero y criado de ellos en su adolescencia, fuese después, como viajero curioso, discreto y entendido, refirió cuanto había visto, notado y sabido en una ciudad tan renombrada entonces y adonde acudían todos los años doce ó quince mil estudiantes de todas las provincias españolas.

ber producido su novela pastoril ni gustado las dulcedumbres del trato literario de tantos escritores y poetas con quienes cambiar impresiones, y de quienes adquirir noticias en la Atenas española para la más preciada perfección y ornamento de su libro? ¿Cómo ha de darse crédito á tales suposiciones cuando multitud de hechos las contradicen y niegan?

¿Por ventura Cervantes necesitaba de ningún extraño auxilio para poseer conocimientos extensos y acabados acerca de la Literatura de su época? Nó; teníalos muy profundos; su excelente memoria, ayudada de su excelso entendimiento, le daba el trabajo hecho con todas las ventajas de los propios juicios, aunque pudiera resultar deficiente, en orden á la crítica, por su generoso deseo de extremar las alabanzas. La cultura intelectual de Cervantes superaba, en cuanto á la bella Literatura se refiere, á cuanto podían saber sus más ilustrados contemporáneos. Conocía y había leído, seguramente, todas ó la mayor parte de las obras, impresas ó manuscritas, de cuantos autores cita y encomia por boca de Caliope. Podía apreciar el mérito de cada uno, sabía sus patrias, sus gustos é inclinaciones, y asignaba á cada cual el elogio de sus talentos según los dictámenes de su bondad más bien que por virtud del rigorismo estético. De los 96 ó 98 escritores de que habla Cervantes en el canto de su *Galatea*, quizás no tratase particularmente ni á la tercera parte; pero sus producciones las había leído y penetrado sus bellezas. Por eso se ocupa en todas con tanta novedad y aliciente, formando un cuadro muy interesante de la Literatura de su tiempo.

¿Es que sólo en Salamanca había de saberse noticias de ellos? ¿Es que sólo allí pudo conseguirlos Cervantes, según parece indicar la señora de los Rios? No; eso es un error que no debe prevalecer. Solamente tres poetas estudiaban, según ella, los años 82 y 83 en Salamanca; Li-

ñán, Góngora y Bartolomé Leonardo de Argensola. Los tres son encarecidos por Cervantes en sus octavas. Supongamos que Cervantes estuvo también estudiando allí esos dos años, y pudo ser amigo y condiscípulo de ellos, pagándoles con afectuosos elogios sus finas correspondencias. Pero ¿dónde conoció, dónde trató, dónde se comunicó con los otros 94 poetas á quienes no olvida en la lista de sus cariñosos recuerdos? ¿Cómo tuvo conocimiento de ellos si no estaban en Salamanca, si no fueron condiscípulos suyos? ¿Por qué no creer, con más acierto, que todo fué obra de su incesante lectura, de su buen juicio, de su propio trabajo, de su exclusivo estudio, que nunca olvidó ni abandonó? Compréndese así, sin esfuerzo de ninguna clase, que Cervantes, á los 35 años de edad, en la plenitud de sus facultades intelectuales, con propio caudal de erudición y lectura, pudiera enaltecer como era debido, los nombres gloriosos de los más afamados poetas de España, para desagraviarlos de las injustas censuras de los extranjeros. Compréndese así cómo resplandece en sus juicios una gran alteza de rectitud inspirada en patrióticos móviles, para dejar colocados en su estimación y valer verdaderos los inmortales nombres de Fray Luis de León, Espinel, Diego de Mendoza, Ercilla, el divino Herrera, Francisco de Figueroa, Lope de Vega, Gil Polo, Góngora, los Argensolas, Cristóbal de Mesa, Gutiérrez Rufo, Baltasar de Alcázar, Laínez, Barahona de Soto, Pacheco, Liñán, Maldonado, Padilla, Juan de las Cuevas, Virués, Gálvez de Montalvo, y tantos otros de segundo orden, cuyas obras, en parte se han extraviado, y otras las ha conservado la posteridad con alto aprecio de su memoria.

Y no se hable de una tradición insostenible de todo punto, (1) ni se fije en los años de 1582 y 83 su permanencia en Salamanca y la composición de su *Galatea* para conciliar sucesos y fechas, por ser algo difícil creer que en medio de los aza-

(1) Quiere demostrar D.^a Blanca de los Rios, que Cervantes cursó dos años Filosofía en las aulas salmantinas, como ya aseguró D. Tomás González á principios del pasado siglo, sin que haya podido luego comprobarse la noticia, según dejamos examinado en anteriores páginas. Fijase en la respetable personalidad de aquel catedrático, y, ateniéndose á su veracidad, cree desde luego indudable cuanto dijo, máxime cuando lo que afirmó está conforme con la tradición, que en Salamanca se conserva, de haber estudiado Cervantes en su Universidad, y donde hasta se recuerda la casa en que vivió sirviendo de camarero á un caballero noble.

No se ha fijado la señora de los Rios en un defecto gravísimo de que adolece dicha tradición y la deja reducida á términos de completa nulidad. La tradición no es anterior á principios del siglo XIX; en ningún escrito se menciona; nadie la refirió. La tradición se forjó después de haberse

hecho público el descubrimiento de las extraviadas matrículas por el Dr. González; nadie antes que él había mentado su vivienda en la calle de Moros; nadie antes que él dió noticias de que había cursado en aquellas Escuelas y hasta señalado la asignatura que estudió durante dos años. De suerte que la tradición, siempre vaga, siempre oscura y siempre sospechosa, no tiene en el caso presente ninguna validez ni fuerza.

No diga, pues, D.^a Blanca de los Rios que “de acuerdo con la tradición hállese el testimonio de D. Tomás González”. No es que la tradición se halle de acuerdo con el testimonio del Sr. González: es que la tradición se ha fundado precisamente sobre lo que dijo el Sr. González, que no es lo mismo, sino lo diametralmente contrario, lo que echa para siempre por tierra la importancia de esa tradición, lo que la hace por completo inadmisibile.

res de una campaña, y entre comisiones y viajes, hubiera tenido Cervantes espacio y sosiego para escribir su obra; que tal modo de argumentar es defectuoso y conduce á inducciones engañosas.

Cervantes no gozó de espacio y sosiego nunca para componer sus libros. Entre la muchedumbre de sus fatigas y trabajos los concibió y trasladó siempre al papel. No se eche de menos, por tanto, esa quietud de ánimo al hablar de *Galatea*, cuando es tan cierto y tan averiguado, y tan fuera de duda se halla, que la mayor parte de sus *Novelas ejemplares* y la Primera de *Don Quijote*, las compuso precisamente en aquel período agitadoísimo de su vida, desde 1587 á 1600, siempre empleado en comisiones enojosas, acopio y acarreo de trigo, inspección de las conducciones, cuidado de las molindas, fabricación del bizcocho, embargo de cereales, viajes continuos, cobranza de alcabalas; siempre amenazado de contrariedades, competencias de jurisdicción y odios y enemistades, excomuniones, prisiones, alcances de cuentas; todo agravado con los ahogos particulares, el trabajo de los encargos que le encomendaban, los reveses de la fortuna, los disgustos domésticos.

En nada, pues, realmente atendible se apoya D.^a Blanca de los Rios para poder sustentar su dictamen sobre el estudio de Cervantes en la Universidad de Salamanca durante los años de 1582 y 83. Ni los nombres de algunos poetas inscritos por aquellos años en sus registros, pueden testimoniar que Cervantes fuese condiscípulo de ellos por el falible dato de los elogios; ni es posible tampoco sacar consecuencias que corroboren sus pretenciones, porque también en aquellas matrículas haya visto nombres y apellidos que después llevaron varios personajes de las obras cervantinas.

Los Quijadas, Quijanos, Avendaños, Carriazos, Cachupines y Ataidés, no eran apellidos tan raros, ni exclusivamente privativos de los escolares de Salamanca. Llevaríanlos infinitos habitantes de toda España; y Cervantes pudo emplearlos, más bien por haber conocido y tratado á muchos homónimos suyos en el frecuente trato social con toda clase de gente, habiendo recorrido tantas provincias y pueblos de España, que por haber estudiado en Salamanca y recordar los nombres y apellidos de algunos que cursasen en aquellas Escuelas.

20.^a—Luisa de Cervantes, carmelita descalza.

El Dr. Portilla, en la *Historia de Compluto*, (parte III, páginas 25 y 47), habló de una Luisa

de Belén, vecina de Alcalá, que tomó el hábito de religiosa carmelita descalza en Febrero de 1565, y tenía 25 años el de 1572.

Al escribir su *Vida de Cervantes* D. Juan Antonio Pellicer, (Madrid, MDCCLXXXVII, pág. CCXVIII), al citar los anteriores indicios, dijo que “ni el nombre, ni la patria, ni la edad repugnan que esta monja fuese Luisa de Cervantes Saavedra, hermana del Autor de *Don Quijote*”.

D. Martín Fernández de Navarrete aceptó como muy posible la deducción de Pellicer.

“Había quince religiosas (dice) en el convento de la Concepción, en 1572, y entre ellas se expresa en el número 10 á Luisa de Belén, de 25 años de edad, la cual era vecina de Alcalá cuando tomó el hábito”. (*V. de C.*, pág. 252).

Últimamente se ha confirmado, por manera irrecusable, que la Loisa, hermana de Miguel, bautizada en Santa María la Mayor de Alcalá, por el bachiller Serrano, el 25 de Agosto de 1546, es la misma joven religiosa que mencionó Portilla en su *Historia de Compluto*, y tenía en 1572 veinticinco cumplidos de edad, siendo el número diez entre las quince monjas que había entonces en el convento de la Concepción, conocido generalmente por el de la Imagen.

El Sr. D. Estéban Azaña, fervoroso cervantista, de gratísima memoria, que es quien ha conseguido depurar en este punto lo cierto, trata del particular en su *Historia de la ciudad de Alcalá de Henares*, (Madrid, 1885, págs. 408 y 409).

“Consta (dice) real y positivamente que Luisa, la hermana de Cervantes, se hizo religiosa carmelita en el convento de la Concepción de esta ciudad, vulgarmente de la Imagen. La vida religiosa de la hermana de Cervantes está detallada en las siguientes líneas, que debemos á la amabilidad de la priora del convento, donde se lleva una apuntación, en un empergaminado cuaderno, de la entrada de cada monja, cargos que desempeña y día de su muerte”. Añade que “para que no falte algo de fatalidad en la vida de la hermana de Cervantes, cosa que pocas veces se repite en el monasterio, no se consigna en lo que pudiera llamarse biografía de esta religiosa, el día que ocurrió su muerte”.

“El 11 de Febrero de 1565, tomaba el hábito de carmelita descalza Luisa de Cervantes, hija de Rodrigo y de D.^a Leonor, conociéndose en el claustro por sor Luisa de Belén y Cervantes”. Después anota el Sr. Azaña todo lo referente á la hermana de Miguel, conforme á los apuntamientos que le comunicó la señora priora del monasterio, de los cuales dejamos hecho en el texto un riguroso extracto.

21.^a—Documento curioso acerca de D.^a Andrea de Cervantes.

Creemos de mucho interés el copiar la relación de los objetos y bienes donados por Locadelo á D.^a Andrea, pues da una idea fidelísima de lo que podía constituir en tiempo de Cervantes, como dote de la novia, el ajuar de una familia de mediana condición al contraer matrimonio.

Helos aquí: Siete piezas de tafetanes amarillos y colorados. Una saya de raso negro entera, bordada de abalorio y de granates negros. Una basquiña de raso negro guarnecida de terciopelo. Una basquiña de raso negro guarnecida de terciopelo picado. Una basquiña de terciopelo negro con sus cuerpos. Una basquiña de paño de mezcla guarnecida de terciopelo pardo. Una ropa de tafetán guarnecida de terciopelo. Un jubón de telilla de plata guarnecido de negro y oro. Un jubón de tela de oro carmesí. Otro jubón de raso negro pespunteado y otro de tafetán amarillo picado. Seis cofias de oro y plata. Un cordón y un rosario de cristal y ochenta pintas y una argolla de cristal. Dos mantos de burato de seda. Dos escriptorios, el uno de Flandes y el otro de taracea. Diez lienzos de Flandes. Ocho colchones de Ruan, y los dos de ellos con haces de fustan blanco con su lana. Seis sábanas de Ruan y las dos labradas de punto real y otras seis almohadas de Holanda y Ruan, labradas de ellas, y de ellas blancas. Una alfombra grande verde de tres ruedas y otra alfombra pequeña colorada y amarilla. Una carpeta verde y encarnada. Un capote de raja de mezcla forrado en pellejos negros. Una escribanía de asiento y tres cajas para tocados: son de taracea las cajas. Tres bufetes de nogal y una mesa de nogal con sus bandas de cadena. Cinco sillas de nogal. Dos almohadas de terciopelo verde de estrado. Veinte y cuatro platos de estaño, grandes y pequeños. Una fuente y un jarro de lo mismo y un salero. Seis tablas de manteles alemanescos. Una vihuela. Una colcha y cuatro frazadas blancas. Una caja de peines, buena de ver. Un espejo grande. Dos braseros de caja. Cuatro candeleros de azofar. Cincuenta botones de cristal. Un papel con otras cosas de cristal, así botones como trozos. Trescientos escudos de oro en oro.

Esta donación, como dejamos dicho en el texto, la hizo Locadelo para remunerar y gratificar á D.^a Andrea por haberle asistido, lo mismo ella que su señor padre, en sus dolencias; y además de lo ya extractado, vamos á reproducir esta cu-

riosa parte del documento, pesado y lleno de repeticiones como todos los de su clase:

“Y de esta hora en adelante que esta carta es hecha y otorgada, me quito, desisto y aparto del señorío, propiedad, tenencia y posesión que hé y tengo á los dichos trescientos escudos y bienes de suso declarados; y todo ello lo doy, cedo, renuncio y traspaso en la dicha D.^a Andrea de Cervantes, y le doy poder cumplido para que luego, ó cada y cuando que quisiere y por bien tuviere, lo pueda tomar y aprehender la posesión real, actual, corporal vel casi de ello, y lo tener y poseer, emplear y gastar, vender, dar y donar y hacer de ello lo que quisiere y por bien tuviere como de cosa suya propia, libre y quita, habida y adquirida por el título y para el efecto sobredicho. Y para más firmeza, y en señal de posesión se lo doy y entrego de presente todo ello en escudos y bienes en presencia del escribano y testigos de yuso escritos; al cual pido dé fe de la dicha entrega. Y yo el presente escribano doy fe que en mi presencia y de los testigos de yuso escritos, el dicho señor Juan Francisco de Locadelo dió y entregó á la dicha D.^a Andrea los dichos trescientos escudos en oro y todos los bienes y joyas de suso declarados en los mismos bienes y cosas susodichas. Y la dicha D.^a Andrea lo recibió realmente y lo pasó á su poder y quedó señora y poseedora de ello, y se dió por entregada de ello. Y yo el dicho Juan Francisco de Locadelo, me obligo de no revocar esta dicha donación, guardándose la forma en ella contenida, en tiempo alguno por decir que me habeis sido ingrata ni desconocida, ni por otra alguna de las causas porque el derecho permite que semejantes donaciones puedan ser revocadas; y que, lo que así le doy, le será cierto y sano, y no iré ni vendré contra ello en tiempo alguno ni por alguna manera, guardándose lo contenido en esta escritura.... Y yo, la dicha D.^a Andrea de Cervantes, que soy presente á todo lo que dicho es, digo y confieso y otorgo que recibo de mano del dicho señor Juan Francisco de Locadelo los dichos trescientos escudos de oro en oro y todos los bienes y joyas de suso declarados, y que acepto la merced y donación que de todo ello me hace, y le beso las manos por ello. En firmeza de lo cual, ambos otorgamos la presente ante el escribano y testigos de yuso escritos. Que fué fecha y otorgada en la villa de Madrid á nueve dias del mes de Junio de mil quinientos sesenta y ocho años. Testigos que fueron presentes á lo que dicho es,—Francisco de Villanueva y Miguel de la Corte, criados del dicho señor Juan Francisco, y Alonso Gutiérrez de Cumbres, criado del Licenciado Sánchez de Córdoba, residentes en

esta corte. Y el dicho señor Juan Francisco y la dicha señora D.^a Andrea, lo firmaron de sus nombres, á los cuales yo el escribano conozco.—Francisco Locadelo.—D.^a Andrea de Cervantes.

(*) Este curiosísimo documento tiene señalado interés por dar noticias de suma novedad, para la aclaración de la vida íntima de la familia de Cervantes. Por él se comprueban los documentos recientemente descubiertos en Sevilla, en los que consta que el padre de Miguel fué médico cirujano. Precisamente por haber Rodrigo de Cervantes curado á su huésped ó amigo Locadelo y asistídole su hija con todo esmero y cuidado, fué por lo que, reconocido, se mostró éste generoso con D.^a Andrea, regalándole dinero, joyas, vestidos y muebles, para que le sirvieran de dote en su próximo casamiento; donativo noble y puramente hecho por un cora-

—Pasó ante mí, Francisco Hortiz, escribano“.

Documentos cervantinos, recogidos y anotados por D. Cristóbal Pérez Pastor. Madrid, 1897.—(Documento núm. 3, páginas 8 al 14). (*)

zón agradecido. Este documento se relaciona con otro que inserta también Pérez Pastor, el que tiene número 25 y se encuentra en la página 89 de los coleccionados, donde existen datos fehacientes acerca de los ahogos de la familia en determinados momentos. Cinco de las siete piezas del tafe-tán colorado y amarillo cedidas por Locadelo, fueron empeñadas en 1583 por Miguel de Cervantes, de orden de su hermana D.^a Magdalena, en treinta ducados, con autorización y consentimiento, seguramente, de su poseedora D.^a Andrea, para socorrer necesidades de familia, ó para aliviar apuros de sus hermanos Miguel y Rodrigo.

CAPÍTULO III.

Vida militar de Miguel de Cervantes Saavedra.

Errónea creencia respecto de haberse alistado Cervantes en las tropas pontificias.—Sentó plaza en la compañía del capitán Diego de Urbina, perteneciente al Tercio de D. Miguel de Moncada.—Fecha probable de su ingreso en la milicia.—Testimonio que lo comprueba.—Motivos que influirían en Cervantes para seguir la vida militar.—Gran agitación en el mundo cristiano contra los turcos.—Precauciones que se adoptan contra sus invasores proyectos.—Ejemplos de sus planes ambiciosos.—Reprensible proceder de los príncipes cristianos.—Solimán el *Magnífico*.—Selim II.—Nuevos peligros y amenazas.—Agresión contra la isla de Chipre en plena paz.—Piden socorros los venecianos por mediación del Papa.—Prepárase una armada al efecto por Roma, Venecia y España.—Fracaso total de la empresa.—Invaden los turcos á Chipre.—Se apoderan de Nicosia y de Famagusta.—Nuevos conciertos para perseguir á los infieles.—La Santa Liga entre romanos, venecianos y españoles.—Grandes aprestos navales.—Entereza de Pio V.—D. Juan de Austria, Generalísimo.—El Estandarte de la Liga.—Combate naval de Lepanto.—Glorioso triunfo.—Muerte de Aalí Bajá y de Mehemet Siroco.—Denodado comportamiento de los combatientes de la galera *Marquesa*, donde peleó Cervantes.—Heridas que recibió.—Su admirable heroísmo.—Testimonios y datos interesantísimos.—Curación de Cervantes en el hospital de Mesina.—Cariñosas distinciones que mereció.—Nuevas expediciones.—Navarino y Modón.—Disuélvese la Liga.—Túnez y la Goleta.—Consideraciones.—Permanece Cervantes en Italia hasta 1575.—Sus observaciones, juicios, palabras é impresiones acerca de aquel bello país.

Habíase creído, por las palabras mismas de Cervantes en la dedicatoria de su *Galatea*, que su alistamiento como soldado, después que dejó de ser camarero del Cardenal Aquaviva, fué en la milicia del Papa, que se halló en la armada de Marco Antonio Colona, general del Pontífice, donde hizo las campañas de Levante.

Los razonamientos de Rios y Pellicer sobre este punto, seguidos por nosotros en atención á la seguridad, que se nos comunicó, de existir un documento en la biblioteca del Vaticano, en que constaba que estuvo afiliado Cervantes al ejército romano, nos hicieron asentir á la opinión antigua. Parecía estar apoyada, con cierto viso de posibilidad, en las propias frases del gran Escritor, cuando asegura que “había seguido algunos años las vencedoras banderas de aquel sol de la milicia que nos quitó el Cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dignas de ella”. (1)

Mas no habiéndosenos enviado, á pesar de nuestras repetidas instancias, el documento referido, ó por no existir, ó por equivocación de quien nos facilitó la noticia, hay que rectificar lo que juzgábamos sobre este asunto por informes erróneos. Tenemos, pues, por únicos buenos

y aceptables los juicios emitidos por D. Martín Fernández de Navarrete en su *Vida de Cervantes*; confesión desapasionada de nuestra rectitud y amor á la verdad, que hacemos con gusto, lejos de todo ánimo de parcialidad y presunción.

Lo que como cierto y comprobado puede decirse es que, excitada la opinión pública en Roma, al tiempo que estaba Cervantes al servicio del Cardenal Aquaviva, por las nuevas de las inauditas agresiones de los turcos á los pueblos cristianos y de sus propósitos de guerra y exterminio, eran generales la indignación y el deseo de oponerse al intento de los infieles. Tema de todas las conversaciones eran entonces las insultantes osadías de la Puerta Otomana. Cervantes oiría hablar muchas veces, como camarero de Aquaviva, de la penosa impresión que causaban en la corte romana las infaustas noticias que se recibían, y de los designios del Papa Pio V para frustrar los perversos planes de los turcos, buscando en una liga de todos los príncipes católicos los medios oportunos para persecución y derrota del enemigo.

Movió á Cervantes su patriotismo, haciéndole abandonar el servicio humilde de criado, resolviéndole á tomar parte activa en la lucha que se

preparaba, con aquel ánimo resuelto, amante de la gloria, despreciador de los mayores peligros, que reveló siempre en todos los actos de su vida. Formábanse nuevas compañías entonces, ó reforzábanse las antiguas, así en España como en nuestras posesiones de Italia, para acrecentar y disponer las fuerzas militares en la próxima campaña.

Era capitán de una de esas compañías que hallábase á la sazón en Italia, perteneciente al tercio de D. Miguel de Moncada, uno que tenía nombre famoso en la milicia, llamado Diego de Urbina, natural de Guadalajara, de quien Cervantes hizo más tarde mención cariñosa en su *Don Quijote*, como recuerdo grato de sus mocedades. (2) Alistóse de soldado en aquella compañía, seguramente por Mayo ó Junio de 1570, pues un testigo de mayor excepción, un camarada y amigo suyo en la misma, lo afirmó así con toda veracidad años después. (3)

Poco tiempo antes que sentase plaza Cervantes en las tropas españolas, salía de Roma con misión especial del Papa Pio V, un clérigo de su cámara, llamado D. Luis de Torres, persona de toda su afición y confianza, de suma prudencia y muy apto para los negocios, portador de una carta afectuosísima á Felipe II, en la que el Pontífice expresaba al monarca español lo que juzgaba conveniente é indispensable para conjurar el conflicto que amenazaba, no sólo la paz, sino la seguridad de la propia vida en todos los pueblos cristianos. (4)

Habían llegado verdaderamente á un grado insoportable las provocaciones de los turcos. Cada vez más envalentonados con sus ejércitos y armadas, sus conquistas y correrías, no hallaban ya término limitado á sus desapoderadas ambiciones. Sus intentos de dominación se extremaban cada día. Imperio originario de las tribus bárbaras de la Tartaria, no saciaba nunca su sed de rapiña y expoliación; y desde que puso su planta dominadora y brutal sobre los linderos de Europa, desde que se hizo dueño de Constantinopla, un deseo más vehemente le alentó por apoderarse de las comarcas que codiciaba, pareciéndole poco todo para la realización de sus planes invasores. No bastándole la posesión de sus conquistas en Asia y África, creyéndose señor de todos los mares por los actos piráticos de sus corsarios, quiso el Imperio turco sojuzgar también á Europa, destruir sus naciones, destornar á sus príncipes, avasallar y esclavizar á sus pueblos, de manera que todo quedase abatido ante el torrente irresistible de su poderío.

Desde el reinado de Mohamet II y de Bayaceto su sucesor, venían poniéndose en práctica

por sus gobernantes tan interesadas máximas, con hartas contrariedades y perjuicios de las naciones cristianas; pero desde que subió al trono Selím I, llamado el *Feroz*, fueron mayores los peligros y más repetidos los ultrajes, llegando á ser temibles durante el reinado de Solimán el *Magnífico*, en cuyo tiempo tocó el Imperio el grado supremo de su esplendor. Creyóse ya el invencible dominador de todos y aspiró á convertirse en verdugo, con cierta complacencia de supremacía religiosa en la humillación y vencimiento de los pueblos cristianos.

Sus tropas amenazaron los muros de Viena, conquistaron á Belgrado, pusieron en peligro á Hungría. Sus escuadras sembraron la consternación en Malta; se apoderaron de Rodas. Sus corsarios dificultaron, juntamente con los temporales, los heroicos esfuerzos del invicto Cárlos V por apoderarse de Argel y destruir aquel nido de piratas. Las posesiones de los venecianos en el archipiélago griego y en otros mares, estuvieron expuestas á caer en sus garras. Hasta la liga pactada en 1537 entre españoles, venecianos y romanos, para oponerse al triunfo de los turcos, quedó al fin sin eficacia, desbaratada y nula por las combinaciones de un enemigo sagaz y poderoso. Contribuyeron mucho, no es posible negarlo, á tan deplorables efectos las malas artes de los mismos príncipes cristianos, más interesados en satisfacer sus particulares ambiciones, ódios ó resentimientos, que atentos á lo que era de esperar de sus aparentes promesas como defensores de la religión; nombre vano para ellos, pues, ni como cristianos la respetaban, ni tenían por móviles de sus acciones sino la ruindad de sentimientos y el logro, á todo trance, de sus proyectos ambiciosos.

Cuando diez años después de ocupar el trono español el hijo de Cárlos V, subió al solio musulmán Selím II, heredero de Solimán el *Magnífico*, creyóse que la situación de las cosas cambiaría de manera propicia á los intereses cristianos, por juzgarse que Selím no abundaba en los mismos intentos invasores y de dominación europea que su antecesor. Vinieron pronto, sin embargo, los sucesos á desmentir las predicciones favorables. Si Selím carecía del talento de Solimán, tenía, en cambio, á su lado consejeros que le alentaban á seguir los ejemplos de su política, y trazábanle el camino que se había de emprender hasta lograr el éxito cumplido de su obra. La invasión del reino de Chipre, acordada desde el tiempo de Solimán, aplazada pero no olvidada, se quiso llevar á la práctica al comenzar el nuevo reinado. (5) Sólo el anuncio de tan injusta empresa produjo gran indignación en to-

das partes. Era aquello conculcación inconcebible del derecho de gentes. La República de Venecia tenía firmadas paces con los turcos. No había dado motivo á reclamaciones fundadas. Buscábanse por la Puerta vanos pretextos para dar color á su indisculpable perfidia, á su malvada felonía. Acudieron los venecianos al Papa, poniendo en su conocimiento el peligro que les amenazaba, con demanda de socorros. Quiso el Pontífice ser medianero de sus deseos para con las potencias cristianas, especialmente con España, donde la opinión se inclinaría más pronto que en otras para ayudarles en sus presentes necesidades, aunque el recuerdo de los actos pasados, cuando la liga del tiempo del Emperador D. Carlos, era obstáculo gravísimo para ser ahora bien acogidas sus súplicas. Consiguió, sin embargo, su propósito Pío V.

La habilidad de su emisario y la patética carta del Pontífice movieron el ánimo de Felipe II á decisiones en consonancia con lo solicitado: dictáronse las órdenes oportunas para el socorro de los venecianos. El Rey escribió á Marco Antonio Colona, á Juan Andrea Doria y al Marqués de Santa Cruz, dándoles instrucciones á cada uno para la campaña que se iba á emprender. El de Santa Cruz había de cumplir las disposiciones que Doria le transmitiera. Éste obedecería á Marco Antonio como á general de las galeras de Su Santidad y seguir su estandarte el tiempo que durase la junta de las diferentes naves. Y á Colona se encargaba que se aprovechara siempre del parecer de Juan Andrea, pues sería tan acertado en todo con su experiencia de las cosas de mar. Iba aparentemente el general del Papa por jefe de la expedición; pero, en hecho de verdad, no existía semejante jefatura.

Las diferencias de natural, nacimiento, mandos y aspiraciones de Doria y Colona, imposibilitaron todo buen acuerdo práctico, resultando por completo infructuosos todos los esfuerzos hechos. Mientras las fuerzas cristianas se preparaban y los buques de venecianos, romanos y españoles se reunían para ejercitar la acción común, los turcos supieron aprovechar el tiempo que los coligados malgastaban en lamentables dilaciones y eternas reyertas. Habían enviado á la isla de Chipre una armada numerosa á las órdenes de Aalí Bajá y un poderoso ejército dirigido por el Bajá del Cairo, Mustafá, quien desembarcando más de cincuenta mil hombres en la parte oriental, por el sitio de Limasol, se propuso poner asedio á la capital de la isla, Nicosia, á treinta millas de la costa.

Era Nicosia ciudad importante, puesta en apacible llanura, digna de compararse, según las pa-

labras del historiador D. Antonio Fuenmayor, con las medianas de Europa en grandeza y hermosura de edificios; pero desatendidas su obras de defensa, con escasa guarnición, mal dispuestas aunque recientemente renovadas sus fortificaciones. Al pedir el Emperador de Turquía al Senado de Venecia, con bárbara arrogancia, la entrega inmediata de la isla, como feudo de sus territorios, como parte de sus estados con sumisión de vasallaje, amenazábales con toda su indignación y el poderío de su espada, si fuesen desobedientes á sus mandatos; y los pobres cristianos de Nicosia, tiranizados de los nobles, abandonados de la metrópoli, invadidos de la peste, experimentaron bien pronto el cumplimiento de las venganzas más crueles. Desde el 25 de Julio estaba el ejército de Mustafá acampado delante de los muros de Nicosia, con resolución de ganarla á sangre y fuego. Fué la resistencia de los sitiados todo lo decididamente posible, dados los escasos medios ofensivos y defensivos de que disponían, falta de municiones, de vituallas y de hombres aptos para resistir y vencer.

Las salidas que efectuaron contra el enemigo, afortunada alguna de ellas, aunque malograda por impremeditación, los sacrificios que hicieron por la conservación de los hogares queridos, los actos de heroísmo y desesperación que realizaron, todo resultó al cabo inútil. Los muros cayeron; la ciudad quedó en poder de los sitiadores, en las últimas semanas reforzados con veinte mil combatientes; los vencidos fueron sacrificados, en número de treinta mil, á la fiereza inhumana del odioso triunfador, veinte mil quedaron cautivos, desconocido todo sentimiento de piedad, saqueados los edificios, profanados los templos, estupradas las mujeres, muertos traicionablemente, faltando á lo prometido, los más denodados defensores de la ciudad. ¡Cuadro horrible de ferocidad que causa espanto al ánimo más entero! (6)

Hallábase ya en poder de los enemigos la desventurada Nicosia desde el 9 de Setiembre, y todavía las doscientas naves de las escuadras cristianas, al fin reunidas, estaban indecisas sobre el punto adonde habían de dirigirse á mediados de aquel mes; hasta que, sabida la noticia de la rendición cuando se disponían á salir en busca de la armada turca para evitar tardamente la triste suerte de Nicosia, cundió más y más el desaliento en los ánimos; y descontentos y discordes los generales, Doria, Colona, Zanne, más como adversarios que como amigos se separaron, adelantada como estaba ya la estación, sin hacer ni resolver nada, para invernar en los puertos de antemano designados. Perdiéronse muchas na-

ves de venecianos y romanos á causa de los temporales, y quedó todo aplazado para la próxima primavera, y el turco más ensoberbecido con su sangrienta victoria.

Asistió Cervantes á esta fracasada expedición, viendo y notándolo todo con su singular perspicacia. Las amargas palabras que dedica á la pérdida de Nicosia en su novela *El Amante liberal*, persuaden bien cuánto le impresionaron aquellos sucesos; y son como adecuada tácita censura de los descuidos, disensiones y retardos que presencié y los produjeron. Las naves de Doria quedaron aquel invierno en Mesina, en Nápoles las del Marqués de Santa Cruz, y en uno y otro reino las tropas expedicionarias, sin saberse el punto fijo donde estaría Cervantes con su compañía hasta la campaña (7) del año siguiente.

Las nuevas de las discordias entre los generales Colona, Doria y Zanne, causaron en Roma la natural contrariedad. El Papa, cada día más convencido de que sólo con la unión sincera de todas las fuerzas cristianas sería posible destruir y aniquilar el poderío de los turcos, sintió lo acaecido á par de muerte. Dejé llevar de la indignación de manera, que cargando á Doria toda la culpa, "ni le quiso admitir disculpa ni dar audiencia", según asegura el docto escritor antes citado, bien enterado de cuanto se relaciona con estos hechos, por haberlos sabido de personas que en ellos habían intervenido. Aunque en los historiadores se notan distintas apreciaciones sobre el proceder de Andrea Doria. Atribuyen unos á malquerencia particular, como genovés, su lentitud en las resoluciones que pudieran agrandar y favorecer á los venecianos y en obedecer la dirección de Marco Antonio Colona. Pero discúlpanle y defiéndenle otros con título de prudente al no seguir los propósitos de los caudillos de Venecia y del Papa, por conocer la inferioridad de sus buques y pésima disposición de sus armamentos, que hubieran expuesto el crédito de las armas cristianas, sin gloria alguna, si desde luego se hubiese accedido á las pretensiones de los venecianos con naves defectuosas y hasta inservibles.

Era admirable el entusiasmo con que el Pontífice Pio V procuraba el apresto de la nueva escuadra que había de castigar la insolente osadía de los turcos. Con el vigor de un joven, á todos alentaba para que se decidieran sin temor y sin retardo. Especialmente instaba al Rey de España para que, sin pérdida de momento se pusiese por obra lo aconsejado por él desde el año anterior: la creación de una Santa Liga contra los infieles entre Roma, Venecia y España. No de-

bía perderse instante, si se había de dar un golpe certero contra el poder otomano, tan grande entonces y más ensoberbecido después de la infame invasión de Chipre.

Las excitaciones y los consejos del Padre Santo, anunciaban á todos que abrigaba la seguridad de un cercano triunfo. Motivos de patriotismo y estímulos de celo religioso se unían para enervar los ánimos, ansiosos de una potente decisión contra los implacables enemigos de las naciones cristianas. No se trataba de una lucha política, por mezquinos móviles iniciada, por antagonismos personales de algunos príncipes católicos, aconsejados del orgullo, impulsados de la ambición. Era aquella una guerra de ideas religiosas, guerra santa para las conciencias, guerra en que el Cristianismo se proponía el triunfo de sus creencias para destrucción de los infieles.

Sagaz, cruel, altanero, vengativo el gobierno turco, traía en constante perturbación á los pueblos cristianos con sorpresas, acciones traidoras, asaltos bárbaros, asechanzas inícuas, depredaciones, falsías, maquinaciones rastreras, y otros actos tan repulsivos á la causa de la legalidad y exactitud de los tratados, y á la conveniencia y prosperidad de las naciones. El pueblo cristiano quería y procuraba concluir con aquel estado insostenible de cosas, con aquella calamidad y amenaza horribles, con aquella astucia y perversidad permanentes, que no dejaban tranquila ciudad, villa, aldea ni caserío donde la enseña del Crucificado tremolase; y para conseguirlo, realizó un esfuerzo supremo, una acción decisiva, un acontecimiento grandioso é inmortal en los fastos de la Historia.

El Papa quiso que fuese Felipe II quien se encargara del nombramiento de Generalísimo de la Armada de la Liga, al fin promulgada en Roma, con general regocijo, el 25 de Mayo de 1571.

El Rey designó para puesto de tal importancia á su hermano el Príncipe D. Juan de Austria, hijo natural del Emperador Carlos V, mozo de grandes esperanzas, discreto juicio, gallardas resoluciones y altos pensamientos, semejante á su padre en espíritu y alientos heroicos. Acababa de dar muestras de sus guerreras disposiciones y prendas de mando en la rebelión de los moriscos de Granada, contra los cuales le mandó su hermano para castigarlos y reducirlos á la obediencia. Con visible satisfacción se supo por el Papa la designación de D. Juan. Envióle una carta felicitándole, y expresóle su confianza más cierta en la victoria. Remitióle asimismo, cual presente valioso, un rico bastón como á Generalísimo; y tomó con tanto cariño todo lo referente á la preparación de aquella gran empresa na-

val proyectada, que por sí mismo ideó y dispuso el magnífico estandarte de la Cristiandad que había de ponerse en la nave capitana de D. Juan de Austria. (*)

El 20 de Julio de 1571 salió D. Juan de Austria de Barcelona con treintisiete galeras. Con feliz navegación llegó á Génova el 26, donde fué recibido entre grandes regocijos y aclamaciones; y desde luego se dedicó con mucho celo al arreglo de todo para el más próspero resultado de la empresa. Comisionó á D. Miguel de Moncada para que anunciase á la Señoría de Venecia su llegada, y mandó á Roma al Conde de Priego

(*) Son notabilísimos los estudios que ha escrito sobre este particular el ilustre cervantista, digno Secretario de la Real Academia de la Historia, Excmo. Sr. D. Cesáreo Fernández Duro. Trabajos interesantísimos, que vamos á reproducir ó extractaremos en esta nota, porque dejan dilucidado cuanto se refiere al verdadero estandarte que ondeó en la galera real de D. Juan de Austria, y refutan por completo cuantas inexactitudes se habían propagado, y aun se sostenían, sobre este asunto.

“Existe en la Catedral de Gaeta, (son sus palabras) encima del altar mayor, un cuadro que atrae las miradas de todos los visitantes, porque es, según tradición, el verdadero estandarte de la Santa Liga. Hállase así consignado en el libro de dicha iglesia, donde se lee que, después de haber conseguido D. Juan de Austria la victoria en Lepanto, puso la proa de su galera con dirección á la ciudad de Roma; pero obligado por vientos contrarios, tuvo que refugiarse en Gaeta, á pesar de sus deseos, donde desembarcó y visitó al obispo, á cuyos piés puso el estandarte victorioso, que recibió del Papa Pío V. Fué colocada la santa insignia encima del altar, y se conserva allí como trofeo religioso.

La antigua crónica de la casa Gattola, de Gaeta, publicada el año de 1875 por el arqueólogo Sr. Elia della Croce, abona esta creencia, cuando dice:

“El 4 de Noviembre de 1571, D. Juan, hijo de Carlos V, arribó á Gaeta y fué recibido en la puerta de la ciudad por el obispo Pedro. En la mañana del siguiente día, depositó D. Juan en el altar de la iglesia de San Erasmo, mártir, patrono de Gaeta, el estandarte que flotaba en la popa de su galera durante el combate contra los turcos el 7 de Octubre del dicho año. Hecho el donativo, partió D. Juan en dirección de la isla de Cerdeña.”

El conde Honorato Gaetano, coetáneo de los sucesos de que hablamos, añade aun más fuerza á la tradición, al escribir lo siguiente:

“Al volver triunfante á Roma D. Juan, después de la batalla, en su arribada á Gaeta, depositó el estandarte de la Santa Liga en la iglesia episcopal de aquella ciudad, en honor de San Erasmo, patrono de Gaeta, por cumplir el voto que había hecho antes del combate.”

Luigi Conforti, en su obra titulada *Los Napolitanos en Lepanto*, (1) lo mismo que el profesor Nicolo Faraglia, en carta fechada en Roma el 27 de Diciembre de 1883, dan como cosa cierta que el estandarte se encuentra en Gaeta, y todos,

para notificar al Papa su más rendida veneración, y significarle lo muy obligado que le estaba por sus paternos afectos y bondades.

El 9 de Agosto entró en Nápoles en medio de extraordinarios plácemes. Celebróse allí el día 14 una fiesta suntuosísima en el convento de Santa Clara, actuando de pontifical el Cardenal Granvela, virrey á la sazón de Nápoles, comisionado por el Papa para entregar á D. Juan el estandarte de la Liga. El 25 llegó á Mesina, donde habían de reunirse todas las naves.

Los historiadores contemporáneos, especialmente Vander Hammen, hacen minuciosas des-

conformes en la descripción que de él hacen, dicen que se halla colocado encima del altar mayor en aquella catedral, y es de seda carmesí, con un crucifijo en el centro; las imágenes de los apóstoles San Pedro y San Pablo á entrambos lados; y en la parte superior la divisa de Constantino: *In hoc signo vinces*.

Todos estos testimonios han contribuido á poner fuera de duda la existencia del referido estandarte en Gaeta, y el mismo almirante Jurieu de la Gravière, asegura que aquella ciudad conserva la gloriosa reliquia de la Liga. (2)

**

Sin embargo de esto; no hay pruebas de que D. Juan de Austria visitase á Gaeta, Roma ni Cerdeña el mismo año del combate de Lepanto. Está demostrado, por el contrario, que entró triunfante en Mesina el 1.º de Noviembre, y que los días siguientes hasta el 4, en el que se supone que se realizó la entrega del estandarte en San Erasmo, estuvieron dedicados á fiestas en celebración de la victoria obtenida contra los turcos.

Existen datos para tener la firme persuasión, por manera irrecusable, de que no puede confundirse el estandarte de Gaeta con el de la Santa Liga, en absoluto diferente, como vamos á ver. Pero antes hemos de hacer notar que, también la ciudad de Marsala pretende ser poseedora de la enseña de D. Juan de Austria, bajo el nombre de *Crocefisso della Battaglia*, el cual, si se fuera á creer lo que dice la crónica, habría sido donado por el Príncipe al monasterio de *San Girolamo* á su paso por Marsala, cuando, después de disolverse la Santa Liga, se dirigía á Túnez con ochenta de sus galeras. La enseña está colocada al lado del altar en la iglesia del monasterio, con una inscripción, y es objeto de veneración grande. Celébrase allí anualmente, el 7 de Octubre, el aniversario de la batalla de Lepanto. Este estandarte es de seda roja con un crucifijo en el centro. En la parte inferior están representados la Virgen y San Juan Evangelista, y en el fondo se ve el combate de las dos armadas enemigas. (3)

Por uno de los artículos del Tratado de la Santa Liga, se había estipulado que las flotas aliadas no podrían usar, en tanto que combatesen juntas, de otro estandarte que el de la Liga, en que debían estar representadas las armas de las tres naciones que la formaban. (4)

El Papa mismo encargóse de la forma de la bandera, la cual fué por él bendecida antes de mandarla á Nápo-

(1) *Napolitani a Lepanto*: Napoli, 1886.

(2) *La Guerre de Chypre et la bataille de Lepante*: París, 1888, tomo II, pág. 150.

(3) Barone Giuseppe Arenaprimo di Montechiaro. *La Sicilia nella battaglia di Lepanto*: Pise, 1886.

(4) Párrafo XVIII del Tratado.

cripciones de las magníficas fiestas que, por espacio de muchos días, se celebraron para obsequiarle.

El 16 de Setiembre zarpó la poderosa Armada cristiana de Mesina, con más de trescientas naves y treinta mil soldados. Todo estaba previsto y dispuesto para aniquilar al enemigo. La noticia de haber caído Famagusta en poder de los turcos, mandados por Mustafá, donde se cometieron horrores con los vencidos, acrecentó el odio contra los infieles en los pechos cristianos, ansiosos de medir sus fuerzas con los asesinos de la Humanidad. (8)

les para las flotas coligadas. El conde Gentile Saxatelo, llevando un breve del Papa, fué comisionado para conducirla á Nápoles, donde delegaría en el Cardenal Granvela con objeto de que la ceremonia de la entrega revistiese mayor solemnidad. (5) Efectuóse ésta el 14 de Agosto de 1571 en la iglesia de Santa Clara, y con tal motivo celebráronse grandes fiestas religiosas, durante las cuales recibió el Príncipe D. Juan el bastón de Capitán General que le enviaba el Sumo Pontífice.

El estandarte, custodiado por una escolta de caballeros y soldados, fué conducido al puerto y arbolado en la galera del Almirante en medio de salvas de artillería, arcabuces y mosquetes. D. Juan de Austria, Generalísimo de las armadas cristianas coligadas, regaló al Conde Saxatelo una cadena de oro, de valor de cuatrocientos escudos y le encargó de transmitir al Papa la contestación á su breve y el testimonio de su reconocimiento por la confianza con que le había honrado. También escribió á Felipe II una carta en la que le daba cuenta de todo y le enviaba un diseño del estandarte. (6)

Los historiadores españoles contemporáneos, Herrera, Cabrera de Córdoba y Vander Hammen, así como los poetas Rufo, Padilla y algunos otros, están todos contextes en que el estandarte era de damasco azul y tenía en el centro la imagen de Jesucristo en la cruz; debajo, las armas del Papa; á la derecha, las de España, y á la izquierda las de Venecia, enlazadas las tres por una cadena, de la cual pendían las armas de D. Juan de Austria.

* *

Entre los historiadores de las naciones aliadas, Gabutio escribe:

"Quo quidem in vexillo Jesu-Christi affixi cruci imago mire auro et argento adumbrata erat: sub qua locata in medio Pontificis maximi, a dextera Philippi Regis, a læva Senatus Veneti, atque ex iis quibusdam annexa catenulis ipsius Joannis pendebat insignia". (7)

Pedro Contarini, veneciano, (8) dice: *"Si inalborarono poi nelle loro galere i gonfaloni e i estendardi suoi, nella Reale di sua Maestà catolica fu inalzato quello della Santa Lega, sopra i cual erano le armi dei tre confederati potentati e spiegata ogni altra sorte di bandiere, gagliardini, fiammole e insegne in*

Verificóse al fin el gran combate naval esperado el 7 de Octubre en el golfo de Lepanto; combate decisivo, supremo, que abatió al Imperio turco, realzó el nombre cristiano y será eternamente famoso en la memoria del pueblo español.

La idea del vencimiento, el anonadar para siempre al contrario, las luchas antiguas, los recuerdos de rivalidades entre pueblo y pueblo, el afán respectivo de conservar una preponderancia respetable y exclusiva en los mares, las creencias religiosas, los encarnizados odios, todos los deseos y aspiraciones propios de conten-

essa Reale, como sopra tute le altre galere per ornamento e giubilo".

Domenico Antonio Parrino, napolitano, (9) dijo: *"Mando intanto il Pontefice a D. Giovanni il bastone e estendardo generalizio, nel quale sopra l' arme de collegati stava dipinta l' imagine del Crocefisso"*.

En fin, Stirling Maxwell, que ha coleccionado todos los recuerdos acerca de la vida del hijo de Carlos V, se expresa así al hablar del estandarte de la Santa Liga: (10)

"Era de damasco azul; llevaba en el centro un crucifijo ricamente adornado; debajo de la efigie sagrada, enlazados por una cadena, estaban el escudo del Papa, de tres bandas de gules en campo de plata; el león alado de la República de San Márcos y el escudo de múltiples cuarteles del jefe de la Casa de Austria. Un poco más bajo las armas de D. Juan".

Es, pues, evidente, según esta uniformidad de descripciones, que el estandarte carmesí, que lleva la efigie de los apóstoles y se conserva en la catedral de Gaeta, no es el de damasco azul con las armas de las naciones aliadas que bendijo el Papa Pio V. El primero corresponde exactamente á la descripción del estandarte de la Liga de 1570, hecha por Bonanni (11) y Gabutio, (12) y es, sin duda alguna, el que recibió Marco Antonio Colona: *"Ex damasceno serico rubro confectum, in quo erat Christi Domini de cruce pendentis imago depicta, atque hinc inde efigies SS. Apostolorum Petri et Pauli, his verbis scriptis: IN HOC SIGNO VINCES"*.

* *

Falta, pues, saber, qué paradero han tenido las insignias de Lepanto.

Sábase que los venecianos rompieron la Liga é hicieron paces con los turcos en 1573. (13) Desde que fué pública la noticia en Nápoles, D. Juan mandó quitar el estandarte azul de su capitana, é izó en su lugar la bandera española, cuya aparición fué saludada por la escuadra con una salva de artillería. (14)

Desde dicho día, las insignias azules, verdadero *palladium* de los soldados cristianos, que les habían llevado al triunfo en la acción más grande de la lucha secular contra los musulmanes, perdieron toda la importancia y significación antiguas para quedar sólo como recuerdos históricos.

(5) Cesáreo Fernández Duro. *Tradiciones infundadas*. Examen de las que se refieren al pendón morado de Castilla, las joyas de Isabel la Católica, las naves de Cortés, el salto de Alvarado, la virgen de Lepanto, el estandarte de D. Juan de Austria y otros. Madrid, 1888, en 8.º

(6) Carta de D. Juan de Austria al Rey, fecha en Nápoles, el 19 de Agosto.

(7) *Vita B. Pii Quinti Papæ*.

(8) *Historie delle cose succese.... contra Turchii*: Venise, 1645.

(9) *Teatro eroico*: Napoli, 1692, t. I, pág. 282.

(10) *Don John of Austria*: London, 1883, t. I, pág. 359.

(11) *Numismatæ Romæ*, 1699, t. I; pág. 296.

(12) *Pii V*, Lib. IV, cap. VI et VII.

(13) Cesáreo Fernández Duro. *Tradiciones infundadas*.

(14) Vander Hammen, *Historia de D. Juan de Austria*: Madrid, 1627.

dientes decididos, parecían tomar nuevas y más vigorosas y más horribles formas cuando las escuadras enemigas, cristianas é infiel, se avistaron, cuando se dispusieron á probar sus fuerzas en grandiosa y empeñadísima lid.

Horrible perspectiva la que ofreció entonces aquel lugar de lucha. El clamoreo y gritería de los otomanos; el desorden que desde el primer momento se nota en sus naves; el admirable concierto guardado en las huestes cristianas; los arrojados ímpetus de heroísmo, que exceden los límites de lo humano; el incesante sonido de ca-

ñones y arcabuces; las voces de mando; los vítores santos y patrióticos exhalados á par del pos-trer suspiro de los pechos de los valientes cristianos; los feroces instintos de los musulmanes; sus salvajes venganzas; el choque de las naves enemigas; los terribles abordajes; arroyos de sangre confundiéndose en las aguas del mar; el viento soplando impetuosamente y dando de cara á la turquesca armada; la cabeza de Aalí, general en jefe otomano, clavada y alzada en una pica; cautivos sus hijos; sus naves, unas dispersas, otras en poder de cristianos, muchas próximas á

Objeto del más respetuoso cariño y del más legítimo orgullo para el héroe de aquel combate naval, hubieron de ser conservadas con las mayores predilecciones, lo que aparece confirmado por los hechos, pues fueron enviadas al monasterio del Escorial, donde habrían de colocarse al lado de otros trofeos de victoria, como fanales, armas y banderas.

Cuando Felipe II instituyó en la catedral de Toledo la fiesta de aquel glorioso aniversario, puso, entre otras cláusulas, la siguiente:

“Que en la dicha fiesta se saquen y cuelguen en la dicha santa iglesia las banderas é insignias de esta victoria, que para ello se le darán, y las pongan de la manera que se ponen las banderas en la fiesta del triunfo de la Cruz, en la victoria de las Navas de Tolosa y la de Orán“.

¿Por qué motivo, que se ignora, no fueron enviadas inmediatamente las banderas á la Catedral de Toledo? El libro capitular de actas de la Catedral primada dice únicamente, en 1.º de Agosto de 1616, que el Deán y Cabildo resolvieron que el canónigo Tena, recién nombrado obispo de Tortosa, presentaría un memorial á Felipe III, transcribiendo exactamente la cláusula antes citada para pedir á S. M. se entregaran las dichas banderas, á fin de poder hacer con ellas lo que se ordenaba en la disposición de Felipe II.

En el libro capitular de actas, 6 de Octubre del mismo año, se puede leer que el Deán y Cabildo de la Catedral determinaron en la tarde del mismo día, víspera de la fiesta de la victoria de Lepanto, que se empavesase la Catedral con dieciseis banderas é insignias que de orden de S. M. se entregaron.

El libro de inventarios de la Catedral contiene en los folios 254 y siguientes, la descripción detallada de las dieciseis banderas, con aprobación del Cardenal Lorenzana en 27 de Abril de 1793. Dicha descripción comienza de este modo: “Pendón grande de damasco azul que remata en punta redonda, pintado de lazos, ramos y hojas; lleva en el centro la Imagen del Crucificado; debajo de él las armas del Papa; á la derecha, las de Venecia; á la izquierda las del Emperador, y abajo, las de España (sic). Tiene cinco botones y borlas grandes de seda azul y oro, pendientes de gruesos cordones, también de seda azul“.

“Adviértase (dice el Sr. Fernández Duro, en un estudio que publicó el Boletín de la Real Academia de la Historia: Octubre 1888) que, según la haz ó cara del estandarte que se mire, así parecen á la derecha ó á la izquierda las armas de Venecia; el que escribía el inventario lo miró por el revés, y no debía de ser la heráldica su fuerte, pues que designa por armas del Emperador difunto las del jefe de la Casa de Austria, D. Felipe II, y por armas de España las de D. Juan, cuyos cuarteles de Castilla, León, Aragón y Sicilia, ocupan muy distinto sitio que en el escudo nacional.

El estandarte de referencia mide 24 piés de largo por 15 de ancho, y está en buen estado. Aunque la investigación no haya logrado todavía prueba que á todas luces demuestre la autenticidad de la insignia, bastan las reunidas al convencimiento moral de ser la Catedral de Toledo poseedora del más glorioso recuerdo del venturoso día de Lepanto. En dicho templo, no en el de Gaeta, se guarda el símbolo de la Santa Liga, acompañándole el juego de flámulas, gallardetes, tordanos y pinelos que arbolaba la galera Real y que son asimismo de damasco azul con el crucifijo y armas, cordones y borlas de seda y oro; midiendo respectivamente 31, 93, 90, 57 y 51 piés de longitud, por proporcionada anchura de 20 á 24 piés“.

Al comienzo de esta nota hemos hablado del dato que existe en un libro de la catedral de Gaeta, en que se funda la tradición errónea que se conserva allí respecto del verdadero estandarte de la Liga.

Dice así el referido testimonio:

“Illustrazione del quadro esistente nella chiesa vescovile di Gaeta nel mezzo e al di sopra dell' altare maggiore.

Ai tempi di Pio V, epoca nella quale l' impero ottomano grandi travagli dava a la Chiesa Santa, avvenne che allistitasi un' armata sotto lo stendardo di Maometto, si minacciava di una invasione le coste italiane. Fu allora che il Pontefice massimo raccolse come poté alcuanti legni, e postili sotto la condotta di D. Giovanni di Austria, ofrí al duce l' insegna di un crocefisso ai di cui piedi gli apostoli Pietro e Paolo effigiati su di una stoffa quadrangolare e sotto vi si leggea: *in hoc signo vinces*. Il prode Giovanni con fede accolse il mandato e incontro l' armata musulmana stanziata nelle acque delle isole Cursolari. Colá un portentoso successo che malgrado la sproporzione delle forze navale fra le due parti, quando i turchi circuito aveano le navi di Don Giovanni, un vento impetuoso scatenossi, mercé il quale tutte le musulmane navi sono involte in un turbine cosiffatto da tenebrarne l' orizzonte, mentre alle navi cristiane niun danno ne viene. Così fu dato al vincitor di Lepanto aggiungere un altro trionfo sugl' infideli.

Seguita la vittoria, D. Giovanni diresse le prue per gli stati di Roma, ma sui malgrado i venti lo astrinsero ricovrarsi a Gaeta. E qui preso terra si recó dal vescovo ed ai suoi pié depose l' insegna vittrice avuta da Pio, la quale fu collocata e sta tuttavia, qual monumento di religione, a sovraccapo dell' altare maggiore nella chiesa vescovile di Gaeta.

Gaeta, 7 di Dicembre di 1848.—Secondo ragguaglio avuto dal vescovo della diocesi per ordine del Re.—Firmado: Achill Ferrer“.

sucumbir; el virrey de Alejandría muerto en la lucha y el estandarte de su galera en poder de los vencedores; Barbarigo haciendo prodigios de valor, herido mortalmente en la pelea; Doria conquistando nuevos laureles en su carrera de ilustre marino y bizarro soldado; Bazán, "aquel rayo de la guerra, aquel padre de los soldados, aquel venturoso y nunca vencido capitán", salvando á la continua de peligros ciertos á las tres divisiones cristianas; Colona, Requesens, Veniero, todos los jefes, portándose como ilustres campeones de los tiempos clásicos del heroísmo; los capitanes de las galeras y demás naves superándose á si mismos en denuedo y elogiabile comportamiento; y sobre aquel caos de estruendo bélico, ayes, muertes, cautiverios, infortunios, sangre y horror, apareciendo la noble, gallarda diestra del Generalísimo D. Juan de Austria, blandiendo la espada y semejando la personificación misma de la Justicia, dando á los cristianos en premio de sus virtudes la victoria, y á los otomanos en castigo de sus maldades la humillación y la derrota:... en verdad que todo esto, en su conjunto y en sus pormenores, más digno de la epopeya que de la historia, forma el cuadro más terrible y al mismo tiempo sublime que haya podido crearse la humana imaginación. (9)

Y aunque en todos los bajeles se combatía con sobrehumano denuedo, señalábase y sobresalía un humilde soldado de la galera *Marquesa*, galera que mandaba el bizarro Francisco de San Pedro. Llamábase el soldado Miguel de Cervantes Saavedra. Pertenecía aquella embarcación á la división que tenía por jefe á Andrea Doria, á la que correspondió el ala derecha de la batalla; pero en el arreglo final que se hizo antes del combate, dos galeras de las naves de Doria, *La Marquesa* entre ellas, donde iba Cervantes con la compañía del capitán Diego de Urbina, se asignaron á la división de Barbarigo, almirante de los venecianos, que tenía su sitio en el ala izquierda, al lado de tierra. (10)

Estaba enfermo Miguel de Cervantes el día del combate. Agobiado de intensa fiebre, tanto el capitán del buque como sus compañeros, le rogaban que no tomase participación en la contienda. Pero Miguel de Cervantes, respondiendo como era de esperar de su grande alma, no quiso dar oídos á aquella justa advertencia. "*He servido siempre muy bien* (dijo el valiente soldado) *á Su Majestad, y así ahora no seré menos, aunque esté enfermo y con calentura. Más vale pelear en servicio de Dios y de Su Majestad y morir por ellos, que bajarme so cubierta*".

¡Palabras dignas de aquel ilustre soldado, que antes y después de la función de Lepanto,

supo acreditar su valor heroico, sólo comparable á lo sublime de su talento! (11)

Los soldados de la *Marquesa* fueron de los que más se distinguieron desde el principio en la lucha, y tuvieron la gloria de haber muerto á más de quinientos turcos, entre ellos el virrey de Alejandría Mehemet Siroco, apoderándose del estandarte real de Egipto.

Miguel de Cervantes rivalizó con todos sus compañeros de la *Marquesa* en denuedo y bizarria. Aunque enfermo, quiso y supo escoger el sitio de más peligro. Pusiéronle junto al esquife al frente de doce soldados, donde fué modelo de valor. Frisaba entonces en los veinticuatro años de edad; el odio contra los enemigos de su patria encendía en santa indignación su ánimo. Por eso fué un héroe en Lepanto.

Herido queda Cervantes en aquella lucha titánica. Su entereza jamás decae. Más valiente mientras más enemigos le rodean, recibe dos arcabuzazos en el pecho, uno en la mano izquierda. Cubierto de sangre, destrozada la mano, no retrocede, no duda, no vacila. Parece entonces la personificación del heroísmo, otorgando el triunfo al valor y la justicia.

Exánimes caen á su lado los más queridos y valerosos compañeros: casi queda solo contra la fuerza enemiga: hasta el denodado capitán Francisco de San Pedro sucumbe. Él sigue combatiendo, y no abandona las armas sino cuando el mágico grito de ¡VICTORIA POR LOS CRISTIANOS! resuena por doquier, inundando de patriótico regocijo los corazones de todos.

Con gran motivo, pues, se glorió Cervantes en varios lugares de sus escritos, de haberse hallado en aquella ocasión memorable, y con razón se lamenta de que sus rastreros enemigos le echasen en cara su manquedad, como si no la hubiese cobrado en la batalla naval más formidable que han presenciado los siglos. (12)

Después de la victoria en aquel combate tan glorioso para la Cristiandad, que duró desde el medio día hasta el anochecer del 7 de Octubre, la Armada se dirigió al próximo puerto de Petala, tanto por hallarse al abrigo de los vientos, como para cuidar de los heridos y resolver lo que habría de hacerse en los siguientes días. Cuatro estuvo allí D. Juan, y sus mayores desvelos se dedicaron á los valientes soldados heridos, dirigiéndoles frases de consuelo y elogiando el patriótico ardor con que habían luchado hasta conseguir tan hermoso triunfo. El ánimo generoso y compasivo del heroico D. Juan amaba á sus soldados con cariño de hermano, participaba de sus propias alegrías y de sus propias tristezas, y parecíale pequeño todo el afecto de su

gran corazón para alentarlos y fortalecerlos en sus adversidades. Palabras de bondad y alabanza escucharía también de sus labios Miguel de Cervantes, aquel otro joven de veinticuatro años como él, de la misma gallarda presencia, del mismo espíritu varonil y alentado, de alma tan superior como la suya, y, si humilde por su condición, de tan magníficos y sublimes pensamientos como su jefe. De la distinción en que tuvo D. Juan de Austria en su alto aprecio á Cervantes, es clara demostración el aumento de tres escudos mensuales que ordenó se le asignasen sobre su sueldo ordinario, cuando oyó referir sus grandes proezas en la famosa jornada. Esta prueba significativa de su especial estima, la acrecentó después con nuevas señales de gran predilección.

Aunque D. Juan anhelaba vivísimamente dar á los turcos otras lecciones de severidad, que dejaran sin duda demostrada su potente supremacía, los diversos pareceres de los jefes coligados y lo avanzado de la estación, le decidieron á volver á Italia para invernar, y preparar con más reposo lo necesario para reanudar en la primavera próxima las operaciones marítimas contra los infieles. Á los cinco días de estar en Petala, salió la Armada con el propósito de expugnar los castillos de Lepanto y Santa Maura; pero en vista de las dificultades que para ello hubo, resolvió D. Juan tomar la vuelta de Corfú, desde donde, hecho el repartimiento de las presas ganadas al enemigo, se dieron por terminadas las operaciones de aquel año.

El 31 de Octubre, después de haber corrido grandes temporales, llegó D. Juan con sus naves á Mesina, donde fué inmenso el júbilo y extraordinarias las fiestas que en honor del Generalísimo se celebraron. Fué aquello un verdadero delirio de entusiasmo. Todo parecía insignificante para agasajar al Príncipe. La ciudad le hizo un preciado regalo y puso á su disposición treinta mil escudos, que, con generosidad digna de su magnificencia y corazón caritativo, dedicó por completo para curación y regalo de los heridos; rasgo nobilísimo que acrecentó el respeto que infundía y el amor con que todos le veneraban. Igual desinterés demostró con sus soldados, á quienes dejó todo el dinero, joyas y ropas de que se apoderaron en la capitana de Aalí Bajá, cuando, muerto el general otomano, fué saqueada de los cristianos.

Todos los heridos en Lepanto quedaron hasta su completa curación en el hospital de Mesina. La vigilante actividad de D. Juan de Austria siguió ejercitándose piadosamente. Eran frecuentes sus visitas y solícitos sus cuidados.

Convertíase en amoroso padre de todos. Consolábalos en sus aflicciones: fortalecía los con su presencia. La curación de Cervantes fué bastante larga. Á los cinco meses de sus heridas, en Marzo del 72, se ordenaba al pagador Juan Morales diese á Miguel de Cervantes once ducados, como ayuda de costa "para acabar de curar de las heridas que recibió en la batalla".

En 29 de Abril de 1573, ya curado y estando en Nápoles, se ordenó á los oficiales de la Armada que asentaran en los libros de su cargo á Miguel de Cervantes tres escudos de ventaja al mes en el Tercio de D. Lope de Figueroa, en la compañía que le señalaren. El Tercio de Moncada, al que Cervantes pertenecía cuando la gloriosa función de Lepanto, había quedado de guarnición en la parte meridional de Sicilia. La nueva compañía en que ingresó fué, como demuestra muy bien Navarrete, la de D. Manuel Ponce de León. Formando parte de ella, se halló en las acciones de guerra que se ofrecieron en los años siguientes.

Cuanta supremacía habían adquirido las potencias cristianas después del combate de Lepanto, vióse contrariada desde los mismos primeros momentos de la victoria, sobre todo y desgraciadamente por uno de los pueblos que formaban parte de la Liga: por Venecia. Orígen él, ó causa principal, por el suceso de Chipre, de aquellos aprestos supremos que hicieron España y Roma para trabar contienda decisiva contra el turco; era, sin embargo, la única nación que no procedía con el acierto, prudencia, buena fe, abnegación y confianza que demandaban los acontecimientos.

Llevada aquella República del interés, voluble, gobernada por impresiones del momento, tan presta en llamar en su auxilio á los príncipes cristianos como en concertar paces con sus más declarados perseguidores, obedeciendo siempre á impulsos egoístas, rigiendo en sus actos la indiscreción, la ligereza y la injusticia, fué el más terrible enemigo de los altos intereses que se defendían y el pueblo que dificultó y dió en tierra con los propósitos de Felipe II y de Pio V.

Indignación causa al par que sorpresa el leer documentos contemporáneos á la batalla de Lepanto, donde se consigna que, á pesar del triunfo indisputable y señaladísimo obtenido por los cristianos, el gobierno de Venecia estuvo en tratos con el poder vencido para hacer á todo trance la paz y convenios beneficiosos á sus medros y asuntos, aunque se resintiesen los intereses de las otras naciones confederadas y las ideas de dignidad y pundonor fuesen ultrajadas y envilecidas.

La lentitud en las operaciones de la campaña de 1572 era presagio cierto del fracaso de la Liga. Perdióse el tiempo más precioso en hacer pronósticos y echar cálculos, sin que se adoptara una determinación suprema para acabar con el tan mermado prestigio naval de los turcos. D. Juan de Austria, que deseaba á todo trance un nuevo combate con el enemigo, confiado en la victoria, no pudo salir adelante con su intento á causa de las impertinentes indecisiones y obstáculos que los venecianos oponían. En carta que escribió al Duque de Sessa con fecha de 29 de Agosto de 1572 desde Corfú, se queja de esto por las siguientes palabras: "Mayor disgusto tengo del que sabría encarecer en ésta, de haber visto perder tan gran ocasión como hemos perdido el año presente de romper la armada del turco segunda vez, *por designios y fines particulares*".

Desde el 9 de Agosto esperaba en Corfú D. Juan con todas sus galeras la llegada de las escuadras del Papa y de la señoría de Venecia, que por su cuenta y sin plan determinado habían procurado en vano trabar combate con la armada turca, que iba á las órdenes de Uluch Alí, virrey antiguo de Argel, que tanto se distinguió en Lepanto por su resolución é instintos de ferocidad. Hasta el 8 de Setiembre no salieron de Corfú las doscientas ochenta naves que componían las fuerzas de los coligados; pero los resultados fueron de bien escasa importancia.

El ala derecha iba mandada por el Marqués de Santa Cruz; la izquierda por el proveedor de Venecia, Soranzo, y la batalla por el Generalísimo con los generales Foscarini, Colona y Andrada. Según informes transmitidos por las embarcaciones que fueron á indagar el paradero de la armada contraria, se supo que se hallaba, mitad en Modón y mitad en Navarino, y que estaba falta de recursos y de gente.

Quiso D. Juan impedir que las dos divisiones de la armada turca llegasen á unirse; pero frustróse este plan, pues no se logró interceptar la comunicación. Las naves que estaban en Modón se dirigieron á Navarino, donde se juntaron todas las enemigas. D. Juan quiso presentarles batalla y se disparó contra ellas la artillería; pero el enemigo rehuyó el combate y se declaró en retirada, temeroso y astuto, no queriendo exponer los buques á un contratiempo seguro. Se trató de expugnar á Modón; mas vistas las dificultades que para ello había, se desistió del asedio, para dirigir las fuerzas á mayores resoluciones.

Pero la desgracia persiguió el año 72 á las armadas de la Liga. Encomendóse al príncipe

de Parma, tan heroico y apuesto guerrero, poner sitio y apoderarse de la fortaleza de Navarino. Eran, sin embargo, tan pésimas las condiciones del terreno, tan expuestos estaban los sitiadores á los tiros del enemigo, tantas contrariedades hubo para continuar el cerco, que se abandonó la empresa como perjudicialísima y de escasa gloria.

No había medio de pelear con un enemigo que aparentaba querer combatir y, en presentándole batalla, huía resueltamente del contrario. Hasta qué punto llegaba esta táctica especial de los turcos mandados por Uluch Alí, lo patentiza aquel suceso famoso, celebrado por poetas é historiadores, del apresamiento hecho por el Marqués de Santa Cruz de una galera turca en Modón; acontecimiento que mentó Cervantes con regocijado cariño y palabras muy sentidas en alabanza de aquel marino insigne. (13)

Era 7 de Octubre de 1572, primer aniversario del famoso combate contra los turcos. Las escuadras reunidas vieron que una nave española, que venía de Corfú, estaba acometida furiosamente por veinticinco galeras de la armada de Uluch Alí y expuesta á ser presa de los infieles. Dió órdenes D. Juan para combatir al enemigo; pero éste, en cuanto notó que iban contra él las naves de Colona, Cardona y el Marqués de Santa Cruz, esquivó toda lucha y huyó al abrigo del castillo de Modón. Las veinticinco embarcaciones que perseguían al buque procedente de Corfú, viendo las fuerzas superiores que iban contra ellas, procuraron salvarse de la acometida. Solamente una quedó rezagada y no pudo evadir el peligro. Cayó en poder del Marqués de Santa Cruz, y fué aquel feliz suceso el único satisfactorio y de positivo resultado que se logró en la jornada de aquel año.

Quien dirigía la nave apresada era un nieto de Barba Roja, aquel célebre corsario que tanto daño hizo á los cristianos con implacable saña. Llamábase el Sanchac, hombre de crueles instintos, odiado de su gente, á la que trataba con ferocidad salvaje. Algunos historiadores, al referir la presa de su buque, dicen que pereció á manos de un espalder antes que se apoderasen de él los cristianos; pero Cervantes, que presencié el hecho, como soldado que iba en la división del Marqués, lo refiere con pormenores interesantes que reproducen la escena con pasmosa fidelidad y ofrecen incidentes desconocidos, que dan clarísima idea del carácter de aquel malvado verdugo, que, como final proeza de su perversidad, mandó sacrificar diez cristianos mientras el Marqués de Santa Cruz le perseguía para apresar su embarcación y dar libertad, como consiguió,

á más de doscientos cautivos (*) que iban al remo.

Resolvió D. Juan de Austria, en vista de la imposibilidad de llevar á cabo por entonces sus propósitos, dar por terminada la campaña del año 72, tan ineficaz y pobre, como gloriosa y de gran resultado había sido la del precedente.

Á últimos de Octubre llegó el príncipe con sus naves á Mesina, de donde pasó después á Nápoles. Allí quedaría indudablemente Cervantes de guarnición algún tiempo y después en varios puntos de Sicilia hasta la campaña del año venidero. Cuán tristemente impresionó aquella frustrada expedición el ánimo de Cervantes, bien á las claras se ve en las palabras que dedicó al asunto en su novela del *Cautivo*. Él, tan amante de su patria, que tanto se enorgullecía de haber quedado herido en Lepanto, tan defensor de todo lo noble y justo, ¡con qué corazón más decaído no volvería á Italia, y cuán amargamente no lamentaría su alma generosa y sublime que las pequeñeces personales y el egoísmo de algunos jefes se antepusieran á la grande y majestuosa causa por la que todos debían combatir y hacer el sacrificio de sus más profundos afectos y aun de la vida!

No eran infundadas las sospechas de una perfidia por parte de Venecia. Después de la inútil excursión á Modón y Navarino, la República de San Márcos se mostró cada día más propicia á concertar paces con los enemigos del nombre cristiano. Con la doblez por enseña, con la mala fe por norte de sus acciones y con el disimulo por fin de sus intentos nefandos, había sembrado Venecia la duda, la indecisión, el engaño, ora prometiendo nuevos refuerzos, ora desdeñando la influencia turquesca, ora aparentando fieros y amenazas para lo sucesivo. Pero, á pesar de todo, la infamia que tramaba fué descubierta y quedó patente. Firmó un tratado con Turquía

por el que resultaba, no sólo perjudicada, sino también humillada, escarnecida, vilipendiada miserablemente.

Cuando D. Juan, por confesión de los mismos venecianos, tuvo conocimiento de la defección, mejor dicho, de la traidora conducta de la Señoría, mandó quitar de la galera real el estandarte de la Liga, y recobró su libertad de acción para obrar con entera independendencia en bien de los intereses de la Religión y de su patria. Entre las estipulaciones pactadas para la Santa Liga, había una que consignaba que, las fuerzas confederadas, no sólo servirían para combatir con las de los crueles turcos, y defender los coligados sus estados y señoríos, sino para ofenderlos y destruirlos como á común enemigo por mar y tierra, *comprendiendo* en esto Argel, Túnez y Trípoli.

Pero tales propósitos no se vieron nunca realizados. ¿Ni cómo era posible, estando tan discordes los pareceres de los jefes de la Liga, y aun mostrándose tan opuestos en resoluciones é intentos, y más desde la muerte del Papa Pío V, iniciador y alma de aquella magna junta de los pueblos cristianos contra el bárbaro enemigo común?

Quiso aprovechar D. Juan de Austria todos los elementos y aprestos reunidos para la campaña del año 73, puesto que la Liga había terminado, en una empresa que desde hacía tiempo abrigaba en su mente: la conquista del reino de Túnez. Aunque contrariado por su hermano, quien temía que tan grande resolución aumentara el singular prestigio de que gozaba y como celoso de los aumentos del vencedor de Lepanto, la expedición se realizó con mucha presteza y buena fortuna. Felipe II no quería que su hermano conquistase á Túnez para sí y dominase en aquel reino como monarca.

Ordenó á D. Juan que se limitase á destronar

(*) Véanse las textuales palabras de Cervantes: "Halléme el segundo año (de la Liga), que fué el de setenta y dos, en Navarino. Ví y noté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca, porque todos los levantes y genízaros que en ella venían tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mismo puerto y tenían á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habían cobrado á nuestra armada; pero el Cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regía, sino por los pecados de la Cristiandad y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen."

En efecto, el Uchalí se recogió á Modón, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el Sr. D. Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que

se llamaba la *Presa*, de quien era capitán un hijo (algunos historiadores dicen que nieto) de aquel famoso corsario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles llamada la *Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán D. Álvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz. Y no quiero dejar de decir lo que pasó en la presa de la *Presa*. Era tan cruel el hijo de Barba Roja y trataba tan mal á sus cautivos que, así como los que venían al remo, vieron que la galera *Loba* les iba entrando, y los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa; y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco más que pasó del árbol, ya había pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba y el odio que ellos le tenían". (*Don Quijote*, Parte primera, cap. XXXIX).

á Aluch Alí y poner en su lugar á Muley Mahamet. Salió la expedición de Palermo el 24 de Setiembre, en la que iban veinte mil soldados, entre ellos los correspondientes al Tercio de Don Lope de Figueroa, donde militaba Cervantes. En los primeros días de Octubre llegaron á Túnez las fuerzas que dirigía D. Juan.

Era como un título de gloria conservar á Túnez entre los dominios españoles por haber sido conquistada aquella ciudad por el Emperador Cárlos V. Cuando los musulmanes se apoderaron luego de ella, el fuerte de la Goleta quedó en poder de los españoles, y fué adonde primero arribaron las naves que iban á las órdenes de D. Juan de Austria, quien no bien hubo llegado y desembarcado, ordenó que parte de sus fuerzas marchase sobre Túnez con el refuerzo de los veteranos que había en aquel fuerte. Al ver los de la ciudad acercarse las tropas cristianas, desalentados y temerosos, huyeron. Los españoles entraron en la ciudad, se posesionaron de ella, arreglaron las cuestiones del trono á medida de sus deseos y con arreglo á las instrucciones que llevaba D. Juan, construyeron nuevas fortalezas que más tarde serían fatales para España, reforzáronse las guarniciones, y, antes de un mes de haber salido, volvió el príncipe á Palermo.

Que Cervantes estuvo en estos hechos de armas, felices para el nombre español, él mismo lo asegura en las informaciones y memoriales presentados años después al Rey en solicitud de galardón y recompensa. Y su señor padre, al efectuar lo mismo, en 1577, también lo consigna con particular cuidado. (14)

Repuestos los turcos de sus pasados quebrantos y en paz con Venecia, decidieron en la primavera del año 74 volver á apoderarse de Túnez con un ejército numeroso. Cuando D. Juan tuvo conocimiento de ello, procuró reunir fuerzas para impedir los propósitos del enemigo; pero las contrariedades que le hicieron experimentar, así la lentitud y escaso interés que se tomó por ayudarle el Cardenal Granvela, virrey de Nápoles, obedeciendo órdenes de Felipe II, como los temporales que impidieron la llegada de las naves donde iba D. Juan con los mejores soldados españoles, anularon los planes que el príncipe se proponía realizar. Túnez y la Goleta cayeron en poder de los turcos, los españoles pelearon heroicamente antes de ser vencidos, y el fuerte mandado construir por D. Juan de Austria fué destruído y muertos casi todos sus defensores.

Las nuevas del gran desastre llevaron la mayor tristeza á todos los ánimos; y, aunque se quiso hacer recaer la responsabilidad de aquella inmensa desgracia sobre D. Juan de Austria, par-

te por no haber tomado las debidas precauciones, parte por no obedecer las órdenes de su hermano, que le mandó dismantelar las fortalezas, la verdad es que los primeros causantes del fracaso eran los que estuvieron remisos, cuando no rehacios, ó se opusieron resueltamente á facilitar lo necesario al príncipe para poder con presteza conjurar el peligro. Felipe II fué el principal responsable de aquel desdichado suceso por la exagerada desconfianza que tenía de su hermano y la tenacidad con que se oponía á que llegase á ser rey de Túnez, como noblemente ambicionaba el hijo natural de D. Cárlos, con alientos de gloria iguales á los de su progenitor.

Debió de impresionar mucho á Cervantes aquel fatídico suceso, cuando años adelante, por el relato sin duda de personas que presenciaron los hechos, habló de ellos en su novela del *Cautivo* con intensa amargura, y añadió muy oportunas reflexiones.

"El año de 73 (dice Cervantes en persona del cautivo) se supo en Constantinopla como el señor D. Juan había ganado á Túnez y quitado aquel reino á los turcos, puesto en posesión de él á Muley Mahamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenía Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con los venecianos, que mucho más que él la deseaban, y el año siguiente de 74 acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez había dejado medio levantado el Sr. D. Juan. Perdióse, en fin, la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda África más de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte.

Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podían levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas, y así con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero, ninguno podía parar ni asistir á la defensa. Fué común opinión que no se habían de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al

desembarcadero; los que esto dicen, hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el fuerte apenas había siete mil soldados, ¿cómo podía tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra?

Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mi, que fué particular gracia y merced que el Cielo hizo á España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de malvados, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran.

Perdióse también el fuerte; pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendían pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinticinco mil enemigos los que mataron en 22 asaltos generales que le dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor y de lo bien que se habían defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre, que estaba en mitad del Estaño, á cargo de D. Juan Zanoquera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á D. Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto le fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, adonde le llevaban cautivo.

Cautivaron asimismo al general del fuerte, que se llamaba Cebrió Cerbellón, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagán Doria, caballero del hábito de San Juan, de condición generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea Doria, y lo que más hizo lastimosa su muerte fué haber muerto á mano de unos alárabes de quien se fió viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los genoveses que se ejercitan en la pesquería del coral; los cuales alárabes le corta-

ron la cabeza y se la trajeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refrán castellano: que *aunque la traición aplace, al traidor se aborrece*; y así se dice que mandó el general ahorcar á los que le trajeron el presente, porque no se lo habían traído vivo....

Rendidos la Goleta y el fuerte, los turcos dieron orden de dismantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con más brevedad y menos trabajo, le minaron por tres partes, pero con ninguna se pudo volar lo que parecía menos fuerte, que era las murallas viejas; y todo aquello que había quedado en pie de la fortificación nueva, vino á tierra con mucha facilidad". (*)

Desde que volvió Cervantes á Italia en 1573, después de la conquista de Túnez, estuvo con su compañía en la isla de Cerdeña, adonde consta que se destinaron las que componían el Tercio de Figueroa. El año siguiente, con motivo de las alteraciones de Génova, en que Felipe II intervino para que prevaleciera la parcialidad que obedecía por jefe á Doria, las tropas del Tercio de D. Lope fueron conducidas en 14 galeras á las riberas de Génova, para que quedasen á las órdenes de D. Juan de Austria, que recibió el encargo de apaciguar las perturbaciones promovidas en aquella República.

Cuando D. Juan aprestó sus buques para impedir la toma de Túnez por los turcos, el mencionado Tercio formaba parte de la fracasada expedición. Al volver las naves á Italia perseguidas de los temporales, las tropas que dirigía D. Lope de Figueroa quedaron en Sicilia á las órdenes del Duque de Sessa, por tener que venir á la corte de España el antiguo jefe del Tercio.

Por eso fué el Duque de Sessa quien dió cartas de recomendación á Cervantes para el Rey, como soldado valiente y de grandes y señalados méritos. Su conducta intachable, su pundonor, su dignidad, el heroísmo que demostró en Lepanto, sus bellas prendas de carácter, su genio comunicativo y vivaz, las altas dotes de inteligencia, todo le hacía captarse las voluntades de sus superiores, como se granjeaba la amistad y el respeto de sus compañeros por sus actos y sus palabras. De la honda estima en que le tuvieron sus jefes, es significativa y clara muestra la especial recomendación que hacía de él en su carta al Rey, su hermano D. Juan de Austria, proponiéndolo como una de las personas más aptas para capitán de alguna de las compañías que

(*) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Parte primera, capítulo XXXIX.

nuevamente se formasen para Italia; distinción que bien se tenía merecida desde sus proezas y manquedad en Lepanto, pero que nunca llegó á obtener, contrariado siempre de su mala suerte.

Cinco años llevaba Cervantes de soldado en las compañías de los Tercios de Mónica y Figueroa, cuando solicitó permiso para venir á España. Sus heridas, sus padecimientos, la amargura de no ver recompensa adecuada á sus méritos, las súplicas de su familia, el deseo de mejorar de posición retirándose á España, la confianza que abrigaba quizás de que sus pasados padecimientos serían reconocidos y premiados en su patria, le incitarían á pedir la licencia para ausentarse del servicio militar.

Pobres y tristes, en orden á sus aumentos particulares, fueron para Cervantes aquellos cinco años de fatigas, sinsabores, angustias y escaseces; pero para su vida intelectual resultaron ricos y plácidos. Con los cuidados de la milicia alternaban sus estudios de las bellas Letras. Los dulces solaces de la Literatura le compensaban de las duras tareas de la milicia. El cuerpo sufría las molestias de la disciplina militar; pero la inteligencia gozaba con sublimes comunicaciones. Ningún país como Italia para excitar al estudio y perfeccionar el entendimiento con magníficas enseñanzas. Por eso amó tanto Cervantes á Italia; por eso hizo tan frecuente mención de todas sus principales ciudades en sus obras; por eso habló con tanta discreción y con tanta exactitud de sus monumentos, artes, usos y costumbres; por eso describió con tanta puntualidad los diversos aspectos de pueblos y comarcas, sus hábitos, vida social, luchas de familia y especiales tendencias de cada uno. Sus pinturas son sugestivas, amenas, llenas de vivacidad é interés con un atractivo señalado de observación.

Aquel espíritu analítico, que en todo se fijaba, no se concretó al conocimiento del dulce idioma italiano, sino profundizó y percibió toda la excelsa hermosura de su fecunda labor intelectual, donde el culto á las formas, á las delicadezas más exquisitas, á las filigranas del estilo, constituye un mérito peculiar de la manifestación literaria.

El gran entusiasmo que el Renacimiento despertó en Italia, no tenía comparación en ningún otro país de Europa. España, con todos sus ilustres escritores del siglo XVI, tuvo que recibir lecciones de la península hermana para depurar el gusto literario y dar nuevas hermosas formas á las composiciones del ingenio. Las escuelas del Dante y de Petrarca tuvieron en España, desde antiguo, muchos adeptos é imitadores. La Lírica se inspiró para muy excelentes producciones en la métrica italiana. Los versos

dulcísimos del Tasso produjeron inspiradísimas rimas en español. Muy estudiado y celebrado fué Ariosto. Cultivóse el soneto con una perfección notable. Cervantes concibió allí su propósito, tan gallardamente realizado, de implantar en nuestra patria el cultivo de la novela de que propiamente carecíamos. Explícate así que los más grandes escritores é ingeniosos poetas de nuestro Siglo de Oro, quisiesen completar en Italia sus estudios.

Allí encontraban siempre modelos que seguir. En la lectura incesante de los poetas italianos, se inspiró el celebrado Francisco de Figueroa, para introducir en la métrica española el verso endecasílabo suelto. Hurtado de Mendoza, á pesar de su pasión por la poesía genuinamente castellana, tuvo por precisión que adoptar al fin las formas de la poesía italiana, pues su permanencia en aquel país le hizo comprender cuánto superaba en la variedad y galanura de la rima á las composiciones de la antigua escuela española, que no pudo dominar en absoluto después de la innovación introducida en nuestras bellas manifestaciones poéticas por Boscán y por Garcilaso. Los libros de aquel famosísimo Aretino, tal vez enseñaron al mismo Hurtado de Mendoza, con su sátira despiadada contra la corrupción de las costumbres clericales, aquel tono cáustico, aquel estilo burlesco, aquella intención profunda que empleó en su preciosa epístola del Bachiller de Arcadia contra Pedro Luis de Farnesio, hijo del Papa Paulo III.

En Italia completó su educación literaria el insigne Bartolomé Leonardo de Argensola. Allí adquirió su delicadísimo gusto Mira de Amézcuea. Allí perfeccionaron sus envidiables disposiciones de invención é ingenio Pacheco, Suárez de Figueroa, Cristóbal de Mesa y otros. Allí se dieron á notar varios en las Academias literarias por sus gracias de dicción y su sagacidad y cultura. Y el mismo Cervantes, que á nadie cedía en originalidad y fuerza creadora, no sólo tomó de Bocaccio, como hemos dicho, su idea de novelar en castellano, sino que imitó también á otro escritor de Italia en la composición de su *Viaje del Parnaso*, aunque mejorando y ampliando el pensamiento primitivo. Italia fué para nuestro inmortal Autor como la tierra santa donde llegó á purificar su talento y lo esclareció con soberana lumbrera de perfecciones. Aquellos gérmenes de nuevos conceptos y enseñanzas, se desarrollaron más tarde en su privilegiada mente para producir obras que serían la admiración de la más remota posteridad.

¡Con qué gusto, con qué cariño habla siempre de su Italia querida! Es la patria de sus re-

cuerdos; la amada de su inteligencia; la grata inspiradora de sus perfeccionamientos literarios. En todos sus libros hay reminiscencias de sus viajes por Italia. Cuanto ha visto, quiere describirlo; quiere expresar cuanto ha interesado su corazón, cuanto ha sentido su alma. Nápoles fué para él la ciudad de sus preferencias, la que más le sedujo, donde más largamente habitó y cuyos encantos más le entusiasmaban. (15)

Agradábale Génova; contentábale Florencia; causábale admiración Roma; parecíale bien el asiento y belleza de Palermo; conservó gratos recuerdos de Mesina, de Ferrara, de Parma, Plasencia y Pisa. Llamaba á Gaeta "la fuerte", y á Venecia "admiración del mundo antiguo", como Méjico era espanto del mundo nuevo, por ser sus calles todas de agua. La vida íntima de las poblaciones quedaba por él no menos bien retratada que la disposición é importancia de sus edificios. Dejó curiosísimos datos sobre las costumbres napolitanas, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía y las espléndidas comidas que en las hosterías se gozaban. Y dejó dibujado puntualmente, valiéndonos de su expresión en *El Licenciado Vidriera*, cuanto con Italia se relacionaba en comercio, industria, oficios, vida pública y vida privada, virtudes y vicios, grandezas y defectos.

Cervantes se iba á alejar, quizás para siempre de aquellos sitios queridos. Volvía á la amada patria, en unión de su hermano Rodrigo, que como él había sido soldado en Italia. Los padres de Cervantes seguían viviendo en Madrid, en compañía de su hija soltera D.^a Magdalena y del más pequeño de los varones, de nombre Juan.

D.^a Andrea había tenido una hija, llamada D.^a Constanza, de su matrimonio con Nicolás de Ovando. Existe un documento en la *Colección*

de Pérez Pastor, por el que se sabe que D.^a Andrea tomó á soldada, como sirvienta, en 1.^o de Setiembre de 1573, por término de dos años, una joven llamada Isabel de Alvear, hija de María, viuda de Francisco Cachopín. D.^a Andrea la había de sustentar, vestir y calzar honestamente, darle habitación, curarla en sus enfermedades, enseñarla á labrar, coser y hacer cadenetas, y dar á la madre además seis mil maravedís en dinero al terminar los dos años, á cuenta de los que entregó D.^a Andrea, al firmar el asiento, cuarenta y cuatro reales. (16)

Otros documentos existen en la misma *Colección*, por los que sabemos interesantes pormenores acerca de la hermana menor, D.^a Magdalena. Parece ser que un D. Alonso Pacheco, por haber dado palabra de casamiento á dicha joven, firmó en Mayo de 1575 una carta de obligación á su favor, comprometiéndose á pagarle la cantidad de 500 ducados para el próximo día de Santiago. D. Alonso no cumplió su palabra, ni tampoco ninguna de las nuevas promesas de pago que hizo, portándose como mal caballero. Quizás estas relaciones amorosas, que fin tan inesperado tuvieron, serían permanente recuerdo de tristeza que predispuso el ánimo de Magdalena al retraimiento de su vida y le inclinó á sus devociones de beata.

Es muy de notar que el referido D. Alonso Pacheco, era hijo de D. Pedro Portocarrero, aquel desgraciado gobernador de la Goleta, que fué cautivo en 1574, y del que habló Miguel de Cervantes, como dejamos dicho. Quizás Miguel no tuvo conocimiento nunca de aquellas promesas incumplidas de matrimonio, que tanto amargarían la alegría juvenil de su hermana Magdalena. Pero de esto se hablará en el lugar correspondiente.

ILUSTRACIONES AL CAPITULO III

1.^a—Cervantes no fué soldado del Papa, ni como tal sirvió á las órdenes de Colona.

La equivocación sostenida respecto de este particular, tuvo su origen en las palabras que escribió Cervantes, en su dedicatoria de *La Gálatea* al abad de Santa Sofía, hijo del famoso general romano, cuando dice: "Hágale V. Señoría buen acogimiento á mi deseo, el cual envió delante para dar algún ser á este mi pequeño servicio. Y si por esto no lo mereciere, merézcale, á lo menos, *por haber seguido algunos años las vencedoras banderas* de aquel sol de la milicia, que ayer nos quitó el Cielo delante de los ojos; pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dignas de ella, que fué el Excelentísimo padre de V. S. I."

Marco Antonio Colona estuvo de jefe, es cierto, en la primera expedición contra los turcos, año de 1570, como general del Papa, á quien tuvieron que obedecer de orden de Felipe II Andrea Doria y el Marqués de Santa Cruz, aunque nunca de buena voluntad. Cervantes, como formando parte de los soldados españoles que iban en la división de Doria, dice muy propiamente que, *siguió entonces*, como luego en la tercera expedición de 1572, las banderas de Colona, lo cual no implica la afirmación de que estaba directamente bajo su dominio, con supremacía indiscutible. También les decía Felipe II á Doria y al Marqués de Santa Cruz que *siguiesen el estandarte* de Colona, pero no en el concepto de que estuviesen supeditados en absoluto á sus mandatos, sino como representante del Pontífice, por motivos de consideración y cortés señal de benevolencia.

Sin embargo, hay datos bien explícitos en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, para saber

que á las órdenes de quien verdaderamente peleó, fué á las inmediatas de D. Juan de Austria, pues dice con toda claridad que "en la batalla naval de Lepanto perdió la mano izquierda de un arcabuzazo, militando debajo de las muy vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Cárlos V, de felice memoria".

Cervantes siguió las banderas de Colona, porque accidentalmente fué jefe de dos expediciones, pero realmente estuvo siempre bajo las victoriosas de D. Juan, que ni significa ni representa lo mismo. El docto Navarrete disertó acerca de esto con mucha sensatez, y nada hay que añadir á sus afirmaciones en este punto. Cervantes no fué nunca soldado del Papa, ni combatió como tal en las fuerzas pontificias.

2.^a y 3.^a—Se alistó en el ejército español en la compañía de Diego de Urbina.

Cuando en 1808 se descubrió, en el Archivo de Indias de Sevilla, la Información de testigos en favor de Cervantes durante su cautiverio, se aclaró con toda lucidez el dato concreto de la compañía donde se alistó Cervantes como soldado español. Lo fué en el Tercio de D. Miguel de Moncada, aquel ilustre caballero valenciano, tan estimado por sus valerosos hechos. Desde muchos años antes que como Maestre de campo se distinguiese en Italia, había dado notorias pruebas de sus disposiciones excepcionales para la vida militar en varias funciones de guerra, y especialmente en la que dirigió D. Juan de Austria contra los moriscos de Granada.

Diego de Urbina era uno de los capitanes más nombrados de su tiempo y pertenecía al Tercio de Moncada. En ella ingresó Cervantes, y con-

servó tan buenos recuerdos de su jefe, que en el capítulo XXXIX de su *Don Quijote*, le llama "el famoso", con lo que da á conocer el sumo aprecio en que le tenía.

De que se afilió á esta compañía Cervantes, en Mayo ó Junio de 1570, estando ya en Nápoles, es evidente testimonio lo que dijo sobre el asunto persona digna de toda confianza, un compañero suyo en la misma compañía, lo cual no deja lugar á la menor duda.

Era Mateo de Santisteban (que así se llamaba dicho testigo) navarro de nación, alférez de una compañía nueva que se había puesto á las órdenes del capitán Alonso de Cárlos. Como soldado, fué camarada de Cervantes desde 1570 en Nápoles, donde estaba la compañía de Urbina. La declaración de Santisteban contiene también pormenores especiales respecto del proceder heroico de Cervantes en Italia y de su presencia en Nápoles el año 75, antes de emprender su viaje á España. Santisteban conoció asimismo al hermano de Miguel, Rodrigo, y da como cosa cierta que estuvo en los mismos parajes que él.

4.^a—Carta de Su Santidad el Papa Pio V al Rey Felipe II.

Son muy significativos los párrafos siguientes de la carta que dirigió el Pontífice al Rey de España, por mediación de su clérigo de Cámara Luis de la Torre.

"Mirad lo que los turcos señorean las tierras y provincias que mandan, y sobre todo el hambre y codicia con que pretenden sojuzgar á Europa; y para temer que puedan salir con sus propósitos, qué en breve se hicieron dueños de Asia y de lo mejor de África, y después de toda Grecia, y luego pasaron á Hungría y tienen de ella lo más importante, que es tenernos puesto el cuchillo á la garganta, porque siendo aquella tierra la defensa y amparo de Alemania y Italia, ahora que es suya, abierta tienen la puerta por Instre y Frexe, para meter los ejércitos que quisiere: por mar, en menos de una noche, puede llegar su armada á Brindis desde la Belona; y yerra grandemente el que imagina que gente belicosa y rica, y tan rabiosa de señorear, se contentarán con lo que ahora poseen.

Por cierto ninguna victoria alcanzarían que no piensen que es escalón para subir á otra mayor, hasta acabar de enterrar el Evangelio y publicar en todo el mundo su malvada secta de Mahoma. Así que, (continuaba) hijo mio, y muy amado en Jesucristo, á quien Dios todopoderoso adornó de tan extremas virtudes, y de tantos y tan abundosos reinos os hizo señor, sed vos el primero que persuadáis á los demás esta Liga contra los turcos. Ninguno de ellos habrá que no siga vuestro parecer y autoridad; ninguno de los reinos dejará de tomar este negocio y pelear por propio y particular suyo. Yo también, de muy entera y alegre voluntad ayudaré con lo que pudiere á tan justos movimientos... Y en tanto que se concluye esta general concordia y defensa común,

y en tanto que se adereza lo necesario de ella, ruego á V. M. por las entrañas de Jesucristo, y le requiero, que envíe luego la mayor armada que pudiere á Italia, porque estará allí apropósito para que, si los enemigos viniesen sobre Malta, puedan defenderla, como lo hicieron otra vez, y si cercaren á la Goleta, con más facilidad será socorrida; y cuando acometiesen, como se teme, á Chipre, isla de Venecianos, y cerrasen el paso para estorbar el socorro que le fuese, estando las galeras de V. M. juntas con las de Venecia, los turcos no se harán señores de la mar, ó se podría ofrecer ocasión de pelear con ellos y alcanzar alguna victoria con ayuda de Dios.

Esto pido á V. M. con el encarecimiento posible, porque entiendo claramente que si la armada de V. M. se pasase en Sicilia, sería un freno terrible para los enemigos y gran desmayo para cuanto emprendiesen, y los nuestros, en cualquiera parte que sean acometidos, tendrán por cierto el socorro, y como cosa ésta de tanta importancia, torno á rogarle á V. M. que ponga delante el peligro común de la Cristiandad y de su propio estado, la fe que en el bautismo profesásteis y con cuántos beneficios os ha obligado Dios á defender su Iglesia, no tan solamente por haberos criado y redimido con su sangre y dándoos tantos reinos y señoríos, mas aun también por la honra que su santa Iglesia, madre de los fieles, ha dado siempre á vuestros progenitores, de gran memoria, autorizándolos con un glorioso título y renombre de católicos.... Yo de mi parte, por la conversión y guarda de mi ganado, por defenderle, muy aparejado estoy á tomar cualquier trabajo y ponerme á cualquier peligro.

Ni más ni menos amonesto á V. M. que lo esté, y por aquel Soberano Señor le encargo que, así en enviar su armada á Sicilia y concluir liga y unión con los demás que es necesario para la guerra contra turcos, muestre V. M. á todo el mundo el celo que tiene á la honra y servicio de Dios; aunque yo sé que, sin este mi aviso y advertimiento, se resolverá V. M. á hacerlo; mas por cumplir con mi oficio y obligación y con el cuidado que debo tener de verdadero padre, he querido significarlo en carta, y porque en ella no se puede decir esto tan cumplidamente como deseo, envío al Maestro Torres, de nuestra Cámara, persona á quien por su bondad y virtud tenemos particular afición, y siendo tan leal vasallo de V. M., ha venido más apropósito encargarle este negocio; y así, todo lo que de mi parte propusiere, rogamos á V. M. le dé el mismo crédito que á mí".

La carta del Papa tiene fecha de 5 de Marzo de 1570.

5.^a y 6.^a—Testimonios históricos de gran valía respecto de los turcos y Lepanto.

Entre los historiadores que más concienzudamente han tratado de estos asuntos en el siglo XIX, y deben siempre ser consultados, á pesar de los innumerables volúmenes impresos acerca de dichas materias, hay dos que se distinguen por la copia riquísima de datos que tuvieron á la vista para componer sus obras y la profunda fidelidad con que reseñan y juzgan los hechos.

Uno de ellos es el eminente escritor alemán Leopoldo Ranke, cuyo libro acerca de los imperios español y otomano en los siglos XVI y XVII es modelo notabilísimo de observación, vera-

cidad y crítica sagaz é inteligente sobre la política, fuerzas, régimen interior, gobiernos, costumbres públicas y privadas de aquellos dos estados en los tiempos de su mayor preponderancia.

Español es el otro publicista, uno de los más esclarecidos nombres entre los literatos y cervantistas del siglo pasado. D. Cayetano Rosell, en su *Historia del combate naval de Lepanto*, premiada por la Real Academia de la Historia, dejó un trabajo muy completo relativo á aquel glorioso suceso, que siempre será timbre de honra para su fama.

Da exactísima idea de las ferocidades cometidas por los turcos al tomar á Nicosia, D. Cayetano Rosell, en el primer capítulo de su citada obra, adonde remitimos al lector.

“Duraron (dice) todo el día el saqueo y la mortandad; pasaron de veinte mil las víctimas; los nobles que se libraron de la muerte, fué para arrastrar la cadena del cautiverio y servir de triunfo y de irrisión en las calles de Constantinopla“. El relato de Rosell merece entero crédito, por estar extractado ó conforme con las obras más dignas de fe publicadas sobre el asunto, ó según documentos inéditos existentes en la Biblioteca Nacional.

7.^a—Palabras textuales de Cervantes sobre la triste suerte de Nicosia.

Las sentidísimas frases que dedica Cervantes á la pérdida de la capital de Chipre, tienen valor excepcional, por ser de un escritor de tanta cuenta y rectitud, que indudablemente supo, de personas que presenciaron aquellos sucesos, hasta qué punto llegaron las crueldades de los turcos.

“¡Oh lamentables ruinas (dice) de la desdichada Nicosia, apenas enjutas de la sangre de nuestros valerosos y mal afortunados defensores! Si, como carecéis de sentido, le tuviéreis ahora, en esta soledad donde estamos, pudiéramos lamentar juntamente nuestras desgracias, y quizás el haber hallado compañía en ellas aliviaría nuestro tormento. Esta esperanza os puede haber quedado, mal derribados torreonnes, que otra vez, aunque no para tan justa defensa como la en que os derribaron, os podéis ver levantados; mas, yo, desdichado, ¿qué bien podré esperar en la miserable estrechez en que me hallo, aunque vuelva al estado en que estaba antes de este en que me veo? Tal es mi desdicha, que en la libertad fuí sin ventura, y en el cautiverio ni la tengo ni la espero.... Los que vieron, habrá dos años (en 1568) á esta nombrada y rica isla de Chipre en su tranquilidad y sosiego, gozando sus moradores en ella de todo aquello que la felicidad humana puede conceder á los hombres, y ahora los ven ó contemplan, ó desterrados de ella ó en ella cautivos y miserables, ¿cómo podrán dejar de no dolerse de su calamidad y desventura?“

(Su novela *El Amante Liberal*).

8.^a—Horrorosas crueldades de los turcos en Famagusta.

Mustafá se portó en la conquista de aquella ciudad con la misma frenética rabia que demostró al apoderarse de Nicosia. Para aquel bárbaro no había otro precepto de humanidad sino su propio instinto de fiera. Con incomparable tesón y bravura resistieron los sitiados todas las acometidas del invasor. Astor Baglione, gobernador de la plaza y Marco Antonio Bragadino, bajo cuya dirección estuvo la defensa, se hicieron dignos de admiración por las disposiciones que adoptaron y las salidas que efectuaban contra los enemigos, causándoles grandísimas pérdidas. Á siete mil llegaban los defensores de Famagusta, y tan escasa fuerza tuvo en continuo desasosiego á un ejército envalentonado y numerosísimo, del cual perecieron más de cincuenta mil hombres.

Cuando los heroicos defensores de Famagusta entraron en tratos con Mustafá para rendirse, éste al pronto acogió las proposiciones con agrado y contento; pero, buscando luego motivos infundados para no respetar á los que confiadamente se habían rendido, sólo obedeció á sus perversas intenciones. Contrariado por un acto de entereza de Bragadino, mandó degollar á la mayor parte de sus compañeros en presencia de aquel heroe. Y pareciéndole pequeña toda venganza, le tuvo después, por espacio de muchos días, ocupado en faenas humillantes de acarrear tierra, con la mortificación cruel de obligarle á besar el suelo cuando tenía que pasar por delante del malvado. Completó su infame ferocidad ordenando que desollasen vivo á aquel noble caballero.

“Su piel fué rellena de paja (dice Rosell, capítulo II de su *Historia del combate naval de Lepanto*: Madrid, 1853, pág. 70), suspendida en la entena de una galera, y paseada en triunfo por todas aquellas costas. Mustafá, ensañándose así con un vencido que no merecía serlo, y apacentando además su vista en horrores semejantes, se mostró indigno de su victoria“.

9.^a—El combate naval de Lepanto y las poesías más hermosas que lo celebraron.

Más digno de la epopeya que de la historia, decimos en el texto, fué aquel glorioso combate; y así es verdad, como lo es que, para celebrarlo con grandilocuencia adecuada á su magnitud, sólo pudieron lograrlo los más excelsos poetas

líricos y épicos de nuestra fecunda Literatura del siglo XVII.

Sólo Herrera y Ercilla supieron cantarle con magnificencia de formas igual á la sublimidad del asunto. El primero en su inmortal oda heroica, y el segundo en el Canto XXIV de su *Araucana*, dejaron dos insignes modelos que serán siempre admiración de los estudiosos.

¡Qué intenso fervor, qué inspiración más patriótica y hermosa en estas valientes estrofas de Herrera!

Turbáronse los grandes:

Los robustos rindiéronse temblando y desmayaron,
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento, á estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste
Y su faz de ignominia confundiste.

Quebrantaste al cruel dragón, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas
Y sus brazos terribles no vencidos;
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silbando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Llenas de miedo torpe sus entrañas,
De tu león temiendo las hazañas;
Que saliendo de España dió un rugido
Que le dejó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varón y su grandeza,
Y tú solo, señor, fuiste exaltado,
Que tu día es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y extendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros y las naves
De Tiro, que á los turcos fueron graves.

Y Ercilla, el verdadero y único poeta épico de nuestro siglo de oro, con elocuentes acentos y gallarda entonación, dijo:

Llegado el punto ya del rompimiento
Que los precisos hados señalaron,
Con una furia igual y movimiento
Las potentes armadas se juntaron;
Donde por todas partes á un momento
Los cargados cañones dispararon
Con un terrible estrépito, de modo
Que parecía temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo
De los furiosos tiros escupidos;
El recio destroncar y encuentro horrendo
De las proas y mástiles rompidos;
El rumor de las armas estupendo,
Las varias voces, gritos y apellidos,
Todo en revuelta confusión hacía
Espectáculo horrible y armonía.

No la ciudad de Priamo asolada
Por todas partes sin cesar ardía,
Ni el crudo efecto de la griega espada

Con tal rigor y estrépito se oía,
Como la turca y la cristiana armada,
Que, envuelta en humo y fuego, parecía
No sólo arder el mar, hundirse el suelo,
Pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo D. Juan, reconocida
La enemiga real que iba en la frente,
Hendiendo recio el agua rebatida,
Rompe por medio de la llama ardiente;
Mas la turca con ímpetu impelida
Le sale á recibir, donde igualmente
Se embisten con furiosos encontrones,
Rompiendo los herrados espolones.

No estaban las reales aferradas,
Cuando de gran tropel sobrevinieron
Siete galeras turcas bien armadas,
Que en la cristiana súbito embistieron;
Pero de no menor furia llevadas
Al socorro sobre ellas acudieron,
De la derecha y de la izquierda mano,
La general del Papa y veneciano.

Luego, con igual ímpetu y denuedo,
Llegan unas con otras á abordarse,
Cerrándose tan juntas, que á pie quedo
Pueden con las espadas golpearse:
No bastaba la muerte á poner miedo,
Ni allí se vió peligro rehusarse,
Aunque al arremeter viesen derechos
Disparar los cañones á los pechos.

Así la airada gente, deseosa
De ejecutar sus golpes se juntaban,
Y cual violenta tempestad furiosa
Los tiros y altos brazos descargaban:
Era de ver la priesa hervorosa
Con que las fieras armas meneaban:
La mar, de sangre súbito cubierta,
Comenzó á recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas y costados
se acometen y ofenden sin sosiego;
Unos cayendo, mueren ahogados,
Otros á puro hierro, otros á fuego,
No faltando en los puestos desdichados
Quien á los muertos sucediese luego;
Que muerte ni rigor de artillería
Jamás bastó á dejar plaza vacía.

Quién, por saltar en el bajel contrario,
Era en medio del salto atravesado;
Quién, por herir sin tiempo al adversario,
Caía en el mar de su furor llevado;
Quién, con bestial designio temerario,
En su nadar y fuerzas confiado,
Al odioso enemigo se abrazaba
Y en las revueltas olas se arrojaba.

¿Cuál será aquel que no temblase, viendo
El fin del mundo y la total ruina;
Tantas gentes á un tiempo pereciendo,
Tanto cañón, bombarda y culebrina?
El sol, los claros rayos recogiendo,
Con faz turbada, de color sanguina,
Entre las negras nubes se escondía
Por no ver el destrozo de aquel día.

Bien dos horas y media, y más, había
Que duraba el combate porfiado,
Sin conocer en parte mejoría,
Ni haberse la victoria declarado;
Cuando el bravo D. Juan, que en saña ardía,
Casi quejoso del suspenso hado,

Comenzó á mejorar sin duda alguna
Declarada del todo su fortuna.

En esto, con gran ímpetu y ruido,
Por el valor de la cristiana espada
Quedó el furor mahomético oprimido,
Y la turca real del todo entrada:
Do el estandarte bárbaro abatido,
La cruz del Redentor fué enarbolada
Con un triunfo solemne y grande gloria,
Cantando abiertamente la victoria.

10.^a—Cervantes en la galera "Marquesa". Peleó en el ala izquierda, en la división veneciana. Nuevos datos.

Consta con toda seguridad que Cervantes, aunque correspondía á la división de Andrea Doria, no combatió en el ala derecha, sino en la izquierda, que mandaba Barbarigo, á la que fueron agregadas algunas compañías del Tercio de Moncada, entre ellas la de su capitán Diego de Urbina y otra que dirigía Rodrigo de Mora, de doscientos soldados cada una.

En relación oficial del orden de navegación y combate de la armada cristiana en 1571, se especifican, entre las del cuerno izquierdo, el nombre de la nave y el del capitán de cada uno de los buques que lo componían. Ascendía su número á 52 galeras, dos de ellas pertenecientes á Andrea Doria, la *Marquesa*, á las órdenes de Francisco de San Pedro, y la *Fortuna*, dirigida por Juan Luis Belui, donde iría la compañía de Rodrigo de Mora. Las propias palabras de Cervantes son un testimonio de mayor excepción, que pone en claro con toda certidumbre el buque en que peleó contra los turcos.

Como no puede menos de suceder, van apareciendo nuevos datos que confirman lo dicho por él, los relatos oficiales y los testigos que declararon en Argel á favor de Cervantes.

Un documento desconocido hasta 1880, fué dado á la publicidad aquel año por D. José María Torres en la *Revista de Valencia*, que robustece más lo ya sabido. En los dos artículos estampados en los números de Noviembre y Diciembre, se da cuenta de una información de testigos hecha por un Juan Bautista Villanueva, año de 1583, en la que hace constar que en 1571 se asentó por soldado en la ciudad de Valencia en la compañía del capitán Diego de Urbina, que era del Tercio de D. Miguel de Moncada. Villanueva y su compañía se embarcaron en la villa de Vinaróz el Domingo de Trinidad del dicho año en la galera capitana del Comendador mayor de Castilla, y la nueva compañía se levantó en la misma ciudad de Valencia.

Llegaron á Mallorca, recogieron otras gale-

ras que iban mandadas por D. Sancho de Leiva, y después se fueron á Barcelona, donde se embarcó D. Juan de Austria. De allí marcharon á Génova, después á Nápoles, y más tarde á Mesina, donde se juntaron con la armada veneciana. Luego (dice Villanueva) las escuadras se encontraron con la armada del Gran Turco en Lepanto, donde hubo grande batería y matanza: se halló presente á todo, yendo por soldado en la dicha compañía y en la galera llamada *Marquesa*, de Juan Andrea Doria y en la escuadra de Agustín Barbarigo, veneciano, donde peleó siempre y como buen soldado: quedó herido, y después del vencimiento, la armada de S. M. fué á la ciudad de Mesina, donde fué curado. De allí se dirigió con su compañía á Rijoles en la Calabria, donde invernaron.

Recuerda á continuación Villanueva que estuvo también el año siguiente en Navarino y Modón, y que en todo el tiempo de las dichas jornadas y alojamientos, siempre sirvió de soldado, y fué por espacio de tres años, y aun más, hasta que después se embarcó en las galeras de España, en la llamada *Sol*, "en la escuadra de Don Alonso de Leiva, y vinieron á España sirviendo de soldado en dicha galera".

El Sr. Torres, fundándose en sospechas sin validez, entiende que Urbina levantaba por vez primera su compañía, y por tanto juzga posible que Cervantes y su hermano sentarían plaza de soldado en la primavera de 1571 en la misma Valencia; y no cree dable que hubiese antes ninguna compañía de que fuera capitán Urbina, ni fuese Moncada Maestre de Campo antes del indicado año. Pero padece en esto manifiesto error, pues ya en la guerra de Granada accionó D. Miguel como tal Maestre de Campo; y, terminada aquella, estuvo en Italia al frente de su Tercio, del cual era una de sus compañías la que estaba á las órdenes de Urbina, donde se alistó Cervantes en Nápoles por Mayo ó Junio de 1570, y como tal tomó parte en la expedición que se hizo aquel año contra los turcos, siguiendo las banderas de Marco Antonio Colona como soldado español. El testimonio de que estaba ya afiliado Cervantes en dicho Tercio y compañía, no puede recusarse, porque procede de persona que no era posible se equivocara al afirmar tal cosa, pues Santisteban era soldado de la misma compañía, camarada y amigo de Miguel y conocedor perfecto de sus hechos y circunstancias particulares.

Preparándose grandes aprestos, municiones y gente de guerra para la campaña del año 71, es natural que viniese Moncada á España con los capitanes de aquellas compañías que tuvieran

que reponer y completar sus fuerzas; y por eso alistó soldados en Valencia el capitán Urbina, los cuales, conducidos á Italia en el verano de dicho año, se unirían á los antiguos del mismo Tercio que quedaron en aquel país de guarnición, entre los que estaba indudablemente Miguel de Cervantes.

El mérito, pues, del documento dado á conocer por el Sr. Torres, no consiste tanto en los curiosos pormenores que da sobre el alistamiento hecho por Diego de Urbina en Valencia, para reforzar su compañía y en las peripecias personales que de sí propio refiere Villanueva, como en los datos que ofrece (por haber sido testigo presencial y compañero de Cervantes en la misma compañía y galera donde éste peleó) de que dicha nave estuvo asignada á las que, en el ala izquierda, al lado de tierra, sostuvieron reñidísimos combates en la división de Barbarigo, almirante de los venecianos, contra los turcos que obedecían las órdenes de Mehemet Siroco, virrey de Alejandría. (1)

11.^a—Testimonios fehacientes respecto á la heroica actitud de Cervantes en Lepanto.

El padre de Miguel, en el pedimento ó interrogatorio de preguntas que presentó, año de 1578, ante el Lcdo. Ximénez Ortíz, del Consejo de Su Majestad, alcalde en su casa y corte, decía lo siguiente en la petición 4.^a: “Si saben (los testigos que habían de ser preguntados) que cuando en la dicha batalla naval se reconoció la armada del turco, *estaba el dicho Miguel de Cervantes con calentura*, y unos amigos suyos le dijeron que, pues estaba malo, que se metiese debajo de la cubierta de la galera, pues no estaba sano para pelear; y el dicho Miguel de Cervantes respondió que no hacía lo que debía metiéndose so cubierta, sino que mejor era morir como buen soldado en servicio de Dios y del Rey, y así peleó como valiente soldado en el lugar del esquife como su capitán lo mandó; y después de la bata-

lla, sabido por el Sr. D. Juan cuán bien le había servido, le acrecentó cuatro ducados más de su paga”.

Cuatro testigos contestaron á las preguntas propuestas por su señor padre para esclarecer los hechos de Miguel. El primero llamábase Mateo de Santisteban, natural de Tudela en Navarra, camarada de Cervantes en Italia, como ya hemos visto. Santisteban hizo un cumplido elogio de su ilustre compañero. Él mismo fué uno de los que dijeron á Cervantes que no entrase en acción, pues estaba enfermo y con calentura; á lo que respondió, con arrogante entereza, que *qué dirían de él, y que no hacía lo que debía: que más quería morir peleando por Dios y por su Rey, que su salud*.

Vió que estuvo peleando como valiente soldado en el lugar del esquife, adonde con otros soldados le destinó el capitán. La declaración de Santisteban es inestimable por proceder de un testigo ocular, que combatió en la misma división que Cervantes, en la misma galera *Marquesa*, y á las órdenes del mismo capitán Diego de Urbina.

El segundo compañero que respondió al interrogatorio, fué Gabriel de Castañeda, natural del lugar de Salaya, valle de Carriedo en las montañas de Santander, y era alférez. Habla también de Cervantes con mucho cariño y respeto. Es asimismo testigo de vista. Presenció el denuedo con que peleó Cervantes en el lugar del esquife con doce soldados que le entregó el capitán, y oyó que, cuando le aconsejaban que se retirase abajo, por hallarse enfermo, muy enojado contestó: “Señores, en todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra á Su Majestad y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y así, ahora no haré menos, aunque esté enfermo y con calentura: más vale pelear en servicio de Dios y de Su Majestad y morir por ellos, que no bajarme so cubierta; y que el capitán le pusiese en la parte y lugar que fuese más peligroso, y allí estaría y moriría peleando”; por lo cual el capitán le puso

(1) Hemos dicho en esta ilustración que D. Miguel de Moncada era ya Maestre de Campo antes de concluir la guerra contra los moriscos; y, á pesar de todas las suposiciones que para negarlo hace el Sr. Torres, bastan las siguientes palabras que escribe el historiador D. Diego Hurtado de Mendoza, en el libro IV de su clásica obra sobre aquellos sucesos, para tenerlo como afirmación irrefutable. “Tuvo nuevas el Comendador Mayor (dice) que los moros se habían retirado al Cebel, costa de la mar, por ser tierra áspera y de muchos jarales. Mandó á D. Miguel de Moncada que con *mil y doscientos hombres* corriese aquella tierra; halló parte de ellos, y matando siete moros, cautivó dos-

cientas personas entre moras y muchachos, y ropa y despojos. Volvió D. Miguel con la cabalgada á Cadiar, donde quedó el campo”. En el mismo libro se demuestra que también era ya Maestre de Campo D. Lope de Figueroa. “Mandó el Comendador á D. Lope que con *mil y quinientos infantes y algunos caballos*, corriese el río de Almería y toda aquella sierra con el Bolodui y tierra de Gueneja, y que, juntando consigo la gente que salía de Almería, corriese la tierra de Jerez á Fiñana y río de Almanzora. Volvió á Granada, dejando presidio en la Guajaras altas y bajas y en Vélez de Benandalla, y en todos los presidios bastimento y munición para algunos días”.

en el lugar del esquife. Llegó á su conocimiento que D. Juan de Austria le aumentó cuatro ó seis escudos de ventaja, como premio de su comportamiento.

Estos importantísimos documentos, de inapreciable valía, forman parte de los descubiertos, y que se conservan, en el Archivo de Indias de Sevilla, á instigación de D. Martín Fernández de Navarrete, por D. Juan Agustín Ceán Bermúdez.

12.^a—Mención que hace Cervantes de sus proezas en Lepanto.

Cuando el valeroso soldado vió con pena que sus méritos y servicios no encontraban la recompensa que le era debida en estricta justicia, se decidió á solicitar del Rey, año de 1590, algún premio y merced por sus trabajos y sufrimientos durante veintidos años. En ese documento, del que se hablará con detención en el lugar oportuno, ya hizo constar que había servido á S. M. en cuantas jornadas de mar y tierra se ofrecieron mientras fué soldado, *"particularmente en la batalla naval"*, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo.

Quien quedó manco, y en situación desgraciada desde entonces, por su heroica bizarría, y además estaba quejoso de la indiferencia y desdén con que en las esferas oficiales se le trataba, ¿cómo había de olvidar nunca en sus libros aquella ocasión de guerra que era el timbre máspreciado de su renombre militar?

En el *Viaje del Parnaso*, la obra más autobiográfica de las de Cervantes, capítulo I, refiriéndose á su participación en la batalla naval, se leen estos notables tercetos:

Arrojóse mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trajo á mi memoria
Del heroico D. Juan la heroica hazaña,
Donde, con alta de soldados gloria,
Y con propio valor y airado pecho
Tuve, aunque humilde, parte en la victoria.
Allí, con rabia y con mortal despecho,
El otomano orgullo vió su brio
Hollado y reducido á pobre estrecho.

Y en otro capítulo de la misma obra, hace el siguiente encomio de sus actos por boca del dios Mercurio:

En fin, has respondido á ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estás estropeado.
Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra.

En el ingeniosísimo prólogo de las *Novelas ejemplares*, ya había escrito, el año anterior á la publicación del *Viaje*, lo siguiente, en el supuesto elogio que pudiera poner algún amigo suyo debajo de su retrato: "Fué soldado muchos años y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Cárlos V, de felice memoria".

Y defendiéndose, en el prólogo de la Segunda parte de *Don Quijote*, de los infames vituperios que contra él lanzó el encubierto y miserable Avellaneda, recordaba con indecible orgullo su acción de Lepanto.

"No he podido dejar de sentir (dijo) que me note de viejo y de manco, como si hubiese sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mi, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, *sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperen ver los venideros*. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, *son estimadas, á lo menos, en la estimación de los que saben donde se cobraron; que el soldado, más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga*; y es esto en mi de manera que, si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, *quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella*. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza".

Pero aún son más interesantes estos tercetos de la epístola que dirigió Cervantes á Mateo Vázquez, Secretario de Felipe II, en el año de 1577, cuando llevaba dos de cautividad y hacía seis de sus gloriosas heridas:

En el dichoso día que siniestro
Tanto fué el hado á la enemiga armada,
Cuanto á la nuestra favorable y diestro,
De temor y de esfuerzo acompañada
Presente estuvo mi persona al hecho,
Más de esperanza que de fuerza armada.
Ví el formado escuadrón roto y deshecho,
Y de bárbara gente y de cristiana
Rojo en mil partes de Neptuno el lecho.
Helóseles la sangre que tenían
Cuando en el son de la trompeta nuestra
Su daño y nuestra gloria conocían.
Con alta voz de vencedora muestra
Rompiendo el aire, claro el son mostraba

Ser vencedora la Cristiana diestra.

Á esta dulce sazón yo triste estaba,
Con la una mano de la espada asida,
Y sangre de la otra derramaba.

El pecho mio de profunda herida
Sentía llagado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida.

Pero el contento fué tan soberano,
Que á mi alma llegó, viendo vencido
El crudo pueblo infiel por el cristiano,
Que no echaba de ver si estaba herido;
Aunque era tan mortal mi sentimiento,
Que á veces me quitó todo el sentido.

13.^a—Gran acto de bizarria del Marqués de Santa Cruz.

Uno de los más queridos amigos de Cervantes, Fr. Pedro de Padilla, celebró el apresamiento de la galera turca en un romance, del que copiaremos lo más notable:

Estándo en el Navarino
D. Juan de Austria con su armada,
Teniendo dentro en Modón
La turquesca, retirada,
Cobarde, triste y medrosa
De la batalla pasada,
Dejando con su valor
Gloriosa la Casa de Austria
Y con el mismo vencida
Toda la gloria otomana,
La centinela del puerto
Descubrió una nao de Candia,
Que traía provisión
Para la armada cristiana
y descubrió de galeras
Una fuerte y gruesa escuadra
Que le daban batería
Y andaban para tomalla.
El señor D. Juan lo supo
En la Real, donde estaba,
La cual disparó una pieza,
Que era la señal usada,
Y por socorrer la nao
Sacó en orden el armada
Procurando de incitar
El enemigo á batalla.
El Marqués de Santa Cruz
Tenía aquella mañana
La gente de sus galeras
En tierra haciendo agua,
Y en oyendo la señal
Con una presteza extraña
Recogió toda su gente,
Aunque alguna se quedaba,
Y tomó el cuerno derecho,
Porque es el que le tocaba.
Las galeras enemigas
Todas huyen á su estancia,
Yendo muchas de las nuestras
Tras ellas dándoles caza,
Y el valeroso Marqués
Deja el cuerno que llevaba,
Y por el través partiendo

Parecía que volaba,
Mostrando su ligereza
La *Loba* napolitana,
Que de todas las demás
En un punto se adelanta,
Ganándoles mucha tierra,
Si hay ganar tierra en el agua,
Y acomete una galera,
Que era allí la capitana,
De un nieto de Barba Roja,
Aquel que al mundo espantaba,
Yerno de Dargut arraez,
Que Mahamet Bey se llama.
Aquí veréis el valor
De las galeras tan bravas,
Y el esfuerzo y valentía
Que en su caudillo se halla.
Al Marqués piden los suyos,
Haciéndole gran instancia,
Que no pasase adelante,
Pues se perderá si pasa,
Porque van veinte galeras
Que salen de las contrarias
Solamente á dar socorro
Á la de aquesta su escuadra,
A la punta de la Isleta
Que la Sapiencia se llama,
Y que todas veinte juntas
Contra la suya disparan
Mil piezas de artillería;
Mas al glorioso Marqués
Ningún peligro le espanta.

.
.

Entre las dos se comienza
Una reñida batalla,
Y aunque un rato se defiende,
Peleando la contraria,
Sin que le valga defensa,
La nuestra vino á tomalla,
Porque fué tanta la lluvia
De pelotas y pedradas,
Que retirados los turcos
Fué muy facil el entralla;
Y entró el Marqués victorioso,
De los primeros que entraban,
En la ya suya galera,
Pues fué suya con ganalla,
Dando muerte al capitán
Y otros muchos en la entrada,
Y tomando los despojos
De que venía cargada
Y un genízaro caudillo,
Persona muy señalada.

14.^a—Certificaciones irrecusables de haber estado Cervantes en Túnez y la Goleta.

En su Memorial de servicios, dice el propio Miguel que "el año siguiente (de la batalla naval), fué á Navarino, y después á la de Túnez y la Goleta". Y su señor padre, ya había consignado en su petición de 1578 que su hijo Miguel sirvió en todas las ocasiones que, desde diez años

antes, "se ofrecieron en Italia, en la Goleta y Túnez, y en la batalla naval".

El testigo Antonio Godínez de Monsalve, natural de Madrid, sargento que era de la compañía de D. Juan de la Cárcel, declaró que había visto y tratado á Miguel de Cervantes el año de 1573 cuando la jornada de Túnez. (*Doc. descubiertos por Ceán Bermúdez, en el Archivo de Indias de Sevilla*).

15.^a—Elogios que tributó Cervantes á Nápoles. Un reparo á lo dicho por La Gravière.

En el capítulo III de su *Viaje del Parnaso*, dijo:

Luego se descubrió, donde echó el resto
De su poder Naturaleza amiga,
De formar de otros muchos un compuesto.
Vióse la pesadumbre sin fatiga
De la bella Parténopa, sentada
Á la orilla del mar que sus piés liga,
De castillos y torres coronada,
Por fuerte y por hermosa en igual grado,
Tenida, conocida y estimada.

En el capítulo VIII de la misma obra escribió:

Y díjeme á mi mismo: no me engaño.
Esta ciudad es Nápoles la ilustre,
Que yo pisé sus ruas más de un año.
En mis horas más frescas y tempranas
Esta tierra habité.....
Con fuerzas más brías y lozanas.

Son muchos los elogios que podrían citarse de sus demás libros, y demuestran el gran cariño con que hablaba siempre de Nápoles.

El almirante francés Jurieu de la Gravière (*La Guerre de Chipre et la bataille de Lépan-
te*: París, 1888, tomo II, pág. 217), refiriéndose á datos que le comunicaban de Nápoles, dice que Miguel de Cervantes Saavedra, figura en las nóminas de aquel Consejo Real, en clase de macero (*portatore di mazza*) desde Enero á Junio de 1572, con el sueldo de dos ducados al mes.

Esas noticias, por la misma vaguedad con que se han hecho públicas, hay que ponerlas en duda hasta que se compruebe que se trata del autor del *Quijote*.

Parece que es otro Cervantes ese macero, pues nuestro Miguel estuvo curándose de sus heridas hasta fines de Marzo de dicho año, y no podía ser al mismo tiempo macero del Consejo de Nápoles. Y desde el 29 de Abril, ya estaba destinado, como soldado distinguido, con tres escudos de ventaja al mes, al Tercio de D. Lope de Figueroa.

16.^a—Pormenores curiosos sobre el particular.

Este documento es el número 4 de la *Colección* de Pérez Pastor. Está extendido por el escribano Juan López del Castillo. Su fecha en Madrid á 1.^o de Setiembre de 1573. Fueron testigos Juan de Pastrana, Damián de Salvatierra y Mateo de Carrera. D.^a Andrea de Cervantes lo firmó de su nombre, y, por no saberlo hacer María de Alvear, firmó en el Registro por ella el testigo Juan de Pastrana. (*Documentos cervantinos*, paginas 15 á 17).

CAPÍTULO IV.

Vida y proezas de Miguel de Cervantes en el cautiverio.

Importancia excepcional de este periodo en la existencia de Cervantes.—Parte de Nápoles para España en la galera *Sol*.—Pertenece esta nave á la escuadra para perseguir corsarios que mandaba D. Sancho de Leiva.—Osadía y crueldad de los piratas argelinos.—Es acometida la galera *Sol* por una banda de bajeles turcos de Arnaute Mamí.—Embarcación que la asaltó y entró á saco.—Denuedo de los españoles y retirada de los corsarios.—Prisión de los cristianos que sobrevivieron.—Descripción que hizo Cervantes de aquel suceso en *La Galatea*.—Cervantes cautivo.—Llamábase su amo Dalí Mamí.—Sitio exacto donde se efectuó el combate.—Noticias nuevas de interés ofrecidas por D. Julián de Apráiz.—Cervantes es tenido como prisionero de gran rescate.—Su ánimo intrépido quiere recobrar la libertad perdida.—Sus primeros proyectos.—Cómo fracasaron por la falsedad de un moro.—Caballeros que marcharon por tierra á Orán para huir del cautiverio.—Recrudescen las precauciones y los malos tratos.—Perversa condición de su amo.—En 1577 escribe Cervantes una epístola en tercetos al Secretario de D. Felipe II, Mateo Vázquez.—Mérito y singular importancia de este documento.—Datos biográficos de Mateo Vázquez.—Elogios desmedidos que Cervantes le tributa.—Se conocieron probablemente en Madrid en 1568.—Por eso le hizo con preferencia mensajero de sus quejas y medianero de sus peticiones patrióticas á Felipe II, para que aprestase armada y ejército que conquistasen á Argel.—Momentos críticos de mezquindades personales en la corte por aquellos años.—Miserias y pequeneces palaciegas.—Felipe II no podía comprender el sublime pensamiento de Cervantes.—Embargaban su atención ruines maquinaciones de asesinato contra el Secretario Escobedo.—Ni el Rey ni su privado tuvieron para nada en cuenta los consejos de Cervantes.—El cautiverio de éste se hace cada día más insoportable.—Nuevos proyectos de fuga.—Esfuerzos del padre de Cervantes por rescatar á sus hijos.—Sacrificios que hicieron él y sus hijos.—Logra su libertad Rodrigo.—Imposibilitan por segunda vez los heroicos intentos de Cervantes fatales contrariedades.—Testimonios que las confirman.—Reflexiones.

Ningún período de la vida de Cervantes puede compararse al de su cautiverio en Argel. Llegaron á descollar de manera sus actos en aquellos años de angustias, acrisolóse de modo su valor en medio de tan penosos contratiempos, y se dió á notar con tan repetidos ejemplos de heroicidad y abnegación, que se hizo digno de grandes y eternas alabanzas. Cuando se recuerdan los hechos que en Argel efectuó Cervantes por recobrar la libertad perdida y procurar la ruina de aquel maldito asilo de piratas, hay que rendirle la profunda admiración que se tributa á los héroes. Más parecido tiene por sus proezas con un personaje épico que con una personalidad histórica. ¡Tan extraordinarias y sublimes son!

De risueñas esperanzas animado, satisfecho de las recomendaciones que traía y en las que cifraba el galardón de sus servicios, embarcóse Cervantes en Nápoles para España, en la galera *Sol*, que pertenecía á las que, para perseguir las naves de los corsarios, dirigía el general Don Sancho de Leiva. El 20 de Setiembre de 1575

salió la galera de Nápoles con próspera navegación; pero pronto se trocó en tristeza la alegría.

Los piratas argelinos infestaban los mares y causaban cuantos perjuicios y ferocidades podían contra las embarcaciones cristianas. Era una lucha espantosa la que había que sostener contra aquellos bárbaros, que no reparaban en nada con tal de cautivar cristianos y hacer todo el daño imaginable á su comercio y á su tráfico marítimo. Aquella guerra sin cuartel, aquella persecución á muerte contra los cristianos, que, desde la desventurada expedición que hizo á Argel, con intento de conquistarlo, el Emperador Carlos V, año de 1541, se manifestaron con mayor pujanza y odio, habían llegado en 1575 á acrecentarse de manera formidable.

Argel veía triplicada su población y engrandecida considerablemente su importancia militar. (1) Infinidad de renegados cristianos, constituidos en jefes de foragidos, se dedicaban á la piratería, deseosos de enriquecerse y ascender á los puestos más codiciados de la ambición. El

prestigio que esto daba á personas que de otra suerte no hubieran logrado ver satisfechos sus deseos de predominio y bienes, incitaba á otros á imitarlos en sus crueldades inauditas. No había para ellos ley de humanidad que contuviese sus instintos fieros. El derecho de gentes era para ellos un nombre vano, y no conocían ni practicaban la caridad.

Después del suceso inmortal de Lepanto, como para desquitarse de la ignominia en que quedaron los turcos, los corsarios redoblaron sus correrías inhumanas, enardecidos por el frenesí de la venganza más implacable. Cuatro años eran pasados desde la victoria de Lepanto, y las naves cristianas no podían atravesar los mares sin sostener frecuentes combates contra los corsarios argelinos.

El 26 de Setiembre, una escuadra de tres galeotas, que iba á las órdenes del capitán de la mar de Argel, Arnaut Mamí, persiguieron la galera en que venía Cervantes á España. Especialmente fué combatida por una de veintidos bancos que estaba mandada por el arraez llamado Dalí Mamí. Traía la galera *Sol* muchos soldados y varias personas respetables, entre las que deben recordarse á D. Pedro Díez Carrillo de Quesada, gobernador que había sido de la Goleta, y D. Juan Bautista Ruiz de Vergara, caballero de la Orden de San Juan, el cual murió peleando valerosamente en defensa de la galera contra las tres galeotas turcas. Según datos que facilita un libro en que se consignan hechos referentes al caballero Vergara, y ha puesto en conocimiento del público el Sr. D. Julián de Apráiz, puede decirse con exactitud que donde se efectuó el combate fué JUNTO Á MARSELLA. (2)

Que hubo de ser empeñadísimo, lo prueba la multitud de soldados que de una y de otra parte quedaron muertos. Cervantes, por el testimonio de sus compañeros, sobresalió en denuedo como siempre. Quien tan gallarda muestra había dado de su valor en la batalla de Lepanto, no podía dejar de ser grande en aquel trance supremo. Muchos de los episodios de esta acción se refieren, aunque simuladamente, en el quinto libro de *La Galatea*.

En el relato que hace Cervantes, los corsarios quisieron asaltar á la galera *Sol* durante la noche. No osaron los enemigos llegar á bordo, porque viendo que el viento calmaba, les pareció mejor aguardar el día para embestirlos.

“Hiciéronlo así (dice textualmente Cervantes) y el día venido, aunque ya los habíamos contado, acabamos de ver que eran bajeles gruesos los que cercados nos tenían, y entonces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de per-

dernos. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitán, ni algunos de los que con él estaban, esperó á ver lo que los contrarios harían, los cuales, luego cuando vino la mañana, echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un renegado enviaron á decir á nuestro capitán que se rindiese, pues veía ser imposible defenderse de tantos bajeles, y más que eran todos los mejores de Argel; amenazándole de parte de Arnaut Mamí, su general, que si disparaba alguna pieza el navío, le había de colgar de una antena en cogiéndole; y, añadiendo á esto otras amenazas, el renegado le persuadía que se rindiese. Mas no queriéndolo hacer el capitán, respondió al renegado que se alargase de la nave; si no, que le echaría á fondo con la artillería. Nuestra nave comenzó á hacer lo mismo, tan venturosamente, que á uno de los bajeles que por la popa le combatían echó á fondo, porque le acertó con una bala junto á la cinta; de modo que, sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió el mar. Viendo esto los turcos, apresuraron el combate, y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces, y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo y no poco nuestro. Mas por no iros cansando, contándoos particularmente las cosas sucedidas en este combate, sólo diré que, después de habernos combatido dieciseis horas, y después de haber muerto nuestro capitán, y toda la más gente del navío, á cabo de nueve asaltos que nos dieron, al último entraron furiosamente en el navío.... Sin tener yo sentido alguno, me llevaron á la enemiga galera capitana, adonde fuí luego curado con alguna diligencia, porque Nísida había dicho al capitán que yo era hombre principal y de gran rescate, con intención que, cebados de la codicia y del dinero que de mí podrían haber, con algún más recato mirasen por la salud mia”. (3)

Aunque en la ficción novelesca, hay la natural variación de personas é incidentes, se trasluce, sin embargo, en el contexto la interesante descripción de un combate entre bajeles turcos y una galera cristiana, y se conservan esencialmente muchos pormenores de aquel suceso desgraciado por el cual quedó Cervantes prisionero de Dalí Mamí, capitán de la nave que principalmente persiguió á la en que estaba el pobre lisiado.

Los datos históricos del hecho no están aclarados con toda puntualidad, pues hay diversos incidentes que se contradicen. Por documento oficial se sabe que la acometida de los turcos se verificó contra la galera *Sol*, cuando venía desde Nápoles á España el 26 de Setiembre de 1575; pero no consta con certeza si la galera fué apre-

sada ó no, después de saqueada y hechos cautivos los que en ella iban. (4) Según se desprende de la declaración de testigos presenciales de lo sucedido, los corsarios huyeron y dejaron la galera, al ver que algunas de las que mandaba D. Sancho de Leiva se dirigían á prestar socorro á la tan perseguida *Sol*.

Lo cierto é indubitado es que Cervantes quedó en poder de la gente del arraez Dalí Mamí, y desde el primer momento fué su situación tristísima por suponersele persona de mucha cuenta, en atención á las cartas de recomendación que llevaba del príncipe D. Juan de Austria y del Duque de Sessa. El pirata en cuyas manos cayó Cervantes, era renegado cristiano, llamado el *Cojo*, hombre de malas entrañas y sumamente codicioso. Vió, pues, en su cautivo materia propicia para sus medros, demás de la satisfacción de haber hecho prisionero á un personaje de tan alta importancia como se imaginaba.

Empezó desde aquel momento el calvario más horroroso para el soldado de Lepanto. No bien hubo llegado á Argel, puso en fuertes prisiones y aherrojó despiadadamente á los cautivos de consideración que llevaba. Cervantes fué uno de los primeros. Algunos meses estuvo sufriendo nuestro valiente soldado aquellos tratos tan perversos y tan ruines; pero su alma grande, su corazón heroico, su inteligencia libre y elevada, le incitaban continuamente á sacudir aquel yugo bárbaro de la más cruel é inconcebible tiranía. Intentólo así al mediar el año de 1576. No respondieron, sin embargo, los resultados á las esperanzas. Habló y concertó Cervantes con un moro que le condujese á él y otros españoles cautivos, de Argel á Orán, desde donde se prometían volver á España, libres de las penalidades del cautiverio. Conformóse el infiel; prometió hacerlo; pusieronse en marcha. Mas el moro, hombre ruín, de falsa palabra, pusilánime, temeroso, cejó de sus propósitos en el camino, y dejó solo á Cervantes; el cual, viéndose de modo tan extraño y tan de improviso desamparado, tuvo que tornar á Argel, aunque con grande peligro de su vida, pues Dalí Mamí le recibió con indignación, le maltrató mucho y de allí adelante fué tenido con más cadenas, guardia y encerramiento.

Juan de Valcázar, que fué hecho prisionero en la galera *Sol* al mismo tiempo que Cervantes, y quedó también cautivo de Dalí Mamí, era conocedor de sus actos desde los seis años anteriores, y dejó consignadas en su declaración á favor de nuestro Miguel algunas noticias de interés especial que, sin ella, se hubieran ignorado por completo.

Dice Valcázar que los cristianos que salieron con Cervantes de Orán, al intento de fugarse, eran personas principales á quienes el declarante conocía. Entre otras muchas, cuyos nombres no recordaba, hallábanse D. Francisco de Meneses, que había sido capitán en la Goleta, un señor llamado Beltrán, el alférez Rios, el sargento Navarrete, un caballero de apellido Osorio, y un hidalgo que se decía Castañeda. (5)

El rigor á que estuvieron todos sometidos, y en especial Cervantes, debió de llegar á un punto insoportable, cuando su gran ánimo decayó en algunos momentos y le hizo prorrumpir en lastimeras exclamaciones. Fué entonces cuando escribió, en las mismas mazmorras donde moría, la primera confidencia de sus dolores, donde expresó sus lamentos, donde con toda la vehemencia de su ánimo, pidió á los poderes públicos el término de tan grandes humillaciones, para el nombre español, como el mirar las infamias que se cometían en Argel con los cristianos en medio de la más incomprensible dejadez, ya que no la llamemos criminal indolencia.

La epístola, en tercetos magníficos, que con tal propósito dedicó al Secretario del Rey, Mateo Vázquez, es un documento preciosísimo para la historia del cautiverio de Cervantes. Es el más sentido aviso de un alma apenada por padecimientos crueles, por olvidos injustificados, por accidentes tristísimos. Es un clamor del infortunio; es un llanto sublime sobre la libertad perdida; es un relato vivo, verídico, patético de las penalidades experimentadas, del combate de Lepanto, del asalto de la goleta *Sol*, de la tenáz acometida de los infieles, de la gallarda defensa de los cristianos; de la miserable vida que se vivía en las prisiones argelinas, de la confianza que todos tenían en el gran Filipo para proveer al remedio de tantos males; del exorbitante número de cautivos que gemían en las mazmorras entre incertidumbres y muertes, y de la seguridad que abrigaban los maltratados opresos de ser socorridos en sus cuitas.

Pero las palabras de Cervantes perdíanse en el desierto de las vanidades cortesanas. Había buscado por remediador de sus tristezas al personaje que quizás era el que influía más entonces en el ánimo del Rey. Tal vez le conoció Cervantes en Madrid, el año de 1568, en las exequias de la Reina Isabel de Valois. Mateo Vázquez hacía tres que era paje del Cardenal D. Diego de Espinosa, Presidente del Consejo de Castilla. El vulgo achacaba un origen desconocido á Mateo Vázquez. Creíasele hijo natural de un canónigo de la Catedral de Sevilla, llamado D. Diego Vázquez Alderete, quien le crió con sumo ca-

riño. Salió muy despierto el mozo, con notables cualidades de laborioso, callado y discreto. Desempeñaba D. Diego Espinosa el importantísimo cargo de oidor de la Audiencia de Sevilla, y por favorecer al joven, con recomendación de su bienhechor, si no fuese su padre, tomóle bajo su protectora tutela y le nombró familiar suyo.

Alcanzóle la muerte del Cardenal, año de 1572, en lo más florido de la juventud, con práctica y conocimiento del despacho de los negocios. No fué menester más para que llegase á un puesto preferente de confianza en el ánimo de Felipe II, que gustaba tanto de hombres que se adaptaban á sus maneras especiales de reserva y fidelidad. Puso á su cuidado la custodia de los papeles del difunto Cardenal para que informase sobre ellos, y lo hizo con tanta discreción, que le captó más la benevolencia del Monarca. El 23 de Marzo de 1573 fué nombrado Secretario del Rey, y desde entonces aumentó siempre la estimación de que disfrutaba. Nadie como él hallábase en comunicación diaria con Felipe II, como que era el que estaba encargado de presentarle las consultas para el despacho y distribuía y clasificaba los papeles según su importancia. Cabrera de Córdoba, en atención á las preferencias de que era objeto, le llama "archisecretario".

Cervantes, sabedor de los felices aumentos de Vázquez, quiso dirigirse á él, mejor que á otro ninguno, para que fuesen atendidas en la corte sus quejas y sus peticiones. Circulaba acerca del privado una leyenda, que pudo ser infundada por completo, pero con visos de verdad se propagaba en España. El mismo Vázquez parece que la inventó para explicar en cierta manera la oscuridad misteriosa que ocultaba su nacimiento. Aseguraba él que sus padres habitaban en la isla de Córcega. Estando su madre embarazada, en un desembarco hecho por corsarios turcos, quedó cautiva, y, conducida á Argel, dió allí á luz á su hijo. Rescatados después, habían sido llevados á Sevilla, donde fueron socorridos, y el niño educado y protegido por el canónigo Vázquez Alderete.

Quizás esto, que entre los cautivos de Argel sería objeto de comentarios favorables á sus propósitos, de encontrar un hombre de estado que quisiera trabajar con celo por la libertad de los oprimidos, sugirió á Cervantes la idea de dedicarle su epístola. Nadie mejor que el mismo que de niño había sufrido los rigores de la esclavitud en tierra africana en unión de la amada madre, podría comprender la alteza de aquellos pensamientos que Cervantes expresaba con palabras que salían del alma, martirizada de sufrimientos. Nadie mejor que él, conocedor de todo,

consejero y confidente del Rey, su secretario predilecto, el hombre de toda su estimación, podría aconsejar á Felipe II la inmediata resolución de aquella empresa que en su carta aconsejaba: la conquista de Argel, el desquite del fracaso de la expedición de Carlos V, la extinción de una guarida de piratas que no dejaba en sosiego á la Cristiandad.

Cuando llegó Miguel de Cervantes á Argel,

.....y vió la tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra,
No pudo al llanto detener el freno,
y á su despecho, sin saber lo que era,
se vió el marchito rostro de agua lleno,

como él dice en la epístola citada.

Aumentaban su tribulación el conocimiento exacto de la debilidad interior de aquella gente y la desidia de los cristianos, por lo que se conservaba aquel baluarte de la barbarie.

Escasas y mal dispuestas sus fuerzas, sin muros ni defensas grandes para resistir, sería empresa propicia acometer á los argelinos, despostrarlos de sus perversos albergues, poner en aquellas rocas la bandera cristiana y rescatar los veinte mil esclavos que allí estaban cargados de cadenas.

Una expedición á Argel de soldados españoles, presagiaba segura victoria. Sólo el recelo de que llegase una armada del Rey católico, desasosegaba á los argelinos, temerosos del mal suceso. Creía, en fin, Cervantes, que el Rey debía tomar una determinación salvadora. Lo que su padre Carlos V, quiso y no pudo conseguir, por adversidades de la suerte, lo que habían dificultado hasta entonces causas distintas, él podría rematarlo con gloria. Sólo pensar que lo intentaba, causaría espanto en la enemiga gente. ¿Cómo dudar de que el Rey no se mostrase benigno, escuchando la tristeza de tantos desgraciados? Confiaba Cervantes que, hallándose algún día en más alegre estado que el de su presente cautiverio, mediante la intervención del Secretario Mateo Vázquez, á quien se dirigía, podría repetir, arrodillado ante Felipe II, lo mismo que dejaba escrito en su carta sobre la conveniencia y altas miras patrióticas de la conquista de Argel.

Nada consiguió, sin embargo, el heroico soldado con su patética misiva. Ni Felipe II pensaba en expediciones á Argel, ni se lo permitían tampoco las atenciones públicas y las miserias políticas y particulares que le preocupaban en aquellos momentos, y siguiéronle preocupando después. Precisamente en 1578, cuando recibió la carta el Secretario del Rey, estaba éste muy disgustado con el sesgo que presentaban las al-

teraciones de Flandes, cada vez más enconadas, á pesar de las ventajas aparentes, no reales, obtenidas por D. Juan de Austria, el glorioso vencedor de Lepanto y de Túnez.

La constante sistemática negativa del Rey don Felipe en acceder á los deseos de D. Juan, para que se le diese el principado del reino de Túnez, y la desconfianza, que notaba con sentimiento, de parte de su hermano en toda cuestión en que intervenía, abatiendo su espíritu, perjudicaron tan profundamente á su salud, que acabaron con su vida. Amargó más cruelmente los últimos días de su existencia la noticia que le fué comunicada de haber sido asesinado en Madrid su secretario Escobedo, persona de todo su cariño y confianza. El trágico fin de Escobedo produjo inmensa sensación en la corte. Aunque los móviles del crimen fueron odios y venganzas particulares, se traslució desde el primer momento, por el misterio que lo envolvía, un origen más elevado.

Como delito contra el Estado se castigó el que se suponía cometido por Escobedo, aunque luego se llegó á saber que aquello había sido el pretexto para que desapareciera, porque estorbaba, un hombre recto y pundonoroso. Era falso que hubiese venido á España para conseguir de su hermano el acceder á las pretensiones de ciertos nobles extranjeros, quienes le querían nombrar Rey de Irlanda; que bien sabía él lo poco grata que sería semejante embajada á quien antes le escatimó hasta los honores debidos á su nacimiento, y con tenáz negativa se había opuesto, á pesar de mediar los consejos y decidido apoyo de Gregorio XIII, ó para que se le diese el reino de Túnez en premio de haberlo conquistado, ó se concertase su matrimonio con la reina María Estuardo, tan odiada y perseguida de Isabel de Inglaterra.

El propósito de D. Juan, al enviar á la corte de España su secretario, fué el de poner en conocimiento del Rey su situación apurada, sin recursos, sin medios para resolver la cuestión importantísima que se le había confiado y en la que se le abandonó sin mandarle ni aun los necesarios socorros de hombres y dineros.

Era Juan de Escobedo secretario del príncipe por disposición del mismo Rey, y le nombró para este cargo de confianza por sospechar que el que lo fué anteriormente encendía en el ánimo de D. Juan de Austria pensamientos de predominio y ambiciones de reinos. La fatalidad hizo que Escobedo, por respeto á la memoria del príncipe de Éboli, quisiese impedir las relaciones amorosas que sostenían la viuda y el secretario Antonio Pérez, tan famoso por su talento y sus desgracias. Llegó Escobedo hasta el extremo de

amonestar á la dama para que cesasen tales tratos, ó de lo contrario, lo pondría en conocimiento del Rey. Fué esto como firmar su sentencia de muerte. Ofendida y furiosa la princesa con el antiguo protegido de su esposo, puesta de acuerdo con el hombre que obtenía sus favores, maquinaron entrambos perder y concluir con Escobedo.

La misma suspicacia del Rey favorecía poderosamente la gran crueldad que tramaron. Hábil y conocedor de los más íntimos secretos de Felipe II Antonio Pérez, constábase de ciencia cierta la sospecha que dominaba al Rey respecto de su hermano, y poco esfuerzo tuvo que hacer para fomentar su desconfianza con instintos de fiereza. Felipe II creyó que era cierto cuanto su secretario Antonio Pérez le decía. Escobedo había venido á España para fraguar cosas contrarias á la tranquilidad del Estado, en acrecentamiento de D. Juan de Austria.

El pérfido engaño dió el resultado apetecido. Felipe II ordenó, en papel escrito de su mano, el asesinato de Juan de Escobedo. Por medio de un tósigo quiso matarlo Antonio Pérez convidándole dos veces á su mesa; pero, no dando resultado esto, buscó personas que le acometiesen en la calle y le quitaran la vida, como se efectuó en la noche del jueves santo de 1578. La notoriedad del personaje asesinado y la impunidad en que quedaron los sicarios, sin que la Justicia cumpliera con lo que exigían su ministerio y diligencia, dieron natural motivo á comentarios y hablillas, que durante muchos meses entretuvieron las conversaciones del pueblo y de la corte, y ofrecieron asunto para cavilar á los versados en los secretos de la política. Algunos escritores, niegan en absoluto la participación del Rey en aquel crimen; pero existen documentos fehacientes que le acusan, dignos de entero crédito.

Fué sin duda en aquellos aciagos instantes de honda perturbación en los espíritus y de encontradas opiniones de los bandos, cuando hubo de llegar á manos de Mateo Vázquez la admirable carta de Cervantes. Es muy probable, como hemos indicado, que ambos se conociesen desde antiguo. Diversas alternativas de la suerte, subieron, años más tarde, al uno hasta la cúspide de los honores, y abatieron al otro hasta lo profundo de la desgracia.

Enterado Cervantes de los motivos de su encumbramiento y apreciando sus dotes relevantes de modestia, secreto, inteligencia y discreción, le defiende en su epístola de las censuras que contra él propalaba la maledicencia, achacando su elevación al favor del Rey, no á los méritos reales del agraciado. Era un bello elogio suyo, aun-

que harto exagerado, el que hacía Cervantes de Mateo Vázquez. (*)

Bien amargada estaba por entonces, sin embargo, aquella felicidad de que suponía Cervantes poseedor al afortunado valido. Quiso la mala suerte que se viese mezclado, cuando menos lo esperaba, en los tristes escándalos de Antonio Pérez. Felipe II, que sostenía entre sus favoritos un espionaje continuo, para crear entre ellos rivalidades y llegar á saber los más ocultos secretos suyos por este medio, no dió, al parecer, importancia á lo que le comunicaba Mateo Vázquez, y al mismo tiempo hacía conocer á Antonio Pérez lo que el otro secretario escribía acerca de él y del trágico fin de Escobedo. Cobró Pérez con tal motivo un odio terrible contra

Vázquez; y la princesa de Éboli, al saber que también la hacían cómplice, y quizás principal inductora en el asesinato del infortunado Escobedo, dejándose arrebatarse de su violencia de carácter, profirió denuestos y amenazas contra el acusador. La lucha tenaz y prolongada que se suscitó entre éste y sus enemigos, degeneró en guerra sin cuartel, de difamación, á muerte, sin tregua ni descanso. El Rey, sin declarar á Vázquez que él había sido el que ordenó matar á Escobedo, rehusaba con evasivas que se procediese contra los que perpetraron el crimen, como si quisiese á todo trance impedir que se llegase á sospechar siquiera su soberana participación en hecho tan abominable.

La vida metódica, modesta y tranquila de

(*) Si el bajo son de la zampoña mía,
Señor, á vuestro oído no ha llegado
En tiempo que sonar mejor debía,
No ha sido por la falta de cuidado,
Sino por sobra del que me ha traído
Por extraños caminos desviado.
También por no adquirirme de atrevido
El nombre odioso, la cansada mano
Ha encubierto las faltas del sentido.
Mas ya que el valor vió sobrehumano
De quien tiene noticia todo el suelo,
La graciosa altivez, el trato llano,
Aniquilan el miedo y el recelo
Que ha tenido hasta aquí mi humilde pluma
De no quereros descubrir su vuelo.
De vuestra alta bondad y virtud suma
Diré lo menos, que lo más no siento
Quien de cerrarlo en verso se presume.
Aquel que os mira en el subido asiento
Do el humano favor puede encumbrarse,
Y que no cesa el favorable viento,
Y él se ve entre las ondas anegarse
del mar de la privanza, do procura
Ó por fas ó por nefas levantarse,
¿Quién duda que no dice: la ventura
Ha dado en levantar á este mancebo
Hasta ponerle en la más alta altura?
Ayer le vimos inexperto y nuevo
en las cosas que ahora mide y trata
tan bien, que tengo envidia y las apruebo.
Desta manera se congoja y mata
El envidioso, que la gloria ajena
Le destruye, marchita y desbarata.
Pero aquel que con mente más serena
Contempla vuestro trato y vida honrosa,
Y el alma lleva de virtudes llena,
No la inconstante rueda presurosa
De la falsa fortuna, suerte ó hado,
signo, ventura, estrella ni otra cosa,
Dice que es causa que en el buen estado
Que ahora poseéis os haya puesto,
Con esperanza de más alto grado;
Mas sólo el modo de vivir honesto,
La virtud escogida que se muestra
En vuestras obras y apacible gesto.

Esta dice, señor, que os da su diestra
Y os tiene asido con sus fuertes lazos,
Y á más y á más subir siempre os adiestra.
¡Oh santos, oh agradables dulces brazos,
De la santa virtud alma y divina,
Y santo quien recibe sus abrazos!
Quien con tal guía, como vos camina,
¿De qué se admira el ciego vulgo bajo
Si á la silla más alta se avecina?
Y, puesto que no hay cosa sin trabajo,
Quien va sin la virtud va por rodeo,
Y el que la lleva va por el atajo.
Si no me engaña la experiencia, creo
Que se ve mucha gente fatigada
De un solo pensamiento y un deseo.
Pretenden más de dos llave dorada,
Muchos un mismo cargo, y quién aspira
Á la fidelidad de una embajada.
Cada cual por si mismo al blanco tira
Do asestan otros mil, y sólo es uno
Cuya saeta dió do fué la mira.
Y éste quizá, que á nadie fué importuno,
Ni á la soberbia puerta del privado
Se halló, después de vísperas, ayuno,
Ni dió ni tuvo á quien pedir prestado,
Sólo con la virtud se entretenía
Y en Dios y en ella estaba confiado.
Vos, sois, señor, por quien decir podría,
Y lo digo y diré sin estar mudo,
Que sólo la virtud fué vuestra guía.
Y que ella sola fué bastante y pudo
Levantaros al bien do estáis ahora,
Privado humilde de ambición desnudo.
Dichosa y felicísima la hora
Donde tuvo el Real conocimiento
Noticia del valor que anida y mora
En vuestro reposado entendimiento,
Cuya fidelidad, cuyo secreto,
Es de vuestras virtudes el cimiento.
Por la senda y camino más perfeto
Van vuestros piés, que es la que el medio tiene
Y la que alaba el seso más discreto.
Quien por ella camina, vemos viene
Á aquel dulce suave paradero
Que la felicidad en si contiene.

Mateo Vázquez vióse desde entonces alterada con agitadas olas de pasiones. El año 78 y el 79 fueron para él de crueles zozobras.

No es preciso decir que el odio que contra Mateo Vázquez abrigaban desde los primeros momentos de las discordias Antonio Pérez y la princesa de Éboli, llegaron hasta lo inconcebible, á medida que el Rey extremó la severidad contra su Secretario y la viuda del primer Duque de Pastrana. (6)

Mateo Vázquez, satisfecho de su encumbramiento, asaz pobre de espíritu, agitado por las perturbaciones palaciegas, bastante hacía con servir al Rey en clase de espía para conservarse en su gracia; bastante hacía con esquivar los peligros que esperaba de la odiosidad de sus contrarios. Carecía de aquella elevación de pensamientos que necesitaba para comprender y favorecer las heroicas aspiraciones de Cervantes. No cabía en su estrecha mente el plan acertado y grandioso del humilde cautivo. No acertaba á explicarse siquiera aquellos propósitos tan gallardos y aquellas resoluciones tan supremas.

En medio de la glacial indiferencia con que fueron escuchados los lamentos de Miguel de Cervantes en la corte, sólo sus padres tenían fijas las miradas de su alma en los queridos seres ausentes, y se desvelaban en buscar recursos para que las penalidades de su prisión concluyeran. El golpe había sido harto cruel. Dos hijos amados, dos pedazos del corazón, en el cautiverio y en la desgracia. Trocadas las más dulces esperanzas en la más horrible realidad, veíanlos padecer entre bárbaros infieles en lugar de poder estrecharlos entre sus brazos amorosos.

Desde que tuvo conocimiento D. Rodrigo de la triste situación de sus hijos, procuró rescatarlos, único medio posible para el logro de la libertad. Al poco tiempo de cautivos, pidió una información de los servicios de ambos con objeto de solicitar socorros para el rescate, y remuneración por sus actos. La información se efectuó en Madrid ante el escribano Miguel Sánchez; pero se ignora el número de testigos que depusieron á favor de los hermanos Miguel y Rodrigo, por no haberse descubierto dicho documento, aunque es indudable su existencia por la ampliación que se hizo, en Noviembre de 1576, ante Rodrigo de Vera. Los señores del Supremo Consejo de S. M. mandaron que se diese más información, y entonces el padre de Cervantes presentó un nuevo testigo, que se llamaba Antonio Marco, escribano y vecino de Valencia, quien había salido de Argel rescatado en Marzo del dicho año 76. Trajo indudablemente Marco cartas de Miguel y Rodrigo, (como pasó también

con Gabriel de Castañeda) para su señor padre, y noticias confidenciales acerca de su situación y salud; y el relato de los infortunios que sufrían, excitóle más poderosamente á conseguir la libertad de sus hijos.

Por Marco sabemos que en aquella fecha, Rodrigo estaba en poder de Ramadám Bajá, Rey de Argel, y Miguel en el de *Mamí Arnaut*, aunque se comprende que se refería á *Dalí Mamí*, que era el amo de Cervantes, como de sus mismas palabras consta. (7)

D. Rodrigo había logrado con sacrificios reunir algunas cantidades y las envió á su hijo Miguel, por medio, sin duda, de los padres de la Orden de la Merced, Fr. Jorge del Olivar y Fr. Jorge Ongay, que salieron de Valencia para Argel el 30 de Marzo. Pero el dinero recibido por Cervantes (cuya cantidad se ignora hasta la fecha) no era suficiente para que Miguel pudiera redimirse. Las exigencias de su amo imposibilitaban todo arreglo; y entonces trató de libertar á su hermano, cosa más fácil por no considerársele, como á él, personaje de cuantioso rescate.

Ignoramos lo que costaría el de Rodrigo; pero con certeza puede decirse, por el testimonio verídico del propio Miguel, que ya gozaba de libertad en el mes de Agosto de 1577. De documentos nuevamente descubiertos, que se insertan en la colección de Pérez Pastor, se deduce, con probabilidad de acierto, que volvió á España con los demás rescatados, en el mes de Setiembre. (8)

Supo Cervantes entonces un rasgo magnánimo de caridad que realizó, con admiración de todos, Fr. Jorge del Olivar, y del que hizo mención honrosa más tarde en varios de sus escritos. Aquel digno sacerdote, no pudiendo rescatar por falta de dinero á muchos cautivos pobres que en Argel había, y en vista de que amenazaban con renegar de sus creencias, ofrecióse á quedar en rehenes por ellos y por otros muchos, sacrificando su libertad por la ajena. La sublime abnegación de Fr. Jorge costóle muchos trabajos, sinsabores y contrariedades; pero obtuvo la admiración de todas las personas de recto pensar y las bendiciones de todas las almas buenas. Los esfuerzos que los más calificados cristianos de Argel hicieron para que aquel ferviente apostol de la caridad fuese rescatado, dieron por resultado el más glorioso triunfo de su humildad. Su redención deseada, sirvió de inmenso regocijo á cuantos sabían estimar las virtudes. (9)

No desaprovechó Miguel la oportunidad de que su hermano menor tornase á España; antes bien, valiése de ella para ultimar un nuevo pro-

yecto que hacía muchos meses maduraba. Consistía en que, una vez su hermano en España, procurase aprestar y enviar de las playas de Valencia, de Mallorca ó Ibiza, una fragata armada para que llevase á España los cautivos que estuviesen dispuestos á fugarse de Argel. Rodrigo traía instrucciones para todo, y además obraba de acuerdo con un cautivo, redimido al mismo tiempo que él, cristiano mallorquín, de apellido Viana, "hombre práctico en la mar y costa de Berbería", según palabras de Fr. Diego de Haedo. Lo mismo Rodrigo de Cervantes que Viana entregaron al virrey de Valencia y al de Mallorca las cartas de presentación que llevaban para ellos, con el fin de hacer más facil su cometido. Haedo dice que "con el favor del virrey de Mallorca, en pocos días puso á punto Viana el bergantin". Las personas de cuenta y prestigio que recomendaron á los virreyes de Valencia, Mallorca é Ibiza el pronto despacho y favorable protección de lo que Cervantes solicitaba, fueron dos caballeros que entonces sufrían los rigores de la cautividad, el uno D. Antonio de Toledo, el otro D. Francisco de Valencia, entrambos del hábito de San Juan y famosos por sus hechos en la milicia. (10)

Desde tiempo antes que Rodrigo de Cervantes volviera rescatado á Valencia, ya preparaba Miguel los medios de evadirse de Argel, con varios de sus compañeros cautivos, en la fragata que habían de alistar en España. Es admirable la sagacidad con que todo lo preparó Cervantes. Era preciso ocultar en sitio conveniente á aquellos opresos para que el intento no se descubriera hasta el momento oportuno. Catorce personas de distinción y caballeros de opinión y nombre, siguieron en un todo las indicaciones de Miguel, confiados en sus aciertos, trazas ingeniosas y entereza de ánimo. Encontróse un lugar muy apropiado, por gestiones de Cervantes, dentro de un jardín, propiedad del alcaide Azán, renegado griego. Un cautivo de éste, que se llamaba Juan, navarro de nación, de oficio jardinero, puesto de acuerdo con Miguel, facilitó cierta cueva que en la dicha posesión existía, en la parte de levante, cerca del mar, donde fueron sucesivamente refugiándose los cristianos que tramaban la huida. Otro esclavo, que había sido renegado cristiano (aunque luego volvió á sus creencias), natural de Melilla, conocido por el *Dorador*, era sabedor también de aquellos intentos, y servía de llevar á los encerrados los víveres indispensables.

El cuidado de proporcionarles lo necesario para el diario sustento, corría por cuenta de Cervantes, quien se convirtió en solícito proveedor

de cuanto les hiciese falta; lo cual bastaría por sí sólo para gloria de su buen nombre, pues sin abandonar la casa de su amo, en medio de la fatigosa vida de sufrimientos, hallaba siempre su fecundo ingenio trazas para realizar sus propósitos de beneficiar á sus compañeros, en espera de la embarcación que habría de llegar procedente de España. Duraron estos desvelos por espacio nada menos que de siete meses, según asegura el P. Haedo, que estaba bien informado de estos sucesos por testigos presenciales de mucha cuenta. (11)

Calculando Cervantes que se aproximaba el día en que arribaría á las playas de Argel la fragata salvadora, abandonó á mediados de Setiembre la casa de su dueño, y se refugió con sus compañeros en la cueva. Todo parecía estar dispuesto para el seguro buen éxito deseado, cuando una traición inesperada vino á echar por tierra los más risueños cálculos. Aquel miserable *Dorador*, que tan enterado hallábase de todo, por temor de que se descubriese su participación en la trama, y para congraciarse con el nuevo Rey Azán Bajá, que por aquel tiempo empezaba á posesionarse de su importante cargo, con promesa de renegar nuevamente de la religión católica, delató al monarca argelino todo lo concertado y hecho.

Era Azán Bajá hombre de perversa condición y de malvados propósitos. Cervantes, que tuvo ocasión de conocer íntimamente su carácter, le calificó con una sola frase, llamándole "homicida de todo el género humano". Su codicia igualaba á su crueldad. Renegado veneciano, corrompido por Uluch-Alí, *el Uchalí* que entonces decían los cristianos, el más regalado de sus garzones, había sido uno de los muchachos por él más predilectamente protegidos, y cuando alcanzó el nombramiento de Rey de Argel, reveló con toda procacidad sus ambiciosos propósitos y sus malditas tendencias de odioso tirano.

Al saber por el *Dorador* lo que Cervantes se proponía, su ira estalló con furores de rabia. Tenía él resuelto hacerse de todos los esclavos de importancia que pertenecían á arraeces ó particulares, so pretexto de seguridad pública, pero realmente con el propósito de disponer de todos para satisfacer los impulsos desapoderados de su ambición. El descubrimiento de la huida coadyuvó á sus propósitos. Dió, pues, órdenes terminantes para que fuesen á la cueva y sorprendiesen á los allí ocultos. Once hombres á caballo, veintidos á pié, bien armados y dispuestos á todo evento, se dirigieron á tomarla. El *Dorador*, aquel maldito Judas, los guiaba.

Cervantes, por sí mismo, refiere este trance

amarguísimo de la captura de los cristianos con sencillez elocuente sin igual, que no puede ser sustituida por ninguna otra narración sin que pierda en veracidad lo que aparentemente ganaría en ostentosa amplitud. "Llegados (dice) los turcos y los moros á la cueva, y entrando por fuerza en ella, viendo Miguel de Cervantes que eran descubiertos, dijo á sus compañeros que todos le echasen á él la culpa, prometiéndoles de condenarse él solo, con deseo que tenía de salvarlos á todos; y así, en tanto que los moros los maniataban, Miguel de Cervantes dijo en voz alta, que turcos y moros le oyeron: ninguno de estos cristianos que aquí están, tiene culpa en este negocio, porque yo solo he sido el autor de él y el que los ha inducido á que huyesen; en lo cual manifiestamente se puso á peligro de muerte, porque el Rey Azán era tan cruel, que sólo por huirse un cristiano ó porque alguno le encubriese ó favoreciese en la huida, mandaba ahorcar á un hombre, y por lo mismo cortarle las orejas y las narices. Y así, los dichos turcos, avisando con un hombre á caballo de todo lo que pasaba al Rey, y de lo que Miguel de Cervantes decía, que era el autor de aquella emboscada y huida, mandó el Rey que á él solo llevasen, como llevaron, maniatado y á pie, haciéndole por el camino los moros y turcos muchas injurias y afrentas". (12)

Dos días antes de que el *Dorador* destruyese con su proceder indigno el bien preparado plan de Cervantes, había llegado á vista de Argel la fragata ó bergantin armado, dispuesto por Rodrigo de Cervantes y que iba á cargo de Viana. No se sabe con certeza si la nave salió de Valencia ó de Mallorca, aunque de las palabras de Haedo, se desprende que partió de este último punto. Por el testimonio de Cervantes, que siempre es el que con preferencia debe seguirse, la fragata llegó, conforme á la orden que él mismo había dado y en el tiempo fijo; pero habiéndose aproximado una noche al mismo puesto, es decir, cerca de la cueva, "por faltar el ánimo á los marineros, y no querer saltar en tierra á dar aviso á los que estaban escondidos, no se efectuó la huida". Las declaraciones de algunos testigos achacan á diversas causas el fracaso del desembarco.

Por ejemplo, Cristobal de Villalón dijo que la fragata había huido porque los marineros vieron pasar una barca de pescadores, y creyeron que era cosa de más peligro; Alonso Aragonés aseguró que la nave llegó dos veces y á la segunda cayó en poder de los enemigos; el Dr. Sosa hizo constar asimismo que por dos veces se acercó la embarcación, y se lo contaron muy por exten-

so los que quedaron prisioneros con la causa de su temor, aunque no da pormenores sobre el asunto. Y el P. Haedo consigna que el motivo de no haberse realizado el propósito, fué porque acertaron á pasar ciertos moros, y al ver el barco cristiano, empezaron á gritar, de modo que la fragata tuvo que hacerse á la mar por aquella vez.

Sea cualquiera la causa que impidiese al bajel de Viana acercarse con seguridad al sitio prefijado, lo cierto es que el hecho de haber caído, á la segunda tentativa, los tripulantes todos en poder de los argelinos, fué simultáneo á la prisión de Cervantes y de sus nobles infortunados compañeros.

Comprometidísima era la situación de Cervantes ante el tirano de Argel. La delación del *Dorador* se había agravado doblemente con la noble confesión del mismo interesado. Los instintos fieros de Azán fueron excitados por las instancias del dueño de Juan el jardinero. Aquel alcaide, para mostrar al Rey su celo é indignación por lo que se había urdido en su propia casa sin conocimiento suyo, dió muerte de manera horrible á su esclavo. Colgado de un pie, después de crueles castigos, murió ahogado en su sangre. También movían á Azán Bajá pensamientos de muerte contra Cervantes. Quería castigar de modo inaudito aquella maquinación de independencia y libertad, para escarmiento y ejemplo. La inhumanidad de aquel renegado sin entrañas, presagiaba un triste fin á Cervantes. Por motivos menos graves habían sido bárbaramente castigadas algunas personas que, en tiempo de los anteriores bajaes, procuraron huir á tierra de cristianos.

Bien en la memoria de todos estaba lo que pasó en 1568 á aquel renegado italiano que, con ánimo de volver á su religión, había marchado á Orán; y teniendo la desgracia de caer cerca de Mostagán en manos de infieles, y sido conducido ante el Rey de Argel, fué sometido á indecibles tormentos y sufrió horrorosa muerte. Aun más reciente estaba otro caso de bárbaros castigos. Dos españoles, que también huían á Orán, año de 1572, aprisionados por los enemigos y llevados ante el Rey, perecieron á consecuencia del infinito número de palos que él mismo les dió; actos de repugnante ferocidad que se repitieron después, varias veces, en el reinado del nuevo monarca.

Más inhumanos habían sido los horrores cometidos en años más lejanos con caballeros que habían tenido, como Cervantes entonces, intentos de recobrar su libertad y salvar á Argel de las garras de los corsarios turcos. En el mismo

Diálogo de los mártires de Argel, donde habla Fr. Diego de Haedo de las famosas hazañas de Cervantes, hidalgo principal de Alcalá de Henares, refiere los sucesos y gloriosa muerte de otros caballeros que fenecieron en parecidas desgraciadas empresas. ¡Con qué gallarda resolución fué acometido aquel propósito del capitán D. Juan Portundo por apoderarse de Argel en 1531!

Puesto de acuerdo con otros seis, creyeron propicias las circunstancias para hacerse dueños de Argel. Gran número de esclavos cristianos había en la capital del pirata Barba Roja; eran escasas las fuerzas de los infieles; pequeños los medios de resistencia; muchos los buenos deseos; sublimes los alientos; hermosas las esperanzas. Quisieron hacer una hazaña superior á todos los elogios. Arrancar del imperio de los infieles el gobierno supremo de Argel; devolver á España aquel terror del Mediterráneo; barrer de su recinto la podredumbre mahometana. Buscaron al efecto un intermediario de sus altos designios para que pudiesen llevarse á cabo con presta resolución. Contaban con el beneplácito de un soldado, famoso por su denuedo, que se llamaba Luis de Sevilla, y gemía sus infortunios en las mismas prisiones de Barba Roja. Solicitaron del desgraciado gobernador de Bujía, D. Alonso de Peralta, armas de que carecían para ejecutar su proyecto, las cuales recibieron en la forma que fué posible. Pero cuando todo estaba ya listo para la realización del designio, mezquindades personales se opusieron al buen suceso. Un miserable, de apellido Almarza, dos veces renegado, como luego pasó con el *Dorador* maldito, lo puso todo en conocimiento del Rey de Argel, y sin pérdida de momento fueron ferozmente acuchillados la mayor parte de aquellos héroes españoles.

Vivo se conservaba todavía el recuerdo de otro hecho de inmortal remembranza, más cercano al cautiverio de Cervantes. En 1559, siendo considerable el número de esclavos que había reunidos en Argel, pasó por la imaginación de algunos derrocar el poder de los turcos y hacer aquella ciudad del dominio cristiano. Uno de los caballeros que estuvo más decidido en realizar el proyecto, fué D. Martín de Córdoba, de noble linaje, que más tarde llegó á ser Marqués de Cortes; el cual sufrió durísimas prisiones y estuvo cautivo más de dos años y medio, aunque consiguió al fin la libertad mediante un rescate cuantiosísimo. Otros de los comprometidos fueron martirizados bárbaramente, y en especial, el corsario Juan Cañete, cuyas atrevidas iniciativas contra los argelinos no podían éstos olvidar en manera alguna. (13)

Compréndese bien, cuando tales sucesos se traen á la memoria, cuán fundado era el temor de que á Cervantes alcanzara la misma despótica venganza, dado el magno propósito que abrigaba y que, por fatalidades tristísimas, no pudo llevar á efecto. Pero para que todo fuera sorprendente y asombroso en el cautiverio de Cervantes, aquel acto no produjo, por fortuna, los terribles resultados que todos con gran razón pronosticaban. El rey de Argel se encontró frente á frente con un caracter excepcional, de voluntad de hierro, con un hombre extraordinario, y tuvo que respetarle, á pesar de las prevenciones de su odio y tiranía, como á un ser que excedía los límites de lo humano. El arrebató de los instintos vengativos, quedó modificado por la admiración que le debió causar la presencia de tal héroe. No se disculpaba él, no mostraba abatimiento, no negaba su culpa, no demandaba clemencia, no se excusaba, no solicitaba perdón. Con superior arrogancia, sin vacilación ni miedo, con noble franqueza, sin ocultar nada, con entera sinceridad, hasta orgulloso de sus actos, se declaraba el único responsable de aquella maquinación contra los opresores de los cristianos. No había allí nadie que mereciese castigo, nadie que hubiese ideado la rebelión, nadie que se hubiera propuesto la ejecución del pensamiento. Él solo era el autor y fraguador de la trama, el inductor de sus compañeros, el que les aconsejó, el que les puso en el trance peligroso en que se encontraban, inocentes de todo delito, confiados en sus palabras. Que todo el castigo cayera sobre él como exclusivo delincuente. ¿No había de llamar poderosamente la atención del Rey argelino la entereza de aquel valeroso joven? ¿No habían de atraerle su respeto aquella magnanimidad de sentimientos, aquella abnegación, aquel heroísmo sobrehumano? Ni las amenazas le intimidan, ni las desdichas le abaten, ni el temor de los castigos le sobrecoge. Fuerte y sereno en medio de los mayores peligros, revela siempre la suprema alteza de su alma. No cedió el cautivo; cedió el tirano. El déspota fué vencido del esclavo. El humilde quedó coronado de honor; el soberbio burlado y cubierto de vilipendio. Triunfó la virtud y fué la maldad humillada. Libróse Cervantes por entonces de los castigos esperados.

¡Qué de elogios mereció de todos los buenos el proceder de Cervantes! Su independiente caracter, su nobilísima confesión, desarmaron la cólera del tirano y salvaron muchas vidas amenazadas (14) La infame conducta del *Dorador* expiada tres años después con el mal de la muerte, tuvo su merecido. El Rey dispuso que todos los caballeros sorprendidos en la cueva que-

dasen de su propiedad, lo mismo que Cervantes. Algunos tuvo que devolver, á petición de sus antiguos amos; pero á nuestro Miguel, quiso tenerle en lo sucesivo por esclavo suyo, y en el mismo baño ó prisión de su palacio, por considerarle como caballero principalísimo y de gran rescate, hombre de altos pensamientos, á quien era preciso vigilar muy estrechamente para seguridad de su estado. Pagó por él á su primer dueño, el arraez Dalí Mamí, la suma de quinientos escudos de oro. Fué vigilado Cervantes con muchos rigores; cargáronle de castigos; padeció hambre y desnudez; cinco meses se vió preso en la cárcel de los moros, aherrojado sin compasión; en momentos, estuvo dedicado á trabajos

penosos, y hasta fué encerrado en una galera con dos cadenas y unos grillos, sin consideración ni piedad. (15)

Pero el ánimo sublime de Cervantes no se amilanó con los nuevos contratiempos. Sufría y meditaba. La idea de poner fin á su cautiverio le alentaba y fortalecía en medio de sus dolores. La patria y la independencia movían su voluntad y despertaban su entusiasmo con alientos gloriosos. Los que debieran oír sus consejos y atender sus indicaciones, no hacían nada. Él les enseñaría á luchar, á comprometer su sosiego, á sacrificar la vida, si fuera preciso, por la libertad personal y la dignidad de la patria, por lo verdaderamente majestuoso y soberano. (*)

(*) Á pesar de tantos testimonios ajenos como confirman las proezas de Cervantes en el cautiverio, no hay obra más completa y exacta acerca de ellas que la que escribió su contemporáneo D. Diego de Haedo, Arzobispo de Palermo, presidente y capitán general del reino de Sicilia, que murió de edad avanzada. Dicha obra la entregó manuscrita el Arzobispo á un sobrino suyo, que fué abad de Frómista, fraile benedictino, quien la revisó, corrigió y dió á la estampa en Valladolid, año de 1612. Este importantísimo trabajo, no sólo por los datos verídicos que facilita referentes á Cervantes, sino por las curiosísimas noticias que comunica respecto á costumbres, hechos, reyes y vicisitudes de la ciudad de Argel, tiene el siguiente título: *Topografía é Historia general de Argel, repartida en cinco tratados, do se verán casos extraños, muertes espantosas y tormentos exquisitos, que conviene se entiendan en la Cristiandad. Con mucha doctrina y elegancia curiosa. Dirigida al Ilmo. Sr. D. Diego de Haedo, Arzobispo de Palermo, presidente y capitán general del reino de Sicilia. Por el Maestro Diego de Haedo, abad de Fromesta, de la Orden del Patriarca San Benito, natural del valle de Carranza.* (Un escudo). *Con privilegio.* En Valladolid, por Diego Fernández de Oviedo, impresor de libros. (En 4.º de 210 páginas, más 8 sin numeración). La obra comprende las siguientes materias: *Topografía, habitantes y costumbres de Argel; Epítome de los Reyes de Argel; un diálogo entre el Dr. Antonio de Sosa y D. Antonio González de Torres, acerca de la captividad de Argel, y otro diálogo entre el referido Dr. Sosa y Jerónimo Ramírez, que trata de los Mártires de Argel.*

Esta parte de la obra es la más interesante, con serlo mucho toda tocante á sucesos y costumbres argelinos, por hablarse en ella con el debido aprecio de los actos realizados por Cervantes en su cautividad; y especialmente trata de los sucesos de la cueva, traición del *Dorador* y peligros en que estuvo nuestro Miguel por sus arriesgados proyectos.

Por Haedo se confirma con toda precisión lo dicho por Cervantes en su *Interrogatorio de preguntas*; á saber, que eran quince personas las que se ocultaron en la cueva; y, la narración que hace de otros incidentes curiosos, que se desconocían, acerca del dueño del jardín y del nombre del esclavo que lo cuidaba, primera víctima de aquella tentativa infortunada, con todo lo demás que añade acerca de Azán Bajá, y el número y clase de soldados que fueron á prender á los encerrados en la cueva del jardín, amplían y completan lo que sabíamos sobre aquellos interesantes particulares. Nada hay tan circunstanciado como este relato que hace Fr. Diego de Haedo (folio 185 y siguientes):

“Fueron (los diez hombres á caballo y los veintidos á pie

bien armados) con tan buena guía (el *Dorador*)—al jardín;—y prendiendo luego al jardinero, fuéronse á la cueva que el falso Judas les mostró, y haciendo salir de ella los cristianos, los prendieron luego á todos, y particularmente maniataron á MIGUEL DE CERVANTES, un hidalgo principal de Alcalá de Henares, que fuera autor de este negocio y era por tanto más culpado, porque así lo mandó el Rey, á quien los presentaron luego. Holgóse mucho el Rey de ver cómo los habían traído; y, mandando por entonces llevarlos á su baño y tener allí en buena guardia (tomándolos y teniéndolos ya por sus esclavos), retuvo solamente en casa á Miguel de Cervantes, del cual, por muchas preguntas que le hizo, y con muchas y terribles amenazas, no pudo jamás saber quién era de este negocio sabedor y autor, porque presumía el Rey que el reverendo padre Fr. Jorge Olivar, de la Orden de la Merced, comendador de Valencia (que entonces allí estaba por redentor de la corona de Aragón) ordenara ésta; y aun se tenía por cierto que el mismo *Dorador* Judas, se lo había dicho y persuadido, y por tanto, como codicioso tirano, con esta ocasión deseaba echar mano del mismo padre para sacar de él buena cantidad de dinero.

Y como con todas sus amenazas, nunca otra cosa pudiese sacar de Miguel de Cervantes, sino que él y no otro, fuera el autor de este negocio, (cargándose como hombre noble á sí sólo la culpa), envióle á meter en su baño, tomándole también por esclavo, aunque después, á él y á otros tres ó cuatro, hubo de volver por fuerza á los patronos cuyos eran. El alcaide Azán, luego que en su jardín prendieron los cristianos y trajeron el jardinero con ellos, fué de todo avisado, y corriendo á casa del Rey, requeríale con grande instancia que hiciese justicia de todos, muy especial y particularmente que le dejase á él hacerla, á su gusto y contento, del jardinero, mostrándose contra éste en extremo furioso y airado; y la causa era porque el Rey, á imitación suya, castigase á los demás cristianos que habían estado escondidos en la cueva.

Cosa maravillosa, que algunos de ellos estuvieron encerrados sin ver luz, sino de noche, cuando de la cueva salían, más de siete meses, y algunos cinco, y otros menos, sustentándoles MIGUEL DE CERVANTES con gran riesgo de su vida, la cual cuatro veces estuvo á pique de perderla, empalado ó enganchado, ó abrasado vivo, por cosas que intentó para dar libertad á muchos. Y, si á su ánimo, industria y trazas, correspondiera la ventura, hoy fuera el día que Argel fuera de cristianos, porque no aspiraban á menos sus intentos.

Finalmente, el jardinero fué ahorcado por un pie y murió ahogado de la sangre. Era de nación navarro y muy

buen cristiano. De las cosas que en aquella cueva sucedieron en el discurso de los siete meses que estos cristianos estuvieron en ella, y del cautiverio y hazañas de MIGUEL DE CERVANTES, se pudiera hacer una particular historia. Decía Azán Bajá, Rey de Argel, que como él tuviese guardado al estropeado español, tenía seguros sus cristianos, bajeles y aun toda la ciudad: tanto era lo que temía las trazas de MIGUEL DE CERVANTES, y si no le vendieran y descubrieran los que en ella le ayudaban, dicho so hubiera sido su cautiverio, con ser de los peores que en Argel había; y el remedio que tuvo para asegurarse de él, fué comprarle de su amo por quinientos escudos en que se había concertado, y luego le acerrojó y le tuvo en la cárcel muchos días, y después le dobló la parada, y le pidió mil escudos de oro, en que se rescató (en esto padeció error Haedo),

habiendo ayudado en mucho el P. Fr. Juan Gil, redentor que entonces era por la Santísima Trinidad en Argel^a.

Los nombres del ilustre Arzobispo de Palermo y del discreto abad de Frómista, serán siempre venerados por todos los admiradores de Cervantes. Sin sus cariñosos recuerdos, la historia del cautiverio del gran Escritor resultaría siempre deficiente.

No hay libro en la Literatura española del siglo de oro, que ofrezca más verídicas, preciosas y perfectas informaciones sobre la vida pública y privada del Príncipe de nuestros Ingenios. Los dos Haedos, que tanto amor profesaron á Cervantes, bien merecido tienen que su apellido vaya junto para siempre con el del humilde soldado á quien tan afectuosamente enaltecieron

ILUSTRACIONES AL CAPITULO IV

1.^a—Barba Roja creador del gran poder pirático argelino.

Cuando á principios del siglo XVI, el rey-zuelo de Argel, Selím Entemi, llamó á su socorro al famoso corsario Barba Roja, cometió una imprudencia, que bien luego pagó con su muerte. Dueño el pirata del gobierno, afianzado en el mando por el exterminio de sus enemigos, es increíble la grandeza que cobró su dominación con daño inevitable de los cristianos, que por dolorosa experiencia llegaron á saber cuánta fascinación ejercía aquel hombre feroz sobre la gente que acaudillaba.

Argel le debió el principio de su importancia. En su escuela de inhumanidad se educaron los infinitos corsarios que, durante todo aquel siglo, fueron el terror de las naciones europeas. Argel le fué deudor asimismo de su engrandecimiento en riquezas y en población. La audacia de hombre tan nefasto animó á otros para imitar sus proyectos de dominación y tiranía.

Así Argel, que contaba sólo cinco mil vecinos cuando intentó Cárlos V conquistarlo, llegó á contar, treinta años después, más de cuarenta mil, cifra que siguió ascendiendo; sus medios defensivos se acrecentaron considerablemente; y aquel nido de piratas, creación verdadera de Barba Roja, fué durante tres siglos una amenaza constante para los pueblos cristianos con escarnio y vergüenza de sus gobiernos.

2.^a—Sitio donde aprisionaron á Cervantes los corsarios.

Ningún indicio cierto existía sobre el particular, hasta que el Sr. D. Julián Apráiz ha ofrecido noticias que lo demuestran con bastante evidencia.

En dos de sus interesantísimos libros, que tantos recuerdos cervánticos contienen, se aclara este punto con la amplitud necesaria: en *Los Isunzas de Vitoria* y en *Cervantes vascófilo*.

La obra en que ha encontrado el Sr. Apráiz el dato decisivo, para poder señalar el sitio donde se verificó el combate de la galera *Sol* con las tres galeotas turcas, y donde quedó prisionero de Dalí Mamí, se intitula *Discursos genealógicos* de la familia de Vergara, que forman el Apéndice de la *Historia del Colegio viejo de San Bartolomé mayor de la célebre Universidad de Salamanca*. El autor fué D. Francisco de Vergara. El libro vió la luz pública en Madrid, año de 1661.

“Comenzando (dice Apráiz en *Los Isunzas de Vitoria*: Bilbao, 1897, páginas 179 á 81) por un Francisco Ruiz de Vergara, amigo y aun deudo de Juan y Pedro de Isunza, vémosle en compañía de éstos en Amberes de 1570 á 1573. Era hijo de los citados Juan Ruiz de Vergara y D.^a María Díaz de Álava; fué alcalde, diputado foral, señor de la villa de Santurdejo y estuvo casado con su sobrina D.^a María de Salvatierra,

la cual D.^a María Ruiz de Vergara quedó viuda y con hijos antes de 1595. Un hermano de Juan y de Francisco, llamado Diego, murió en Flandes peleando por España; pero de otro hermano habla el genealogista citado (pág.^s 73 y 74) en términos que, aunque lacónicos, encierran tal elocuencia, que prefiero copiarlos literalmente: *D Juan Bautista Ruiz de Vergara y Alava* (dice), *caballero del Orden de San Juan, hallóse en 1547 en la famosa batalla de Alvis contra el Duque de Sajonia, y en la de Lepanto, Y MURIÓ PELEANDO VALEROSAMENTE JUNTO Á MARSELLA EN DEFENSA DE LA GALERA "SOL" CONTRA TRES GALERAS DE TURCOS*“.

“Pasando por alto (añade Apráiz) la popular y renombrada batalla de Lepanto (1571), no habrá dejado de advertir el lector erudito que la de *Alvis*, Elba ó Mulberg, es aquella victoria, casi legendaria, obtenida por Carlos V y el Duque de Alba contra los protestantes alemanes, (1547), de la que se dijo en su tiempo que se había reproducido, en favor de los españoles, el milagro realizado por Josué; pero el último trágico suceso, por ser un hecho casi aislado, no figura en nuestras historias nacionales, y sólo se relata con algún interés en las biografías cervantinas, aunque desconociendo el lugar del suceso, que por Vergara sabemos fué *junto á Marsella*. Ocurrió el 26 de Setiembre de 1575, cuando venían á España, después de larga ausencia, el ilustre militar vitoriano y el heroico Manco de Lepanto“.

Y confirmando sus indicaciones aclaratorias, el mismo erudito escritor dice en la pág.^a 123 de su *Cervantes vascófilo* (Vitoria: 1899, 5.^a edición), lo siguiente:

“El nombre más digno de citarse (al hablar de los vascongados que estuvieron en algunas ocasiones de guerra, á las que también asistió Cervantes), es el del vitoriano D. Juan Bautista Ruiz de Vergara y Álava, quien, después de haber tomado parte gloriosa en 1547, á las órdenes del Emperador Carlos V, en la casi novelesca batalla de Elba contra el elector de Sajonia, fué también uno de tantos vascos que se hallaron en Lepanto; reuniendo la circunstancia especial de haber sido más tarde uno de aquellos heroes anónimos recordados por el cautivo de Argel en su epístola á Mateo Vázquez, y en el libro V de *La Galatea*, por haber muerto peleando valero-

samente el 26 de Setiembre de 1575 en la goleta *Sol*, en que fué hecho prisionero el desdichado Miguel contra tres galeras turcas“.

3.^a—*Recuerdos de Cervantes sobre Argel*. Otra descripción que hace en sus obras acerca de los apresamientos de naves cristianas por bajeles turcos.

Son muy gráficas las palabras que dice Cervantes, de Argel, en el libro III de su *Persiles y Segismunda*, obra que escribió en los dos últimos años de su vida, y revelan cuán presente tenía, hasta en los momentos en que se acercaba su muerte, cuanto había presenciado y notado en la capital de los corsarios berberiscos. Aprovecha un relato fingido para recordar que estuvo cinco años esclavo en Argel, y dice que era aquella ciudad “gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de corsarios, y amparo y refugio de ladrones, de donde salían con sus bajeles á inquietar el mundo, pues se atrevían á pasar el *plus ultra* de las columnas de Hércules, y acometer y robar las apartadas islas, que, por estar rodeadas del inmenso mar Océano, pensaban estar seguras, á lo menos de los bajeles turquescos“.

Hemos copiado en el texto la descripción que hace Cervantes del apresamiento de una galera cristiana, donde alude indudablemente á su prisión en la galera *Sol*; y ahora vamos á transcribir otra que hace en distinto libro suyo, en que se refiere, sin duda, á la costa extranjera donde se verificó el combate de su embarcación, y confirma, en nuestro sentir, las indicaciones hechas por el Sr. Apráiz. (1)

En la novela *La Española Inglesa*, se describe el caso siguiente: “Fletamos dos falucas en Génova, la una para que fuese delante descubriendo, y la otra donde nosotros fuésemos. Con esta seguridad nos embarcamos, navegando tierra á tierra, con intención de no engolfarnos; pero, llegando á un paraje que llaman las Tres Marías, *que es en la costa de Francia*, yendo nuestra primera faluca descubriendo, á deshora, salieron de una cala dos galeotas turquescas, y tomándonos la una la mar y la otra la tierra,

(1) Hablando de este punto de la obra cervantina el señor D. Julián Apráiz en su último precioso libro, *Estudio histórico-crítico sobre las Novelas Ejemplares de Cervantes*, premiado por el Ateneo de Madrid, pág.^a 61, nota, dice muy oportunamente:

“Este pasaje es curiosísimo, pues para mi viene á resolver definitivamente el ignorado paraje donde Cervantes fué cautivado, á saber: junto al puertecito de *Las Santas Marías* en el golfo de su nombre, costa del delta ó gran isla de la Camargue, departamento de las Bocas del Ródano“.

cuando íbamos á embestir en ellas, nos cortaron el camino y nos cautivaron“.

4.^a—Día en que fué cautivado Cervantes. ¿Apresaron los turcos la galera “Sol“?

Ni el P. Fr. Diego de Haedo, ni el *Interrogatorio de preguntas* presentado por el mismo Cervantes, fijan la fecha en que fué éste hecho prisionero. Hasta que no se descubrió en el siglo XVIII, mediante las indicaciones de D. Vicente de los Rios, la partida de rescate en el archivo de la Orden de la Santísima Trinidad, redención de cautivos, se ignoraron tales antecedentes. Entonces se supo, con otros pormenores interesantes, que cautivaron á Cervantes “en la galera *Sol*, yendo de Nápoles á España, el 26 de Setiembre del año de 1575“. Rios publicó dicho documento en las *Pruebas de su Vida de Cervantes*, página CCCIV.

Su texto está exactamente conforme con el libro de redenciones que se conserva ahora en el Archivo Histórico Nacional. La partida que existía en poder del Sr. Castellanos, que no es sino una copia del mismo documento, con supresión de algunos renglones, consigna también la misma fecha; pero de esto se tratará oportunamente cuando hablemos del rescate de Miguel.

Respecto á la cuestión de si fué ó no apresada la galera en que venía Cervantes para España, subsiste la duda por la diversidad de testimonios, aunque nosotros tenemos por cierto la negativa. Es verdad que Hernando de la Vega, uno de los que declararon en el *Interrogatorio de preguntas*, que se conserva en el Archivo de Indias de Sevilla, parece que da por seguro que sí fué apresada y que la llevaron á Argel los corsarios, “*donde el dicho testigo la vió*“; pero constando que sólo conoció á Cervantes desde que llegó cautivo, pudo equivocadamente creer que era la galera *Sol* la en que había sido conducido, cuando sería en la galera de Dalí Mamí.

Diego Castellanos supo en Nápoles, indudablemente de personas que intervinieron en los sucesos, “que los turcos ya tuvieron rendida á la galera *Sol*; mas después, “porque vieron venir otras dos, la dejaron“. La declaración de otro testigo, Juan de Valcázar, parece confirmar lo que sostiene Castellanos, pues sólo hace mención de su apresamiento en la misma galera *Sol*, sin decir una palabra acerca de haberse apoderado de ella los enemigos.

Y cierto que no lo dejara de hacer, siendo punto esencial, en una información tan importante como la suya.

5.^a—Datos fidedignos acerca de tres cristianos que iban á fugarse con Cervantes.

De los seis cautivos que cita Juan de Valcázar por sus apellidos, y estaban dispuestos á huir de Argel, cuando llegara la fragata al mando de Viana, dos de ellos declararon como testigos en la *Información* que se hizo en Madrid el año de 1578.

El hidalgo Castañeda, era el alférez Gabriel de Castañeda, natural del lugar de Salaya, valle de Carriedo en las montañas de Santander. Íntimo amigo y compañero de Cervantes, le estimaba mucho, según se desprende de su declaración. Castañeda fué testigo presencial del heroísmo de Cervantes en Lepanto. Estuvo cautivo dos años, y, al volver á España rescatado, trajo cartas de Miguel para su señor padre.

El llamado vagamente por Valcázar D. Beltrán, no pudo ser otro que D. Beltrán del Salto y Castilla, que también fué testigo en la *Información* citada. Este caballero cayó prisionero de los turcos en la Goleta el año de 1574. Conoció á Cervantes en Argel, y se profesaron buena amistad. Incurrió, sin embargo, en la equivocación de decir que Miguel quedaba el año de 77, cuando D. Beltrán fué rescatado, en poder de Arnaut Mamí.

El otro caballero, D. Francisco de Meneses, capitán en la Goleta, y allí hecho cautivo, fué asimismo muy amigo de Cervantes. Estuvo en Argel seis años, y se rescató al mismo tiempo que Miguel, según consta por el *Memorial de una redención de cautivos en 1580*, que vió la luz pública en Granada el año siguiente.

De este caballero hace mención Cervantes en su comedia *El Trato de Argel*; y, si se toman como auténticos algunos datos que allí se consignan, hay que decir que, bajo su palabra, vino á España con objeto de proporcionarse recursos para redimirse; pero, no pudiéndolo conseguir, volvió á Argel como esclavo, lo cual demuestra su nobleza de carácter y alteza de ánimo.

Véanse los versos en que habla Cervantes de D. Francisco de Meneses en la jornada 5.^a de su referida comedia.

Después de condenar á muerte Azán Bajá á un pobre cautivo que se huyó á Orán, hace el siguiente elogio de las resoluciones y fortaleza de ánimo de los cautivos españoles:

No sé qué raza es ésta de estos perros
Cautivos españoles. ¿Quién se huye?
Españoles. ¿Quién no cura de los hierros?
Españoles. ¿Quién hurtando, no destruye?
Españoles. ¿Quién comete otros errores?

Españoles: en cuyo pecho el Cielo influye
 Un ánimo indomable, acelerado,
 Al bien y al mal contino aparejado.
 Una virtud en ellos he notado:
 Que guardan sus palabras sin reveses;
 Y en esta mi opinión me han confirmado
 Dos caballeros Sosas, portugueses;
Don Francisco también ha asegurado
Que tiene el sobrenombre de Meneses,
Los cuales sobre su palabra han sido
Enviados á España y la han cumplido.
 Don Fernando de Ormaza también fuése
 Sobre su fe y palabra, y así ha hecho,
 Un mes antes que el término cumpliese,
 Tal paga, con que quedo satisfecho.
 Con darles libertad sin intereses
 Sé bien que acrecientan mi provecho,
 Que, como van sobre su fe fundados,
 Pídoles los rescates tresdoblad.

Un caso parecido al de D. Francisco de Meneses, los Sosas y D. Fernando de Ormaza, se finge también por Cervantes en aquel cautivo Aurelio de la misma comedia, esclavo con su mujer Silvia, de los que era dueño Izuf, y á quienes pone en libertad el Rey bajo la fe y palabra que da Aurelio de ir á España para reunir dos mil ducados que les pide por el rescate.

REY	Yo te daré libertad, Á ti y á Silvia al momento, Si tenéis conocimiento De pagar tal voluntad. Mil ducados he de dar Por los dos, y lo que quiero Que me deis dos mil; empero Habéismelo de jurar. Y así sobre vuestra fe Os partiréis luego á España.
AURELIO	Señor, á merced tamaña ¿Qué gracias te rendiré? Yo prometo de enviarlos Dentro de un mes sin mentir, Aunque los sepa pedir Por Dios, ó si no, robarlos.
REY	Pues luego os aparejad, Y en la primera saetía, Tomad de España la vía, Que á los dos doy libertad.
AURELIO	Por prenda de mi rescate, Ó yo perderé la vida Ó cumpliré mi palabra, Que este bien ya es carba y labra En mi sangre bien nacida.

6.^a—Obras notables españolas acerca de Antonio Pérez y la princesa de Éboli.

Aunque una crítica apasionada quiera negar en absoluto todo lo que histórica y moralmente rebaja y deprime la figura de Felipe II, como hombre y como monarca, la verdad es que los hechos referidos en el texto hay que aceptarlos

cual rigurosa expresión de la verdad. Cuando los documentos hablan, toda argucia es inútil. La participación directa de Felipe II en el asesinato de Escobedo, consta en el mismo proceso seguido contra el antiguo privado de aquel monarca. En las cartas que á él escribió, y el interesado conservaba, á pesar de todas las precauciones y castigos del Rey, se encontraron las pruebas ciertas de su culpabilidad.

El Sr. Marqués de Pidal, en su notable obra *Las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*, contiene tan rica copia de testimonios verídicos, que es no sólo atrevido, sino cándidamente aventurado, querer destruir las afirmaciones de la Crítica por el solo empeño de sostener lo incierto, para halagar determinadas tendencias de reparación imposible. La política de Felipe II fué maestra en esos procedimientos repugnantes, que ponen de relieve hasta qué punto llegaban en él, cegado de la venganza, sus decantados sentimientos religiosos, tan ajenos de los rectos principios de una conciencia por la caridad y la prudencia doctrinada.

El libro del Sr. Marqués de Pidal no falsifica la historia: á pesar de sus creencias, no desfigura los hechos, ni oculta los documentos desfavorables, ni tergiversa los sucesos. Por eso hay que elogiarlo y consultarlo siempre, con preferencia á otros escritos, porque sostiene con imparcialidad las opiniones, dentro de la investigación erudita y de los juicios críticos.

El interesantísimo estudio que hizo D. Gaspar Muro acerca de la princesa de Éboli, es otra producción que merece toda clase de alabanzas. Con crítica y buen gusto literario, trata todo lo referente á la esposa del príncipe Ruiz Gómez de Silva. No resulta demostrado en su obra, como procura, que se atribuyeran sin fundamento á la bella dama sus relaciones con Antonio Pérez. En los escritos de éste hay sobra de indicios, que casi llegan á declararlas.

Cánovas del Castillo, en el magnífico prólogo que redactó para el libro de Muro, ya lo dijo sin rodeos. Es imposible querer rechazar cuanto se afirma ó pretende sobre la realidad de aquellos amores, que tanto odio produjeron en el ánimo del monarca. Es poco razonado también desconfiar de todo lo que dice Antonio Pérez, por estar inspirado de la pasión cuando recordaba hechos de su vida, que juzgaba causantes de su desgracia; pues, en la mayor parte de los casos, sus dichos y sus juicios se van confirmando, según hizo notar asimismo el Sr. Cánovas, á medida que van apareciendo nuevos documentos.

Pero el trabajo del Sr. Muro no hay que apreciarlo tanto por la defensa que hace de la des-

graciada viuda del primer Duque de Pastrana, como por el estudio profundo que ofrece de los principales personajes que figuraban en la corte de Felipe II. En esto no tiene igual: es investigación única en su clase. Y, para juzgar la personalidad de aquel secretario Vázquez, á quien Cervantes dirigió la epístola desde el cautiverio, es de inestimable valor. Él ha sido el primer literato español que ha determinado lo respectivo á aquel hombre de tan ilimitada confianza para el gran Filipo.

El Sr. Muro había revisado infinidad de cartas escritas por Vázquez, y llegó á conocerle en las intimidades de su pensamiento y conducta. De modo que, en las páginas de su libro, que debe merecer el predilecto estudio de toda persona curiosa, se contiene un tesoro de datos y noticias que puede satisfacer al más erudito y exigente. Los extranjeros han sabido estimar en lo que vale el libro del Sr. Muro, lo cual habla muy alto en alabanza de tan concienzudo y docto escritor.

7.^a—El primer amo de Cervantes fué el renegado griego Dalí Mamí.

Á pesar de lo que dijo el testigo Antonio Marco (*Doc. cervant.* núm. 12, pág. 44), confundiendo á Arnaute Mamí con Dalí Mamí, error en que también incurrió algún declarante de la *Información* de 1590, puede con toda seguridad sostenerse que el verdadero amo de Cervantes, en cuyo poder estuvo hasta que el Rey Azán Bajá se lo compró en 500 escudos de oro, fué Dalí Mamí, arráez de una galeota de veintidos bancos, á quien tocó Cervantes en el reparto de las presas, por haber sido su embarcación la que sostuvo el combate con la galera *Sol* y se apoderó de los cristianos que en ella iban.

El P. Fr. Diego de Haedo suministra algunos datos respecto de este corsario. Por él sabemos que en 1567 vivía en Argel, y á las órdenes de Arnaute Mamí había estado con su buque en varios asaltos. Cuando Azán Bajá salió de Constantinopla en Mayo de 1577, nombrado Rey de Argel, entre los barcos que le acompañaban, venía la galeota del antiguo arráez, el cual había alcanzado el título de capitán de la mar de Argel, ó sea "cabeza de todos los otros corsarios" de aquel reino.

La diferencia de categoría entre Arnaute Mamí, renegado albanés, que ejercía, cuando fué cautivado Cervantes, el cargo de capitán de la mar, y Dalí Mamí, que sólo era entonces arráez de su embarcación, la especifica con toda clari-

dad uno de los compañeros de Cervantes en el cautiverio, pues fué esclavo del mismo Dalí, el testigo Juan de Valcázar, apresado con Miguel en la galera *Sol*. Llama á Arnaute Mamí *capitán mayor de Argel*, es decir, jefe de todos, y de Dalí Mamí, dice sólo que *es capitán*, aunque con nombramiento del gran Turco. La declaración de este testigo no deja lugar á duda respecto de haber sido Cervantes esclavo de Dalí Mamí.

Lo confirma también la declaración de Hernando de Vega, natural de Cádiz, quien dice que su patrón Dalí Mamí (que lo era de ambos) reputaba á Cervantes por persona de mucho rescate, y por dicha causa "lo trajo aherrojado y cargado de hierros y con guardia, siendo vejado y molestado, todo á fin de que se rescatase y le diese buen rescate, por salir de tener y pasar mala y estrecha vida, como la suelen y acostumbran dar los moros y turcos á las semejantes personas que el dicho Miguel de Cervantes".

El testigo de la *Información* de 1578, Godínez de Monsalve, hablando de las tres embarcaciones turcas que combatieron á la galera *Sol*, habla también de Dalí Mamí, aunque no con la precisión que los testigos citados. "Cervantes (dice) fué cautivo del capitán del mar turco, y Dalí Mamí, y otro capitán de otra galera, que residían y residen en Argel". Esto corrobora (dicho sea de paso) que fueron tres galeotas turcas las que acometieron á la galera *Sol*.

Pero la afirmación más incontestable de haber estado Cervantes en poder de Dalí Mamí, se encuentra en sus mismas palabras. En el párrafo 4.^o del *Interrogatorio de preguntas*, dice terminantemente "que, llegado cautivo en este Argel, su amo DALÍ MAMÍ, arráez renegado griego, le tuvo en lugar de caballero principal", &c.

Es más. El padre de Miguel hizo constar en la primera partida de rescate, al entregar las cantidades que pudieron á los Padres Trinitarios para la redención de su hijo en 31 de Julio de 1579, que "Miguel de Cervantes estaba cautivo en Argel en poder de Alí Mamí, capitán de los bajeles de la armada del Rey de Argel", lo cual sabía con toda certeza, así por las aseveraciones de personas que le habían tratado y visto en Argel, como por el propio testimonio de su hijo Rodrigo, rescatado desde dos años antes.

Y, puesto que hemos hablado incidentalmente del hermano menor de Miguel, vamos á escribir algunos renglones acerca de lo que dice en su declaración el testigo Antonio Marco, por diferir bastante de lo que se sabía sobre su apresamiento.

Contestando á la cuarta pregunta de una am-

pliación informadora, pedida por D. Rodrigo de Cervantes en 29 de Noviembre de 1576, dijo que, " viniendo de Italia, en compañía de Rodrigo de Cervantes en una fragata, fué este testigo cautivo por los corsarios de Argel, donde cautivaron asimismo al dicho Rodrigo de Cervantes, y también, dende á pocas horas, cautivaron á Miguel de Cervantes, que iba en la galera el *Sol*, y los llevaron á Argel, los cuales quedaron cautivos, y esto fué por el mes de Setiembre del año pasado de 576; y los dichos Rodrigo y Miguel de Cervantes quedaron cautivos, el Rodrigo en poder de Ramadán Bajá (el Rey de Argel anterior á Azán Bajá), y el Miguel de Cervantes en poder de Mamí Arnaut, capitán de los corsarios de Argel, en cuyo poder, este testigo asimismo estuvo cautivo".

Si el testigo Antonio Marco mereciera entero crédito, había que sostener entonces que Rodrigo de Cervantes no fué cautivado á la misma hora, ni en el mismo barco donde venía Miguel, pues Marco asegura que el primero navegaba con él en otro bajel y que Miguel cayó prisionero después en la galera *Sol*. Pero la declaración de Marco, que sólo á título de curiosidad reproducimos, tiene visos de muy poca exactitud cuando no de manifiesta ligereza. Aquel hombre, que dice conocer á Rodrigo de Cervantes, llega á afirmar que tenía estropeada la mano izquierda de un arcabuzazo, confundiendo lastimosamente á Rodrigo con Miguel. Quien se equivocaba en punto tan esencial, es muy posible que se equivocase también al decir que Cervantes era cautivo de Mamí Arnaut, cuando lo fué de Dalí Mamí, como dejamos bien demostrado.

8.^a—Rodrigo de Cervantes rescatado por Fr. Jorge del Olivar.

Aunque por testimonio de Miguel de Cervantes sabemos que su hermano Rodrigo fué rescatado el mes de Agosto de 1577, se ignoraba á qué frailes debió la libertad, si á la Orden de la Trinidad ó de la Merced.

El Sr. Pérez Pastor, en la ilustración que pone al documento número 12 de su *Colección*, que es el referente á Antonio Marco, haciéndose cargo de antecedentes y noticias que se insertan en una *Crónica* de la Orden de la Merced, de la que fué autor Fr. Bernardo de Vargas, saca la exacta consecuencia de que Rodrigo fué rescatado por Fr. Jorge del Olivar y su compañero Fr. Jorge de Ongay.

El año 77 no consta que hiciesen redención los PP. Trinitarios, en tanto que se sabe posi-

vamente que la efectuaron los citados PP. de la Merced, á los que estuvo asociado Fr. Jerónimo Antich, Comendador de Mallorca, por disposición del nuevo General de la Orden, Fr. Francisco Maldonado.

"Llegados á Argel (dice Pérez Pastor), rescataron un gran número de cautivos, de los cuales sólo se citan á Don Miguel de Villanueva, canónigo de Valencia, D. Juan de Lanuza, hijo del Justicia de Aragón, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalem, y D. Sebastián Arist, caballero de la misma Orden.

"Disponíase para regresar á España, cuando llegó Azán Bajá, nuevo Rey de Argel, y habiéndole pedido varios moros que en los cristianos rescatados tomase venganza por los moros que habían sido quemados pocos años antes en España, determinó que entre los más nobles cautivos se eligiesen dos, que fueron D. Miguel de Villanueva y D. Juan Lanuza, los cuales habían de ir al remo en sus galeras y que dentro de pocos días fuesen quemados.

"Púdose con dádivas evitar el cumplimiento de esta sentencia, y se dispuso que ambos señores salieran inmediatamente de Argel, dejando para pocos días después el embarque de los demás cautivos; pero, sublevados los cristianos que no habían podido ser rescatados, y amenazando con renegar de la fe y someterse al nuevo Rey, el redentor Fray Jorge del Olivar se ofreció y quedó en rehenes por ellos y otros varios, saliendo para España el otro redentor Fr. Jorge de Ongay, con ciento doce cautivos, en Setiembre de 1577. Después de llegados, y habiendo descansado una noche en Ruzafa, entraron en Valencia por la calle del Mar, llevando todos el escapulario y escudo de la Merced, y procesionalmente llegaron á la Catedral, donde oyeron misa, y, después de pocos días, cada uno salió para su casa".

Cree, pues, el Sr. Pérez Pastor, que uno de los ciento doce cautivos rescatados en dicha redención fué Rodrigo de Cervantes. Fr. Bernardo de Vargas no publicó la lista de aquella redención, como lo hizo en las demás; pero el señor Pastor tiene la seguridad de que en la referida nómina figuraría el hermano de Cervantes.

Es muy verosímil que así fuese, porque, rescatado Rodrigo desde Agosto, su hermano no desaprovecharía la ocasión de marchar en Setiembre para España el compañero de Fr. Jorge del Olivar; máxime, cuando tanto le importaba que, cuanto antes llegara Rodrigo á la patria y enviase la fragata armada, para la fuga de Miguel y los catorce compañeros que se ocultaron en la cueva del alcaide Azán. (*Doc. cervantinos*, pág.^s 232 á 238).

9.^a—Fr. Jorge del Olivar. Petición de los más importantes cautivos de Argel para que fuese rescatado.

Con sentimiento vieron los cristianos que estaban en Argel que Fr. Jorge del Olivar, llevado de su fervor evangélico, quedase en rehenes por la libertad de muchos esclavos. La situación

del Comendador de la Orden de la Merced por la Corona de Aragón, no podía ser más difícil. Queridísimo de todos, con gran influjo en la opinión, era frecuentemente blanco de las acusaciones más infames. Azán Bajá le miraba con mucha prevención, y siempre pensaba que era cómplice de cuantas tramas se descubrían.

Esto pasó, precisamente, cuando se descubrió el plan ideado por Cervantes para libertarse él y sus catorce compañeros de la cueva. El Rey Azán sospechaba de Fr. Jorge, y aun creíale principal instigador de aquel acto. La noble confesión de Cervantes, asumiendo la absoluta responsabilidad de todo, salvó á tan caritativo sacerdote de los peligros que le amenazaban.

Cervantes, admirador de cuanto era grandioso y sublime, veneraba á Fr. Jorge como á varón eminentísimo en virtudes, y aun celebró el gran rasgo de su abnegación cristiana, cuando hablando de los padres redentores, aunque refiriéndose á Trinitarios, menciona uno que se quedó en Argel empeñado en cuatro mil ducados que había gastado más de los que llevaba: "porque á toda esta misericordia y liberalidad (dice en *La Española Inglesa*) se extiende la caridad de estos padres, que dan su libertad por la ajena, y se quedan cautivos por rescatar los cautivos". Recuerdo por cierto muy honroso.

Tan amenazada estuvo la vida de Fr. Jorge, tanta pena causaba á todos los cristianos la suma codicia y grave amenaza que pesaban sobre el hombre virtuoso, que muchos escribieron un *Memorial*, que se dirigió en Octubre de 1578, al Papa Gregorio XIII, á Felipe II y otros Príncipes, pidiendo encarecidamente que fuese redimido Fr. Jorge y que, ya libertado, se estuviese en África para consuelo de los cautivos. El documento está firmado por veintinueve personas, muchas de distinción, entre las cuales hállanse Miguel de Cervantes Saavedra, el Dr. Antonio de Sosa, el Dr. Becerra, Antonio González de Torres, Jerónimo Palafox, Jerónimo Ramírez, y otros caballeros.

Aquellos sentidos lamentos produjeron el resultado apetecido. El General de la Orden de la Merced, Fr. Francisco de Maldonado, dió orden para que Fr. Jorge fuese redimido. Los mercaderes valencianos Juan Fortunio y Hernando de Torres, conocidos y amigos de Cervantes después, se encargaron de efectuarlo. Pagaron de contado cuatro mil escudos, y la Orden de la Merced se obligó á satisfacer tres mil y seiscientos más, cuyos intereses se abonarían por años.

En 1579 volvió á Valencia rescatado aquel gran apostol de la caridad entre las aclamaciones de todos los buenos. Su espíritu compasivo

no tuvo igual. Y su fortaleza de ánimo, en medio de los mayores peligros, fué sobre manera incomparable. Cuando estuvo á punto de ser preso por Azán, á consecuencia del proyecto de evasión ideado por Cervantes, refiere el Dr. Sosa que, en espera de lo que pudiera sobrevenir, le envió varios objetos sagrados (una casulla, piedra de ara, retablo y corporales, entre otros), para que los guardase, y no los tomasen ni profanaran los infieles, si fuese preso. Pero no pensó nunca en rehuir el sacrificio de su vida.

En *El Trato de Argel*, por boca de Aurelio, hace Cervantes el siguiente encomio del ilustre mercenario, después de elogiar á Fr. Juan Gil:

Fray Jorge de Olivar es de la Orden
De la Merced, que aquí también ha estado,
De no menos virtud y entendimiento,
Tanto que, ya después que hubo expendido
Veinte mil ducados que traía,
En otros siete mil quedó empeñado.
¡Oh caridad extraña! ¡Oh santo pecho!

Fr. Jorge del Olivar fué un gran caracter y un gran religioso, cuyo nombre tiene que ir siempre unido al de su fervoroso admirador Miguel de Cervantes Saavedra.

10.^a—Recuerdos que dedicó Cervantes á los caballeros D. Antonio de Toledo y D. Francisco de Valencia.

Cervantes, como agradecido, no olvidó nunca los buenos servicios que le dispensaron aquellos ilustres personajes, dándoles cartas de recomendación para los virreyes de Valencia, Mallorca é Ibiza, á fin de que se alistase pronta y felizmente el bergantin armado, cuyo encargo efectuó, como sabemos, Rodrigo de Cervantes en cuanto volvió rescatado á España.

D. Antonio de Toledo, de la familia del Duque de Alba, estuvo cautivo en Argel bastante tiempo; era reputado como caballero de gran rescate, y consiguió su libertad poco antes de haber tomado posesión de Argel Azán Bajá. D. Antonio asistió después á la conquista del reino de Portugal y figuró entre los más ilustres cortesanos de Felipe II.

D. Francisco de Valencia ejerció cargos de mucha confianza, á las órdenes del Duque de Alba, demostrando disposiciones excepcionales para las comisiones más delicadas. Por determinación de Felipe II fué á fortificar á Orán con mil quinientos soldados, en compañía del ingeniero Salvago. Estuvo cautivo casi el mismo tiempo que D. Antonio de Toledo; y el rescate de ambos ascendió á siete mil ducados, y se verificó en Tetuán, según las indicaciones históri-

cas que se contienen en la jornada 5.^a de la comedia de Cervantes *El Trato de Argel*.

Hay en ella una escena, en que el Rey Azán Bajá se lamenta indignado contra los arráeces que vendían sus esclavos de consideración en precios inferiores, y no correspondientes á los apetitos de su codicia.

Hablando de los referidos caballeros, á quienes hubiera deseado tener en su poder para obligarlos á un rescate crecidísimo, dice el monarca argelino las siguientes palabras:

De ira y de dolor hablar no puedo,
Y es la ocasión de mi pesar insano
El ver que *Don Antonio de Toledo*
Así se me ha escapado de la mano.
Los arráeces ufanos, con el miedo
De que yo les tomase su cristiano,
A Tetuán con priesa lo llevaron
Y en siete mil ducados le tallaron.
¿Un tan ilustre y rico caballero
Por tan vil precio dísteis, vil canalla?
¿Tanto os acodiásteis al dinero?
¿Tan grande os pareció que era la talla
Que le añadisteis otro compañero,
El cual solo pudiera bien pasalla?
*¿Francisco de Valencia no podía
Pagar sólo por sí mayor cuantía?*
En fin, favorecióles la ventura
Que pudo más que no mi diligencia,
Que ésta es la que concluye y asegura
Lo que no puede hacer humana ciencia.
Conocieron el tiempo y coyuntura,
Y huyeron de no verse en mi presencia;
*Que si yo á Don Antonio aquí le hallara,
Cincuenta mil ducados me pagara.*
Del Duque de Alba hermano es, y sobrino
De una principalísima Duquesa,
Y en perderse, perdió en este camino
Ser general en una ilustre empresa.
Airado el Cielo, se mostró benino
En hacerle cautivo, y darse priesa
Á darle libertad por tal rodeo,
Que no pudo pedir más el deseo.
Pero, pues ya no puede remediarse,
El tratar más en ello es excusado“.

Azán Bajá quiere apoderarse de los esclavos del renegado Izuf, lo que da lugar á esta escena:

MORO Señor, aquí está Izuf el renegado.
REY Entre, con intención de aparejarse
 Á obedecer en todo mi mandado;
 Si no, á fe que le trate en mi presencia
 Cual merece su necia inobediencia.
 ¿Dónde están tus cautivos?
IZUF Allá fuera.
REY ¿Cuánto diste por ellos?
IZUF Mil ducados.
REY Yo los daré por ellos.
IZUF No se espera
 De tu valor agravios tan sobrados.
REY ¿En esto me replicas?
IZUF Da siquiera
 Algún alivio en parte á mis cuidados.
 El esclavo te doy, Rey, sin dinero,

Y déjame la esclava por quien muero.
REY ¿Tal osaste decir, cristiano infame?
 Llevadlo abajo y dadle tanto palo
 Hasta que con su sangre se derrame
 El deseo que tiene torpe y malo.
IZUF Dame, señor, mi esclava, y luego dame
 La muerte en fuego, en hierro, en gancho ó palo.
REY Quitádmelo delante; acabad presto.
IZUF ¿Y por pedir mi hacienda soy molesto?...

El afán del nuevo Rey de Argel era hacer suyos á todos los cautivos de gran rescate, para ponerles precios subidísimos y saciar su devoradora sed de oro.

11.^a—Testimonios que enaltecen la buena memoria de Cervantes.

Ya hemos visto, al terminar el anterior capítulo, el merecido elogio que dejó hecho de Cervantes Fr. Diego de Haedo, por los solícitos cuidados con que procuró la fuga de los catorce cautivos que con él se ocultaron en la cueva.

No podía olvidar Cervantes nunca los peligros á que estuvo expuesto, y por eso habló de aquellos actos, y especialmente de los desvelos con que atendió al sustento de sus compañeros, cosa que le honra sobre manera, en la sexta pregunta del *Interrogatorio* de 1590, por estas textuales palabras:

“Si saben ó han oído decir (los testigos) que esperando la dicha fragata, Miguel de Cervantes dió orden como catorce cristianos de los principales que entonces había en Argel cautivos, se escondiesen en una cueva, la cual había él de antes procurado fuera de la ciudad, donde algunos de los dichos cristianos estuvieron escondidos en ella seis meses, y otros menos, *y allí les proveyó y procuró proveer, y que otras personas proveyesen de lo necesario, teniendo Miguel de Cervantes el cuidado cotidiano de enviarles toda la provisión*, en lo cual corría grandísimo peligro de la vida, y de ser enganchado y quemado vivo, hasta que ocho días antes del término en que la fragata había de venir, el dicho Miguel de Cervantes se fué á encerrar con los demás en la cueva“.

Aunque los testigos, sin ninguna excepción, hacen singulares encomios del celo, diligencia y cuidado con que atendió á todo Miguel, es digna de citarse la declaración del Dr. Antonio de Sosa, que tanto le apreciaba, y fué el que comunicó al arzobispo Haedo la mayor parte de las noticias sobre Cervantes, que luego aprovechó en su obra.

Dice, pues, el Dr. Sosa lo que sigue, confirmando lo expresado en el *Interrogatorio*:

"Cuanto al sexto artículo sé que es verdad lo contenido en él, y de la manera que en él se dice, porque el dicho Miguel de Cervantes, cuando enviaba á la cueva los cristianos, me avisaba luego de todo, y daba parte de su cuidado y diligencias que hacía, y *cómo los proveía y enviaba ver y proveer y visitar, importunándome muchas veces que yo también me encerrase con los demás en la dicha cueva*; y el día que se fué él á encerrar en ella, se vino á despedir de mí, y es muy gran verdad que se puso á manifiesto peligro de una muy cruel muerte, cual estos turcos suelen dar á los que hallan en semejantes tratos y negocios".

12.^a—Confirma Cervantes en sus obras lo que dijo en su Interrogatorio de preguntas.

Respecto de las crueldades de Azán Bajá, á que alude Cervantes en el punto 9.º de su *Memo-rial* de servicios, y cuyas palabras dejamos copiadas en el texto, no hay testimonio tan concluyente como el que se lee en la novela del *Cautivo*, cap. XL del *Quijote*. "Ninguna cosa (dice), nos fatigaba tanto como oír y ver á cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo Azán Bajá usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba al suyo, empalaba á éste, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasión y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más que por hacerlo y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano. *Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, al cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquella gente por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa, de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez*".

Para comprender la ferocidad de aquel carácter, basta con fijarse en la siguiente escena de *El Trato de Argel*, que es muy gráfica y de exacto colorido local. Presentan al Rey un esclavo que se huyó á Orán, y fué preso y cargado de cadenas. Los bárbaros castigos que Azán Bajá le impuso, dan idea clarísima de los que se libró Cervantes en trances parecidos. Copiamos el diálogo entre el Rey y el cautivo.

REY	¿Dónde ibas, dí, cristiano?
CAUTIVO	Procuraba
	Llegarme á Orán si el Cielo lo quisiera.
REY	¿Dónde cautivaste?
CAUTIVO	En el Almadraba.

REY	¿Tu amo?
CAUTIVO	Ya murió, que no debiera, Pues me ha dejado en poder De una tan brava mujer, Que no la iguala una fiera.
REY	¿Español eres?
CAUTIVO	En Málaga nacido.
REY	Bien lo muestras en ser tan atrevido. Oh tú, Raxa caud, dadle seiscientos palos En las espaldas muy bien dados, Y luego le dad otros quinientos En la barriga y en los piés cansados.
CAUTIVO	¿Tan sin ley ni razón tantos tormentos Tiene para el que huye aparejados?
REY	Chito: Chifaz, Brequede, atadle, Abridle, matadle y aun desolladle.

13.^a—Comprobación de noticias sobre Argel. Bajos procederes de los renegados.

Los datos que consignamos en el texto, se encuentran expresados en la inestimable obra del P. Fr. Diego de Haedo, especialmente en el *Dialogo de los Mártires*, cuyos interlocutores son el Dr. Sosa, amigo íntimo de Cervantes y admirador de su talento, y Jerónimo Ramírez, natural de Alcalá de Henares como él y rescatado el mismo año, apreciador de sus virtudes y conocedor de los sucesos de su vida. De boca de aquellos dos testigos tan dignos y honrados, supo el Arzobispo de Palermo cuanto escribe acerca de Cervantes en su libro. Por eso tiene tan señalado atractivo de verdad lo que refiere, no sólo en lo tocante al heroico y bizarro esclavo de Dalí Mamí y de Azán Bajá, sino respecto de casos y castigos crueles, ya en tiempo de este monarca, ya relativos á reinados anteriores.

Ya recordaremos más adelante los actos de feroz venganza realizados por Azán contra algunos pobres cristianos, que no cometieron otro delito sino haber buscado su salvación y libertad en la fuga.

Al hablar en el texto del fracasado plan que ideó D. Martín de Córdoba para alzarse con Argel, y libertar á los muchos miles de cristianos que gemían en la esclavitud, dejamos de mencionar, y debemos hacerlo, que también el descubrimiento del designio se efectuó mediante las traiciones de un malvado, de apellido Morellón. Era valenciano, y por congraciarse con el Rey y buscar su bien, abjuró de sus creencias. Estos casos repetíanse muy frecuentemente. La mayor parte de los renegados, hombres sin conciencia, religión ni dignidad, obedecían solamente á su conveniencia ó á la malicia; y si se les afeaba su mala acción, solían contestar despreciativamente lo que replicaba aquel Juan, de *El Trato*

de Argel, cuando le reconvenía su hermano severamente:

¿Hay más gusto que ser moro?
Mira este galán vestido,
Que mi amo me le ha dado,
Y otro tengo de brocado,
Muy más rico y más polido.
Alcuzcuz cómo sabroso;
Corbeta de azúcar bebo,
Y el cardén que es dulce, bebo,
Y el pilao que es provechoso,
Y en balde trabajaré
De aplacarme con tu lloro;
Mas si tú quieres ser moro,
A fe que lo acertarás.
Toma mis consejos sanos,
Y veráste mejorado.

14.^a—Lo que dice el Dr. Antonio de Sosa acerca del Dorador.

El Dr. Sosa, en su declaración completamente favorable á Cervantes, da pormenores relativos á la conducta del perverso *Dorador*, que tan en peligro puso á Cervantes y tantas sospechas hizo recaer sobre Fr. Jorge del Olivar, librado de muchos castigos por la incomparable entereza de Miguel.

Véanse los términos en que se expresa el

Dr. Sosa: "Fué cosa muy notoria y pública por todo Argel, que el mismo día y hora que el *Dorador* hizo tan grande maldad, pensando él que yo esperaba por aquella fragata para pasar en ella, se vino á casa de mi patrón y á mi aposento, y comenzó con fingidas y colocadas palabras á excusarse no le pusiesen la culpa de aquella traición; y sé que así como él prometió al Rey hacerse moro, se hizo después, y *vivió moro tres años, hasta que murió en el mismo día que descubrió este negocio al Rey Azán, que fué el día de San Jerónimo, postrero de Setiembre*".

15.^a—Importancia de la declaración de Alonso Aragonés.

La declaración de este testigo, que afirma lo dicho en el texto, es de singular valor por tratarse de un conocido y amigo de Cervantes que estaba al tanto de todos sus hechos.

Alonso Aragonés era natural de Córdoba, el que puntualiza más los castigos á que condenó Azán Bajá á Miguel, durante todo el cautiverio. Sin su minuciosa información, hubieran quedado por conocer muchos incidentes y pormenores que realzan sobre manera á Cervantes como caballero y cristiano.

CAPÍTULO V.

Nuevas hazañas de Cervantes en el cautiverio. Su rescate.

Precauciones que tomó Azán Bajá para impedir sucesivos intentos de fuga.—Resultado negativo de tales rigores.—Nueva tentativa de Cervantes.—Quiere marchar á Orán en compañía de tres caballeros principales.—Envía una carta á Don Martín de Córdoba.—Prisión del moro que la llevaba, y su muerte.—Conocido el proyecto de Cervantes, manda Azán que se le den dos mil palos.—No se cumplió la orden por recomendaciones que se interpondrían.—Información de 1578.—Nuevo documento sobre el rescate de Cervantes.—Obligación firmada por D. Rodrigo y sus hijas á favor de Hernando de Torres.—Intento no realizado.—Cuarto plan ideado por Cervantes.—Su trascendencia.—El Lcdo. Girón, renegado granadino.—Le redujo Cervantes á las creencias católicas.—Aparece Girón como comprador de una fragata.—Intervino en todo, por mediación de Miguel, Onofre Exarque, mercader valenciano.—Avisa Cervantes á muchos caballeros de sus grandiosos propósitos.—Testimonios fehacientes.—Un nuevo traidor dificulta y frustra los intentos de evasión.—Caybán, renegado florentín, los pone en conocimiento de Azán.—Confirma después la delación el miserable que participó al renegado la noticia.—Llamábase Blanco de Paz y era fraile de la Orden de Santo Domingo.—Su carácter díscolo y falso.—Odio que le tenían los cristianos por su infame acción.—Declaróse mortal enemigo de Cervantes.—Procedía como mal sacerdote.—Llamábase comisario del Santo Oficio sin serlo.—Lo que depusieron contra él muchos testigos y á favor de Cervantes.—Palabras del Dr. Sosa.—Lo que dió Azán á Blanco por precio de su vil conducta.—Calumnias que propalaba Blanco de Paz contra el Dr. Becerra.—Descubierta la conspiración, ocúltase Cervantes.—Declaración de Diego Castellanos.—Publica el Rey un bando amenazando con pena de muerte á quien tuviese á Cervantes en su casa.—Preséntase entonces para no causar á nadie perjuicios.—Grandes amenazas del Rey.—Intervención del renegado Maltrapillo.—Demuestra Cervantes la misma entereza que siempre.—Mayores castigos y precauciones.—Termina el gobierno de Azán.—Juicio de sus actos.—Enaltecimiento de Cervantes.—Consideraciones sobre su vida en Argel.—Inauditos sacrificios y gestiones de D. Rodrigo de Cervantes y sus hijas para rescatar á Miguel.—Llegan á Argel en Mayo de 1580 los PP. Trinitarios Fr. Juan Gil y Fr. Antonio de la Bella.—Miguel de Cervantes rescatado.—Día fijo en que llegó á España y puerto en que desembarcó.—Elogio de Fr. Juan Gil.—Información muy favorable para el redimido.—Nuevos documentos descubiertos.—Pormenores interesantísimos.

Creyó Azán Bajá impedir en lo sucesivo que Cervantes intentara de nuevo su huida, teniéndole encerrado en la principal prisión de su palacio. Cargado de cadenas estuvo allí por espacio de muchos meses.

El baño real, donde se custodiaban los cautivos de más cuenta y rescate, era un lugar desprovisto de luz, comodidad y condiciones higiénicas. El P. Haedo, que lo describe, nos le ofrece con todo su horrible aspecto. Setenta piés de largo tenía por cuarenta de ancho. Constaba de dos pisos. Hallábase rodeado de pequeñas y lóbregas viviendas: había una cisterna en medio: en un lado de la planta baja estaba la iglesia donde celebraban sus ceremonias los cristianos. En tiempo de Cervantes subían á más de dos mil los

cautivos encerrados en las cárceles particulares del Rey.

Muchos porteros y guardas vigilaban á los presos y los sometían á extremos rigores, especialmente á aquellos que más sospechosos eran por sus proyectos de evasión.

Cervantes hubo de estar dedicado á trabajos molestos, como el de acarrear leña ú otro parecido, como castigo de su natural brioso é independiente. Los últimos versos de su epístola á Mateo Vázquez, que también puso en su comedia *El Trato de Argel*, parecen confirmar nuestra sospecha. Dijo textualmente que ponía término, á su plática en la comedia, á sus quejas en la epístola, porque *le llamaban al trabajo donde moría*. (*)

(*) Decía Cervantes en su epístola á Mateo Vázquez, plañendo su duro cautiverio:

En la esquiva prisión amarga y dura
Adonde ahora quedo, estoy llorando

Inútiles fueron todos los esfuerzos de Azán Bajá. Mientras más oprimido y mortificado era Cervantes, mayor ánimo cobraba para aprovechar cualquier ocasión de conseguir su libertad y la de todos sus compañeros de desgracia. La energía y la decisión eran cualidades distintivas de aquel hombre extraordinario. Así se comprenden, á pesar de los peligros que le rodeaban, sus intentos superiores y arriesgadísimos. Desde su misma prisión, en medio de tantas precauciones y vigilancia, consiguió trabar conocimiento con un moro, á quien envió secretamente á Oran para que entregase una carta al general de aquella plaza, D. Martín de Córdoba, marqués de Cortes, militar esclarecido, de quien hemos hablado en el anterior capítulo y de tan famoso nombre por su gran proyecto de alzarse con Argel, año de 1559. Encerrado en un castillo estuvo después más de dos, y logró al fin su rescate mediante una cantidad extraordinaria.

El mismo Cervantes asegura que en dicha carta suplicaba á D. Martín, y en otras hacía la misma petición á varios caballeros, sus conocidos, que le enviasen "alguna espía ó espías y personas de fiar que con el moro fuesen á Argel y le llevasen á él y á otros tres caballeros que el Rey en su baño tenía". Concedor Cervantes del eximio valor, altas prendas y heroicos intentos de aquel digno militar, se dirigió á él esperanzado en el mejor éxito; pero una nueva desgracia echó por tierra lo proyectado. El pobre moro, portador de las cartas, por sospechas de que fuese emisario de cristianos, fué detenido por algunos infieles á la entrada de Orán. Registrado, halláronle los papeles, y habiendo sido preso, lleváronle á Argel. Azán Bajá indignóse sobre manera al ver las cartas con la firma de Miguel de Cervantes. Contra el infeliz moro cometió una de aquellas crueldades que tan triste celebridad le dieron en su tiempo. Mandóle empalar. Supo el desgraciado tener tal resistencia, que sufrió con gran entereza el castigo, y murió

sin declarar nada. El Rey, sin embargo, tenía la prueba cierta de la intervención de Cervantes en el suceso, por sus mismas cartas. Así es que, resolvió castigarle, ordenando que se le diesen dos mil palos; lo cual no se llevó á efecto, como en pasados casos, ó por influir recomendaciones, ó por no perder el tirano el cuantioso rescate que esperaba de aquel hombre prodigioso, cuyos altos pensamientos y grandeza de alma era el primero en conocer y admirar. (1)

Haedo nos da cuenta de castigos semejantes, impuestos por Azán á tres cautivos en los años fatídicos de su gobierno. En 1578 mandó que mataran á palos á Pedro Soler, mallorquín, por haber intentado huir á Orán. En 1579 ordenó se diese el mismo cruelísimo género de muerte á Juan Vizcaino, por idéntica tentativa. Y en 1580, pocos meses antes de cesar en su cargo, dispuso que apalearan en su presencia, como en los casos citados, á un moro, natural de las Montañas, de nombre Lorenzo; el cual quedó tan gravemente quebrantado que falleció pasados dos días.

Cuando se tiene esto presente y se recuerdan los ejemplos de lances parecidos que relata el mismo Cervantes, como testigo presencial, en sus escritos, se llega á comprender hasta qué grado fué afortunado Cervantes con un verdugo tan inhumano como Azán, en medio de los increíbles trabajos de su cautiverio.

Precisamente cuando fracasó la tercera tentativa de fuga, volvieron rescatados á España algunos cautivos de Argel que conocían á Cervantes, y aun uno de ellos trajo noticias directas de él mismo para su señor padre. Anhelando éste con toda su alma la redención de su hijo mayor, cuyos grandes peligros presagiaba con la verdadera precisión de su inmenso cariño, quiso buscar recursos para conseguir el rescate; y al efecto, pidió en 17 de Marzo de 1578 una información, que ya era la tercera, para averiguar y probar los méritos y servicios de Miguel; lo cual quedó bien demostrado por los testimo-

Mi corta infelicísima ventura,
 Con quejas Tierra y Cielo importunando,
 Con suspiros el aire oscureciendo,
 Con lágrimas el mal acrecentando.
 Vida es ésta, señor, do estoy muriendo,
 Entre bárbara gente descreída
 La mal lograda juventud perdiendo.

Muchísimos versos de la epístola á Vázquez se encuentran, con leves variantes algunos, en la jornada primera de *El Trato de Argel*, y dos últimos versos, así de la plática de la comedia como de la epístola, dicen:

Mas á todo silencio poner quiero

 Y al trabajo me llaman donde muero.

Lo cual confirma lo que dejamos dicho en el texto; y con mayor claridad lo expresa en la novela del *Cautivo*, cuando hablando de los esclavos del Rey, á los que no les hacían trabajar sino para obligarlos á pedir más pronto el rescate, escribe que "les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo".

El importante documento citado, que siempre será preciosísimo para la historia del cautiverio de Cervantes, fué descubierto en 1863 por el distinguido bibliotecario D. Luis Buitrago y Peribañez. Habiéndosele encargado del examen del archivo del Sr. Conde de Altamira, encontró en un legajo titulado *Diversos de curiosidad*, no sólo el traslado de la composición en tercetos á Mateo Vázquez, sino una comedia inédita de Lope de Vega.

nios y declaraciones de cuatro de sus compañeros de cautiverio; Mateo de Santisteban, Gabriel de Castañeda, Antonio Godínez de Monsalve y D. Beltrán del Salto y de Castilla.

Pero aquellas informaciones, que debieran producir donativos oficiales, resultaban la mayor parte de las veces infructuosas, y el rescate de Cervantes quedó aplazado, pues D. Rodrigo poco ó nada podía hacer entonces, habiendo gastado cuanto estuvo en su mano, y hasta la dote de sus hijas, cuando fué redimido su hijo Rodrigo.

La familia hizo, sin embargo, un supremo esfuerzo para ver de rescatar á Miguel aquel mismo año. Buscaron por medianeros de sus deseos á los PP. de la Orden de la Merced, á los que tan agradecidos estaban desde que efectuaron la redención de Rodrigo. (2) Tanto el padre como sus hijas se desprendieron hasta de lo necesario para conseguir la salvación del pobre cautivo. En 17 de Marzo había pedido la información de testigos el padre de Miguel. Pocos días después de cumplidos los tres meses, el 29 de Junio, firmó con sus hijas una obligación ante el escribano Francisco de Yepes, entregando las cantidades que pudieron reunir con el expresado objeto.

En ese nuevo documento existen curiosísimos pormenores, que es justo mencionar. El mercader y vecino de Valencia, Hernando de Torres, mediante la intervención del R. P. Fr. Jerónimo de Villalobos, se había encargado de libertar á Cervantes, llevando el dinero que le entregase la familia, y quedando ésta en satisfacerle lo que tuviera que añadir para lograr el rescate.

Siendo Fr. Jerónimo Comendador de número de la Orden de la Merced en Madrid, y constándole que aquel año no hacía redención su Instituto, propondría indudablemente á la familia la única solución hacedera en aquellos momentos: la de encargar la pronta expedición del asunto á persona de tanta confianza y diligencia para los negocios como el honrado mercader Hernando de Torres, á quien se daban con frecuencia comisiones semejantes, desempeñadas con presteza y buen resultado. La misma Orden depositó en él entera confianza para la redención de Fr. Jorge de Olivar.

Comparecieron, pues, el citado día ante el escribano Yepes los padres de Miguel y la hermana de éste, D.^a Magdalena de Sotomayor, haciendo constar los primeros que entregaban á Fray Jerónimo Villalobos, por ellos y en nombre de su hija Magdalena, la suma de mil setenta y siete reales, demás de una obligación firmada de D.^a Andrea, en que prometía abonar doscientos ducados de lo que costare el rescate de Miguel.

Los tres mil doscientos setenta y siete reales á que ascendían el dinero y la obligación quedaban depositados en D. Jerónimo, y serían pagados puntualmente á Hernando de Torres, sobre lo que tuviera que adelantar para el completo, en cuanto por testimonio de escribano, con firma del dicho Miguel, se comprobase verificado el rescate. D. Rodrigo de Cervantes, D.^a Leonor de Cortinas, D.^a Magdalena Pimentel de Sotomayor y D.^a Andrea de Cervantes, se obligaban, para el exacto cumplimiento, por sus personas y bienes y querían ser condenadas, si faltasen, con el doblo y costas. (3)

Ignórase qué dificultad habría para que Torres no efectuase la comisión. Quizás, en atención al cuantioso precio en que Azán Bajá tenía tasado á Cervantes, le pareció sumamente enorme lo que tendría que aprontar sobre lo que estaba reunido, y no quiso decidirse sin dar cuenta de lo que pasaba á Fr. Jerónimo, para que lo avisase á la familia, y se resolviera definitivamente lo que se había de hacer.

Fuese de esto lo que se quiera, lo cierto es que había entrado ya el año de 1579, sin que Cervantes lograse poner remedio á sus cada vez mayores infortunios. Cuatro de cautiverio, y tan cruel y aun cruelísimo, no podían por menos de excitar á Cervantes para buscar nuevos medios de evasión. Una esperanza alentóle por aquel tiempo. Estaba en Argel un renegado español, natural de Granada, llamado el Lcdo. Girón, conocido por Abderramen entre los moros. Este individuo aparentaba estar arrepentido de su apostasía, y Cervantes se hizo amigo suyo para traerle al buen camino. Consiguiólo, y aprovechóse de aquellas favorables disposiciones para interesarle en una nueva empresa que intentaba.

El plan de fuga era de mayor trascendencia que los anteriores. Un mercader valenciano, residente en Argel, llamado Onofre Exarque, daría el dinero necesario, como dió cerca de setecientos escudos, para comprar una fragata armada, cuya adquisición constaría como del dicho renegado. Efectuóse esto, como se ideó. El buque era de doce bancos: trabajóse con prontitud; púsose á punto; todo se arreglaba y disponía mediante el consejo y órdenes de Cervantes. (4)

Mientras estaba lista la embarcación, hacía él conocer de secreto á los cautivos más principales, caballeros, letrados, sacerdotes, hijosdalgos y personas humildes honradas, cuáles eran sus propósitos, y animábalos á seguirle, para que, salvándose todos en el bajel que se preparaba, viesen alcanzados sus deseos de libertad, y dejasen para siempre la servidumbre del duro cautiverio. Fué grande el entusiasmo que pro-

dujeron sus palabras y sus promesas. Aconsejábales que estuviesen á punto y apercebidos para el venturoso día que se acercaba. Más de sesenta cristianos, "toda la gente más florida de Argel", en frase de Cervantes, saldrían en el bajel adquirido para la patria.

Uno de los cautivos que iban á huir en la fragata, Alonso Aragonés, dejó declarado con toda exactitud el júbilo que inundaba el ánimo de cada uno de los opresos en aquellos instantes de su ansiada libertad. "Todos estaban (dice) alegres y contentos viendo cuán prósperamente iba el negocio hasta aquel punto". Todos veían próxima su libertad: todos confiaban en arribar presto á las playas de la patria querida: todos enaltecían la perspicacia y disposición de Cervantes.

Mas los enemigos de los buenos, los que espiaban todos sus actos para dañarles, los malvados, los envidiosos, los infames, y aun cristianos que no tenían ni religión ni conciencia, trabajaban en la sombra para que las esperanzas se trocasen en desengaños. Dos días antes de que se cumpliese el plazo para hacerse la fragata á la mar, llegó á conocimiento de Azán Bajá todo lo maquinado y dispuesto.

Un nuevo traidor vino á destruir aquellos tan bien combinados cálculos. ¿Quién fué el vil delator del español admirable? Vergüenza y dolor causa decirlo. Fué un sacerdote; fué un fraile dominico; fué un Juan Blanco de Paz, hombre de tan menguada intención, que no tuvo escrúpulo de traicionar á Cervantes, á su religión y á su patria, sólo por satisfacer alguna venganza mezquina personal que abrigara contra el eminente soldado, ó contra algún individuo de su familia; pues no se comprende de otra suerte que un cautivo cristiano, y más, revestido de hábitos sacerdotales, se portase de manera tan indigna, indecorosa y rastrera.

Era Blanco de Paz cautivo del Rey, y habiéndose enterado de todo, por confidencia de alguno de los que pensaban escapar en la fragata dispuesta por Cervantes, se lo dijo á un renegado florentín, nombrado Caibán, con intento de que comunicara la noticia al Rey. Quiso éste apurar la verdad con nuevos informes, y al efecto ordenó se presentara ante él el mismo Juan Blanco, quien le certificó de todo, con más minuciosos pormenores. Quedó así perfectamente enterado Azán de aquel otro plan atrevido y sorprendente; y, para dar un golpe más seguro, calló por entonces, ocultó su disgusto y preparó el castigo con la prevención taimada de su crueldad. El Judas dominico recibió, por pago de su delación, mezquinísimo donativo. (5)

Uno de los malvados pensamientos de Azán

era apoderarse del mercader Exarque y de su compañero B. Torres para perderlos y quedarse con sus bienes como principales favorecedores del negocio. Preparaba también en su mente gravísimos castigos contra los caballeros de más distinción comprometidos para el acto, y en especial contra el autor y alma de todo, contra el incomparable Miguel.

Divulgóse pronto la nueva de que Azán tenía ya conocimiento del asunto, y se produjo el natural terror y la más dolorosa confusión entre los cristianos. Cada día daba el tirano mayores y más crueles muestras de ferocidad, y todos esperaban que su furor entonces llegaría hasta el ensañamiento. Exarque, sobre todo, estaba más en peligro que ninguno; y, previéndolo con entera claridad, trató de conjurar las fatales contingencias que le amenazaban con las precauciones que le aconsejaba su seguridad. Habló con Cervantes y díjole que era preciso que huyera. Él le daría el dinero que necesitase para su rescate. El medio era oportuno; la ocasión favorable. Varios buques de cristianos estaban en Argel dispuestos para dirigirse á España. Mas Cervantes era hombre tan pundonoroso, enérgico y magnánimo, que no sólo rechazó la tentadora oferta de Exarque, sino que le dijo con entereza y gallardía que no quería ser libertado de aquel modo, ni nadie podía asegurar que, por los dineros que había facilitado, se compró el buque. Aconsejóle la mayor tranquilidad y le aseguró de que ningún cautivo ni negociante de Argel tenían que temer nada. Allí no había más que un responsable, único y sólo para todo lo que sobreviniera; y ése era él, que sabría sostenerlo así con toda franqueza, sin rodeos ni ambajes, sin que ni tormentos, ni dádivas, ni halagos, ni intimidaciones, ni la muerte misma, pudieran doblegarle ni rendirle.

Pensar en lo imposible, era creer que Cervantes procediese de otro modo, como sospechó equivocadamente Exarque en los primeros momentos, suponiendo que pudiera declarar su participación en el negocio si le prendiesen y pusieran á cuestión de tormento. Bien patente lo hizo con sus gallardas resoluciones. Sabedor de que todo estaba por entonces perdido, trató de ganar tiempo para evitar los primeros terribles efectos de la cólera del monarca. (6)

Acogióse á la buena amistad que le profesaba su compañero de cautiverio Diego Castellanos. Dióse éste trazas para tenerle escondido en seguro lugar por algunos días. Pero los momentos de horrible prueba habían llegado y la tormenta arreciaba con furores incontrastables.

Azán publicó un bando en que condenaba á

muerte á quien tuviese oculto á Cervantes. El mismo Castellanos se lo comunicó, no porque él temiera, ni se amilanase, sino para que el interesado lo supiese y pudiera resolver así lo que estimase más oportuno.

Cervantes no vaciló ni un instante. Se resolvió á presentarse en seguida al Rey, deseoso de impedir vejaciones á sus compañeros, obedeciendo á la grandeza de su alma, pronto á sacrificar el reposo y la propia vida en aras del sosiego y salvación de los demás. (7) Nunca en situación tan expuesta vióse jamás el hombre de ánimo más entero. ¿Qué podía aguardar ahora de la benevolencia de un salvaje inhumano, quien durante cuatro años había desafiado su paciencia con proyectos inauditos de insubordinación y de heroicidad?

Su ingenio buscó los recursos que necesitaba para hacer más llevadero el peligro de la presentación. Había en Argel un renegado español llamado Ruez Maltrapillo, que privaba mucho con Azán. Conocióle Cervantes, y á él buscó para que le acompañase. (8) No hay palabras ni ponderaciones bastantes para poder dar idea, siquiera aproximada, de la entrevista de Cervantes con Azán. El héroe portóse con la magnanimidad de siempre; el Rey quedó confundido en su misma egoísta pequeñez. Mientras más le hostigaba con preguntas capciosas para saber los nombres de sus compañeros, más terminantemente negaba él la participación de nadie en la empresa.

En vano se le amenazó con tormentos: ni con ellos ni en ellos, le sacarían una palabra que perjudicase á sus amigos. Quiso Azán amedrentarle más para que al fin declarara; pero el resultado fué tan negativo como siempre. Ni aun habiéndole puesto un cordel á la garganta, atadas las manos atrás, cercado de enemigos y verdugos, á punto de ser ahorcado, decayó aquel carácter sublime. Á nadie nombró ni condenó. Ninguno de los cautivos cristianos, ningún extraño tampoco, eran sabedores del caso. Él solo había sido el autor de todo. Cuatro caballeros tenían concertado irse con él; pero éstos ya no estaban en África; ya "se habían ido en libertad". Y, para desvanecer el menor indicio que pudiera subsistir, para desarmar las postreras iras del tirano, concluyó diciendo que "si más gente había de llevar en la embarcación, ninguno lo sabía, ni podía saber hasta el mismo día" con fijeza.

Aquella declaración maravillosa agravó sobre manera el horrible cautiverio de Cervantes; pero salvó de persecuciones, confiscación de haciendas y de la pena de muerte á todos los que

estaban prontos á seguir los proyectos de aquel modelo de claros varones.

Cervantes quedó tan enaltecido á los ojos de todos los cristianos de Argel, que no hay uno que no le dirija, en los recuerdos de sus declaraciones, las más sinceras alabanzas. Todos le miraban como ejemplo de caballeros cumplidos, espejo de lealtad, dechado de virtudes, norma del desprendimiento, perfección de impulsos generosos, archivo grato de finas amistades. (9) Siempre había sido bien estimada su discreción, celebrado su ingenio y encarecidas sus resoluciones; pero, cuando por la maldad del indigno sacerdote Juan Blanco, lo más florido de los caballeros de Argel vió perdidas sus esperanzas fundadas de pronta liberación, al comparar la conducta de aquellos dos personajes, tan diferentes en hechos y propósitos, se acrecentaba la admiración por Cervantes á medida que amenguaba el respeto que pudiera inspirar el fraile dominico.

Porque en el primero veían todos al hombre que se sacrificaba por su prójimo y procuraba siempre el bien de sus hermanos, con puro, desinteresado propósito de abnegación, por virtud nativa, y sin aparentes distinciones de gerarquía eclesiástica, puesta siempre la confianza en Dios, la mira en la ejecución de altos designios y la rectitud de la conciencia en la nobleza de los actos. Y en su contrario, en su delator infame, notaban con horror la figura repulsiva de un osado, de un perverso, de un tráfuga, de un farfante y de un ambicioso. Fijábanse en sus acciones y reparaban con escándalo que vivía como gentil y no como cristiano. Siendo sacerdote, era esclavo de los vicios. Ni decía misa, ni rezaba las horas canónicas, ni visitaba y consolaba á los enfermos, ni daba limosnas, ni hacía obra ninguna de misericordia. En vez de practicar la caridad, miraba con odio á sus hermanos cautivos, levantábales calumnias, armábales lazos donde cayeran, infamaba á los buenos, tramábales asechanzas, procuraba su perdición. Reprendido por los malos ejemplos que daba, en lugar de mostrar mansedumbre y reconocer sus faltas, enfurecíase contra quienes le censuraban, sacerdotes virtuosos, recriminábalos, les abofeteaba y tratábales con la desconsideración y formas más repulsivas. Pero ¿qué más? Hasta llegó á decir que era comisario del Santo Oficio, sin serlo.

Cervantes, cuya situación empeoró tanto la infame delación de aquel hombre, no pudo olvidar nunca tal maldad; y se quejaba con razón del gran peligro en que había puesto su vida y el evidente riesgo que por su causa pasaron muchos cristianos tan principales. Por datos fide-

dignos, se sabe que Blanco de Paz llegó á ser aborrecido de la mayor parte de los cautivos, y aun los más circunspectos y que, por su caracter sacerdotal, procuraban no extremar las censuras, negábanle su trato y amistad en atención á sus falsos y anticristianos proceder. (10)

Reducido Cervantes á más estrecha y penosísima prisión desde el fracaso de la última fragata, desterrado á Tetuán el renegado granadino Girón, vigilados todos los esclavos con mayor severidad, la situación de Miguel era cada día más desesperada. Tratado con grandes rigores, pesando constantemente sobre él las crueldades de sus verdugos, sin quietud, sin esperanza, sin poder intentar algo en vista de tantos obstáculos y dificultades como le cercaban, siempre mirado con prevención, desconfiándose siempre de sus actos y aun de sus más insignificantes palabras, el cautiverio había llegado á ser para Cervantes un continuado suplicio, un morir lento y horroroso en medio del aislamiento, de las penalidades, del desamparo más desconsolador. Vivir de tal manera semejaba á estar moribundo dentro de una sepultura. Era perder la existencia á manos de la más odiosa inhumanidad.

Quizás en aquellas lóbregas prisiones, donde experimentó en los últimos nueve meses de su cautiverio las agonías más angustiosas de su vida, fué cuando, muchas veces, entre lágrimas y suspiros exhalados de lo más profundo de su alma, murmurarían sus labios aquella bella y tiernísima plegaria que luego insertó en *El Tratado de Argel*:

Vuelve, Virgen Santísima,
Tus ojos, que dan luz y gloria al Cielo,
Á los tristes, que lloran noche y día,
Regando con sus lágrimas el suelo:
Socorrednos, bendita Virgen pia,
Antes que este mortal corporeo velo
Quede sin alma en esta tierra dura
Y carezca de usada sepultura!

Aquellos suspiros fueron escuchados y aquellas lágrimas movieron á compasión. Llegó el término de tantas desgracias. Corazones hermosos se interesaron en sus cuitas y acudieron en su auxilio. Pero no eran los extraños, ni los encumbrados por la suerte, ni los favorecidos por la realeza, quienes se ofrecieron á efectuarlo. Fué la misma familia del afligido, en unión con un alma de sublime caridad evangélica, la que se propuso salvar á Cervantes de las garras opresoras donde perdía la vida. Fueron sus mismos padres y sus mismas hermanas los que buscaron la salvación del cautivo.

Ya sabemos que D. Rodrigo quiso rescatar á su hijo en 1578 por mediación del mercader valenciano Hernando de Torres. Pasó todo aquel

año, y pasó hasta Julio del 79, sin haberse logrado tan buen deseo. Supo entonces D. Rodrigo y su familia que los PP. Trinitarios iban á hacer redención al año siguiente, y faltóles tiempo para buscar los recursos indispensables y conseguir la aspiración más vehemente de su alma. El 31 del referido mes, según consta en documento merecedor de todo crédito, D.^a Leonor de Cortinas, mujer de Rodrigo de Cervantes, aunque se llamase viuda, entregó indudablemente por sí, por su marido y por su hija Magdalena doscientos cincuenta ducados de á once reales cada uno, y D.^a Andrea de Cervantes dió cincuenta en su nombre, para ayuda del rescate de Miguel. (11)

De modo que, D. Rodrigo, su mujer y su hija menor, que en 1578 solamente disponían de mil setenta y siete reales, ó sean noventa y ocho ducados, entregaban después, en 1579, doscientos cincuenta; y D.^a Andrea, que se comprometía á dar esa misma cantidad, no pudo reunir sino sólo cincuenta. Indudablemente la familia tuvo que recoger, para juntar el importe, las sumas que el año pasado habían entregado á Fr. Jerónimo de Villalobos, y que no fueron gastadas por no poder el mercader Hernando de Torres verificar la redención. (11)

Por mandado de Felipe II, en provisión fechada el 15 de Agosto de 1579, con acuerdo del presidente y oidores del Supremo Consejo Real, había de hacerse redención de cautivos el año de 1580. La Orden de la Santísima Trinidad, de la que era General el muy R. P. M. Fr. Alonso Palomino, con anuencia del Rey y su Consejo, designó para hacer la redención á los PP. Fray Juan Gil y Antonio de la Bella, el primero Procurador general de la dicha Orden, profeso de la provincia de Castilla, y el segundo de la de Andalucía, ministro del monasterio de Baeza.

Calcúlense las súplicas que harían á los frailes redentores los padres y hermanos de Miguel, al entregarles el dinero reunido, con el fin de verle en libertad, y las cariñosas frases del alma con que les moverían á compasión para el mejor resultado de sus deseos. Los dos Trinitarios elegidos eran personas de mucho celo y gran virtud, y el P. Fr. Juan Gil unía á tan excelsas cualidades suma prudencia y excelentes dotes de inteligencia para resolver y decidir sin vacilación en los casos necesarios. Fué, pues, la dirigida por Fr. Juan Gil una de las redenciones más importantes y fructuosas que se hicieron, tanto por su Orden como por la Mercenaria, entre las muchísimas que entrambas realizaron con gloria de sus Institutos y para felicidad de miles de desgraciados.

Las Órdenes redentoras cumplieron altos fi-

nes en la vida social de la época de Cervantes, y hay que hacerles la justicia debida. Los gobiernos cristianos, especialmente los católicos, siempre en lucha con los mahometanos, no podían entrar directamente en relaciones con los poderes infieles para el rescate de cautivos. Las familias de los prisioneros encontraban infinidad de obstáculos para poder ver en libertad á sus deudos, porque habiendo de encargarse el cometido á tratantes ó mercaderes, no siempre lo cumplían éstos según el celo y prontitud con que anhelaban los interesados. Intermediarios de gobiernos y particulares, eran las Órdenes religiosas de la Trinidad y la Merced. Su carácter sacerdotal daba indudable importancia á sus representantes entre los infieles.

La misión redentora que desempeñaban, con la gratitud de los rescatados, conseguía también el respeto de los enemigos, pues aparte de la estimación que inspira siempre el cumplimiento de un sagrado deber impuesto por evangélicos móviles, se apreciaba en cuanto valía el fervoroso afán con que trabajaban los religiosos, y el sacrificio á que se exponían por salvar de la esclavitud á los desgraciados.

Para los avaros dueños de cautivos, y más para tiranos tan egoistas y codiciosos como Azán, el amo de Cervantes, la llegada de los padres redentores significaba también el próximo logro de sus ambiciones de ganancia, la esperanza satisfecha de adquirir cuantiosas sumas por los caballeros de gran rescate.

En la última quincena de Mayo salieron de Valencia Fr. Juan Gil y Fr. Antonio de la Bella. Llegaron á Argel el día 29. El P. Gil aprovechó bien el tiempo. En los dos meses de Junio y Julio se hicieron más de cien rescates. El 3 de Agosto volvía ya á España el P. Fr. Antonio de la Bella con 108 redimidos: la embarcación llegó al Grao el día 5. Por noticias certísimas se sabe que fué preciso alquilar una barca para poner en tierra á los cristianos, por no ser posible acercarse la embarcación, á causa de una gran tormenta. Después de cumplidas las ceremonias acostumbradas cuando llegaban á España los cautivos libertados,—en especial, procesión solemne y fiesta religiosa en la catedral de Valencia, con acompañamiento de autoridades, clero y pueblo,—el P. Fr. Antonio de la Bella, en unión del notario de la redención, Pedro de Anaya y Zúñiga, marcharon á Madrid para dar cuenta de lo efectuado hasta entonces. (12)

Quedó en Argel desempeñando su evangélico cometido el R. P. Juan Gil. Su primer cuidado fué el procurar la libertad de aquellos cristianos para los que llevaba el dinero necesario de las

familias para rescatarlos, ó adyutorios suficientes. Así se ordenaba en las instrucciones dadas al efecto por el Supremo Consejo de su Majestad y el General de la Orden.

Enviados ya á España los que estaban comprendidos en dichos puntos, era preciso indagar el paradero de los cautivos que no estuviesen en Argel, hubieren muerto ó renegado de la religión católica, cuyas cantidades se podrían aplicar á la redención de otros, con tal de devolverlas oportunamente.

Para hacerlo todo con el mayor cuidado y exactitud, mandó Fr. Juan Gil que por el notario apostólico Pedro de Ribera se practicasen las averiguaciones indispensables, las cuales se llevaron á cabo en los meses de Agosto, Setiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre del año de 80, y se siguieron luego hasta el mes de Marzo del 81. (13)

Indagó también Pedro de Ribera el número de cautivos que estaban en poder de Azán Bajá, por una lista que le entregó Fr. Juan Gil, con intento, sin duda, de comprobarla y concertar el precio del rescate de cada uno. Es muy interesante la breve noticia que da Pedro de Ribera, en su testimonio de investigación oficial, acerca de los referidos cristianos. Estaban, pues, en poder del Rey Azán Bajá, entre otros de menor rescate, Alonso Sánchez de Alcaudete, vecino de Córdoba; Bartolomé de Quemada, que lo era de Carmona; Jaime de Latasa, de Alcoy; Pedro de Biedma, de Jaen; Francisco Ruiz, de Colomera; Pantaleón Portugués; D. Jerónimo de Palafox y Miguel de Cervantes Saavedra; todos caballeros principales ó de gran rescate; y á quienes tenía tasados Azán, en quinientos escudos cada uno, á excepción de Palafox, por el cual pedía mil, sin rebajar lo más mínimo.

Para ninguno de ellos llevaban los Padres redentores, con exclusión sólo de Cervantes, cantidades ni adyutorios para rescatarlos. De modo que se vieron imposibilitados, privados de los recursos indispensables, de redimirlos como deseaban. Intentó Fr. Juan Gil, conseguir la libertad del caballero Palafox, ofreciendo al Rey quinientos escudos en oro; pero no los aceptó, y por consiguiente todos los esclavos citados se los llevó Azán Bajá, cuando, terminado su gobierno, marchó á Constantinopla. Es posible que quisiese el P. Juan hacer esta distinción por aquel importante caballero, compadecido de su desgracia, ó por recomendación especial que llevara del Consejo de Órdenes.

Desde el 8 de Agosto al 27 inclusive, había seguido Fr. Juan Gil haciendo rescates, luchando con mayores ó menores dificultades, según el

precio que pedían los patronos. De los cuatro libertados en dichos días, Andrés Gutiérrez, Antón Gil, Francisco de Aguilar y Rodrigo de Chaves, los dos últimos eran amigos y conocidos de Cervantes, como consta de las declaraciones que á su favor hicieron. El 3 de Setiembre fué rescatado D. Diego de Benavides, otro caballero amigo de Cervantes, que le consideraba según sus méritos. (14) Y con fecha de 8 y 15 gozaron del mismo beneficio respectivamente Rodrigo de Frías y Gabriel Martínez.

Llegó el día deseado de la redención de Cervantes. Fué el 19 de Setiembre de 1580. El Padre Gil había hecho todo lo posible, desde que llegó á Argel, por rescatarle; pero eran tales las exigencias de su tirano, y tan crecido el importe que pedía, que el buen sacerdote no había podido arreglar el precio en condiciones aceptables. Aunque no haya sobre esto plena seguridad, es muy posible que Azán tasase á Cervantes en mil escudos, cantidad fijada por el Rey, según refiere Haedo, y circuló entre los cristianos de Argel.

El P. Gil, demás de sus buenos deseos por acceder á las súplicas de los padres y hermanas de Cervantes, tenía contraída la responsabilidad moral de procurar su rescate, pues llevaba adyutorios benéficos y ayudas de la familia para que lo efectuase. Puso, pues, todo empeño en conseguirlo. Estaban muy presentes en su memoria las peticiones y ruegos de aquellos seres tan amados de Cervantes y para ellos tan adorado. No podía perderse el momento más insignificante. La gobernación de Argel por Azán tocaba á su término. Ya había recibido éste el mandato del gran Turco para que entregase el poder al nuevo monarca, Jafer Bajá. Era menester, á todo trance, concluir aquella negociación, porque ya estaba preparando Azán su viaje, tenía embarcados sus esclavos y tesoros, producto de sus rapiñas y crueldades; y hallábanse ya listos los buques en que habían de ir él y su comitiva, además de las embarcaciones que le acompañaban. (15)

Fr. Juan Gil se decidió de nuevo á entablar definitivas gestiones sobre el asunto. Esta última entrevista se verificó el mismo día en que Azán se iba á ausentar de Argel, el citado 19 de Setiembre. Rebajó el Rey la cantidad á quinientos escudos; pero con la condición de que serían escudos de oro, en oro de España, por el gran valor que tenían entonces nuestras monedas en Argel. Hubo, pues, que reducir á escudos de oro españoles las doblas en plata ú otra clase de dinero, lo que produjo un quebranto de consideración en la suma que había de entregarse. El notario apostólico Pedro de Ribera dice

textualmente que, "Fr. Juan Gil rescató á Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares, por quinientos escudos en oro; é si no se los diera en oro, no se le dieran, é de ellos el dicho Padre buscó entre moros, á trueco de doblas, con sus intereses".

La partida de rescate es un documento histórico de suma importancia, que aun publicada desde 1765, vamos á reproducir ahora fidelísimamente con la misma ortografía y forma que está en el original, existente en el Archivo Histórico Nacional, de Madrid.

Expresa este documento, con su descarnada sencillez, todo cuanto pudiera decirse sobre el gran acto realizado por el sublime salvador de Cervantes. La familia no había podido contribuir sino con la suma de trescientos ducados. La Orden Trinitaria ayudó por su parte, de la limosna general, con cincuenta doblas, y con otras cincuenta D. Domingo de Cárdenas Zapata, del Consejo de S. M., como administrador de una fundación piadosa instituida, para redimir cautivos y casar huérfanas pobres, por un soldado de santa memoria, llamado Francisco de Caramanchel.

Cada escudo, según el testimonio del mismo Cervantes, equivalía, con alguna diferencia, á dos doblas. Pero el valor de los escudos de oro, en oro de España, tenía un aumento de consideración en Argel. El escudo de oro, de cuatrocientos maravedís, que entre nosotros representaba cerca de doce reales, valía en Argel quince y hasta diez y siete. Por eso, la cantidad del rescate, que sólo debió ascender, si hubiese tenido el mismo precio en España que en Berbería el escudo de oro, á poco más de mil doblas, montó á mil trescientas cuarenta. Dejando la reducción de doblas á ásperos, pues esto puede inducir á error por el mayor ó menor valor que estos tenían, según las exigencias de los negocios ó las resoluciones de los monarcas argelinos, el dato innegable que existe respecto de la suma fija que costó el rescate de Cervantes, se encuentra en la afirmación, consignada en la partida, de que todo lo reunido llegó á doscientos ochenta escudos, y hubo que buscar, para el completo de los quinientos, doscientos veinte.

Cada escudo de oro tenía en España en tiempo de Felipe II, el valor de once reales y veintiseis maravedís, equivalentes á cuarenta y un reales y nueve céntimos de nuestra moneda actual. De modo que, en cifra redonda, el rescate de Cervantes costó veinte mil quinientos cuarenta y cinco reales. (16)

La copia auténtica de la partida de rescate, dice literalmente así:

"Libro de la Redempcion de cap-
tivos de Argel...."

(Arch. Histórico-Nac. Madrid).

Al fol. 157 vuelto.

Al margen: "miguel de çerban/tes natural de / la villa
de alcalá / de henares. / adjutorio *dcclxxv* / xxv asperos /
limosna francisco de / caramanchel / *l* doblas / *quinientos*
Escudos de oro. /

En la çiuðad de argel a diez E / nueve días de el mes de
septiembre (de 1580) / En Presençia de mi el dicho notario /
El muy rreuerendo padre frai / juan gil rredentor suso di-
cho rrescato / a miguel de zeruantes natur/al de alcalá de
henares de he/dad de treinta e vn años hijo / de rrodrigo
de çeruantes E / de doña leonor de cortinas / * vesino de
la villa de madrid mediano / de cuerpo bien barbado es-
trope/ado de el braço y mano yzquierda / captiuo en la ga-
lera del sol / yendo de napoles a España, don/de estuuo
mucho tienpo En seruiçio / de su magestad perdiose a vein-
te e seis / de septiembre del año de mill / y quinientos E se-
tenta y çinco. estaua en / poder de açan baja rrey. costo /
su rrescate quinientos escudos de oro / En oro no le quería
dar su pa/tron si no le dauan escudos de oro / En oro de
españa porque si no le / lleuaua á costantinolla / y asi aten-
to esta neçesidad E / que este xpiano no se perdiese / En
tierra de moros se busca/ron Entre mercaderes du/çientos
E veinte escudos a rraçon / cada vno de çiento y veinte e
çin/co asperos porque los demás que / fueron duçientos y
ochenta / avia de limosna de la rreden/çion y los dichos
quinientos es/cudos son e haçen doblas a rra/çon de a çien-
to e treinta e çinco as/peros cada escudo mill e tresçien-
tas / y quarenta doblas. tuuo de ad/jutorios tresçientos du-
cados que / son e haçen doblas de argel con/tado cada rreal
de a quatro A / quarenta e siete asperos se/teçientos y se-
tenta e çinco e veinte / y çinco dineros. fue ayudado con/
la limosna de francisco de caramanchel / de que es patron
El muy jllustre señor don iñigo / * de cardenas çapata del
consejo / de su magestad con çinquenta doblas e de / la li-
mosna general de la horden fue ayu/dado con otras çin-
quenta las demas / rrestantes a cumplimiento de las myl/
E tresçientas y quarenta hiço o/bligaçion de pagallas á la
dicha horden / por ser marauedis Para otros cap/tiuos que
dieron deudos en españa / para sus rrescates e por no estar/
a el presente En este argel no se an rres/catado y estar
obligada la dicha horden / a boluer a las partes su dinero/
no rrescatando los tales cap/tivos E mas se dieron nueve
do/blas a los ofiçiales de la galera / del dicho rrey açan
baja que pidieron / de sus derechos. En fee de lo cual lo
firma/ron de sus nonbres testigos alonso de berdugo E/
francisco de aguilar, miguel de molina, / Rodrigo de frias,
xpianos. frai juan gil / paso ante mi pedro de rriuera nota-
rio / apostolico./

"hiço obliga-
çion por/dos
mill rreales"

(Es copia literal).

Ya sabemos que, para completar la suma pe-
dida por Azán, faltaban doscientos veinte escu-
dos, ó sean nueve mil treinta y nueve reales y
ochenta céntimos de nuestra actual moneda, "que
se buscaron entre mercaderes", como dice la
partida de rescate. Estaban ya por fortuna sal-

vados todos los obstáculos, y pudo entregar el
P. Gil á Azán Bajá los quinientos escudos estipu-
lados. Todavía, sin embargo, hubo que abonar
algunas doblas á los oficiales del buque donde ya
se hallaba embarcado Cervantes para llevarle á
Constantinopla. La Orden redentora quedó á

* fol. 158 r.

.....
.....
.....
..... partes su dinero } j ① ccc xl doblas
..... los tales cap }
..... nueve do- } jx doblas
.....
.....
.....

responder de las cantidades pedidas, y Cervantes, como era natural, firmó á favor de los Padres Trinitarios el resguardo consiguiente para abonar, como efectuó, á los mercaderes lo prestado, y resarcir á la Orden de las sumas que habían dedicado á su rescate, procedentes de otros cautivos que, entonces no estaban en Argel, sino que iban al remo en las galeotas de sus amos, y cuyos nombres, en parte, nos ha conservado en documento oficial el notario apostólico Pedro de Ribera.

El 19 de Setiembre de 1580, no fué sólo un día de regocijo para Cervantes. Al ser desembarcado y al recobrar la perdida libertad, beneficio el más grato que puede conseguir un hombre, pues el cautiverio, como él dice en su novela *El Amante Liberal*, es bastante para entristecer el corazón más alegre del mundo; al verse Cervantes redimido, decimos, de aquella feroz cautividad en que agotó fuerzas é ingenio, el júbilo más intenso inundaría su alma. Pero compartía del suyo, con gran efusión de espíritu, su magnánimo bienhechor, aquel humilde sacerdote, que con intuición maravillosa, adivinó lo que Cervantes sería: un Genio soberano de glorificación universal, á quien había que salvar de las garras de la barbarie, para que esclareciese el mundo con la lumbre hermosísima de su inteligencia.

No hay, no, fecha tan gloriosa para España, en el orden intelectual, como el 19 de Setiembre. Ese día será perpétuamente famoso en nuestra patria. Morirá quizás España; pero su nombre será eterno siempre, eterno precisamente por el hijo desgraciado á quien ni supo premiar ni comprender. Él le dejó, sin embargo, como legado prodigioso de su amor patrio, de su saber, de su excepcional inventiva, esos libros inmortales por su inspiración y verdad, que embelesan, ilustran y admiran á todas las clases sociales: regocijan con sus chistes á los sencillos y hacen pensar profundamente á los sabios con su discreta enseñanza.

¡Gloria sea para siempre á Fr. Juan Gil! Alma generosa, espíritu verdaderamente evangélico, supo comprender, ÉL SOLO, toda la alteza del talento de Cervantes! Sacerdote ejemplar, A ÉL SOLO, debió Cervantes su redención, cuando le comprendían muy pocos, y los más, ó le perseguían ó desdeñaban! ¡Qué hombre de recta conciencia no venerará siempre su memoria y no derramará lágrimas de agradecimiento ante su bienhechora y sublime conducta! (17)

Habiendo recuperado Cervantes la libertad, érale preciso volver por su crédito, rebatir las calumniosas especies propaladas por el infame

Blanco de Paz, y hacer las informaciones necesarias para dejar á salvo su honra. Á los diecinueve días de rescatado, el 10 de Octubre, presentó al P. Fr. Juan Gil un escrito de pedimento con un interrogatorio de preguntas. "Estando (decía Cervantes) de camino para España, deseaba y le importaba hacer una información con testigos, así de su cautiverio, vida y costumbres, como de otras cosas tocantes á su persona, para presentarla, si fuere menester, en Consejo de Su Majestad, y requerir se le haga merced". Dirigióse á Fr. Juan Gil con este propósito por su doble carácter de legítimo representante en Argel del Rey de España y del Soberano Pontífice. El P. Juan determinó que el notario Pedro de Ribera examinase los testigos que Cervantes presentara. Hízose así exactamente. Las veinticinco preguntas del Interrogatorio fueron contestadas con uniforme manifestación de alta estima. Todos estuvieron unánimes en calificarle de leal, cortés y magnánimo caballero; todos alaban su sagacidad, prudencia y talento para las mayores empresas. Hacían notar asimismo sus heroicos hechos y el justo aprecio en que le tenían todos los cristianos de Argel.

Esto en general. En particular, dilatábase cada uno en los elogios, según el mayor ó menor íntimo conocimiento de sus actos. El alférez Diego Castellanos, decía que Cervantes socorría con sus escasos haberes á los cristianos pobres, ayudándoles en cuanto le era posible. Hernando de Vega, vecino de Cádiz, está conteste en todas las preguntas que se le hacen sobre Cervantes, encomia el valor y discreción del hombre insigne, y concluye diciendo, que es tal persona que, no obstante que es querido y amado y estimado de todos, las demás gentes de comunidad le quieren, aman y desean por ser de su cosecha amigable y noble y llano con todo el mundo.

Alonso Aragonés, natural de Córdoba, se extiende más que ningún testigo en los hechos y vida cautiva de Cervantes, por lo mismo que había intervenido en los acaecimientos que se refieren: por eso narra con precisión grande y señaladísima las varias tentativas de Cervantes, las asechanzas de los enemigos, las crueldades de Azán, la traición de Juan Blanco, el agasajo que le hizo el Rey por su delación, la prudencia de nuestro Miguel en todos casos y situaciones; y confiesa que los PP. redentores que iban á rescatar opresos á Argel, como el R. P. Jorge de Olivar, de la Corona de Aragón, y el P. Gil, de la Corona de Castilla, le hicieron mucha merced, comunicando con él sus asuntos, teniéndole á su mesa y haciéndole mucha amistad.

Juan de Valcázar, entre otros señalados encomios de Cervantes, asegura que hacía bien y limosnas á pobres cautivos, sustentándolos y pagándoles sus jornadas á fin de que sus patronos no les maltratasen, dándoles palos ú otros castigos infames; y aun dice este testigo que á cinco muchachos, que eran renegados de los más principales turcos de Argel, los animó y confortó nuestro Miguel para que se fugaran del poder de sus tiranos, lo cual consiguieron, y nunca hubiera esto sucedido si el gran soldado no les excitase á ello, acción que mereció y merece de todos elogio y galardón. Fernando de Vega hace de Cervantes notable encomio, á pesar de no haber intervenido en los principales acontecimientos de su prisión. El alférez Luis de Pedrosa encarece su magnanimidad; nos hace saber que cobró mucha fama, loa, honra y corona, y era digno de grande premio; nos dice que tenía especial gracia en todo, y que era tan discreto y avisado, que pocos había que le llegasen; y confirma que los cautivos gemían con grandes suspiros contra el malvado Juan Blanco de Paz.

Cristóbal de Villalón y el capitán Domingo Lopino, le tributan el homenaje de su admiración. D. Diego de Benavides, á pesar del poco tiempo que conocía á Cervantes, da de él los informes más cariñosos. Revela en su declaración cuán amorosamente le respetaba. Cuando llegó de Constantinopla á Argel, preguntó qué caballeros más notables había en la última ciudad, con los que se pudiera haber trato y comunicación; y al punto le dijeron que Cervantes era uno muy recto, noble y virtuoso: habiéndole conocido, confirmó lo que le habían dicho, pues Cervantes hizo para él veces de padre y madre, llegando á conocer que el P. Gil le trataba con intimidad y le sentaba á comer á su mesa. Rodrigo de Chaves, de quien constan dos declaraciones, dijo en la de Octubre de 1580 que conocía á Cervantes desde hacía tres años, y que, aun cuando se propagó que el Dr. Becerra había sido causante del fracaso de la salvación de los cautivos por Miguel de Cervantes, la verdad misma le persuadió luego que no fué el Doctor Becerra, sino Juan Blanco de Paz.

Hasta las personas que, por dejarse llevar de hablillas y calumnias, fueron un tiempo enemigos de Cervantes, con mejores informes después y juicio más meditado, se hicieron muy amigos suyos, envidiando todos su hidalgo proceder, cristiano, honesto y virtuoso. Dícelo así con franca y digna naturalidad Fr. Feliciano Enriquez, religioso carmelita, natural de la villa de Yepes en el reino de Toledo. No llega él á descubrir las maldades de Blanco de Paz; pero bien

se columbra que á él alude cuando dice que, por causa de cierta persona, fué un tiempo enemigo de Cervantes.

Sacados tales y tan honrosos y elocuentes testimonios, y autorizados de persona tan virtuosa como el notario Pedro de Ribera, el P. Fray Juan Gil tuvo singular complacencia en escribir la siguiente certificación:

“Yo, Fr. Juan Gil, de la Orden de la Sma. Trinidad, y redentor de los cautivos de España, estante en este Argel, por mandado de S. M. y su Real Consejo, por ésta, firmada de mi nombre, doy fe y verdadero testimonio á todos los que leyeren ó vieren, ó les fueren presentados estos testigos y testimonios arriba escritos, sacados del propio original fiel y verdaderamente, y firmados al cabo y aprobados por Pedro de Ribera, escribano y notario entre cristianos en este Argel: primeramente, que yo conozco á todos los testigos que en esta información han hecho su deposición y dado sus testimonios, firmados de sus nombres, los cuales son de los principales y más calificados cristianos que hay en este Argel, personas de honra y de verdad, y por tales tenidos y habidos de todos, y que sus testimonios no dirían sino la verdad en todo lo que han dicho y jurado. Item más, doy también fe y testimonio que Pedro Ribera, estante en este Argel, es ordinario escribano entre todos los cristianos, así mercaderes, como otros libres y cautivos, y ha muchos años que usa el dicho oficio de escribano público y notario apostólico, y á sus actos y escrituras, aquí y en tierra de cristianos, se da entera fe, y se tienen por firmes y valiosos, y así la misma fe se debe dar á este traslado y copia de testimonio que él sacó ó mandó sacar del propio original, y que van autenticados y firmados de su firma, y señal de público escribano, que es la que está arriba; y el propio original, que yo mismo he visto y leído, que conforma en todo á este traslado y copia, queda en poder del mismo Pedro de Ribera, escribano. Item, de la misma manera doy fe y testimonio, que dende el tiempo que estoy en este Argel haciendo la redención por mandado de S. M., que son seis meses, *he tratado y conversado y comunicado particular y familiarmente al dicho Miguel de Cervantes, en cuyo favor se hizo esta información, y le conozco por muy honrado, que ha servido muchos años á Su Magestad; y particularmente en este su cautiverio, ha hecho cosas por donde merece que S. M. le haga mucha merced, como más largamente consta por los testigos arriba escritos. Y SI TAL EN SUS OBRAS Y COSTUMBRES NO FUERA, NI FUERA POR TAL TENIDO Y REPUTADO POR TODOS, YO NO LE ADMITIERA EN MI CONVERSACIÓN Y FAMILIARIDAD; y porque todo lo arriba dicho, pasa así y de verdad, firmo de mi mano en Argel á 22 de Octubre de 1580.*—Fray Juan Gil, redentor de cautivos“.

El día antes que firmara el presente documento el bienhechor de Cervantes, escribió y entregó su testimonio, un cautivo insigne, el Doctor Antonio de Sosa, quien con vigorosa exactitud convino en todo lo que se preguntaba, y elogió encarecidamente las acciones de nuestro Autor. Á las veinticinco preguntas presentadas por Cervantes, contesta circunstanciadamente y da pruebas terminantes de la falsedad é indignos procederes de Blanco de Paz.

¡Qué antítesis tan grande, qué contraste tan señalado entre la conducta de este mal religioso

y la que observó siempre para con Cervantes el ejemplar, el caritativo, el apostólico Fr. Juan Gil! Fray Juan Gil era todo amor, benevolencia, mansedumbre, resignación: el Dr. Juan Blanco era todo odio, malevolencia, orgullo, soberbia. El uno se dejaba guiar siempre de la pasión: el otro se conducía sábiamente por la razón y por la prudencia. En la pureza y hermosura de la verdad se inspiraba el uno: en la oscura y horrible fealdad de la mentira se complacía el otro. Fr. Juan Gil era la honra del sacerdocio: el Dr. Blanco de Paz, su denigración. Aquel favorecía y libertaba á los cristianos, ayudábalos, confortábales y se sacrificaba por ellos: éste era tan ruín, que todo su gozo se cifraba en perseguirlos ó vejarlos. Aquel hacía todas sus buenas obras con modestia y aun ocultándose, exento de toda vanidad y mundanal mira: éste se jactaba en ser comisario del Santo Oficio, para perjudicar á las personas honradas, cuando ningunos títulos poseía. Blanco de Paz rebajaba á Cervantes: Fr. Juan Gil le justificaba y enaltecía. Aquel pretendía empequeñecer ó anular sus virtudes, sus proezas, sus actos eminentes: éste los encomiaba y sublimábalos con merecimientos. El uno, en fin, semejava su angel bueno, socorriéndole, animándole, confortándole, salvándole; el otro era la personificación de su angel malo, calumniándole siempre, procurando inícuamente su cautiverio y aun su deshonor.

Obtenidos ya los resguardos que Cervantes deseaba para justificación de su conducta, su mayor anhelo era el de regresar á la patria. El día fijo en que salió de Argel se ignora; pero hay indicios que con probabilidad lo señalan. Cuatro expediciones de cautivos rescatados se hicieron durante la redención verificada por los PP. Trinitarios: una en 3 de Agosto de 1580, de que ya hemos hablado; otra en 15 de Diciembre del mismo año; otra en 24 de Octubre, y la última en 12 de Marzo de 1581. Existen relaciones nominales de los rescatados en el primero, segundo y cuarto embarques; pero respecto de los que regresaron á España el 24 de Octubre de 1580, no existe lista alguna que dé cuenta de sus nombres. Sin embargo, el Sr. Pérez Pastor, examinando el *Libro de la redención* de 1580 á 81, sostiene, con razones muy atendibles, que no pudo venir Cervantes ni antes ni después, sino exactamente en la indicada fecha.

En efecto, Cervantes tendría que esperar hasta entonces para volver á España, pues no podía efectuarlo sin que estuviese terminada la información de testigos, pedida por él, y que no se ultimó legalmente hasta el 22 de Octubre con la certificación de Fr. Juan Gil. El 24 salió de Ar-

gel para España, según datos fidedignos que se consignan en el libro de la redención mencionado, una embarcación de Antón Francés, que sólo conducía seis rescatados, por lo que abonó Fray Juan Gil quince doblas. No hay pormenores precisos que indiquen el nombre de ellos; indudablemente serían Cervantes y algunos de sus mejores amigos, como Rodrigo de Chaves y Diego de Benavides. Del último sabemos que vivió con Cervantes, en Argel, después de rescatado, y querrían volver juntos á España por la estrecha amistad que unía fraternalmente sus almas. Y de Chaves, podemos asegurar que vino en el mismo buque en compañía de Cervantes, por el indiscutible testimonio del último. (18)

Precisamente el documento donde dato tan precioso consta, es de notable valor, porque aclara con rigurosa exactitud el puerto donde desembarcó Cervantes á su vuelta del cautiverio. "Vinieron juntos en un bajel (dice él mismo) hasta Denia, que es en el reino de Valencia". Trasladados á Valencia los redimidos, para dar gracias á Dios por la libertad alcanzada y arreglar los asuntos particulares acerca del rescate, el primer cuidado de todos, lo mismo que de Cervantes, fué participar á sus padres y familia el deseado arribo á la patria.

Miguel aprovechó la ocasión de marchar á Madrid su antiguo amigo y compañero de cautiverio, Juan de Estéfano, vecino de Valencia, para escribir una carta á su señor padre, dándole cuenta de todo.

D. Rodrigo de Cervantes, creyó entonces oportuno pedir una nueva información sobre los méritos y servicios de su hijo Miguel; la carta y noticias, comunicadas por Estéfano en Noviembre de 1580, le decidieron á ponerlo por obra cuanto antes. La fecha de la petición, dirigida al señor Lcdo. Prieto, teniente de Corregidor en la villa de Madrid y su tierra, por S. M., es de 1.º de Diciembre. En dicha petición hace constar D. Rodrigo, que su hijo Miguel había estado cautivo en la ciudad de Argel en poder de enemigos, y al presente "rescatado y en su libre libertad en la ciudad de Valencia". Suplicaba que se examinasen los testigos que presentaba y se le diese testimonio legal de cuanto depusieran para hacer valer sus derechos. El primer testigo fué Estéfano, quien aseguró haber estado en Argel cautivo "con el mismo amo que Miguel de Cervantes"; que "le rescató un fraile y le remedió", y "le había visto ya libre en la ciudad de Valencia".

Corroboró lo dicho por Estéfano otro testigo, llamado Mateo Pasqual, quien había visto varias veces á Cervantes en Argel, y recientemente le

habló en Valencia, sabiendo por el mismo Miguel que su rescate costó quinientos escudos de á quince reales y medio cada uno, lo cual también refirió Estéfano. La declaración del último testigo que informó entonces, llamado Francisco de Aguilar, portugués de nación, natural de Villareal, estante en Madrid, tiene bastante importancia, por ser otro de los cautivos rescatados que vinieron con Cervantes á España. Había visto libre y rescatado á Cervantes en Valencia, adonde llegaron juntos en una nave desde Argel cuando obtuvieron la libertad. (19)

Pocos días permaneció Cervantes en Valencia después de haber escrito á su padre por Estéfano. En la primera quincena de Diciembre marchó á Madrid. Quizás estaba allí desde el día 10 ó 12, pues el 18 ya presentó él mismo nueva petición para que se averiguasen, con más circunstanciados datos, los hechos gloriosos de su cautiverio. Presentó dos testigos de mayor excepción: al ya citado Francisco de Aguilar y á su buen amigo Rodrigo de Chaves. El primero, añadió algunos pormenores á su primera declaración, entre otros, que Cervantes quedó á deber á Fr. Juan Gil dos mil reales por el rescate, y "le hizo cédula de se los pagar á cierto tiempo", y que también tenía que abonar á otras personas y mercaderes varias cantidades que le habían prestado "para comer, porque el moro que le tenía cautivo no le daba de comer ni vestir". Rodrigo de Chaves se expresó en idénticos ó parecidos términos, si bien, al referirse á lo que costó el rescate, lo fija en la cantidad de "quinientos veinte escudos ó quinientos treinta, á razón cada uno de cuatrocientos maravedís". Dice que Cervantes se obligó á pagar al P. Gil "al pie de dos mil y tantos reales que era fama que faltaba para el rescate, "y quedó á deber más de mil" á algunos mercaderes cristianos, que solían ir á la ciudad de Argel. (20)

Completan y amplían estos antecedentes, hasta donde puede desearse, la historia minuciosa del cautiverio de Cervantes.

Y puesto que acabamos de hablar de las dos informaciones postreras sobre sus actos y méritos, en 1.º y 18 de Diciembre de 1580, conveniente es recordar el negativo resultado que tuvieron éstas, como casi todas las anteriores. Desde el año 76 ya solicitaba D. Rodrigo, mediante una información, recursos oficiales para el rescate de sus hijos, lo cual no consiguió ni con la ampliación hecha en Noviembre del mismo año. D.^a Leonor de Cortinas fué más afortunada, pues por Real Cédula, fecha 5 de Diciembre de 1576, se le concedió, para ayuda de rescate de sus hijos, del Fondo de redención de cautivos, sesenta

escudos de oro, habiendo firmado la señora madre de Cervantes una obligación prometiendo devolver dicha suma si no estuviesen redimidos en el término de un año.

Vuelve D. Rodrigo el año 78 á pedir información para obtener medios de salvar del cautiverio á su hijo Miguel. No se consiguió nada; y entonces D.^a Leonor, con fecha 24 de Marzo de 1579, dirige un memorial al Consejo de Cruzada pidiendo socorros con el mismo objeto. En la imposibilidad de otorgárselos, se le volvió á autorizar, como ya se hizo en 1578, para que sacase de Valencia con destino á Argel 2.000 ducados de mercaderías lícitas, y con el beneficio que así se obtuviese, pudiera atender á los gastos del rescate. En 17 de Enero de 1580 se le dió de nuevo licencia, en vista de no haberse podido hacer uso de la concesión, pues sólo daban por ella sesenta ducados. (21)

Fueron varias las prórrogas que se le otorgaron después con el mismo objeto.

Cuanto dejamos dicho patentiza el desvelo con que toda la familia trabajó por el rescate de Miguel de Cervantes. Pasaron algunos años todavía para que se pudiese ver conseguido el propósito de mandar las mercaderías á Argel y abonar á aquellos mercaderes y á Fr. Juan Gil las sumas que se les adeudaban.

En una familia como la de Cervantes, donde la honradez y la formalidad constituían un culto doméstico, las obligaciones contraídas eran sagradas, y hasta no verlas puntualmente satisfechas no encontraron todos tranquilidad para sus ánimos.

La inmensa alegría que en el de Cervantes produjo la vuelta al hogar querido, hubo de estar amargada por muy tristes realidades. Durante los doce años de su ausencia, habían pasado bastantes amarguras los seres amados que le adoraban. El viejo jefe de la familia estaba quebrantadísimo por tantos disgustos y reveses de fortuna. Su señora madre y sus hermanas encontrábanse abatidas por las contrariedades, reducidas á la pobreza por haber agotado para rescatarle todos sus ahorros. Hallábase incorporado á su antiguo Tercio su hermano Rodrigo. La esperanza de mejorar de situación le animaba. Juzgando por su nobleza de corazón los ajenos, abrigaba la confianza de ser premiado; creía buenamente que se haría justicia á sus proezas y virtudes. Pero aquellas ilusiones generosas viéronse desvanecidas bien pronto, como si la fatalidad se opusiera siempre á cuanto podía beneficiarle y sólo quisiera hacerle víctima de las injusticias sociales y de las maldades de los hombres.

ILUSTRACIONES AL CAPÍTULO V

1.^a—Admiración de Azán Bajá por Miguel de Cervantes.

Para demostrar esto, bastan las palabras que escribió Cervantes en la novela de *El Cautivo*, y dejamos copiadas en la página 184 de nuestra obra.

El testimonio del P. Haedo corrobora lo mismo. No se puede decir nada más significativo que lo siguiente: *Del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes se pudiera hacer una particular historia. Decía Azán Bajá, Rey de Argel, que como él tuviese guardado al estropeado español, tenía seguros sus cristianos, bajeles y aun toda la ciudad: tanto era lo que temía las trazas de Miguel de Cervantes.*

Benjumea, en su *Vida de Cervantes*, (Barcelona, 1880, Montaner y Simón, editores), páginas XXXI y XXXII del tomo I de la reimpresión del *Quijote*, se expresa de esta manera ingeniosa acerca del tirano Azán Bajá: "Es bien raro que ninguno de los biógrafos de nuestro famoso escritor se detenga á dedicar algunas observaciones sobre la conducta del Rey Azán Bajá en estas circunstancias, tan en contra de su natural inclinación y bárbaras costumbres. Nosotros elogiamos, por ejemplo, el proceder del Conde de Lemos y del Arzobispo Sandoval y Rojas, conformándonos con el espíritu del protegido, que dedicó frases de gratitud á estos príncipes cristianos, y, sin embargo, nada se ha dicho en alabanza del tirano.... Sin quitar el mérito á ninguno de los beneméritos de Cervantes, bien se ve que es más fácil y natural que un bienhechor confiera beneficios á un protegido, que no que un hombre cruel sea blando y un tirano use de clemencia y misericordia. Bien mirado, Azán Bajá es el único contemporáneo que midió á Cer-

vantes con la verdadera medida de su grandeza, el único que, aun siendo éste joven, adivinó y presintió su gran superioridad y sorprendió en sus actos y en su rostro la marca divina de los grandes hombres. Un momento de falta de esta fascinación, de este imperio misterioso de las almas grandes, habría acabado con una de nuestras mayores glorias, sin que el mundo se hubiese dado cuenta de lo que perdía, pues, realmente, la inteligencia de nuestro ingenio aún no había tenido ocasión de mostrarse.

Paréceme, pues, que si alguno de esos curiosos admiradores de nuestro Escritor, piensa alguna vez en darnos noticias de los beneméritos de Cervantes, que lo son de la nación española y aun del mundo entero, no debe olvidar de poner en primer término en la lista al renegado veneciano, que, pudiendo haber cortado en flor la vida de nuestro héroe, no sólo no lo hizo, impulsado por un misterioso respeto y admiración, sino que, en su calidad de Rey y de amo, hizo el mayor elogio que se ha hecho de Cervantes como valiente hasta lo temerario, al decir que, teniendo seguro á un pobre cautivo, joven y estropeado, tenía seguros sus bajeles, sus riquezas y su reino".

2.^a—Cantidad que se aplicó al rescate de Rodrigo de Cervantes, hijo.

Cuando hablamos de la redención del hermano menor de Miguel, dijimos que se ignoraba la cantidad fija que había costado, como es cierto, por no haber dato fehaciente que lo patentice hasta ahora.

Sin embargo, es preciso recordar algunas noticias curiosas que existen en la copia legalizada

de un documento que se conserva en la Real Academia Española. Dicho documento es una Real Cédula de Felipe II, fecha en el Pardo á 5 de Diciembre de 1576, por la cual, accediendo á una petición de D.^a Leonor de Cortinas para que se le dieran algunos maravedis del Fondo de redención de cautivos, para ayudar al rescate de sus hijos Miguel y Rodrigo, ordena el Rey que se le entreguen sesenta escudos de oro, que valen veinticuatro mil maravedis.

Firmó D.^a Leonor una obligación comprometiéndose á devolver los referidos escudos, si sus hijos no estuviesen rescatados dentro de un año. Es natural que esa suma, lo mismo que las que particularmente pudo reunir la familia, fueran enviadas, por conducto de los PP. de la Merced, á Miguel de Cervantes, y él las aplicó luego por completo al rescate de su hermano Rodrigo en Agosto del año siguiente. No tenía que devolver nada D.^a Leonor, pues uno de sus hijos había sido libertado en el plazo dicho, y es muy posible que así lo hiciera constar ella con la oportunidad debida. Los sesenta escudos de oro representaban unas seiscientas veinte pesetas de nuestra moneda actual.

3.^a—Nuevo documento sobre el rescate de Miguel de Cervantes.

El texto literal de dicho instrumento público, puede leerse en la *Col. de Doc.* de Pérez Pastor. Es el número 15 de ellos y se inserta en las páginas 53 á 55.

4.^a—Testimonios comprobatorios acerca de la cuarta tentativa de fuga.

Se encuentran en gran abundancia en el *Interrogatorio* de preguntas, puntos 13, 14, 15, 16 y 17. Como que dicho documento fué escrito por Cervantes y expresa concretamente lo que intentó y ejecutó él mismo, no hay ninguno que pueda comparársele en fidelidad de incidentes y pormenores para la parte moral y autobiográfica. El párrafo 13, sobre todo, no puede ser más elocuente y más conciso. "En Setiembre de 1579, (dice) estaba en este Argel un renegado de nación español, y que decía que su padre era de Osuna y él natural de Granada, y siendo cristiano se llamaba el Lcdo. Girón, el cual se hizo moro en tierra de Argel, y se llamaba Abderramen. Entendiendo el dicho Miguel de Cervantes que dicho renegado mostraba arrepentimiento de lo que había hecho en hacerse moro, y su

deseo de volverse á España, por muchas veces le exhortó y animó á que se volviese á la fe de Nuestro Señor Jesucristo; y para esto hizo con Onofre Exarque, mercader de Valencia, que entonces se hallaba en Argel, diese dineros, como dió más de mil y trescientas doblas, para que se comprase una fragata armada, persuadiéndole que ninguna otra cosa podía hacer más honrosa, ni al servicio de Dios y de S. M. más acepta; lo cual así se hizo, y el dicho renegado compró una fragata de doce bancos y la puso á punto, gobernándose en todo por el consejo y orden de Miguel de Cervantes".

En la información de testigos, hecha á petición del mismo Cervantes, hay asertos que le honran sobre manera. Alonso Aragonés, certifica todo lo referente al Lcdo. Girón, y, como enterado bien del negocio, por ser uno de los invitados para huir en la fragata, dice que Cervantes "todo lo solicitaba y en todo andaba, y lo procuraba como principal actor". Las declaraciones de Valcázar, del capitán Lopino, de Fray Feliciano Enriquez y de otros admiradores de Cervantes, corroboran la verdad de las preguntas hechas.

5.^a—La traición de Juan Blanco de Paz confirmada.

No hay cosa mejor depurada en la vida de Cervantes que lo relativo á este enemigo mortal suyo. Cervantes hizo la acusación, es cierto, de aquel mal religioso, y la sostuvo; pero para probarla, ya no intervino él; fueron sus compañeros de cautiverio, y lo hicieron con absoluta imparcialidad y señalado amor á los procedimientos justos. Ningún testimonio más verídico que el emitido por Alonso Aragonés, hombre tan decente é intachable. "Dos días quedaban para efectuar la partida (de la fragata comprada por el Lcdo. Girón), cuando este testigo supo por Cervantes que lo sabía el Rey por un renegado que se decía Caibán, quien se lo participó, habiendo sido después notorio haberlo descubierto el cautivo del mismo Rey, Juan Blanco de Paz, que era tenido por fraile dominico, Y Á QUIEN EL REY AGASAJÓ CON UN ESCUDO DE ORO Y UNA JARRA DE MANTECA".

6.^a—Cervantes salva de todos los peligros á Onofre Exarque.

Nada tan explícito sobre esto como lo que el mismo Miguel dijo en su *Interrogatorio*, pregun-

ta 16. "Divulgándose y sabiéndose (son sus palabras) que el Rey Azán tenía noticia de este negocio y que disimulaba por coger á los cristianos en el hecho, cortados todos de miedo, por ser cruelísimo contra cristianos, Onofre Exarque, que le había dado el dinero para la dicha fragata, y era participante de todo, temiendo que el Rey, que de todo estaba informado, no hiciese con tormentos que el dicho Miguel de Cervantes, como más culpado de todos, manifestase los que eran en el negocio, y Onofre Exarque perdiese la hacienda, la libertad, y quizá la vida, cometió y rogó y persuadió á Miguel de Cervantes se fuese á España en unos navíos que estaban para partir, y que él pagaría su rescate; al cual, Miguel de Cervantes respondió, animándole, que estuviese cierto que ningunos tormentos, ni la muerte misma, sería bastante para que él condenase á ninguno, sino á él mismo; y lo mismo dijo á todos los que del negocio sabían, animándoles que no tuviesen miedo, porque él tomaría sobre sí todo el peso de aquel negocio, aunque tenía cierto de morir por ello".

7.^a y 8.^a—Lo que dice el compañero de Cervantes Diego Castellanos.

Que Cervantes estuvo oculto, en las primeras horas después de descubierta la cuarta tentativa de fuga, consta en el *Interrogatorio*; pero quien todo lo referente á este particular lo expone con más precisión, es el alférez Diego Castellanos, íntimo amigo de Miguel, y fué uno de los que estaban decididos á huir en la fragata adquirida con los dineros de Onofre Exarque.

Diego Castellanos confiesa que tuvo oculto á Cervantes "en cierta banda secreta". Refiere asimismo que, publicado el bando del Rey condenando á muerte á quien le hubiera escondido, y habiéndolo puesto en conocimiento de Cervantes, éste, para evitar mayor daño, é impedir que ningún cristiano fuese sometido al tormento con objeto de averiguarlo, desde luego tomó la resolución de presentarse á Azán sin temor á nada.

En cuanto á la intervención del renegado Maltrapillo en la presentación de Cervantes al Rey, se nota alguna variación entre lo que asegura Castellanos y lo que dice Cervantes en la pregunta 17 del *Interrogatorio*. Sus palabras textuales son las siguientes: "Viendo Miguel de Cervantes el cruel bando que contra quien le tuviése escondido se había echado, por respeto que no viniese mal á un cristiano que le tenía escondido, y temiendo también que si él no parecía, el Rey buscaría otro á quien atormentar y de

quien saber la verdad del caso, LUEGO, DE SU PROPIA VOLUNTAD, SE FUÉ Á PRESENTAR ANTE EL REY, &c.

Diego Castellanos, sin embargo, dice que Cervantes "emprendió presentarse al Rey, valiéndose de la protección de un arráez, muy grande amigo del mismo Rey, llamado Maltrapillo, que era renegado español. Siendo Castellanos tan buen amigo de Cervantes, y estando tan enterado de lo que había, pues fué quien le tuvo escondido, no es posible sospechar siquiera, teniendo en cuenta la veracidad de su declaración, que inventase ese curioso incidente por adorno de sus dichos.

Que Cervantes resolviera presentarse de su propio motivo y voluntad, no excluye, después de todo, que le acompañase ante el Rey en aquel momento el renegado del Rey, Morato Ruez Maltrapillo.

9.^a—Testimonios elocuentes á favor de Miguel de Cervantes.

Todos los testigos que declararon en Argel, contestando al *Interrogatorio* de preguntas, hicieron grandes elogios de Cervantes por sus actos caballerosos, y sus palabras servirán siempre para hacer comprender la franca entereza de aquel superior carácter.

Bastaría recordar para su enaltecimiento las cariñosas frases que le dedica el testigo Alonso Aragonés. Después de enumerar con bastante extensión la importancia de sus acciones y sus proyectos heroicos, asegura, como resumen de sus nobles encomios y del singular concepto que á todos los cristianos de Argel merecía, que siempre le había visto "tratar y conversar con los más principales cristianos, sacerdotes, letrados, religiosos, caballeros y capitanes y otros criados de S. M. con mucha familiaridad, procediendo en cosas castas y honestas, regocijadas, de limpios pensamientos"; y concluye con estos recuerdos tan honrosos: "Los redentores que aquí han venido á rescatar, así ahora como otras veces, por orden de S. M., como el R. P. Fr. Jorge de Olivar, de la Corona de Aragón y el M. R. P. de la Corona de Castilla, que al presente ahora está en el dicho Argel, le han hecho mucha merced, comunicando con él sus cosas y teniéndolo á su mesa y haciéndole mucha amistad".

10.^a—Infamias del Dr. Juan Blanco de Paz.

Todos los testigos están contestes en execrar la conducta de aquel mal hombre é indigno reli-

gioso, cuyo principal intento era el de causar perjuicios á los pobres cautivos y hacer todo el daño posible á Cervantes; el cual, con bastante indignación dejó expresado en el *Interrogatorio* cuanto era preciso saber acerca de las perversas intenciones de aquel fraile domínico, especialmente en las preguntas 15, 17 y 21 á la 25 inclusives. Allí está formado el proceso de su actos: allí está presentado con su verdadero aspecto y odioso natural. Allí constan sus falsedades, su aversión á Cervantes, sus amenazas, las informaciones que amañó para desconceptuarle y perderle, sus malas costumbres y censurable vida religiosa.

Afortunadamente, las personas más virtuosas y principales que vivían en Argel, y entre las primeras el Dr. Antonio de Sosa y el P. Fr. Juan Gil, confirman los cargos que Cervantes le hace, y tuvieron ocasión de comprobar la falsía de su carácter, su inaudita osadía y su espíritu altanero, díscolo y antievangélico. El mismo P. Gil, oponiéndose á la usurpación de atribuciones que pretendía, llamándose comisario del Santo Oficio sin serlo, desconcertó sus planes é imposibilitó su designio de hacer una información denigrante contra los limpios procederes de Miguel de Cervantes Saavedra.

Mucho se ha escrito acerca de este fatídico fraile, natural de la villa de Montemolín, junto á Llerena, que decían haber sido fraile profeso de la Orden de Santo Domingo en Santisteban de Salamanca, desde que se descubrieron en Sevilla por Cean Bermúdez los documentos referentes al cautiverio de Cervantes. Benjumea llegó á creer que hasta había sido autor del *Quijote* de Avellaneda, hipótesis ingeniosa, pero sin validez, que ha sido desechada por completo. Si Cervantes aludió en algunos pasajes de sus obras, como se pretende, á aquel religioso, no se podrá demostrar nunca satisfactoriamente. Y basta lo dicho acerca de él; que le daríamos más importancia de la que realmente tiene, si dedicásemos más atención y espacio á aquel miserable far-sante.

Las calumnias que fraguaba contra el varón esclarecido no surtieron el efecto que apetecía, pues en la grandeza de ánimo de Fr. Juan Gil feneció la maldad, y en la prudencia y penetración de las edades futuras ha nacido la verdad y resplandece la justicia.

11.^a—Partida de ayuda de rescate de Miguel de Cervantes Saavedra.

Como documento sumamente curioso, por ser la base de la redención de Cervantes, reproduci-

mos la partida de ayuda de rescate á que nos referimos en el texto. Esta partida la publicó Rios en *Las Pruebas de la Vida de Miguel de Cervantes*; pero, como aparece con variantes que en el original no existen, hemos creído oportuno copiarla con fidelísima exactitud, según se lee en el *Libro de Redenciones* que se custodia en el Archivo Histórico Nacional y estuvo colocado en la Exposición Histórico Europea.

Somos deudores de tan minucioso traslado al ilustre bibliógrafo D. Ramón Santa María.

“Libro de la Redempcion de captiuos de argel. del / rresçiuo y enpleo que hizieron los muy Reueren/dos padres fray Juan gil procurador general de la / orden de la sanctísima trinidad y fray anton / de la vella, ministro del monasterio de la dicha hor/den de la çibdad de Uaeça El año de 1579“.

Al fol. 17 r.—Al margen: “miguel de cerbantes vezino / de la villa de alcalá“./

*fol. 17 v.

cxii d

E despues de lo susodicho en la dicha villa de madrid á treyn/ta E vn dias del mes de julio del dicho año (1579) en presencia de mi El pre/sente escriuano E testigos de yuso escritos Resçibieron los dichos padres * / fray Juan gil E fray anton de la bella, trezientos ducados de a onze / Reales cada ducado que suman çiento y doze myll y quinientos mrs. / los dozientos y çinquenta ducados de mano de doña leonor de cor/tinas biuda muger que fué de Rodrigo de ceruantes y los çin/quenta ducados de doña andrea de ceruantes vezinos de alcalá, estantes/ en esta corte para ayuda del Rescate de myguel de ÇERBANTES, VEZINO DE / LA DICHA VILLA, hijo y ermano de las susodichas, questa captiuo en argel / en poder de alimami, capitan de los bageles de la armada del Rey / de argel ques de hedad de treynta E tres años, manco de la mano is/quierda y dellos otorgaron dos obligaciones y cartas de pago / y Recibo de los dichos mrs. ante my el presente escriuano, siendo testigos / juan de quadros y juan de la peña corredor e juan Rodriguez, estantes en esta / corte. en fee de lo qual lo firmaron los dichos Religiosos e yo el / dicho escriuano.

Fr. Joan gil
(rúbrica).

fr. anton de la bella
(rúbrica).

pasó ante mi: Pedro de anaya y
çuñiga escriuano.
(rúbrica). “

(Es copia literal).

Al comienzo del libro (fol. 1 r.) se encuentra testimonio de la provisión real de D. Felipe II sobre redención de cautivos, fechada en Madrid á 13 de Agosto de 1579.

Archivo Histórico Nacional.—Orden de la Sma. Trinidad.—(Exp. Hist.-Europ.—S. X, n.º 362).

(Mide el libro manuscrito 302 mm X 202 mm; fol. encuadernado en perg.—De 186 folios).

Al fol. 35 v.: “Adjutorio de maria Ramirez y agueda Ramirez su hija, vezinas de alcalá de henares“.

12.^a—Noticias auténticas acerca del rescate de Cervantes.

Es tesoro inapreciable de informes verídicos, para hablar del rescate de nuestro Miguel, el *Libro de la redención*, que trata de la que se hizo bajo la dirección de Fr. Juan Gil, de 1580 á 81, y se conserva en el Archivo Histórico Nacional; cuyos principales y más curiosos antecedentes hemos extractado en el presente capítulo, como fuente preciosa de averiguación.

Si el temor de ser prolijos no nos detuviera, copiaríamos muchos datos y actas que respecto de varios rescatados existen en dicho libro; pero, por no relacionarse directamente con Cervantes, dejamos de hacerlo, no sin lamentar que código histórico de tal valía no se haya publicado ya á expensas del Estado. Las personas ilustradas se holgarían de ello.

13.^a—Documento de grandísima importancia, autorizado por el notario Pedro de Rivera.

Tiene especialísimo interés el testimonio del notario apostólico Pedro de Ribera, acerca de las diligencias que practicó, por encargo de Fray Juan Gil, para el rescate de algunos cautivos. Dicho documento lleva fecha de 5 de Marzo de 1581. Aparte de la minuciosa relación de nombres y noticias, hay en él algunos pormenores que difunden mucha luz sobre sucesos que hubieran quedado siempre, sin el trabajo de Ribera, en la más completa oscuridad.

Por él sabemos que, durante los nueve meses que estuvo el P. Juan Gil en Argel, no halló ningún cristiano que el dicho Padre tuviese encomendado y obligación de rescatar, por andar sus patrones en viaje y no haber arribado ninguno á Argel en el espacio de tiempo referido. Sólo un jefe de corsarios llegó en 11 de Enero de 1581, el capitán de la mar, Arnaute Mamí, el que dirigió el asalto de la galera *Sol* cuando Cervantes volvía á España,

Llevaba Arnaute consigo dos esclavos á quienes tenía que rescatar Fr. Juan Gil, uno llamado Fr. Juan de Santiago, fraile trinitario, y el otro Ginés de Salazar, natural de Alcántara. Arnaute no quiso que se rescatasen estos dos solamente, si no se hacía lo mismo á la vez con dos cautivos viejos, á lo que accedió desde luego Fr. Juan Gil.

Otro pormenor de novedad es la noticia que ofrece de haber, en 1580, fuera de Argel siete mil cristianos cautivos, que andaban en curso con

sus patrones desde ocho meses antes que llegase á Argel el trinitario P. Gil.

El documento que vamos á insertar literalmente en esta ilustración, fué dado á conocer, como indicamos en el *Discurso preliminar*, por el Sr. D. Ramón Santa María, en un célebre aniversario cervantino, celebrado en Alcalá de Henares el 23 de Abril de 1894. El año 97 lo estampó en su *Colec. de Doc.* Pérez Pastor, (*Doc.* 21, pág. 80). Publicamos aquí, sin embargo, el texto íntegro de la copia sacada por el Sr. Santa María, siguiéndola exactamente hasta en la ortografía del original.

Dice así:

“Libro de la Redempcion de captivos de Argel....”

(*Archivo Histórico Nacional.—Madrid*).

fol. 181 r. Este es traslado bien e fielmente sacado / de el testimonio que se trujo de argel de co/mo algunos captiuos no pudieron ser auí/dos para los rrescatar. su tenor del qual es / Este que se sigue./

En la ciudad de argel á çinco dias del mes / de março de este presente año de mill / y quinientos y ochenta e vno pedro de rriuera scriuano / de la rredencion E notario apostolico / en esta çidad de argel tierra de berueria / Entre xpianos hago fee E uerdadero / testimonio como El muy rreuerendo pa/dre frai juan gil rredentor de captiuos / xpianos por su magestad

*fol. 181 v. E por la horden / * de la santissima trinidad estante / al presente En esta dicha çidad de / argel me mando y requirio vna E / muchas veçes por quanto asi conbe/nia al seruicio de dios nuestro señor E al / particular de su magestad y a lo tocan/te a su oficio conforme a la ynstruccion / que los señores Presidente E oydores del / rreal e supremo consejo de su magestad / le auian dado E mandado por ella / se rrigiese E governase en lo tocan/te á su oficio E horden que auia de te/ner para hazer la dicha rredencion. / En que la dicha ynstruccion se manda/va que de los adjutorios que rres/ciuiese en españa para ayuda a / Rescatar captiuos xpianos e gen/tes le diesen para ayuda a rrescatar / sus deudos amigos E parientes fue/sen los primeros que vbiese de rres/catar e donde no por no poder ser a/vidos o ser muertos o auer perdido / la fee o andar en viage fuera de / argel o de otra qualquier mane/ra eleuase un testimonio yn/ formacion en manera que hiziese fee / como no podian ser auidos E la causa / porque no se rrescatauan. E visto / por mi pedro de rriuera el dicho / pedimento que el dicho padre frai juan / gil me hizo e me mando hiziese vna / y muchas veses hago fee como dicho / Es como dende veinte e tres dias / de el mes de agosto del año de mill E / quinientos y ochenta anduve preguntan/do Entre muchos cristianos por muchos captivos que el dicho padre dijo te/nia obligazion por auer rresceuido en / España ayuda de limosna para sus / Rescates. E para esto me dio vna / memoria escripta de su mano / lo

*fol. 182 r. qual hize En los meses de agosto / * septiembre

otubre nobienbre / dizienbre hasta la fecha des-
te dicho tes/timonio la qual memoria decia des-
ta manera.—al.^o mançano vezino de tari/fa an-
ton de lesa vezino de conil al.^o ximenez / alonso
lopez vezino de la ciudad de vbeda / aluaro pe-
rez anton perez vezino de cordova a/paricio to-
rreal vezino de la villa de ondarroa / agustin
nieto vezino de salamanca al.^o / hernandez
al.^o garcia de laguna al.^o nuñez andres xime-
nez (siguen otros).

*fol. 182 v.

. con otros cristianos que luego/
dire. de todos estos susodichos en los / dichos
meses yo andube en bezes co/mo hombre tan
conoscido E platico / en este argel preguntando
con mu/cha cautela rrecato y secreto como el
dicho * / padre frai juan gil me lo mando / pre-
guntando preguntando (sic) por Ellos / y sauien-
do E ynformandome si / heran bibos o muertos
E no alle de / ninguno de los susodichos xpia-
nos / quien me dixese ni diese rrazon de / Ellos
porque descian como era muy / publico de lo
qual yo tambien el susodicho / notario doy fee
andar sus patro/nes en viage E no auer benido
ninguno / En todo el tiempo quel dicho padre /
frai juan gil estuuu en este argel que / fue tien-
po y espacio de nueue meses / poco mas o menos
si no fue arna/vte mami capitan de la mar que
vi/no a honze dias de el mes de henero / del año
de mill y quinientos E ochenta e vno / en poder
del qual no se hallo ningun / xpiano quel dicho
padre frai juan gil / rredentor susodicho tuuie-
se Encomen/dado y obligacion de rescatar sino
fue/se a frai juan de santiago fraile pro/feso de
la dicha horden E a gines de salazar / natural
de alcantara los quales / El dicho padre rresca-
to y no se los qui/sieron dar si no rrescataua a
otros / dos biejos con ellos lo qual el dicho pa-
dre hizo e rrescato atento la obligazion / que
tenia y en poder del rrey azan baja / halle por
la memoria quel dicho padre / rredentor me dio
al.^o sanchez de alcau/dete vezino de cordoua y
y a bartolome de quemada / vezino de carmo-
na. . . . y a don geronimo de palafos. destos su-
sodichos el dicho padre rredentor / * trato vna
y muchas veses En presençia / de mi el dicho
notario de sus rrescates y el dicho rrey azan
baja le dijo a el dicho / padre frai juan gil mu-
chas veses que sus xpianos quera onbres / gra-
ues E que no tenia xpiano / que no fuese caua-
llero que a nin/guno dellos daria menos de qui-
nientos / Escudos despaña en oro E quel / dicho
don geronimo de palafos no le daria menos de
mill escudos por ser / hombre de grande rresca-
te e ser ca/vallero del qual hago fee quel dicho/
padre rredentor dio por el quinientos es/cudos
E no le quiso dar E así se los / lleuo todos a
constantinopla por quel / dicho padre frai juan
gil rredentor su/sodicho dijo no tenia tanta can-
tidad que / dar por los rescates destos xpianos/
ni ayuda de sus deudos para su rrescates ni se
hallaua al presente con / tanta cantidad de es-
cudos para dar / por los rrescates de los tales E
an/si rrescato a miguel de zerbantes / natural
de alcala de henares por / quinientos escudos en
oro E si no los diera / en oro no se le dieran E
dellos El dicho / padre busco entre moros a

*fol. 183 r.

*fol. 183 v.

trueco / de doblas con sus yntereses. de bart.me.
de cassas por ser muerto E ser uerdad / ansi
dello doy fee auermelo dicho vn rrenegado
que se llamaua cayban / criado del dicho rrey.
de diego de balderrama / natural de antequera
doy fee auerme / dicho xpianos ser muerto en
esta / dicha ciudad de argel hernando de herre-
ra a/tanbor doy fee que deste me dixeran / xpia-
nos que se auia rrescatado / antes que biniese
esta dicha limosna / * y se embarco En esta di-
cha ciudad de / Argel para secilia. de hernando
de / chinchilla natural de ybros doy fee / ser y
auer rrenegado y ser turco gar/cia fernandez
vezino de la ciudad de gerez / de badajoz y de
alonso hernan/dez vezino de el correal de alma-
guer que / son los captiuos que el dicho padre/
me dijo he (sic) auia dado El consejo de / horde-
nes limosna para resca/tallos doy fee que no pa-
rezan bibos ni / muertos E auer preguntado por
Ellos a muchos xpianos. mateo / gomez natural
de la çidad de burgos / doy fee auerme dicho
xpianos que benian / de biaje de tetuan que le
auia rres/catado la horden de la merced y alon-
so / martinez natural de belmonte / doy fee auer
rrenegado y ser moro. / de antonio de sosa e
diego lopez vezino / de peñañel y el sosa vezino
de cordoua / y de mateo nadador vezino de la
ciudad / de cordoba e de juan de rroa natural/
del puerto de santa maria para / quien el dicho
padre traia ayudas / doy fee que quatro dias an-
tes que el / dicho padre se vbiese denbarcar/
vinieron de uiaje y el dicho padre por / auer ya
gastado toda la hazienda que / en su poder te-
nia no los rrescato an/tes para pagar algunos
dineros de las puer/tas tomo dineros a cambio de
francisco / ssaso mercader vezino de valenzia
sin o/tros que auia tomado del susodicho / para
rrescate de quatro capti/vos que rrescato del
capitan arna/vte mami de todo lo qual yo El/
susodicho pedro de rriuera scriuano E notario/
apostolico doy fee como dicho es auer pasa/do
*fol. 184 r. En mi presençia y ser todo verdad / * y auerme
ynformado de muchos cristianos ser todo esto
ver/dad E yo por ser captiuo de mucho / tiempo
en este argel doy nueva fee / ser todo Ello ansi e
auer bisto algunos / de los xpianos rrenegados
y de a/ver echo El dicho padre frai juan gil /
Redentor susodicho todas las dili/gençias posi-
bles E auerme hecho / buscar a los dichos cris-
tianos / para rrescatillos atento la yns/truzion
E mandado de su magestad E / por no poder
ser auidos ni aber / Efecto los rrescates de los
susodichos auer gastado El dicho / padre frai
juan gil sus ayudas / En otros cristianos atento
estar de Partida y dezir que le manda/van los
señores presidente é oydores / del rreal e supre-
mo consejo de su / magestad se fuese en España
porque a/guardar a que binieran todos los ad-
jutorios y encomiendas quel dicho pa/dre tenia
fuera hazer mucha cos/ta E detenerse en esta
tierra mucho / tiempo de todo lo qual doy berda-
dero / testimonio ser uerdad E auer mas / de
siete mill xpianos fuera / de argel que andan en
curso con / sus patrones tiempo de diez y seis/
meses antes mas que menos E no / auer benido
a esta dicha çidad de ar/gel como dicho es En
todo El tiempo / que el dicho padre frai juan gil/

a que esta en argel sino el capi/tan arnaut mami E no otro le/vante ni cosario ninguno de todo lo qual / como dicho es doy berdadera fee E testimonio con los xpianos fir/mados en esta carta miguel de moli/na ynes de salazar francisco de moriana / * alonso aragones sebastian de ortega / damian de mena francisco de leyba don / francisco ortiz osorio pedro delgado pedro de cas/tro de todo lo qual yo El dicho pedro de rri/bera scriuano E notario susodicho doy fee E ba escripto en dos hojas con / Esta e firmado de diez xpianos / En testimonio de lo qual firme a/qui de mi solito E apostolico señal / En el mismo dia mes E año suso dicho / pedro de rri/bera notario apostolico“./

(Es copia literal).

14.^a—**Datos comprobatorios. Francisco de Aguilar. Rodrigo de Chaves. D. Diego de Benavides.**

Las dos declaraciones prestadas por Francisco de Aguilar en favor de Cervantes, se insertan en la *Col. de Doc.* de Pérez Pastor, pág.^s 63 y 64 y 67 y 68. La declaración de Rodrigo de Chaves se encuentra en las 66 y 67.

Este amigo de Cervantes pidió información sobre su cautiverio el 19 de Diciembre de 1580. Uno de los testigos fué Cervantes. Chaves era natural de Badajoz. Estuvo seis años cautivo, tres en Argel y tres en Constantinopla. Cayó prisionero estando en el fuerte de Túnez. Desde Constantinopla vino á Argel bogando como tal esclavo en las galeras de Azán Bajá cuando le hicieron Rey de Argel. Costó su rescate trescientos escudos de oro, y para completar dicha suma, y pagar lo que adeudaba Chaves por comer y vestir, tuvo que pedir prestados Fr. Juan á mercaderes argelinos dos mil quinientos reales castellanos.

El acta de rescate de D. Diego de Benavides se publica en la *Col.* de Pérez Pastor, pág.^s 56 y 57. Este caballero fué rescatado en 3 de Setiembre de 1580. Era natural de Baeza, hijo de Flores de Benavides y de D.^a Inés de Peralta. Tenía cuando se rescató 17 años. Estuvo en poder de Ceretel, arráez de Constantinopla. Fué hecho cautivo en Túnez en 1574. Costó su libertad doscientos cincuenta escudos de oro. El Consejo de Cruzada le ayudó con cincuenta escudos. Miguel de Cervantes firmó como testigo esta partida de rescate.

15.^a—**Fatales recuerdos sobre el gobierno de Azán Bajá. Algunas noticias curiosas acerca de un Dr. Johan Blanco.**

Para formar un juicio bastante aproximado de lo que fué el gobierno de aquel tirano argeli-

no, no hay libro tan interesante como *La Topografía de Argel*, de Fr. Diego de Haedo. Tanto en los capítulos que esta obra comprende como en los diálogos de la cautividad y de los mártires, abundan noticias y datos referentes á aquel personaje.

La semblanza moral que resulta de dicho monarca, no puede ser más repugnante. Bajaes crueles, codiciosos y malvados estuvieron, antes y después de Azán, al frente del gobierno de Argel como representantes de Constantinopla; pero pocos, ó casi ninguno, le superaron en malos instintos y ambición de oro. Egoistas y de inclinaciones perversas fueron sus antecesores Arab Amat y Ramadán Bajá; codicioso y déspota hasta lo indecible, fué asimismo Jafer Bajá, su sucesor; pero el mando de Azán ha quedado, en medio de tanta infamia, rapiñas y actos odiosos, como ejemplo de horrorosa opresión y malditos procederes.

Porque durante los tres años largos que actuó allí como jefe supremo Azán Bajá, la arbitrariedad más escandalosa estuvo ejercitándose como suprema ley salvadora para su avariciosa condición. Ni el poderoso por poderoso, ni el pobre por pobre, nadie se libraba de su acción miserable y de sus cálculos de latrocinio. Los ricos pagaban con la vida el bienestar de que disfrutaban, porque el Rey quería acaparar sus esclavos y sus tesoros para aumentar el suyo con lo que arrebatara á los otros. Los pobres pagaban con la vida el delito de ser desgraciados, porque morían á manos de sus trabajos y fatigas, sacrificados bárbaramente por el furor de algún sanguinario arráez.

Para Azán no había más Providencia que sus desapoderados apetitos de codicia. Todo lo miraba en orden á sus particulares acrecentamientos. Todo se convertía dinero en sus manos. El oro era su Mahoma y su Alcorán. Como renegado veneciano, no creía en religión ninguna. Se hizo musulmán para subir á la cumbre de los honores en un sistema de gobierno, como el turco, donde los renegados llegaban á ocupar los primeros puestos, mayormente cuando demostraban condiciones excepcionales de mando y una crueldad de ánimo que frisara en ferocidad. Salió maestro en perfeccionar tan repulsivas cualidades aquel regalado garzón de Ochalí, á quien excedió en intenciones ruines y gran odio contra los cristianos.

Si encontraban algunos en su ánimo un átomo de bondad ó un rasgo de tolerancia, no era ciertamente por caridad de sentimientos, sino por cálculo interesado, para no perder el rescate que esperaba ó los donativos que le ofrecían.

Cervantes debió á esta circunstancia la benevolencia con que fué tratado, sin que por esto neguemos que hubo momentos en que se sobrepuso la admiración que aquel heroico caracter le inspiraba. Por dádivas que recibió, no fueron quemados algunos caballeros al principio de su gobierno, según pedían muchos argelinos, como represalia de haber sido castigados con la hoguera en España, algunos renegados cristianos que cayeron en las garras de la Inquisición.

Dueño, por fuerza ó por convenio, de todos los cautivos de gran precio que había en Argel, los trataba con implacable dureza, cuando se prolongaba su rescate, con el propósito de obligarlos á que lo buscaran más pronto. Adquiría los esclavos de los particulares ó los arráeces por granjería y utilidad, para venderlos después al doble ó triple precio que los compraba. Tan cruel como interesado, para sacar más lucro de sus esclavos, aunque fuesen principales, ni les daba de comer ni para vestir, obligándolos á nuevas humillaciones y penalidades.

Para los desgraciados, para los pobres, para los humildes, no había perdón, ni miramientos de ninguna clase. Esos eran castigados con toda la ferocidad posible. Perecían empalados, quemados, despenados, muertos á hierro. Los comerciantes tenían que sufrir los impuestos más exorbitantes; los propietarios infinidad de nuevos tributos y cargas; se ejercitaba con exceso de perversidad el derecho brutal sobre vidas y haciendas. De los arrebatos sanguinarios de aquel miserable endiosado, dan curiosos pormenores en sus obras Haedo y el mismo Cervantes.

No es extraño, pues, que aquel maldito monarca argelino fuese odiado de todo Argel, y el término de su gobierno se viera como un acontecimiento feliz. Las calles de Argel habían estado cubiertas de cadáveres en su tiempo, á consecuencia del hambre y de la peste; pero al marchar para Constantinopla en Setiembre de 1580, se llevaba, entre las maldiciones de los hombres honrados, muchos miles de escudos de oro, muchos esclavos, muchas riquezas, para seguir su marcha triunfal de renegado satisfecho, sin dignidad, sin piedad, sin conciencia.

* *

Como se ha hablado tanto, por necesidad, en el capítulo que ilustramos, acerca del maldito perseguidor de Cervantes, el Dr. Juan Blanco de Paz, parécenos oportuno citar aquí algunas noticias interesantes que insertó D. Bartolomé J. Gallardo en su famoso periódico *El Crítico*, número 4, donde se habla de un Dr. Johan Blanco. No creemos que sea éste el mismo indigno

sacerdote que delató á Azán Bajá, en 1579, los planes admirables de Cervantes por conseguir su libertad y la de muchos compañeros suyos.

Refiérese Gallardo á los desenfados de los cautivos de Argel en la representación de comedias, como solían hacer por distracción, muy frecuentemente, dentro de la misma prisión ó baño real donde se encontraban: y al efecto, menciona un caso asaz curioso, que tuvo trágico fin, por los años de 1589; nueve después de rescatado Cervantes. El suceso lo leyó y copió Gallardo de un código que tenía en su preciosa biblioteca el Sr. infante D. Luis de Borbón.

El manuscrito tenía el siguiente título: *Cautiverio y trabajos de Diego Galán, natural de Consuegra y vecino de Toledo*. Habla el autor de la tragedia que sucedió á unos cautivos en los Baños de Argel, estando el autor allí.

Extractamos el relato por evitar prolijidad. Entre los cautivos que había en el Baño la citada fecha, quinientos cincuenta y cinco pertenecían á su amo Arnaut Mamí, renegado albanés, y además otros muchos de particulares de diversas naciones y provincias. Los italianos, por distraer sus penas, representaron una comedia á lo divino acerca de Santa Catalina de Sena, con lo que pasaron tarde agradable. Los españoles, en vista de lo que los italianos se habían holgado con la farsa, determinaron representar otra titulada *La toma de Granada*. Hicieron morriones y petos de papel, espadas de palo, y pertrechos de guerra de apariencia.

Quien estaba encargado, sin embargo, del papel del Rey D. Fernando, no contento con las armas fingidas, intentó pedir á un capitán inglés, que en aquella sazón estaba en el puerto de Argel, un peto, espaldar, morrión y espada. Valióse para ello del favor del Dr. JOHAN BLANCO, NATURAL DE ORIHUELA, que también estaba cautivo.

Dicho Doctor tenía estrecha amistad con el referido capitán inglés por servicios que le había hecho estando en Sevilla. Dos cautivos fueron en un esquife al navío inglés y entregaron un billete. El capitán estaba merendando con dos turcos; y como dijera á los cautivos que no podía prestar armas en tierra ajena, los turcos, maliciando alguna conjuración, se alborotaron y, sin detenerse en nada, salieron del navío, y entraron por la ciudad gritando: "¡Al arma! ¡Al arma! que los cautivos se quieren alzar con Argel".

La confusión y alboroto que se movió con tal motivo, fueron extraordinarios. Creíase que los cristianos querían apoderarse de Argel por sorpresa. Los jenízaros y gente común, que no te-

nían esclavos, á diestro y á siniestro, mataron á algunos que toparon por las calles. Y mayor número de ellos mataran si los dueños no los escondieran, como hacienda suya, hasta saber la ocasión de tal rigor.

Cogieron después á los que habían llevado el billete del Dr. Johan Blanco. Confesaron en el tormento que el Dr. los había enviado, y con el objeto que era: el de representar una comedia.

El Bajá ordenó entonces que llevasen ante él al Dr. Johan Blanco. En cuanto le vió, díjole: "Perro, si no dices la verdad, te tengo de hacer pedazos á tormentos". Confesó en ellos lo que los demás. Cuando más crueles eran con él, dijo: "Para que su Alteza se desengañe, haga traer los petos, morriones, espadas y broqueles; que todo es de palo y papel, que estaban apercebidos para la comedia; y echará de ver como no hay malicia".

Hízose así; pero aunque el Bajá mostró cierto género de desengaño, la turba de la gente estúpida, enfurecida, gritaba: ¡Mueran todos! El Bajá, no pudiendo resistir la bárbara fuerza de la turbamulta, le entregó á seis de los comediantes para que hiciesen en ellos su gusto. Sólo reservó al Dr. Johan Blanco, por tener concertado su rescate en tres mil ducados.

El vulgo argelino era terrible en sus odios. Y el recuerdo de lo que habían intentado otras veces ilustres caballeros para apoderarse de Argel, le incitaba á horribles venganzas.

Fueron feroces los castigos que contra los referidos desgraciados cometieron aquellos bárbaros. Arrastraron á uno, atado á las colas de cuatro caballos; á otro empalaron; á dos ahorcaron á la puerta de Babazón; y á los otros dos quebrantaron los huesos con mazos de hierro á la puerta de Babalfit.

El autor de la relación hace la siguiente advertencia:

"Estos dos últimos eran andaluces, y se llamaba el uno Alonso de Vera, hombre muy gracioso, y el otro Johan de Buendía; los cuales habían salido juntos de España y los cautivaron juntos, y eran de un propio amo, que se llamaba Chafort, genovés renegado, y habían remado juntos, y juntos fueron á gozar de Dios".

Por mera curiosidad hemos escrito los anteriores renglones, pues para persuadir que no son una misma persona el Juan Blanco de Paz, enemigo de Cervantes y el Johan Blanco de los sucesos de 1589, basta el dato cierto de que el primero era fraile dominico, natural de Montemolín, junto á Llerena, en tanto que el segundo no consta que fuese religioso, y sabemos por Diego Galán que era nacido en Orihuela.

16.^a—Partida de rescate de Cervantes, según un libro que fué propiedad de D. Basilio Sebastián Castellanos.

Ya que hemos reproducido íntegra y fielmente, en la pág. 194 de esta obra, la partida auténtica de rescate de Miguel de Cervantes Saavedra, copiada del *Libro de la Redención de cautivos de Argel*, fol. 157 v. y 158 r. y v., que se conserva en el Archivo Histórico Nacional, de Madrid; creemos que es de suma oportunidad transcribir también, para que los lectores cotejen por si mismos los dos textos, la partida que se contiene en un libro de redenciones, de que fué poseedor D. Basilio Sebastián Castellanos y ha contribuido á sostener la errónea creencia de que Cervantes fué natural de la villa de Madrid; equivocación en que incurrió su contemporáneo Lope de Vega, y ya no puede ser seguida sin incurrir en inadvertencia ó parcialidad.

El libro de que fué propietario el Sr. Castellanos, y hace años fué visto y examinado por el sabio anticuario y bibliógrafo D. Ramón Santa María, no es un nuevo original, como se ha supuesto. Es solamente una mera copia, mal hecha, ó, si se quiere, una especie de borrador imperfecto, que luego se reformó, del *Libro* (auténtico) *de Redenciones*, que se custodia en el Archivo Histórico Nacional.

Sirvió en tiempo ese traslado á los defensores del Cervantes de Alcázar, para pretender quitar á Alcalá de Henares la gloria de haber sido la cuna del gran Escritor.

Desde que el libro fué á poder de D. Basilio S. Castellanos, juzgó buenamente su dueño que era un riquísimo tesoro el que poseía. Algunos escritores, que conocían el libro del Sr. Castellanos, dieron por verdad lo que sólo era error de pluma ó supresión de palabras.

El Sr. Santa María, á quien tantos favores debemos, en el deseo de servirnos, ha sacado una copia literal del contenido de dicha partida, según el texto del libro del Sr. Castellanos, y de ella nos valemos para publicarla con toda fidelidad, con objeto de que se pueda compulsar con la auténtica.

Al remitirnos el Sr. Santa María dicho documento, hace las siguientes oportunas observaciones:

"Desde que Lope de Vega creyó natural de Madrid á Cervantes, no se ha refutado con la extensión debida tal opinión. Al enviar á usted los documentos adjuntos (entre ellos copia literal de las partidas de rescate del *Libro de Redenciones* y del otro libro del Sr. Castellanos), se

me ocurre preguntar: ¿El fundamento de tal creencia se habrá sostenido por figurar en la partida de rescate del libro del Sr. Castellanos: *Miguel de Cervantes, natural de la villa de Madrid?*... Yo entiendo, y claramente se deduce del estudio de esta partida, comparada con la que obra al folio 157 del *Libro* que se custodia en el Archivo Histórico Nacional, que el libro del Sr. Castellanos tiene simplemente una omisión; pues, siendo ambas partidas iguales con pequeñas variantes en todo su contexto, al decir la partida del libro del Sr. Castellanos: *Miguel de Cervantes, natural de la villa de Madrid*, suprime lo gráfico y expresivo de la partida del *Libro* del Archivo Histórico, que dice: *Miguel de Cervantes, NATURAL DE ALCALÁ DE HENARES, de edad de treinta e un años, hijo de Rodrigo de Cervantes e de D.^a Leonor de Cortinas, VECINO DE LA VILLA DE MADRID*“.

Creemos de verdadero interés la publicación íntegra de lo contenido en el libro del Sr. Castellanos; pues bastará un examen atento para concluir con esa leyenda de distintas partidas de rescate, en que se da duplicada diversa naturaleza á Miguel de Cervantes.

He aquí la interesante copia citada con advertencia preliminar del Sr. D. Ramón Santa María:

“Libro ó cuaderno de 37 folios útiles (sin foliar), encuadernado en pergam. forma cartera, propiedad de D. Angel Castellanos. Perteneció á D. Basilio Sebastián Castellanos, quien no quiso enajenarlo á pesar de las reiteradas instancias y ofrecimientos de ALGUNOS ¡¡EXTRANJEROS!! que lo conocieron, con motivo de haberse ocupado D. Basilio de él en alguna publicación. Visto y copiado gracias á la bondad del Sr. Orellana, que galantemente se ofreció á introducirme en casa del Sr. Castellanos, al ver la sorpresa y el interés con que recibí la noticia de tal documento.

(1) Letra moderna.

fol. 25 r. “Miguel de çer/bantes natural / de la billa de Madrid./

Adjutorio /
dcc lxx. v. d.^s /
xxv. as. /

qui^{os} Escudos de oro.
D

En la çiudad de arxel A diez y nueve dias / del mes de setiembre (de 1580) En presençia de mi el dho no/tario El mui rreberendo padre frei ju^o gil rredentor / suso dho Rescato a miguel de çerbantes natural / de la billa de madrid de edad de treinta y un a/ños hijo de rrodrigo de çerban-tes y de doña leo/nor de cortinas mediano de cuerpo bien baruado / Estropeado del braço y mano izquierda cautiuo/ En la galera del sol yendo de napoles a España / donde estubo mucho tpo En serbiçio de su mag^t / perdióse a beinte y seis de setiembre de el año de mill / E quinientos y setenta y çinco Estaba en poder / de açan baxa rrei costó su rrescate quinientos / Escudos de oro en oro tubo de adjutorio tresçientos / ducados no le quería dar su patron si no le dauan es/cudos de oro de españa porque sino lo llevaba á costan/tinopla y así Atento la neçesidad y q Este xpiano/ no peresçiese En tierra de moros se buscaron Entre mer-/

En el pergamino de la cubierta: “(1)Cervantes.—1580.—“En este libro está la partida original del Rescate de D. Miguel de Cervantes.—19 de Setiembre.—Año 1580.—Costó “500 escudos de oro y es natural de Madrid.—N.^o 9“.

fol. 1.^o r. “Libro de una. Redençon de catiuos que. / las “Proujncias de castilla y andaluzia de la orden “de la santissima / trinjdad hizieron el año de “mjll E quj^{os} y ochenta en los mezes de Junjo “y / Juljo y agosto del dho año Por mandado de “su mag^d del Rey don fhelipe / nro señor se- “gundo deste nombre y con acuerdo del Prei- “dente (sic) (2) y oydo/res de su muy alto y su- “Premo Consejo Real siendo Proujnçia/les de “las dhas dos Proujnçias de la de castilla El “muy R.^{do} Padre / maestro fray alonso Palomj- “no fueron Nombrados Por su mag^d y / Por los “señores de su Real consejo E por los dhos Pa- “dres Proujnçia/les para hazer la dha Reden- “çion en la çiudad de argel los Padres fray / “Ju^o gil Procurador General de la dha horden “Profeso de la Prouinçia de castilla y fray an- “ton de la bella de la Prouinçia del andaluzia / “ministro del monest.^o que la dha Prouinçia tie- “ne en la çiudad. / de baeça El thenor de la “qual es el que sigue:

fol. 23 r. “Los cautibos q El mui Reberendo Padre frai “Ju.^o gil Redentor Por la orden / De la santisi- “ma trinidad y pór su mag^t rrescato En la ciu- “dad de arxel dende tres. / dias del mes de agos- “to deste presente año que enbio los demas cau- “tibos rrescatados / En españa con su compañe- “ro el padre frai anton de la bella y pedro de “anaya de / çuñiga escribano de su mag^t non- “brado para esta rredençon y el dho padre / “frai Ju.^o gil se quedo En arxel por algunos “dias que fue por espaçio de ocho meses / En el “qual tpo rrescató los cautibos siguientes. En “presençia y por ante mi pedro / de rribera no- “tario apostolico y escribano nonbrado por su “paternidad para esto / y todo lo demas tocante “a la dha rredençon conforme a la ynstruçion “del / Real y supremo consejo de su mag^t “

* * *

(2) Enmendado “*Presidenté*“.

Limosna de fran.^{co} de Caramanchel.

L. do.^s

caderes dosientos ⁽¹⁾ y veinte Escudos a rrazon cada uno / de çiento y treinta y çinco asperos por que los demas / que fueron dos ⁽²⁾çientos y ochenta abia de la limosna de la rre / dençion y los dhos quinientos escudos son y haçen / doblas a rrazon de çiento y treinta y çinco asperos / cada escudo mill y tresçientas y quarenta doblas / tubo de adjutorio tresçientos ducados contado cada / rreal de a quatro a quarenta y siete asperos q son / y hazen doblas seteçientas y setenta y çinco y / beinte y çinco dineros fue ayudado con la li / mosna de fran.^{co} de caramanchel de que es patron / El mui yll.^e señor don yñigo de cardenas çapata del / consejo de su mag.^t con çinquenta doblas y de la / limosna general de la orden fue ayudado con o / tras çinquenta doblas las demas rrestantes a cun / plimiento de las mill y treçientas y quarenta hiço / obligaçion de pagallas A la dha orden por ser / mrs. para otros cautibos que dieron deudos en españa / para sus rrescates y por no estar al presente en este / arxel no se an rrescatado y estar obligada la dha / orden a boluer a las partes su dinero no rrescatando / los tales cautiuos y por ser ansi lo firmaron de sus / nonbres. testigos fran.^{co} de aguilar, miguel de molina, / Rodrigo de frias. /

j 0 ccc xl d.^s

jx d.^s

Mas se gastaron nueve doblas con los ofiçiales de la / galera del dho rrei açan baxa que pidieron de sus / derechos. /

Fray Joan gil /
(rúbrica)

paso ante mi Pedro de Ribera /
notr.^o ap.^{co} / ^u
(rúbrica)

(Es copia literal).

*
* *

Para fijar el precio del escudo de oro en tiempo de Cervantes con relación al valor que representa actualmente, hemos tenido en cuenta un importantísimo trabajo oficial, que se publicó á expensas del Estado, (Madrid, 1862, imprenta Nacional, en 4.^o). Su título es: "*Breve reseña histórica-crítica* de la moneda española y reduc-

ción de sus valores á los del sistema métrico vigente, redactada con presencia de las obras de más nota, reales pragmáticas, cédulas, decretos y órdenes relativas á la materia".

La parte sustancial del cuadro sinóptico de la moneda de oro en los tiempos á que nos referimos, es la siguiente:

REINADOS.	FECHA Y OBJETO de las disposiciones.	TALLA ó sea número de monedas por marco.	LEY.			VALOR representativo de cada moneda en Rs. vn. en la época de su circulación.		VALOR representativo de cada moneda en reales del día.	
			Quilates.	Granos.	Milésim.	Rs.	Mrs.	Rs. vn.	Cénts.
Cárlos V. . .	1537.—Nueva labor de escudos.	68	22	»	0'917	10	10	41	09
Felipe II. . .	23 Nov.bre 1566.—Aumento del escudo á 400 mrs . . .	68	22	»	0'917	11	26	41	09

(1) "Dosientos" está enmendado.

(2) "Dos" entre renglones.

17.^a—Más noticias acerca de Fr. Juan Gil.

Aunque dejamos hecho en el texto el merecido elogio de aquel varón eminente en virtudes, añadiremos algunas nuevas noticias que dejan más calificada su caridad y más demostrado su incomparable celo por el bien de los que morían en la esclavitud.

El documento que hemos publicado en la ilustración número 13, nos da clara idea del amor con que todo lo preparaba y dirigía. Ni un momento de descanso se tomaba: todos sus desvelos tendían á salvar de la opresión infiel el mayor número posible de desgraciados. Cerca de ciento cincuenta esclavos recuperaron la libertad, gracias á sus gestiones, previsión y alteza de miras.

Fr. Juan Gil era un sacerdote muy querido en Argel. Los cristianos le veneraban. Tenía gran opinión de recto y justo entre propios y extraños. La llegada del Padre redentor á Argel, llenaba de consoladora esperanza á todos los españoles.

Por eso Cervantes pone estos versos en boca de un personaje de su comedia *El Trato de Argel*, jornada quinta:

Albricias, caro Aurelio, que es llegado
Un navío de España, y todos dicen
Que es de limosna, cierto, en el cual viene
Un fraile trinitario, cristianísimo,
Amigo de hacer bien y conocido,
Porque ha estado otra vez en esta tierra
Rescatando cristianos, y dió ejemplo
De una gran cristiandad y gran prudencia.
Su nombre es Fr. Juan Gil....

La redención por él efectuada desde 29 de Mayo de 1580, tuvo término el 12 de Marzo de 1581. Aunque agotó todos los recursos de que disponía, oficiales, particulares y de su misma Orden, proponíase continuar en Argel, confiado en rescatar á grandísimo número de cautivos que entonces estaban ausentes; pero, obedeciendo órdenes superiores, volvió á España el 14 del dicho Marzo, desembarcando en Denia. Le trajo, en unión de veintitres cautivos, una saetía llamada *Santa María y San Nicolás*. Al día siguiente fué la solemne entrada en Valencia, y después, pasados algunos, salió el Padre redentor para la corte.

El P. Juan no sólo cumplió su delicado cometido como fervoroso discípulo de Cristo, sino que lo manejó y dispuso todo con suma prontitud y gran sentido práctico económico.

Ya en España, no olvidando los tristes cuadros que había visto en la población cautiva, deseando salvar de la corrupción á tantos jóvenes

como renegaban de sus creencias, procurando siempre el mejor resultado favorable para la redención de los infelices, presentó en 1581 un *Memorial á Felipe II pidiendo alguna cantidad de los maravedís retenidos en la casa Contratación de Sevilla, por bienes inciertos de difuntos en Indias, con objeto de que se sirviese hacerle alguna merced, en vista del número y calidad de los cautivos por él rescatados el año anterior*. Este *Memorial* lo ha revisado manuscrito el Sr. Pérez Pastor, y da cuenta de él en una ilustración que pone al documento 18 de su *Colección*, pág. 243.

Al *Memorial* acompaña una *Relación* de los cautivos rescatados por la Orden de la Santísima Trinidad en Argel el año de 80, criados y oficiales de V. Mag., que en la guerra y su servicio se perdieron; entre los cuales, con el número 29, se cita á "Miguel de Cervantes, de edad de 31 años, natural de Alcalá de Henares, cautivo en la galera *Sol*, viniendo de Nápoles á España, año de 1575".

Era muy atendible y oportuna la indicación hecha por el P. Fr. Juan Gil para que se dispusiese, en bien de los cautivos, de algunos recursos de los bienes inciertos de difuntos de Indias, retenidos en la casa Contratación de Sevilla. Demuestra esto su buen talento y perspicacia por aumentar los medios de reunir cuantiosas sumas para rescate de cautivos.

Ni las limosnas particulares, ni los adyutorios oficiales, ni los fondos del Erario, ni las cantidades que cedían las fundaciones piadosas, los Consejos de Cruzada y de Órdenes, y otras Juntas y Corporaciones; nada bastaba para poder redimir opresos en el número deseado: tan exorbitante era el de los cautivos de Argel.

Buscar nuevos socorros, sin gravamen para nadie, para repetir con mucha frecuencia las redenciones, era lo que se proponía en su *Memorial* Fr. Juan Gil, por lo que es digno de señalados encomios aquel apostol desinteresado de la verdadera caridad evangélica, tan excelso por su inteligencia como por sus virtudes.

18.^a—Palabras de D. Diego de Benavides. Terminante afirmación de Cervantes respecto de su desembarco en Denia.

Para confirmar lo dicho en el texto acerca de la gran amistad que se profesaron Benavides y Cervantes, basta leer la declaración que prestó el primero en el *Interrogatorio* de preguntas. Hacía dos meses en Setiembre de 1580 que había llegado Benavides á Argel procedente de Cons-

tantinopla. Al obtener la libertad, quiso tener por amigos á los principales cautivos, y habiéndose informado de quiénes eran, "le respondieron (palabras textuales) que principalmente estaba uno muy cabal, noble y virtuoso, y era de muy buena condición y amigo de otros caballeros, lo cual se dijo por el dicho Miguel de Cervantes; y así este testigo lo buscó y procuró, y, hallado luego, el dicho Miguel de Cervantes, usando de sus buenos términos, se le ofreció con su posada, ropa y dineros que él tuviese, y así lo llevó consigo y tiene en su compañía, donde comen de presente juntos, y están en un aposento, donde le hace mucha merced, en lo cual este testigo HALLÓ PADRE Y MADRE, por ser nuevo en la tierra". Añadió que esperaban ocasión de volverse juntos á España, como se efectuó.

*
*
*

El texto literal de la declaración de Cervantes á favor de su amigo Rodrigo de Chaves, hecha el 19 de Diciembre de 1580, ante el Licenciado Pietro de Orellana, teniente de Corregidor de la villa de Madrid, dice de esta manera:

"En la villa de Madrid, á diez y nueve días del dicho mes de Diciembre del dicho año de mil y quinientos ochenta años: del dicho pedimento, juró sobre lo susodicho por Dios y por Santa María y señal de cruz, en forma, Miguel de Cervantes, vecino de esta villa, de edad que dijo ser de treinta y un años, poco más ó menos, y no le tocan las generales; y siendo preguntado por el dicho pedimento dijo: que conoce al dicho Rodrigo de Chaves, el cual sabe que ha estado cautivo en Constantinopla y en la ciudad de Argel, en poder de enemigos, y le vió venir de la ciudad de Constantinopla hasta la ciudad de Argel bogando como tal esclavo en las galeras de Azán Bajá, rey de Argel, y después de desembarcado estaba en las dichas galeras como tal cautivo, y en la dicha ciudad de Argel oyó decir á otras personas cristianas que estaban cautivas como el dicho Rodrigo de Chaves había sido cautivo en el fuerte de Túnez, porque ellos lo habían visto, y sabe que está rescatado y que le costó su rescate trescientos escudos de oro de á cuatrocientos maravedís cada uno, y de ellos quedó debiendo al P. Fr. Juan Gil, que le ayudó á rescatar, y á otros mercaderes cristianos que tratan y contratan en la dicha ciudad de Argel, dos mil y quinientos reales castellanos, y que se los habían prestado, así para su rescate como para comer y vestirse, y esto lo sabe como persona que lo vió por vista de ojos, estando éste testigo cautivo en la dicha ciudad de Argel; Y SE RESCATÓ AL TIEMPO QUE SE RESCATÓ EL DICHO RODRIGO DE

CHAVES, Y VINIERON JUNTOS EN UN BAJEL HASTA DENIA, QUE ES EN EL REINO DE VALENCIA, Y LE HA CONTRATADO EL TIEMPO QUE HA ESTADO CAUTIVO Y DESPUÉS ACÁ; y el cual sabe que es persona honrada y de gente noble y caballeros, natural de la ciudad de Badajoz, y que ha sido muy buen soldado. Y esto es la verdad y lo que sabe so el juramento que hizo, y lo firmó de su nombre.—Miguel de Cervantes.—Ante mi, Rodrigo de Vera".—(*Colección de Pérez Pastor, Doc. 20, páginas 70 y 71*).

19.^a—Afirmación del testigo Francisco de Aguilar.

Este amigo de Cervantes dice en su declaración de 1.º de Diciembre de 1580, ante el teniente de corregidor Pietro de Orellana, que conoce al dicho Miguel de Cervantes, el cual sabe que estuvo cautivo en la ciudad de Argel en poder de infieles, y este testigo le vió en la dicha ciudad como cautivo con su *argolla al pie*, y *ahora le ha visto libre y rescatado en la ciudad de Valencia. Y esto lo sabe porque lo vió por vista de ojos, estando este testigo cautivo en la dicha ciudad, y vinieron juntos en una nave, cuando se rescataron, hasta la ciudad de Valencia, donde al presente está el dicho Miguel de Cervantes*". Y en otra declaración prestada el 18 del mismo mes, dijo el propio Aguilar que había visto á Cervantes cautivo en Argel con su cadena al pie, y sabe que se rescató en quinientos ducados de oro, poco más ó menos; que le rescató el P. Fr. Juan Gil de la Orden de la Trinidad, y quedó á deber de su rescate al pie de dos mil reales al dicho fraile. Consigna también que "se rescataron á un tiempo él y Cervantes, y vinieron juntos en una nao, del dicho cautiverio". (*Doc. de Pérez Pastor, números 18 y 19, pág.s 63 y 68*).

20.^a—Testimonio de Juan Estéfano, en favor de Cervantes.

Esta importante declaración se inserta en la *Colección de Pérez Pastor, Doc. núm. 18, páginas 61 y 62*. Juan Estéfano era natural de Valencia y habitaba allí en la parroquia de Santo Tomás. Su edad treinticuatro años. Estante en la corte, posaba en la calle de Toledo. Había estado cautivo en Argel con el mismo amo que tuvo Cervantes, y desde entonces le conocía. Asegura que cada escudo de oro de España valía en Argel quince reales y medio.

21.^a—Nuevo documento sobre las mercaderías que se enviaron á Argel por D.^a Leonor de Cortinas.

Para dejar aclarado y dicho cuanto respecta al rescate de Miguel de Cervantes y fecha en que fueron abonadas las cantidades que por tal concepto quedaron adeudándose, vamos á citar el documento que sobre este asunto descubrió, año de 1872, en el Archivo general de Valencia, el docto bibliotecario D. Miguel Velasco y Santos, y fué publicado por vez primera en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. (Madrid, 1872, año II, Suplemento, núm. 5).

Este documento ha servido para aclarar la primera y sucesivas fechas en que se concedió licencia á la señora madre de Cervantes, aunque llamándose viuda sin serlo, (1) para que pudiera enviar á Argel desde Valencia dos mil ducados de mercaderías lícitas al objeto de que con sus beneficios se rescatase á su hijo Miguel. En ninguna de las veces que hasta 1580, se pidió y no surtió efecto, la licencia indicada (por lo menos cinco), se consiguió el fin que se deseaba, pues lo que ofrecían algunos mercaderes por la concesión era, como sabemos, una mezquindad.

Cuando volvió Cervantes á España, ya sería él mismo el que procuraría ver cómo se allanaban las dificultades hasta entonces surgidas, y poder mandar las mercaderías para abonar lo que se quedó debiendo por su rescate que, seguramente, ascendería por todos conceptos á más de tres mil quinientas pesetas de nuestra moneda actual.

Necesitándose una persona de respeto y diligencia que activase el asunto por el conocimiento práctico de los negocios, hubo de hablar el mismo Miguel con un comerciante valenciano, llamado Juan Fortunio, amigo suyo y conocido, como otros muchos negociantes, por sus idas y tratos frecuentes en Argel. Explica esto por qué D.^a Leonor de Cortinas otorgó poder, con fecha de 25 de Agosto de 1582, al citado Fortunio, para sacar de Valencia y llevar á Argel dos mil ducados de mercaderías lícitas.

Dice D.^a Leonor que se le había concedido cédula real con tal objeto, y, queriendo acomodarse con la dicha merced, otorgaba su poder cumplido á Juan Fortunio, mercader, vecino de la ciudad de Valencia, ausente, como si fuese presente, tratante en Argel, ó á quien él lo sustituyere, para que por ella y en su nombre, y co-

mo ella misma, pudiera concertarse y se concertara, para la consecución del propósito, con cualquier mercader tratante en Argel ú otra cualquiera persona, acerca de la dicha cédula y merced, bajo las condiciones que le parecieran más convenientes, "con las cláusulas y firmezas de derecho necesarias, y reciba y cobre el precio por que se concertaran, y dé carta de pago de ello".

Este poder no produjo por entonces tampoco el resultado que se esperaba. Ni en el año 82 ni en el 83, ni en once meses seguidos del siguiente, se logró llevar á efecto la licencia tantas veces otorgada. Estaba ya próximo á concluir el año de 1584, cuando se aprovechó una ocasión oportuna. Un mercader, llamado Francisco Laguiar, portugués de nación, autorizado sin duda por Fortunio, realizó al fin el permiso, y fué transportada por su cuenta, en el bajel *Santa María y San Nicolás*, la cantidad de mercaderías concedida, con lo que se aseguró el pago de los dineros que se debían á Fr. Juan Gil, por lo que había anticipado para completo del rescate.

En el *Libre de les embarcations ques fan pera Arger, precehint llicencia de Sa Magestad*, minuciosamente revisado por el Sr. Velasco, se encuentra, al hablar de la *Enbarcacio de dona Leonor de Cortinas*, la relación de los preliminares y formalidades para emprender el viaje.

Debemos reproducir esos datos porque son de suma curiosidad.

Dicen así:

"Anno á nativitate Domini millessimo quingentessimo octuagessimo quarto, die vero intitulado decimo tertio mensis Decenbris.—Lo magnífich Francisco de Laguiar, mercader, en nom de procurador de la noble dona Leonor de Cortinas, constituhit personalment en presentia del Illmo y Exmo Señor D. Francisco de Moncada, Conde de Aytona y de Ossona, etc., lochtinent y capitá general per sa Mag.^t en la ciutat y regne de Valencia, e presenta á sa Exia. una provisio-licencia, permis e facultat al dita sa principal otorgada per la Mag.^t del rey Don Phelip nostre señor, en paper escrita e de la sua real ma fermada, dat. en San Lorenço el Real á once dias del mes de Agost propasat, la qual provisió es del thenor seguent:

"El Rey.—Egregio Conde de Aytona, pariente, mi lugarteniente y capitán general del reino de Valencia: sabed que por una mi cédula, fecha en el Pardo á seis de Diciembre del año pasado

(1) Véase sobre este punto lo que dijimos en la página

125 del presente tomo.

mil y quinientos y setenta y ocho, dirigida al Duque de Nájera, mi lugarteniente y capitán general que fué del dicho reino, mandé que, al tiempo que le pareciese que no se seguiría inconveniente de ir á Argel, diese licencia á la persona ó personas que tuviesen poder de D.^a Leonor de Cortinas para que pudiesen sacar y llevar por ese Reino á la dicha Argel dos mil ducados de mercaderías lícitas y no prohibidas por las leyes de los mis reinos de Castilla ni de ese, para el rescate de Miguel de Servantes su hijo, que fué captivo de los turcos en la galera Sol, viniendo de Italia, dando seguridad que con el valor de las dichas mercaderías rescataría al dicho su hijo y se lo presentaría dentro de seis meses después que partiese el navío, en que fuesen las dichas mercaderías, del puerto donde saliese, y con otras limitaciones.

“Y por otra mi cédula, fecha en el Pardo á cinco de Marzo de quinientos setenta y nueve, mandé que, dando las dichas fianças ante uno de los alcaldes de mi casa y corte, según la había de dar en esa ciudad, conforme á lo contenido en la dicha cédula, le diese la dicha licencia dentro de los dichos seis meses. Y después, por otra mi real cédula, le prorrogué el término de los dichos seis meses por otros seis. Y por otra cédula mia, fecha veinte y siete de Mayo de quinientos y ochenta y dos, le prorrogué dicho término de los dichos seis meses por otros seis meses más, según en las dichas cédulas á que me refiero se contiene. Y ahora, por parte de la dicha Doña Leonor de Cortinas me ha sido fecha relación que por algunos respectos y causas no ha podido usar de las dichas cédulas, ni se le ha dado la dicha licencia, suplicándome que, acatando á las dichas porque le concedí, fuese servido de mandársela prorrogar: y habiendo consideración á ello, he habido por bien de prorrogalle por nuevo término por otros seis meses más, para que, con lo procedido de la dicha licencia, PAGUE LO QUE DEBIERE DE LO QUE COSTÓ EL RESCATE DEL DICHO MIGUEL DE SERVANTES; y os encargo y mando deis licencia á la persona ó personas que tuviesen poder de la dicha D.^a Leonor de Cortinas para llevar por ese Reyno á la dicha Argel los dichos dos mil ducados de mercaderías hasta dentro de otros seis meses que por la presente le prorrogo por nuevo término para ello, contados desde el día de la fecha de esta mi cédula en adelante, según y á los tipos y por la misma orden y manera que se había de hacer por virtud de la dicha cédula de licencia y prorrogaciones de ella, sin pedirle la fianza y seguridad que por razón de las dichas cédulas de licencia y prorrogaciones que de suso se hace mención, había de

dar en virtud de ellas ante uno de los alcaldes de la dicha mi casa y corte, de rescatar al dicho su hijo con la cantidad que se hallase por la licencia de los dichos dos mil ducados de mercaderías, y como si á vos fuera dirigida la dicha cédula. Fecha en San Lorenzo el Real á once de Agosto de mil y quinientos y ochenta y cuatro años.—Yo el Rey.—Juan Delgado“.

El enviar embarcaciones á Argel con mercaderías lícitas era un recurso muy seguido por las familias en la época de Cervantes, para procurar el rescate de sus deudos. Obtenida la concesión regia, entrábase en tratos con algún mercader valenciano para llevar á cabo el propósito. Otras veces, los mismos interesados fletaban un buque y dirigían el asunto hasta verlo resuelto.

En el mismo *Libro de las embarcaciones*, revisado por el Sr. Velasco, se consigna un dato muy curioso respecto de estos viajes. En 1571, cierto caballero de Salamanca, llamado Juan Rodríguez de Ormaza, consiguió permiso de Su Majestad para el envío de una embarcación á Argel, que condujera mercaderías, á fin de obtener con su producto el rescate de un hijo suyo, persona muy distinguida, comendador sanjuanista, que había sido cautivado por los turcos yendo al socorro de Chipre en galera de su Orden.

Creemos oportuno dar algunos pormenores relativos á los trámites y formalidades que debían llenarse para el despacho de dichas embarcaciones; y lo efectuaremos extractando los que se siguieron en la preparación y alistamiento de la nave buscada por Francisco Laguiar. Presentado éste ante el Virrey de Valencia y autorizado para llevar á efecto la licencia otorgada por el Rey, hiciéronse las diligencias acostumbradas en semejantes casos. Joan Cibot, alguacil de la Ballía general, citó al patrón y marineros del buque para que se presentaren ante el muy magnífico Sr. Hieromi Pasqual, que entendía, por delegación del Virrey, en estos asuntos. Compareció ante él el día 14 de Diciembre el referido patrón, que Dimete León se llamaba. El bajel conductor de las mercaderías tenía por título *Santa María y San Nicolás*.

Interrogado Dimete acerca del buque, viajes, cabida, tripulación, &c., contestó que no había hecho antes ningún viaje á Argel, que su cabida era de unos mil quintales, y que para la navegación y servicio se necesitaban seis hombres, los cuales al presente se llamaban Andreu Cucarella, Miguel Almenara, Joan Vicent Genovés, Joan Gombau y Marti Salanova, todos honrados y de confianza, que no descubrirían secreto alguno á los infieles en perjuicio de la santa fe ca-

tólica y de Su Majestad, ni sabía que tuviese ninguno parientes en Argel ni se hallasen procesados. Andreu Cucarella, natural de Génova, uno de los marineros, estuvo conforme en todo con lo dicho por el patrón, y lo mismo hicieron los demás. El 24 de Diciembre se procedió, mediante la intervención de los peritos nombrados al efecto, á apreciar y valuar las mercaderías y objetos que condujese el buque.

La lista especificada de ellos, certificada por los peritos, daba un total de dos mil ciento veinticinco libras reales de Valencia. (1)

Ordenóse enseguida un reconocimiento en el

(1) Dixeren hauer vist e regonegut dotze trentens de cofolla de Valencia, los quals sumen valer á raho de trenta l. (liures), valen.	ccclx. 1.
Item dixeren hauer vist y regonegut cinch vint y dos cents verts de Valencia, los quals sumen valer cascu a trenta liures, valen	cl. 1.
Item dixeren hauer vist y regonegut quatre vintyquatrens blaus scurs de Valencia, los quals sumen valer cascu a trenta cinc liures, valen.	cxxxx. 1.
Item dixeren hauer vist y regonegut sis trentens foraster de cofolla, los quals sumen valer a vint y cinch liures, valen	cl. 1.
Item dixeren hauer vist y regonegut tres vint docens de cofolla forasters, los quals sumen valer a raho de trenta liures cascu, valen.	lxxxx. 1.
Item dixeren hauer vist y regonegut quatre vint y dosens de cofolla, forasters, a raho de vint y cinch liures, valen	c. 1.
Item dixeren hauer vist y regonegut vn trente y mich de poll de grana de Valencia, los quals a raho de quaranta liures, valen	lx. 1.
Item un trente de cofolla foraster, a raho de trenta cinch liures	xxxv. 1.

mencionado buque para ver si tenía dentro algunos géneros; y como no se encontrasen ningunos, el Sr. Comisario Hieromi Pasqual dispuso que las mercaderías fuesen sacadas del depósito donde estaban, y se llevasen al sitio de embarque, desde donde fueron conducidas en una barca al bajel *Santa María y San Nicolás*.

Hízose saber al patrón y los marineros que no se detuviesen en ningún puerto, ni embarcasen ningunas otras mercaderías, sino que siguiesen directamente su viaje á Argel; incurriendo de lo contrario en las responsabilidades consiguientes.

Item dixeren hauer vist y regonegut tres quatorzens negres forasters, a raho de vint liures cascu, valen	lx. 1.
Item dixeren hauer vist y regonegut sis vint docens de cofolla de Valencia, a raho de trenta liures, valen.	clxxx. 1.
Item dixeren hauer vist y regonegut cinch trentens de cofolla de Valencia, a raho de trenta liures, valen.	cl. 1.
Item dixeren hauer vist y regonegut vn trente de Contray blau de Val. ^a , per	xxxxv. 1.
Item dixeren hauer vist y regonegut vn trente de poll de Valencia, valen	xxxxv. 1.
Item dixeren hauer vist y regonegut onze trentens de cofolla forasters, a raho de vint y cinch liures, valen	cclxxv. 1.
Item dixeren hauer vist y regonegut set vinty docens de cofolla de Valencia, los quals sumen valer a raho de trenta liures cascu, valen	ccx. 1.
Item dixeren hauer vist y regonegut tres trentens de cofolla forasters, a raho de vint y cinch liures cascu, valen	lxxv. 1.
Que totes les dites partides acomulades prenen suma de dos milia cent vint y cinch liures reals de Valencia, juxta nre. Senyor Deu e lurs consencies.	

CERVANTES Y SU ÉPOCA

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I.

Vuelve á España Miguel de Cervantes

Asuntos que preocupaban la atención pública en España cuando volvió del cautiverio Miguel de Cervantes.—Flandes y Portugal.—Pequeñeces de palacio que alternan con las grandes cuestiones.—Proyectos de Felipe II para la conquista de Portugal.—El ejército del Duque de Alba y la escuadra del Marqués de Santa Cruz.—El triunfo en Alcántara.—Entrada de las tropas españolas en Lisboa.—Saqueos y pillajes.—Excesivas pruebas de rigor.—Poca prudencia de los conquistadores.—Felipe II desmentido por el Duque de Alba.—El prior de Ocrato.—Sus partidarios.—Nacimiento y cualidades personales: sus favorecedores.—Resistencia de sus parciales.—Muerte de D.^a Ana de Austria.—Felipe II en Lisboa.—Su conducta ambigua.—Marcha de Cervantes á Portugal.—Se le da una comisión.—Cuál sería y con qué objeto.—Documentos que existen sobre el particular.—No asistió Cervantes á ninguna de las expediciones que se hicieron para la conquista de las Islas Terceras.—Examínase este punto.—Cervantes estaba en Madrid en Setiembre de 1583.—Sus relaciones amorosas con D.^a Catalina de Palacios.—Conocimiento antiguo de esta familia y la de Cervantes.—Principio de su vida literaria.—Su *Galatea*.—Reflexiones sobre esta clase de obras.—Objeto de la pastoral de Cervantes.—Su mérito, sus bellezas, alusiones y defectos.—Simbolismo de sus personajes.—Juicio crítico de imitaciones y continuaciones que se han hecho de ella.—Florián y Trigueros.—Casamiento de Cervantes.—Recuerdos de Esquivias.—La dote de su esposa.—Su afición al Teatro.—Su amistad con los farsantes de su tiempo.—Sus primeras composiciones dramáticas.—Mal resultado positivo de sus trabajos.—Desencanto del ingenioso Escritor.—Busca nuevos recursos para vivir.—Marcha á Andalucía.

Al volver Cervantes á España, después de una ausencia de tantos años, graves cuestiones políticas preocupaban la atención pública, y otras de escasa significación, por su índole particular, seguían siendo objeto de los preferentes cuidados de príncipes y palaciegos. El malhadado asunto de la princesa de Éboli continuaba á la orden del día, y el Monarca no lo perdió nunca de vista, aun en medio de las peligrosísimas revueltas de Flandes y los proyectos y conquista del reino de Portugal. Antonio Pérez y la princesa de Éboli eran para él perennes pesadillas, que no le abandonaban nunca, ni ante los más arduos negocios de la gobernación del Estado, ni ante las más sensibles desgracias de familia.

En todo el año 78 el aspecto de aquellas discordias palaciegas había llegado á empeorar sobre manera, y no encontraba para ellos el monarca una solución satisfactoria con toda su prudencia y talento. El secretario Mateo Vázquez era objeto cada vez más de las amenazas de sus émulos. Temía por su vida, y así hubo de manifestarlo á su regio amo; pero éste procuraba llevar á su ánimo la tranquilidad, aconsejándole que no diera oídos á las hablillas de los desocupados ó maliciosos.

“Vos atended (le escribía el Rey al margen de una carta de Vázquez) á vuestro oficio, y á lo que esto toca, sin curar destotras cosas ni de dichos de nadie, que quizás dicen más de lo que hay y no faltarán otros que quizás vayan allí con

lo mismo: y así lo mejor será que vos no déis crédito á estas pláticas, demás de requerirlo así vuestro hábito y el tiempo (era la semana santa, 16 de Marzo de 1579); y con esto tendréis quietud y no se os dará nada de estas cosas“.

Mateo Vázquez siguió al pie de la letra el consejo de su señor. Cada día desistió más y más de intervenir en el asunto de Pérez y la princesa de Éboli, comprendiendo que algo misterioso había en la muerte de Escobedo, cuando el Rey procedía de manera tan extraña y con semejantes miramientos y dilaciones.

De tal modo quiso Vázquez hacerse neutral en el negocio, que habiendo sido quizás el primero que aconsejó al hijo de Escobedo que pidiese ante la Justicia el castigo de los asesinos de su padre, luego, por conservarse en la gracia de su amo, fué el que con más interés le aconsejó, lo mismo que á toda la familia, que no intentasen siquiera la querella. La actitud expectante del Rey daba mucho que hablar. Un personaje tan elevado y bien quisto en las esferas palaciegas como Fr. Hernando del Castillo, en carta que escribió al mismo Mateo Vázquez, le decía: “De nadie estoy tan escandalizado como de Su Majestad, cuya autoridad y cristiandad es y ha de ser para estorbar semejantes cosas y proveer no pasen á más; y pues las sabe, ve y entiende, no sé, ni veo ni entiendo con qué conciencia se disimula el castigo y el remedio: sino que creo lo que otras veces he dicho, que muchos demonios se han soltado para hacer su oficio, que es poner discordias y sustentarlas“.

La prisión de Antonio Pérez y de la princesa de Éboli, puso término al temor que tenía Mateo Vázquez de que atentasen contra su vida, por más que no le libraron del odio que le profesaban; antes al contrario, se acrecentó en proporciones infinitas. La resolución del Rey produjo gran sensación en la corte. Los allegados y protegidos de Vázquez, especialmente Pedro Núñez de Toledo y el Doctor Milio, le comunicaron desde luego las impresiones primeras que circulaban sobre el suceso. Decíale Pedro Núñez, lo cual demuestra la dobléz con que en todo procedía Felipe II hasta en las cosas de su mayor intimidad, que el Rey, una hora antes de que prendiesen á su favorito y coautor de la muerte de Escobedo, Antonio Pérez, le había devuelto los papales del despacho, escribiéndole de su puño: “los papeles de Italia os devuelvo y en ellos lo que se ha de hacer, y con los de Portugal me quedo, porque no los he visto: *vuestro particular quedará despachado antes que me parta* (se marchó al Escorial), *á lo menos lo que es de mi parte*“. Referíase esto á la orden de prisión

de la princesa de Éboli y Antonio Pérez, que se verificó á últimos de Julio.

También escribía sobre esto á Mateo Vázquez, persona de tanta cuenta como el presidente Hernando de Vega Fonseca, con fecha del 2 de Agosto, diciéndole entre otras cosas: “las prisiones escandalizaron esta corte lo que no se puede creer ni pensar. Otros dicen que Su Majestad (á pesar de sus promesas de que esto concluiría en breve) es alcalde de Alde, que sabía prender y no soltar“.

El asunto preocupó la atención pública de manera inusitada. Sin embargo, no abandonaron al caído y preso secretario muchos personajes de distinción, ó fuera que se compadeciesen de su desgracia, ó creyeran posible su rehabilitación y prestigio dentro de poco, y su vuelta á la privanza con el Rey. Dominaron al principio temperamentos de cierta benevolencia hacia el preso, y por eso se le dió por carcel la casa del mismo presidente del tribunal, y luego se le trasladó á la suya propia so pretexto de que peligraba su vida, aunque, por lo que dijeron entonces muchas personas bien enteradas de los secretos de estos negocios, la enfermedad era fingida, el peligro supuesto y el deseo de favorecerle el único fin de aquellas condescendencias.

Los rivales de Antonio Pérez, no obstante, arreciaron en su guerra de inculpación contra él, levantaron calumnias y difundieron voces que le difamaban, como suele suceder siempre en los arrebatos de las pasiones populares y las discordias cortesanas. Formáronse bandos que no discurrían, sino insultaban, aconsejados del odio, dominados del interés y de las particulares conveniencias. Vázquez triunfó; Pérez quedó vencido y humillado: y era natural, por consiguiente, dada la pérfida condición humana, que el primero fuese lisonjeado de muchos y al segundo le abandonasen ó miraran compasivamente la mayor parte de los que en su prosperidad le adulaban, y formaban su cortejo, para pedirle favores ó conseguir cargos elevados á precio de oro, mediante venalidades escandalosas.

En Agosto del mismo año 79, cuando la corte ardía en habillitas y parcialidades, hubo un sacerdote, el P. Pinelo, que avivó el fuego de los antagonismos personales llevando á la cátedra sagrada las malquerencias de las venganzas políticas. Era amigo ó afecto á Vázquez el P. Pinelo, y predicando un sermón en la iglesia de las Descalzas, hizo alusiones clarísimas á los sucesos que preocupaban la atención de las gentes, con indicación de nombres ó expresando con rodeos bien comprensibles las personas de que se ocupaba, reprendiendo á Pérez y elogiando á

Vázquez, á quien señaló al hablar de "la virtud, diligencia y fidelidad con que trabajaba el secretario que andaba con S. M."

Fué amonestado el predicador, por orden de Felipe II, para que no volviese á tratar de semejante asunto en el púlpito; pero á Mateo Vázquez le agradó el elogio del P. Pinelo, como lo atestigua bien una carta del 22 de Agosto, que se conserva de su familiar y confidente Pedro Núñez de Toledo, en la que le da cuenta de la visita que hizo á Pinelo en su nombre, dándole el recaudo que le encargó, "con que él holgó infinito, aunque le han reñido (son sus palabras) por la demostración que hizo aquel día en el púlpito".

No es preciso decir que el odio que contra Mateo Vázquez abrigaban desde los primeros momentos de las discordias Antonio Pérez y la princesa de Éboli, llegaron hasta lo inconcebible á medida que el Rey extremó la severidad contra su secretario y la viuda del primer Duque de Pastrana. Si no hubo posibilidad de arreglar las diferencias que los dividían, á pesar de la intervención del monarca y de los más conspicuos personajes de la corte cuando se estaba en el período pacífico del negocio, calcúlese lo que sucedería después, cuando á la bondad sustituyó el rigor y á las amistosas amonestaciones las determinaciones más enérgicas. Entonces fué un desbordamiento de procacidades, de invectivas, de injurias, de suposiciones denigrantes, el que se propagó por do quiera con los fines más ferozmente vengativos. No se dejó medio á que no se recurriera para rebajarlo, ultrajarlo y hacerle odioso á la vista del público.

Vázquez y su parcialidad denigraban á Pérez llamándole el portugués, y á D.^a Ana de Mendoza con el epíteto de Jezabel para que su nombre fuese abominado. Hablaban de los escandalosos amoríos de la princesa con el secretario, y del oscuro origen de éste, pues se creía que su padre le había tenido de su trato con cierta mujer plebeya. Pero la princesa y su amante no se quedaron cortos tampoco en las suposiciones y hasta en las calumnias tal vez. Llamaban á Vázquez el *perro moro* y el *arráez disimulado* que había venido á España desde Argel. Era ésta la mayor ofensa que podía hacerse á Mateo Vázquez, pues se refería á su humilde y casi desconocido nacimiento. Sus enemigos censuraban también el abuso con que se prevalía de su situación para sus logros personales, contra todas las leyes y todos los mandatos pontificios. No faltaban motivos fundados para tales cargos. Sobre el rango, atenciones y consideración que proporcionaba á Vázquez su íntima posición al lado del Rey, disfrutaba también de pingües be-

neficios eclesiásticos, que le concedió el monarca, y á los cuales no asistía por su ocupación precisa en la corte.

Era canónigo de Sevilla y arcediano de Carmona; y con escándalo general notábase su completo alejamiento de dichos cargos. Aquel espectáculo cedía en menosprecio aun de la misma religión, y más cuando tanto se había clamado en España y en Roma contra semejantes abusos. Pero como Vázquez estaba protegido del monarca, tales voces acusadoras se confundían en el coro de sus numerosos aduladores, y no encontraban eco en parte alguna. El procedimiento, después de todo, no era extraño; estaba sancionado en las costumbres públicas. No hombres de mérito é inteligencia, y sacerdotes como Mateo Vázquez, eran los únicos que participaban de ventajas parecidas. De esos beneficios disfrutaban también algunas veces los legos, como una gracia real favorable á determinadas personas, para que tuviesen medios decorosos de subsistencia á costa de los pobres esquilmados pueblos.

Así es que, Mateo Vázquez siguió después, como antes de las censuras de sus enemigos, disfrutando de las rentas de sus beneficios, dispensado arbitrariamente del derecho de asistencia, y despachando al lado del Rey como su más íntimo secretario, ya estuviese en la corte, ya en Portugal, cuando la conquista de aquel reino.

Preocupaba este gran suceso público la general atención el mismo año que volvió Cervantes á España. Desde la fatal derrota y muerte del Rey D. Sebastián en África por las fuerzas de Abd-el-Melek, año de 1578, Portugal había perdido á su monarca, y el trono lusitano estaba en peligro de caer en extrañas manos. El anciano Cardenal D. Enrique, que asumió el supremo poder, no hizo sino aumentar las dificultades y despertar las ambiciones. Los aspirantes al solio portugués eran varios, y, como suele suceder siempre en casos parecidos, cada uno se creía asistido del mejor derecho. Catalina de Médicis, Filiberto Manuel de Saboya, Ranucio Farnesio, príncipe de Parma; la Duquesa de Braganza; D. Antonio, prior de Ocrato, y Felipe II, todos pretendían ocupar el trono.

Acaeció la muerte de D. Enrique el año 80, sin dejar nombrado sucesor. El prior de Ocrato era el que en la opinión pública tenía mas partidarios, según demostraron los hechos. Fué proclamado en seguida como el único heredero de aquella corona, como el más autorizado para conservar la independencia del reino. Contrarió esto á Felipe II, que tenía ya resuelto el apoderarse de Portugal por juzgar que debía ser preferido por derecho legítimo de parentesco, por

haber sido su madre la princesa Isabel de Portugal. Aun sin ese derecho que invocaba, y que podría ponerse en tela de juicio, el Rey de España contaba con otro, más poderoso y eficaz, en el que se han apoyado siempre los gobernantes para realizar sus empresas de ambición ó gloria: el bárbaro derecho de la fuerza.

Al mismo tiempo que Felipe II hacía saber oficialmente las razones que tenía para sentarse en el trono de Portugal, tomaba las medidas más enérgicas para la conquista de aquel reino. El Duque de Alba, que tantas crueldades cometió en Flandes, donde quedó para siempre execrada su memoria, fué el escogido por su amo para tal empresa.

Más de treinta mil soldados, entre ellos, lo mejor de los Tercios de Italia, le acompañaban. Portugal estaba sin preparativos y sin fuerzas. Bien pronto quedaron derrotados los portugueses en Alcántara y á merced del vencedor afortunado. La escuadra de treinta y nueve galeras, mandada por el Marqués de Santa Cruz, dispersó los buques contrarios. De manera tan rápida se hizo dueño Felipe II de aquel reino.

La conquista de Portugal es una página de vergüenza para España. En vez de haber buscado la unión de los dos pueblos por el atractivo y el amor, el perdón y la tolerancia, que hubiera estrechado y fortalecido los vínculos de cariño, suavizando asperezas y disipando odios, se cometieron crueldades y se extremaron las medidas de rigor en proporciones inauditas. El ejército del Duque de Alba ejecutó actos repugnantes de robo y pillaje. La misma Lisboa, á pesar de haberse entregado sin resistir, estuvo expuesta á la ferocidad de la soldadesca. Felipe II, que se hallaba en Badajoz, mientras sus generales le allanaban el camino del triunfo, para que lograrse ver satisfecho su deseo de entrar vencedor en Lisboa, escribiendo al Duque de Medina Sidonia, acerca de la entrada de las tropas españolas en aquella capital, decíale, como complacido del resultado, que todo se había conseguido "sin sangre ni saco"; falsedad manifiesta, pues fué mucha la sangre que se derramó y muchos los desmanes que se efectuaron en el saqueo.

El mismo Duque de Alba desmiente lo dicho por su soberano, en estas palabras que estampó en carta dirigida al Rey. "Los desórdenes que hoy pasan (dice) son de manera, que yo no pensé verlos jamás, ni que en gente de guerra pudieran caber. Yo aseguro á V. M. que no hay coronel, maese de campo, capitán y oficial ninguno que haga su oficio como le ha de hacer, y que á todos ellos se les podría muy bien suspender los cargos. He ahorcado buen número de

soldados; he echado á galeras cincuenta; he quitado el cargo á ocho capitanes y á todos se les pudiera muy bien quitar. He ahorcado tantos merodeadores y tantos ahorco todos los días, que temo que me faltará cuerda". Calcúlese cuáles serían las iniquidades y los latrocinios cometidos en Lisboa y en los pueblos inmediatos, cuando era preciso recurrir á tales castigos para evitar mayores infamias. (1)

Pero no sólo cometían éstas los soldados. Los jefes no les iban en zaga en la persecución implacable de los vencidos. ¿Qué importaba que luego se mostrase condolido el Rey? Mientras tanto, no se guardó á nadie consideración. Los prisioneros de Alcántara fueron castigados sin compasión ninguna, ahorcados ó decapitados, según la categoría. Ofrecíanse veinticinco mil ducados á quien quitara la vida al prior de Ocrato. Habiendo conseguido huir, por medio de una pobre mujer, pagó con su muerte la generosa acción. Los templos fueron saqueados en Oporto, de tal manera, que el mismo Sancho de Ávila asegura que cree "no se dejó cruz ni cáliz en toda la tierra." Cuando un caballero, partidario del prior de Ocrato, caía en poder del Duque, enseguida se le condenaba á la última pena. Lo mismo el Duque que su lugarteniente Ávila, que tanto se dió á conocer por sus instintos feroces en Flandes, acrecentaron, en vez de aminorar, el odio de los portugueses contra los españoles. Por medio de la injusticia y de la arbitrariedad quisieron que triunfase en Portugal Felipe II; y no debe olvidarse que aquel dominio impuesto por la tiranía, tuvo que sucumbir sesenta años después por un movimiento popular, con lo que recuperó el reino lusitano su perdida independencia.

Aunque el prior de Ocrato era hombre pusilánime y de nulas iniciativas para ocupar el trono, no dejaba de contar con muchos afectos, especialmente entre las clases populares y entre el clero, que por lo mismo fué perseguido con encarnizamiento después del triunfo. Para rebajar al prior ante la opinión pública, propalábase que era hijo bastardo del infante D. Luis, hermano del Cardenal y Rey D. Enrique. Decíase que le había tenido de sus relaciones con una judía convertida, llamada Yolanda Gómez, la Pelicana por apodo. Como de su origen legítimo ó bastardo, se deducían circunstancias favorables ó adversas para poder ser genuino aspirante á la corona, fueron muchas las discusiones que se sostuvieron sobre este punto, y el obispo de la Guarda, Manuel Elmada, defendió á todo trance la legitimidad de su origen.

Impuesto por medios brutales el monarca es-

pañol en Portugal; comprada la nobleza por el oro que, en nombre del Rey, prodigó á su beneplácito Cristóbal de Mora; vendidos á la nueva situación muchos partidarios de D. Antonio, y pactadas condiciones entre la Duquesa de Braganza y Felipe II, éste vió conseguidos sus propósitos invasores. Aquel reino, cuya posesión pretendía, era ya suyo, había caído ya en sus manos, si no por la fuerza del derecho, por el estúpido derecho de la fuerza. El ejecutor de sus planes, aquel sanguinario Duque de Alba, invitaba á su Rey para que fuese á gozar del premio del vencimiento. En carta de 1.º de Setiembre de 1580 decíale, con satisfacción vanidosa: "Lo de aquí es acabado. Gracias á Dios y á S. M., puede entrar ya en este reino con tanta quietud como por Madrid".

En Diciembre entró al fin en Portugal Felipe II. Desde Mayo había permanecido el monarca en Badajoz, desde donde enviaba recursos y víveres, y dictaba las resoluciones que juzgaba más conducentes al buen resultado de la empresa. Estuvo allí gravemente enfermo, de suerte que se llegó á temer por su vida. Salvóle el insigne médico Vallés. No bien empezaba á convalecer D. Felipe, cuando cayó herida de mortal dolencia su cuarta esposa D.^a Ana de Austria, tras cuya prematura muerte vislumbran algunos historiadores trágicas escenas, y otros la achacan á disposición especial del Cielo, pues habiendo suplicado al Señor que la sacara de esta vida en lugar del Rey su esposo, Dios escuchó su ruego, por lo que el monarca sanó y la Reina cayó enferma mortalmente. (2)

Sea de esto lo que se quiera, es lo cierto que la entrada de Felipe en Portugal fué tan reservada, que no parecía sino que estaba temeroso de algún atentado contra su vida; si ya no pensamos que su misma intranquila conciencia recelase que con él pudiera hacer algún enemigo suyo lo que había ordenado, con autocrática soberanía, para que fuese asesinado D. Antonio. Estuvo mucho tiempo en Tomar, donde se reunieron las cortes para jurar al nuevo Rey.

Al regresar Cervantes á la patria, sabiendo que su hermano Rodrigo se encontraba incorporado á su Tercio en la conquista de Portugal, es muy posible que procurase ver cómo normalizaba su propia situación y sacaba alguna lícita recompensa de sus bien probados servicios. Hubo de intentar entonces su viaje al país vecino, y debió éste verificarse en los primeros meses del año 81. Quizás, demás de los testimonios que llevaba legalizados y en toda forma, como abonadores indudables de sus méritos, contaba también con la asistencia al lado del Rey de su se-

cretario Vázquez, á quien seguramente visitaría, aunque no fuese sino por respeto y como prueba de buena correspondencia amistosa. No creemos que Cervantes fuese destinado á su antiguo Tercio. Inútil para el servicio activo de la milicia, hubo de solicitar alguna comisión ó destino compatible con sus disposiciones físicas.

Aunque en su *Memorial* de servicios, escrito el año 90, habla efectivamente de que "después de libertados (él y Rodrigo, su hermano) fueron á servir á S. M. en el reino de Portugal y las Terceras con el Marqués de Santa Cruz", hay que tener en cuenta, sin embargo, que tales palabras se prestan á confusas equivocaciones, por estar englobados los hechos de ambos sin la distinción necesaria que los separe y puntualice.

Que Cervantes estuvo seguramente en Tomar y en Lisboa, en Mayo de 1581, consta con irrecusable testimonio. Fué entonces, sin duda, cuando se le encargó una comisión á Orán, por la confianza que inspiraba su conocimiento con las autoridades de aquella plaza y sus prendas de prudencia y acierto. Ignórase la verdadera significación de tal cometido, aunque hubo de ser de índole reservada, quizás avisando de lo que debía hacerse en aquella posesión española, en previsión de peligros que se temían á causa de las contingencias políticas del momento. Cervantes dice en su citado *Memorial*, que "él fué el que trajo las cartas y avisos del alcaide de Mostagán, y fué á Orán por orden de Su Majestad".

Esas cartas y avisos hubo de traerlos Cervantes á su vuelta del cautiverio, y por consecuencia de ellos, se le mandaría á Orán. De que desempeñó la comisión con diligencia y discreto tacto, es indicio casi seguro la complacencia con que recuerda, como confianza que le honraba, que fué por orden del Rey á Orán.

Hay dos documentos curiosos que, aunque sin determinar el objeto con que efectuó Cervantes el viaje, no pueden ni deben referirse sino al citado servicio. Por Real cédula, fecha en Tomar á 21 de Mayo de 1581, se ordenaba á Lope Giner, pagador de las armadas de Cartagena, que de cualesquier maravedís de su cargo, entregase á Miguel de Cervantes cincuenta ducados, que montan diez y ocho mil setecientos y cincuenta maravedis, que se le libran á cumplimiento de cien ducados, de que se le hacía merced de ayuda de costa por una vez, TENIENDO CONSIDERACIÓN Á QUE IBA Á CIERTAS COSAS DEL REAL SERVICIO. Otra cédula de la misma fecha mandaba la entrega de otros cincuenta ducados á Cervantes por mano de Juan Fernández de Espinosa, consejero de Hacienda y tesorero ge-

neral; dinero que había de sacar de lo recaudado con motivo de la venta de mulas que sirvieron en la artillería del Ejército.

El tesorero abonó los cincuenta ducados á Cervantes dos días después de extendida la Real cédula, y el pagador de las armadas de Cartagena le hizo entrega de los otros cincuenta con fecha de 26 de Junio. (3)

El día 24 ó 25 de Mayo, emprendería Cervantes su viaje á Orán. Ignórase en qué puerto embarcó, ni si fué en buque oficial ó particular, como se ignora la fecha exacta del regreso, por más que, verosimilmente, puede decirse que sería antes del 25 de Junio, y que desembarcó en Cartagena, donde recibió el 26 los segundos cincuenta ducados, con los que se dispondría á marchar á Lisboa y á Tomar, para dar cuenta de la comisión realizada. No llegó, pues, á un mes el que invirtió en el desempeño de la diligencia.

Sostuvo D. Martín Fernández de Navarrete, que Cervantes fué embarcado en las naves que, bajo las órdenes de D. Pedro Valdés, salieron del puerto de Lisboa en el verano de 1581, para proteger las flotas de las Indias orientales y occidentales, y reducir las Islas Terceras que se habían declarado á favor de D. Antonio, prior de Ocrato, hostiles á la dominación de Felipe II. Pero hay argumentos que invalidan esa afirmación.

Las cuatro naos que llevaba D. Pedro no tenían por objeto reducir ni perseguir á los rebeldes. Sólo se encomendó á dicho general que limpiara las Islas de corsarios, se situara entre las más occidentales y esperase las flotas para que sin contratiempo pudiesen llegar á Lisboa. El docto escritor D. Cesáreo Fernández Duro, ha publicado una preciosa obra sobre la *Conquista de las Azores*, donde con gallardo estilo reseña todo lo referente á tan importante empresa, con copiosos documentos para justificar sus apreciaciones. El desastre de Praya fué debido á una imprudencia de D. Pedro. (4)

Ni iban en las naves de Valdés las fuerzas que mandaba D. Lope de Figueroa, en cuyas compañías estaba, como sabemos, alistado Miguel de Cervantes desde que estuvo en Italia. Los dos mil doscientos soldados que llevaba Don Lope de su Tercio y alemanes, fueron transportados en la nueva armada que salió de Lisboa poco tiempo después que la de Valdés, compuesta de doce naos y regida por el general subal-

terno Galcerán Fenollet, "por asegurar más las flotas, en frases del Sr. Fernández Duro, tentar el acomodamiento pacífico de los isleños, y ver, en último extremo, si con un golpe de mano que no comprometiera la reputación de las armas, ni menos la marcha de los sucesos, se podía poner el pie en la Tercera, cabeza de las Azores".

La conquista de estas islas dió mucho que hacer por los socorros que enviaron al prior de Ocrato, para que pudiese sostener sus derechos, la Reina Isabel de Inglaterra y Catalina de Médicis. Se hicieron grandes preparativos para una expedición, que estuvo lista en el verano de 1582 y dirigía el Marqués de Santa Cruz.

Así como no era posible que Cervantes hubiese estado el año 81 en las naves de Valdés ni en las de Fenollet, por estar desempeñando entonces las comisiones de que hemos hablado, tampoco creemos que acompañara como soldado al Marqués de Santa Cruz. Es más probable que siguiera ocupado en otras atenciones y servicios especiales, que hasta ahora se desconocen. Hay razones que parece lo persuaden así.

Habiendo sido tan gloriosa aquella expedición, en que demostraron su heroicidad acostumbrada los españoles, combatiendo con buen suceso veinticinco naves mal pertrechadas contra sesenta mejores y más ligeras, de franceses é ingleses; obteniéndose completa victoria, aunque empuñada por las crueldades con los vencidos, so pretexto de ser piratas y perturbadores del sosiego público; muerto Felipe Strozzi, general de la armada de Francia; degollados infinitos caballeros en la plaza de Villafranca; colgadas de las vergas de las embarcaciones las cabezas de los ahorcados; asegurada la posesión de la isla de San Miguel; temerosas de seguir la misma suerte las demás del grupo; amenazada la principal de ellas, la Tercera, donde los habitantes se conservaban á voz y devoción de D. Antonio, ¿cómo es posible, cómo puede explicarse el silencio que guardó Cervantes sobre tan excepcionales sucesos en sus obras, tan llenas de los recuerdos de su vida y de sus íntimas impresiones acerca de los hechos de guerra que presencié y en que intervino, á no ser por la razón de no haberse encontrado en el de que se trata? (*)

¿Aquel incomparable triunfo no había de impresionar á Cervantes? ¿Había de dejarlo en el más completo olvido, cuando no pasaba nada inadvertido para él, cuando nada escapaba á su

(*) Con mucho acierto dice sobre esto el Sr. Fernández Duro lo siguiente:

"Algunos han creído que, como soldado del tercio de Figueroa, iba en esta ocasión embarcado en el galeón San

Mateo, Miguel de Cervantes Saavedra: ningún fundamento escrito lo confirma; y fuera raro, habiendo sido testigo de tan grande acción, que no la sacara á plaza en alguna de sus novelas". (*Conquista de las Azores*, pág. 43).

fino espíritu de observación? ¿Era cosa tan insignificante la rota de la escuadra de Estrozzi y el triunfo de la del Marqués de Santa Cruz, entre torrentes de sangre y ejemplos tristísimos de inhumano rigor, disculpados sofísticamente por el gran Ercilla, al elogiar á Felipe II? (*La Araucana*, canto XXXVII). (*)

Con toda seguridad debe decirse que Miguel de Cervantes no pudo haber asistido tampoco á la nueva importantísima expedición, preparada para conquista y sumisión de la isla Tercera, en el verano de 1583; empresa encomendada al mismo Marqués de Santa Cruz, y concluída con gran felicidad y gloria. Quien estuvo en ella, y se distinguió con denuedo singular y bizarro, fué su hermano Rodrigo, elogiado con tal motivo por el historiador de aquella función de guerra, el auditor de la armada, licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa. (5)

Conquistada la Tercera, sometidas todas las Azores, castigados y prisioneros los enemigos de España, degollado en Angra Manuel de Silva, el feroz representante de D. Antonio y otros de sus parciales, perdonados y embarcados para su patria los franceses; las victoriosas naves del Marqués entraron en Cádiz, aclamadas con júbilo, el día 13 de Setiembre.

Sábase que Miguel de Cervantes residía en Madrid por entonces. Un documento recién descubierto, da pormenores bien tristes sobre los ahogos de aquel honrado hogar. Cervantes empeñó, á primeros de Setiembre, por treinta ducados, que dió un tal Napoleón Lomelín, cinco paños de tafetán, amarillos y colorados, para aderezo de una sala. Estos paños pertenecían, como se recordará, al donativo que, antes de su casamiento, hizo á D.^a Andrea el amigo de su señor padre, Francisco Locadelo. Indudablemente en momentos de gran apuro para la familia, Doña Andrea entregó á su hermana D.^a Magdalena las piezas de tafetán con objeto de que las empeñase; y ella mandó entonces á Miguel que lo efectuara, como del documento citado consta. Los paños no pudieron desempeñarse, lo cual

demuestra que la situación económica de la familia era más angustiosa cada día. Á los dos años después hubo de intentarlo D.^a Magdalena; pero el prestamista quiso adquirirlos, y así se efectuó mediante la cantidad de quinientos veintitres reales, de los que se descontaron los trescientos treinta recibidos desde el momento del empeño. (6)

El año de 1584 es uno de los más importantes y decisivos en la vida de Cervantes. En él no sólo terminó de pagar lo que debía de su rescate, sino que se dió á conocer como escritor distinguido. Alejóse también para siempre de la vida activa de la milicia, de la que tantos desengaños y tan escasas ventajas sacó siempre. Y, al concluir aquel mismo año, contrajo matrimonio con una bella y virtuosa doncella de Esquivias, D.^a Catalina de Palacios y Salazar.

Es muy posible que las dos familias, la de los Palacios de Esquivias y la de los Cervantes de Alcalá de Henares, se relacionarían desde antiguo con señalado afecto. Al regresar Miguel del cautiverio, aquella amistosa correspondencia se estrecharía más y más. Cervantes hubo de quedar prendado de la belleza, discreción, modestia y virtudes que adornaban á aquella joven, cuyos padres tanto estimaban á los suyos, lo mismo que á sus hermanos. Encantaría á Cervantes aquella gracia, aquella naturalidad, aquella sencillez que en D.^a Catalina resplandecían, y se propuso rendir el tributo de su amor á doncella tan ilustre. El mutuo cariño y el asentimiento de entrambas familias, facilitaron el amoroso deseo del gallardo joven.

Muchas anécdotas se han propalado respecto de aquel casamiento, componiéndose leyendas á capricho, en cambio de los pormenores verdaderos que se ignoran. Dícese que el padre de la novia, aunque no opuesto del todo al matrimonio de Miguel de Cervantes con su hija, lo miraba sin embargo con más disgusto que complacencia, acaso por creer que el interés le guiaba, sin fijarse en la nobleza de carácter de su futuro yerno. Pero quien, al parecer, oponía mayores obs-

(*) Oprimirá con fuerza y mano airada
La soberbia cerviz de los traidores,
Despedazando la pujante armada
De los galos piratas valedores;
Y con rigor y furia disculpada,
Como hombres de la paz perturbadores,
Muerto Felipe Estrozzi, su caudillo,
Serán pasados todos á cuchillo.

No manchará esta sangre su clemencia,
Sangre de gente pérfida enemiga;
Que si el delito es grave y la insolencia,
Clemente es y piadoso el que castiga.

Perdonar la maldad es dar licencia
Para que luego otra mayor se siga.
Crüel es quien perdona á todos, todo,
Como el que no perdona en ningún modo.

Que no está el perdonar en ser clemente
Si conviene el rigor y es importante;
Que el que ataja y castiga el mal presente,
Huye de ser cruel para adelante.
Quien la maldad no evita, la consiente,
Y se puede llamar participante,
Y el que á los malos públicos perdona,
La república estraga y la inficiona.

táculos á la realización del desposorio, era un pariente de la familia de los Palacios, llamado D. Alonso Quijada y Salazar. (7)

Todas las dificultades, sin embargo, hubieron de allanarse, pues el matrimonio se efectuó el día 12 de Diciembre de 1584. El Sr. D. Juan de Palacios, tío de D.^a Catalina, teniente cura, fué quien los casó. (*)

D.^a Catalina tenía 19 años de edad; Miguel de Cervantes 37. D.^a Catalina aportó á su matrimonio, según documentos comprobados y auténticos, bienes por valor de ciento ochenta y dos mil maravedís. Consistían los bienes en algunas tierras, olivos y viñas, y en mueblaje de casa y labor y eran procedentes de la legítima paterna, dividida entre la D.^a Catalina y varios hermanos que ésta tenía. Después adquirió la propiedad de mayor suma de bienes, procedentes de la herencia materna y de un legado de bastante importancia que hizo á favor suyo, aunque esto no se halla suficientemente comprobado, D. Juan de Palacios, su tío carnal, el presbítero que los desposó. (8)

En el mismo mes en que contrajo Cervantes matrimonio, estabase acabando de estampar una obra bellísima suya, que había de empezar á darle nombre de ilustre Autor, como ya lo había conseguido de valentísimo soldado. Hablamos de *La Galatea*, "primicias de su corto ingenio", como dice él con suma modestia en la dedicatoria de la obra.

Pertenecía ésta á aquel linaje de libros, entonces tan en boga, llamados pastoriles, en que los artificios del ingenio veíanse muchas veces ofuscados y aun desfigurados por las exageraciones, ampulósidades y defectos del mal gusto. Las

producciones pastoriles tenían por objeto decantar la belleza de la dama, señora de los pensamientos del autor respectivo: eran memoriales de fineza, de afecto, de galantería, para captarse más y más el cariño de la doncella amada. Preadado Cervantes, desde su vuelta á España, de D.^a Catalina, siguió la costumbre adoptada por los autores sus contemporáneos, y durante el año de 1583, indudablemente, escribió aquella obra tan bella, tan llena de sentimiento y ternura.

El 1.º de Febrero de 1584 extendió su aprobación de *La Galatea*, por orden del Consejo de S. M., Lucas Gracián Dantisco, tributando á la obra notables alabanzas.

Un librero de Alcalá de Henares, Blas de Robles, con quien de antiguo tendría amistad el padre de Cervantes y él mismo, compró el privilegio concedido á Miguel para la impresión, por mil trescientos treinta y seis reales, y á él se debe la publicación de la obra. Un hijo suyo dió á la estampa, años después, en Madrid, á donde se trasladó la familia, las dos partes del *Quijote* y las *Novelas ejemplares*. Los Robles hicieron mucho por la gloria literaria de Cervantes, y merecen encomios por esto, aunque no supieron estimar en lo que valían aquellos trabajos inimitables. Pero, á pesar de todo, sin su cooperación y auxilio, tal vez no hubiera podido nunca Cervantes haber publicado su *Galatea*, principio de su buen crédito literario. (9)

Con la composición de este libro entra Cervantes propiamente en la vida literaria; pues si bien las poesías que escribió cuando la muerte de D.^a Isabel de Valois revelaban ingenio y relativo buen gusto, y en su cautividad había tra-

(*) Hé aquí copia textual de la partida de casamiento, según nos la remite D. Ramón Santa María, con observaciones suyas:

LIBRO DE DIFUNTOS (Y DE MATRIMONIOS)
QUE COMIENZA EN 1578.

Vol. en fol. encuad. en pergamino. (*Archivo de la iglesia parroquial de Santa María.*—ESQUIVIAS).

Al fol. 94 r. dice: "Las personas que se han cassado en este lugar de esquivias / en este año de 1583 después acá que comenzo á ser cura de la yglesia del / dicho lugar el muy reverendo señor el doctor Joan saez escriuano son los / siguientes: El dia que se desposaron y los testigos y sacerdote que los / desposso van en la plana: y las velaciones quien los velo / y los que fueron sus padrinos van en la margen:

fol. 95 v.

Miguel de Serbantes } En 12. de diciembre (de 1584) el Reverendo
con } Señor Juan de Palacios tiniente / des-
D.^a Cathalina Pala- } poso á los señores Miguel de zerbantes
cios. } vezino de Madrid y doña cathalina de pala-
cios vezina desquivias. testigos Rodri-

go mexia / diego scrivano y francisco marcos.

El Doctor
escriuano (*Rúbrica*)

* *

"Índice General de las Partidas de Matrimonios que se hallan en los Libros de esta Parrochia (de Santa María de Esquivias) desde el año de 1583 hasta el Presente (1) Año de 1755. Híxole el Liz.^{do} D. Luis Zeldran para vtilidad de sus suceres (*sic*) en esta Parrochia, á quienes suplica se continuen para beneficio de los que les sucedieren".

Folio 1 recto:

Author de } Miguel de Zervantes, con^a D.^a Ca- } fué natural
la obra de } thalina Palacios. } de Alcalá
Don *Quijote* } } en la Parroc/ de Sta. M.^a

El libro es en 4.º encuadernado en pergamino.

(1) Debe estar comenzado á escribir este Índice en 1755, á juzgar por esta palabra y su caracter caligráfico. Luego se ha continuado hasta la época actual.

zados algunos recomendables bocetos dramáticos, ni éstos ni aquellas hubieran podido darle nunca reputación ni nombre señalado entre los escritores y poetas.

Dióselo sí, y muy distinguido, entre los literatos españoles, la publicación de *La Galatea*. Generalmente esta producción de Cervantes ha sido con gran arbitrariedad é injusticia censurada. Los amigos de Cervantes y la mayor parte de sus contemporáneos, la conceptuaron como obra bellísima y de innumerables perfecciones adornada: los críticos de los tiempos posteriores la han examinado con una severidad y un rigor tan exagerados, que frisan en los límites de la pasión. No comprendemos por qué se ha de proceder tan absurdamente en el análisis de una obra tan merecedora de elogios, ora la consideremos en cuanto á la inventiva, ora en cuanto á la forma literaria, ora, en fin, en lo referente á ingeniosidad, hermosura de las descripciones, delineación de los caracteres, interés de los relatos y adecuada y grata proporción de las partes con el todo.

La producción pastoril fué cultivada en España desde los comienzos de nuestra Literatura. Tal vez ninguno de los idiomas modernos pueda ofrecer tan preciadas concepciones como en este género presentan las letras castellanas. Idilios, églogas, romances, dramas, comedias, pasos, por do quiera trabajos pastoriles, en distintas clases de metro, llenos de atractivo, de naturalidad, de gracia y de mérito señaladísimos é indisputables. Desde el Marqués de Villena hasta Garcilaso, desde Garcilaso hasta los poetas del reinado de Felipe IV, ¡cuánta variedad, cuánto encanto, cuánta riqueza en este linaje de producciones! Francisco de Figueroa, Villegas, Cristóbal Suárez, el príncipe de Esquilache, Quevedo, Rebolledo, Alonso de Ledesma, López Maldonado, Pedro de Padilla, Lope de Vega, Juan de la Cueva, Valdivieso, Alonso de Bonilla, Gregorio Silvestre y otros muchos escritores, más ó menos renombrados en su época y en las sucesivas, son testigos ciertos de lo que afirmamos.

Cervantes, el mayor talento de su siglo, vate de corazón y de sentimiento, participó de aquel entusiasmo febril que al cultivo de la poesía pastoral profesaban todos sus contemporáneos, y ya desde su adolescencia le dedicó las primicias de su ingenio, escribiendo aquella composición dedicada á *Filena*, de la que nos habló luego con singular complacencia en su *Viaje del Parnaso*; composición que hubo de escribirla durante la época de sus estudios y que, desgraciadamente no se dió á la estampa. Dicho ensayo sería probablemente una égloga á imitación de las de

Garcilaso, tan estimadas y del agrado de Cervantes y que tanto renombre alcanzaban entonces entre las personas estudiosas. (10)

Cuando Cervantes volvió á España de su cautiverio, la misma afición á la Literatura pastoril predominaba; pero, siguiendo la innovación introducida por el italiano Sannázaro en su *Arcadia*, dedicábanse algunos ingenios españoles con singular predilección á las composiciones en que alternaba el verso con la prosa, nuevo género de pastorales que, desde la *Diana* de Jorge de Montemayor, estampada en años anteriores, alcanzaba gran crédito en nuestra patria.

Á esta clase de trabajos corresponde *La Galatea*. Un estudio comparativo, detenido y concienzudo, entre la mencionada obra y las más notables del mismo género que entonces y después fueron muy estimadas de los doctos y del vulgo, nos ha demostrado que son infundadísimos los cargos que contra ella se han hecho; y que la inadvertencia de seguir sin reflexionar dictámenes ajenos, el no haber leído la producción que se censuraba, ó haberla repasado precipitadamente, la pretensión absurda de querer juzgar una obra del siglo XVI con el criterio y gusto de nuestros tiempos, y otras causas semejantes, han influído sobre el ánimo de los críticos antes que la razón, el detenimiento y la prudencia.

La Galatea de Cervantes á todas las producciones pastoriles sobrepujaba en las dotes inventivas. No mentemos esa innumerabilidad de composiciones que aparecieron antes y después de 1584. Comparar con ellas la lozana concepción de Cervantes, sería ofender la memoria del Autor esclarecido. Pero aun fijando la atención en las obras más notables del nuevo género pastoril en los tiempos anteriores y posteriores á la publicación de *Galatea*, ¿cuál es digna de parangonarse con la del inventor inimitable del *Quijote*?

Recordemos el modelo de todas en castellano, *La Diana* de Montemayor, y recordaremos á la vez su falta de conexión y sobra de episodios, escenas inverosímiles, sabias encantadoras, aguas mágicas, palacios maravillosos, maquinaria caballeresca, gigantes, ninfas, misterios y desenlaces forzados y hasta risibles. Fijemos la atención en *La Diana enamorada* de Gil Polo, y, á pesar de su artificio, dulzura en la poesía, atildamiento en la prosa, esmero en las descripciones y hermosura en la mayor parte de la obra, verémosla afeada por tanta pintura hiperbólica, tanto acertijo, tanto sortilegio, tantas hadas, jardines prodigiosos, inverosimilitudes y ampullosidades.

La Arcadia de Lope nos ofrecerá, si en su examen nos detenemos, un conjunto monstruoso de méritos literarios y grandes defectos, excesivos adornos, castillos mágicos, brujos, antros, astronomía judiciaria, transformaciones grotescas, anacronismos ridículos, situaciones amorosas mal conducidas, pinturas deformes, espectáculos imposibles, y otros delirios de la mente ó del mal gusto. En *La Constante Amarilis* de Suárez de Figueroa, veremos muchos párrafos de filosofía y de erudición, sutiles divagaciones, controversias empalagosas sobre dioses de la gentilidad y asuntos de escasa importancia; pero nada, ó muy poco, sencillo, dulce, atractivo y verosímil. En *La Filida* de Montalvo notaremos mucha redundancia, mucha vaguedad, muchas repeticiones, mucha mitología griega y romana, muchas endechas, cantos, lamentos, desdenes, pastoras eruditas, ensalmos, bosques sagrados, náyades, driadas, celos, desvíos, muertes; pero carencia casi absoluta de verosimilitud y adecuadas proporciones. El mismo *Siglo de Oro en las Selvas de Erifile*, compuesto por Bernardo de Balbuena, reputada por un crítico moderno como muy perfecta composición pastoral, si desapasionadamente se juzga, ¿es libro merecedor de grandes alabanzas? ¿No vemos en él, como en todos los antes mencionados, descuidos imperdonables, inexactitudes, exageraciones, escasez de interés dramático, citas inoportunas de dioses, y sátiros y faunos? Los modelos que podían, pues, tenerse presentes en aquellos tiempos respecto de la novela pastoral, aun incluyendo la *Arcadia* de Sannázaro, todos eran, más ó menos, tan imperfectos como los susodichos.

Y, sin embargo, el talento de Cervantes era tan grande, tan superior, tan de eximio y delicado gusto, que supo evitar todos esos vicios, olvidarse de todos esos defectos, para imitar lo bueno y ofrecer una obra, en lo posible, perfecta. Vense en ella acción dramática, vitalidad, episodios interesantísimos, escenas amenas, gracia, seducción, hermosura. El ánimo se solaza y dulcemente se regocija al presenciar tal conjunto de preciosidades.

Á la monotonía y pesadez de la narración de otras pastorales, suceden en la de Cervantes descripciones risueñas, deleitosas, encantadoras. Á la aridez insulsa en aquellas, suceden en la del Príncipe de los Ingenios galanura, abundancia preciada de imágenes, de conceptos, de pensamientos, de frases. Trabajosamente camina la acción en aquellas, y en la de Cervantes marcha con desembarazo, gallardía, precisión y presteza admirables. Á los encantamientos, sortilegios, nubes maravillosas, nigrománticos, disla-

tes y despropósitos de las pastorales coetáneas, suceden en las del egregio escritor sucesos naturales, llaneza, sencillez y verdad en la generalidad de los casos. (11)

Cervantes prodiga todas las bellezas de su poética imaginación al delinear la figura inimitable de Galatea, heroína de su novela. La castidad, virtud y hermosura de tal caracter, deleita y aplice siempre. Galatea es la pastora llena de atractivos, de sencillez, de dulzura incomparables, digna del amor y del cariño del talento más insigne de su época. Descuella siempre como la protagonista de la obra que es; todos los personajes que actúan en la novela, quedan subordinados á ella en gracia, en hermosura, en discreción. Sus palabras son constantemente de señalado respeto para su padre; de bondadosa atención para sus adoradores; de singular donaire para sus amigas. Aurora sonriente de bienestar y de dulcedumbre, por do quiera esparce los gratísimos, suaves rayos de su modestia y de su mérito. En las escenas campestres aparece de continuo como la zagala más gentil; en el canto de los pastores, siempre se la encarece sobre todas las beldades; sus pensamientos son tan grandiosos y tan sublimes como inspirados en la verdad, en la pureza y en la dulzura de su alma.

El caracter de su adorador Elicio no con menor perfección se encuentra delineado. Entusiasta admirador de tan inapreciable belleza, conector de sus virtuosas acciones, trata siempre de vencer el desdén, el desamor, que su pastora le demuestra. Tales actos, tales accidentes, tales altibajos de la fortuna, le hacen suplicar, rogar, llorar ante su amada. Sus palabras se inspiran en lo más profundo de su pasión, y hablan al ánimo, tienen ese fuego del sentimiento que sólo arde en los corazones entusiastas y enamorados con verdad y con llaneza y con sinceridad de afectos. En Elicio se ve con mucha perfección la imagen de Cervantes. Galanteador, tímido, discreto, delicado, sentidísimo, su amor es tan casto como los impulsos de su alma. Adora más que ama; venera más que pretende. Sus coloquios con otros pastores, al enaltecimiento de su idolatrada Galatea se dedican; en sus reuniones pastorales, el nombre de tan bella zagala sobresale; en sus canciones ó ratos de esparcimiento, cuando guarda sus ganados, cuando se ausenta, cuando está contento y cuando está triste, en todas las situaciones de su vida, la memoria de su adorada prevalece; á ella rinde culto; ella es su existencia, su felicidad, su gloria.

Esas dos figuras descollantes y primordiales de *La Galatea*, actúan en un cuadro lleno de naturalidad, generalmente, abundando en preciosos

relatos y escenas. Sitios encantadores, donde las fuentes, los pájaros, el aroma de las flores, la amenidad de los campos, deleitan la vista y seducen el oído y los sentidos todos; juntas pastoriles; episodios interesantísimos; historias y lances explicables, contadísimas excepciones hechas; celos, desamor, asechanzas; mezcla de sucesos lúgubres y de acaecimientos prósperos: todo completa y perfecciona el cuadro pastoral tan bien ideado y tan gallardamente descrito por Miguel de Cervantes.

Galatea, con su belleza inimitable, seduce la voluntad, rinde los corazones de dos ó tres pastores á la vez, y esto da motivo á situaciones tiernas de súplicas y de amor. El desenlace es tan dulce como verosímil. Después de sentidísimas escenas en que Galatea se muestra desdeñosa con su adorador Elicio, al fin se ve que aquellos dos corazones se comprenden, se corresponden, se idolatran. El ánimo, que está deseoso de encontrar una satisfacción á las finezas de Elicio, hállala al cabo, y muy cumplida y que llena de orgullo y delectación el corazón del apasionado poeta.

Al ser solicitada como esposa Galatea por persona á quien no estimaba, y á quien su padre favorecía, recurre á sus amigas y compañeras, lamenta la determinación de su padre, llora su desventura, y, en fin, contesta á la carta de Elicio, prometiendo corresponder á su casta pasión en los términos que su dignidad y el filial afecto se lo permitieran. Vese que en el ánimo de la hermosa pastora del Tajo sólo el amor de Elicio halla afectuosa acogida: ni las palabras de Erastro, ni las adulaciones y exigencias del pastor lusitano, ni las palabras favorables á este último por parte de su señor padre, le hacen torcer de su inclinación en lo más mínimo. Como buena y obediente hija, podría casarse con el pastor lusitano; pero jamás serían de él su corazón y su voluntad: ésta y aquel estaban ya cautivos en las prisiones del amor que hacía Elicio profesaba,

aunque, como virtuosa y digna doncella, habíalo ocultado hasta el momento postrero.

Como de intento parece que dejó suspensa Cervantes la acción de la novela en este instante interesantísimo. El lector se fija en él, y piensa sobre el resultado de aquella escena final tan tierna y tan seductora.

Cervantes está perfectamente descrito en Elicio: D.^a Catalina de Palacios en Galatea. La novela nos da evidentes muestras de ser así. Ningún otro personaje puede encubrir á Elicio sino Cervantes: ninguna otra señora puede velarse bajo la figura de Galatea, sino D.^a Catalina de Palacios. Son los retratos al natural de dos seres privilegiados, de dos personas ilustres, de dos amantes que más ó menos encubiertamente se tributan el homenaje de su adoración.

Los amores de Galatea y de Elicio quedaron delineados á medias. Cervantes no publicó más que la primera parte de su pastoral en seis libros durante el año de 1585. Si más tarde hubiera cumplido su promesa de estampar la segunda parte de aquella obra bellísima, que indudablemente dejó escrita al morir, y fué una de las producciones suyas inéditas que se perdieron, ¡cuán deleitosa y dulcemente hubiera hablado en ella de la prosecución de sus amores, de la fina correspondencia en lo sucesivo para con él por parte de su idolatrada doncella, del allanamiento de dificultades, del progreso de sus aspiraciones y de la realización de sus deseos! Allí nos hubiese descrito con la perfección, dulzura y encanto que él sabía hacer, el regocijo de su alma, la felicidad de su amada, el vencimiento de su contrario, los esmeros y desvelos de los amigos, el beneplácito de sus deudos, y su bien logrado casamiento con doncella tan ilustre, de tal hermosura y virtud adornada. El relato de las bodas estaría hecho, en la segunda parte de *Galatea*, con encantadora sencillez y con amenidad incomparable, como trabajo al fin de mano tan maestra y acreditada. (*)

(*) Con la misma gallardía que los caracteres de los protagonistas de la novela, están bosquejados los que son secundarios, y aun los personajes menos importantes que aparecen en la obra. Los amores de Lisandro y Leónida, con los crueles actos de Crisalvo, las bondades de Silvia, la traición de Carino, y el triste fin que tuvieron aquellas relaciones tan castamente nacidas y tan castamente continuadas; el asesinato de Leónida, la desesperación de Lisandro, la inexorable venganza que tomó éste del hermano de su adorada, la persecución efectuada contra el malvado traidor Carino, productor de tantas desventuras, la muerte del infame, el encuentro del pastor desesperado con el pastor Elicio, el relato de su historia, y todo lo que á él hace referencia, está descrito en el libro primero de *La Galatea*.

con una naturalidad, y á la vez con sentimiento tal, que cautiva y atrae á los más indiferentes corazones.

Hácense todos partícipes de la pena de Lisandro; vese con dolor la miserable suerte de Leónida; siéntese horror hacia el traidor Carino; se entrega el ánimo, en fin, á melancólicas reflexiones al presenciar tanto amor, tanta suspirada ventura, tanto cariño desvanecido, maltratado y herido mortalmente por la maldad y por la persecución de las miserias mundanales.

Señaladamente se fija también la atención en la delicadeza y ternura con que están presentados los sucesos amorosos de Teolinda y Artidoro. ¡Qué incidentes tan naturales y bien expresados!

La historia de los amores de Teolinda y Artidoro y Ga-

Defectos tiene *La Galatea*: ¿cómo no ha de tenerlos, siendo obra humana y la primera de importancia en que se ejercitaba el ingenio del Escritor alcalaino? Pero defectos que no se sustentan en inverosimilitudes, ni en portentos é increíbles hechos, ni en historias exóticas y maravillosas; sino en la misma prodigiosa inventiva de Cervantes, en la abundancia y riqueza de incidentes y episodios é historias.

La de los amores de Timbrio y Nísida, Silerio y Blanca, que en los libros segundo, cuarto y quinto se relatan, no se hubiese perdido nada con que Cervantes la hubiera suprimido en su obra; y no por cierto á causa de ser desmazalada, falta de interés, deforme ni imposible, sino porque generalmente dificulta y entorpece la acción principal; y hace fijar la atención en sucesos perfectamente presentados, pero que no se relacionan con los personajes que en la novela pastoril actúan é intervienen.

Aquel prolongado relato de la patria, noble-

lercio y Leonarda, es por extremo interesante. Son cuatro hermanos de dos distintas familias, tan parecidos en sus figuras, talante y rostro, que con grandísima facilidad se confundían. Artidoro se enamora de Teolinda: declárala su amor: ella le corresponde limpia y castamente: todos se quieren: la felicidad parece que ha de reinar en lo sucesivo en sus corazones; pero la fatalidad se interpone y hace que una hermana de Teolinda, llamada Leonarda, llegue á encontrarse una mañana con Artidoro casualmente, al tiempo de llevar algunas ovejas de su padre al acostumbrado pasto: siendo tan exactamente igual en el rostro bello y seductor, á su adorada Teolinda, dirígela Artidoro palabras de galantería: la pastora, esquiva, ignorante de aquellas relaciones, desdeñosa, sin consideración alguna, responde duramente al enamorado Artidoro: éste, con intenso sentimiento de su alma, oye tal repulsa, cree que es su idolatrada Teolinda, á la que conoció en una fiesta campestre, á la que declaró su amor, de la que fué gratamente acogido, quien le rechaza y abomina y echa en cara sus ternezas y amorosos pensamientos; y huye de las riberas del Henares, lugar de su amada, y, llena el alma de pena, se dirige hacia las riberas del Tajo, para allí olvidar los desdenes entre amargas cruelísimas ausencias.

Teolinda, al oír el relato del encuentro de Leonarda con el gallardo pastor, que esta misma le cuenta, ve la imprudencia por su hermana cometida, comprende el sentimiento que habrá embargado el ánimo de su adorador, creyendo desdén por parte de ella, lo que sólo fué exceso de delicadeza por parte de su hermana, y se ausenta de la casa paterna, no menos triste y desesperada que su Artidoro.

Las escenas á que esto da lugar; la llegada de Teolinda adonde Galatea y Florisa estaban; la relación de sus amores, y otros asuntos tan llenos de sentimiento y vida, están muy bien descritos.

Acaece luego que la desdeñosa Leonarda se enamora de Galercio; éste la mira con indiferencia por estar prendado de otra pastora; y la mala hermana, no contenta con haber malogrado los castos y rectos deseos de Teolinda, ciega por la pasión, cácase con Artidoro, engañándole, sembrando la

za, abnegación y gallardía del caballero Timbrio; aquellas sus mortales enemistades con el caballero Pransiles; aquella determinación suya de desafiar á su enemigo, y ausentarse de España á Italia con tal objeto para dejar bien acrisolado su pundonor; las vicisitudes que sufre en el viaje; su prisión; el acaecimiento tristísimo de verse de improviso, y por manifiesta equivocación, y siendo inocente, condenado á muerte; su salvación, por la casual llegada, á la ciudad donde los sucesos pasaban de un gran amigo de Timbrio, llamado Silerio; los trances peligrosos que le sobrevinieron á éste por libertar á aquel; su encuentro en Italia, el enamorarse Timbrio y Silerio de Nísida, dama napolitana, de singular belleza dotada; el no declarar Silerio su pasión amorosa, en aras de la amistad verdadera; la narración del desafío entre Timbrio y su contrario Pransiles; la pena y desesperación de Nísida al creer equivocadamente que su admirador había muerto en el combate; el abatimiento y huida

pena y el luto en el corazón de aquella infortunada joven.

Alguno podrá decir que en este relato hay inverosimilitudes, y que retarda el desenlace de la acción de la novela, sin motivo para ello; pero los que tal cargo hagan, se olvidan de que estos episodios no son ajenos de la índole y artificio de una obra como *La Galatea*, y que sucesos amorosos como el anteriormente mencionado, por más que parezcan maravillosos, son completamente explicables, y la historia de las pasiones humanas nos ha presentado y presenta ejemplos semejantes, numerosos y repetidos.

Es indudablemente también uno de los buenos y naturales pasajes de *La Galatea*, aquel en que se relatan los desposorios del rico pastor Daranio con la hermosa zagala Silveria. Enamorado de Silveria un pastor no tan rico como Daranio, y correspondido por ella, vese la zagala obligada, por exigencias de familia y por mandato de su padre, á contraer matrimonio con Daranio, quedando el antiguo apasionado pretendiente (que Mireno se llamaba) sumido en grandes cuitas y penalidades. Esta contraposición de afectos y de sentimientos amorosos, los celos y la desesperación del uno, la ventura del otro, la varia opinión á que se presta el proceder de la zagala, están descritos por Cervantes con un atractivo que admira. La pintura que hace Cervantes de las bodas de Daranio y Silveria, compite con las mejores que en el género pastoril se han escrito; y cuando pondera la gentileza de la doncella, la apostura y gallardía del esposo, la riqueza de los vestidos, la apacibilidad del sitio donde la boda se celebraba, el regocijo de las familias, la alegría de la multitud espectadora, la parte narrativa sobrepuja a toda perfección.

Con no menor llaneza y verosimilitud aparecen delineados en *Galatea* los caracteres de Florisa, Rosaura, Gelasia y Belisa, y los de Telesio, Arsindo, Aurelio, Marsilio y Artandro.

Los episodios que con la presentación en escena de tales personajes se originan, están adecuadamente enlazados á la acción primordial de la obra: son accidentes que dan mayor interés, gracia y seducción al cuadro hermosísimo de los amores de Elicio y desdenes ó esquivéz de Galatea.

de Silerio al juzgarse causante de aquel triste suceso; el fugarse Nísida de la casa paterna en busca de su adorador, una vez sabido que no había fenecido en la pelea Timbrio; en fin, todos los variados y copiosos asuntos que á los anteriores se siguen, hasta la llegada de Nísida y Timbrio á España, y el casamiento de entrambos, y el de Silerio con una hermana de Nísida, llamada Blanca, de no menor discreción y belleza que aquella, entretienen vivamente la atención de los lectores con la diversidad de los accidentes que ofrecen.

La historia de los amores de Timbrio y Nísida, Silerio y Blanca, formaría, pues, por sí sola, una de las más patéticas y más apreciadas novelas de Cervantes: entremezclada, como está, con los sucesos pastorales de *Galatea*, no sólo quedan oscurecidas sus indisputables bellezas de narración é inventiva, sino que dilata, con exageración y sin necesidad, la obra á que nos referimos.

Y lo mismo puede decirse de los discursos que pronuncian los pastores Tirsis y Lenio en las bodas de Daranio, enalteciendo aquel y deprimiendo éste al Amor. Si lo hubieran efectuado con llaneza, con la sencillez propia de pastores, oportunos serían los dos pasajes citados, pues la ocasión del desposorio de Silveria con el afortunado y rico Daranio y la malaventurada suerte de Mireno, parecía como que instaban á tratar del amor y de las inconstancias de los enamorados; pero de otro modo, no pueden agradar, como efectivamente no agradan, porque aquellas sofísticas razones presentadas por Lenio, aquel flujo de erudición griega y romana que le acomete para mejor comprobar sus argumentaciones, aquel odio y aversión melodramáticos que á todo lo que sea amor profesa, y aquellas otras atildadas y bien concertadas frases de Tirsis, floridos párrafos, exceso de citas, lujo de sutileza y frondosidad de pensamientos que forman todo su elogio ampuloso del amor, tanto más desdichan del sitio donde se pronunciaban cuanto más afectación se nota en ellos.

Los razonamientos de Tirsis y Lenio, entresacados de *La Galatea*, y publicados aparte, formarían un tratado curioso y erudito sobre las diversas opiniones que se han sostenido y sustentan acerca del Amor; mas en *La Galatea* desdichan de la naturalidad y llaneza.

Otro de los defectos de *La Galatea* es indudablemente la aparición de la diosa Caliope, de lo cual se habla en el libro sexto de la pastoral.

Pocos trozos podrán entresacarse en los escritos mejores de los más esclarecidos literatos castellanos, comparables al en que Cervantes

describe en dicho libro el valle de los Cipreses. ¡Qué lozanía, qué gracia, qué dulzura campean en todo él! Los pastores de las riberas del Tajo y de otras comarcas circunvecinas, por indicación del venerable sacerdote Telesio, se reúnen y encaminan sus pasos hácia el valle de los Cipreses para honrar la memoria del pastor Meliso, cuyas cenizas en aquel lugar estaban depositadas. El objeto no puede ser más santo y loable. Las piadosas oraciones que por el alma del pastor se hacen, las lágrimas de enternecimiento que derraman sobre la tumba los circunstantes, las frases elevadas y graves pronunciadas por el virtuoso Telesio, la elegía recitada por los pastores Tirsis, Elicio, Damón y Lenio, la compostura y recogimiento de los pastores; todo esto es natural, y cautivan al corazón y á la mente la verdad de la escena, la exactitud de los incidentes, la propiedad de las palabras y la verosimilitud del suceso; mas tanta perfección y belleza quedan afeadas cuando Cervantes hace intervenir á una diosa de la Mitología, á Caliope, en aquel acto tan piadoso, mezclando lo humano con lo divino, género de mezcla que luego él censuró en la más leída y más apreciada de sus obras.

La Galatea no sólo es una obra superior entre las pastorales españolas, mirada en cuanto á la inventiva: es también mejor que las que antes y después de su aparición se publicaron, considerada en orden á la forma y méritos literarios. Una crítica asaz descontentadiza ha encontrado multitud de defectos en ella, y la ha relegado al último lugar entre las producciones de Cervantes, tachándola de afectación en el estilo.

Estos cargos son completamente arbitrarios. No afirmaremos nosotros que en *La Galatea* luzca el mismo excelente, inimitable estilo que en la obra magistral de Cervantes; pero es muy cierto que, generalmente, su estilo es tan bello y seductor como el de sus *Novelas ejemplares*, y superior en llaneza y encanto al de su *Persiles y Segismunda*. La detenida y minuciosa lectura que hemos hecho en todas las obras de Cervantes y el estudio comparativo efectuado entre unas y otras, en cierto modo nos autoriza para consignar esta opinión, tan contraria á las hasta aquí sustentadas, más por espíritu de imitación ó por parcialidad de escuela que por razón fundada y legítima, en nuestro sentir.

Si por afectación de estilo debe y ha de entenderse el exageramiento en la colocación de las palabras, de modo que á las veces, ó con frecuencia, la claridad de los pensamientos quede oscurecida ó afeada por transposiciones forzadas y ásperas, tal afectación no existe en *La*

Galatea; pues su estilo es llano, apacible, lleno de naturalidad y de dulzura. Cervantes emplea muy contadas veces esas transposiciones tan usuales en los escritores sus contemporáneos, y que no ahora, pero aun entonces creemos que ya molestarían los oídos de la generalidad.

En otros escritores de los siglos XV, XVI y aun XVII, se censuraría perfectamente la fealdad de la afectación. En Cervantes, es injusto. En ninguna de sus obras se le puede notar, como no se proceda con pasión. Los mismos giros, la misma estructura en los períodos, la misma facilidad en la expresión de los conceptos, el mismo buen gusto resplandece en *La Galatea* que en sus posteriores obras. Las transposiciones que algunos críticos discontentadizos señalan en su pastoral, esto es, la colocación del adverbio antes del verbo, la del adjetivo antes del sustantivo, la del verbo al finalizar el pensamiento, así como el empleo de varias palabras anticuadas, son faltas que las ofrecen todas las producciones de Cervantes, y faltas en que por lo general incurrieron los autores de aquellos tiempos.

Elogios son los que merece Cervantes por haber sabido evitar la monotonía y aridez de los que pretendían imitar, aun á trueque de la claridad, el hipérbaton y adornos que admitía el idioma latino, adornos é hipérbaton que no podían prestar realce al lenguaje castellano, pues si bien éste se derivaba de aquel, exigía otros aditamentos, tenía distinta índole, y era y es susceptible de diversa manifestación.

Cervantes, al estampar su primera obra, ya demostró las inimitables dotes que como escritor poseía, y desde entonces se puede decir que fué uno de los maestros del idioma castellano. Léanse sus obras sin prevención y sin deliberada intención de censurarlas, y veráse en ellas el texto fiel, legítimo, hermoso, llano, natural, del castizo idioma nuestro. Cervantes es uno de los contadísimos autores que supieron salvar en sus tiempos todos los escollos de una afectación forzada y de una erudición pedantesca. Su estilo resplandece con la misma diafanidad y brillantez que el sol en los espacios en un día apacible y sonriente. Aun hoy, con toda la pretendida perfección que, al decir de muchos, ha adquirido el lenguaje castellano, ¡cuántos conatos no ponen todos los que pretenden ser contados en el número de los buenos y castizos hablistas patrios, por estudiar y acercarse siquiera al estilo empleado por Cervantes en su *Galatea*!

Cualquier párrafo que se copie de la obra mencionada, demostrará nuestros asertos. He aquí aquel en que Lisandro relata el comienzo de su triste historia:

“En las riberas del Bétis, caudalosísimo río que la gran Vandalia enriquece, nació Lisandro (que este es el nombre desdichado mío), y de tan nobles padres, cual plugiera al soberano Dios que en más baja fortuna fuera engendrado; porque muchas veces la alteza del linaje pone alas y esfuerza el ánimo á levantar los ojos adonde la humilde suerte no osara jamás levantarlos; y de tales atrevimientos suelen suceder á menudo semejantes calamidades como las que de mi oirás, si con atención me escuchas. Nació asimismo en mi aldea una pastora, cuyo nombre era Leónida, suma de toda la hermosura que en gran parte de la tierra, según yo imagino, pudiera hallarse; de no menos nobles y ricos padres nacida, que su hermosura y virtud merecían. De do nació que, por ser los parientes de entrambos de los más principales del lugar y estar en ellos el mando y gobernación del pueblo, la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, sobre algunas diferencias del gobierno del pueblo, vino á poner cizaña y mortalísima discordia; de manera que el pueblo fué dividido en dos parcialidades: la una seguía la de mis parientes; la otra la de los de Leónida, con tan arraigado rencor y mal ánimo, que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó, pues, la suerte, para echar de todo punto el sello á nuestra amistad, que yo me enamorase de la hermosa Leónida, hija de Parmindro, principal cabeza del bando contrario: fué mi amor tan de veras, que aunque procuré con infinitos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venía á parar á quedar más vencido y sujeto. Poníase delante un monte de dificultades, que conseguir mi deseo estorbaban, como eran el mucho valor de Leónida, la endurecida enemistad de nuestros padres, las pocas coyunturas, ó ninguna, que se me ofrecían para descubrirle mi pensamiento; y con todo esto, cuando ponía los ojos de la imaginación en la singular belleza de Leónida, cualquiera dificultad se allanaba, de suerte que parecía poco romper por entre agudas puntas de diamantes para llegar al fin de mis amorosos y honestos pensamientos”.

Al saber Elicio que su adorada Galatea era solicitada por un pastor lusitano, ¡qué frases tan sencillas y tan sentidas pronuncia!

“Amor,—dice—cuya poderosa fuerza, sin hacer ninguna á mi alma, fué parte para que yo la tuviese de tener tan bien ocupados mis pensamientos: ya que tanto me hiciste, no quieras mostrarte ahora haciéndome el mal que me amenazas; que es más mudable tu condición que la de la variable fortuna. Mira cuán obediente he estado á tus leyes, cuán pronto á seguir tus man-

damientos y cuán sujeta he tenido mi voluntad á la tuya: págame esta obediencia con hacer lo que á ti importa que hagas: no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella hermosura que la ponía y daba á sus frescas y menudas yerbas, á sus humildes plantas y levantados árboles: no consientas que al claro Tajo se le quite la prenda que le enriquece y por quien él tiene más fama que no por las arenas de oro que en su seno cría: no quites á los pastores de estos prados la luz de sus ojos, la gloria de sus pensamientos y el estímulo que á mil honrosas y virtuosas empresas los incitaba: considera bien que, si de ésta á la ajena tierra consientes que Galatea sea llevada, te despojas del dominio que en estas riberas tienes, pues por Galatea sólo lo usas, y si ella falta, ten por averiguado que no serás en todos estos prados conocido, y cuantos en ellos habitan te negarán la obediencia, y no te acudirán con el usado tributo: advierte que lo que te suplico es tan conforme y llegado á razón, que irías de todo en todo fuera de ella si no me lo concedieses; porque ¿qué ley ordena, ó qué razón consiente que la hermosura que nosotros criamos, la discreción que en estas selvas y aldeas nuestras tuvo principio, el donaire por particular don del Cielo á nuestra patria concedido, ahora que esperábamos coger el honesto fruto de tantos bienes y riquezas, se haya de llevar á extraños reinos, á ser poseído y tratado de ajenas y no conocidas manos? No

(*) En los últimos años del siglo XVI y principios del XVII, la pastoral del Autor del *Quijote* fué muy apreciada en España, como lo demuestran las muchas ediciones que de ella se hicieron. También logró gran aceptación esta obra en los países extranjeros, especialmente en Francia. Testimonio irrecusable de lo que decimos, las palabras del Licenciado Márquez en la aprobación de la segunda parte de *Don Quijote*, en cuyo lugar asegura que la *Galatea* era tan apreciada en aquel país, que muchos de sus naturales la sabían de memoria. También Cesar Oudin, maestro de lengua española en París, puso de texto la *Galatea* de Cervantes, por parecerle que en este libro se podría aprender la lengua castellana con perfección y notable aprovechamiento.

Desde 1660, á medida que descendíamos en poderío militar, languidecían los estudios de Literatura en París. Tan olvidada estaba *La Galatea* en Francia, en 1783, cuando al caballero Florián se le ocurrió hacer una imitación de la obra de Cervantes, con el título *Galatée, pastorale, imitée de Cervantes*, que hizo notar que, hasta su tiempo, nadie la había traducido y era una novela completamente desconocida para los franceses.

Esto fué lo que le indujo, según él, á elegir *La Galatea* para ofrecer á sus compatriotas una imitación. No tenemos noticias de que, antes de 1783, ningún escritor español ó extranjero hubiera intentado imitar ó continuar la obra del INGENIO LEGO. No poseemos la primitiva edición del libro francés; pero conservamos en nuestra colección cervántica

quiera el Cielo piadoso hecernos tan notable daño. ¡Oh, verdes prados que con su vista os alegrábais! ¡Oh, flores olorosas, que de sus piés tocadas, de mayor fragancia érais llenas! ¡Oh, plantas, oh, árboles de esta deleitosa selva!, haced todos, en la mejor forma que pudiéseis, aunque á vuestra naturaleza no se conceda, algún género de sentimiento que mueva al Cielo á concederme lo que le suplico!"

Otros numerosísimos pasajes de *La Galatea* pudiéramos copiar, pero dejámoslo de hacer, porque cuantos presentáramos, serían tan bellos y despojados de afectación como los anteriores: todos comprobarían al cabo la verdad de nuestros asertos y lo fundado de nuestra defensa. Las personas que sólo conocían *La Galatea* por las censuras injustísimas de algunos críticos, los que la han leído ó repasado con manifiesta prevención, rectificarán ahora, no lo dudamos, sus arbitrarios, apasionadísimos juicios.

Lo que dejamos dicho respecto al mérito de la prosa de *Galatea*, podemos repetir con relación á las poesías de distintos metros que la esmaltan y embellecen. En todas ellas da grandes muestras de su buen gusto Cervantes, pero especialmente sus composiciones métricas de arte menor, con las de los mejores poetas pastoriles pueden competir, y aun las aventajan. (*)

Cervantes se avecindó en Esquivias después de su casamiento y publicación de *La Galatea*. Parece que su primer pensamiento fué vivir en

la edición hecha en París, año de 1806, la cual no se diferencia de la primera sino en tener láminas. En opinión de Sismondi, la traducción ó imitación de Florián hizo popular en Francia *La Galatea*. La obrita de Florián fué bien acogida, y hasta mereció traducciones españolas é inglesas á los pocos años de haber aparecido. Multiplicáronse los elogios, y fué general opinión que Florián había sabido imitar en la mayor parte de las ocasiones, y hasta superado en otras, al gran Autor del *Quijote*.

Hoy, alejados ya de aquella época, podemos discernir y juzgar mejor que los contemporáneos del autor francés, sin pasión de ninguna clase, lo que hay de real en el mérito de su obrita pastoril, y lo que hay de exajerado en el catálogo abrumador de los encomios.

No negamos que, para el gusto francés, la composición de Florián parezca pasable; más diremos, hasta perfecta; los franceses vieron en la obrecilla de Florián un cuadrito algo bien pintado, con figuritas simpáticas, con incidentes cortos, un juguete literario, por decirlo así; y poco conocedores, ó del todo ignorantes los compatriotas contemporáneos de Florián acerca del magnífico modelo que el autor francés imitaba, recibieron con regocijo una publicación que tanto se adaptaba á sus gustos é inclinaciones. Pero los españoles de entonces hicieron mal, y nosotros debemos así consignarlo, en elogiar desmedidamente la composición del escritor extranjero.

La Galatea de Florián podía y debía conceptuarse sólo

el pueblo natal de su esposa, dedicado al cuidado de la hacienda que aportaba ella como dote. Hallábanse entre su mejor parte cinco majuelos, que comprendían once aranzadas de viña y un huerto llamado *de los Perales*, indudablemente por la abundancia de tan rica fruta. Bien abastecido el honrado hogar de todo lo necesario para el sustento de la familia, con comodidades muy notables para un propietario vitícola de mediana posición, el disfrute de aquellos bienes podía prometer estado tranquilo de existencia por los desvelos de una administración solícita.

Pero Cervantes era tan desinteresado y desprendido, que no quiso buscar la tranquilidad de su vida y el sosiego de su espíritu en las ventajosas proporciones que los bienes de su esposa le ofrecían para dedicarse con predilección al cultivo de las buenas letras. Prefirió vivir con ahogos, pero con dignidad, mediante su propio tra-

como una pintura campestre, no siempre hecha con naturalidad ó inventiva; podía y debía conceptuarse, decimos, ni más ni menos que como apreciamos otra novelita pastoril suya, la *Estela*, que tradujo al español D. Vicente Rodríguez de Arellano, y se publicó en Madrid, imprenta de San-cha, año de 1797. Considerada exclusivamente en este orden la pastoral francesa, aún queda inferior á la otra que escribió más tarde.

Mas cuando se compara con la de Cervantes; cuando se tiene en cuenta que el imitador parecía estar seguro de haber llenado perfectamente su cometido; cuando con detención se examina, sin pasión se juzga y con rectitud se procede, hay que proclamar á la faz de todos que la continuación de la magnífica *Galatea* de Cervantes no debía haberla emprendido nunca un escritor tan falto de ingenio como Florián.

El escritor copista, el escritor infecundo, el escritor sin originalidad, el pintor de microscópicos cuadros, tratando de seguir, de superar, de arrebatarse la palma del acierto al Autor fecundo, original, grandioso, inimitable, al pintor excelente y sublime!

La obra está dividida en cuatro libros. El designio de Florián fué, no sólo imitar *La Galatea* de Cervantes, sino también, y particularmente, concluir-la. Ni una cosa ni otra supo hacer. En los tres primeros libros se copian, cercenándolos y adaptándolos al gusto francés, los bellísimos episodios de Teolinda y Artidoro, Silerio y Timbrio, que tan bien relata Cervantes.

Por más que digan algunos críticos que Florián ha sabido dar el mismo interés que Cervantes á los referidos episodios, no podemos convenir en ello. Nosotros vemos aquel enamorado Silerio de la novela de Cervantes, y nos parece en todo desemejante del que nos presenta el autor francés. El natural de Nísida, su pasión por Timbrio, su fuga de la casa paterna, están pintados por el escritor español con una fuerza de colorido que en vano trata de imitar Florián. Timbrio, con su constancia, su amistad, hidalguía y desprendimiento, y Blanca, con su faz encantadora, su pudor, discreción é inteligencia, son también tipos que aparecen rebajados en el cuadro del autor copista. No necesitamos decir que lo mismo pasa con el episodio de las Bodas de Daranio y Silveria, tan encantadoramente relatadas por Cer-

bajo, á vejetar en la abundancia, pero humillado, gracias á los ajenos recursos. Escasos serían con los que contaría Cervantes, exclusivamente suyos. Prometió Cervantes, sin embargo, á su esposa, en arras y *proternupcias* y como donación irrevocable, cien ducados, que confiesa cabían en la décima parte de sus bienes. Los que le fueron prometidos en la carta dotal de su esposa, documento curioso que más adelante reproducimos, no se los entregó su suegra sino casi á los dos años de efectuado el enlace, cuando estuvo ya segura del desprendimiento y singular honradez de su yerno.

Tenemos por cierto que Cervantes buscó, en los dos primeros años de su matrimonio, los medios de subsistencia escribiendo para el Teatro, que años antes estaba en mantillas, según expresión suya. La Literatura dramática, nacida en España con los imperfectos ensayos de Juan de

vantes en el libro IV de su pastoral. La pintura de Cervantes es perfecta y admirable, en tanto que la de Florián es imitación raquílica y pobre. ¿Y podrá sostenerse que los caracteres de Elicio, Damon, Tirsis, Galatea, Florisa, Telesio, Aurelio y otros están delineados con la suavidad, proporción y encanto que en la pastoral de Cervantes?... Ufano, sin embargo, de haber imitado, cercenando el texto, á Cervantes, y de haber introducido dos ó tres pequeñas innovaciones en los libros I y III, empieza á escribir el IV en la ilusión de que iba á ser todo de su propia inventiva.—*Le quatrième livre*, dice con énfasis en el prólogo, *EN ENTIER est de mon invention*. Inexactitud. En el cuarto libro siguió Florián el mismo plan que en los otros: á saber, extraer lo que le pareció de los diversos libros y obras de Cervantes y ataviarlo á su modo y manera.

El insigne cervantista Mr. Luis Viardot, apartándose de todo apasionado afecto á su compatriota Florián, es uno de los que más severamente han censurado la imitación de *La Galatea*. Verdad es que tal obra sólo merece anatemas.

Otro imitador ha tenido *La Galatea*, y éste, español, contemporáneo de Jovellanos, D. Cándido María Trigueros. Intitúlase su obra: *Los enamorados ó Galatea y sus bodas, historia pastoral comenzada por Miguel de Cervantes Saavedra: abreviada después y continuada y últimamente concluida por D. Cándido María Trigueros*. Publicóla en Madrid, con licencia, en la Imprenta real (2 tomos, 8.^o), en 1798.

Según consta del prólogo de la pastoral de Trigueros, Florián había sido amigo suyo, y cuando estampó su *Galatea*, suplicó al autor español que la tradujese. Éste, ó porque no le pareciese la obra digna de tal trabajo, ó porque tuviese otros designios concebidos, no emprendió tal tarea. Sin embargo, la traducción de *La Galatea* de Florián, publicada por D. Casiano Pellicer en el año de 1797, le aguijó para dar á la estampa su continuación y conclusión de *La Galatea* de Cervantes.

En doce libros repartió su producción el Sr. Trigueros. Sin embargo de tanta prolijidad, la composición es imperfecta. Trigueros tuvo contra sí un grandísimo inconveniente. No sólo trataba de imitar á Cervantes, sino que también quería superar á Florián. El amigo de Jovellanos se encontraba, pues, entre dos escollos, y no podía salir sano y salvo de tan revuelto mar imitativo. Cuando procuraba imi-

Enzina, adquirió notable desarrollo y lindeza en las intencionadas comedias de Torres Naharro, y cobró luego vigor y gracia en la original inventiva y donoso decir de Lope de Rueda. Obtuvo después, cuando Cervantes siguió las huellas de los pasados, un período de mejoramiento inteligente, precursor de la gran perfección que se consiguió más tarde.

Agustín de Rojas, muy buen cómico del tiempo de Cervantes, nos dejó en su lindísimo *Viaje entretenido*, incidentes y noticias de superior mérito para el conocimiento de la vida del Teatro español en sus comienzos. Lope de Rueda empezó á poner la farsa en buen orden y uso, precediéndola de una loa que declaraba lo que aquella tenía por objeto. Tuvo singular gracia para este último linaje de producciones el mismo Rojas, que escribió algunas que son bellas sobre toda ponderación, modelos de sencillez y clásico

tar á Florián, degeneraba en pueril: cuando creía copiar á Cervantes, se abría bajo sus piés el abismo de la impotencia. Ese dualismo, ese deseo de imitar siempre, y jamás poder conseguir lo que anhelaba, resalta en todas las páginas del libro de Trigueros.

Mezcolanza híbrida de incidentes de dos autores tan semejantes como Florián y Cervantes, miscelánea insulsa de aventuras y episodios, ya propios, ya extraños, la imitación de Trigueros es una medianía enfermiza. No puede negarse, sin embargo, que el cuadro bosquejado por Trigueros es mucho más extenso que el de Florián, y por tanto las figuras, las escenas, los caracteres de la fábula resaltan más que las del autor francés. Pero esto no basta. Si son más los personajes, más los episodios, más las descripciones, más en fin, las pinturas amorosas en la imitación española que en la francesa, no es menos cierto que una y otra adolecen del vicio de la pesadez, de la inoportunidad y de una languidez cada vez creciente.

Los lances de Timbrio y Silerio, Nísida y Blanca, están algo mejor narrados en Trigueros que en Florián, pero, en cambio, ambos han estado infortunados al reseñar el de Artidoro y Teolinda. En la descripción del valle de los Cipreses sigue Trigueros á Florián, y no á Cervantes, resultando de aquí que tal lugar de la obra es insípido, pues leer otra descripción en castellano de las orillas del Tajo y del valle de los Cipreses, sin la galanura, originalidad, amenidad y encanto que lo supo hacer Cervantes en el libro VI, sólo puede producir el hastío en el ánimo más contentadizo y de menos delicado gusto en cuestiones literarias. La variación de nombres de algunos personajes de la novela primitiva, siguiendo la alteración introducida por Florián, es una audacia imperdonable, que D. Cándido María Trigueros no debía haber aceptado nunca.

Trigueros hace una minuciosa narración de las peripecias acaecidas á los cuatro portugueses que, de parte de Laín Vélaz, habían llegado á casa de Aurelio para concertar las bodas de su hija Galatea. Todo lo referente á esto es original del autor de *Los Menestrales*. Ya insinúa en el prólogo de su obra que se propone hacer reír á los lectores con los lances cómicos acaecidos á los lusitanos. Pero si lo prometió, no pudo ó no supo cumplirlo. Muy enhorabuena que Trigueros huyese de las catástrofes trágicas para en-

estilo. En los pasos escritos por Lope de Rueda, entremeses deliciosos, todo es chiste, todo lindo, todo gráfico. Tañíase dentro del escenario una guitarra mal templada por todo atractivo de la fiesta. Al concluir de la función bailaba el que representaba el papel de bobo, y toda su gracia consistía en ridículas exageraciones que contentaban al vulgo ignorante. Quedaba éste embobado en viendo que el farsante sacaba desmesuradamente la lengua. (12)

Las farsas pastoriles se propagaron mucho, sin más hato que un pellico, un laud, una vihuela, una barba de zamarro, sin más oro ni más seda. Introdujéronse después las comedias de amores, en las que ya había damas, padre que celaba, galante desdeñado, amante preferido, viejo reprensor, bobo que los acechaba, un vecino que procuraba el casamiento y otro que ordenaba las fiestas del desposorio. No representaban en-

trar en el terreno de las peripecias agradables, y que provocasen á risa; pero tan infortunado estuvo, que el lector repasa impasible todos los lances que de los portugueses se refieren sin desplegar los labios, ni aun con leve sonrisa siquiera. Y es que todo es forzado y empalagoso en la imitación del amigo de Jovellanos.

Los cuatro portugueses semejan cuatro majaderos sandios y bellacos que, en vez de entretenernos con sus ocurrencias, nos hastían con sus petulancias y baladronadas. El carácter portugués está demasiado falseado en la obra de Trigueros; y cuando el autor parece asegurar tácitamente que los lusitanos han concluido su comisión, bien grotescamente por cierto, el lector, lleno de gozo exclama: ¡Gracias á Dios que nos vemos libres de tales impertinentes personajes y de tal narración insulsa!

El libro VII de la obra es tal vez el más interesante de todos, pues D. Cándido lleva á su desenlace los amores de Elicio y Galatea, poniendo en ridículo al pretendiente lusitano; y en ese libro es donde aparece el venerable Aurelio dando el consentimiento á su hija para que se case con Elicio. El desdeñado pastor portugués estipula otra boda en su país, y contrae matrimonio con una viuda de no muy buen talle y de edad algo madura.

El desenlace de la novela no puede ser más feliz, por lo demás. Leopercia se casa con Artandro; Grisaldo con Rosaura; Artidoro con Teolinda; Galercio con Leonarda; Leónida, á quien resucita Trigueros, por artes de su imaginación, con Lisandro el desesperado; Florisa con Erastro; el pastor Mireno con Silveria, muerto el rico Daranio; Timbrio con Nísida; Silerio con Blanca; y en fin, la incomparable Galatea con el fino amante Elicio. ¡Pero qué plan tan pésimamente conducido! ¡Qué argumento tan pobre! ¡Qué inventiva tan escasa! ¡Qué escenas y sucesos tan inverosímiles! ¡Qué interés tan mal sostenido! ¡Qué acción tan lánguida! ¡Qué estilo tan afectado! ¡Qué poca vitalidad en los incidentes y en el conjunto del cuadro! ¡Qué diferencia tan grande entre lo que han hecho los imitadores y lo que hubiera realizado Cervantes si hubiese publicado la Segunda parte de su pastoral! Es imposible. Á Cervantes no puede imitársele. El imitador, por muy notable, por muy cuidadoso, aun por muy bueno que sea, siempre quedará inferior al magnífico modelo que ante su vista tiene.

tonces mujeres, sino niños. Las comedias de moros y cristianos, con ropas y tunicelas, las inventó Berrío. Luego sacaron á la escena otros poetas figuras graves, como son, reinas y reyes, siendo el primero que lo hizo Juan de la Cueva. Sobresalió entonces Cervantes en sus *Tratos de Argel*. Perfeccionáronse después las composiciones dramáticas hasta un punto insuperable.

El grato recuerdo que hace Rojas de Cervantes en el segundo período del Teatro español, revela el gran aprecio en que tenía sus iniciativas, considerándole como uno de los más felices cultivadores de la Dramática española. De las especiales aficiones de Cervantes al Teatro, nos dejó él mismo una afirmación incontestable cuando nos habla, en el prólogo de sus *Comedias*, del singular cariño con que vió representar en su niñez al famoso Lope de Rueda. Aquella preferencia de su gusto literario no la abandonó ni en las amarguras del cautiverio. Es indudable que allí escribió algunas obras dramáticas, y se representarían por los cautivos en aquellas funciones que, por solazamiento, se efectuaban dentro de las prisiones mismas. Por el sabor y colorido local que las caracteriza, pertenecen, seguramente, á este número *Los Baños*, *El Trato de Argel*, *La gran Sultana* y otras más ó menos notables. (13)

Las relaciones amistosas que contrajo Cervantes con algunos cómicos, después de su vuelta á España, despertaron sus antiguas predilecciones por la farándula, y le confirmarían en su propósito de escribir para el Teatro. La misma cita que hace Rojas, demuestra que los *Tratos de Argel*, como él los llama, fueron muy bien recibidos del público. Uno de los representantes que más supieron estimar á Cervantes, fué el discreto Pedro de Morales, á quien debió sin duda grandes consideraciones y pruebas de desprendimiento, según se deduce de las mismas palabras del agradecido Miguel. (14)

Por mediación de tan buen amigo, llegó Cervantes á serlo de los más notables *autores de comedias*, ó directores de compañías, que cooperaban con los escritores al desarrollo y ornamento de las producciones escénicas. Eran éstos, entre otros muchos, de distintos méritos y categorías dentro de la profesión de farsantes, Villegas, Rios, Cisneros, Alonso de Morales, Solano, Osorio, con quien contrató Cervantes después algunas comedias, Vergara, León, Pedro de Morales, Ribera, Artiaga, Rojas y Villandrando, Sayavedra, Pedro y Alonso Díaz, Salcedo, Claramonte, Angulo, Granados, Rodríguez, y Jerónimo Velázquez, que pasaba por uno de los más respetados y queridos. (15)

Cervantes tuvo trato y amistad con este famoso representante, que de oficial de albañil logró llegar á ser uno de los mejores cómicos de su tiempo. En una carta de censo impuesto por Inés Osorio, mujer de Jerónimo de Velázquez, firma como testigo, y por ella á su ruego, por no saberlo hacer, Miguel de Cervantes. La fecha del citado documento es de 20 de Octubre de 1585, y puede ser un indicio de que entre Cervantes y Velázquez había quizás, al mismo tiempo que amistad sincera, relaciones de índole artística, y tal vez el renombrado cómico compró á Miguel algunas de las primeras comedias que compuso ó refundió en España. (16)

Intimidades de muy diferente género tenía por entonces con aquella familia un adolescente, mozo simpático y listo, de diez y siete años, que se distinguía mucho por sus eróticas aventuras y rasgos de ingenio, y más tarde sería la admiración de sus contemporáneos y de la posteridad por su inventiva asombrosa. Lope de Vega y la hija de Jerónimo, Elena Osorio, casada con el comediante Cristóbal Calderón, se amaron con profundísimo cariño. Era Elena portento de gracias y milagro de hermosura. Fué para Lope aquel amor una pasión delirante. Su felicidad y su gloria; pero también su mortificación y su infierno. Bien caros pagó después Lope aquellas dulces complacencias, como veremos más adelante.

El mismo año de 85 murió en Madrid el padre de Miguel, aquel admirable anciano Rodrigo de Cervantes, figura tan llena de noble majestad. Testó el 8 de Junio ante el notario Diego Hernández. Nombró por albaceas y testamentarios á su señora esposa D.^a Leonor de Cortinas y á D.^a Catalina de Palacios, viuda de Fernando de Salazar, suegra de su hijo Miguel. Dejó por herederos universales de todos sus bienes á sus hijos Miguel, Rodrigo, Juan, Andrea y Magdalena. El padre de Cervantes conservó su natural entereza hasta sus postreros días, cuando ya estaba postrado en el lecho para no levantarse más. "El otorgante (dice el escribano) tomó el dicho testamento en sus manos y lo leyó, y después de haberlo leído, dijo que así lo otorgaba". El 13 del referido mes, después de recibidos todos los sacramentos, entregó á Dios su alma. Por expresa voluntad suya recibió sepultura en el monasterio de Ntra. Sra. de la Merced de Madrid, como tributo de cariñoso respeto á la Orden redentora, por haber salvado de la esclavitud á su hijo Rodrigo.

El hogar paterno quedó sumido en la mayor tristeza. D.^a Leonor de Cortinas continuó viviendo con su hija Magdalena en Madrid. Rodri-

go de Cervantes, cuya permanencia en la corte sábese en aquella fecha, quizás por haber venido con motivo de la muerte de su señor padre, se ausentaría poco después para marchar á Flandes. La hermana mayor D.^a Andrea consta que estaba avecindada en Madrid por los años en que falleció D. Rodrigo. (17)

Miguel alternaba con sus trabajos literarios las tareas de comisionista. (18) Aunque sus composiciones dramáticas le producirían algunos recursos, buena opinión y nombre, los resultados estarían, sin embargo, muy léjos de corresponder á las esperanzas. El Teatro no estaba ya en sus principios infantiles. Se había transformado y adelantaba notablemente en el camino de la novedad y el atractivo. Las cofradías de la Pasión y de la Soledad construían con reformas que el público deseaba, dos nuevos corrales como se llamaban entonces los teatros en España. El de la Cruz se había inaugurado en 1579, y el del Príncipe el año 82. Nuevos ingenios se presentaban con auspicios favorables, y que consiguieron los aplausos del público y la decidida protección de los comediantes.

En este momento crítico, Cervantes tomó una resolución. Comprendía que se había equivocado. No le reportaría nunca el Teatro ni lucro ni gran gloria. El desencanto fué terrible, no es posible negarlo; pero la realidad le enseñó que aquel camino no le llevaría á donde su vocación de escritor le llamaba con alicientes inmortales. "Dejé (dice él mismo con cierta pena) la pluma y las comedias; tuve otras cosas en que ocuparme".

Sueños generosos de prontas recompensas, galardones esperados por servicios heroicos, vida tranquila intelectual debidamente apreciada

y retribuída con largueza; todo se había desvanecido; todo resultaba contrario á las gratas ilusiones del poeta. Era preciso luchar, vivir con independencia, buscar nuevo medio de ocupación para sostener las obligaciones del hogar, favorecer á la familia, ver cómo se mejoraba de suerte sin ser gravoso á nadie. Había que seguir sin amedrentarse ni desfallecer.

Entonces, ya á fines del año 86, hubo de solicitar que se le enviase á Sevilla para servir como humilde comisario de flotas. Era proveedor general de ellas D. Antonio de Guevara, que quizás le conocía y trataba desde años antes. Gran movimiento había entonces por los aprestos que se preparaban para aquel soberbio proyecto de la Armada llamada invencible, que tan trágico fin tuvo. Cervantes consiguió su deseo. Guevara le nombró uno de sus comisarios.

Nueva faz de su existencia inicia su destino de comisario de flotas. El cargo era molesto y penoso, opuesto por completo á sus gustos de escritor y delicadezas de artista; tareas enojosas, donde consumiría tiempo y actividad oscuramente y sin gloria. Pero Cervantes estaría alentado en su misma contrariedad. Seríale muy grato volver á Sevilla, emporio de riqueza, centro del saber, templo del Arte, donde recibió cuando niño las primeras nociones del buen gusto, y donde seguiría estudiando costumbres y personas, para escribir después, en medio de las agitaciones de su vida oficial, páginas imperecederas de sugestiva observación y hechiceras gracias. Ninguna ciudad le encantaba tanto como Sevilla, á donde le llevaba ahora la dura necesidad, aunque iba fortalecido de la esperanza, único consuelo de los tristes.

ILUSTRACIONES AL CAPÍTULO I

1.^a—Exceso de crueldad y escrúpulos incomprensibles del Duque de Alba.

El Duque de Alba aparenta mucho espíritu de justicia al castigar á los foragidos que todo lo entregaban al pillaje y al saqueo en Portugal, como pais conquistado. Pero causa gran extrañeza ese celo por impedir extralimitaciones y crímenes, en un hombre sin sentimiento ni conciencia que, en Flandes, había cometido los más atroces castigos, autorizado los suplicios más bárbaros, impuesto la pena de muerte á caballeros nobilísimos, consentido las más horribles venganzas y dejado en la impunidad las acciones más ruines por sostener el absurdo de que todos los rebeldes eran unos malvados, y él solo el defensor de la verdad, cuando el mismo Duque y su amo no eran más que soberbios déspotas, que se valían de los medios más repulsivos para enaltecer su autoridad y hasta sus caprichosos actos dictatoriales.

Léanse las *Guerras de Flandes* de Famiano Estrada, autor que no puede ser sospechoso, y se verá confirmado el cognomen de inhumano con que le calificó la parte sana de sus contemporáneos, los que no se dejaban guiar del espíritu sectario religioso, ora se llamaran católicos, ora calvinistas, ora protestantes.

Los soldados de Portugal aprendieron en la escuela del Duque de Alba, á ser bárbaros, á ser crueles, á no conocer lo que eran sentimientos de piedad ni misericordia.

Quien, valiéndose de mentiras infames, prendió y quitó la vida á los Duques de Horn y de Egmont; sin contemplación de ninguna clase, entregó á manos del verdugo á muchos nobles, y dejó cometer multitud de arbitrariedades á sus soldados y á sus lugartenientes, no era, no, el

llamado á poner coto á los mismos desmanes que él había enseñado y preconizado como medidas salvadoras.

Lo mismo que del Duque de Alba, puede decirse de su protegido, y hechura, Sancho de Ávila. El primero fué muy severo en Lisboa, y el segundo se asustaba de lo sucedido en Oporto, sin recordar las muchas crueldades espantosas que él mismo autorizó en Flandes, como fiel discípulo del sanguinario general de Felipe II. Con razón le llama el historiador Fornerón el verdugo de Amberes.

2.^a—Muerte de la Reina Ana de Austria. Lo que dice Fornerón. Lo que parece más verosímil.

Es sumamente cándido lo que refirió el Padre Fr. J. de San Jerónimo respecto de la muerte de D.^a Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II. La excesiva credulidad de aquel tiempo pudo aceptar semejante explicación. Eso de hacer á Dios bondadoso arreglador de todos los sucesos de la vida, reviste de matiz cómico los asuntos más serios. Sería ofensivo al buen criterio de nuestros lectores intentar siquiera una refutación de semejante impostura.

El historiador francés Fornerón, en su notable *Historia de Felipe II*, adopta otro sistema, no menos peligroso: el de atribuir el fallecimiento de la Reina á grandes disgustos suscitados entre los esposos y á los malos tratos que recibió. Según Fornerón dice, el Rey, al hacer testamento, con motivo de su gravísima enfermedad en Badajoz, no dejaba intervención ninguna á Doña Ana en la regencia que había de sucederle cuando falleciera. Hubo de saberlo la Reina por confianza de Padilla, presidente de Órdenes, lo cual

la indignó sobre manera, y motivó entre los consortes una escena violentísima. De resultas de ella cayó enferma D.^a Ana, y agravada la dolencia con rapidez, no tardó muchos días en entregar á Dios el espíritu.

No aceptamos como válida tal afirmación.

Hay datos históricos que pueden explicar naturalmente y con verosimilitud aquellos hechos, sin tergiversarlos. El año de 1580 reinó, en España y en el extranjero, una enfermedad muy grave, especie de catarro epidémico, que ocasionó infinitas víctimas. Estuvo á punto de ser una de ellas Felipe II. Su esposa caería enferma de la misma dolencia, y su muerte fué el desenlace que solía sobrevenir en la mayor parte de los casos. El cronista A. de Herrera sólo dice que "la Reina D.^a Ana adoleció de calenturas malignas, que la acabaron presto". (*Hist. gen. del Mundo*, parte 2.^a lib. X, cap. XVI).

Nuestro historiador Cabrera de Córdoba habla con encomio del célebre médico Vallés, por haber salvado la vida al Rey mediante un purgante, aplicado en momento peligroso, según las erróneas y aun pueriles opiniones sobre la ciencia de curar, que entonces estaban sancionadas de los comunes engaños. Menos fuerte que la de su esposo la complexión física de D.^a Ana, la medicina no pudo encontrar remedio salvador para su dolencia.

Lo que nos persuade más el convencimiento de haber sido natural su fin, es la íntima cordialidad de relaciones que siguió viéndose entre Felipe II y su cuñado el Príncipe Alberto, cosa imposible si el hermano supiese, como era precisión que supiera, que su hermana había perdido la vida á mano de los rigores de su esposo. El Rey adoptó al Príncipe por hijo suyo, y le favoreció y encumbró sin tasa ni medida.

Que D.^a Ana fuese desgraciada con su marido, está en lo posible. Lo fueron todas sus mujeres. Un Rey tan aficionado á galanteos, que sostuvo ilícitas relaciones de amancebamiento con varias damas cortesanas, teniendo varios hijos naturales; hasta bígamo, por haber dado cédula de esposa á D.^a Isabel de Osorio, su primera querida, según acusación pública del Príncipe de Orange, no podía amar, con verdadero cariño, á ninguna de sus mujeres propias; su amor estaba limitado á los apetitos de la lascivia. Que la conducta, nada moral y disculpable del Rey, ocasionaría disgustos muy graves domésticos, que convertirían á veces el palacio en un infierno, no parece improbable; y así se explican esas ficciones ó leyendas exageradas que se forjaron luego acerca del matrimonio con Doña María de Inglaterra, y el desgraciado fin de Isa-

bel de Valois y Ana de Austria, segunda, tercera y cuarta esposas, respectivamente, del hijo de Carlos V.

3.^a—Dos reales cédulas. Datos interesantes.

D. Jerónimo Morán publicó en 1863 por vez primera las dos reales cédulas de que hablamos en el texto y se conservan en el Archivo de Simancas. Las reproducimos por ser documentos muy curiosos.

"El Rey.—Lope Giner, pagador de nuestras armadas de Cartagena: yo vos mando que de cualesquier maravedis de vuestro cargo, deis y pagueis á Miguel de Cervantes cincuenta ducados, que montan dieciocho mil setecientos cincuenta maravedis, que se los mandamos librar á cumplimiento de cien ducados de que le habemos hecho merced de ayuda de costa por una vez, teniendo consideración á que va á ciertas cosas de nuestro servicio; y los otros cincuenta ducados restantes se los libramos en Juan Fernández de Espinosa, del nuestro Consejo de Hacienda y nuestro tesorero general en lo procedido de las mulas que sirvieron en la artillería del nuestro Ejército y las mandamos vender; y tomad su carta de pago, ó de quien su poder hubiere, con la cual y esta nuestra cédula, tomando la razón de ella Cristóbal de Herrera, nuestro veedor de las dichas armadas, mandamos que se os reciban y pasen en cuenta, sin otro recaudo alguno. Fecha en Tomar á 21 de Mayo de 1581.—Por mandado de Su Magestad, Juan Delgado".

* *

"El Rey.—Juan Fernández de Espinosa, del nuestro Consejo de Hacienda y nuestro tesorero general: yo vos mando que de los maravedis que os mandamos entregar de lo procedido de las mulas que sirvieron en el artillería de nuestro ejército, y las mandamos vender, deis y pagueis á Miguel de Cervantes cincuenta ducados, que montan dieciocho mil setecientos cincuenta maravedis, á cumplimiento de cien ducados de que le hacemos merced de ayuda de costa, atento á que va á ciertas cosas de nuestro servicio; y los otros cincuenta los mandamos librar en el pagador de nuestras Armadas de Cartagena; y tomad su carta de pago ó de quien su poder hubiere, con la cual y esta mi cédula, tomando la razón de ella Juan Delgado, del dicho nuestro Consejo de Hacienda y nuestro secretario, mandamos que se os reciban y pasen en cuenta sin otro recaudo alguno; no embargante que esta dicha nuestra cédula no vaya señalada del dicho nues-

tro Consejo de Hacienda, y otra cualquier orden que haya en contrario; con lo cual todo dispensamos para en cuanto á esto y por esta vez. Fecha en Tomar á 21 de Mayo de 1581.—Yo el Rey. Por mandado de Su Magestad, Juan Delgado“.

* *

Del cumplimiento de las anteriores cédulas, hay comprobantes irrefutables.

En el libro de cuentas de Juan Fernández de Espinosa, tesorero general de Felipe II, de su cargo y data de la jornada que S. M. hizo al reino de Portugal, se halla la siguiente partida:

“Á Miguel de Cervantes cincuenta ducados, que montan dieciocho mil setecientos cincuenta maravedis á cumplimiento de cien ducados de que S. M. le hizo merced de ayuda de costa por una vez, atento que fué á ciertas cosas del servicio de S. M., porque los otros cincuenta ducados le mandó S. M. librar en el pagador de sus Armadas de Cartagena, por cédula de 21 de Mayo del dicho año (1581), por la cual se mandó al dicho tesorero se los pagase de los maravedis procedidos de las dichas mulas de artillería.—Recibiólos en Tomar en 23 de él“.

Y en el libro de cuentas de Lope Giner, pagador de las Armadas de S. M., en la ciudad de Cartagena, de su cargo y data, del año 1581 hasta el de 84, se halla la siguiente partida:

“En 26 de Junio pagué, por cédula de Su Magestad, á Miguel de Cervantes, vecino de Cartagena, digo estante en Cartagena, su fecha en Tomar á 21 de Mayo de 1581, dieciocho mil setecientos cincuenta maravedis“.

De que la comisión encargada á Cervantes era de carácter urgente y reservado, hay evidentes indicios en la premura con que se extendieron las reales cédulas y la precipitación con que se puso en marcha Miguel, habiéndose omitido varias formalidades de tramitación para la mayor prontitud, si bien el Rey advertía que todo se dispensara “en cuanto á esto y por esta vez“.

4.^a—Confírmase lo dicho en el texto. El desastre de Praya.

Que Cervantes no pudo estar en las naves de D. Pedro de Valdés, en Junio del 81, ni en los sucesivos meses, dejámoslo expresado en el texto. Pero se corrobora, sin que asalte la menor duda, en fijándose en las fechas.

D. Pedro Valdés fué general de la escuadra de Galicia, hasta que Portugal quedó sometido completamente á España. Diósele orden entonces para que partiera con cuatro naos grandes

en dirección de las Azores, para perseguir corsarios y proteger las flotas que se esperaban de Indias. Después de mediados de Junio salió la armada de Lisboa, y el día 30 llegó á la isla de San Miguel. ¿Cómo es posible que Cervantes pudiera ir en dichas naves, cuando hasta el 25 de aquel mes estuvo desempeñando la comisión delicada que se le encomendó, en cuya fecha se hallaba en Cartagena, y luego en los meses sucesivos se le encargarían otros servicios extraordinarios?

Hemos dicho en el texto que el desastre de Praya fué debido á una imprudencia de D. Pedro; y así es verdad. Léase *La conquista de las Azores*, de D. Cesáreo Fernández Duro, el sabio académico de la Historia, y se adquirirá pleno convencimiento de lo que afirmamos. Si Valdés se hubiese atendido á las estrictas órdenes recibidas, no habría expuesto á seguros peligros á los soldados que llevaba, ni causado con su temeridad tan grande número de víctimas. No se le mandó que acometiese empresas imposibles por las escasas fuerzas de que disponía; pero, cegado y soberbio, dejó en evidencia su pericia y comprometido su buen nombre de jefe previsor y entendido, que mide los actos, no por el capricho de la irreflexión, sino con criterio firme, avisado y prudente.

“Era Valdés buen marinero y hombre animoso, dice Fernández Duro (*Conquista de las Azores*, pág.^s 12, 13 y 14). La idea de alcanzar por sí la gloria de someter el Archipiélago, prestando tan buen servicio, le hizo dar crédito á noticias que debía recibir con reserva, y, en vez de cruzar al Oeste de las islas Cuervo y Flores, como le estaba mandado, entendiendo que por las instrucciones había ante todo de perseguir á los corsarios que estaban en la Tercera, fué sobre el puerto de Angra, estableciendo bloqueo contra los galeones, á que había unido el portugués que llevó Ambrosio de Aguiar, é intentando comunicar con las autoridades por medio de parlamentos, siempre recibidos á balazos, no obstante la bandera blanca que los escudaba. Personalmente repitió el intento por la villa de Praya con el mismo resultado, y, sin desistir por ello, soltó uno de los prisioneros de la carabela, dándole carta para el corregidor ó justicia de dicha villa, ofreciendo en nombre del Rey perdón y mercedes, en términos más propios de un dómine que de un general.

Empeñado más en su ideal por la descortesía de no darle contestación, se acercó á Praya el 18 de Julio, cañoneando la villa, no sin recibir daño de sus baterías, que acertaron á dar dos balazos en el galeón almirante y otro á lumbre

de agua del portugués: con todo, en la amanecida del 25, por festejar el día del patrón de España, osadamente echó en tierra trescientos cincuenta hombres, escogiendo para el desembarco una playuela no muy lejana de la mencionada villa, en que no había más de una batería de tres piezas.

Por cabeza de la tropa puso á su hijo, el capitán Diego de Valdés, secundándole D. Luis de Bazán, sobrino del Marqués de Santa Cruz, y les encargó con encarecimiento que subieran á la carrera una altura próxima que dominaba la villa de Praya, no moviéndose de allí hasta nueva orden; mas habiendo ganado con facilidad la batería y deshecho á cuantos vinieron á defenderla, teniendo en poco al enemigo, y en no más la obediencia de las prevenciones, se internaron camino de la villa, llevando por delante en fuga á los isleños, hasta llegar á un barranco, donde fueron cargados por más de dos mil hombres de á pie y á caballo, y como á todos hicieran frente valerosamente, sosteniéndose sin pérdidas, entrada la tarde, imaginó un fraile de los enemigos ardid provechoso, reuniendo sobre quinientos bueyes y vacas de los muchos que pastaban por allí, y espantándolos la tropa con voces y pedradas hacia el barranco en que estaban los españoles, fueron deshechos en el momento por aquella masa que no podían evitar, y acuchillados en seguida sin piedad. Los pocos que volvieron á la playa dieron frente, mientras volvían las embarcaciones, y vendieron caras las vidas, salvándolas á nado los menos. Murieron más de doscientos, entre ellos los dos capitanes, Diego de Valdés y Luis de Bazán, habiendo entre los que escaparon treinta malamente heridos, de ellos el alférez Juan Vázquez de Loaysa.

Por agravar en España la culpa temeraria de D. Pedro de Valdés, exageraron la magnitud del desastre, escribiendo Juan de Arquellada que los muertos pasaron de quinientos; Cabrera de Córdoba y Franchi, de cuatrocientos, y el portugués Faria y Sousa, de cuatrocientos cincuenta; si bien, exceptuado el último, que sólo anotó veinte bajas en sus compatriotas, exageraron también los otros la pérdida de los isleños, elevándola el primero á setecientos hombres, muchos más de los que apuntó Valdés en su descargo. En lo que todos conforman es en la crueldad bárbara con que procedieron los rebeldes, mutilando los cadáveres y haciendo ostentación de sus sangrientos despojos.....

D. Pedro de Valdés fué, por orden del Rey, encerrado en un castillo y sometido á proceso, alcanzando indulgencia: la intrepidez no deja de hallarla nunca en jueces militares“.

5.^a—Rodrigo de Cervantes citado por D. Cristóbal Mosquera de Figueroa.

Este docto escritor, al hablar incidentalmente de Rodrigo de Cervantes en su *Comentario de la jornada de las Azores*, año de 1583, suministró veraces datos acerca del hermano menor de Miguel. Si estuvo incorporado, como se cree, al Tercio de D. Lope de Figueroa, desde 1577, en que volvió de su cautiverio, consta ya con toda certeza que luego perteneció al Tercio de D. Francisco de Bobadilla. Cuando la conquista de Portugal, vinieron á España la flor y nata de los soldados que habían peleado en las guerras de Italia y Flandes. Los Tercios de Figueroa y Bobadilla, después de haber triunfado, tomaron parte muy activa en las expediciones contra las Terceras.

Rodrigo de Cervantes asistió á ellas como soldado del Tercio de Bobadilla. Las fuerzas de infantería que á sus órdenes se embarcaron en las naves del Marqués de Santa Cruz, año de 1583, para conquista de la Tercera, ascendían á dos mil ochenta y dos soldados, divididos en doce compañías. La del Maestre de Campo contaba doscientos dieciocho; la de Alonso Barrionuevo, ciento cuarenta y ocho; la de Vicente Castellani, doscientos tres; la de Alberto Sarmiento Valladares, doscientos; la de Juan Fernández de Leyva, doscientos veintidos; la de Diego de Oviedo, ciento cincuenta y seis; la de Diego de Cardona Sotomayor, noventa y siete; la de Bustamante de Herrera, doscientos nueve; la de LUIS DE GUEVARA, ciento trece; la de Juan de Tejeda, ciento ochenta y nueve; la de D. Juan de Luna, ciento treinta y cinco, y la de D. Antonio de Pazos, doscientos.

Gracias á las palabras del Lcdo. Mosquera de Figueroa, sabemos con rigurosa exactitud, que Rodrigo de Cervantes formaba parte de la compañía de Guevara. Hablando en el libro segundo de sus *Comentarios* del desembarco que hicieron las tropas en la ensenada del puerto de las Muelas, á dos leguas de la ciudad de Angra, el 26 de Julio de 1583, se expresa en la siguiente forma: “Llegaron brevemente las barcas á tierra, donde saltaron los españoles con grande esfuerzo entre aquellas lajas á los lados de los fuertes. Algunos ponían el pie seguro en una piedra para escaparse de la resaca, que era grande. Otros, que no podían esperar esta coyuntura, se abalanzaban y se sumergían, de suerte que el agua les cubría hasta la cinta, y con la resaca quedaban luego exentos para salir. Echóse al agua animosamente con su bandera, por ha-

ber encallado la barca, Francisco de la Rúa, alférez de D. Francisco Bobadilla, y tras él el capitán Luis de Guevara y Rodrigo de Cervantes, á quien después aventajó el Marqués; y así muchos salieron de las barcas mojados, corriendo agua salada de entre las ropas y las armas.

El Lcdo. Mosquera de Figueroa fué auditor general de la armada y del ejército en la expedición naval de 1583, y comisionado, tomada la Tercera, para castigar á los rebeldes. "Como capitán general de S. M. (decía el Marqués de Santa Cruz, en disposición suya, fechada en la ciudad de Angra el 28 de Julio de 1583) doy poder y facultad al Lcdo. Mosquera de Figueroa, auditor general de este felicísimo ejército y armada, para que, habida información de todo lo susodicho y en general y particular de las personas culpadas en ella (la rebelión de los isleños), llamadas y oídas las partes conforme á derecho, haga justicia contra sus personas, bienes y haciendas; que para ello y todo lo á ello anejo y dependiente, os doy poder y facultad, tal cual yo la tengo de S. M."

El 8 de Agosto se hizo justicia, en la plaza pública de Angra, de las personas condenadas á muerte, siendo el primero Manuel de Silva, Conde de Torres Vedras, gobernador y capitán general de las islas Azores, por tirano, matador, alterador de las islas, robador y receptador de herejes. Fué degollado, y su cabeza puesta en la plaza pública y colgada en el lugar donde él mandó poner la cabeza de Melchor Alfonso, portugués, porque dijo que era su Rey natural Don Felipe II.

Mosquera de Figueroa trató de todos estos asuntos con la minuciosidad y exactitud que podía esperarse de un testigo presencial de los hechos, aunque su narración adolece muchas veces de pesadez.

6.^a—Documento comprobatorio. Datos desconocidos.

El documento que citamos en el texto, descubierto y publicado por D. Cristóbal Pérez Pastor, (*Doc.* número 25 de su *colec.*, pág.^s 89 á 92), es de sumo interés, no tanto porque revela secretos del hogar muy tristes, sino principalmente porque destruye el error propagado de que asistió Cervantes como soldado á la expedición, que dirigió contra las Terceras en 1583 el Marqués de Santa Cruz. En Madrid, al lado de su familia, estuvo indudablemente todo aquel año, y quizás desde el 82, Miguel de Cervantes.

No es preciso referir á otro tiempo, sino á éste, la composición de su *Galatea*, cuyo *génesis* y período probable de haber sido escrita, tanto y tan caprichosamente ha hecho divagar á varios críticos.

Creemos oportuno reproducir una parte del instrumento público á que nos referimos, por los curiosos pormenores que ofrece.

"En la villa de Madrid (dice) á diez días del mes de Setiembre de 1585, en presencia de mi el presente escribano (Baltasar de Ugena) y testigos de yuso escriptos, parecieron presentes Rodrigo de Cervantes y D.^a Magdalena de Cervantes, hermanos, residentes en esta corte, y dijeron que, por CUANTO HABRÁ DOS AÑOS, POCO MÁS Ó MENOS TIEMPO, MIGUEL DE CERVANTES, SU HERMANO, por orden de la dicha D.^a Magdalena, empeñó al Sr. Napoleón Lomelín cinco paños de tafetán amarillos y colorados, para aderezo de una sala, que tienen 74 varas y tres cuartas, por 30 ducados, y que hasta ahora han estado en el empeño, y la dicha D.^a Magdalena hizo pedimento ante el Sr. Alcalde Pedro Bravo de Sotomayor, en que pidió se le entregasen, pagado el dicho empeño; y después de haber puesto y hecho el dicho pedimento, se han concordado en esta manera: en que dicho Napoleón Lomelín compra de la dicha D.^a Magdalena, y la susodicha le vende, los dichos tafetanes á 7 reales la vara, que montan 523 reales, y el dicho precio se lo quieren pagar con que se obliguen al saneamiento de ellos, los cuales cinco paños la dicha D.^a Magdalena, por ella y por sus herederos y sucesores de ella, dijo que vendía y vendió los dichos cinco paños al dicho señor Napoleón Lomelín para él y para quien de él hubiere título ó causa, voz ó razón en cualquier manera por el dicho precio de los dichos quinientos y veinte y tres reales, pagados los dichos treinta ducados del empeño, que la dicha D.^a Magdalena confesó haberlos recibido y pasado á su parte y poder realmente y con efecto del dicho Sr. Napoleón Lomelín en reales de contado; y en razón de la entrega y prueba de la paga, puesto que es cierta y de presente no parece, renunció las leyes de la entrega y prueba de la paga que les non vala, y de doscientos y noventa y tres reales, cumplimiento á los dichos quinientos y noventa y tres reales, ambos los susodichos se dieron por bien contentos y pagados y entregados á toda su voluntad realmente y con efecto, por cuanto los han recibido y pasado á su parte y poder realmente y con efecto del dicho Sr. Napoleón Lomelín en una libranza librada en el cambio de Juan Ortega de la Torre y compañía, y en razón de la entrega, puesto que es cierta y de presente no parece, re-

nunciaron las dos leyes y excepción del derecho y prueba y paga como en ellas se contiene, que ambas partidas montaron los dichos quinientos y noventa y tres reales; y ambos á dos, los dichos Rodrigo de Cervantes y D.^a Magdalena de Cervantes, juntos y de mancomún, y á voz de uno y cada uno de ellos, y de sus bienes por si y por el todo *in solidum*, se obligaron á la evicción y saneamiento de los dichos cinco paños, y que por ellos, ni por el dicho Miguel de Cervantes, su hermano, que los empeñó, ni por otra persona alguna, en su nombre, pedirán ni demandarán otra cosa en razón de lo susodicho, al dicho Sr. Napoleón Lomelín ni á otra persona alguna cosa alguna ni parte de lo susodicho, so pena que, si algo se pidiere, lo volverán con el doblo y costas por nombre de intereses; y la dicha pena, pagada ó no, que esta carta y lo en ella contenido, se guarde, cumpla y ejecute, sobre lo cual sea creído el dicho señor Napoleón Lomelín, ó la persona que tuviere ó poseyere los dichos cinco paños con su juramento; con el cual y con esta escritura, sin otro recaudo, les pueda ejecutar por todo lo susodicho. Y para ello obligaron sus personas y bienes, muebles y raices“. Y firman Rodrigo de Cervantes y D.^a Magdalena de Cervantes con el escribano Baltasar de Ugena. Fueron testigos Juan Vázquez del Pulgar, Yuste de Oliva y Márcos Díaz del Valle, estantes en Madrid.

7.^a—Recuerdos de Esquivias. La esposa de Cervantes. Interesantes pormenores.

Los datos más curiosos que acerca de Esquivias y la esposa de Cervantes se han reunido hasta ahora, son debidos á un entusiasta é inteligente cervantista, hijo de aquel pueblo, alcalde que fué de él, modelo de honradez y bondad, de cuya amistad disfrutábamos y con cuya buena correspondencia nos enorgullecíamos. Hablamos de D. Manuel Víctor García, arrebatado por la muerte, hará seis años, al cariño de su respetable familia, y á la grata estimación de sus amistosas relaciones.

Desde su modesto retiro, encendido su corazón en el fuego santo del patriotismo, quiso investigar y esclarecer cuanto pudiera saberse acerca de Cervantes y su esposa en aquella pintoresca villa del antiguo reino de Toledo. Pudo equivocarse algunas veces, como al sostener, por ejemplo, que D. Alonso Quijada y Salazar, deudo muy cercano de D.^a Catalina, fué el personaje elegido por Cervantes para tipo de su *Don Quijote*, asunto que dilucidaremos en el lugar oportuno más adelante.

Pero en lo referente á noticias, observaciones y notas, tomadas sobre el terreno mismo con señalado buen juicio y deseo del acierto, algunas veces logrado, no podría negarse, sin notoria injusticia, que ha sido el único que ha trabajado con amor y constancia, no sólo por reunir antecedentes de interés, sino por conservar recuerdos de profunda admiración hacia Cervantes en el pueblo de que fué vecino el gran Escritor, después de su casamiento.

En la *Crónica de los Cervantistas* (tomo I, pág.^s 193 á 196, Cádiz, 1872), publicó el Sr. García un artículo, que vamos á extractar en sus puntos más notables.

Empieza por copiar la partida bautismal de D.^a Catalina de Palacios, que dice así textualmente: “En 12 de Noviembre de 1565 años, el reverendo Sr. Pedro de Huete, cura teniente de dicho lugar, bautizó una hija del Sr. Fernando de Salazar Vozmediano y de la Sra. Catalina de Palacios su mujer, cuyo nombre fué Catalina; y el dicho señor cura preguntó á los que la traían á bautizar que á quién señalaban por compadres y que la saquen de pila; los cuales respondieron que al reverendo Sr. Juan de Palacios, el cual la sacó de pila; y otrosi, el dicho señor cura les encargó el parentesco espiritual, conforme al Santo Concilio tridentino; siendo testigos Pedro de Gamboa y Casimiro Palomeque y Baltasar Jiménez, vecinos de dicho lugar de Esquivias.—Pedro de Huete“.

“Sucedió, pues, (dice el Sr. García) que la casualidad, ó lo que es más presumible, la Providencia, relacionó á esta niña, cuando llegó á ser una joven, con el que era ya un militar acreditado de valiente y un ingenio con condiciones de elegido para la realización de una colosal empresa literaria.

D.^a Catalina, indudablemente descubrió y apreció desde luego en él la elevación de criterio y talento que había de darle celebridad y renombre; y Miguel de Cervantes encontró en ella la personificación de sus juveniles ensueños y la beldad que había de servirle de numen en la realización de sus inmortales propósitos.

Allegábase á esto otra notabilísima circunstancia, cual era la de haber nacido y morar D.^a Catalina en Esquivias, pueblo de unos quinientos vecinos, de condiciones las más á propósito para prestar estímulo en sus designios á nuestro enamorado ingenio.

Una campiña embellecida con extensas plantaciones de viñas, olivos y arbolado frutal y de sombra, con un monte, encinar espeso y poblado de caza, y una posición topográfica en las mejores condiciones sanitarias, habían convertido á Esquivias en el centro de especulación y recreo para las principales familias de Toledo. Los Silvas, los Ayalas, los Gaytanes, los Inestrosas, los Ponce de León, los Dávalos y otros apellidos ilustres se registraban en sus libros parroquiales y protocolos municipales; las notabilidades *hidalguescas* eran numerosas en este pueblo, y la clase plebeya se distinguía en él por circunstancias y cualidades que le eran peculiares. Así que este pueblo, *por mil causas famoso*, como le llamaría Cervantes, pudiera ser renombrado, además de por sus ilustres linajes y por sus ilustrísimos vinos, por sus hi-

dalgos pretenciosos y pendencieros y por sus plebeyos altivos, socarrones y decidores.

En el fondo, pues, del cuadro de población que hemos dibujado á grandes rasgos, destacábase la figura interesante, bella y encantadora de D.^a Catalina, tan virtuosa, tan instruida y tan entrañablemente adorada por el primer talento de su siglo. Exenta de preocupaciones de familia, supo sobreponerse á las contrariedades que oponían á su enlace con Cervantes, así su padre D. Fernando como un pariente que tenía gran influencia en la casa, llamado D. Alonso Quijada y Salazar. El padre de D.^a Catalina murió meses antes de que ésta efectuara su casamiento con Cervantes.

Las tradiciones que se conservan en Esquivias nos persuaden que, con razón dijo el enamorado vate de la señora de sus pensamientos que *las discretas damas en los reales palacios crecidas y al discreto trato de la corte acostumbradas, se tuvieron por dichosas de parecerla en algo, así en la discreción como en la hermosura*. Descendiente de familia hidalga, creemos muy verosímil que recibiera D.^a Catalina su educación en Toledo, en cuya ciudad consta que sus padres tenían bastantes relaciones de amistad y de parentesco.

Ilustrada y modesta, hasta el punto de ser digna en todos conceptos del amor que el primero de los ingenios de su época le consagrara, ni la diferencia de edades, ni la de condiciones familiares, ni el ridículo empeño de los suyos en contra de su inclinación amorosa, fueron circunstancias que ni por un momento la hicieron vacilar en su propósito de dar su mano al hombre en quien se personalizaban sus levantados pensamientos.

Todos deseáramos que el Príncipe de los Ingenios españoles hubiese publicado la segunda parte de su bellísima obra *Galatea*; pero todos sabemos que, si la prometida segunda parte no llegó á ver la pública luz, fué ciertamente porque la heroína del *sabroso cuento* dejó de ser la enamorada de Elicio para convertirse en la MUJER DE CERVANTES.

De caracter apacible, amable, laboriosa, tesoro de piedad y de ternura, después de haber pasado los primeros años de su matrimonio en el pueblo de su naturaleza, confortando con su cariño al que, sin este benéfico apoyo, hubiera desfallecido ante la indiferencia desdeñosa con que por sus convecinos era tratado, siguió á su esposo á todos los puntos á donde le fué preciso residir para buscarse medios de subsistencia; y, cumpliendo complacida constantemente los deberes de amante y honrada esposa, fué la dulce compartidora con su marido en las contadas satisfacciones de la vida de éste y su asilo y consuelo en las infinitas ocasiones en que el infortunio le hiciera su víctima.

Parte del legado que adquirió D.^a Catalina, procedente de su padrino y tío paterno, lo constituía una grande y hermosa casa, que es, según tradición, la misma en que habitó Cervantes en las varias ocasiones que residió en Esquivias, y aun existe con poca variación en su forma y en perfecto estado de conservación. Esta casa, no sabemos si porque fué su dueño y habitó en ella un hombre extraordinario, ó por qué causa, fué singularizada con la creencia de que era morada de duendes y fantasmas. Y de sus aparecidos y de las fechorías de tales entes, se cuentan y no se acaban historias extravagantes, que á nuestros antepasados hacían llorar y rezar, y á nosotros nos hacen criticar y reír.

De aquí debe de suponerse (se equivocaba en esto el señor García) que, á pesar de lo que á este propósito se cree generalmente, no debió Cervantes hallarse nunca en extrema escasez de recursos, y viene en apoyo de esta suposición la circunstancia de que no vendiesen ni él ni su esposa nada de lo que en Esquivias poseían; sino que, por el contrario, todo ello fué á parar á la familia de los Quijadas, pariente de D.^a Catalina, quienes lo han venido poseyendo hasta fi-

nes del siglo XVIII, en que falleció el último Quijada de allí, ayo que fué del Rey Fernando VII, cuando éste era príncipe de Asturias".

*
**

Al hablar de Esquivias, no se puede echar en olvido el excelente artículo que publicó, con motivo de una excursión que hizo á aquel pueblo, el elocuente orador progresista D. Joaquín María López, que era un gran admirador de Cervantes.

Á pesar de los sesenta años transcurridos desde que expresó sus observaciones D. Joaquín, conserva grato sabor de oportunidad su trabajo; y, aparte de la diferencia de viajar ahora y entonces, la pintura que hace de los alrededores de Esquivias es exactamente igual á la que pudiéramos trazar hoy, después de visitar aquel pintoresco pueblo.

"Á seis leguas de Madrid, (dice) y sobre la derecha del camino que va á Valencia, se descubre en una extensa llanura, y al pie del cerro que llaman de Santa Bárbara, el humilde pueblo de Esquivias. Sobre este cerro se halla edificada una ermita erigida, según lo anuncia su nombre, á Santa Bárbara, abogada contra las tempestades. No parece sino que al levantar aquel tosco y reducido edificio, se quiso anunciar el sublime y consolador pensamiento de que las tormentas que azotan la vida, quedarían en silencio al llegar á aquel paraje elevado, sin abatir su vuelo hasta el pueblo, ni turbar la paz de que gozan sus moradores. Si así es, el arquitecto tuvo una inspiración feliz ó un instinto providencial.

Saliendo de Madrid para Esquivias, al dejar la carretera y tomar el rumbo que conduce al pueblo, experimenta el viajero una transformación sorprendente. Hasta Valdemoro, todo es agitación y movimiento. Carruajes que van ó vuelven á la corte; sillas de posta que cruzan en encontradas direcciones; aldeanos ó traficantes que llevan frutos y otros efectos á una capital que todo lo devora, hacen del tránsito una escena animada y bulliciosa; pero al internarse en busca de Esquivias, desaparece el movimiento, el ruido se acalla, y el silencio y la quietud suceden al tumulto de las voces y á la algazara de los transeuntes. Un áspero y desigual camino se dirige á la aldea. Á un lado y á otro, sólo se ven tierras abandonadas y en su mayor parte incultas, sin que se descubra un hogar, ni se oiga el canto de un ave, ni se perciba el grato murmullo de un arroyo, ni se pueda descansar de la fatiga á la sombra de un árbol engalanado con su verdura. Algunos ganados paciando á discreción; algunos olivos de aspecto duro y sombrío; pocas tierras cultivadas y un horizonte dilatado y triste, es lo que se ofrece al caminante, que cruza penosamente aquellos sitios desiertos. Aquí se puede decir con Chateaubriand que el alma de la soledad suspira en toda la extensión de aquel recinto.

Pero al aproximarse á Esquivias, la decoración cambia de nuevo. Los terrenos están todos cultivados; los pobladores los trabajan con afán, y la animación se pinta en sus semblantes y en sus alegres canciones. ¡Dichosos aldeanos, exclamaba yo en una expansión dolorosa! ¡Dichosos vosotros mil veces! Vuestras horas pasan sin que las contéis, la tranquilidad y la paz moran en vuestras almas, y el trabajo con que alimentáis á vuestros inocentes hijos, os sirve de escudo contra el vicio y de preservativo contra el fasti-

dio. No tenéis por qué temer al diente venenoso de la envidia, y los huracanes de la vida pasan sobre vuestras cabezas sin ofenderos, pareciéndoos á la humilde grama que, tendida en el valle, es perdonada por el furor del viento, que rompe y destroza el pino erguido sobre la cresta de las montañas. La felicidad de que gozáis, debe rebajarse en mucho, sin embargo, al pensar en la injusticia del destino, que al paso que os condena á fatigosa tarea para arrancar de la tierra un miserable alimento, da á otros hombres, no lejos de aquí, medios de gozar hasta la hartura y de disipar inmensas riquezas en sacrílegos banquetes ó en abominables orgías. Tal es, no obstante, la ley caprichosa que rige al mundo y la suerte de las criaturas.

El Sol estaba en su ocaso. Dejé este cuadro tan fecundo en emociones, y me dispuse para visitar en el siguiente día la casa que había habitado Miguel de Cervantes Saavedra. El pueblo no presenta nada de notable, y sólo este edificio puede excitar el interés de la curiosidad. Un ancho patio, una escalera regular, y una habitación algún tanto desahogada, preceden al cuarto reducido en que se entregaba á sus estudios y trabajos el Autor del *Quijote*. Parece singular que un talento tan superior estuviese encerrado en un cuartito tan estrecho. Mas el genio vuela por sus propias alas, y salva las cárceles, y rompe las ligaduras que en el mundo le aprisionan. El genio es un dios del Cielo, cuya semilla cae desde él, mojada por la mano de Dios para fecundar la cabeza del hombre. ¿Por qué la desgracia ha de ser por lo común la triste pensión de esta superioridad?

Los hombres grandes, como Cervantes, son otros tantos puntos de aliento y consuelo, esparcidos por la Providencia en el camino de las generaciones. Pero frecuentemente toma de ellos posesión el infortunio en el instante en que aparecen, y sigue y marca todos los pasos de su carrera, brillante y funesta á la vez".

*
* *

Aunque en Esquivias se enseña á los visitantes, como el recuerdo más glorioso para sus vecinos, la casa donde vivió Cervantes con su esposa, la verdad es que no se halla confirmada con pruebas innegables la tradición subsistente. Desearíamos que pudiera comprobarse con entera convicción, porque no intentamos escatimar al pueblo natal de D.^a Catalina de Palacios ninguna de sus antiguas memorias de esplendor y renombre: lo que pretendemos es que se depure y aclare bien este punto, para que la menor sombra de duda desaparezca para siempre.

8.^a—Bienes dotales de D.^a Catalina de Palacios y Salazar. Carta de dote de Miguel de Cervantes á favor de su esposa.

El importantísimo documento que abraza dichos extremos, fué publicado por vez primera en la biografía de Cervantes por D. Juan Antonio Pellicer, que se dió á luz en Madrid, año de 1798. Cuando se verificó en 1892 la Exposición histórico europea, estuvo en la sala XX, número 362, un *Facsimile*, hecho á pluma por el señor

D. Eduardo Tubilla, de la carta dotal de doña Catalina de Palacios y Salazar, mujer de Miguel de Cervantes Saavedra. El original obra-ba entonces en el Protocolo de escrituras públicas de Esquivias, correspondientes al año de 1586, otorgadas ante el escribano de número D. Alonso de Aguilera. El documento, cuya copia íntegra y exacta reproducimos, fué visto y cotejado en Esquivias por D. Ramón Santa María, y nos envió un traslado fiel, por él revisado, que es el que seguimos.

Va sabemos que Quintana no creía de absoluta necesidad este instrumento para conocer los hechos de la vida del gran Escritor. Juzgaba innecesario saber, por ejemplo, el número de gallinas que tenía su mujer y otras cosas. Pero en la minuciosa aclaración que hoy exige la crítica respecto de todo lo que se refiere á los varones inmortales, no sólo está en su lugar cuanto esa escritura de dote dice acerca de los bienes que aportaba la esposa de Cervantes al matrimonio, sino que es indispensable, y de excepcional interés, la enumeración pormenorizada que presenta de todos y de cada uno de ellos. Porque así, no sólo sabemos con real certeza lo que D.^a Catalina poseía, sino que se nos abren las puertas del hogar nuevamente creado y se nos da á conocer, como si lo viésemos, el aspecto de la vida económica de la familia en medio de un ambiente de tranquilidad y honradez que seduce.

El documento es del tenor siguiente:



fol. 52 r. Dote de miguel de çervantes /
en favor de doña catalina /
de salazar. /

SePan quantos esta carta de dote e / aRas
vieren como yo. miguel de çer/uantes saauedra
vezino del lugar desquiu[i]as / juridiçion de la
çiudad de toledo . Digo que por quanto / á ser-
uiçio de dios nuestro señor e con su graçi[a] e
bendiçion / yo estoy desPossado e cassado ligiti-
mamente e segun orden/de la santa madre ygle-
sia de Roma con doña catalina / de Palacios e
salazar . hija legitima de los señores / fernando
de salazar bosmediano y catalina de palaçios /
su muger vezina del dicho lugar de esquiuias .
con la qual al tiempo / que se trato el dicho cas-
samiento la dicha señora catalina de palacios /
me prometio e mando en dote e casamiento
çierta cantidad de / mrs. en bienes Rayzes e
muebles apreçiados . E al pressente por auerse
efectuado el dicho matrimonio la / dicha señora
catalina de palacios cumpliendo lo que prome-
tio e mando me da y entrega á buena quenta y
en parte de pago de la dicha dote los bienes
muebles e Rayzes / que aqui van declarados.
De los quales se me pide / haga e otorgue scrip-
tura de dote e arras en fauor de la dicha doña /
catalina de palacios e salazar mi muger e que-

riendolo cum'plir ansi otorgo e conosco que á buena quenta y parte de pago de la dote que se me mando he Reçibido e / Recibo de la dicha señora catalina de palacios mi señora e suegra. Por / bienes dotales . de la dicha doña catalina de palacios y / salazar mi muger . los bienes muebles e Rayzes / en los precios e de la manera siguiente: /

Un majuelo en termino del dicho lugar de esquiui[i]as / donde dizen el apartado que cabe tres arançadas y media con una oliua grande que alinda con / majuelo de lope garçia de salazar . y tierra de / Juan fernandez vesino del dicho lugar . y el camino / de val de la fuente apreciado en / treynta myll mrs. xxx ⑤

Iten otro majuelo . atras ca/beça que cabe dos arançadas con ciertos / almen-dros que alinda con majuelo de lorenzo/alonso y majuelo de la capellania de alonso martyn de la higuera vezinos del dicho lugar en / catorze myll mrs. x iiij ⑤

xl iiij^o ⑤

fol. 52 v.

Otro majuelo al camyno de sesena / ques el nueuo que dizen el juncar / que cabe tres arançadas y media. linderos tierra/ de santa barbara y camino de sesena y el / camino que va a los quartos . en treinta e / quatro myll mrs xxx iiij ⑤

Otro majuelo a donde dizen la ve/redilla de los quartos que cabe arançada y media. linderos majuelo de g.^o de salazar/ y majuelo de françisco vrreta de salazar / en diez myll mrs x ⑤

Otro majuelo que dizen el herrador / que cabe vna arançada que alinda / con majuelo del dicho g.^o de salazar y con la dicha / vereda en quatro mill mrs. iiij^o ⑤

Iten Vn huerto çercado con / su puerta y cerradura que dizen el / huerto de los perales con los arboles / que tiene que alinda con el aRoyo que viene / de la fuente . y la callejuela que sale / a la yglesia apreciado En veinte mill mrs. xx ⑤

Vn colchon de mandil lleno de lana En / quatrocientos mrs cccc^o

Otro colchon de estopa lleno de lana / En dozientos mrs. cc

Otro colchon de mandil lleno / de lana En quatrocientos mrs cccc^o

Dos sauanas de lino En / veinte e dos Reales dcc xl viij^o

Otra sauana de angeo En onze / rreales ccc lxx iiij^o

Otras tres sauanas de estopa / en diez e ocho Reales dc x ij

lxx ⑤ dcc xxx iiij^o

fol. 53 r.

Dos almohadas de lienzo con tiras de / Red labradas llenas de lana En / doze

Reales cccc viij^o

Otras dos almohadas de lienzo lle/nas de lana con vn deshilado / y un azerico de lo mesmo en diez y seis / Reales d xl iiij^o

Un paño azul para la cama con su / Redapies de lo mesmo en tres ducados . j ⑤ c xx ij

Vn cielo de cama de angeo colo/rado en quinientos mrs. d

Vna fraçada buena blanca / en dos ducados dcc l

Otra fraçada trayda en / ocho Reales cc lxx ij

Vna manta cama vieja en onze / Reales ccc lxx iiij^o

Dos Paños franceses de figuras / traydos en seis ducados. ij ⑤ cc l

Vna alfonbrilla pequeña trayda En / ocho Reales cc lxx ij

Vna almohada de estrado de / verduras en ocho Reales cc lxx ij

Vna messa de manteles ale/maniscos en onze Reales ccc lxx iiij^o

Otra messa de manteles de / gusanillo nueva En diez y seis / Reales. d xl iiij^o

Otra messa de manteles de gu/sanillo trayda en seis Reales cc iiij^o

Quatro seruelletas En quatro Reales c xxx vj

viiij^o ⑤ xx ij

fol. 53 v.

Vnas touajas deshiladas En dos Reales lx viij^o

Dos esteras de palma En quatro Reales. c xxx vj

Vn cofre grande Encerado barreteado / con su cerradura y llaue En treynta / Reales. j ⑤ xx

Otro cofrecito Encerado barreteado / de hierro con su cerradura y llaue / en ocho Reales cc lxx ij

Vna arca Pequeña de nogal con su / cerradura y llaue en nueue Reales ccc vj

Otra arqueta pequeña de / nogal en quatro Reales / con su cerradura y llaue c xxx vj

Otra arca mediana en cinco / Reales c lxx

Otra arca vieja en cinco rreales. c lxx

Otra arquilla pequeña En / tres rreales c ij

Otra arca de pino grande con su cerradura y llaue En quin/se rreales. d x

Vna messa de quatro pies en cinco / Reales c lxx

Otra messa de pino con sus varras / en cinco rreales c lxx

Dos sillas de costillas viejas / en vn Real xxx iiij^o

Vn vanco pequeño en dos Reales / y medio lxxx^o v

Otro vanquillo de quatro pies / en medio rreal. x vij

Vna artesa grande en quatro / rreales c xxx vj

fol. 54 r.

Otra artesilla vieja chica en / dos Reales lx viij^o

Vn tablero para pan en rreal y medio l j

Vn bastidor En tres rreales. c ij

Vna escalera pequeña En / dos rreales .	lx viij ^o
Otra scalera grande En / ocho Reales .	cc lxx ij
Vna cuna En seis rreales.	cc iiij ^o
Vna debanadera con su cajón En / quatro rreales	c xxx vj
Vna caldera grande En quinze Reales .	d x
Otra caldera pequeña En / ocho rreales .	cc lxx ij
Dos calderos en quinze rreales	d x
Vna sarten de hierro En dos rreales / y medio	lxxx ^o v
Vn cazo en dos rreales y medio	lxxx ^o v
tres assadores grande y chicos en / tres rreales	c ij
Vnas treuedes en dos rreales	lx viij ^o
Vn badil de hierro en medio Real	x vij
Vnas tenaças para el fuego En / dos Reales	lx viij ^o
Vn Rallo En medio rreal.	x vij
Vn candado con su llaue En / dos rreales y medio	lxxx ^o v
Vna alquitara vieja En tres rreales	c ij
Vn candelero de açofar en ocho / Reales	cc lxx ij

fol. 54 v.

Vn braserito de açofar en quatro rreales	c xxx vj
Dos esteras para esterar el suelo / en ocho rreales	cc lxx ij
Otra estera de esparto en / quatro Reales	c xxx vj
Tres çarandillas de castrar / colmenas con su ropilla En / diez rreales	ccc xl
Quatro colmenas en el huerto del / palomar En tres myll mrs	iiij ^o
Vna limpiadera vieja en vn rreal	xxx iiij ^o
Vna tinaja de quarenta arrobas / en quinientos mrs.	d
Otra tinaja de veynte a/rrobas en doze rreales	cccc viij ^o
Otras tres tinajitas pequeñas/en seis Reales	cc iiij ^o
Otra tinaja para harina En ocho / rreales	cc lxx ij
Dos tinajones de alcorcon en / çinco rreales	c lxx
Dos botijones en quatro rreales	c xxx vj
Ocho jarras vidriadas en / quatro rreales	c xxx vj
La hechura de una ymagen de / nuestra señora con un niño Jhesus de alavastro puesta en vna caja de nogal de mol duras en diez y seis rreales	d xl iiij ^o

vj^o cc lxxx^o viij^o

La hechura de otra ymagen de nuestra / señora de loreto de plata en vna tabla/

*fol. 55 r.

*guarnecida dorada En quinze rreales.	d x
Otra tabla en ella otra ymagen / de nuestra señora con el niño Jhesus pin/tada al oleo con su guarnicion dorada / En diez y seis Reales	d xl iiij ^o

Otra tabla con vna ymagen / de san francisco en tres Reales	c ij
Vn crucifixo la hechura / del en quatro rreales	c xxx vj
Dos niños Jhesus con sus Ropitas / y camisitas en doze rreales	cccc viij ^o
Vna media cama de nogal En tres ducados	j ^o c xx v
Una messa de pino de quatro pies en/seis rreales	cc iiij ^o
Quarenta E cinco gallinas E pollos e vn/ gallo en quatro ducados	j ^o d
Seis fanegas de harina en sesenta y / tres rreales	ij ^o c xl ij
Vna fanega de trigo en ocho rreales.	cc lxx ij
Otro colchon de lienço delgado lleno / de lana En quatro ducados.	j ^o d
Dos escabelitos pequeños de pino en / tres rreales	c ij
Çinco libras de cera en diez y ocho rreales	dc x ij

jx^o c l vij

Los cuales dichos bienes se apreciaron / á mi contento y en su justo precio e valor / E Renunció que no pueda dezir ny alegar que soy en / gañado en ninguna cantidad avnque sea mas o menos / de la mytad del justo precio. e los dichos bienes muebles / contenidos y declarados en esta scriptura Recibi en presençia / *del scriuano Publico desta carta e testigos della que dara fee / dello. E yo el dicho scriuano doy fee que en mi presençia / e de los dichos testigos el dicho señor miguel de ceruantes saauedra Recibio los dichos bienes muebles segun e / como se contienen e declara en esta scriptura y el se dio / por entregado dellos. E yo el dicho miguel de zeruantes / saauedra mando a la dicha doña catalina de pala/cios e salazar mi muger En arras y proter nupcias / y donacion ynrebocable que el derecho llama Entre / biuos. cien ducados que valen treynta y siete myll e / quinientos mrs. que confieso que caben en la dezima / parte de mis bienes derechos e acciones y si de pressente / no son tantos le mando los dichos cien ducados de las dichas / aRas de los bienes que de pressente tengo E / adelante tuuiere y adquiriere En qualquier / manera E desde luego doy e pongo a la dicha doña / catalina de palacios e salazar mi muger en la posesion / de las dichas arras en los dichos mis bienes quedando / como queda e Reseruo en mi la administracion / dellos. con los cuales dichos cien ducados de las dichas / aRas suma E monta la dicha dote de la dicha / doña catalina de palacios e salazar mi muger ciento / ochenta y dos myll y dozientos y nouenta y siete mrs. / los quales terné conseruados en mis bienes / e no los vendere ny enagenare ni obligare callada / ny espresamente a nynguna deuda ciuil ny criminal / antes procurare su aumento y acrecentamiento. E Por esta presente carta me / obligo que cada e quando y luego que En/tre mi y la

*fol. 56 r.

dicha doña catalina my muger fuere di/suelto o separado el dicho matrimonyo por / muerte o Por otra causa de las que el derecho / permyte yo e quien de mi la ouiere daremos / boluere-mos e Restituyremos e pagaremos / *a la dicha doña catalina de palacios e salazar / my muger e a sus erederos y subcesores e a quien por ella / lo ouiere de auer y cobrar los dichos ciento y ochenta / y dos myll e dozientos y nouenta y siete mrs. de la dicha / su dote e a Ras donde quiera que ella o los / dichos sus erederos Eli-gieren y escogieren y señalaren / sin nynguna delacion ny Retencion aunque de derecho / se me conceda auxilio y fauor para Retener la do-te / mueble vn año y otros qualesquier derechos e auxilios / de que me pueda aprovechar lo cual rrenuncio. Ansy / mesmo le pagare todas las costas e daños que / por rrazon dello se le si-guieren E Recrecieren. E para / El cumplimien-to e pa[go] de lo contenido en esta scriptura / obligo mi persona E bienes auidos e por auer / e doy poder cumplido. a qualesquier justicias / E juezes de su magestad de qualquier jurisdic-cion e fuero al / qual me someto E Renuncio El myo propio y la / ley sid convenerid etc. Para que por uia e/xecutiva E la que de derecho aya lugar me con/pelan e apremien al cumplimien-to e paga / de lo que dicho es como si esta scrip-tura fuese sen/tencia difinytiva dada contra mi E por / my consentida o passada En cosa juz-gada sobre / lo qual Renuncio todas e quales-quier / leyes fueros e derechos que sean en my fauor / por que no me valgan / y specialmente Renuncio la / ley e derechos en que dize que general Renunciacion / de leyes fecha non vala. E yo la dicha / doña catalina de palacios e sala-zar / con licencia que ante todas cossas / pido y demando al dicho miguel de çeruantes / saaue-dra mi señor e marido para lo aqui / contenydo e yo el dicho miguel de / *çeruantes otorgo que doy y concedo la dicha / my licencia a uos la dicha doña catalina / de palacios y salazar mi muger para el efecto / quenella pedis la qual no Reuocare en manera / alguna debajo de Ex-presa obligacion que para / Ello hago de my persona e bienes auidos e por / auer. e yo la di-cha doña catalina de palacios e / salazar vsando de la dicha licencia en / la mejor manera e for-ma que de derecho aya lugar e otorgo que acep-to e Recibo esta scriptura / de dote e la dona-cion e manda de los dichos cien / ducados en arras. fecha e otorgada En mi fauor / segun e como en ella se contiene E / declara. porque todo ello me valga E / aproveche a my e a los dichos mys erederos e subcesores / En testimo-nio de lo qual nos dichos miguel de çeruantes saauedra e doña catalina de palacios E sa/lazar otorgamos esta carta antel scriuano publico e testigos aqui contenidos / que fue fecha E otor-gada en el dicho lugar de esquiu[i]as / a nueue dias del mes de agosto de myll e quinientos y ochenta / e seis años estando presentes por testi-gos francisco marcos / anton doblado y anton doblado su hijo vecinos del / dicho lugar y los otorgantes a quien yo el dicho scriuano doy fee / que conozco lo firmaron de sus nombres. Va en-tre renglones en dos partes / que abona quenta

*fol. 56 v.

y en parte de pago de la dote que se me man-do.—Hay una rúbrica./

Miguel de cervantes
Saavedra (rúbrica)

doña catalina
de palaçios i salaçar

ante mi
Alonso de Aguilera
escriuano (rúbrica)

Dos reales (rúbrica)

* *

NOTA.

Veinticinco de Agosto de mil setezientos no-venta y seis: á pedimento de Don Gabriel / de Sancha, comerciante de libros é impresor en Madrid; y en virtud / de auto del Sr. D. Cele-donio Aguado, Alcalde actual desta villa, di copia de esta / escritura en papel del sello se-gundo, para insertarla según se expone en el Pe/dimento, en la historia de D. Quijote de la Mancha, que escribió Miguel de Ceru[ant]es Saavedra y se está imprimiendo por D. Juan Antonio Pellicer, / B[iblioteca]rio de S. M.—Siguenza / escribano. (rúbrica)“/

(Es copia literal).

9.^a—Notas bibliográficas. Ediciones de la “Galatea” en español.

Como decimos en el texto, la edición prime-ra de la pastoral de Cervantes fué hecha á cos-ta de Blas de Robles, mercader de libros, cuya propiedad adquirió mediante la suma indicada. Imprimióla en Alcalá de Henares Juan Gracián. La portada dice así:

Primera parte de la Galatea, dividida en seis libros. Compuesta por Miguel de Cervantes Saavedra. Dirigida al Ilmo. Sr. Ascanio Colo-na, abad de Sancta Sofía. Con licencia. Por Juan Gracián. Alcalá de Henares, 1585. Á cos-ta de Blas de Robles, mercader de libros. En 8.^o Clara impresión y buen papel. 8 hojas prelimi-nares y 375 folios. Lleva un escudo con las ar-mas de los Colonas.

La tasa está firmada en Madrid á 15 de Mar-zo de 1585, por Miguel Ondarza Zabala. La fe de erratas, á último de Febrero del mismo año, está suscrita por el catedrático de la Universidad de Alcalá y corrector de libros por S. M., Licen-ciado Vares de Castro.

La aprobación de Lucas Gracián de Antisco (Dantisco) lleva fecha de 1.^o del dicho mes, y en ella expresa su opinión completamente favora-ble á la impresión de *Galatea*, “atento (dice) á ser tratado apacible y de mucho ingenio, sin per-juicio de nadie, así la prosa como el verso; antes por ser libro provechoso, de muy casto estilo,

buen romance y galana invención". El privilegio del Rey fué concedido el 22 de Febrero. Está signado de Antonio de Eraso.

Son rarísimos los ejemplares que se conservan de esta edición *príncipe* de la *Galatea*. Uno existe, falto de portada, en la biblioteca provincial de Barcelona, que es el que tuvo D. Leopoldo Rius á la vista para describirla en el tomo primero, pág.^a 101, de su *Bibliografía crítica de las obras de Cervantes*. Otro ejemplar, perfectamente conservado, posee el ilustre historiador y cervantista D. José María Asensio y Toledo. El sabio bibliógrafo D. Pascual Gayangos disfrutaba de otro, que hoy es propiedad del Museo Británico, según creemos. Y además era dueño de otro el célebre D. Pedro Salvá.

Se ha intentado por algunos demostrar que la edición primitiva de *La Galatea* se publicó en 1584; pero éste es un error que no puede aceptarse, y que rebatió, con muy atendibles razones, el Sr. Salvá en el artículo 1740 del famoso *Catálogo* de su librería.

Habiéndose puesto el precio á la obra el 15 de Marzo, es indudable que entonces acababa de ser impresa é iba á ponerse á la venta. Compuesta por Cervantes en todo el año 83, según nuestros cálculos, debióse proceder á la impresión desde mediados del 84 y se concluyó en Febrero ó Marzo del 85. El real privilegio que se concedió lleva la fecha de Febrero de este mismo año, no siendo posible que se hubiera concedido otra licencia especial en el de 84 para esa supuesta edición que nadie pudo ver, porque nunca ha existido.

Salvá presenta este argumento, que no tiene réplica: "Hay otra seña (dice) bastante evidente de ser la edición de Alcalá la príncipe y genuina; y es la de llevar en el frontis, grabado en madera, el escudo de armas de los Colonas".

* *

La segunda edición de *La Galatea* se publicó en Lisboa el año de 1590, con este título:

Primera parte de la Galatea, dividida en seys Libros. Compuesta por Miguel de Cervantes Saavedra, etc. En Lisboa, 1590. Con licencia del Santo Oficio. En 8.^o, 4 hojas preliminares y 423 folios.

En esta edición se cometieron las mayores arbitrariedades. El que revisó el texto genuino, que creemos fuera Frey Bertholameu Ferreyra, con espíritu verdaderamente inquisitorial, suprimió palabras y conceptos, alterólos á capricho, variólos por otros de su cosecha, y dejó el hermoso cuadro de Cervantes mutilado de manera que causa lástima. El necio corrector que-

ría quitar, á lo que parece, todo sabor herético á la obra. Todo recuerdo de dioses de la gentilidad había que suprimirlo. El aplicar determinados adjetivos á personas, cosas y asuntos mundanos, semejábale una profanacion, una licencia, un atrevimiento que había que evitar en absoluto, aunque la lógica y hasta el sentido común quedasen en la más lamentable evidencia. Nada de hablar del hado ni del destino; nada de llamar sacro á Apolo; nada de divinos ojos ni de célica hermosura.

¿Decía en el texto "la inmortal belleza?" Pues mal dicho; y ponía el muy zote: "la muy gran belleza". ¿Escribió Cervantes aquella hipérbole amorosa de "más que el Cielo, más que el Sol hermosa?" Pues eso olía á impiedad. Y el muy ignorante enmendaba, poniendo: "sobre las pastoras más hermosas". ¿Se leía "un angel bello?" Pues estaba mal. ¿Cuánto más bonito no era "una gran belleza?" ¿Qué era eso de "divinos ojos?" Contentáranse con ser "bellos". "¿Fatal destino?" ¡Qué escándalo! ¿Cuánto mejor no sonaba "á tal camino?"

Del sacro Apolo la divina ciencia,

había escrito Cervantes en un buen verso; pero el arreglador lo dejó hecho una lástima en estro, cojo, ruín y malo:

Del gran Apolo la gran ciencia.

El sabio bibliógrafo D. Leopoldo Rius, ha hecho en el primer tomo de su *Bibliografía crítica*, pág.^s 102 y 103, una oportuna censura de semejantes atrevimientos, notando las graves supresiones y aditamentos efectuados.

Los ejemplares de esta infiel edición son tan raros, que el Sr. Rius no conocía ningún otro sino el de su pertenencia.

* *

La tercera edición de *Galatea* se publicó en París, bajo la dirección de Cesar Oudín, maestro de lengua española.

Lleva el siguiente título: *Galatea, dividida en seis libros. Compuesta por Miguel de Cervantes Saavedra.* En París, por Gilles Robinot, en la calle de la Drapería á la enseña del plato de estaño y en la pequeña galería de Palacio.—MDCXI.—Con privilegio de S. M. cristianísima. En 8.^o, 8 hojas prel. y 474 pág.^s

Las siguientes palabras, dirigidas por Cesar Oudin á los estudiosos y amadores de las lenguas extranjeras, demuestran el gran aprecio que hacía aquel docto francés de la pastoral de Cervantes: "Llevóme la curiosidad á España el año pasado (1610) y movióme la misma estando allí á que yo buscasse libros de gusto y entreteni-

miento.... Pero, como tuviese principalmente en mi memoria á este de *La Galatea*, libro ciertamente digno (en su género) de ser acogido y leído de los estudiosos de la lengua que habla, tanto por su elocuente y claro estilo, como por la sutil invención y lindo entretenimiento de intrincadas aventuras y apacibles historias que contiene; busquéla casi por toda Castilla y aun por otras partes, sin poderle hallar, hasta que pasando á Portugal y llegando á una ciudad, fuera de camino, llamada Evora, topé con algunos pocos ejemplares; compré uno de ellos; mas vi que la impresión tenía varias erratas, no sólo en los caracteres, pero aun faltaban algunos versos y renglones de prosa enteros. Corregílo y remendélo mejor que supe". El 14 de Octubre de 1611 se acabó de imprimir esta edición.

Por inadvertencia, indudablemente, no logró Cesar Oudín lo que deseaba. En vez de haber recorrido ambas Castillas en busca de un ejemplar de *La Galatea* con el texto genuino, tal como salió de las prensas del alcalaino Juan Gracián, pudo haberse dirigido personalmente al mismo autor, que desde 1606 vivía en Madrid, y él le hubiera facilitado el libro, y quedado satisfecho de sus propósitos. Y esa entrevista bien pronto pudo obtenerla, con sólo indagar, por medio del conocido librero Francisco de Robles, las señas del domicilio de aquel autor que tanto le seducía y admiraba.

La edición, pues, de París tuvo que resultar necesariamente imperfecta, pues el texto que siguió Oudin era, como sabemos, alterado y defectuoso; y todos los esfuerzos que hizo por repararlo y corregirlo, no consiguieron restablecer la pureza de la primitiva impresión de 1585, compuesta exactísimamente con arreglo al mismo manuscrito original de Cervantes.

* *

La cuarta edición de *Galatea* se publicó en Valladolid. Lleva el siguiente título: *Primera parte de la Galatea, dividida en seis libros*. Compuesta por Miguel de Cervantes Saavedra. Dirigida al Ilustrísimo Sr. Ascanio Colona, abad de Santa Sofía. En Valladolid. Por Francisco Fernández de Córdoba. Año de 1617. Á costa de Jerónimo Martínez, mercader de libros. En 8.º, 8 hojas prel. y 307 folios. Tasa en Madrid á 8 de Marzo de 1617, por Juan Gallo. Fe de erratas, firmada en Valladolid á 26 de Febrero por el doctor Agustín de Vergara.—Sigue en todo la primera edición, á excepción de algunas erratas.

La quinta edición se publicó también el mismo año, con la rareza de haberse variado el título.

En él se dice: *La discreta Galatea, etc.* En

Baeza, por Juan Bautista Montoya. En 8.º Cítala Nicolás Antonio. Rius dice en su incomparable *Bibliografía cervántica* que no tiene noticia de ejemplar ninguno de dicha edición.

* *

En 1618, se publicaron dos ediciones: una en Lisboa con el título de *La Discreta Galatea*, dividida en 6 libros, con todas las licencias necesarias, por Antonio Alvarez, en 8.º, 374 páginas; y otra en Barcelona, que lleva la siguiente portada: *Los seis libros de la Galatea*, compuesta por Miguel de Cervantes Saavedra, etc.

Por Sebastián Cormellas y á su costa. 1618. En 8.º, 6 hojas prel. y 272 fol.

* *

Cerca de siglo y cuarto había transcurrido desde que se publicó la edición de Barcelona en 1618, cuando apareció una nueva de la obra pastoril de Cervantes, que en el orden numérico fué la octava.

Vió la luz en Madrid, con este título: *La Galatea, dividida en seis libros*, compuesta por Miguel de Cervantes Saavedra. Va añadido el *Viaje del Parnaso*. Con licencia. En Madrid, por Juan de Zúñiga. Año de 1736. Á costa de Francisco Manuel de Mena, mercader de libros.

En 8.º mayor, 4 hoj. prel. y 332 páginas.

El larguísimo espacio de tiempo que pasó sin que se estampase nueva edición de la *Galatea*, revela claramente cómo varió el gusto del público por las novelas pastoriles, que tan leídas y popularizadas estaban dos siglos antes.

* *

La novena edición publicóse el año de 1772. Su portada es la siguiente: *La Galatea, dividida en seis libros, etc.*, por la viuda de Manuel Fernández. En 4.º, 4 hoj. prel. y 431 páginas.

La décima edición de *Galatea* salió de la famosa oficina de D. Antonio de Sancha. El trabajo tipográfico magnífico, como todos los de aquella casa. La portada dice:

Los seis libros de Galatea. Escrita por Miguel de Cervantes Saavedra. Dividida en dos tomos. Corregida é ilustrada con láminas finas. En Madrid. Por D. Antonio de Ibarra. Año de M.DCC.LXXXIV. En 8.º marquilla; 16 páginas prel. y 304 de texto el tomo 1.º y 324 páginas el tomo 2.º. En el primero se contiene una dedicatoria del editor á D. Joseph Moñino, Conde de Floridablanca.

La undécima edición salió también en Madrid. Consta de tres tomos en 8.º menor, con 6 láminas. Fué impresa por Vega en 1805.

La duodécima edición se hizo por los hijos de

D.^a Catalina Piñuela, en Madrid, 1829; dos tomos, 8.^o, conteniendo el segundo el *Viaje del Parnaso*. Lleva cinco láminas.

* *

Las ediciones décimatercera y décimacuarta vieron la luz en Paris, en las reimpresiones que hizo la casa de Baudry de las *Obras de Cervantes*. 1835 y 1841.

Contiene la *Galatea* el tomo III de ellas y es el XXV de la colección de *Autores españoles* de dicho editor.

La edición décimaquinta de *Galatea* salió, año de 1848, en el primer tomo de la *Biblioteca de Autores Españoles*, publicada por D. Manuel Rivadeneyra. Hace notar el Sr. Rius que "esta edición suprime los veinticinco últimos versos del canto de Lauso al principio del libro cuarto; y como estos versos componen cabalmente una página entera (la 31 de la edición de Sancha, que sirvió de modelo á la presente) debe de atribuirse la supresión á descuido grave del cajista".

El mismo patriótico editor hizo la edición décimasexta en los tomos primero y segundo de su *Colección de Obras completas de Cervantes*. Madrid, año de 1864.

El texto de la *Galatea* se purificó debidamente, gracias al esmero con que enmendó y corrigió en él los defectos de que adolecía, el ilustre literato D. Cayetano Rosell, quien procuró que la obra resultase exactamente igual á la primera impresión de 1585. Con mucha razón dice, por consiguiente, Rius, que es ésta la edición más correcta y perfecta que existe de la *Galatea*.

Y el mérito de ella es tanto mayor para los literatos y personas estudiosas, cuanto que en el segundo tomo se publican las interesantes y concienzudas notas que escribió el sabio bibliógrafo D. Cayetano Alberto de la Barrera acerca de los poetas elogiados por Cervantes en el *Canto de Caliope*.

* *

La casa editorial de Gaspar y Roig publicó en Madrid, año de 1866, la décimaséptima edición de *Galatea*. Ocupa la reimpresión las 127 primeras páginas del tomo en 4.^o que contiene, además de dicha obra, todas las *Novelas ejemplares*, los *Trabajos de Persiles y Segismunda*, el *Viaje del Parnaso*, y las *Poesías sueltas*.

La décimaoctava edición, microscópica, de la *Galatea* se publicó en Madrid por Moya en 1883. En 16.^o menor. Un tomo de 526 páginas, de las que ocupan 387 la reimpresión de dicha obra y el resto el *Viaje del Parnaso* y las *Poesías sueltas*.

D. Martín Fernández de Navarrete prometió ocuparse extensamente en el examen de *Galatea* cuando se estampase esta obra por la Real Academia Española; pero dicha edición, que hubiera sido muy estimable, no ha llegado á publicarse; y, de los datos que dejaría escritos, debió aprovecharse seguramente su nieto D. Eustaquio, para el *Bosquejo* que estampó sobre la novela española en un tomo de los *Autores españoles* de Rivadeneyra, especialmente en lo tocante á los personajes, escritores y poetas que se ocultan bajo seudónimos y trajes pastoriles en la *Galatea*.

10.^a—Lo que dice Cervantes de Filena. Lo que piensan algunos críticos.

Cervantes dijo en su *Viaje del Parnaso*, hablando de sus obras, que

También al par de Filis mi Filena
Resonó por las selvas, que escucharon
Más de una y otra alegre cantilena.

Se habla aquí indudablemente de una composición escrita por Cervantes en su primera juventud, dedicada á la predilecta de su corazón, á la que llamó Filena, como otros bautizaron con el nombre de Filis á las damas á quien amaban ocultos con el antifaz pastoril.

Ha habido críticos, sin embargo, que han sospechado que no se trata aquí de una poesía amorosa del género campestre. Para ellos Filena no es una producción literaria, un ensayo juvenil, sino el nombre puramente ideal de la mujer adorada; y creen, como D. Bartolomé J. Gallardo, que Cervantes no diría Silena, sino Filena en su romance de los *Celos*, como escribió en el terceto del *Viaje*.

D. José María Asensio, opina que Filena es equivocación por Silena; pero sus razones no llevan el convencimiento á los ánimos. Entiende el distinguido literato que Cervantes escribiría su *Galatea* cuando estaba en Portugal. Hizo entonces un bosquejo de novela y, "estudiándola despacio (dice) parece que Lauso era el pastor destinado á figurar la persona de Cervantes; sus amores con *Silena*, eran los de éste con la dama portuguesa, y el nombre poético con que Cervantes la celebraba, quizá fué el primero que se puso á la novela".

El Sr. Asensio entiende que el boceto hecho en Portugal, y se refiere á la dama portuguesa, lo reformó más tarde Cervantes al contraer relaciones amorosas con D.^a Catalina de Palacios. Es decir, que si creó los nuevos personajes Elicio y Galatea, dejó también en la historia de

Lauso el recuerdo de sus aventuras en Portugal.

Conjeturaba esto nuestro ilustre amigo en un notable artículo que publicó, año de 1871, en la *Crónica de los Cervantistas* (tomo I, núm. 1.^o); pero padecía manifiesto error. Toda su ingeniosa argumentación cae por su base, desde que ha quedado aclarado después que en Silena no pudo aludir Cervantes á ninguna dama portuguesa, supuesta madre de su hija D.^a Isabel de Saavedra, según sospechó D. Martín Fernández de Navarrete, por la sencilla razón de que no existieron nunca ni tal dama ni tales amores.

Es más aceptable creer que Cervantes llamase Filena á una dama á quien quiso elogiar con este nombre en alguna égloga ó cantinela tierna y amorosa. Así opinamos y juzgamos como lo más acertado y verosímil. La variante de Silena por Filena la tenemos por innecesaria, á nuestro humilde parecer.

11.^a—Comprobación de cuanto decimos.

Por no hacer en demasía extenso el juicio crítico de la hermosa pastoral de Cervantes, dejamos de copiar muchos ejemplos que confirman lo que decimos, y consignamos detenidamente en série de artículos que publicamos en el tomo II de la *Crónica de los Cervantistas*, pág.^s 183 y siguientes, con el título de *La Galatea de Cervantes y la novela pastoril*, adonde remitimos al lector.

12.^a—Palabras textuales de Agustín de Rojas sobre el origen del Teatro Español.

Se lo dió á nuestra comedia
Juan de la Encina el primero,
Aquel insigne poeta
Que tanto bien empezó,
De quien tenemos tres églogas,
Que él mismo representó
Al Almirante y Duquesa
De Castilla y de Infantado,
Que éstas fueron las primeras.

Y porque yo no pretendo
Tratar de gente extranjera,
Sí de nuestros españoles,
Digo que Lope de Rueda,
Gracioso representante,
Y en su tiempo gran poeta,
Empezó á poner la farsa
En buen uso y orden buena,
Porque la repartió en actos,
Haciendo introito en ella,
Que agora llamamos loa
Y declaraba lo que eran

Las marañas, los amores,
Y, entre los pasos de veras,
Mezclados otros de risa,
Que, porque iban entre medias
De la farsa, los llamaron
Entremeses de comedia,
Y todo esto iba en prosa
Más graciosa que discreta.
Tañían una guitarra,
Y ésta nunca salía fuera,
Sino adentro y en los bancos,
Muy mal templada y sin cuerdas:
Bailaba á la postre el bobo,
Y sacaba tanta lengua,
Todo el vulgacho embobado
Al ver cosa como aquella, etc.

13.^a—Mención que hace Rojas de Cervantes.

Aunque en otro capítulo de esta obra hemos de hablar, con la detención indispensable, de los trabajos dramáticos cervantinos, creemos oportuno copiar ahora lo que escribió Rojas en su *Viaje entretenido* respecto de la influencia de Cervantes en el mejoramiento del Teatro nacional.

Luego los demás poetas,
Pusieron figuras graves
Como son reyes y reinas.
Y fué el primero de éstos
El noble Juan de la Cueva,
Que hizo del padre tirano,
Como sabeis, dos comedias;
Sus *Tratos de Argel* Cervantes;
Hizo el comendador Vega
Sus Luras; y el bello Adonis
Don Francisco de la Cueva.

Es indudable que los *Tratos* y los *Baños de Argel*, fueron de las primeras comedias que se llevaron á la escena, poco después, ó simultáneamente á la publicación de su *Galatea*.

14.^a—Pedro de Morales, gran amigo de Cervantes.

Y no sólo amigo, sino uno de los olvidados protectores del gran Escritor, fué aquel famoso representante.

Cervantes le elogió con mucho afecto en su *Viaje del Parnaso*, diciendo en el capítulo II:

Este que de las Musas es recreo,
La gracia y el donaire y la cordura,
Y de la discreción lleva el trofeo,
Es Pedro de Morales, propia hechura
Del gusto cortesano, y es asilo
Adonde se repara mi ventura.

Y en el capítulo VIII del mismo *Viaje* añade, despidiéndose de los poetas sus amigos:

El pecho, el alma, el corazón, la mano
Dí á Pedro de Morales, y un abrazo.

Agustín de Rojas le mienta entre los cómicos notables de su tiempo en una de sus preciosas loas.

De los farsantes que han hecho
Farsas, loas, bailes, letras,
Son Alonso de Morales,
Grajales, Zorita, Mesa,
Sánchez, Rios, Avendaño,
Juan de Vergara, Villegas,
PEDRO DE MORALES, Castro....
Y otros que no se me acuerdan,
Que componen y han compuesto
Comedias muchas y buenas.

Lope de Vega, de quien fué también amigo Pedro de Morales, le llama en el *Peregrino en su patria* "adornado y afectuoso representante."

Para los admiradores de Cervantes, el discreto y celebrado farsante y autor dramático, tiene además el dulce recuerdo de la gratitud por lo mucho que supo estimar y favorecer al Príncipe de los Ingenios, entonces tan desatendido y necesitado.

15.^a—Nuevo erudito estudio de D. Cristóbal Pérez Pastor.

Cuando se está publicando nuestra obra, ha visto la luz en Madrid, (1901, establecimiento tipográfico de Fortanet) un notabilísimo libro del sabio erudito y bibliógrafo D. Cristóbal Pérez Pastor, con el título de *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*. En 4.^o, XV hoj. prel. y 371 de texto, notas, aclaraciones, apéndices é índices.

Es un trabajo de sumo interés y grandísimo mérito, en el que el Sr. Pérez Pastor y su amigo el bibliotecario de Valladolid, Sr. Tomillo, ofrecen á las personas amantes de los estudios literarios una obra de inapreciable importancia en orden á datos y noticias biográficos y de selecta bibliografía.

La producción que citamos, y de la que tendremos que hablar más extensamente en sucesivas páginas, no es sólo de original aliciente por la publicación de un proceso, seguido á Lope de Vega, que difunde clarísima luz sobre hechos de su vida y explica rigurosamente muchos pasajes de sus escritos, sino minucioso trabajo de investigación afortunada acerca de la historia del Histrionismo en España y sus más famosos interpretadores en un período determinado, cuando nuestro Teatro, cobrando vigor, lozanía y perfecciones hechiceras, se hacía digno de la admiración de las naciones cultas.

Pérez Pastor nos presenta, con pormenores exactos y gran número de incidentes, la figura

interesante del celebrado cómico Jerónimo Velázquez, y las intimidades del hogar, ofreciéndonos con fidelidad entera hasta las más pequeñas peripecias de su vida y la de sus hijos, existencia artística, triunfos y holgada situación económica, desde que, abandonando el arte de construir, dejó su oficio de solador, y llegó á ser uno de los más aplaudidos representantes en la última mitad del siglo XVI, y director de numerosa y estimada compañía "no sólo en Madrid, sino en Sevilla, Toledo, Búrgos y otras ciudades de España". (Pág.^s 81 y siguientes).

16.^a—Documentos comprobatorios. Datos irrecusables.

El extracto del documento que citamos en el texto, es el siguiente:

"Inés Osorio, en su nombre y el de su marido Jerónimo de Velázquez, imponen un censo á favor de Gaspar Maldonado, sobre unas casas de su propiedad, sitas en Madrid, calle real de Lavapiés, de doscientos ducados por otros tantos que el Maldonado les había prestado á sus ruegos. "Digo (palabras textuales) que vendo (habla Inés Osorio) á vos, Gaspar Maldonado, cinco mil y trescientos y cincuenta y siete maravedis de censo y renta en cada un año..... y me obligo de dar y pagarlos por los tercios, etc."

La carta de censo fué hecha y otorgada en Madrid ante el escribano Joseph de Velés, siendo presentes por testigos MIGUEL DE CERVANTES, Gabriel Maldonado y Andrés Carrillo, vecinos y estantes en la villa de Madrid; y por la dicha otorgante no saber escribir, á su ruego firmó uno de los dichos testigos, que fué Cervantes.

Equivocadamente hemos dicho en el texto que la fecha de la carta de censo fué el 20 de Octubre, pues se hizo y otorgó en Madrid á primero de Agosto del referido año 85. (Puede leerse en la *Colección de documentos inéditos* de Pérez Pastor, doc. núm. 24, pág.^s 87 y 88).

Jerónimo Velázquez estaba entonces en Burgos. Desde allí otorgó poder y licencia á su esposa D.^a Inés Osorio, con fecha de 26 de Julio, para que pudiese imponer el censo citado de cinco mil trescientos setenta y cinco maravedis por el préstamo que le hizo Gaspar Maldonado, menestral de la villa de Madrid, que ascendía á doscientos ducados, y los había recibido el 6 de Junio de 1584.

* *

Los datos ofrecidos por Pérez Pastor, irrecusables, como sacados de documentos legales, dan una completa noticia de los principales tra-

bajos escénicos realizados por la compañía de Velázquez en los últimos treinta años del siglo XVI; datos dignos de ser divulgados, ya por referirse á tan notable *autor de comedias*, ya por haber sido amigo de Cervantes y, sin duda, representado y comprado alguna de las que escribió.

El año 1570, siendo todavía albañil, se concertó Velázquez con el Ayuntamiento de Segovia para hacer en dicha ciudad las fiestas del Corpus, donde se obligó á representar dos autos: *El Santísimo Sacramento* y *El Pleito de la luna*.

En 1575 y 76 fué contratado por la villa de Madrid para representar autos en las fiestas del Corpus.

El año 81 trabajó en Madrid, Alcalá de Henares y Piedrahita.

Representó el año 82, en unión del también autor de comedias Alonso de Cisneros, tres autos en las fiestas del Corpus de Madrid. Uno era *El Sacrificio de Abraham*; otro *La Coronación de Ntra. Señora*, y otro á elección del Corregidor de la villa.

En Sevilla estuvo representando el año 83, siendo Pedro Saldaña su compañero, dos días de trabajo cada semana.

Hizo tres autos en Madrid el año 84, cobrando ciento trece mil novecientos maravedis: *El Retorno de Egipto*, *Simón Mago* y otro sacramental á elección del Corregidor de la villa y corte. También actuó con su compañía este año en el teatro de la Cruz de Madrid.

En 1585 estuvo trabajando en Burgos; el 86 representó autos en Madrid en la solemnidad del Corpus. Durante las mismas fiestas, al año siguiente, cuando ya estaba Cervantes en Sevilla, representó en la capital andaluza tres autos: el *Quebrantamiento del Infierno*, *El Socorro del alma* y *El Milagro de los corporales de Dárocá*.

Hizo los autos del Corpus en Madrid el año 89, por setecientos ducados, y además se le dió licencia para representar desde el segundo día de Pascua florida hasta el Corpus, tres días de trabajo en cada semana, más las fiestas y el domingo.

El cabildo de la Iglesia Mayor de Toledo contrató á Velázquez para las fiestas del Corpus en 1590.

En 1593 volvió Velázquez á Sevilla donde hizo para el Corpus cuatro autos: *David, Justo y Pástor*, *David y Navalcarmelo* y *La Reina de Candasia*. Cobró por ellos 1200 ducados.

El año 94, se concertó con el Ayuntamiento de Madrid para representar cuatro autos.

"Poco después de esta época (dice Pérez Pastor) debió retirarse del teatro, pues no aparece su nombre en los libros de Acuerdos del Ayuntamiento de Madrid, ni en los registros de los escribanos al tratar de los autos y comedias" (*Proceso de Lope de Vega*, pág.^s 137 y siguientes).

17.^a --D.^a Andrea de Cervantes vecina de Madrid.

Consta la vecindad de D.^a Andrea en Madrid en Agosto del año 1587, donde también viviría los anteriores, por un documento, el 27, que publica en su *Colección* Pérez Pastor.

Es una carta de pago que D.^a Andrea otorga á favor de Jerónimo de Valladolid, por quinientos reales que recibía á cuenta de un débito que con ella tenía contraído D.^a Ana de Illescas, vecina de Sevilla. Jerónimo de Valladolid tenía poder de D.^a Andrea para cobrar la deuda á D.^a Ana. Recibió los quinientos reales en Madrid á nombre de Jerónimo, por mano de Luis Gallo, en la casa de cambio de Andrés de Écija y Pedro de Villamor.

18.^a --Una comisión de Cervantes en Sevilla.

Que Miguel de Cervantes estaba dedicado ya, desde 1585, á las tareas de comisionista, con las que alternaban sus trabajos literarios, según consignamos en el texto, consta sin duda alguna por un documento irrecusable: una carta de pago otorgada por él en favor de dos vecinos ó residentes en Sevilla, llamados Diego de Alburquerque y Miguel Ángel Lambias, por cobranza de ciento ochenta y siete mil maravedis.

La letra ó libranza firmada de dichos señores, dice textualmente así:

"En Sevilla, cinco de Diciembre mil y quinientos y ochenta y cinco. Pagarán vuestas mercedes por esta primera de cambio, á diez días vista, al Sr. Miguel de Cervantes, ciento ochenta y siete mil maravedis, por la valor recibida del mismo en reales de contado, y pónganse á nuestra cuenta.—Christo con todos.—Pagarán vuestas mercedes como se dice.—Diego de Alburquerque y Miguel Ángel Lambias.—Á los ilustres señores Baltasar Gómez y Compañía, mis señores en Madrid; primera.—Aceptada en 19 de Diciembre por nos.—Gómez y Compañía".

Ignórase el género de comisión que desempeñó Cervantes y por quién fué enviado á Sevilla. Parece que el objeto era cobrar determinadas cantidades, lo cual efectuado, en parte ó por completo, depositó el dinero en poder de los se-

ñores Alburquerque y Lambias, quienes le dieron la libranza ó cédula correspondiente para que hiciese efectivas las cantidades en Madrid, donde indudablemente viviría el acreedor que confió la comisión de cobro á Cervantes.

Quizás desempeñó ésta en los meses de Octubre y Noviembre, y volvería á Madrid á mediados de Diciembre, pues el *acepto* de Gómez y Compañía tiene la fecha del día 19.

Cervantes, en la carta de pago, confesó ha-

ber recibido en tres partidas el total importe de la letra, que fué pagada en la casa de cambio de Andrés de Écija y Pedro de Villamor. Diecisiete mil maravedis en 23 de Diciembre; seis mil y ochocientos el día 28, y los ciento sesenta y tres mil y doscientos restantes hasta el completo de los ciento ochenta y siete mil, el 30 del mismo mes.

Esta carta de pago la inserta Pérez Pastor en sus *Doc. Cerv.* núm. 26, pág.^s 93 á 95.

CAPÍTULO II.

Miguel de Cervantes Saavedra comisario de flotas.

Llega Cervantes á Sevilla en 1587.—Reflexiones sobre las revueltas de Flandes.—Felipe II é Isabel de Inglaterra.—Protección que dispensó á los rebeldes.—Causas antiguas de resentimiento.—Motivos de nuevos odios entre ambos monarcas.—Procedimientos injustificables por parte de Isabel.—Carácter moral de los dos rivales.—Isabel protectora de actos piráticos.—Sus inauditas provocaciones.—Agresión del Drake contra Cádiz.—Muerte de María Estuardo, Reina de Escocia.—Cartas del Marqués de Santa Cruz aconsejando á Felipe II la jornada contra Inglaterra.—Lentitud con que el Rey se resuelve á emprender la campaña.—Plan de ésta que presenta al monarca el Marqués de Santa Cruz.—Suspensión de armas entre el Imperio turco y el Rey católico Felipe II.—Preparativos para la armada contra Inglaterra.—Intervención que en ellos tiene Miguel de Cervantes, como comisario de flotas.—Sus servicios en 1587 á las órdenes del alcalde de la Real Audiencia de Sevilla, Licenciado Diego de Valdivia.—El vicario de Ecija excomulga á Cervantes.—Comisiones de acopio de víveres que confió á Cervantes el proveedor general de flotas D. Antonio de Guevara.—Documento inédito descubierto por el autor de esta obra en el Archivo de Indias de Cádiz: se refiere á una nueva comisión de que no se tenía conocimiento.—Publicación literal de su texto.—Otros encargos de acopios que se dieron á Cervantes.—Cuentas presentadas por él de los que efectuó durante los años 87, 88 y 89 en las comisiones que le confiaron Valdivia y Guevara.—Cesa éste en el cargo de proveedor.—El que le sucede, Miguel de Oviedo, sigue ocupando como comisario á Cervantes.—El 23 de Marzo de 1590 le ordena vaya á Carmona á acopiar aceite.—Memorial que presenta Cervantes al Rey en dicho año.—Relación jurada de los gastos menudos que hizo Cervantes para la molienda del trigo en Ecija.—Pormenores curiosos.—Documento inédito referente á Carmona.—Comisiones que desempeñó Cervantes á las órdenes del proveedor D. Pedro de Isunza.—El corregidor de Ecija Francisco Moscoso, juez contra comisarios, procede contra Miguel de Cervantes en Castro del Rio.—Su prisión.—Descargos y defensa que hace Cervantes de su conducta.—Sentencia contra Cervantes.—Nuevos datos ofrecidos por D. Julián de Apráiz, relativos á Isunza y á hechos importantes de su vida.—Memorial presentado por Cervantes al Rey pidiendo que su principal, el proveedor Isunza, no sea molestado en asunto que no tiene ninguna responsabilidad.—Personas de toda confianza que, según sus palabras, tenía á sus órdenes Isunza.—Elogio de este caballero y de Cervantes, como comisario de flotas.—Cervantes recaudador de alcabalas.

Cuando Cervantes llegó á Sevilla en 1587, en cuya capital estuvo algunas semanas á últimos del año 85, según dejamos dicho en la última ilustración del capítulo precedente, era grandísima la efervescencia de la opinión pública en toda España, con motivo de los preparativos que se hacían para declarar la guerra á Inglaterra.

Dominando Felipe II en Portugal y sus posesiones, y vencida por completo la causa del Prior de Ocrato con la completa sumisión de las islas de los Azores, los intentos del soberano español se dirigían entonces con preferencia á la pacificación de Flandes, donde las armas españolas, desde que asumió el supremo mando el príncipe Alejandro Farnesio, por muerte del invicto D. Juan de Austria, conseguían señalados triunfos, en medio de actos horrorosos de feroces venganzas, en los cuales parece que pre-

tendían sobresalir entre los primeros lo mismo los católicos que los herejes.

Las guerras de Flandes, baldón de ignominia para España, sepulcro de su grandeza, sima donde se sepultaron sus tesoros, sacrificio permanente de sus hijos, teatro de inhumanitarias hecatombes, padrón de coacciones infames contra la libertad de pensamiento, causa principal del descrédito y ruina del gran imperio español en el siglo XVII, no fueron emprendidas por ningún móvil justo, ni razones de reconocida validez pueden aducirse que las disculpen.

Las provincias de Flandes ejercitaron, desde los primeros momentos, el derecho legítimo de defensa. Protestaron de las formas ilegales con que se quería sustituir un sistema recto y conciliador de gobierno con procedimientos arbitrarios y agresivos. Donde el respeto á las leyes sancionadas de antiguo, garantía santa de las li-

bertades conquistadas, constituía un culto de la conciencia dignificada y de patriótico amor, no podía por menos de producirse un general y unánime movimiento en la opinión indignada ante la tiranía del déspota, que despreciaba y vulneraba leyes, pactos y costumbres con tal de que sólo fuesen respetados sus caprichos y resoluciones. Donde, por medios absurdos de violencia, se perturbaba todo el orden social, económico y religioso de un pueblo, no era de esperar sino la rebelión y la guerra. Querer supeditar á todos con la fiscalización de los hogares, amedrentarlos con los rigores inquisitivos, sembrar la desconfianza entre las familias, forzar á creer sin persuasión, castigar sin espíritu caritativo; querer que un pueblo sano, creyente, morigerado, trabajador, bueno, modelo y dechado de puras costumbres, las alterase por mero designio del hijo del emperador D. Cárlos, por creer que en determinada religión estaba la única sabia dirección de las colectividades y los individuos, era provocar á los sumisos y convertirlos en enemigos declarados.

Los flamencos eran partidarios de las doctrinas del Cristo, no según Roma, sino según los reformadores, que muchas veces sólo querían la restauración de la pureza Evangélica, tantas veces mancillada por los mercaderes del templo. Querer, pues, que fueran católicos por fuerza, era pensar en lo imposible. Pretender que admitiesen, para conservar sus creencias religiosas, el tribunal de la Inquisición, como pasaba en España, era un completo absurdo, una exigencia intolerable que no podía surtir otro efecto sino el de rechazar la imposición con la fuerza.

Los flamencos no eran enemigos de España. Si ellos hubiesen visto que sus leyes y franquicias se respetaban, como en tiempos del Emperador Cárlos, con el mismo afecto y fidelidad que antes hubieran demostrado su cariño y obediencia. Pero Felipe II, siguiendo un camino diametralmente opuesto al iniciado por su padre, sin la experiencia ni el talento práctico que aquel poseía, después de faltar á su promesa de guardar en todo lo pactado, y concedido con benevolencia, quiso por la fuerza y el terror lo que únicamente podía obtenerse con temperamentos discretos.

Estalló así la guerra, y no hubo medio humano de amortiguar sus peligrosos efectos, ni menos impedir sus desastrosas consecuencias. Las atrocidades cometidas por el Duque de Alba no dejaron ninguna posibilidad de concertar las voluntades y evitar la pérdida de aquellas provincias, como bien pronosticó la princesa Margarita, la única que pudo haber puesto remedio al

conflicto, si la dejara continuar su hermano el plan por ella preparado para conseguirlo.

Los Estados de Flandes perdieron por completo la confianza. No se dió crédito ya después á nada que se proponía por el Rey católico. Ni se creía en la sinceridad de sus palabras, ni en la verdad de sus promesas, ni en la rectitud de sus actos. Ante el triste espectáculo de ferocidad y expoliación que ofrecían las en otro tiempo prósperas y florecientes comarcas de Flandes; perseguidos sus habitantes á sangre y fuego, privados despóticamente de sus antiguos privilegios, assoladas las ciudades, paralizado el tráfico, arruinados el comercio y la industria, encarecida la vida por los más absurdos tributos, no podían prevalecer benévolas tendencias, sino instintos vengadores, vehementes deseos de frustrar los propósitos tiránicos de un monarca que á todo trance quería destruir los hogares amados por la esclavitud y por el hambre.

Todo fué, pues, inútil para domeñar á aquel gran pueblo, que se levantó para conservar la dignidad política, la libertad de conciencia, la integridad de sus leyes, el fiel cumplimiento de sus pactos, la conservación de sus provincias, el acrecentamiento y prosperidad de su comercio y de su industria. Ni la princesa Margarita, ni Requesens, ni D. Juan de Austria, ni el mismo Alejandro Farnesio, pudieron lograr siquiera, durante algún tiempo, que prosperase y se fortaleciera la paz.

Quiso apelar á los más reprobados medios para conseguir lo que Felipe II se proponía. Púsose á precio la vida del príncipe de Orange, aquel gran defensor y caudillo de la independencia de los Estados. Un fanático, muy creído de que estaba inspirado de Dios, consiguió lo que otros no pudieron llevar á cabo; esto es, asesinar en nombre de un Rey católico y de su lugarteniente, el príncipe de Parma, al hombre digno que peleaba por ideales de regeneración é independencia.

Aquel vil asesinato no resolvió la cuestión, sin embargo, como el de Parma y su Rey esperaban. La rebelión de Flandes no terminó por eso. Por el contrario, hízose más fuerte y más temible: cobró desde el año de 1585 un impulso tan general, persistente y superior, que ya no podía concluir sin la total humillación, desprestigio y ruina de España.

Á los naturales desasosiegos que agitaban los ánimos en España en 1587, por el mal aspecto que presentaban los sucesos de Flandes, juntábanse las intranquilidades que producían los presagios, ya favorables, ya adversos, de una lucha contra Inglaterra, aconsejada como neces-

ria, desde el año 83, por el prestigioso Marqués de Santa Cruz, y cuyos preparativos se estaban haciendo entonces con inusitada actividad.

Después de la paz de Cateau-Cambresis y del casamiento de Isabel de Valois con Felipe II, parece que Isabel de Inglaterra quiso demostrar á su antiguo cortejante, á su fracasado prometido, toda la penetración de su inteligencia y toda la doblez de su tortuosa política. Ostensiblemente holgóse y aun burló de él, y menospreció la fiereza de su ascendiente y su natural severísimo con hechos que tiraban al rebajamiento de su decantada superioridad.

Aunque, en los primeros momentos de su ascensión al trono, Isabel observó una conducta equívoca, queriendo aparentar que era católica, para no romper entonces abiertamente con su cuñado, y poniéndose de acuerdo con los protestantes de Alemania, Dinamarca, Escocia y los Países Bajos, para hacerle cruda guerra; lo cierto es que la astucia, sagacidad, talento superior y despierto instinto político de aquella singular mujer, supo sobreponerse á la prudencia, recursos de hombre supremo de Estado y grandes prendas de carácter del Rey Don Felipe. Con delicadeza y diestra cordura, cual si se tratase de principiante inofensivo, le hería sin compasión en su humillado amor propio, y dejaba reducido su furor á la más ridícula impotencia.

Cuando Felipe II había enviado á Flandes al gran verdugo, al hombre sin conciencia, al inhumano Duque de Alba, la Reina Isabel le arrojaba el guante de su menosprecio, y tomaba insultante represalia de las arrogancias del tirano. Había mandado Felipe II, en una nao y cuatro zabras, para sostenimiento de las tropas del Duque de Alba, once millones de reales, arrebatados á los esquilados españoles, para que se pudiera perseguir y asesinar en Flandes á los hombres dignos y amantes de la libertad, enemigos del absolutismo teocrático y de las iniquidades de la Inquisición.

Barcos corsarios, tripulados por hugonotes, procuraron apresar á la entrada del canal de la Mancha, los barcos españoles y apoderarse de aquellas sumas. Acogiéronse éstos á los puertos de Inglaterra, confiados en librarse de la persecución de los corsarios; pero fué como salir de un peligro para caer en otro mayor. Nuestro embajador en Lóndres, que lo era entonces Don Guerau de Espés, puso en conocimiento de la Reina de Inglaterra lo sucedido, haciéndole saber que entre los corsarios perseguidores se encontraban algunos ingleses. La soberana buscó un pretexto para apoderarse á mansalva de aquel tesoro que se le entraba por las puertas.

Si bien autorizó á D. Guerau para que las referidas cantidades fuesen transportadas por tierra hasta Douvres, y luego, en buques ingleses, llevadas á Flandes, más tarde, cuando exigió el embajador el cumplimiento de la promesa, cegada de la codicia, desmintió con un acto injustificable su avarienta condición y lo acomodaticio de sus procederes. Suponiendo que no estaban seguros los capitales españoles en la nao refugiada en Southampton, fué detenida por el comandante de la isla de Wight, se despidió á sus tripulantes, se desembarcó el dinero y se le encerró en ciento cincuenta y nueve barriles; y añadiendo la burla á la arbitrariedad, quiso persuadir al embajador español de que todo lo había resuelto para mayor seguridad de que aquellas sumas no caerían en poder de los corsarios. (1)

Quejándose D. Guerau de tales actos, y reclamando se efectuara lo que primero se le prometió, Isabel, ya arrojada la máscara de su hipocresía, con ira reconcentrada, replicó que, habiendo sabido que aquel dinero pertenecía á mercaderes, resolvía tomarlo para su erario, si bien pagaría los intereses. Isabel no se contentó con esto. Arrestó á nuestro embajador, como si se tratase de un súbdito suyo, sosteniendo que la insultaba en los despachos y comunicaba inexactos informes á la corte de Madrid.

El caso no podía ser más grave, ni el sarcasmo más claro, ni la befa más patente. La indignación que produjo la conducta de la Reina, fué grandísima. El que primero respondió al acto insolente y agresivo, fué el Duque de Alba, maestro en todo lo que fuese rápido y violento. Isabel se había apoderado del dinero ajeno contra la voluntad de su dueño: el Duque de Alba se apropió las mercaderías de los ingleses en Flandes; Felipe II también intentó imitar en España tales procedimientos; pero no los extremó, según afirma el mismo Marqués de Santa Cruz, muy enterado de todo lo referente á estos asuntos. (2) Felipe II entabló reclamaciones diplomáticas para recuperar lo retenido; un legado especial encargóse de obtenerlo; pero todo sin eficaz resultado. Pasaron meses, pasaron años; mas el dinero no volvió á poder de los españoles, ni en la península ni en Flandes, al sostenimiento de cuyas guerras religiosas iba dedicado. En cambio, la Reina Isabel se hizo dueña de los once millones de reales, mandólos reacuñar, y con ellos, indudablemente, procuró reveses y desventuras para nuestra patria.

Desde 1568, en que tantas caprichosas libertades se tomó Isabel de Inglaterra contra la dignidad de España y la respetabilidad de su Rey, ya no tuvo reparo su antigua cortejada en mos-

trarse cada nuevo año más despreocupada y resuelta. Parece que para ella era ficción la supremacía de D. Felipe. Ni aun los más indispensables miramientos de la diplomacia se creía obligada á guardar la Reina de Inglaterra con el monarca hispano. Las diferencias religiosas y las malquerencias creadas por aquellas y por los celos pasionales, convirtieron los disgustos en odios terribles, y no hubo ya avenencia posible de parte á parte, sino enconos de animadversiones inveteradas que no podían concluir más que con la muerte del contrario.

Las guerras de Flandes le dieron en lo sucesivo nuevas ocasiones para ejercitar su venganza. Si nunca dejó de favorecer Isabel á los rebeldes, después de lo sucedido en 1568; ya de manera manifiesta, sin reparo ni rebozo de ninguna clase, se puso desde 1585 abiertamente á su lado y les suministró socorros, víveres, tropas y auxiliares. Un cuerpo expedicionario, que llegaba á más de seis mil soldados ingleses ó aventureros, pagados por Isabel, entraron en Flandes á las órdenes del Conde de Leicester, uno de los favoritos predilectos de la Reina, hombre más feliz en galanterías y devaneos que por sus disposiciones militares, como lo demostraron bien sus torpezas y sus errores. Amaba Isabel al Conde con intensísimo cariño. Compréndese así por qué le protegió tan especialmente y cómo le siguió dispensando sus regios favores, aun después de estar patente su ineptitud como militar caudillo.

No se trataba aquí, como pasó otras veces, de un apoyo más ó menos directo, moral ó material, á los príncipes extranjeros, como sucedió con el Duque de Alençon, aquel aventurero regio que, en tres ocasiones, quiso dominar en Flandes como intruso, no habiendo podido conseguir ser dueño, aparentemente legal, de aquellas provincias, por sus proyectados y no conseguidos matrimonios, primero con la hija mayor de Felipe II y después con la misma Isabel de Inglaterra; sueños ambiciosos que hizo desaparecer para siempre la prematura muerte del hermano de Enrique III.

Ahora, no era sólo protección dispensada á los corsarios para que causasen todo el daño posible á los católicos. Desde el momento que pactó Isabel con los insurrectos de potencia á potencia, envió tropas en su auxilio, y recibieron y ocuparon los ingleses, como prendas de garantía y cumplimiento de lo estipulado, las plazas de Flessingue, Briel y Rammukis, la guerra entre

Inglaterra y España era inevitable. Imposible de todo punto que siguieran prevaleciendo temperamentos de prudencia por parte de Felipe II. De poco servía que la Reina quisiera aparentar propósitos pacíficos, cuando los hechos desmentían terminantemente sus protestas amistosas. Sus palabras eran siempre ambiguas. Tres años pasaron, sin embargo, para que la guerra se declarara oficialmente entre ambos pueblos.

Antes y después de la decidida protección á los rebeldes de Flandes, gran número de sucesos atestiguaban, sin duda de ninguna clase, la páfida conducta de la Reina. Los actos piráticos de Hawkins y Drake contra los buques españoles y nuestras posesiones de Indias, cometidos osadamente en plena paz, casi nunca castigados, demostraron bien á las claras hasta dónde llegaban las pacíficas intenciones de Isabel. Con público regocijo recibía al afortunado corsario Francisco Drake de vuelta de sus excursiones piráticas, con señaladas muestras de beneplácito le acogía, complacía en las alegrías populares por el feliz arribo, asistía á un banquete dado en su honor, participaba sin escrúpulo de conciencia de las rapiñas efectuadas, y concluía por armarle caballero, como á ciudadano íntegro y virtuoso, elevándole á la suprema dignidad de almirante.

Sobre todos estos motivos de animadversión, existía muy de antiguo un odio inextinguible entre los dos monarcas por disparidad de creencias religiosas. Al morir María Tudor, el pensamiento de Felipe, por cálculos de Estado, fué casarse con su cuñada Isabel, según lo patentizan las negociaciones que siguió al efecto, con tal fin, el Conde de Feria. Difirió Isabel una contestación categórica afirmativa, esquivando la pretensión con evasivas burlonas, diciendo en son de donaire, "que pensaba estar sin casarse, porque tenía mucho escrúpulo de la dispensa del Papa". Decidido más tarde Felipe II á contraer matrimonio con Isabel de Valois, al saberlo la Reina de Inglaterra, expresó su extrañeza al de Feria, diciéndole, en frases del historiador cortesano Antonio de Herrera, "que cómo había sido aquello, pues aún ella no había dicho de no", á lo que respondió el Conde con viveza "que porque Su Majestad aún no había dicho de sí". (*)

Los antagonismos políticos y los odios de religión estaban simbolizados en aquellas dos excepcionales figuras históricas de su tiempo. Considerándose entrambos soberanos como representantes indiscutibles de las creencias de sus

(*) *Historia General del Mundo*, parte segunda, libro VI, capítulo IV.

respectivos pueblos, todo lo juzgaban disculpable en atención al logro de sus designios. Sin remordimiento ni vacilación cometían las más atroces venganzas, con tal de proteger las opiniones de que se habían declarado campeones fervientes. Fué más cruel y odioso en la persecución de los herejes Felipe II, que Isabel de Inglaterra en el castigo de los católicos de su reino.

Auxiliado el primero por la Inquisición, hasta en las causas meramente de Estado, para con más seguridad cebarse en los enemigos personales, como pasó, por ejemplo, con Antonio Pérez; la segunda contó en su país con un Parlamento sumisamente propicio, que contribuyó á sus planes de manera poderosa, autorizándole, y aun exigiéndole, como acto salvador y necesario, mandar ejecutar á la desgraciada María Estuardo, so pretexto de un delito de lesa Majestad, cuando realmente se quería destruir con su muerte el predominio de la religión romana en Escocia. Muchos miles de personas fueron torturados, perseguidos, entregados en España á la hoguera por sus opiniones heterodoxas: muchos cientos fueron también desterrados, perseguidos, entregados al verdugo, por no reconocer en la Reina de Inglaterra al jefe de la Iglesia reformada. Idénticas causas en los distintos pueblos para sostener diversas apreciaciones religiosas, y defender lo más puro de la conciencia, lo más respetable, lo más sublime, lo más santo, con procedimientos repulsivos y brutales.

Y si como Reyes estuvieron igualmente supeditados á sus prejuicios religiosos, Felipe II é Isabel de Inglaterra, nada pudieron tampoco echarse en cara en cuanto á sus cualidades morales. Ninguno de los dos merece elogios á este respecto. Ambos demostraron perversión de todo sentimiento moral, actos informales, poca nobleza de caracter, ruindad en muchas acciones, instintos rastreros que repugnan, y un exclusivismo, que frisaba en sistemático pérfido propósito, por hacer predominar á todo trance sus intentos preconcebidos. Uno y otro fueron falaces, engañadores, esclavos de los apetitos lascivos, desagradecidos, feroces en la venganza, defensores de principios religiosos en que quizás no creían, ó que únicamente practicaban por rutina ó en apariencia; porque no puede comprenderse de otro modo que el déspota español sacrificase millares de sus súbditos por la pureza de una religión que él era el primero que desobedecía y deshonoraba con sus actos; ni es posible explicarse tampoco de otra suerte que la mujer que se ponía al frente del movimiento religioso reformador en su país, coincidiese con el mismo Felipe II en su total menosprecio de las máximas

adorables de los Evangelios, religiosamente interpretados en la más pura y hermosa expresión de su texto.

¿Cómo podía conciliar Felipe II su celo por la caritativa doctrina del Cristo con sus instintos destructores de odio á muerte hacia todos sus enemigos, poniendo á precio sus cabezas cuando la muerte natural no auxiliaba sus deseos de regicidio homicida? ¿Cómo podía tampoco Isabel de Inglaterra concordar sus furias exterminadoras contra los súbditos que no obedecían hasta sus menores caprichos de interpretación escrituraria á su modo, sino admitiendo que lo hacía por obcecación, por desvarío, por erróneo criterio ó por manifiesta pasión y anhelo de que su opinión política triunfara, para conseguir lo que en su desmedida ambición se proponía?

La muerte de la Reina de Escocia fué un reto que lanzó Isabel á los católicos, y especialmente á Felipe II, como señal de independencia y supremacía, como prueba de arrogancia que insultaba á sus contrarios y daba á entender que nada le cohibiría, por hallarse resuelta á todo, sin tener en cuenta para nada los peligros que pudieran sobrevenir á su reino, siempre que suprimiera los obstáculos que se oponían á la tranquilidad de sus Estados y á sus proyectos dominadores. Todo fué violento, perverso, ilegal en el proceso que se formó á María Estuardo. Se recurrió á los medios más reprobados, á las más viles suposiciones para condenarla á muerte. Tan bella como desventurada, María pereció más que por delitos verdaderos que hubiese cometido, víctima de los implacables odios religiosos.

Lo mismo el Papa que Felipe II intentaron convertirla en enemiga mortal de la Reina Isabel, acumulando sobre su cabeza males sin cuento. Ella había de ser, no sólo la regeneradora de las antiguas prácticas, la propagadora y el sostén poderoso del Catolicismo en Escocia, sino la que restauraría en Inglaterra el culto de la religión romana, destruyendo la heregía, la impiedad, los cálculos reformadores de los sectarios. María era la hija amada y predilecta de la Iglesia. Acompañábanla las bendiciones y la protección especial del Papado. Pío V lanzaba el rayo de la excomunión contra la Reina de Inglaterra y extremaba los cariños para María de Escocia. La una estaba considerada como la santa mártir; la otra, como la maldita hija bastarda de Enrique VIII. Para ésta sólo quería la Iglesia el destronamiento y la muerte, y para aquella la felicidad y la gloria. Gregorio XIII pensó en el casamiento de María con D. Juan de Austria, como base de una posible conquista de Inglaterra por la fuerza material al mismo tiem-

po que por la influencia de las ideas religiosas con el decidido apoyo de los príncipes católicos y las oraciones del supremo gerarca de la Iglesia.

La ira que en el corazón de Felipe II se concentraba contra la Reina de Inglaterra desde mucho ántes, estalló rápidamente, con furores horribles, cuando llegó á su noticia la ejecución de María Estuardo; hecho inaudito de iniquidad que no podía dejar en olvido el representante láico del Catolicismo en Europa, máxime cuando también el mismo año de 1587, varios buques ingleses de guerra, al mando del corsario Drake, estándose tratando de un arreglo de paz en Flandes, propuesto por la misma Isabel, se habían presentado de improviso en la bahía de Cádiz, apoderándose de algunos barcos españoles, incendiando otros y llevándose un considerable botín. (3) Constituía esto una conculcación tan flagrante del derecho de gentes que, disculpándose de la agresión la Reina, reconvenida con tal motivo por Alejandro Farnesio, declaró que el Drake había obrado con arreglo á sus particulares impulsos, por lo que sería castigado, pues sólo llevaba el encargo de inspeccionar los preparativos que se hacían en los puertos españoles en son de guerra.

Revolvía en su mente el monarca español los medios más enérgicos de efectuarla con éxito cumplido y seguro. Desde que el Marqués de Santa Cruz, en 1583, recién conquistadas las Azores, aconsejó á su Rey y señor una expedición contra Inglaterra, meditaba éste tan arriesgada empresa. Decía el Marqués á Felipe II que, hallándose tan armado y con ejército tan victorioso, no perdiera la ocasión de hacer la jornada el año siguiente. "Crea V. M. (eran sus palabras) que tengo ánimo para hacerle Rey de aquel reino y aun de otros, y de allí se podrán tener muy ciertas esperanzas de allanar lo de Flandes; y no que, *hallándose V. M. en el mundo, viva y reine una mujer hereje, que tanto mal ha causado en este reino.*" El Rey contestó con una carta muy expresiva, dándole las gracias por sus buenos servicios y propósitos. "Os agradezco mucho (palabras textuales) todo lo que me decís en la carta de vuestra mano, ofreciéndoo á nueva empresa y cual la proponeis para otro año. Cosas son (añadía) en que no se puede hablar con seguridad desde ahora, pues dependen del tiempo y ocasiones, que han de dar la regla después."

Más de dos años y medio transcurrieron sin que el monarca tomara una determinación decisiva. El Marqués se creyó obligado de nuevo á representar al Rey la conveniencia de resolver el asunto sin pérdida de tiempo, á fin de evitar mayores males de los que se causaban á la patria con tan insostenible estado de cosas. Dirigió, pues, al Rey nueva carta con fecha 13 de Enero de 1586.

"Muchos días há (decíale) que la grandeza de V. M. da esperanzas de la jornada de Inglaterra, así por ser aquel reino fuera de la obediencia de la Iglesia, y ser V. M. defensor de ella, como por el favor y ayuda que la Reina ha dado á los rebeldes de los Estados de Flandes, contra V. Majestad; y teniendo yo entendido esto, cuando tuve la victoria de la Tercera el año de 83, escribí á V. M. representando la buena ocasión que tenía para emprenderlo, hallándome con armada y ejército victorioso".

Añadía después que la Reina de Inglaterra había procurado hacer todo el daño posible á España, enviando armadas y otros muchos navíos sueltos á hacer guerra, correrías y robos en los mares, islas é Indias de Su Majestad, con lo que había ganado reputación enriqueciendo á sus vasallos y dándoles ánimo para que, con más brío, pudiesen acudir á las cosas de su servicio y defensa de su reino.

Emitía el Marqués, asimismo, muy atendibles observaciones acerca de las grandísimas pérdidas que sufría el comercio con la lucha solapada y de mala ley que sostenía la Reina contra España, situación insoportable que la conduciría derechamente á la ruina.

"Desde el mes de Agosto pasado (escribía), sin manera de encarecimiento, han hecho de daño en los vasallos de V. M. más de millón y medio, y dado tal orden y traza, que las mercaderías que de su reino salían para los de V. Majestad, de que eran muy aprovechados, hagan el mismo éxito navegándolas en navíos franceses, debajo de otros nombres, como ahora lo van haciendo, y no solamente se ha contentado la Reina con este modo de proceder; pero ha metido gente contra V. M. en la Zelanda y Holanda, con que cuando no haga más efecto que alargar á Vuestra Majestad la guerra de Flandes, *en que consume tanto dinero y gente*, no es de poca importancia poner á V. M. en este aprieto en tiempo que el turco está ocupado en otras cosas (*) y

(*) Desde el año de 1575 estaba efectivamente ocupado el emperador turco Amurates III, en lucha con los persas, por diferencias de religión. Para con mas desahogo poder dedicar todas sus fuerzas contra el enemigo, pactó una tre-

gua de guerra por ocho años con el emperador de Alemania, y procuró hacer lo mismo con el Rey católico Felipe II con igual intento.

Felipe II no vió con malos ojos aquella tregua, tanto que

los franceses imposibilitados y embarazados, como V. M. sabe, ésta era ocasión en que podía volver las armas contra aquel reino; y, pasada esta coyuntura, pueden suceder los negocios de manera que lo aseguren, y quedará aquel reino con riqueza, quietud y reputación“.

Concluía el Marqués representando los nuevos perjuicios que sobrevendrían, si no se aprovecharan las circunstancias que él juzgaba favorables para la empresa. La pérdida que experimentarían el trato y comercio de los vasallos y las rentas de Su Majestad, calculaba el Marqués que ascenderían “cuatro veces más que el coste de la jornada de Inglaterra“.

era uno de los motivos en que se fundaba para aconsejar é impedir que el Rey D. Sebastián emprendiese su aventura y peligrosa expedición á Africa.

Mentira parece que á los cinco años del glorioso combate naval de Lepanto, el Rey piadoso, el defensor de la fe católica, apostólica, romana, desistiese de sus propósitos bélicos contra los turcos, y dejase abandonados á sus tristes destinos á los pobres esclavos de Africa, quienes fueron más impunemente martirizados de los mismos representantes de aquel imperio, durante la suspensión de armas entre infieles y cristianos. Pero el hecho consta, por extraño que parezca, y está confirmado por las propias palabras del historiador Antonio de Herrera, bien informado de los negocios oficiales del tiempo de Felipe II, como su cronista de Castilla.

Dice, pues, Herrera (*Hist. Gen. del Mundo*, Part. 2.^a, libro VII, cap. I) lo siguiente:

“Había enviado el Rey católico á su hermano D. Juan de Austria á Flandes, y como tuvo aviso que se comenzaba la guerra en aquellas partes más cruel que antes, y por haberse dilatado la guerra de Africa un año más de lo acordado, tomó el Rey católico ocasión de no dar las ayudas prometidas, diciendo que no podía faltar á su hermano, pensando por este camino apartar al Rey D. Sebastián de su propósito; pero no aprovechó, porque el deseo de D. Sebastián de ir á Africa, era tanto que, con la ayuda del Rey, ó sin ella, quería ir, pareciéndole que con sus portugueses, con los alemanes, con los castellanos que tenía, y con los italianos que esperaba, podía hacer mucho. Pesaba de ello al Rey católico, porque conocía la dificultad y el peligro, é hizo en ello muchos oficios, á lo menos para que el Rey no fuese en persona; é hizo que el Duque de Alba escribiese, y envió al Duque de Medinaceli, para que lo estorbase; pero nada aprovechaba. Y como las buenas obras se toman siempre en mala parte, decían que en todo esto fingía el Rey católico, porque de cualquiera manera que sucediere la guerra, si se tomaba Larache ú otro lugar marítimo, ganaba más en ello por la vecindad de sus reinos; y si el Rey D. Sebastián moría en la jornada, heredaría el reino. Pero la verdad era que el Rey católico procedía con mucha sinceridad y verdadero amor; y porque en aquella ocasión se había despertado plática de suspensión de armas entre el Turco y el Rey católico, el uno por la guerra de Persia que trataba, y el otro por los rumores de Flandes; por no deshacer esta tregua, no podía D. Felipe enviar sus fuerzas á Africa contra Muley Muluc, amigo y confederado del Turco; antes procuró de meter en ella á D. Sebastián, el cual lo tomó á mal, diciendo que se maravillaba que se tratase de suspensión de armas por tres años con el Turco por evitar la guerra en Italia, pues era claro que en

Mucho debieron pesar las razones aducidas por el de Santa Cruz en el ánimo del Rey, cuando en 24 de Enero del 86, contestándole en su nombre el secretario Juan de Idiaquez, luego de significarle lo que agradecía el monarca el cuidado y deseo de su servicio, decíale que en la carta que envió, había “cosas muy bien consideradas“ y que sería oportuno que mandase “un papel del modo con que le parece que aquello se podía ejecutar, dando lugar á ello las cosas“. Adviértele, por conclusión, que el dicho papel se haga con sumo secreto y se remita con el mismo; “porque en estas cosas importa, no menos que en todo, que le haya“.

aquel tiempo se henchiría Africa de turcos, y al cabo de los tres años cargaría sobre España el mal que se pretendía evitar en Italia, y que, si todavía quería hacer el Rey católico la suspensión, dejase fuera á D. Sebastián, para poderse ayudar secretamente contra Muley Muluc; y de esta manera se aseguraba, con poco gasto, de Italia con la tregua, y de Africa con la guerra en nombre de portugueses; pero como no parecieron estas razones substanciales, *el Rey Don Felipe le importunaba para entrar en la tregua*, y al cabo la aceptó el Rey D. Sebastián; pero como no se trataba derechamente con él, no le pareció que la suspensión podía impedir la empresa de Africa“.

Desde el año 77 estuvo de hecho aceptada entre turcos y españoles la dicha suspensión de armas, y si al principio fué deseada de los primeros, después el Rey de España quiso que se ratificara y ampliase, para poder hacer la guerra con más comodidad á los cristianos reformistas de Flandes y de Inglaterra.

El mismo Herrera, hablando de estos asuntos, dice en el capítulo XXIV del libro X, lo que á continuación copiamos:

“Habíase, como queda dicho, desde los primeros movimientos de la guerra de Persia, hablado de una suspensión de armas entre el Rey católico y el Turco; el cual, por poder con menos cuidado de las cosas de Poniente y con más libertad acudir á la guerra de Persia, la había deseado; y tuvo principio este negocio en Constantinopla, y Mahamet Bajá lo propuso á Aurelio Santa Cruz, mercader veneciano y hombre de autoridad en aquella corte.

Aurelio Santa Cruz tratólo de manera, que el negocio se oyó bien; hasta que, habiéndose el Rey católico determinado de tomar las armas para allanar el reino de Portugal, *porque las cosas de Levante no le embarazasen, quiso confirmar mejor esta tregua*, y ordenó al Virrey de Nápoles que enviase á ello á D. Juan de Rocaful, que se hallaba en aquella ciudad; pero, pareciendo, por algunas causas, que no convenía sino enviar persona de otra nación, hallándose en la corte del Rey católico el Conde Juan de Morlián, caballero milanés, persona de prudencia, y que tenía noticia de las cosas de Constantinopla, adonde estuvo cautivo desde que se perdió el fuerte de Túnez, el Rey le mandó ir á Nápoles, adonde se le dió un presente para el Turco, con orden que no lo diese si no se viese forzado de la necesidad; pero los turcos deseaban tanto la suspensión de armas y les estaba tan bien, que no apretaron por el presente, y el Conde se le volvió, dejando asentado el negocio de la suspensión por tres años con mucha reputación del Rey católico, aunque después se fué prorrogando“.

Encargábale que lo hiciera con brevedad.

No demoró la contestación el Marqués. El 22 de Marzo escribió al Rey y al secretario Idiaquez, enviando la relación pedida. En la carta al soberano, volvía á insistir D. Alvaro de Bazán en la conveniencia de la jornada. Con gran confianza en el buen suceso, decíale: "Vuestra Majestad se debe disponer á ello con la brevedad que requiere negocio que tanto conviene al servicio de Dios y de Vuestra Majestad y bien de sus reinos; y, sucediendo prósperamente, como será Dios servido, pues la causa es suya, será también ocasión que con mucha más facilidad se allane lo de Flandes".

La relación, ó extensísimo presupuesto de gastos de la proyectada empresa, hallábase escrito con notable acierto, y no dejaba nada que desear en punto á minuciosidad de pormenores y medios que habían de ponerse en práctica para el más feliz resultado. Ni en lo principal ni en lo accesorio dejábase de anotar cuanto era indispensable. Se explicaba con toda claridad el número de naves gruesas y pequeñas que habían de componer la armada; manera de tripularlas con marineros aptos; coste de las embarcaciones; gente de mar, jefes, oficiales, grumetes, maestros y pilotos que cada una llevarían; gente de guerra que habría de ir en la armada y en el ejército; fuerza de infantería española, italiana y de alemanes que lo formarían; sueldo de los maestros de campo, capitanes, alféreces, sargentos y soldados; caballería que había de embarcarse en la armada en previsión de un desembarco en Inglaterra; artillería de mar y tierra; servicio de hospital; municiones, pólvora, plomo y cuerda; sueldos de artilleros y oficiales de maestranzas; sueldos del capitán general, sus guardias y estados. Coste total de la jornada, en una palabra.

Desde el año 83 aconsejaba el Marqués á su soberano que no descuidase el acopio de los bastimentos; pero como Felipe II no resolvió nada, en definitiva, hasta fines del 86, todo hubo que hacerlo precipitadamente. Eran enormes las cantidades necesarias para que fuere provista la ar-

mada con los víveres que habían de consumirse en una jornada donde tanta gente iba, y en los ocho meses que calculaba D. Alvaro que duraría la expedición.

Previsor en todo el ilustre marino, llegaba su desvelo hasta determinar el número aproximado de quintales de cada artículo de primera necesidad que hacía falta, y los puntos de donde podrían adquirirse con más economía y ventaja. (4)

El alcalde de la Real Audiencia de Sevilla, D. Diego de Valdivia, fué comisionado en 1587 para comenzar el acopio de trigo, que había de destinarse á la fabricación del bizcocho para la armada en proyecto. Consta que Miguel de Cervantes estuvo á las órdenes de dicho funcionario, como humilde sirviente, con doce reales diarios, reuniendo el trigo que pudo y depositándolo en Écija. Ciento doce días de dicho año se dedicó á tan molestas ocupaciones. Cómo logró ese destino no lo sabemos. Pero puede sospecharse que lo conseguiría por indicación de D. Antonio de Guevara, proveedor general de flotas, con residencia en Sevilla, amigo quizás de Miguel desde 1582, cuando el mismo Guevara estuvo encargado de los preparativos para las naves que se construyeron y cargaron de vituallas en Sevilla para la expedición contra las Terceras.

Por documento que descubrió D. José María Asensio en 1864, sábese que durante estuvo Cervantes como criado del alcalde Valdivia, fué excomulgado por el vicario de la ciudad de Écija á consecuencia de haber embargado el trigo de las fábricas de la citada población, para servicio del Rey y por orden del referido Licenciado.

Constan estos verídicos informes en un poder otorgado por Miguel de Cervantes, fecha 24 de Febrero de 1588, á Fernando de Silva, para que le representara en las diligencias públicas incoadas al efecto, y obtuviese, tanto del provisor y juez vicario general de Sevilla, como del vicario de Écija y de otros cualesquier jueces y justicias, la absolución remota ó á reincidencia de la censura y excomunión que contra él se habían dictado por los ya expresados motivos. (*)

(*) El poder otorgado por Cervantes á Fernando de Silva, que facilita noticias ciertas acerca de la excomunión lanzada contra Miguel, lo reproducimos literalmente por ser de bastante importancia. Dice así:

"Sepan cuantos esta carta vieren, como yo, Miguel de Cervantes Saavedra, criado del Rey Nuestro Señor, residente en esta ciudad de Sevilla, otorgo y conozco que doy todo mi poder cumplido, bastante, cuanto de derecho en tal caso se requiere y es necesario, á Fernando de Silva, vecino de esta ciudad de Sevilla, con facultad que lo pueda sustituir en quien quisiere, y revocar los sustitutos y nombrar otros como y cuando le pareciere, especialmente para que

por mi y en mi nombre y como yo mismo, pueda parecer y parezca ante el Provisor y Juez vicario general de esta ciudad de Sevilla y su arzobispado y ante el vicario de la ciudad de Écija, y ante otros cualesquier jueces y justicias que con derecho deba, y les pedir y suplicar me manden absolver remotamente ó á reincidencia, de la censura y excomunión que contra mi está puesta por haber yo tomado y embargado el trigo de las fábricas de la dicha ciudad de Écija para servicio del Rey Nuestro Señor y por orden y comisión del Licenciado Diego de Valdivia, alcalde de esta Real Audiencia de Sevilla y juez de comisión para embargar el dicho pan, trigo y cebada, y presentar cualesquier peticio-

La excomunión en que incurrió Cervantes no podía molestarle personalmente en lo más mínimo, pues al apoderarse de trigo que estuviese en poder de gente de iglesia, no se había extralimitado en manera alguna: sólo se atuvo á cumplir rigurosamente lo que, en las órdenes que le comunicaban, se prescribía. Encargábasele en las instrucciones que llevaba que "tomara y sacara el trigo y cebada de poder de cualesquier personas que lo tuvieran, de cualesquier estado y condición que fueran, *así eclesiásticos como seglares*".

D. Antonio de Guevara se sirvió de Miguel de Cervantes como de uno de sus más activos comisarios, por tener confianza en sus aptitudes de celo é inteligencia para desempeñar fielmente su oficio, según expresa en el nombramiento que expidió á su favor con fecha 22 de Enero del año de 1588. Empléole para que acopiase cuatro mil arrobas de aceite en Écija.

El 15 de Junio del mismo, le dió nueva comisión para las moliendas de trigo en la referida ciudad; y hace referencia al desempeño de semejantes encargos por orden del Lcdo. Valdivia. El 28 de aquel mes despachó Guevara la instrucción competente para el buen acierto en todo.

Otra comisión de la misma índole, no citada por los anteriores biógrafos, se confió á Cervantes, con fecha 9 de Julio, que parece ampliación de la pasada. La copia del documento que expresa dicha comisión, descubierto por nosotros en el Archivo de Indias de Cádiz, y publicamos íntegro en la ilustración correspondiente de este capítulo, para dar idea exacta de la redacción oficinesca de análogas órdenes, manifiesta el sumo aprecio que de Cervantes hacía Guevara, y da muy curiosos pormenores de estas diligencias. (5)

El cargo de comisario era sumamente delicado y precisaba que lo desempeñaran personas de inteligencia, actividad y discreción para resolver los asuntos con presteza y acierto. Las atribuciones que se concedían á los comisarios eran importantes, y toda la prudencia que tuvieran,

resultaba la mayor parte de las veces ineficaz, en vista de las numerosas dificultades que llevaba consigo cometido tan espinoso. Las órdenes de la superioridad para el acopio de bastimentos no daban lugar á dilaciones, ni admitía espera la urgencia del negocio. Era preciso reunir cuanto antes las nuevas provisiones que había de llevar la armada que, por temporales, hallábase, en parte, detenida en la Coruña. (6)

Los peligros á que estaba expuesto todo comisario, si cumplía al pie de la letra con las instrucciones recibidas, sabíalo ya por experiencia el mismo Cervantes por lo que le sucedió en Écija. La excomunión que se lanzó contra él, como inmotivada é injusta, en nada pudo amilanar su espíritu, ni tampoco quebrantó su entereza para cumplir puntualmente los deberes de su cargo. Ni en el buen concepto de sus jefes se aminoró la estima que le profesaban como funcionario obediente y entendido. Antes al contrario, Guevara le hubo de apreciar más por sus dotes de energía y como fiel cumplidor de lo que se le encargaba. Por eso le confió esta nueva comisión en Écija en Julio del 88.

Había que hacer labrar mucho bizcocho ó galleta para las provisiones de flotas en Sevilla, y era menester grandísima cantidad de trigo para efectuarlo. Guevara determinó que todo el que fuere preciso se tomase y sacase de la ciudad de Écija, sin fijarse en determinadas personas, sino de poder de todas y cualesquier que lo tuviesen, del estado y condición que fueran, sin otra formalidad ni requisito sino el de entregar á los interesados certificación de resguardo para que acudiesen al Proveedor, á fin de abonarles lo que se les debiese. El trigo había de ser conducido á las moliendas y partes convenientes para hacerlo harina.

Guevara elegía á Cervantes (prueba de aprecio que le honraba mucho) por ser necesario que fuera á ejercitar dicho cargo una persona de confianza, diligencia y cuidado, y la de Miguel de Cervantes Saavedra era cual convenía para lo referido, por la satisfacción que tenía de que

nes, testimonios y otros recaudos que convengan, y pedir y sacar y ganar mandamiento de absolución y los hacer intimar y notificar. Y para el dicho efecto, y hasta tanto que yo sea absuelto de la dicha excomunión, pueda hacer y haga todos los autos y diligencias, pedimentos, requerimientos y protestaciones y todos los demas autos que convengan y que yo haría y hacer podría, presente seyendo, y lo pedir y sacar por testimonio; que para lo susodicho y lo de ello dependiente le doy este dicho poder al dicho Fernando de Silva con sus incidencias y dependencias, anexidades y conexidades y con libre y general administración, y lo relevo á él y á sus sustitutos en forma de derecho. Obligo mi persona y

bienes, habidos y por haber. Fecha la carta en Sevilla á 24 días del mes de Febrero de mil y quinientos y ochenta y ocho años. Y el otorgante, al cual yo el escribano público en yuso escrito, doy fe que conozco, lo firmó de su nombre en este registro. Testigos Pedro del Castillo y Luis Mexía, escribanos de Sevilla.—Miguel de Cervantes Saavedra.—Pedro del Castillo, escribano de Sevilla.—Luis Mexía, escribano de Sevilla.—Luis de Porras, escribano público de Sevilla".

(Nuevos documentos para ilustrar la Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, por D. José M.^a Asensio.—Sevilla 1864.—pág. 1).

lo había de hacer puntualmente, según procediera. Fué Cervantes á ejecutar lo mandado como juez de comisión, con vara alta de justicia, autorizado con plenas facultades para sacar y reunir el trigo que pudiera, allí donde supiere haberlo, en cortijos, casas ú otro lugar en que tuviera seguridad de hallarlo, sin fijarse en quien lo hubiera, sino de todos en general, de cualquier estado y condición que fueren, así eclesiásticos como seglares.

Quedaba Cervantes desde luego autorizado, con objeto de reunir cuanto trigo y cebada pudiera, para abrir llaves, puertas y candados, y juntarlo todo en los almacenes y casas que juzgare más oportuno. De allí se conduciría el trigo á las molindas para hacerlo harina, y labrar el bizcocho. De la cebada se dispondría para darla á los arrieros que hicieran el acarreo de la harina, "para que así se hiciere mejor, en palabras de la instrucción, y con más comodidad y beneficio de la Real Hacienda".

Encargaba Guevara á Cervantes mucho cuidado y diligencia en el encargo que llevaba, para que lo efectuase con la mayor brevedad que le fuera posible, por la precisión y necesidad que había de hacerlo pronto y por lo que importaba al servicio de Su Majestad. Cervantes tenía que dar aviso de cuanto fuese haciendo, para que el Proveedor resolviera lo más conveniente; secuestraría bienes; haría prisiones; efectuaría embargos; en fin, llevaría á cabo cuanto creyese indispensable para el más fácil resultado de su comisión. Cervantes, como cumplidor de mandamientos reales, sería auxiliado y favorecido por el corregidor de Écija y las demás justicias de ella, condenándoles en las penas correspondientes si hiciesen lo contrario, y lo mismo los escribanos que no extendiesen, á su indicación, los autos y diligencias que convinieren y fueran necesarios. Miguel de Cervantes podía ejecutar las penas pecuniarias en las personas y bienes de cuantos no le auxiliasen ni obedecieran.

(*) La carta de Guevara, que se conserva en Simancas, y cuya cubierta dice así: "Orden del Proveedor Antonio de Guevara para sacar mil quinientas arrobas de aceite en Écija, es del tenor siguiente:

"Todas sus cartas de Vm. he recibido, y no he respondido á ellas antes por no haberse ofrecido con quién, y enviarle la comisión que será con esta para la saca del trigo de esa ciudad, á quien escribo. Procuren cumplir el ofrecimiento de las dos mil quinientas fanegas de trigo y quinientas de cebada. Vm. procure juntar toda la cantidad que pudiere sin rigor y sin tratar de querer sacarlo de quien no tuviere trigo, porque esto no es justo, de manera que se haga sin ningún ruido ni queja, aunque no se junte toda la cantidad, y avisarme há lo que en esto fuere haciendo.

De que Cervantes ultimó su cometido con eficacia, tacto y acierto, son evidentes señales los nuevos encargos que el mismo Guevara le dió, como hombre que merecía toda su confianza.

El 5 de Setiembre le nombró para que fuera á Marchena y acopiase dos mil arrobas de aceite para las provisiones generales "por la satisfacción que tenía de su persona". Por despacho del 7 de Octubre, le dió comisión para que se llevasen á las molindas de Écija dos mil fanegas de trigo. Fueron fiadores de Cervantes para estas comisiones de las molindas, por documento público otorgado en Écija el 2 de Junio de 1588, ante el escaibano Antonio Trapel, Juan de Bocaches, Gonzalo de Aguilar Quijada, Fernando Pérez de Torres y Francisco Orduña, todos vecinos de la dicha ciudad.

Nueva comisión desempeñó Cervantes en el mes de Octubre. Por carta despacho de Guevara, se le ordenó que acopiase mil quinientas arrobas más de aceite en Écija y la mayor cantidad que pudiera de trigo y de cebada. Debe hacerse notar que el proveedor general advierte en su carta á Cervantes, que todo se efectúe sin rigor y sin querer tratar de sacar los bastimentos de quien no los tuviere, "porque esto no es justo (dice), de manera que se haga sin ningún ruido ni queja, aunque no se junte toda la cantidad". (*)

Cervantes siguió el año 89 ocupado en idénticas comisiones, como lo demuestra el poder que otorgó con fecha 26 de Junio, á Miguel de Santa María, criado de Su Majestad, vecino de la ciudad de Segovia, residente en Sevilla, para que, entre otros cobros y negocios que tenía que hacer y resolver á nombre y con plena autorización de Cervantes, pudiera dar las cuentas de la molinda de trigo de la ciudad de Écija, que él tenía por comisión de Antonio de Guevara, proveedor de Su Majestad, y hacer acerca de ello cualesquier probanzas, y cobrar y recibir lo que Cervantes "hubiere de haber por las dichas cuentas y otorgar de su recibo las correspondientes car-

Pues el trigo de la cilla (ó granero) es bueno, no se zandee si no tuviere tierra echada á mano, que no tendrá, y dése vuestra merced prisa á molerlo, y á enviar el harina que de él procediere, y sea muy buena, poniendo en esto particular cuidado.

Saque luego Vm. en esa ciudad mil y quinientas arrobas de aceite, que sea muy bueno, y váyalas enviando luego á esta ciudad, á poder de Jerónimo Maldonado, y todo lo demás, voy pagando á diez reales.

La carta (ó cédula) del alcalde Valdivia vuelvo á enviar. Tenga cuidado de que se pague este trigo. Dios guarde á Vm. De Sevilla 20 de Octubre de 1588.

Antonio de Guevara".

(Archivo General de Simancas.—Contadurías Generales.—Legajo 1745).

tas de pago, y hacer y otorgar las escrituras que conviniesen y se requiriesen con las fuerzas y firmezas para su validación necesarias“.

Cervantes hace constar en este poder, otorgado en Sevilla, siendo testigos los escribanos de aquella ciudad Francisco Díaz y Francisco de Orbieta, que era criado de Su Majestad y vecino de la villa de Esquivias, en el reino de Toledo, estante al presente en Sevilla. En el mismo día y año firmó otro documento, una carta de finiquito de cuentas, á favor de Tomás Gutiérrez, ante el escribano público Alonso de Cívico.

Cervantes extendió aquel año, por vez primera, relación de lo que gastó en las molindas de Écija. El documento es curioso. Lo titula “Relación de los gastos menudos que hice en la ciudad de Écija por comisión del Sr. Antonio de Guevara, los años 88 y 89“. El importe de las cuentas llega á cuatro mil trescientos veinte y ocho maravedis. Al pie se lee: “Todo lo cual juro á Dios y por la señal de la cruz que lo gasté en beneficio de la molinda, y otras cosas muchas más que no apunté, y lo firmo de mi nombre, á 6 de Febrero de 1589.—Miguel de Cervantes Saavedra.“.

Este interesante documento, que parece autógrafo, estaba en poder del bibliófilo francés Mr. Feuillet, y fué dado á conocer en 1864 por D. José Miguel Guardia, con exacto facsímile, en su traducción del *Viaje del Parnaso*, publicada en París.

Por orden del proveedor interino Miguel de Oviedo, veedor y contador de armadas, desempeñó también varias comisiones Cervantes en los años de 89 y 90.

En 27 de Agosto de este último, presentó Miguel en Sevilla una *Relación* jurada de las fanegas de trigo que sacó, y fué á su cargo, de la ciudad de Écija, con especificación de nombres y cantidades de cada vecino de quien se tomó, durante los años de 87, 88 y 89. Asimismo rindió cuenta del dinero que recibió é invirtió en los gastos que ocasionó la molinda de él y la cantidad de harina que se obtuvo, la cual hizo conducir á Sevilla para entregarla, según órdenes de Guevara, al tenedor de bastimentos Jerónimo Maldonado.

En dichas comisiones reunió ocho mil ciento noventa y cinco fanegas, que produjeron veinticinco mil doscientas y sesenta y cuatro arrobas de harina. Los maravedis recibidos ascendieron á la suma de 1.424.266; lo gastado á 1.399.632, y quedó debiendo 24.594. Había que pagar á Cervantes, sin embargo, 112.608, por su salario de doscientos setenta y seis días que se ocupó en la dicha comisión, á razón de 12 reales cada uno. (7)

Cervantes había creído llegado el momento, en Mayo de 1590, de solicitar alguna recompensa por sus indisputables servicios.

Dirigió respetuosa representación al Rey, exponiendo sus méritos y pidiendo se le hiciese merced de uno de los tres ó cuatro oficios que había entonces vacantes en las Indias. Esta humilde petición está concebida en los siguientes términos:

“Señor: Miguel de Cervantes dice, que ha servido á Vuestra Majestad muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veinte y dos años á esta parte, particularmente en la batalla naval, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo, y el año siguiente fué á Navarino, y después á la de Túnez y la Goleta, y viniendo á esta corte con cartas del Sr. D. Juan y del Duque de Sessa para que Vuestra Majestad le hiciese merced, fué cautivo en la galera del Sol, él y un hermano suyo, que también ha servido á Vuestra Majestad en las mismas jornadas, y fueron llevados á Argel, donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse y toda la hacienda de sus padres y las dotes de dos doncellas hermanas que tenía, las cuales quedaron pobres por rescatar á sus hermanos; y después de libertados fueron á servir á Vuestra Majestad en el reino de Portugal y á las Terceras con el Marqués de Santa Cruz, y ahora, al presente, están sirviendo y sirven á Vuestra Majestad, el uno de ellos en Flandes, de alférez, y el Miguel de Cervantes fué el que trajo las cartas y avisos del alcaide de Mostagán, y fué á Orán por orden de Vuestra Majestad; y después ha asistido sirviendo en Sevilla en negocios de la armada por orden de Antonio de Guevara, como consta por las informaciones que tiene, y en todo este tiempo no se le ha hecho merced ninguna. Pide y suplica humildemente, cuanto puede, á Vuestra Majestad sea servido de hacerle merced de un oficio en las Indias de los tres ó cuatro que al presente están vacos, que es el uno la contaduría del nuevo reino de Granada, ó la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, ó contador de las galeras de Cartagena, ó corregidor de la ciudad de la Paz; que con cualquiera de estos oficios que Vuestra Majestad le haga merced, la recibirá, porque es hombre habil, y suficiente y benemérito para que Vuestra Majestad le haga merced, porque su deseo es continuar siempre en el servicio de Vuestra Majestad, y acabar su vida como lo han hecho sus antepasados, que en ello recibirá muy gran bien y merced.—Miguel de Cervantes Saavedra.—Á veinte y uno de Mayo de 1590.—Al Presidente del Consejo de Indias“.

¿No esperaba Cervantes fácil resolución á tan razonada y respetuosísima exposición al Rey? ¿No había trabajado lo suficiente, con desinterés, celo y amor, para que se le galardonase, si no en lo que fuese justo, en lo que pareciera siquiera más aceptable? ¡Cuántas personas no vería elevadas el humilde comisario á posiciones importantes que no podían, como él, presentar tan notables servicios ni tan limpios merecimientos como los suyos!

Y sin embargo, tan justa y fundada súplica fué denegada. Ni Felipe II, príncipe ingrato y que no supo comprender nunca el gran talento de Cervantes, ni sus secretarios y palaciegos, pu-

dieron apreciar, como era debido, la alteza de sus servicios. Por determinación expresa del monarca, se despachó la instancia con esta seca y desabrida contestación, firmada por el Dr. Núñez Morquecho: "Busque por acá en que se le haga merced". La indignación se apodera del ánimo al observar tal proceder, al notar tal indiferencia, al fijarse en semejante injusticia.

¡Busque por acá en que se le haga merced! ¡Qué sarcasmo! ¡Qué descaro! ¡Qué modo tan indigno de insultar á la pobreza, á la resignación, al mérito, á la virtud, al talento! ¡Que buscara por acá en que se le hiciera merced, y había visto siempre Cervantes desatendidas sus peticiones! ¡Que buscara por acá en que se le hiciera merced, y eso lo decía aquel Rey, que no una, sino muchas veces, fué suplicado y rogado por Cervantes y su desvalida familia para que los protegiese, y los olvidó, y desdeñóles, sin embargo! ¡Que buscara por acá en que se le hiciera merced, y sabía el Rey los méritos de Cervantes y no los había recompensado en poco ni en mucho anteriormente! ¡Que buscara por acá en que se le hiciera merced, y tenía Cervantes que valerse de recomendaciones de amigos para que un proveedor de flotas se compadeciera de él, y lo tomase por su comisario, porque quien le decía, por medio de un su secretario, que buscase en España en que se le hiciese merced, no se la había otorgado jamás, ni siquiera justicia á sus merecimientos, cuando el otorgársela era lo más digno y equitativo, y lo que debiera haber hecho sin excusa ni retardo!

Dicen los preconizadores de Felipe II que sabía premiar siempre, sin excitación de nadie, á los hombres de verdadero talento, aunque fuesen desconocidos y humildes; pero con Cervantes sucedió todo lo contrario. Bien sabido tenía lo apto que era el insigne escritor para el desempeño de las comisiones más delicadas, como pasó cuando fué á Orán de parte del mismo monarca. Pero ni ésto, ni sus proezas militares, ni sus denodados esfuerzos en Argel, ni los buenos oficios que prestó como activo y fidelísimo comisario de flotas, eran parte para encontrar buena acogida en sus nobles pretensiones. Aquello parece que no representaba nada para sus aumentos y beneficios. Si hubiera sido protegido de algún prócer, hijo de algún poderoso, sin historia ni prestigio, de los que disipaban en el ocio ó en la vida rufanesca el patrimonio heredado, se le habrían abierto las puertas del favor y del acrecentamiento. Hubiera obtenido encomiendas, gajes, dignidades y riquezas. Pero Cervantes era idóneo, inteligente, pundonoroso, y no podía subir adonde deslumbraban los viciosos, los ig-

norantes, los aduladores, los hipócritas, los peritos en las dobleces y perfidias de la vida cortesana.

Por eso él estaba excluido de los que podían y sabían mandar y dirigir con inteligencia y honradez. Él no estaba, según las mentirosas prácticas palaciegas, capacitado para ser gobernador, ni corregidor, ni contador de ningún nuevo reino, ni de galeras. Bastante recompensa se le daba con un sueldo, relativamente insignificante, para que, como criado del Rey, acopiase víveres para las flotas, ó se empleara en otras ocupaciones ajenas á sus méritos y altas prendas intelectuales.

Tuvo, pues, que resignarse de nuevo á la triste y prosáica tarea de comisionista oficial; vida perturbada, mortificante y llena de accidentes peligrosos, como supo por experiencia antes y después de su petición al Rey.

En aquel mismo año de 1590, había trabajado Cervantes activamente en sus comisiones. No por haber sucedido el fracaso de la armada que fué contra Inglaterra (8), dejaban de efectuarse grandes acopios para proveimiento de los numerosos buques que formaban las diversas armadas españolas. Se le dió el encargo de reunir cuatro mil arrobas de aceite por Francisco Benito de Mena, que hacía oficio de proveedor por el Sr. Antonio de Guevara. Este antiguo funcionario, persona muy perita en estos negocios, del Consejo de Hacienda, había intervenido en 1582 y 83, como sabemos, en alistar y proveer parte de los buques que salieron de Sevilla para ir en las expediciones del Marqués de Santa Cruz, para someter las islas de los Azores, que estaban en desobediencia. Quizás ya se encontró Cervantes entre los sirvientes del referido proveedor, y por eso decía, desde que le empleó de nuevo, en 1588, que conocía su diligencia, celo y cuidado. Guevara dirigió con actividad lo mismo lo referente á acopio de bastimentos que todo lo necesario para el logro de lo que se deseaba, aunque existen cartas del Rey en que le instaba á proceder con urgencia. Menudeaban ahora las quejas respecto de la mala condición de los víveres; y las exorbitantes cantidades de bizcocho embarcadas, hubo que arrojarlas al agua, casi en totalidad, por estar podrido, lo cual redobló los gastos y el trabajo para reparar, en lo posible, aquellos contratiempos.

Guevara, sin embargo, no podía ser responsable de esto. La principal causa de aquello era la extraordinaria premura con que todo se quiso realizar, después de algunos años de tanteos y proyectos. Adquiríanse los géneros cuidando de su sanidad; molíase el trigo y fabricábase el biz-

cocho en abundancia y en buen punto, como para servir en un espacio de tiempo que se juzgaba no pasaría de dos meses. Pero por deficiencias de otros servicios, por las dificultades que surgieron á la muerte del Marqués de Santa Cruz, por la soberana nulidad del nuevo jefe de la armada, el Duque de Medina Sidonia, los buques, que debieron salir á principios de la primavera del 88, para Inglaterra, no llegaron á efectuarlo hasta mediados de Julio; y era natural que los víveres y el bizcocho se deteriorasen y pudriesen, habiendo estado desde que se adquirieron, almacenados, y más tarde hacinados en los barcos sin la ventilación y condiciones de salubridad indispensables para que se conservasen bien. Ni debe achacarse tampoco toda la culpa á la codicia y mala fe de los asentistas.

El Rey juzgando, sin embargo, que Guevara era responsable de la mala calidad de los géneros y de que el bizcocho se hubiese averiado, le depuso del cargo que por tanto tiempo desempeñara, mandándole retirarse á su casa en Segovia.

La comisión dada, pues, á Cervantes, por Francisco Benito de Mena, debió de ser muy urgente, pues por documento fidedigno, inédito hasta 1887, se sabe que estaba en Carmona activando el asunto en 12 de Febrero del año noventa. En comunicación que dirigió al Ayuntamiento de aquel pueblo, decía literalmente: "Miguel de Cervantes Saavedra, comisario del Rey nuestro Señor, digo: que yo he venido á esta villa á sacar cuatro mil arrobas de aceite para servicio de Su Majestad, como consta por los recaudos y comisión que tiene presentados; y porque, para poderlas juntar con la brevedad que Su Majestad las pide, no lo puede hacer por no tener noticia de quien las tiene, y por evitar las quejas que se suelen recrecer de sacar más cantidad al pobre que al rico, pide y suplica á Vms. sean servidos de hacer un repartimiento de la cantidad que se le pueda dar, el cual se cumpla luego; que dejará aquí un alguacil suyo para que lo envíe á Sevilla, y pasará adelante á cumplir en otros lugares la cantidad que faltare; y con esto se excusarán los agravios que, como dicho tiene, se suelen recrecer". (9)

Otro documento curioso, publicado por el señor Asensio, se refiere también á estos trabajos de acopio. Cervantes otorga carta de pago á favor de Diego de Zufre, pagador de las galeras de España en Sevilla, por la cantidad de trece mil seiscientos maravedís, equivalentes á cuatrocientos reales en plata, que recibió por cuenta de los salarios que él y un ayudante suyo tenían que percibir por los días que se habían ocupado y ocuparían "en la saca del aceite que por comi-

sión de Francisco Benito de Mena, que hace oficio de proveedor por el Sr, Antonio de Guevara en el Puerto de Santa María, se efectúa en la ciudad de Écija, villa de Carmona y otras partes de esta Andalucía, para provisión de la armada de Su Majestad, que está en la Coruña". Esta carta de pago está otorgada y firmada por Cervantes en Sevilla, á 27 de Marzo de 1590, ante el escribano público Luis de Porras, habiendo sido testigos los escribanos Luis Mexia y Baltasar Valdés.

Aunque Cervantes iba también en estas comisiones como juez de comisión, con vara alta de justicia, los procedimientos seguidos no eran los empleados antes; pues, precavido Cervantes, procuraba conciliar lo rígido de sus deberes con lo equitativo de las medidas, como hemos visto al suplicar al Ayuntamiento de Carmona para que, hecho por el Concejo el reparto, se sacase de cada vecino la cantidad que justamente debiera dar, en evitación de agravios, abusos y quejas. Cervantes no pudo interpretar más benévolamente su difícil cometido, haciendo constar su explícito deseo de que no se sacara más cantidad al pobre que al rico.

Á pesar, sin embargo, de la circunspección que le aconsejaban las circunstancias, no logró evitar nuevos disgustos, que le ocasionaron las contingencias inevitables, inherentes á su destino.

El año de 92 fué procesado y preso en Castro del Rio por el juez de comisarios, Francisco Moscoso, corregidor de Écija, por motivos y cargos que no tenían válida ni racional justificación. De las actuaciones seguidas ante el escribano Luís Berrío, resultaba que Cervantes se había apoderado, contra derecho, de trescientas fanegas de trigo, del pósito de dicha ciudad y las vendió sin permiso. En la sentencia dictada por el juez Moscoso, se intimaba á Cervantes para que volviese y restituyera, y pusiese en Écija, en poder del depositario del pósito, las trescientas fanegas sacadas, para que el proveedor general de Su Majestad dispusiese de ellas é hiciera lo que más conviniera al real servicio. Mandábale asimismo que al regidor Juan de Valcárcel y á Benito de Aguilar, se le expidiese certificación del trigo y cebada que se le había recogido, para que pudiesen hacer efectivo su importe.

Si los interesados no cobrasen del pagador dicha suma, en el plazo de quince días, daba por condenado á Cervantes para que lo hiciera, añadiendo algunas advertencias acerca de cien reales que tomó por sus salarios en la villa de Monlla. En cuanto á las trescientas fanegas del pósito de Écija, si no las entregaba inmediatamente

te, obligábale á pagarlas al precio á que se vendía entonces el trigo, que era á catorce reales la fanega. Multábale además en seis mil maravedis para gastos de guerra y en cuatro días del salario del juez y sus oficiales, costas del proceso y viajes; habiendo de abonar los fiadores, si no tuviese bienes.

Se notificó la sentencia á Cervantes, estando preso, el mismo día de pronunciada, 21 de Septiembre de 1592. Fué suelto bajo fianzas, siguiéndose después trámites administrativos, que demostrarían lo infundado de los cargos.

El benemérito biógrafo D. Jerónimo Morán confundió equivocadamente dos hechos de la vida de Cervantes: la prisión en Castro del Rio y el haberse incautado, por su orden, un compañero suyo, Nicolás Benito, de varias cantidades de trigo y cebada correspondientes á las tercias de Teba. No tiene que ver nada una comisión con otra. Ni la prisión de Castro del Rio se originó de lo sucedido entonces, año 91; ni la comunicación que dirigió Cervantes á Su Majestad, ante el Consejo de Guerra, en 1592, se rozaba en lo más mínimo con su apelación á la sentencia y procedimientos del juez Moscoso, corregidor de Écija.

El pretexto para la prisión en Castro del Rio fué, como sabemos, el haber vendido Cervantes, sin estar autorizado para ello, trescientas fanegas de trigo; era acusación y condena que afectaban á Cervantes directa, exclusiva y personalmente, en tanto que, en el caso de Teba, para él no había responsabilidad aparente ni efectiva, y sólo tuvo, como buen amigo y leal servidor, que cuidarse de defender á su jefe de inculpaciones inmotivadas que se le hacían.

La cuestión de Teba merece especial atención, y debe dilucidarse por completo, por lo mismo que dió mucho que hacer á Cervantes y motivó grandísimos disgustos á su jefe, el proveedor Isunza. Los datos suministrados por el Sr. Apráiz en su notable obra *Los Isunzas de Victoria*, facilitan de manera concluyente el esclarecimiento de este punto interesante. La historia del suceso está referida en cartas del mismo proveedor, que existen en Simancas, y ha publicado el Sr. Apráiz. En una que escribió al Rey, desde el Puerto de Santa María, el 6 de Octubre de 1592, se disculpa Isunza de haber tomado de las tercias de Teba y Ardales, del arrendador Salvador de Toro, mil cien fanegas de trigo y quinientas de cebada, y pide se remedien los excesos del juez Fresneda, quien aseguraba que las tercias no podía tomarlas nadie (á pesar de ser esto falso), y ordenase al Consejo de Hacienda se contentase con pagar, del dinero de aquella

Proveeduría, los dieciocho mil novecientos noventa y un reales con treinta y un maravedis que importaban los granos, dejando libres sus bienes, sobre los que se llegaron á efectuar procedimientos de embargo.

Acompañaba á aquella carta una copia de lo actuado en el pleito de la ejecución contra Pedro de Isunza, sobre el trigo y cebada de dichas tercias, con fecha 2 de Octubre. El 15 de Junio del mismo año, por real cédula dada en Segovia, se había nombrado á Diego de Fresneda juez ejecutor para el cobro de seiscientos setenta y ocho mil setecientos cuarenta y cuatro maravedis que Salvador de Toro y de Guzmán, recaudador mayor de las tercias de Teba y Ardales, tenía que pagar desde 1589 á 1591. Dichas tercias se habían rematado por seis años desde 1589, con condición de que no podía tomarse ninguna cantidad de trigo y cebada por ningún proveedor; y, si la tomase, quedaría el contratista exento del arrendamiento y de la paga.

Á pesar de esto, en 1591, llegó á Teba Nicolás Benito, comisario de Pedro de Isunza, y por fuerza, rompiendo las puertas de la cilla, sacó más de mil cien fanegas de trigo y quinientas diez de cebada. El juez Fresneda, considerando aquello un atropello, mandó que se cobrase el precio del trigo y cebada á Pedro de Isunza. Notificósele así en Julio del 92. Salvador de Toro pidió traslado de la comisión dada por Isunza á los comisarios Miguel de Cervantes Saavedra, Diego Ruiz Sáenz y Nicolás Benito, para que sacasen el trigo de las tercias de Teba y otras partes de Andalucía, para sustento de las galeas de Málaga y para la escuadra que iba al Estrecho de Gibraltar.

Nicolás Benito certificó que había notificado al encargado de las tercias, Alonso García del Corro, le entregase las llaves del granero; mas habiéndole negado potestad y jurisdicción para hacerlo, él entonces forzó las puertas y sacó el trigo. Á consecuencia de las protestas y quejas de Salvador de Toro, el juez Fresneda, después de varios trámites judiciales, proveyó la ejecución contra Pedro de Isunza.

Cervantes hace constar, en documento que firmó en Sevilla, ante el escribano público Luis de Porras, en 15 de Agosto de 1592, que "se hacía é hizo cargo de mil ciento treinta y siete fanegas de trigo y quinientas diez de cebada que Nicolás Benito, su ayudante, sacó por él en la villa de Teba de las tercias reales que estaban á cargo de Salvador de Toro, el año pasado de 91, el cual dicho trigo y cebada lo hizo conducir Nicolás Benito con diferentes arrieros, á las ciudades de Málaga y Antequera". Esta declaración

había de servir como certificado para que el señor proveedor Pedro de Isunza, mandase abonar el importe de lo recogido.

Como ordenador del hecho que dió lugar á la persecución del Salvador Toro contra Isunza y á los procedimientos judiciales por parte del juez Fresneda, Cervantes era el llamado á decir la entera y cabal verdad sobre aquel suceso, y así lo verificó satisfactoriamente, creyéndolo de conveniencia para evitar á su jefe tantos disgustos y perjuicios como le sobrevinieron.

En el pleito seguido entre Salvador de Toro y Guzmán, arrendador de las tercias de las villas de Teba y Ardales y Pedro de Isunza y el fiscal de S. M., hay una certificación que dice así, y es sumamente curiosa:

“Cérifico yo, Miguel de Cervantes Saavedra, comisario de Su Majestad, que por comisión de Pedro de Isunza, proveedor de las galeras de España, entre otras partidas de trigo que saqué para provisión de las reales galeras de Su Majestad, se sacó, por mi orden y del Sr. proveedor, en la villa de Teba, mil ciento treinta y siete fanegas de trigo el año pasado de 91, y asimismo quinientas diez de cebada. El cual trigo y cebada sacó Nicolás Benito, mi ayudante, de lo que estaba á cargo de Salvador de Toro, y lo hizo conducir á la ciudad de Antequera, á poder de Pedro de la Siega y de Manuel de Ribera, á quienes se había de entregar para hacerse bizcocho. Me consta que se les entregó el dicho trigo; y la cebada se dió á los arrieros para en cuenta de los acarreos; de todo lo cual Nicolás Benito tiene recibos, por los cuales yo me tengo de descargar y dar cuenta del dicho trigo y cebada, del cual me tengo hecho cargo por particular certificación, en que me hago cargo de ello; y daré cuenta, cada y cuando que se me pidiere, de la entrega del dicho trigo á los bizcocheros que lo convirtieron en bizcocho, para servicio de Su Majestad. Y en fe de esta verdad, firmé ésta de mi nombre, que es hecha en Sevilla á ocho días del mes de Agosto de mil y quinientos noventa y dos años.—Miguel de Cervantes Saavedra“.

Pero el documento más importante sobre el malhadado asunto de Teba, es el que á continuación vamos á copiar; pedimento presentado por Cervantes ante el Consejo de Guerra, dirigido

al Rey, y donde se hace la historia de lo sucedido y se destruyen las malas artes y viles calumnias levantadas contra Isunza y sus comisarios, pues el asentista Toro llegó hasta propalar la especie de que el trigo que le tomaron, se había vendido para particulares aprovechamientos. (10)

El citado pedimento, que tiene fecha de 1.º de Diciembre del 92, y tanto enaltece á Cervantes, es del tenor siguiente:

Señor: Miguel de Cervantes Saavedra, digo: que á mi noticia ha venido que el fiscal de V. M. y Salvador de Toro piden á Pedro Isunza, proveedor de las galeras de España, que de su hacienda pague el valor del trigo y cebada que del dicho Salvador Toro se tomó para el servicio de Vuestra Majestad, y que por ello está ejecutado, y *quieren decir que el dicho trigo se vendió para particulares aprovechamientos, y no se convirtió en servicio de Su Majestad*; y yo, como comisario del dicho proveedor, lo dejé sacar á mis ayudantes y entregar á los tenedores de bastimentos y bizcocheros en las ciudades de Málaga y Antequera, de los cuales tengo los recibos para por ellos dar cuenta; y la cebada se convirtió en pagar los acarreos y portes, y yo me he hecho cargo de ello, que tengo de dar cuenta de todo, con lo demás que es de mi cargo; *y no es justo que del dicho proveedor ni de mi se diga cosa semejante como la que se opone, ni que dicho proveedor sea injustamente molestado*. Y para que se entienda esta verdad, me ofrezco á dar cuenta en esta corte ó donde Vuestra Majestad fuere servido, y dar fianzas para ello, legas y abonadas, demás de las que tengo dadas á dicho proveedor, sobre esta razón de pagar lo juzgado y sentenciado; y Vuestra Majestad sea servido que, dando yo dichas fianzas, y la cuenta como la ofrezco, el dicho proveedor ni sus bienes sean molestados, *pues él no debe nada* (*), y sobre ello pido justicia. Miguel de Cervantes Saavedra.—Otro sí, suplico á V. M. mande que el juez sobresea hasta que se sepa la verdad de este negocio, porque no es justo que por una simple petición del delator, sin otra información alguna, sea creído, *y más contra tan fiel criado de Su Majestad como lo es el dicho proveedor Pedro de Isunza*.—Miguel de Cervantes Saavedra“.

El 3 de Diciembre se dió traslado de la instancia al fiscal, y se mandó informar al juez. El día 4 se notificó la anterior providencia del Consejo al fiscal, y respondió que entretanto no corría el término.

Aunque no se conoce el resultado de este expediente, puede sospecharse con fundamento que sería favorable á Cervantes, á lo menos por entonces, pues se le siguieron confiando nuevos y más importantes encargos de bastimentos, lo cual no hubiera sucedido si su proceder no resultara honrado y correcto. (**)

Ni era posible esperar otra cosa, dadas las pruebas de estimación y confianza que á Cervan-

(*) D. Jerónimo Morán publicó en su *Vida de Cervantes* el pedimento citado, en facsímile, á excepción del *Otro sí*; pero por error se puso “no sabe nada” en vez de “no debe nada”, lo cual alteraba el sentido y confundía el contexto. Al obtener copia íntegra del documento el Sr. Apráiz en 1897, para insertarlo en la pág. 125 y siguientes de *Los Isunzas de*

Vitoria, ha subsanado la equivocación, y aclarado este punto de manera que no deja nada que desear.

(**) Por entonces, decimos, porque lo de Teba no quedó ultimado definitivamente, según se esperaba, en 1592, á pesar de tantas cartas, aclaraciones, testimonios y comprobantes. Todavía seis años después, el 98, ocasionaron graves

tes se dispensó siempre, porque rigurosamente lo merecía el laborioso y digno comisario. Desde 1591, en que fué nombrado proveedor general de flotas Pedro de Isunza, este caballero tuvo muchas ocasiones en que probar la habilidad, suficiencia y grandes prendas de carácter que distinguían á su inteligente subordinado. Un testimonio fehaciente de su alto aprecio, dejó consignado el proveedor en una carta que escribió al Rey sobre asuntos del servicio, desde el Puerto de Santa María, con fecha 7 de Enero del mismo año 92, meses antes de que lo redujese á prisión arbitraria el corregidor Moscoso. (11)

Se habían cometido por entonces en el distrito de Córdoba, villa de Fuente Ovejuna, algunas injusticias y abusos, robos y cohechos, por un comisario que puso por sustituto Andrés de Çerio, que lo era con autorización del proveedor; y hubo dares y tomares, á causa de esto, por diferencias de jurisdicción entre el corregidor de Córdoba y el proveedor de flotas. Quiriendo Isunza justificar su conducta, decía al Rey: "La villa de Fuente Ovejuna prendió un sustituto de Andrés de Çerio, comisario de esta proveeduría en el partido de Córdoba, y luego envié al mismo comisario un traslado de las dos últimas cédulas de que Vuestra Majestad me hizo merced, con una comisión para que lo pidiese á la Justicia y me lo enviase aquí para castigarlo, que, según se dice, embargaba bestias de carga, y las soltaba por dineros que le daban; y, queriéndomelo remitir la Justicia de aquella villa, le escribió el corregidor de Córdoba se lo enviase á él, diciendo que aquel sustituto y el Andrés de Çerio y otros robaban la tierra y que los quería castigar y dar cuenta de ello á Vuestra Majestad. Del mal término que tuvo el dicho corregidor en vender el trigo que el dicho comisario Andrés de Çerio tenía embargado en aquella tierra y puestos candados en él, me ha parecido advertir á Vuestra Majestad de ello, para que no piense, siendo servido, que este sustituto de Andrés de Çerio es comisario nombrado por mí, porque ni aun sé cómo se llama, sino que el mismo Çerio lo nombró, con otros dos ó tres, para que le ayudasen á recoger el trigo, por no poder él solo ha-

cerlo, á causa de ser aquel distrito de Córdoba tan largo y grande; y así, si el dicho corregidor hubiere hecho alguna información de estas gentes, mande Vuestra Majestad, siendo servido, conferir los nombres de ellos con la relación que tengo enviada de los comisarios de esta proveeduría; y por ella se verá cómo los que han delinquido en estos cohechos, no son ningunos de ellos, porque los que confinan con el distrito de Andrés de Çerio, son *Diego de Ruiz Sáenz*, MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, *Bartolomé de Arredondo*, y *Gisb't de Salamanca Maldonado*, *hombres honrados y de mucha confianza; y así tengo por cierto que, á ninguno de éstos hallará embarazado el corregidor de Córdoba en cosa que sea hurto ni cohecho*; y ahora escribo al Corregidor me remita el preso que le envió Fuente Ovejuna, para que yo le castigue, pues me toca".

De la intrusión, no siempre justificada, de los corregidores para castigar extralimitaciones supuestas ó verdaderas, y aludiendo, sin duda, á las severidades realizadas por el de Écija, con motivo de denuncias infundadas contra Cervantes y otros, habla también Isunza en carta al Rey, desde el Puerto de Santa María, con fecha 23 de Febrero de 1592.

Quejábbase el proveedor de los inconvenientes que surgían para el acopio de bastimentos, y proveimiento de las flotas en Andalucía, por la escasez de víveres. Dificultaban también el efectuarlo los privilegios que habían conseguido algunos pueblos, que hacían ineficaces los desvelos de los proveedores y comisarios.

"Como Vuestra Majestad ha mandado (dice) en esta ocasión al corregidor de Écija visite los comisarios de esta proveeduría, circunvecinos á los términos de Córdoba, les han perdido el respeto por aquella parte, de manera que, aunque cumplan con sus obligaciones, há más de quince días que no viene un grano de trigo á Sevilla, que es de la de donde yo tenía seguridad que, además de lo que habían iniciado allá, me parecía que habían de venir de aquella comisaría, por lo menos hasta doce mil fanegas de trigo, con lo cual quedo muy desanimado".

disgustos á Cervantes, como veremos en el lugar oportuno, aquel y otros particulares, concernientes á las comisiones que ejerció durante el tiempo en que fué proveedor Pedro de Isunza. Todavía tuvo precisión de volver sobre estas desdichadas cuentas de Téba, y recordar á los contadores, que le molestaban con desconfianzas impertinentes, lo que ya debía estar olvidado de puro sabido por justificación de su acrisolada honradez.

Quedó entonces perfectamente aclarado que el Consejo de Hacienda, como suplicaba Isunza, ordenó el pago del

trigo que se sacó de las tercias, con otros antecedentes respectivos, que dejaron fuera de toda duda el haber sido entregado en Málaga á los representantes de Sancho Bazán de Larralde, que hacía en aquella capital oficio de proveedor por Pedro de Isunza.

Miguel de Cervantes aportó noticias bien circunstanciadas y pormenores concretos, que patentizaron, á la vez que la veracidad de sus descargos, la torpeza ó mala fe de los señores contadores, que le apremiaban sin motivo, consideración ni respeto de ninguna clase.

Refiriéndose luego á cartas recibidas de los comisarios Diego de Ruiz Sáenz y MIGUEL DE CERVANTES, que tenían á su cargo la saca y conducción del trigo de los obispados de Jaen y Guadix, hacía presente al Rey que les eran de mucho perjuicio y estorbo las cédulas que se habían dado para que no se sacase ningún trigo, sin pagarlo primero; pues como los comisarios no eran más de sus personas y ayudantes, no se podían oponer contra los corregidores, justicias, ni las ciudades en cuyo beneficio se otorgaron. "Y así, son sus palabras, si yo no les envío dinero, no podrán sacar trigo que sea de consideración, donde tienen embargadas en torno de catorce mil fanegas".

Advierte después Isunza, y suplica al Rey, que si en la visita que estaba haciendo el corregidor de Écija contra comisarios, hallare exorbitancia, fuere servido Su Majestad de remitir á él, como proveedor, el castigo de ellos, pues le tocaba como á su juez, porque con esto quedarían castigados, y su oficio autorizado para que se obedecieran en toda Andalucía las órdenes y mandatos del Rey con más respeto que hasta entonces. (12)

En 27 de Junio del mismo año 92, con motivo de la activísima vida que llevaba Cervantes en el desempeño de las comisiones que se le encargaban, tuvo que otorgar poder á Diego Ruiz Sáenz para que no sufriera demora el despacho de sus asuntos. Ruiz Sáenz era comisario de Su Majestad, como Cervantes, en el negociado de proveimiento de flotas, su amigo íntimo, y compañero en algunas comisiones. En el poder á que hacemos referencia se dice, que era entonces Diego Sáenz criado de Su Majestad y oficial mayor de Pedro de Isunza, proveedor de las galeras de España, residente en el Puerto de Santa María. Isunza profesó mucho afecto á aquel diligente empleado, á quien había tenido á sus órdenes desde años antes, cuando era veedor y contador de la gente de guerra en Cataluña, donde el dicho Sáenz se vió preso y perseguido por D. Manrique de Lara, virrey y capitán general del Principado y Condados del Rosellón y Cerdeña, á causa de su puntual obediencia á los mandatos de su jefe.

Cervantes, depositando en él toda su confianza, autorizábale para que, en su nombre y como su propia persona, pudiese cobrar en juicio y fuera de él, del dicho proveedor de las galeras de España, de sus contadores y pagadores, y de otras personas á cuyo cargo fuere de lo dar y pagar, y de cada uno de ellos, todos los maravedis que pareciera debérsele por sus salarios y por el tiempo que había servido á Su Majestad en

comisión de dicho proveedor para los negocios de flotas.

Ampliábale el poder para todo cuanto se refiriera á sus asuntos particulares, y pudiese parecer ante jueces y justicias de cualquier fuero y jurisdicción, siguiendo todos los trámites hasta ultimarlos y resolverlos. Por este documento se sabe, dato curioso de la vida privada, que su ayudante Nicolás Benito le era en deber trescientos cuarenta reales que le prestó, y había de pedir y cobrarle Diego Sáenz.

Poco después, el 14 de Julio, otorgó Cervantes en Sevilla, ante el mismo escribano que el del poder anterior, Luis de Porras, carta de pago á favor de su amigo Diego, de tres mil doscientos reales de plata, de á treinta y cuatro maravedis cada uno, que recibió Miguel por cuenta de los salarios que se le debían del tiempo que sirvió á Su Majestad en la saca y conducción de trigo efectuadas en las ciudades de Jaen, Úbeda, Baeza y otras partes de Andalucía, para proveimiento de galeras. Cervantes hace constar que la cantidad citada la recibió en dos veces: la primera, dos mil seiscientos en la villa de Montilla, de que dió carta de pago ante Andrés Capote, vecino y escribano público de ella, y los seiscientos restantes, se los entregó en Sevilla el 29 de Mayo del 92, el mismo Diego, por lo que se daba pagado á su voluntad.

En dicho año también, con fecha 5 de Agosto, firmó instrumento público como fiador de Juan Fortuni, mercader valenciano, amigo de Miguel, según se recordará, desde que estuvo cautivo. Fortuni hubo de presentar, cual garantizador suyo, á Cervantes por la índole del asunto en que intervenía. Como á otros muchos cristianos, había prestado á un tal Antonio Centeno, estando en Argel, una cantidad determinada que le hacía falta para su rescate. Adelantóle después más dinero en Valencia para vestidos y otras cosas que le fueron necesarias. El Antonio Centeno tenía hecha escritura de obligación en favor de Juan Fortuni.

Encontró éste dificultades en el cobro, y tuvo que seguir pleito contra el deudor para conseguirlo. Pertenecía el Antonio Centeno á la orden de San Juan, cuyo Prior y comendador de ella, era á la sazón D. Antonio de Toledo, ante el cual hubo de llevar la causa el acreedor. La sentencia dictada fué que Antonio Centeno pagase á Juan Fortuni los cuatro mil doscientos reales que le adeudaba, dando el Fortuni la fianza que se pedía.

"Y porque vos (dice Cervantes en la escritura otorgada ante el escribano Porras), Vicente Arcucha, á quien conozco, vecino de esta ciudad

de Sevilla, en la colación de San Martín, á mi ruego é intercesión, habeis de hacer la fianza por el dicho Juan Fortuni, y debajo de presupuesto de que yo para vuestra seguridad y resguardo, os haga y otorgue esta escritura de indemnidad, por esta presente me obligo, por mi persona y bienes, herederos y sucesores, de sacar y quitar, y que sacaré y quitaré, á vos el dicho Vicente Arcucha y á vuestros bienes, á paz y á salvo, indemne de la dicha fianza y obligación que así habeis de hacer en cantidad de cien ducados, y no más, en tal manera que, por razón de ella, no sereis preso y ejecutado ni molestado, ni os será pedido ni demandado cosa alguna, ni menos la pagaréis, ni gastaréis“.

Si sucediere lo contrario, hace constar Cervantes, para seguridad del que había de efectuar la fianza á ruegos suyos, que se obligaba desde luego á pagar y satisfacer en Sevilla, llanamente y sin pleito alguno, todo cuanto hubiese pagado, más las costas y daños que sobre ello se recrecieren, hasta en la dicha cantidad de cien ducados, en que se obligaba.

El deseo de Cervantes era, pues, el de servir eficazmente á su amigo Fortuni, sin que se le irrogasen nuevos gastos para el cobro de los dineros que tenía que recibir, y cuyo pago consideraba él sagrado, ya por la escritura de obligación firmada por el deudor, ya también por el noble fin con que procedió Fortuni al adelantar á Centeno, para su rescate, manutención y vestidos, sumas que tal vez, sin su desprendimiento, no hubiera quizás podido reunir. (13)

En el mes de Diciembre del 92 había estado Cervantes en Madrid, como sabemos, para aclaración de lo sucedido en las tercias de Teba. Debió de acompañarle su jefe con el deseo de ultimar el asunto, y recabar del Rey la autorización, según había solicitado en recientes cartas, para que el castigo de los comisarios que delinquieran, no se cometiese á las autoridades judiciales, sino á los mismos proveedores, como los únicos llamados á imponerles las penas que juzgasen con arreglo á sus culpas ó delitos.

Isunza, hombre ya de bastante edad, muy quebrantado por una vida agitada de negocios, estuvo gravísimamente enfermo en Madrid en 1593, según asegura el cronista Garibay, íntimo amigo suyo. Algo restablecido volvió al Puerto de Santa María en la primavera del mismo año; pero su salud era muy decadente, y se agravó de manera, que falleció el 24 de Junio, como comunicó al Rey en carta original del 26, desde Sevilla, el veedor y contador de provisiones, Miguel de Oviedo, que sustituyó á Isunza en el importante cargo que había desempeñado. (14)

Precisamente el mismo Oviedo, que comisionó á Cervantes algunas veces, como proveedor interino á nombre de Guevara, para acopiar víveres, había intervenido á principios del año 93, como veedor y contador, en aclarar y puntualizar algunos datos que precisaban para comprobación de ciertas partidas que presentó Cervantes en sus relaciones. En Enero del 93 estaban los contadores tomándole cuenta del aceite que por comisión de Guevara, según una *Relación* jurada que había presentado, se sacó desde 1588 en adelante, de Écija, Carmona y Marchena.

Los contadores querían aclarar una duda que se les había ocurrido. Cervantes se hacía cargo en su *Relación* de ciento cuarenta y cuatro arrobas de aceite que recibió en la ciudad de Écija de la viuda de Espinel; pero no mentaba otra partida, de ciento cuarenta y ocho arrobas que, por recepta del veedor y contador Oviedo, había también recibido de D. Pedro de Lugo, en comisión diferente. Dirigieron, pues, los contadores una comunicación, fecha 30 de Enero, con objeto de “saber lo que en esto hay“, y si las dichas partidas eran diferentes ó una sola. Por convenir al servicio de Su Majestad, pedían al señor veedor y contador certificase lo que pareciere por sus libros; y preguntaban á la vez si se libraron las cantidades correspondientes á ambas remesas de aceite, y porqué certificación y cómo.

Miguel de Oviedo contestó, en segunda recepta, firmada por él, fecha á 1.º de Febrero, que en uno de los libros de cargos del año 90, estaban cargadas á Cervantes las ciento cuarenta y ocho arrobas que recibió de D. Pedro de Lugo, de que dió certificación el dicho comisario en Carmona á 9 de Abril, y el valor de este aceite se le libró por letra del proveedor Antonio de Guevara el 22 de Diciembre en el pagador Agustín de Cetina, á quince reales cada arroba. Y añadía literalmente esto: “Por los dichos libros no parece que le están cargadas las ciento y cuarenta y cuatro arrobas de aceite que este pliego acusa por recibidas de la viuda de Espinel; y si, para más satisfacción, quisieren ver los dichos libros los señores contadores, los daré“. (15)

La equivocación, ó desconfianza de los señores contadores, hubo de desaparecer ó rectificarse, pues al año siguiente se le aprobaron varias cuentas de la misma índole, ascendiendo la data de ellas á cuatro mil novecientas tres arrobas, igual al cargo, por lo que consignan, bajo su nombre y firma, los señores contadores Pedro Ruiz de Otalora y Francisco Vázquez de Obregón, que en dichas cuentas “no había alcance“.

La inadvertencia, por no decir ligereza, con

que muchas veces revisaban las cuentas y ponían reparos los señores contadores, quedó bien manifiesta en la presente ocasión. Ellos creían que Cervantes había omitido una partida de aceite de ciento cuarenta y ocho arrobas, perteneciente á D. Pedro de Lugo, y no era así. Los contadores querían que apareciese en la misma *Relación* jurada, donde constaba otra partida de ciento cuarenta y cuatro arrobas que Cervantes recibió de la viuda de Espinel; pero esto no podía ser, pues correspondían á distintas comisiones y estarían declaradas en los años á que perteneciesen, con la natural separación.

Claramente se vió así, cuando los señores contadores examinaron de nuevo las diversas *Relaciones* juradas que presentó repetidamente y con gran cuidado el mismo Cervantes. Entonces cayeron de su error los señores contadores, y comprenderían lo importuno de sus reparos. En las cuentas comprobadas y fenecidas, sin ningún alcance, en 20 de Junio de 1594, están especificadas é incluídas las dos partidas. Una, la de Espinel, en el año 88; otra, la de Lugo, en el 90. La primera, sacada de Écija; la segunda, de Carmona. Aquella, por disposición de Antonio de Guevara; ésta, por orden de Miguel de Oviedo.

Ambas estaban anotadas con rigurosa exactitud. Cervantes había dado las correspondientes certificaciones; y las dos fueron recibidas por el tenedor de bastimentos, en Sevilla, Jerónimo Maldonado. De modo, que el asunto no podía ofrecer la menor duda. Á mayor abundamiento, súpose por el mismo testimonio del tenedor Maldonado, que la partida de aceite, donde iba el sacado á la viuda de Espinel, lo había hecho conducir Cervantes desde Écija á Sevilla, con otras cantidades que sacó en Marchena, á poder del tenedor de bastimentos, según órdenes de Guevara. Y de la partida donde iba el aceite recibido de D. Pedro de Lugo, de Carmona, correspondiente al año 90, se hizo también entrega en Sevilla el dicho Maldonado "para provisión de la gente de las galeras de España", según comunicaciones del mismo Oviedo y del tenedor de bastimentos. (16)

Hemos insistido en este punto, para que se vea el poco ó ningún fundamento con que solían hacer inculpaciones á Cervantes, y el escaso crédito que merecen reparos tan impertinentes como los citados, que todavía se repitieron después, causándole nuevos disgustos y mayores contratiempos.

Ninguna falta hacían tales aprobaciones para que Miguel de Oviedo supiese conservar en la debida estimación á un empleado de tan raras pren-

das morales de honradez y rectitud. Bien conocido le tenía, para que pudiesen perjudicarle en lo más insignificante todos los reparos ó faltas, injustos y alambicados los más, que pudieran poner ó encontrar en sus cuentas los exigentes contadores.

Pruebas claras y terminantes de lo que decimos, las tenemos en abundancia. Cuando murió Isunza, los acopios de bastimentos estaban sumamente atrasados aquel año. Las causas de esto están explicadas en la carta que dirigió el mismo Miguel de Oviedo al Rey. "Ha sido su muerte (decía) en ocasión que se había de juntar trigo para fabricar bizcocho para las galeras: me ha parecido advertir á Vuestra Majestad que *conviene mucho á su servicio que en ello se use de extraordinaria diligencia*, porque la cosecha en esta Andalucía será corta, pues, habiéndose segado hasta ahora gran parte, vale en el alhóndiga de esta ciudad de Sevilla, á más de veintiseis reales la fanega; y así importa que, antes que se lleve á otras partes, se compre el que fuere menester, para las galeras, porque si se dilata, se habrá de traer de más lejos, y los acarreos costarán mucho á Vuestra Majestad. Y porque lo del pan es lo que más falta puede hacer, y el dicho Pedro de Isunza me escribió á los 20 de este mes, que apenas lo había para todo el de Julio siguiente, Vuestra Majestad mandará se dé orden para que las galeras no padezcan esta necesidad, y que se nombre persona que las provea". (17)

Habiendo sido favorecido para tan importante cargo el mismo Oviedo, desde luego puso en práctica lo mismo que aconsejaba en su carta al Rey. Sin pérdida de tiempo, en 7 de Julio, dió comisión á Cervantes, como persona de toda su confianza, para que sacase treinta mil fanegas de trigo en las villas y lugares doce leguas á la redonda de la ciudad de Sevilla; y por otra comisión de 19 del mismo mes, le ordenó que fuese á las villas de Llerena, Villagarcía y otras poblaciones de su contorno, para que embargase hasta cantidad de diez y seis mil fanegas.

Estuvo entonces cumpliendo su cometido en Villalba de Alcor, Paterna, Niebla, Almonte, Ruciana, Villarasa, Mairenilla, Villamanrique, Gerena, Bolullos y Palma. Le fió para estas comisiones Juan de Jodar.

Al día siguiente de ordenada la primera, ó sea á 8 de Julio, Miguel de Oviedo mandó al pagador de provisiones, Agustín de Cetina, que, de los maravedis que había recibido para las galeras y gastos de bastimentos, diese y entregase á Miguel de Cervantes Saavedra, que llevaba comisión de sacar, embargar y almacenar gran-

des cantidades de trigo para las provisiones de las galeras, la cantidad de cien ducados en reales, equivalentes á 37.400 maravedis, con objeto de que fuese abonando los costos y gastos que hiciere en lo susodicho, de cuya distribución había de presentar cuenta.

En la misma fecha, ante el escribano de Su Majestad, Juan de Neila, vecino de Sevilla, en la colación de San Isidro, pareció Cervantes y confesó haber recibido del pagador Cetina, y de Juan Tamayo, su teniente, en su nombre, los cien ducados, dándose por satisfecho de la entrega, signando el recibo.

La pureza administrativa de Cervantes, demostrada perfectamente en todas sus cuentas, hubo de granjearle la consideración de sus jefes, que pudieron apreciar sus méritos para el desempeño de las más delicadas comisiones. En atención á los muchos que, como comisario de flotas, había contraído desde 1587, juzgaríase apto para que se le empleara en asuntos de cobranza, que exigían persona de mucha actividad, suficiencia y discreción.

Terminadas las comisiones importantes que trabajó por orden del proveedor Miguel de Oviedo, desde 1593, hubo de ir Cervantes á Madrid en la primavera del 94, esperanzado en conseguirlo.

Sábase que el 1.º de Julio se hallaba en Madrid, por una instancia que presentó ante el Licenciado Diego de Tamayo, teniente corregidor de la villa y corte, donde se hallan noticias ciertas del nuevo destino para que se le designó.

Decía Cervantes en su petición, después de hacer constar que era vecino de Esquivias y residente en Madrid, que, para la seguridad y paga de una cobranza que por los señores contadores mayores del Consejo de Contaduría mayor de Su Majestad estaba nombrado, tenía ofrecido por su fiador á D. Francisco Suárez, vecino de la villa de Tarancón, hasta en cantidad de cuatro mil ducados; y necesitando averiguar con información de testigos de abono, que eran Agustín de Cetina, contador de S. M., D. Gabriel Suárez Gasco y Juan de Valera, residentes en la corte, como el dicho D. Francisco era abonado en la referida cantidad y en más, suplicaba al señor Licenciado mandase recibir la oportuna información; hecha la cual, se le diese traslado de ella, signado y en pública forma, interponiendo su autoridad y decreto judicial.

El Sr. Licenciado mandó se examinaren los testigos que presentara Miguel de Cervantes, al tenor de la dicha petición. Jerónimo Félix, escribano de S. M., recibió declaración á los testigos. Lo mismo el contador Agustín de Cetina

que D. Gabriel Suárez Gasco, hermano del fiador, y Juan Valera, declararon bajo juramento ser D. Francisco muy bastante para garantizar á Cervantes por la mucha hacienda de que disfrutaba.

El Consejo de Contaduría mayor no puso impedimento en aceptarlo; pero el contador Enrique Araiz quiso que se exigiesen más fianzas, pues los cuatro mil ducados de D. Francisco Suárez no cubrían la totalidad de lo que había de recaudar Cervantes, que montaba á dos millones cuatrocientos cincuenta y nueve mil novecientos ochenta y nueve maravedis, los que se adeudaban á la Real Hacienda en el reino de Granada, procedentes de las tercias y alcabalas reales, y otras cosas pertenecientes á Su Majestad.

En vista de las diferencias que surgían, Cervantes suplicó al Consejo tuviere por suficiente la fianza presentada, documento todo de su letra, y dice así:

“Miguel de Cervantes Saavedra digo: que V. Alteza le ha hecho merced de una comisión para cobrar dos millones quinientos mil y tantos maravedis, que se deben á S. M. de fincas en el reino de Granada, para lo cual ha dado fianzas de cuatro mil ducados, vistas y admitidas por V. A.; y con todo esto, el contador Enrique de Araiz me pide más fianzas, á cumplimiento de la dicha cobranza. Á Vuestra Alteza suplico, atento que yo no tengo más fianzas, y que son bastantes cuatro mil ducados, *y ser yo hombre conocido, de crédito y casado en este lugar*, V. A. le mande se contente, y me despache luego, que en ello recibiré mucha merced. Miguel de Cervantes Saavedra”. La fecha es de 20 Agosto. El Consejo ordenó al día siguiente al contador Araiz que informase. Hízolo así, diciendo: “Que se despache la comisión con las fianzas que tiene dadas y con que se obligue él y su mujer”.

El mismo 21 se presentaron Cervantes y su señora esposa ante el escribano Jerónimo Félix, y firmaron un documento por el cual se comprometían á responder con sus bienes muebles y raíces del fiel cumplimiento de todo, haciendo las renunciaciones que se juzgaron oportunas para más seguridad de la garantía.

En la Real carta de comisión, fecha 23 de Agosto, después de las fórmulas acostumbradas, y especificar las cantidades que había de hacer Cervantes efectivas en cada pueblo, se le encargaba la mayor diligencia y cuidado posible en el desempeño de su cometido, ordenándosele que, sin dilación ni excusa, cobrase los débitos que tenía que percibir la Real Hacienda.

La comisión debía desempeñarla Cervantes en el término de cincuenta días, ó menos, si esto

fuera posible. Cada día tendría de salario diez y seis reales, ó sean quinientos cincuenta maravedis. Concedíansele facultades extraordinarias para proceder, sin consideración alguna, contra las insolventes y los morosos.

Las autoridades, escribanos, jueces y alguaciles, favorecerían á Cervantes cuanto fuere necesario para el buen resultado de la comisión.

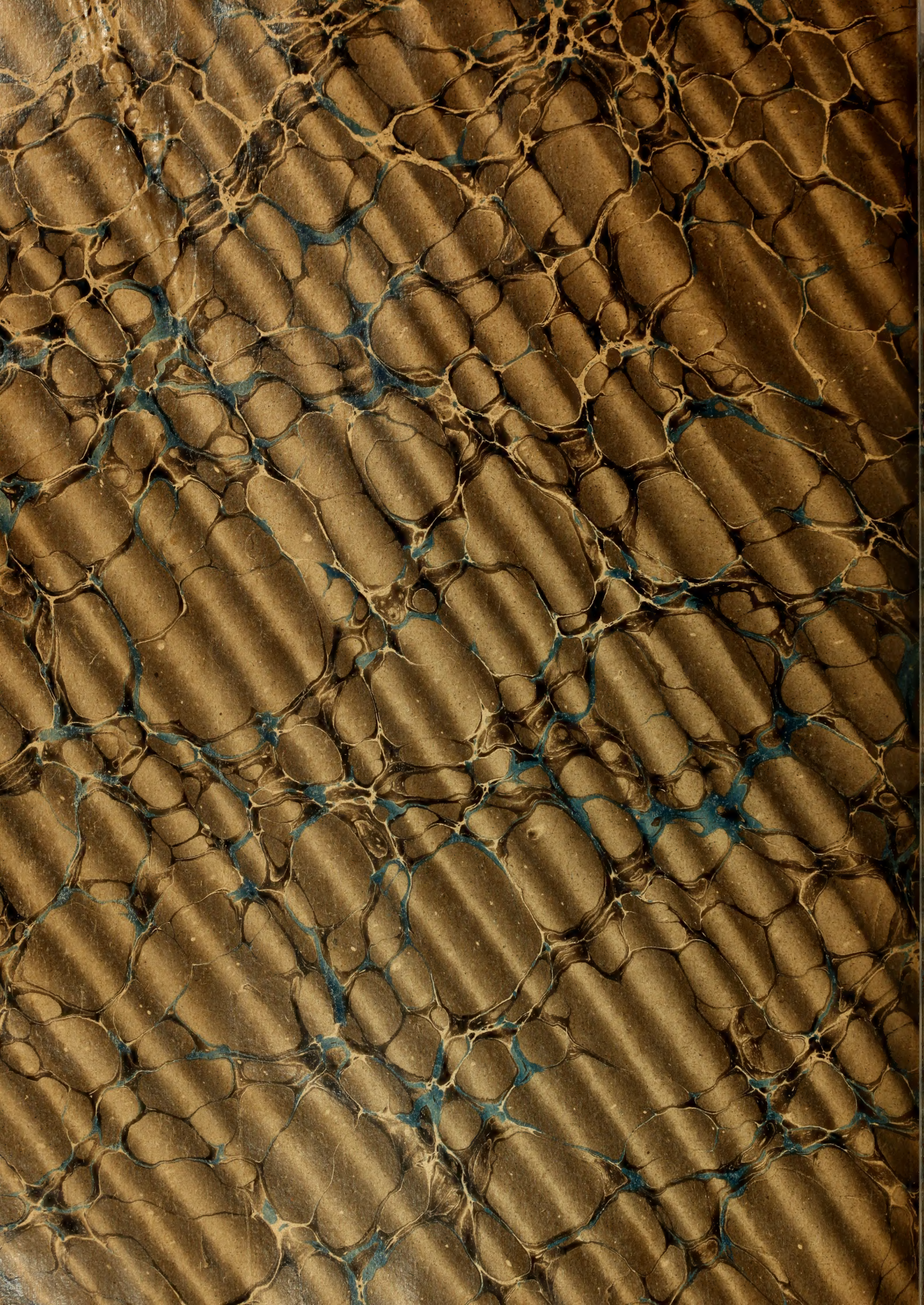
“Y os mando (decía Felipe II á Cervantes) que luego vais con vara alta de mi justicia á las dichas ciudades y villas y á las demás partes y lugares donde fuera necesario y requiráis á los dichos mis tesoreros y receptores y otras cualesquier personas que los debieren pagar, que os lo den y paguen luego, sin poner en ello inconveniente ni dificultad alguna, cada uno la parte que le toca y fuere obligado á pagar; y si luego no os lo dieren y pagaren, haréis por ello en sus personas y bienes, y de sus fiadores, todas las ejecuciones y diligencias necesarias, como por maravedis de mi haber, hasta que con efecto los hayan pagado, con más vuestros salarios de los días que en ello os ocupáreis, por los cuales podáis hacer las mismas ejecuciones y diligencias que por el principal; que yo, por la presente, ha-

go sanos y de paz los bienes que por esta razón fueren vendidos y rematados á quien los comprare para ahora y para siempre jamás”.

Las cantidades que se recaudasen había de entregarlas Cervantes á D. Pedro Mesía de Tovar, tesorero general del reino. La comisión había de cumplimentarla Cervantes por sí mismo, sin permitírsele que confiriese ni subdelegase en otra persona el cargo, pues no se asignaba más que un sueldo.

Dispúsose, pues, Cervantes para el viaje, que habría de ser largo sobre penoso. El resto de Agosto pasarialo quizás en Esquivias, ó en Madrid, al lado de su familia, y en los primeros días de Setiembre se puso seguramente en camino para Andalucía. Las nuevas comisiones que llevaba le iban á producir muchos sinsabores; se le aumentaba el salario, pero no serían inferiores á los pasados los disgustos que le esperaban. Era fatalidad de su triste suerte. Mientras más trabajador y más honrado, más desgraciado y más desvalido.

Pero de los trabajos y contratiempos que experimentó en este período de su accidentada vida oficial, hablaremos en el capítulo siguiente.



545017
Cervantes Saavedra, Miguel de
León Máinez, Ramón
Cervantes y su época.

LS
C419
.YLe

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

